

Marco Histórico Constructivo
para estilos sociales,
proyectos nacionales y sus estrategias

Oscar Varsavsky

Biblioteca General

Centro Editor de América Latina / Buenos Aires



Por Marta Pigretti

© 1975

Centro Editor de América Latina S. A.
Rincón 87 - Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

Libro impreso en la Argentina

Prólogo



El principal destinatario de este libro es un personaje hasta ahora muy poco abundante: el "militante constructivo", tal como se lo irá definiendo en el mismo texto.

Si esta obra ayuda a incrementar su número, habrá cumplido su mayor objetivo.

El estilo expositivo es por eso pedagógico, y mezcla sin empacho cuestiones elementales —incluso triviales— y no tan elementales, con las que se intenta construir un método de análisis aplicable a la práctica política por dicho militante.

No se tiene tampoco la ridícula pretensión de escribir un manual de estrategia política: sólo se proponen métodos y marcos de análisis, y algunas conclusiones prácticas a modo de ejemplos. Por coherencia interna —para "guardar estilos"— no se presentan "bienes terminados" sino "instrumentos de producción".

También por razones pedagógicas, se han repetido en diversos capítulos los conceptos básicos menos familiares. Lamento que no se me haya ocurrido una forma menos pesada de recordar esas ideas donde hacen falta, y espero que no lo sean tanto, considerando que el libro difícilmente se leerá de corrido.

La palabra "constructivo" aparecerá hasta el cansancio, pues es el nombre del enfoque general que aplico aquí, después de haberlo ensayado en varios otros campos. Consiste simplemente en pensar todas las actividades humanas en función de su aporte a la construcción efectiva de una sociedad cuyas características se han definido previamente (en el grado necesario para que eso resulte posible). En otras palabras, se trata de encontrar una estrategia para alcanzar grandes objetivos nacionales, sociales, de largo y corto plazos. Esa estrategia debe ser viable, realizable, y por lo tanto debe integrar los aspectos políticos, económicos, sociales e incluso científicos.

Todo esto no se hace por ejercicio académico, sino por irrenunciable deseo de vivir en una sociedad mejor y de hacer algo para que eso tenga más probabilidades de ocurrir. Los métodos aquí propuestos sirven para diversas definiciones de esa "sociedad mejor", pero tomaré como ejemplo central la que prefiero yo, y que por sus características —que se darán en el primer capítulo— puede llamarse "socialista", como se verá.

Si el socialismo ha de llegar indefectiblemente porque está escrito en el libro del destino, o de la historia, o porque hay leyes sociales que así lo establecen, tanto mejor. Pero es conveniente tomar precauciones, dado lo que está en juego, sobre todo cuando la observación de la realidad hace dudar de esa hermosa certeza, aunque reconozco que para muchos sería tan difícil vivir sin ella como para otros vivir sin la certeza de un Salvador. Sea como sea, la punta de todo el ovillo está entonces en no confiar en el destino sino en proceder como si esa nueva sociedad dependiera exclusivamente de nuestros esfuerzos. La tarea es construir, a partir de lo que hay hoy, esa sociedad deseada, o más modestamente, hacer todo lo que se pueda en esa dirección.

Para que esto no sea un comportamiento irracional, sólo se requiere una estimación, grosera pero lo menos grosera posible, de que esa construcción es realizable; el proyecto es viable. Pero el constructor requiere algo más; no acepta demostraciones abstractas de esa viabilidad; sólo acepta una demostración que consista en decir cómo se puede realizar esa construcción, cuál es la estrategia, la política a seguir (estas dos posiciones se presentan en todos los campos, incluso en la fundamentación de la Matemática).

La organización del libro es sencilla. Se trata de llegar a ciertas líneas estratégicas útiles para la construcción del socialismo, a partir de conceptos, posibilidades y tendencias sugeridos por un examen de la historia. De este modo las ideas no aparecen de manera autoritaria, dogmática, sino con cierta naturalidad: se las debería ver nacer y desarrollarse, que es la mejor manera de comprender a fondo. Pero debo reconocer que esta buena intención sólo se ha cumplido en infima parte, y que sólo puedo esperar que sea suficiente para mostrar al menos sus posibilidades.

Este "marco" histórico se va fundiendo gradualmente con su "cuadro", mediante un método de aproximaciones sucesivas de escala. Se hace un primer examen de vuelo de pájaro sobre la humanidad histórica en su conjunto, y luego se pasa sucesivamente a tres "aumentos" mayores, que nos llevan a los problemas políticos de la actualidad. Nuevamente, estoy más seguro de la bondad del método que de mi capacidad para sacarle todo su "jugo".

Esas escalas temporales sucesivas, junto con las "zonas de actividad" y otras categorías que se van introduciendo, deberían servir también para ligar a los "astronautas" que planean por la Historia y la Teoría sin preocuparse de lo que pasa a su alrededor, con los "polítiqueros" o "bomberos" que se lanzan a las llamas para apagar incendios que vistos en su debida perspectiva tal vez sería preferible estimular. Ambos puntos de vista — coyuntura y largo plazo: táctica y objetivos finales — son igualmente necesarios, pero por separado pueden inducir a graves errores, salvo en manos ge-

niales, capaces de hacer esa conexión sin expresarla en palabras o modelos, es decir, sin poder comunicar a otros esa capacidad. Los que no somos genios tenemos que suplir esa supuesta intuición por formulaciones claras y explícitas, que permitan la participación de todos en estas tareas constructivas, creativas (lo cual por otra parte es más coherente con los valores socialistas).

Se verá que el uso de este método conduce a resultados poco ortodoxos en un nivel teórico intermedio. Hay una identificación más específica de las "fuerzas productivas" del socialismo y de los grupos sociales que pueden utilizarlas; una interpretación histórica del estatismo que lleva a repensar cuáles son las etapas entre el capitalismo y el socialismo, y las fases de la evolución de cualquier sociedad; un ordenamiento de los problemas y competidores que encontrará la sociedad socialista, y varias otras cuestiones con fuertes implicancias políticas.

El marxismo se usará a cada momento como punto de comparación o referencia. No por identificar socialismo con marxismo: por el contrario, creo que puede haber marxistas no socialistas y socialistas no marxistas. Pero se trata de la teoría más completa y difundida sobre el socialismo, y sus partidarios gobiernan la mitad del mundo y tienen fuerte influencia sobre la otra mitad. Ya no estamos en la época de Marx, en que el capitalismo —el "chancho burgués"— era la única potencia y por lo tanto el único enemigo concebible. La realidad se ha encargado de complicar las cosas desde entonces.

Tal vez por eso mismo a Marx le pareció suficiente recomendar a los "filósofos" que ayudaran a cambiar la sociedad, en vez de limitarse a explicarla. Como parecía haber un solo cambio posible, era innecesario especificar "hacia dónde" debía irse: eso sólo podía llevar a discusiones absurdas sobre detalles, que además debían hacerse en abstracto ya que todavía no existía ninguna experiencia socialista.

Hoy, en nombre de Marx se proponen "vías hacia el socialismo" muy diferentes, que no pueden llevar todas al mismo sitio, por lo menos en las próximas décadas. Pero no sería constructivo sumarse a la investigación de quién es el que invoca en vano el nombre de Marx; parece preferible tomar del marxismo lo que tiene de útil y replantear las cosas en la forma que la realidad de esta época exige.

Son bien conocidas las dificultades de estas actitudes; el que no se las imagine claramente no tiene más que leer la historia de casos análogos en el conflicto entre una "ciencia normal" y un "nuevo paradigma", como los relata Kuhn en su libro sobre las revoluciones científicas (19). Espero que esto no se interprete como que creo que este libro trae una revolución científica, ni mucho menos; estoy refiriéndome al caso general de los que perciben que los métodos tradi-

Socialism
Marxist

79

cionales no son suficientes para resolver los nuevos problemas, y entre todos los cuales se propondrán las renovaciones necesarias.

Esta obra no coincide en su estructura con la prometida segunda parte de "Proyectos Nacionales". Hubo una versión previa en ese sentido, pero pareció demasiado formal y técnica, incapaz de comunicar la génesis de las ideas y facilitar la participación del militante. Por lo tanto quedó relegada a una futura tercera parte, como texto sistemático del cual ésta es a la vez introducción y resumen de conclusiones. Es interesante anotar que el mismo método —histórico-constructivo— me obligó a modificar varias de las conclusiones que se exponían en esa versión tipo texto deductivo.

Para que el libro sea autocontenido, el capítulo primero contiene un resumen de aquellas aplicaciones del método constructivo a otros campos —especialmente el económico— que son necesarias para el resto del texto.

El método de las escalas temporales hizo que la obra quedara prácticamente dividida en dos partes. La primera —hasta el capítulo VI y el Apéndice— de carácter bastante abstracto y general, da el marco histórico amplio. Dentro de él se desarrolla la segunda parte, que se refiere a temas de política actual, y que concluye con un capítulo de recomendaciones estratégicas como ejemplos de lo que puede dar el análisis anterior. Los lectores más entusiastas de la "praxis" pueden hojear primero los dos últimos capítulos para decidir si les vale la pena leer los anteriores.

El campo que la obra pretende abarcar es inmenso, y por lo tanto "aprieta" muy poco: en algunos puntos ni siquiera se llega a cumplir con lo planteado en los primeros capítulos: el método de las "zonas" no se aplica sistemáticamente; el análisis de grupos sociales deja afuera a la mayoría de ellos; la descripción geopolítica es incompleta, y faltan muchos de los razonamientos que llevan desde el marco general de la primera parte hasta las conclusiones de la segunda. Se la puede considerar como un programa de trabajo.

El autor no pide disculpas por ello: entregar al lector un producto sin terminar "guarda estilo", dijimos, en el sentido que se verá. Pasar de esta versión a otra elaborada y pulida, a gusto de los mandarines intelectuales de esta sociedad —que aquí se está rechazando— me llevaría un par de años de trabajo individual, con lo cual llegaría tarde a muchos lugares donde tal vez esta obra podría ser de alguna utilidad. El momento político actual —1975—, de reflujo de las "izquierdas" en Sudamérica, es propicio para la reflexión sobre causas y remedios, pero es poco probable que dure mucho. Por otra parte en el texto se ataca ese tipo de trabajo individual, que no guarda estilo, y debe ser reemplazado por trabajo en equipo. Este método no se pudo seguir aquí por razones obvias y se lo reemplazó malamente por la consulta

a diversas personas sobre la base de versiones preliminares, de las cuales la más completa se publicó como documento de trabajo en el Centro de Estudios de Participación Popular, de Lima. Me es imposible mencionar a todos los que contribuyeron constructivamente a esa discusión, aun sin compartir todas las ideas aquí expuestas, pero debo agradecer en especial, por el tiempo e interés que me dedicaron, a E. Calcagno, F. Delich, C. Domingo, J. Ishizawa, O. Itzcovich, D. y P. Jacovkis, A. Pain, D. Ribeiro, C. Sena, B. Spivacow y todos los miembros del Centro de Planificación Matemática, de Buenos Aires, donde se discutió por primera vez el esquema básico.

O. V., agosto de 1975.

1. — El enfoque constructivo

En este capítulo se hará un resumen de los planteos y resultados sobre "proyectos nacionales" que hacen falta para la comprensión de este libro, y que se encuentran en otras obras del autor: "Proyectos Nacionales"; "Estilos tecnológicos", "Ciencia, política y cientificismo" y "Hacia una política científica nacional" (PN, ET, CPC y HPCN de aquí en adelante; ver las referencias en la bibliografía).

En ellas se ataca desde distintos ángulos pero con un mismo enfoque o método, el inmenso problema de la insatisfacción con el tipo de vida actual y temor ante sus aparentes tendencias, en busca de posibles soluciones prácticas, por medio de acciones políticas.

A ese enfoque lo he llamado "constructivo" porque consiste en orientar esas acciones políticas, y los estudios que ellas requieran, hacia la construcción de una sociedad de ciertas características deseables, en opinión del movimiento político que está actuando.

Al conjunto de esas características, que definen el modo de vivir, trabajar y evolucionar de una sociedad, lo llamo "estilo" social. Esta palabra tiene en principio un alcance muy amplio, y puede coincidir con términos más clásicos, como "cultura", "modo de producción", "sistema", "régimen", "estructura socio-económica", "modelo", etc., etc.

Esto no es ambigüedad, pensando "constructivamente": si la sociedad deseada difiere de la actual esencialmente (para los que están definiéndola) en las fuerzas productivas y su propiedad, es lógico que "estilo" se parezca mucho a "modo de producción". Si lo esencial es el "desarrollo" o modernización, se parecerá a "estructura". Si hay influencia de antropólogos, historiadores o filósofos, coincidirá con alguna de las acepciones de "cultura". Nuestra propia versión se hace a través de una lista de necesidades humanas que la sociedad debe satisfacer. Perder más tiempo que éste en discutir los posibles alcances e interpretaciones de ese término sería poco "constructivo", mientras no nos obligue a ello alguna razón táctica (como una polémica impuesta por grupos políticos o intelectuales).*

* El uso técnico de la palabra "estilo" en planificación de largo plazo fue propuesto por el autor en 1968 (trabajos de CENDES (1) y luego CEPAL (2)).

Todo estilo social incluye pues un estilo de consumo, y un estilo de trabajo, junto con estilos tecnológicos, científicos y artísticos, algunos de estos definibles con mayor precisión que otros. (si es que "precisión" no es un término demasiado pretencioso en este campo) y todos capaces de admitir numerosas variantes o modalidades. Incluye también, y esto es importante ahora, un "estilo" de acción política, y criterios para definir las estrategias y tácticas para implantarlo. También aplicamos ese nombre —"estilo"— hacia el pasado, para individualizar cualquier etapa de cualquier sociedad que nos parezca útil como experiencia comparativa con la que deseamos. En el texto se verán varios ejemplos históricos. En este capítulo daremos tres ejemplos orientados hacia el futuro, entre ellos uno que entra en esa amplia categoría llamada "socialismo" y que describe la versión propuesta por el autor.

La justificación para comenzar hablando del estilo de la sociedad que se pretende construir, en vez de ir directamente al problema de la toma del poder —o sus sustitutos reformistas— como hacen tantos movimientos socialistas, es muy concreto: nos parece que la realidad ha demostrado hasta el cansancio que ese método de "dejarse llevar por el proceso" da muy malos resultados, con muy pocas excepciones. A partir del momento en que dos inmensas potencias como China y la URSS, ambas con gobiernos marxistas y que han destruido en lo esencial la propiedad privada de los medios de producción, se acusan mutuamente de traición al socialismo, se hace absolutamente indispensable poder distinguir cuáles son las "vías" que "realmente" llevan al socialismo o comunismo y cuáles son pura ilusión dogmática oportunista o romántica.

No hace falta siquiera tomar partido; la simple posibilidad de que una de las dos potencias tenga razón es tan aplastante por lo que significa para la otra —centenares de millones de personas afectadas durante muchas décadas; tal vez varias generaciones de demora en el triunfo del socialismo— que es racionalmente incomprensible que no haya una furiosa actividad para descubrir las raíces más profundas de ese peligro. En un mundo en que se puede arrojar napalm en nombre de Cristo, se puede oprimir en nombre de Marx y se puede llegar al fascismo en nombre de la estatización de las empresas, es una irresponsabilidad monstruosa seguirse guiando por etiquetas o esquemas teóricos que la realidad refuta una y otra vez. Ya no se puede mirar con simpatía a ningún grupo que se autoproclame socialista —por más que enarbole el nombre de algún gran líder— si no da mayores garantías que hasta ahora de que tiene una idea clara del socialismo y de cómo se llega a él sin perderse irremediabilmente en cualquier otra dirección.

16
radio
real
 A resolver ese problema es que tiende el "método constructivo", que no es otra cosa que el comportamiento práctico racional: para elegir la dirección correcta no alcanza con el punto de partida: hace falta conocer el de llegada. Sólo así, cuando nos propongan una etapa intermedia —una "antecámara del socialismo", por ejemplo—, podremos evaluar si es realmente intermedia o apunta para otra parte. En concreto, estamos diciendo que el simple uso de palabras como "socialismo", "marxismo" o "justicia social" no alcanza para definir esos objetivos finales, y que, sin llegar a medidas tácticas, hay que pasar a un "nivel intermedio", como el pedido en PN.

Por supuesto esta no es la opinión generalizada entre los intelectuales de "izquierda", ni la forma de actuar de los partidos o de los movimientos de masas. Para ellos esos peligros son lejanos —frente a problemas mucho más urgentes— y podrán resolverse, si llegan, con los mismos métodos usados hasta ahora y mejorados por la experiencia.

Evidentemente la realidad no les despierta las mismas dudas y temores, sea porque se sienten bien armados teóricamente para enfrentar cualquier peligro o porque tienen confianza en ciertos países, ciertos líderes o ciertas clases sociales.

Es natural que esa interpretación de la realidad les haga ridiculizar intentos como éste, por utópicos, voluntaristas e innecesarios, ya que sólo servirían para perder tiempo y esfuerzos. Es como proponerle a un prisionero —dicen— que postergue su fuga hasta tener un plan exacto de lo que va a hacer después; lo primero es escapar y luego se verá.

Contestaciones a este tipo de argumento ridiculizante hay muchas (por ejemplo, si vale la pena fugarse saltando por la ventana de un piso veinte, etc., etc.), pero no tienen efecto porque la cosa está decidida de antemano: no hay interés en una discusión racional del asunto y por lo tanto es lícito sacárselo de encima con cualquier frase feliz. Sabemos bien que nadie niega que toda acción racional se guía por objetivos y posibilidades, y que el verdadero problema es dar prioridades a esos objetivos y percibir esas posibilidades. Pretendemos entonces que las discusiones se planteen en estos términos. El preso que está esperando a que lo torturen puede preferir saltar por la ventana, sin preocuparse por el después; el ratero sentenciado a un mes de una cómoda prisión con biblioteca y piscina de natación hará muchísimos cálculos antes de participar en una fuga. ¿Puede alguien discutir eso?

Volvemos entonces a que todo empieza por la interpretación de la realidad política actual que se tenga. Los que ven al mundo marchando hacia el socialismo, con alguno que otro tropiezo pero indefectiblemente, hacen bien en no dar importancia a obras como ésta. Los que creemos percibir un gran peligro de terminar en algo muy parecido al fascismo

durante varias generaciones, miraremos con muchísimo interés cualquier nuevo planteo de la estrategia socialista que prometa disminuir ese peligro. Todo debería estar en tela de juicio y sometido a la "duda metódica", si es que se siente que el problema es tan grave. Si las nuevas propuestas chocan con los viejos paradigmas en algunos puntos, entonces a ese nivel debe hacerse la discusión.

El problema real es si estos sanos propósitos pueden cumplirse; si es posible extraer conclusiones útiles de esos planteos centrados en el futuro. Tenemos otra vez en contra algunas frases de Marx, como "no se puede hablar en abstracto de lo que debe hacerse después de la toma del poder" (3). Aparte de que no se habla hoy "en abstracto", —pues ha habido varios gobiernos socialistas después de Marx— dejaremos que los resultados digan por sí mismos qué es lo que se puede o no se puede hacer, en vez de renunciar, en abstracto, a un método que tal vez sirva de algo.

El método constructivo no choca —no puede chocar— ni con el materialismo dialéctico ni con el pragmatismo, positivismo etc., etc., en su planteo abstracto. Pero apenas se pasa a su aplicación sistemática en términos de la construcción de la sociedad nueva veremos cómo sugiere diferentes propuestas e interpretaciones en todo lo que tenga algo que ver con la acción práctica. Ya lo hemos ensayado en los campos de la política económica, tecnológica y científica —como se verá en este capítulo— y esperamos dar una idea de cómo cambia también el planteo de problemas históricos, sociológicos y políticos —e incluso epistemológicos—, como por ejemplo, para concretar, el papel de la "socialización de los medios de producción" en el mundo actual.

Aunque no choca con ningún método científico, la "actitud" constructiva no es siempre la más útil en las ciencias de la naturaleza, que justamente progresaron al liberarse de planteos finalistas, teleológicos (pero es indispensable para la política científica). Pero eliminar el finalismo donde lo esencial es la actividad humana es anticientífico. Por desgracia es lo que se ha hecho generalmente en las ciencias sociales por seguidismo, por influencia indebida de las naturales. No es raro entonces que un método que plantea de entrada que toda descripción, explicación, teoría, predicción, tiene interés sólo en función de las decisiones a tomar, de los problemas a resolver para construir la sociedad deseada, que ese método, decimos, conduzca a recomendaciones e interpretaciones diferentes.

2. — **Proyectos Nacionales**

Cuando un estilo se ha definido mediante características suficientemente claras y concretas, se podrán proponer estrategias para construirlo a partir de la situación actual, de los recursos disponibles o conseguibles, de los aliados y enemigos potenciales. Eso significa que quedan definidas año a año, a partir de "hoy", metas intermedias que se irán cumpliendo aproximadamente y que son la garantía de que se marcha en la dirección deseada.

Más importante aún, será posible hacer una estimación, por grosera que sea, de la eficacia de cada estrategia propuesta, y en primer lugar si es capaz de alcanzar los objetivos finales con los recursos disponibles, y sin necesidad de graves sacrificios intermedios. En realidad estos objetivos intermedios tienen también tanta importancia que es mejor darlos como parte del estilo a construir, aunque siempre con flexibilidad.

Si estas precisiones y cálculos de **viabilidad** son posibles, diremos que la construcción de la sociedad deseada se ha planteado como **Proyecto Nacional**; "proyecto" porque nos proponemos llevarlo a cabo; "nacional" por ahora sólo en el sentido de que se aplica a todo el país —o a un grupo de países—, pero no necesariamente de contar con el apoyo de las mayorías desde el comienzo.

Un Proyecto Nacional —PN de aquí en adelante—, está todavía lejos de ser un plan en sentido usual, pero ya es el marco de referencia de largo plazo para los planes comunes y más aún, para la estrategia política. Con él hemos dicho, puede calcularse la viabilidad de la sociedad deseada y de todo el proceso que lleva a ella desde la realidad inicial. Este "cálculo" —que es cualitativo en muchos aspectos— sólo puede hacerse con un gran margen de error, pero ya es muy distinto que andar a ciegas o guiados sólo por consideraciones abstractas o por la fe.

La viabilidad tiene tres aspectos gruesos:

1) — **Viabilidad física**: si los recursos naturales, humanos, tecnológicos y de capital instalado alcanzan para producir los bienes y servicios requeridos.

2) — **Viabilidad social**: si la actitud y tradiciones de los grupos sociales —su grado de conciencia, expectativas, motivaciones, movilización— y la organización institucional no ponen obstáculos demasiado fuertes al PN, o si los recursos alcanzan para modificar a tiempo eso.

3) — **Viabilidad política** (inclusive lo ideológico y militar): si las fuerzas que se oponen al PN tienen poder suficiente para detenerlo o hacerle cambiar de rumbo, comparadas con las que lo apoyan, en cada etapa.

Como primer paso de estos cálculos de viabilidad tiene que

ser posible verificar si la definición del estilo, y del PN correspondiente, es completa y consistente, con lo cual se quiere decir (véase ET, cap. II, para más detalles):

— ¿Son suficientes los objetivos declarados, tanto para definir fielmente el nuevo estilo social como para poder hacer esos groseros cálculos? (Por ejemplo, si damos sólo objetivos materiales, o sólo "indicadores" necesarios pero no suficientes, como la eliminación de la propiedad privada).

— ¿No hay contradicciones entre los mismos objetivos, las metas intermedias, las estrategias y "tecnologías" propuestas para alcanzarlos? (Ejemplo importantísimo: objetivos "socialistas", y estrategias sin participación popular verdadera).

Para poder cumplir con todas estas condiciones, el método constructivo incluye como una propuesta básica que el estilo y el PN se definan mediante las **necesidades humanas de que la sociedad se tiene que ocupar**. Más es concreto:

— Se da una lista de necesidades materiales, culturales, políticas y de cualquier otro tipo cuya atención se supone que es responsable de la sociedad entera, en algún grado (las que no están en la lista quedan para que cada individuo las satisfaga por su cuenta). Si la lista no es completa, en el sentido anterior, se la va completando (o sea, es una lista "abierta").

— Se determinan los grandes grupos de población que hoy presentan diferencias apreciables en la satisfacción de esas necesidades, o que pueden presentarlas.

— Se indica, en qué forma y grado, y en qué plazos, se propone satisfacerlas, para cada uno de esos grupos. Estos son los objetivos (las necesidades mismas son sólo "criterios", pues la misma necesidad se satisface de maneras distintas, en estilos distintos).

— Estos objetivos tienen que darse en forma suficientemente clara como para poder analizar:

- a) recursos materiales que cada uno de ellos requiere, a lo largo del tiempo;
- b) grado en que satisface las expectativas de los destinatarios;
- c) efectos positivos y negativos que puede tener para el cumplimiento de los demás objetivos.

Si se está hablando de una verdadera transformación de la sociedad, todos estos objetivos y plazos deben darse para un período no menor de 20 a 30 años, mínimo necesario para que queden establecidas firmemente las bases del nuevo estilo. Al mismo tiempo ese "horizonte" es el máximo que podemos aspirar a divisar para hacer estimaciones de viabilidad que no sean puramente intuitivas.

Para dar una idea del tipo de "necesidades" a que nos referimos, reproducimos la lista dada en PN, cap. I, aunque

Neces
han
mas
mas

Lista

20
30

en este volumen no tendremos necesidad de considerar las todas por separado.

Necesidades físicas:

1. Alimento y vestuario.
2. Vivienda, su equipamiento y servicios.
3. Otros bienes durables.
4. Salud.
5. Transporte y otros servicios personales.

Necesidades sociales:

6. Seguridad, solidaridad, integración social.
7. Acceso a información y comunicación globales.
8. Núcleo social básico (familia y/u otros).
9. Forma de vida vecinal y urbanización.
10. Igualdad en la distribución del producto y el prestigio.
11. Libertades individuales garantizadas; organización de la vida individual.
12. Limitación y distribución del tiempo trabajado para cada edad.

Necesidades culturales:

13. Educación y entrenamiento.
14. Ocio recreativo y deporte.
15. Ocio creativo, innovador: científico, artístico, artesanal.
16. Imagen del mundo.
17. Satisfacción en el trabajo: condiciones materiales, estímulos, alienación, tipo de tareas.

Necesidades políticas:

18. Participación en decisiones de diversos tipos y niveles.
19. Autonomía nacional, de diversos tipos. Papel del país en el mundo.
20. Propiedad personal; garantías y límites.
21. Política de desarrollo regional para el país.
22. Libertad para cambiar de Proyecto Nacional. Legado final de recursos.
23. Métodos de resolución de conflictos sociales.
24. Política para el tamaño y estructura de la población.
25. Estructura institucional: características de las instituciones y del sistema de todas ellas.

Algunas de éstas no se llaman usualmente "necesidades". Otras podrían subdividirse, o agruparse, o cambiar de nombre con ventajas. Otras, como las sexuales y emotivas, no se han incluido porque pocos las consideran como responsabilidad social, pero no habría ningún inconveniente en agregarlas a la lista: cuando una necesidad figura en la lista pero un estilo no la considera motivo de preocupación para

la comunidad (salvo a través de otras, como la educación), basta decirlo explícitamente; el objetivo para ella es entonces "dejarla al cuidado de cada uno".

3. Estilos típicos.

Para las necesidades de este volumen no hará falta desarrollar proyectos nacionales completos; bastará con dar descripciones generales de los estilos históricamente más pertinentes y de algunos arquetipos hacia los que puede evolucionar la humanidad dentro de los próximos 30 años (para los PN correspondientes a algunos de éstos, véase PN, caps. IV y V).

Nuestra elección de categorías, tipos y conceptos importantes está motivada por la siguiente observación básica:

El socialismo es viable, pero no es seguro; su máximo competidor —también viable al menos por 2 ó 3 generaciones— es un estilo que llamaremos "despotismo", y a veces "fascismo", por falta de otro nombre mejor. Ambos tienen una economía planificada (aunque no de igual manera), lo cual hace inútil a la planificación como criterio clasificatorio.

En vez de planificación, usaremos el criterio ya propuesto en ET y empleado allí sistemáticamente por sus ventajas para diseñar políticas económicas y tecnológicas: si la producción está dirigida hacia las necesidades de la población, o las necesidades de las mismas empresas y de quienes las controlan. Aparecen así dos clases de estilos que llamamos, con poca elegancia, "pueblocéntricos" y "empresocéntricos", para recalcar que dan dos interpretaciones tan distintas de los hechos sociales como los paradigmas geo y heliocéntrico para los hechos astronómicos. El amante del griego podrá llamarlos "democéntricos" y "ergastocéntricos".

Por supuesto ningún estilo, por empresocéntrico que sea, puede desentenderse de las necesidades de la población, pero en este caso no las toman como objetivos finales sino como factores limitantes a la par de cualquier insumo, o como instrumentos, para lograr el crecimiento de la empresa o del "mercado" en algún sentido. Su lema podría ser "vendo, luego existo", con su contrapartida en el cliente consumista individual o institucional. Para que esto sea posible es prácticamente necesaria una economía de intenso intercambio internacional, donde la empresa no depende sólo del mercado interno para colocar su producción, y sus beneficiarios disponen de más variedad para gastar sus ingresos.

No hay dificultad teórica para traducir los objetivos de un estilo empresocéntrico al lenguaje de necesidades humanas que hemos propuesto, pero para sus partidarios sería muy poco político hacerlo, ya que quedarían al descubierto los privilegios de ciertos grupos y un gran porcentaje de produc-

ción "socialmente innecesaria". Ese esquema de representar PN se presta naturalmente para estilos pueblocéntricos, donde las inversiones se deciden en función de las metas de satisfacción de esas necesidades y del estilo tecnológico correspondiente. El comercio internacional resulta así mucho menos necesario: el intercambio externo como "tecnología" de producción (si quiero A, produzco cualquier B vendible en el exterior, y con las divisas compro A; tecnología que podemos llamar "petrolera") puede entonces considerarse objetivamente a la luz de todos sus otros defectos, y por que no, virtudes.

Entre los estilos pueblocéntricos se encuentran las distintas variantes del socialismo (no sólo de las "vías hacia"), bajo cuyo nombre englobamos también al comunismo en sentido marxista (recuérdese que los marxistas llaman "socialismo" sólo a una etapa de transición hacia el estilo final, llamado "comunismo"). Como principios fundamentales, además de eliminar la miseria y toda forma de explotación y opresión, daremos énfasis a la participación intensa, la solidaridad social y la creatividad popular. Ningún socialista va a estar en desacuerdo con estos objetivos, aunque tal vez no todos hayan meditado suficientemente sobre su importancia, no sólo como fines en sí mismos, sino como instrumentos de viabilidad. De esto se hablará suficientemente más adelante (véase también ET, caps. IV a IX).

Se está difundiendo hoy otro estilo pueblocéntrico en sus declaraciones, pero aparentemente poco viable, inestable: es el "populismo". Con este vago término designamos una política de redistribución de ingresos a favor de los asalariados algo más fuerte que lo habitual y sobre todo acompañada de una redistribución de prestigio social, a través de gobiernos no sólo paternalistas sino que se declaran enemigos de las viejas oligarquías e intérpretes de la voluntad popular (simultáneamente los intelectuales buscan la sabiduría popular). Como no se hace ningún esfuerzo por evitar que esa voluntad popular siga siendo modelada por el consumo opulento —por las empresas—, esa redistribución es siempre insuficiente y sólo produce desequilibrios financieros, inflación y estancamiento de la inversión privada.

Puede haber formas más o menos capitalistas o planificadas de populismo. Podría decirse que todas se basan en aceptar como legítima la "falsa conciencia de clase", como dicen los marxistas —nada "espontánea" pues es dirigida a presión: publicitaria y educativa—. Ya analizaremos cuál es su papel histórico.

En la práctica el populismo sigue funcionando con centro en la empresa, y nunca podrá salir de eso por lo que hemos dicho (y otras razones). Pero su proyecto verbal es pueblocéntrico.

En el empresocentrismo hay que hacer una gran división

entre estilos capitalistas y "estatistas" o de capitalismo de estado.

De los primeros, regidos por el mercado de libre competencia privada, limitándose el estado a cuidar el orden, el arquetipo es el capitalismo liberal. Sus ejemplos prácticos —siempre lejanos del ideal teórico— dominaron el siglo XIX, pero hoy quedan sólo resabios.

El proyecto que lo reemplaza hoy es el desarrollismo, o estilo de vidriera de la sociedad de consumo norteamericana, a imitar por los demás países, y especialmente por los "en vías de desarrollo".

En teoría debería estar centrado en las grandes corporaciones o empresas transnacionales, pero en la práctica, y sobre todo en los países que no son sede central de dichas empresas, sufre graves imperfecciones por intervención estatal, y por su inviabilidad intrínseca (las altas tasas de crecimiento que su estilo de consumo implica sólo son alcanzables con fuerte ayuda extranjera, voluntaria o involuntaria, de modo que algunos países tienen que sacrificarse en favor de otros y las "brechas" crecen).

Bajo presión del populismo, se habla bastante de la "economía social de mercado", que es sólo una variante del desarrollismo más preocupada por los problemas de distribución del ingreso, sobre todo en sus aspectos sindicales.

Sistemas estatistas son los de fuerte intervención del estado en la economía y en varios aspectos sociales, además de educación (vivienda y salud, por ejemplo). En todos los países del mundo el estatismo está avanzando velozmente, y es ya la forma organizativa más importante, calificada diversamente de "planificación", "intervencionismo" o "totalitarismo".

En cierto sentido el socialismo es también estatista, ya que la economía se planifica, pero allí el estado es sólo un instrumento administrativo de la población total —tal es el proyecto, por lo menos—, mientras que aquí usaremos el término "estado" en su acepción usual actual: un grupo minoritario más o menos estable de personas que se turnan en el gobierno, con poder suficiente para imponer desde allí una política económica y social (sin preguntar por ahora en beneficio de quiénes).

Sea a través de las empresas del estado o de alianzas con las grandes empresas nacionales y transnacionales, en la práctica ese grupo dirigente se orienta hacia el empresocentrismo y por eso lo ubicamos en esta categoría.

Nos interesa especialmente su forma más peligrosa para la construcción del socialismo, que hemos llamado "despotismo", y que en una de sus formas históricas es nuestro viejo conocido el "fascismo", aunque reconozcamos que este término puede prestarse a confusiones. Su característica principal es el autoritarismo (lo hemos abreviado AUTO, en

otras obras). Tiene muchas variantes, de las que describiremos sólo dos arquetipos:

El "despotismo rico", posible futuro de los países más industrializados y con poca población marginal. El país entero se organiza y funciona como una inmensa empresa moderna —coalición de empresas transnacionales actuales, fuerzas armadas y algunas otras grandes instituciones de servicios —un poco más militarizada que hoy, en el sentido de reforzarse las actitudes de disciplina y respeto a las jerarquías. Las motivaciones principales son, por un lado el ascenso en ese escalafón de jerarquías, y por otro, la seguridad de empleo y protección para los que están integrados al sistema (esto significa que la empresa japonesa está más cerca que la norteamericana de este "ideal").

El concepto de país queda bastante "desdibujado": por una parte las empresas se extienden por todo el mundo, y por otra cierta proporción de los habitantes queda marginalizada del sistema y deben arreglárselas como pueden, a partir de los residuos o mediante actividades que no interfieran con las centrales.

Esto sólo tiene estabilidad cuando los marginales son pocos y se los puede tranquilizar mediante expectativas no muy fantasiosas. La estabilidad económica se logra mediante la explotación de otros países, pero en algunos casos eso no es indispensable (cuando la productividad es alta y los recursos naturales propios son suficientes).

El "despotismo pobre" es una posibilidad para países poco industrializados y con mucha marginalidad o subempleo. Se parece al otro tanto en las actitudes y motivaciones que fomenta como en su organización a través de grandes instituciones muy jerarquizadas; pero la baja productividad —y la interferencia de transnacionales ajenas— produce diferencias esenciales:

El sistema es incapaz de integrar a la mayoría de la población —y los grados más bajos del escalafón sufrirán muchas privaciones aun así—, y los marginales se convierten entonces en el problema número uno. La forma autoritaria de resolverlo es convirtiéndolos en mano de obra forzada, con tareas muy pesadas y en condiciones infrahumanas, que van reduciendo rápidamente su número y produciendo algunas difíciles obras de infraestructura. En algunos casos puede recurrirse a métodos de genocidio menos disimulados. De esta manera el fascismo pobre resuelve el "problema demográfico", mejora su productividad y puede dar más recompensas a los trabajadores integrados en el sistema. De todos modos estos métodos ultra-autoritarios requieren también mayor disciplina interna que para el fascismo rico. Eso, más los defectos organizativos iniciales, hacen probable que cada institución adquiriera cierta independencia, ten-

diéndose a una estructura que podría llamarse "feudal", aunque no en sentido territorial sino del empleo.

Volveremos repetidas veces sobre estos estilos y sus precedentes históricos; aquí sólo hemos dado la mínima descripción necesaria para entendernos (véase en las páginas siguientes un cuadro comparativo de tres de ellos). Todos son arquetipos, es decir, formas ideales (ni "promedios" ni "normales") a alguna de las cuales cada estilo real se parecerá en las características que nosotros hemos elegido como "esenciales" constructivamente.

Todos estos estilos son ramas de un mismo tronco: la "sociedad industrial", que apenas tiene un par de siglos de existencia. Todos ellos se basan en el enorme aumento de la productividad por persona ocupada que la industria moderna permite, y comparten los enormes problemas que ella misma crea.

Resumiendo conclusiones de este libro, dentro de la sociedad industrial distinguimos los siguientes estilos, que, aparte de sus objetivos, difieren en su época y su probable estabilidad:

- Síntesis* —
- Capitalismo liberal: pasado, tuvo más de un siglo de estabilidad razonable.
 - Desarrollismo: presente, a desaparecer por inviabilidad física.
 - Estatismo populista: presente, muy poca estabilidad: inviabilidad social.
 - Estatismo fascista: futuro, puede durar dos o tres generaciones.
 - Socialismo (con una etapa estatista de transición): futuro, muy estable y flexible.

DEFINICION COMPARADA DE LOS TRES ESTILOS USADOS COMO REFERENCIA EN ESTA OBRA

NOMBRE
(convencional):

CREA (de "creativo"); en otras obras lo llamamos SNC o "socialismo nacional creativo".

1. Participación: Igualitaria, plena y profunda de toda la población adulta; en el producto, en el trabajo y en las decisiones políticas, administrativas y técnicas (y por lo tanto en la propiedad de los medios de producción).
2. Solidaridad: Hacia todos los individuos, no solo los visibles. Expresada socialmente, mediante actitud no competitiva por privilegios, desaparición de toda forma de

- dominación y autoritarismo: burocracias, tecnocracias, clases sociales, marginalidad, etc.
3. Motivaciones más estimuladas: No materiales, basadas en la responsabilidad solidaria, aprobación social y trabajo interesante (rotación de tareas desagradables).
 4. Nacionalismo: Entendido como diversidad cultural: liberación nacional, teniendo como objetivos la independencia cultural, económica y política. Poca imitación de modas, pautas de consumo, tecnología, arte y ciencia de otros países. Poca integración en el comercio internacional. División del trabajo y alianzas estrechas sólo con países que tengan PN similar y puedan formar una sola nación.
 5. Creatividad: Causa y efecto del nacionalismo. Estímulo a la creatividad individual y grupal en todo tipo de actividades. Ciencia y arte del pueblo, no sólo para el pueblo. Lucha contra la homogeneidad cultural mundial.
 6. Nivel de vida material: Algo superior, para todos, al que corresponde hoy al ingreso medio de la población urbana integrada.
 7. Integración social: Solidaria; a través de alta participación, estímulo a los núcleos multifamiliares no cerrados y las empresas "transparentes" (estadias transitorias en otros lugares de trabajo y vivienda; turismo participante, etc.). Grupo de referencia: toda la sociedad, y en menor escala grupos de vivienda y trabajo.
 8. Condiciones de trabajo: Igualitarias, a través del trabajo en equipo solidario. Rotación de tareas pesadas o insalubres (cuya disminución tiene alta prioridad). Acceso gradual a tareas técnicas con apoyo del equipo de rotación
 9. Seguridad: Apoyo fraternal de todos garantiza que la sociedad entera se ocupará de las necesidades (de la lista dada) para cada miembro, mientras viva. La participación activa refuerza esa garantía.

10. Derechos de las generaciones futuras: Objetivo explícito para planificar el uso de recursos, preservación del ambiente, política de población y flexibilidad para cambiar de PN.
11. Educación: Permanente, igualitaria, profunda: todos son estudiantes y enseñantes (y trabajadores) durante toda la vida activa. Acceso fácil a todo tipo de información.
12. Producción: El mínimo compatible con la satisfacción de las necesidades populares en el grado establecido en el PN. Regulada por planes. Tecnología compatible con el estilo y los recursos. Ciencia funcional, con excepciones.
13. Empresas y otras instituciones: Nunca aisladas, nunca fines en sí mismas, sino sistema de órganos para cumplir los objetivos nacionales coordinadamente y sometidas al control de toda la población. No pueden dar privilegios especiales a su personal.
14. Actividades políticas: Intensas. Métodos eficientes de participación directa general. Pluralismo político. Reexamen permanente del PN.
15. Libertades individuales: Autolimitadas por respeto a los derechos de los demás. Libertad de compra limitada por las metas correspondientes del PN. Mayor libertad del consumidor por participación artesanal.

NOMBRE
(convencional):

CONS (de "consumista"); en otras obras lo llamamos DES, o "desarrollismo capitalista".

1. Participación: Democracia electoral, igualdad de oportunidades, libertad para elegir entre lo expuesto a la venta (si se tiene el dinero). Participación en decisiones importantes sólo a través de representantes. Plena libertad legal para movilidad social.
2. Solidaridad: Hacia los individuos visibles: caridad. Actitud competitiva: lucha por la vida y triunfo del más apto. División clasista, con privilegios justificados por riqueza, fuerza o diplomas. Autorita-

- rismo, limitado por garantías legales. Respeto a obligaciones contractuales.
3. Motivaciones más estimuladas: Dinero, poder, "status". "Compro, ergo existo".
 4. Nacionalismo: Independencia política formal. Seguidismo a algún país modelo en pautas de consumo, tecnología, etc. Énfasis en que formamos un solo mundo. Integración máxima en el comercio internacional y acatamiento a organismos regionales y mundiales, tipo Naciones Unidas.
 5. Creatividad: Objetivo secundario, limitado a competir en ciencia o arte dentro de las pautas dadas por los países líderes. Tendencia a la homogeneidad cultural mundial. A cargo de minorías intelectuales que a veces se preocupan de crear para el pueblo, que es consumidor pasivo. El arte popular es un artículo de consumo comercial más.
 6. Nivel de vida material: Consumo alto, diversificado y de rápido cambio para los "triunfadores". Desaparición total de la miseria extrema (este objetivo no es realmente viable, salvo para una minoría de países).
 7. Integración social: Contractual, a través del trabajo y muchas instituciones; papel muy importante de los medios masivos de difusión. Exaltación de la familia reducida, dedicada al "ascenso social". Respeto a las leyes. Grupo de referencia: partido político, país "modelo".
 8. Condiciones de trabajo: Las que puedan conseguirse en negociaciones competitivas con la "patronal". Defensa sindical del salario, servicios sociales, seguridad e higiene, estabilidad y escalafón. Derecho de "huelga legítima", reglamentado.
 9. Seguridad: Posesión de dinero, o sistemas de seguridad social: jubilación y asistencia médica para los trabajadores organizados y sus familias.
 10. Derechos de las generaciones futuras: Medidas preventivas mínimas para evitar problemas de mediano plazo por contaminación ambiental o escasez de

- recursos. "Planificación familiar" para las clases bajas. Muy poco interés por el largo plazo.
11. Educación: Enfocada como preparación de "recursos humanos" en una etapa obligatoria para todos, y como obtención de diploma que da privilegios, para los que pueden seguir estudios profesionales. Es un instrumento para el desarrollo y la lucha competitiva.
 12. Producción: El máximo posible: lo que no se consume se exporta y se atesora en divisas. Su crecimiento es el gran indicador de éxito o fracaso. Regulada por monopolios y mercado, con intervención estatal para evitar abusos exagerados.
 13. Empresas y otras instituciones: Las empresas, motivadas por su propio crecimiento y el lucro, tienen la iniciativa de la producción. El estado les impone algunas restricciones y les resuelve los problemas de infraestructura. Todas las instituciones —aun las de autogestión, cooperativas o voluntarias —tenden a poner los intereses de su personal y su crecimiento por encima de sus objetivos declarados.
 14. Actividades políticas: Electoralismo con pluralidad de partidos políticos competitivos, con ventajas para los que poseen mejores medios de difusión.
 15. Libertades individuales: Limitadas por los derechos de los demás y por la lucha contra la "subversión" (ataques al PN). Fuera de eso, limitaciones automáticas dadas por el dinero poseído y la variedad ofrecida por el mercado.
- NOMBRE**
(convencional):
1. Participación: AUTO (de "autoritarismo"), o "despotismo" o "fascismo pobre". Muy limitada; sólo por vía jerárquica y representantes indirectos. Subordinación y cumplimiento de las funciones asignadas, como parte del esfuerzo común. Cada persona se identifica con su rol asignado, hasta que le corresponde ascender.

2. **Solidaridad:** Dentro de cada institución y por niveles jerárquicos, algunos de los cuales se convierten en castas hereditarias. Autoritarismo.
3. **Motivaciones más estimuladas:** Disciplina, aprobación por la superioridad. Expectativas de ascenso rápido en el escalafón. Confianza en las autoridades máximas.
4. **Nacionalismo:** Entendido como aumento del prestigio internacional del país en base a su potencia militar y económica. Defensa y posible expansión de la soberanía territorial. Alardes de independentismo diplomático pero poca independencia económica y cultural. Integración grande en el comercio internacional. Desarrollo de algunas líneas tecnológicas propias en ramas de interés especial.
5. **Creatividad:** Estimulo a ciertas ramas de creatividad tecnológica especializadas, a cargo de pequeñas minorías profesionales (que pueden constituir tecnocracias). Estimulo y control del arte para consumo masivo.
6. **Nivel de vida material:** Consumo opulento para las minorías dominantes y muy austero para las mayorías integradas. Hambre para los marginales.
7. **Integración social:** Compulsiva, para los integrados, a través de su ubicación escalafonaria. Basada en llamamientos a la Tradición, Familia, Propiedad, Religión, Patria. Uso integrador del deporte, y sobre todo de las instituciones de todo tipo. Grupo de referencia: el sindicato o corporación (o sea minoritario pero masivo).
8. **Condiciones de trabajo:** Desiguales, según jerarquía ocupada. Dificil defensa gremial de las condiciones materiales. Separación total de trabajo manual e intelectual o técnico. Tareas especialmente pesadas a cargo de mano de obra forzada, reclutada entre marginales.
9. **Seguridad:** Seguridad social garantizada por la institución en que se trabaja. Aumenta al

- ascenderse en el escalafón jerárquico.
10. **Derechos de las generaciones futuras:** Sólo se toma en cuenta en el sentido de legar una "potencia instalada" grande: infraestructura, reservas de recursos estratégicos. Inflexibilidad total para cambiar el PN: se intenta convertirlo en dogma a través de educación infantil sectaria.
 11. **Educación:** Para lograr sumisión, disciplina y voluntad de sacrificio, confianza en el PN y en las autoridades. Intentos de reforzar la formación técnica.
 12. **Producción:** Máxima, en la medida permitida por todas las restricciones sociales antedichas. Alta prioridad para las inversiones en industria pesada y militar. Regulada por gobierno, mercado internacional y empresas grandes.
 13. **Empresas y otras instituciones:** Como en CONS, con el agregado de que tienden a convertirse en feudos competitivos por los pocos recursos existentes y el uso de infraestructura. Acataamiento formal a los planes.
 14. **Actividades políticas:** Partido único. Corporativismo. Burocratismo.
 15. **Libertades individuales:** Limitada a actividades familiares. Trabajador ligado a la empresa o a la tierra; control permanente. Marginales en régimen tipo campo de concentración (mano de obra forzada).

Las razones para haber elegido estas definiciones se irán viendo en el texto. Las que más han cambiado desde su primera versión —1968 (1)— son las de AUTO, al que al comienzo se le daba un carácter semi-populista; el análisis histórico nos mostró la conveniencia de separar los aspectos populistas de los autoritarios.

Ya hemos dicho que CONS no es viable, ya a mediano plazo; sus metas son utópicas, como ahora también han demostrado sus propios futurólogos. Los trabajos tipo Club de Roma (4) muestran justamente que si se trata de extender a todo el mundo el "modo de vida norteamericano" no hay recurso que alcance, a menos que "todo el mundo" sea muy poca gente. Pero como el espíritu liberal del desarrollismo le impide tomar medidas para un descenso drástico de la población sin traicionar su propio PN, éste no resulta viable. Tendrá que inclinarse hacia el socialismo o el fascismo.

Anotemos como punto muy importante para toda estrategia política, que las "fuerzas productivas" con que cuentan estos estilos para construirse, no coinciden enteramente, en nuestra opinión, con las usualmente admitidas.

El capitalismo liberal se basó en la industria mecanizada y en el empuje individualista de un cierto grupo social; su sucesor, el desarrollismo, sólo refuerza eso con la automatización y la organización "científica" de la empresa. Todo esto es necesario también para el socialismo, el fascismo y demás estilos posibles en esta época.

La "socialización" de esas fuerzas productivas —su integración a nivel nacional, planificación, organización de su interdependencia— es, como lo vio Marx, la superación del capitalismo y una condición necesaria para el socialismo. Pero esa nueva fuerza productiva, la organización global, no es suficiente para el socialismo, ni es controlada por la clase obrera sino por otro grupo social: la burocracia. También puede, y debe, ser utilizada por el fascismo. La nueva fuerza productiva que sí es típica del socialismo, es la participación creativa y solidaria de todos —en otras palabras, es el "hombre nuevo" socialista—, capaz de planificar, organizar y usar las máquinas o inventar nuevas de manera que se cumplan los objetivos de fondo del socialismo.

El fascismo en cambio, a máquinas y planificación agrega la opresión genocida, el despotismo; fuerza destructiva más que productiva, pero que combinada con las otras le permite alcanzar sus objetivos.

4. Consecuencias para la política económica y tecnológica.

El método constructivo, y su planteo "pueblocéntrico" a través de las necesidades humanas que la sociedad se compromete a satisfacer en cierta forma, grado y plazos, obligan a una interpretación muy poco ortodoxa de los grandes problemas económicos actuales, y sugieren medidas que no corresponden a la "racionalidad" económica usual, basada en el capitalismo.

Daremos aquí un brevisimo resumen de esto, en la medida indispensable para la lectura de los capítulos siguientes. El tema está algo más desarrollado tanto en PN, cap. II como en ET, cap. III.

(De los países actuales, China es el que parece tener una política económica más de acuerdo con estos planteos).

— Distribución del ingreso

Sólo es problema conceptual en los estilos que no garantizan un nivel de vida suficiente para todos, y en los cuales los productos se adquieren con dinero que se adquiere trabajando. El valor monetario asignado a productos, trabajo, capital, etc., a través de **precios** es lo que mantiene unidas

a categorías que con otra racionalidad se ve que son en gran medida independientes: costos y beneficios, inversión y rentabilidad, comercio exterior e interior, **producción y distribución del ingreso**.

La consecuencia en este último caso es que el sistema productivo decide cuánto dinero le toca a cada uno —a través de salarios, intereses y demás precios—, y con ese dinero uno compra lo que puede. El modo de producción determina la distribución del ingreso.

En el paradigma constructivo, el PN **garantiza** cierta parte del consumo a cada uno (para simplificar supongamos que es casi todo, como en CREA). Con eso, distribución y producción quedan desconectados. Para verlo, recomendamos a los no economistas que piensen en todo el sistema productivo como consolidado en una sola gran empresa con muchas secciones, y toda la población como una sola gran familia solidaria. Agregamos el Estado, como simple oficina administrativa.

Todo ocurre como si Producción entregara todos los bienes y servicios de consumo al Estado, como una especie de tributo. Al mismo tiempo el Estado exige a la población como tributo las horas de trabajo que según los cálculos eran necesarias para producir lo repartido. Todo otro insumo (incluso inversiones) es cuestión interna de Producción; sus efectos hacia afuera ya están reflejados en el cálculo de las horas de trabajo. Como en una familia, si a cada uno le toca un par de zapatos, no se espera a que pueda pagarlo para entregárselo: el Estado no se guarda nada y entrega a cada uno lo que le toca según el PN, y que para eso fue producido.

La vieja fórmula comunista "a cada uno según sus necesidades, de cada uno según su capacidad", aclara el aspecto social de esto, pero no el económico, constructivo, pues ¿qué pasa si las capacidades no alcanzan para las necesidades? El método del PN permite establecer el equilibrio entre ambos, pues no trabajar demasiado es también una necesidad de la lista, y siendo posible calcular el equivalente en horas trabajadas de una mayor o menor satisfacción de las otras necesidades, la sociedad podrá elegir lo que más prefiere (con errores de cálculo que muy rápidamente se harán insignificantes).

Es en esta elección previa que aparece algo parecido a los precios (equivalente marginal en trabajo de cada "canasta" de productos y de recursos). Para el funcionamiento del PN se ve en cambio que ni ellos ni el dinero desempeñan ningún papel de importancia (los precios siguen sirviendo para descentralizar las decisiones menores, véase ET, cap. XII y PN cap. VII).

— Desempleo

En un estilo pueblocéntrico, un desempleado es un privilegiado: sus necesidades principales están satisfechas y no tiene que trabajar. Por supuesto eso ocurrirá sólo por errores administrativos. Hoy, por lo dicho más arriba, el que no trabaja no come.

Estas observaciones generales tienen algunas implicaciones prácticas de importancia. Por ejemplo, se recomienda hoy a los países "subdesarrollados" que utilicen tecnologías de alta intensidad en trabajo, para disminuir el desempleo; esto es una estrategia suicida, y nuestro método permite ver por qué y sugerir soluciones.

Las inversiones no son medidas coyunturales o de corto plazo; una vez decidida una política tecnológica, sus efectos duran largos años. Es indispensable entonces tratarlas en el marco de un PN. Se ve entonces que cualquier estilo no demasiado modesto resultaría inviable, con esa estrategia tecnológica intensa en trabajo, por falta de mano de obra.* Este absurdo ocurre por mezclar un problema de distribución de ingresos con uno de producción, cosa lógica en la racionalidad capitalista.

No es necesario hilar muy fino para descubrir por qué los expertos educados en los países dominantes nos recomiendan eso: como las empresas transnacionales no van a seguir ese consejo, por cierto, quedarían en condiciones inmensamente superiores a las empresas nacionales y del estado que lo sigan. Pobreza y dependencia son las perspectivas para un país que depende sólo de la mano de obra usual, poco calificada y sin ayuda de máquinas. Sería más honesto aplicar directamente las recetas keynesianas: crear empleo totalmente improductivo a través del gobierno, como excusa para pagar salarios en vez de dar subsidios a los desempleados. Pero la tecnología usual también crea dependencia pues hay que comprarla afuera, y por supuesto no resuelve el problema de desempleo, al contrario (repítase el cálculo anterior suponiendo que la productividad aumenta al 5% anual). Esa es la justificación para proponer la estrategia que estamos criticando.

El método constructivo conduce a propuestas concretas, por lo menos para el estilo CREA: mejorar la calificación de la mano de obra, diseñar nuevas tecnologías según líneas indicadas en ET (todo el texto se refiere a eso) y mientras todo

* El cálculo no requiere ningún modelo matemático sino sólo manejo de tasas: tecnologías intensas en trabajo implican, casi por definición, que la productividad por persona ocupada se mantiene constante (puede bajar, y como máximo podría subir al 1 ó 2% anual). Si se pretende un modesto crecimiento del producto por persona del 4%, el empleo subirá anualmente como mínimo un 2% más rápido que la población. Entonces un desempleo del 10% se elimina en menos de 6 años y a partir de entonces hay desempleo negativo (es decir, hay que aumentar la jornada laboral y la población activa).

eso se organiza, resolver el desempleo con medidas de corto plazo, empezando por un subsidio inmediato, y luego tareas productivas que no signifiquen ninguna inversión, de modo que puedan ser abandonadas —a favor de otras más convenientes, a medida que se instalen— sin que se pierda nada importante.

— Exportaciones

Muy pocos discuten hoy la estrategia de comercio exterior, resumida en la frase de moda "política agresiva de exportaciones". Hay obsesión por exportar el máximo posible, con subsidios y estímulos de todas clases, llegando a la instalación de fábricas modernísimas destinadas exclusivamente a exportar. Nuestros países están quedando firmemente integrados a la red del comercio internacional, que no controlamos precisamente nosotros. A través de precios injustos y del monopolio de flétes, seguros y otros servicios, se ejerce hoy el neo-colonialismo económico, contra el cual es prácticamente imposible rebelarse, porque ya hoy dependemos vitalmente de las importaciones: si nos las cortan, se paraliza todo nuestro sistema productivo.

Esa dependencia se agudiza porque el deseo de exportar implica producir bienes con demanda segura, y a precios y calidades competitivos, lo que exige usar tecnologías muy "avanzadas", lo que significa depender de quienes las venden, y de sus insumos.

El único consuelo es ver cómo, por mal cálculo, las potencias que nos explotan de esa manera quedaron dependiendo también de importaciones de petróleo que no controlan, y tendrán que admitir nuevos socios en su negocio gangsteril. Es lógico que las empresas privadas estén desesperadas por entrar en una trenza tan fabulosa que deja no sólo ganancias grandes, legales e ilegales, sino la posibilidad de depositarlas en países seguros (aunque también aquí los "peces chicos" entre estas empresas están aprendiendo que para ellos el negocio no es tan bueno); pero es menos comprensible que economistas y políticos de izquierda se muestren igualmente entusiasmados, y aplaudan a cualquier gobierno que logra nuevos clientes en el exterior.

Constructivamente, las cosas se ven exactamente al revés. Las exportaciones sirven sólo para pagar las importaciones. Estas pueden calcularse conociendo el PN y la estrategia tecnológica (esta última a su vez se elige para minimizar las importaciones, si el PN es algo nacionalista). Eso es lo que debe exportarse: más, sería trabajar para que otros gocen del fruto de ese trabajo.

En el comercio exterior no podemos evitar los problemas de precios; ellos no pueden ser fijados por el PN; dependen de la voluntad del resto del mundo, no de la nuestra. Por eso

mismo constituyen una forma de explotación importantísima y disimulada por parte de las empresas transnacionales que controlan el comercio mundial, y hoy es más productiva que los beneficios de las ventas locales de las filiales de esas empresas.* A través de precios injustos, también pueden explotarnos países sin empresas privadas.

Lo que sí puede hacerse es desconectar por completo los precios externos de los internos. En todo estilo estatista, el gobierno puede centralizar totalmente el comercio exterior: comprar en el país a los precios internos, lo que ha decidido exportar, y vender a las empresas, también a los precios internos, lo que ha decidido importar. Los precios externos le sirven para calcular cuánto debe exportar para pagar las importaciones necesarias según el PN. No hace falta ningún tipo de cambio (automáticamente queda definido uno para cada artículo, pero no se usa).

En parte es lo que ya hacen hoy todos los gobiernos al fijar aranceles diferenciales, subsidios, reintegros, tipos de cambio especiales, etc., pero sólo lo hacen con vergüenza y cuando no hay más remedio.

Por último, el transporte innecesario de mercancías es un derroche de combustibles y otros recursos, totalmente irracional en épocas de escasez.

— Deuda externa

Para completar el párrafo anterior, digamos que tampoco se justifica el temor exagerado al endeudamiento externo ni el deseo de acumular grandes reservas de divisas.

Debe entenderse que una deuda es esencialmente un instrumento de presión política, como ya lo sabía Shakespeare puede ser llevado a la práctica sólo si no hay otros instrumentos de poder que se opongan. El acreedor de un poderoso se convierte casi en su socio, si no en su víctima.

Esa situación no es eterna, pero puede durar lo suficiente para financiar grandes cambios en el país deudor, si es que éste tiene un PN que lo oriente y le dé firmeza. EE. UU. lleva décadas de fuerte endeudamiento que lo enriqueció y recién ahora que su poder político está en declinación se ven las primeras iniciativas serias para obligarlo a pagar.

¿Por qué decimos que el endeudamiento enriquece? Es una pequeña exageración, basada en el hecho real de que el déficit de la balanza comercial (importaciones menos exportaciones), que es el primer motor de la deuda, si **enriquece**. En efecto, significa que han entrado más bienes que los que salieron (sin discutir ahora la justicia de los precios) y eso es riqueza real.

Si los bienes son de consumo, esa ganancia es efímera (a

* En el comercio internacional, una variación del 10 % en los precios hace diferencias que superan el producto bruto total de Argentina.

menos que resuelvan algún problema coyuntural de hambre); si son de capital y bien elegidos, pueden tener efectos decisivos para la historia del país.

Tener un superavit permanente significa al revés, entregar riqueza al extranjero, a cambio de documentos o "divisas", que en el mejor de los casos son para un país chico tan poco útiles como una cuenta de ahorros en época de inflación y desabastecimiento. Nótese, repetimos, que si los precios internacionales fueran justos, tendríamos superavit permanente y grande desde hace más de un siglo, y todos los grandes países nos deberían dinero; que esto no es un chiste se está viendo en estos años cuando los países productores de petróleo aumentaron los precios, aprovechando la coyuntura política favorable.

La verdadera intensidad de la sanguijuela norteamericana se nota en que, a pesar de los precios que impone a su favor y de los grandes ingresos de divisas por beneficios de sus empresas en el extranjero y aportes de capital extranjero, se ha endeudado, y no por enviar dólares afuera —que son bien pocos— sino por adquirir muchas más riquezas vía importación, que las que entrega como exportaciones. Para mantener ese desequilibrio sin protestas, aprovechó su prestigio de gran potencia para imponer el dólar como dinero internacional. Como esos papelitos verdes resultaron entonces necesarios en los bolsillos de todo empresario y turista, estuvieron en gran demanda, como si fueran comestibles, hasta que hubo suficiente liquidez. Hasta ese momento EE.UU. "pagó" sus deudas fabricando papelitos.

Si esos papelitos volvieran todos a EE.UU. en manos extranjeras, se llevarían todo el producto industrial del año, como manga de langostas; De Gaulle fue el primero que intentó hacerlo llevándose oro, pero sólo tuvo un éxito relativo porque todavía nadie más que él creía en la decadencia norteamericana. Hoy esos papelitos ya están comprando fábricas para europeos, japoneses y árabes.

La moraleja no es que el endeudamiento es malo, sino que debe ser bien aprovechado. EE.UU. lo derrochó en alardes imperialistas, industria bélica, consumo opulento, y al perder por eso poder económico y moral, sus viejos acreedores se atreven a reclamar lo suyo, como tantas veces sucedió a los reyes desafortunados, a lo largo de la historia.

Para un país que es débil de entrada, la cosa es diferente hasta cierto punto: le es mucho más difícil negociar buenas condiciones, y entonces puede llegar a ceder mucho poder de decisión —sobre su política monetaria, económica y aun social— a cambio de mantener su crédito y no sufrir represalias económicas o aun ver volteado su gobierno. Pero estos peligros en general se exageran, y como la autocensura, hacen más dóciles que lo necesario a esos países.

El enfoque constructivo, que exige pensar en términos de bie-

nes reales y capacidad de producción de los bienes deseados, en vez de esconder todo bajo el lenguaje uniformizante del dinero, nos indica que la estrategia correcta no es equilibrar el balance de pagos, sino equilibrar la deuda con la fuerza política del país: llevar a la máxima deuda que no implique pérdida del poder de decisión. Eso siempre que a través del PN esa deuda se esté usando para generar nuevo poder económico y político que permita prolongar ese estado de cosas y terminarlo por último sin mayores inconvenientes.

— Formación de precios

Estos precios de que hemos estado hablando se forman, según la teoría liberal, por comparación de oferta y demanda en el mercado libre. La teoría marxista parte del valor trabajo de los bienes, pero también termina usando la oferta/demanda para llegar a los precios de mercado. Y en efecto, no hay duda de que lo que escasea mucho difícilmente sea barato, o lo que sobra, caro. En alguna medida los precios reflejan la escasez, relativa a la demanda.

Pero eso es sólo parte de la historia, y en general —es decir, salvo casos extremos de escasez o abundancia— no es hoy la parte más importante. La relación oferta/demanda sólo fija amplios límites, entre los cuales otros factores determinan los precios efectivos. Eso ocurre porque los precios son uno de los principales instrumentos para distribuir ingresos, y el interés de cada grupo social o país está en fijarlos en su propio beneficio. Como el beneficio de unos es el perjuicio de otros, ocurre que este proceso se transforma en un conflicto de intereses, y por lo tanto en una prueba de fuerzas. Podemos decir que el precio es un reflejo del poder de negociación de las partes interesadas, y ese poder depende tanto o más de la fuerza bruta o la ley que de la escasez.

Internamente el factor decisivo es la política del gobierno al respecto: desde arriba se puede fijar y controlar los precios hasta tal punto que no nos equivocaremos demasiado si decimos que **todos los precios son políticos**. Es así como el gobierno permite que algunas de sus empresas eleven los precios hasta autofinanciarse, mientras permite que otras tengan déficit porque la elevación de sus precios es políticamente peligrosa (como en los ferrocarriles), y es así como fija precios especiales para la energía cuando quiere estimular una industria o una región.

Los salarios son otro viejo ejemplo de precio político: el poder de los sindicatos impide que bajen aun con fuerte desocupación. Muchos procesos de inflación no estructural, promovida por especuladores-empresarios, se detienen como por encanto ante un gobierno que inspira temor, como hemos visto varias veces en Argentina.

El caso más antiguo e importante en que la diferencia de poder de negociación ha conducido a una explotación sis-

temática, es el de la ciudad y el campo (en el "campo" no incluimos a los terratenientes, que son parte del poder urbano). Primero por la fuerza y luego por la tradición, la ciudad consiguió unos "términos de intercambio" (precios de los productos que exporta el campo, comparados con los que éste vende a la ciudad) tan favorables, que si se quisiera hacer justicia social, dando a los campesinos un nivel de vida igual al promedio, **no alcanzaría todo el producto agrícola para pagarlo**. Aunque eso es absurdo para el sentido común, ya que el campo produce todo lo que comemos, resulta así contablemente, porque la unidad usual para medir el producto o valor agregado es el precio. Los precios injustos ciudad/campo producen entonces ese extraño resultado. Eso se ve más claro aún cuando se recuerda que el valor agregado o producto es la suma de beneficios y salarios (antes de ahorro e impuestos); es evidente entonces por qué la industria o los servicios urbanos dan "mayor valor agregado" que el campo: simplemente porque esos beneficios y salarios son mayores en la ciudad; el ingreso se distribuye desigualmente.

Exactamente lo mismo ocurre con el comercio internacional: el país o la empresa transnacional que tiene poder para modificar los precios a su favor, lo hace, y de ese modo explota a los demás. Eso se hacía antes a cara descubierta —como cuando España fijaba por decreto nuestros precios mientras fuimos colonia suya— y ahora con mayor disimulo, fomentándonos un estilo de consumo que nos hace aceptar cualquier precio sin discutir mucho. Cuando la OPEP violó estas reglas de "ética comercial" aumentando políticamente los precios de su petróleo, produjo gran indignación, pero no hacía más que recuperar parte de lo que había estado pagando de más a los imperialistas desde hace siglos (y nótese que sólo se atrevió a hacerlo cuando estimó que los EE.UU. no estaban en condiciones de contestar con su principal poder de negociación: la fuerza militar).

En un estilo pueblocéntrico sí pueden usarse los precios para medir escaseces globales de recursos frente a los objetivos del PN, y preferencias marginales de los consumidores para ajustar esos objetivos con mayor precisión (ver PN y ET). No son en cambio necesarios para la distribución efectiva de consumos o insumos.

— Rentabilidad, productividad

Como es lógico, nuestro enfoque tampoco acepta los criterios empresocéntricos de rentabilidad monetaria de empresas y de nuevas inversiones y tecnologías. Usar los precios de mercado para evaluar los productos y los costos, y luego calcular indicadores como costo/beneficio, o beneficio/capital, (con tasas de descuento para los años futuros basadas

también en el mercado de capitales financieros), es un método que ya empieza a ser abandonado, de mala gana, por los mismos empresarios privados. Las grandes corporaciones ya están usando criterios de crecimiento con prioridad sobre los de beneficio (sin abandonar éstos). Los manuales de evaluación de proyectos —sobre todo los de agencias internacionales como la ONU— incluyen cada vez más “criterios sociales”, o costos sociales: empleo, contaminación, desarrollo regional, y en estos últimos años, todavía con timidez, dependencia. El ejemplo más cómico y claro de las dificultades actuales del viejo concepto de rentabilidad, se encuentra en la propuesta norteamericana, 1974, de fijar un precio mínimo para el petróleo —a pesar de que fue su aumento lo que desató la crisis—, para que así resulten rentables otras fuentes de energía.

Creemos que todos estos remiendos cada vez más frecuentes —y que pueden siempre reducirse al uso de “precios de cuenta”, diferentes de los de mercado— adquieren su verdadero significado a través del enfoque constructivo, que a la vez propone una manera sistemática y “racional” de atacar todo el problema (“racional”, adecuado a los objetivos y los recursos).

Citamos de ET, obra dedicada a explotar las consecuencias de esto para la tecnología: “Esencialmente, ‘rentable’ significa... que ese uso de recursos que podemos llamar inversión, junto con las demás inversiones e insumos contemporáneos y futuros, garantiza cumplir el PN con los recursos totales disponibles. Hay que tomar en cuenta todos los objetivos del PN, materiales o no, y todos los recursos necesarios. Una inversión es más rentable o eficiente que otra si ahorra más recursos escasos; sólo si hay exceso general de recursos puede interesar una producción mayor que la fijada. De otro modo, la empresa que excede sus metas puede estar quitando recursos indispensables para cumplir otras metas”.

El cambio esencial es que ya no interesa la rentabilidad aislada, en primera aproximación —eso en cambio sigue interesando para refinar cálculos y para decisiones de menor importancia, que se toman descentralizadamente—, sino que cada cálculo debe hacerse en el marco del PN completo y de su estrategia tecnológica. Resulta así que la forma racional de medir la escasez de un recurso es comparando el total de sus usos previstos, con la disponibilidad, natural o creada, prevista. Así se evalúa en primer término la “rentabilidad” de toda una estrategia tecnológica a objetivos fijos (entre las tecnologías se cuenta el comercio exterior). En ET, cap. 12, se propone incluso un indicador numérico de esa rentabilidad, en términos de “máxima holgura” general de recursos.

Como esos mismos recursos figuran entre las metas del PN —“legado final”, o sea reservas de cada uno que se desea

dejar para después del período abarcado por el PN—, un exceso significa exceso sobre esas reservas planeadas, y entonces puede procederse a un ajuste de metas, transformando ese exceso de recursos en aumentos marginales de otras metas (esto hay tiempo para hacerlo con un amplio estudio de preferencias sociales, incluso su variación temporal, lo que da un sistema de precios marginales relativos para las metas).

El óptimo es pues minimizar el gasto de recursos a objetivos cumplidos, en contradicción total con la filosofía desarrollista de resolver todo problema mediante aumentos de producción. El despilfarro de recursos hace incluso crecer el producto bruto, clásica medida desarrollista del éxito del sistema.

— Estrategia tecnológica

El mundo está despertando a la necesidad de diseñar estrategias tecnológicas, es decir, pensando en el largo plazo. Ya se están tomando algunas medidas en el campo de la energía, petróleo y algunos otros recursos, pero lo usual es todavía ignorar la estrategia y hacer, cuanto más, algo de táctica espontánea.

En ese río revuelto aprovechan los que sí tienen una política preparada: las empresas transnacionales, que nos imponen con facilidad las tecnologías que ellos prefieren, y nos hacen sentir héroes de la “liberación” dejándonos ganar algún round en los regateos sobre las condiciones comerciales de los contratos de venta de tecnología, o de “transferencia”, como a veces se llama cínicamente a esta forma de colonialismo.

Para nosotros, la estrategia tecnológica se fija como se dijo en el párrafo anterior, y sus características son de dos tipos:

“Estilo”, que incluye todas aquellas modalidades que la tecnología debe tener para cumplir ella también, como cualquier otra actividad social, con los objetivos del PN. Se refieren específicamente a:

Cumplimiento del legado final de recursos, y derroche tolerado.

Condiciones de trabajo (materiales y de todo otro tipo) que implica.

Dependencia tecnológica y científica.

Papel de la organización o tecnología social.

Escala de producción preferida.

Papel del trabajo no calificado y calificado.

Importancia y papel de los materiales, estructura, diseño y manejo.

Papel y características de la artesanía.

Características de la investigación tecnológica y científica.

Y otras que pueden agregarse a esta lista (que es la usada en ET).

"Gran estrategia"; que complementa lo anterior con una especificación de las líneas tecnológicas que serán más estimuladas, de una manera grosera pero que permita estimar globalmente los recursos necesarios para ello y calcular así la viabilidad del PN. Ejemplos: formas de energía, materiales preferidos para cada función, peso de los estudios previos, peso de la "modularización", de equipos y procesos, etc., etc., etc.

Esto debe hacerse para cada sector productivo y para diversos "sistemas trans-sectoriales", como puede verse en los caps. VIII y IX, de ET.

Creemos además que este planteo exige y garantiza una dosis de creatividad bastante más amplia y profunda que lo usual en este campo en los últimos años.

Para el caso de estilos socialistas, se llega en la obra citada a varias sugerencias más concretas, y se insiste sobre la necesidad de armonizar el estilo total con el tecnológico: cierto tipo de tecnología puede ser incompatible con una cierta manera de vivir, y no sólo porque contamine, o produzca cosas indeseables, sino porque puede exigir una manera de trabajar, y por lo tanto de pensar, opuesta a los objetivos generales. Pero, citamos también: "No cabe duda de que mientras no cambie la actual estructura de poder es absurdo creer que pueda imponerse un nuevo estilo tecnológico, pero lo que parece cada vez más claro es que si ese nuevo estilo no ha sido por lo menos discutido, y en lo posible sometido a pruebas prácticas aprovechando circunstancias favorables, un cambio de estructura de poder nos encontrará sin otros instrumentos técnicos que los ofrecidos por esta sociedad occidental que ha dejado de parecerse digna de imitarse. No es que el militante deba convertirse en tecnólogo, pero debe aprender a rechazar la falsa conciencia técnica-económica que absorbe todos los días, y a percibir sus alternativas.

"No creemos que a una nueva sociedad se llega mediante una mejor selección de tecnologías, pero aunque no es condición suficiente, es necesaria: la tecnología "moderna" produce la misma alienación, dependencia y desequilibrio aunque no haya empresarios privados que agreguen a esas lacras la explotación."

— Financiamiento

Constructivamente, "financiar" significa dar la autorización final para que se ejecute una actividad ya incluida en el PN (mejor dicho, en los planes detallados a que el PN da lugar). Eso puede hacerse fijando precios a los recursos a usarse y entregando el dinero para comprarlos al agente responsable

de la ejecución; dando directamente órdenes de entrega de los materiales en las cantidades estipuladas, o dejando más responsabilidad descentralizada para distribuir ciertos parques de recursos entre un conjunto de obras, o por cualquier otro método, que debe "guardar estilo", es decir, no violar las características generales del PN, para que los medios no traicionen a los fines. Es un típico recurso político: poder para actuar sobre otros recursos.

El financiamiento externo sigue otras reglas, pues allí quien autoriza a retirar materiales no está sometido a nuestra voluntad. La actitud con que debe encararse fue resumida en el párrafo sobre endeudamiento.

El papel del financiamiento monetario es esencial en el capitalismo porque hay recursos sin movilizar, capacidad potencial de producir que se desperdiciaría si los empresarios no tuvieran ese capital inicial para movilizarlos. Eso indica que el capital financiero sólo produce valor en el mismo sentido que el gatillo produce la salida de la bala, y puede ser reemplazado por muchos otros métodos de autorización para organizar, como dijimos.

— Déficit

En un estilo pueblocéntrico total no existe el déficit, pues todo se maneja directamente en el plano real, de bienes y servicios, sin necesidad de dinero. En su arquetipo ideal, un consumidor no tiene que pagar lo que consume; simplemente retira lo que el PN le autoriza (como ocurre dentro de una familia, que es siempre el "modelo" de funcionamiento que más aclara). Lo mismo pasa con una fábrica, que ahora no puede quebrar nunca por falta de financiamiento. Lo mismo pasa con el gobierno, que simplemente distribuye lo que existe, según el PN, y toma lo que necesita para funcionar. Sólo puede haber fallas por errores o ilegalidades.

Pero no es necesario esperar a ese estado ideal para eliminar los principales defectos del sistema actual, donde el déficit hace cerrar fábricas, deja gente sin comer y modifica los planes del gobierno.

Para hacer eso, el enfoque constructivo aconseja recalcar un hecho bien conocido por la economía clásica, pero que se disimula discretamente, y es que el déficit es un concepto que pertenece puramente a la esfera de distribución de ingresos, y por lo tanto puede y debe tratarse sin mezclarlo con los problemas de producción, de actividad real.

Cuando los objetos se adquieren por compra, traspaso de dinero, es evidente que todo gasto de una persona es ingreso de otra: el vendedor. Entonces la suma de todos los gastos de todos los agentes —personas, empresas, gobierno, exterior— debe ser igual a la suma de todos sus ingresos.

O sea, la suma de todos los déficits es siempre igual a la suma de todos los superávits: por cada peso que le falta a alguien para equilibrar sus cuentas, hay un peso que le sobra a otro, y esto es una ley lógica, sin escapatoria ni excepciones. Por lo tanto todos los déficits pueden saldarse repartiéndolo adecuadamente el dinero que sobra. En la práctica esto se hace a través de préstamos, directos o indirectos, a través de instituciones financieras intermediarias, como bancos, o del gobierno que retira fondos bajo forma de impuestos y los entrega como subsidios directos o disimulados. Pero se hace de manera parcial y deforme, y el problema subsiste, aunque sólo se le da publicidad al déficit del gobierno y sus empresas.

Los empresarios privados pretenden que las empresas públicas no tengan déficit porque tienen que pagarlo ellos con impuestos. Pero por lo antedicho, cuando por ejemplo los ferrocarriles tienen déficit por cobrar precios bajos —y no por derrochar recursos—, lo que están haciendo es lo que corresponde: redistribuir el ingreso, tomando fondos de donde sobran y dándolos (indirectamente, por precios bajos) a otros agentes, que por desgracia no son siempre los que más los necesitan.

El problema es siempre este último: si se están entregando los fondos a quienes los necesitan y retirando a quienes los sobra, es decir, si la redistribución de ingresos se está haciendo con justicia.

— Ciencia y metodología

La selección de temas de investigación científica se debe hacer, para el enfoque constructivo, mediante los mismos criterios que se usan para evaluar otros proyectos de inversión y que acabamos de resumir. Salvo para países muy pobres, esto no implica eliminar totalmente la investigación orientada subjetivamente (que muchos llaman "libre", y nosotros, "deportiva") sino reducirla a aquellos casos individuales en que hay una vocación muy firme.

La mayor parte de los recursos se asignan estudiando la cadena que lleva de los objetivos nacionales, o PN, a problemas de producción para realizarlos, problemas tecnológicos que esta producción plantea, y apoyo científico para resolver estos últimos.

Esta ciencia de apoyo puede ser todo lo "pura" o abstracta que haga falta. No se distingue entre ciencia aplicada y pura, sino entre ciencia útil e inútil. Nuestro enfoque rechaza además la interpretación de "útil" que hacen los científicos, como la posibilidad, por remota que sea, de servir algún día para algo. Con la racionalidad constructiva —que creemos muy útil para el progreso de la ciencia— no se puede hablar de una investigación aislada (que entonces siem-

pre resultaría concebiblemente útil) sino dentro del conjunto de toda la actividad científica y el PN; resulta entonces que compute con otras por recursos escasos, y hay que hacer la comparación en términos de probables costos y probables beneficios, para usar este lenguaje familiar.

Aparecen también algunas sugerencias sobre metodología de trabajo: características recomendables del trabajo en equipo; participación masiva de estudiantes y pueblo en las investigaciones de campo; organización de la información mediante el PN como marco global; uso "no consumista" de equipos, etc., etc.

Hay también sugerencias sobre cuestiones más abstractas de metodología, o epistemología, deducidas del enfoque constructivo:

Mayor y mejor uso del concepto de "sistema" y otros relacionados con éste, lo que permite dar un sentido útil a términos como "estructura", "organización", "función", etc., etc. No se trata de la "teoría de sistemas" usual, pues interesa muy en especial el proceso del cambio de estructuras, que indica mutaciones o revoluciones.

Papel prioritario del concepto "decisión", junto a "predicción", "explicación" y "descripción". Esto implica separar lógicamente los conceptos de importancia, valor y verdad; tomar como base los conceptos estadísticos (esto lo vio ya Churchman (5)), y en especial incertidumbre, inseguridad, riesgo. Aparece así, junto a la deducción y la inducción, una lógica de la elección, decisión, estrategia, de los problemas encadenados.

No buscar sólo leyes o teorías de tipo clásico sino también formalizaciones de sistemas (mediante técnicas especializadas, como simulación o experimentación numérica, etc.), y de estrategias (ejemplo elemental: camino crítico).

Dar menos énfasis a las discusiones teóricas sobre validez, refutación, universalidad, etc., y concentrarse en estimar probabilidades, costos y beneficios (en sentido generalizado).

Analizar mejor el concepto de "similaridad" y "analogía", en términos de estructuras isomorfas en sistemas, para poder buscar regularidades en los problemas grandes de las ciencias sociales (como por ejemplo la evolución o la revolución).

Sin abandonar sus otros sentidos, recalcar el uso del concepto de "causalidad" como expresando simplemente que esperamos que nuestras acciones produzcan ciertos efectos con cierta probabilidad (si no, no actuaríamos). El determinismo aparece como un caso extremo ideal, tan apartado de la realidad —sobre todo en ciencias sociales— que puede dejarse para entretenimiento de "filósofos".

También para "filósofos" quedan otras polémicas científicas, como materialismo versus idealismo. Para un solipsista, ser constructivo sería trivial, pero el argumento principal es

que si existen idealistas puros, en sentido clásico, son tan pocos y tan locos que sólo pueden estorbar si se les hace demasiado caso. No es la manera general de actuar de ningún grupo social. En cuanto al uso equivocado del término "idealismo" para referirse a la fuerza de las ideas sobre la realidad, remitimos a la discusión posterior sobre "voluntarismo".

Las "leyes de la dialéctica" quedan incorporadas a la teoría de sistemas, en la que encuentran sus mejores ejemplos y aplicaciones, y su enunciado más claro y útil.*

Más en general, reemplazar la noción de "observador", supeuestamente neutral y pasivo de la ciencia clásica, por la de "actor con objetivos de largo plazo" (que aquí llamaremos "militante"). Ya los creadores de la mecánica cuántica tuvieron que hacer intervenir al observador como productor de perturbaciones, y el operacionalismo le dió un papel algo más dirigido. Aquí planteamos que todo investigador se mezcla con la realidad para cambiarla en cierta dirección.

El enfoque sistémico —para cuyos orígenes y perspectivas puede verse el libro de Bertalanffy (6)— ayuda también a equilibrar la exageración analítica en que se ha caído hace rato, coherente con la actitud positivista, y a ubicar el trabajo de los especialistas dentro de ese marco sintetizador que es el sistema.

Estos temas están tratados con más amplitud en HPCN y CPC, y aplicados en varios capítulos posteriores de este libro.

* Para Marx era natural usar la idea de dialéctica como Hegel —a través de contradicciones y su superación—, pues se adaptaba muy bien a su diagnóstico de dos clases en lucha para terminar con las clases. Hoy es necesario considerar más factores en interacción, y por eso lo fundamental de la dialéctica se representa mejor mediante sistemas dinámicos en los cuales pueden estudiarse los cambios más profundos con todas sus implicaciones importantes.

Capítulo II

Marco Histórico

1. — Si comparamos la sociedad que queremos construir —nuestro Proyecto Nacional— con la que existe actualmente, las diferencias se ven muy grandes, y las posibilidades de fracaso o deformación son muchas, como lo confirman los diversos intentos que se están haciendo en todo el mundo por cambiar "las estructuras". Tenemos la obligación de aprovechar lo mejor posible la experiencia humana para comprender esos peligros y disminuir los riesgos, y no parece que para eso sea suficiente observar los sucesos contemporáneos: la importancia de las variables en juego se reconoce justamente porque siempre desempeñaron papeles importantes y por lo tanto la Historia nos puede enseñar mucho sobre su dinámica.

"Mucho" es por supuesto un término relativo y depende de las expectativas iniciales. Cuando se recuerda cuantos hombres inteligentes sostuvieron que la Historia no enseña nada, que no tiene leyes ni normas ni repeticiones (pero al mismo tiempo "no hay nada nuevo bajo el sol"), nos conformaremos con un modesto "mucho", que se justificará por comparación con lo que podríamos obtener por caminos no históricos. Pero creo que el que no es capaz de aprender nada de la Historia, no es capaz de aprender nada.

La cuestión es el costo: no hay una Historia hecha a la medida de nuestras necesidades, y no hay tiempo ni fuerzas para rehacerla con todos los recaudos científicos. El que se propone actuar en un plazo fijo tiene que hacer lo más que pueda con la información disponible en ese plazo, aunque sea de segunda o tercera mano, como me ocurre en este campo.

Por lo menos creo que eso facilitará no perder de vista el punto esencial para no caer en academicismos o científicismos: encarar la Historia guiados por nuestras necesidades políticas reales, tanto de corto como de largo plazo. Es bien sabido que nadie hace un análisis histórico —ni de ninguna otra clase— sin un marco ideológico que le sugiera las líneas generales, los intereses fundamentales, las categorías importantes, y en particular el punto de referencia con respecto al cual comparar las distintas épocas y sus problemas. Todo historiador tiene en mente alguna sociedad y algunos

aspectos de ella —porque los admira o porque los odia— y hace girar sus estudios en torno a ese foco, explícitamente o no. Así hay paradigmas y modelos en esta ciencia como en cualquier otra, que se notan hasta en las simples listas cronológicas de sucesos aislados en que consistía buena parte de la historiografía antigua; decidir cuáles son los hechos dignos de anotarse es un acto puramente ideológico y no es casualidad que casi todas se compongan de nombres de reyes, listas de antepasados, mención de victorias sobre otros pueblos.

Hay historia enfocada desde los cambios dinásticos, o las conquistas militares, o la creación artística o religiosa, o la civilización y la barbarie, o el despotismo y la intolerancia, o el "espíritu" de cada época, o la existencia de leyes históricas, o la importancia de los héroes, o de los medios de producción y las clases sociales correspondientes.

Para los historiadores griegos, el pasado era sólo un telón de fondo, casi desconectado del presente, y éste era el que les interesaba. Para los historiadores chinos era un mito, una fuente de valores y precedentes con los que se justificaba —como otros hacían con el derecho divino— la estructura social, y que por lo tanto podía falsearse todo lo necesario. En la India antigua la Historia se vio a través de ojos enfocados en el ciclo cósmico eterno y se convirtió en fábulas, parte de obras religiosas. A muchos les preocupa la decadencia que notan a su alrededor: Platón en la ciudad griega, Gibbon en la caída del imperio romano ante "la religión y la barbarie", Ibn Jaldún en la caída del imperio árabe —religioso— ante la barbarie beduina, Spengler en la civilización occidental. Toynbee busca mecanismos de nacimiento, desarrollo y muerte de civilizaciones (tomando como foco a la Europa clásica, pero diciendo que no lo hace) y en eso lo acompañan una cantidad de historiadores modernos de espíritu académico.

En una categoría aparte hay que ubicar a los que consciente y explícitamente estudian historia con fines prácticos —buscar sugerencias, justificar propuestas, etc.—, y que en general brillan más en otros campos que en este: Maquiavelo, que quiere defender la cultura italiana contra los "bárbaros" franceses, alemanes y españoles, o Marx, que quiere cambiar la sociedad en que vive, o Darcy Ribeiro, que propone —en (7)— un "nuevo esquema del desarrollo humano" para estudiar las "perspectivas de autosuperación" de los pueblos americanos dominados.

Más frecuente aún es la "revisión" de hechos históricos particulares, para demostrar que ciertos personajes o sucesos "buenos" o "malos" eran en realidad lo contrario, según la ideología del autor (este tipo de análisis histórico es el menos útil para planear estrategias).

No hay historiador que no esté "defendiendo" —o atacan-

do— algo, y los que parecen más objetivos son los que defienden ideas tan generales que la conexión no es inmediata; la ideología es la que define el planteo, los problemas elegidos, las categorías usadas, y en ese sentido estimamos que lo más práctico no es aspirar a despojarse de la ideología —absurdo psicológico— sino enunciarla lo más explícitamente posible, para que todos, y uno mismo, sepan a qué atenerse.

A este respecto es especialmente interesante para nosotros el caso de Marx y Engels, que eligen todos sus conceptos históricos en función de la sociedad en que viven y de su esperado cambio: se trata de buscar los precedentes históricos de la propiedad privada, del trabajo asalariado, de las luchas obreras, definidos de manera adecuada a la situación focal: el capitalismo naciente.

No es cierto pues que "ni está el mañana ni el ayer escrito"; están escritos de mil maneras distintas a la vez, y aquí tendremos que agregar una más.

Nuestra ideología constructiva nos exige tomar como foco o centro la sociedad a la que queremos llegar, su viabilidad, la estrategia para llegar a ella; el presente y el pasado en función del futuro deseado. Eso da una guía bastante concreta y sistemática para elegir las categorías de análisis más convenientes, seleccionar los hechos históricos más pertinentes, buscar las tendencias y obstáculos que más tienen que ver con esos objetivos. Lo que estamos afirmando es que disponer de un Proyecto Nacional define un estilo de estudiar Historia, como define un estilo de consumo, de tecnología y de ciencia.

Es así como, por ejemplo, ponemos en el foco de nuestra atención los grandes problemas que deberá enfrentar y enfrenta ya el socialismo, y a los que debe vencer mediante sus propias fuerzas productivas para imponerse a otros estilos competidores. De allí vamos hacia atrás, en busca de casos similares históricos, exitosos y fracasados, que nos muestren cómo se da ese proceso cuando las condiciones cambian, y qué peligros lo acechan. Las conclusiones prácticas no resultan entonces las mismas que cuando se empuja por los problemas del capitalismo liberal.

2. — El problema inicial de este planteo ya tiene interés político, y es su misma posibilidad. ¿Es correcto este "voluntarismo", o en qué sentido o en qué grado lo es? Ya hemos visto que el contenido constructivo de este problema es sólo una exhortación a no exagerar y a demostrar primero la viabilidad práctica de los objetivos propuestos. Remitiéndonos a la Introducción, entonces nosotros preferimos llamarlo "militancia" antes que "voluntarismo".

Para el militante, pues, el problema es de grado y cualidad, de viabilidad de metas con los recursos que se puedan ir

creando, de reducción de metas demasiado ambiciosas, cuando el cálculo de esa viabilidad muestra que es necesario. Pero de dónde pueden extraerse las reglas de ese cálculo si no es de la experiencia, es decir, de la historia en primer lugar. De ella y no de una revelación mística podremos extraer alguna conclusión útil sobre las condiciones en que la militancia es más fácil, los resultados más seguros, los recursos menos escasos, las estrategias menos dudosas.

Por desgracia al decir esto tocamos otro de los temas eternos en este campo. ¿Puede la Historia realmente dar criterios, tendencias, leyes, o es sólo una acumulación de hechos ordenados cronológicamente, sin derecho a hablar de causas y efectos? ¿Es la Historia una ciencia, o qué? No entraremos en esa discusión, pero estamos obligados a expresar nuestro punto de vista, que constructivamente se resume en: aprovechar todo lo que sea aprovechable.

En esta obra la Historia se considera una ciencia como cualquier otra, natural o social. Su materia prima está formada por sucesos, hechos, personajes, etc., de la misma manera que la materia prima de la Física son los experimentos de laboratorio y otros tipos de observaciones.

No hay ninguna diferencia esencial entre un hecho histórico y un experimento físico: que este hecho histórico —el experimento— haya sido preparado especialmente por el investigador no es esencial, como se ve, porque eso no figura entre los resultados o los datos. Influye sólo como un método fácil de saber cuáles posibles factores podemos olvidar —porque se cree que se consiguió eliminar su influencia mediante las condiciones experimentales —y concentrarnos en los demás. En un hecho histórico "in vivo" eso se hace con más dificultad, pero se hace. Fuera de eso, hay experimentos tan complejos, voluminosos y de larga duración como cualquier otro fenómeno histórico (basta pensar en la preparación y costo de algunos aparatos de Física subatómica). Se trata simplemente de definir las condiciones bajo las cuales podremos decir que dos experimentos o sucesos o situaciones son "similares" (con respecto al problema que se está estudiando).

Ni la Física se reduce a los experimentos ni la Historia a los sucesos. Ambas pretenden usarlos para contestar ciertas preguntas: para llegar a conclusiones, o desde nuestro enfoque constructivo, a recomendaciones para actuar, elegir, decidir. Por otra parte sólo cuando conocemos los objetivos de un estudio —cuál es el problema a resolver— podemos percibir y seleccionar, entre la inmensa cantidad de sucesos o experimentos que nos aplastarían si no, aquellos que son pertinentes, despreciando a todos los otros por el momento. Decimos que la Historia es una ciencia, igual que la Física, porque para llegar a esas recomendaciones o conclusiones usa métodos científicos, en el siguiente sentido: a) esos mé-

todos se expresan por reglas comunicables a otras personas; b) contienen procedimientos correctivos basados en la realidad, que consisten en saber definir "casos similares" y saber contar en éstos los éxitos y fracasos de las conclusiones o recomendaciones, deduciendo de ellos la necesidad o no de corregir, con ayuda de alguna regla fija, que a su vez sea científica o evidente (pero explícita).

Que la mayoría de los historiadores no se atengan mucho a métodos científicos es otra cuestión: también hay muchísimos físicos que no lo hacen (pero lo disimulan mejor).

También es cuestión secundaria si esos resultados o conclusiones o recomendaciones pueden o no expresarse mediante "leyes universales", o hay que conformarse con tendencias o correlaciones. Es secundaria porque leyes universales no las hay en absolutamente ninguna ciencia empírica, y las diferencias son sólo de grado, cuando se usan bien. Por otra parte esta discusión no sería útil, porque olvida un punto que si es esencial, y que forma la base de nuestro método: el concepto de ley, tendencia, regularidad o teoría sólo adquiere sentido —para nosotros— con relación a los conceptos previos de "sistema" y "decisión" (y los vinculados a éstos, como "objetivos, recursos, variables exógenas, instrumentos o controles, indicadores de estado", etc.). En el enfoque constructivo tratamos con sistemas sobre los cuales debemos tomar decisiones; esos sistemas tienen estructura: componentes vinculados de mil maneras (con lo cual todos los efectos resultan "dialécticos") y donde cada vínculo, ahora sí, está expresado por alguna hipótesis, ley, correlación o como se quiera llamar.

Una de las muchas ventajas de este enfoque es que elimina esas discusiones sobre validez universal. Cuanto más universal sea una ley o teoría tanto mejor, pero para tomar decisiones no necesitamos validez total —como un ingeniero no necesita materiales de resistencia infinita—; basta con que sea suficiente para permitirnos elegir entre las alternativas, con un mínimo margen de seguridad. Los epistemólogos jamás han llegado a darse cuenta de que en la vida las decisiones hay que tomarlas igual, con o sin leyes universales, con o sin información perfecta.

Una ciencia constructiva —y una epistemología constructiva— es la que es capaz de ayudar a mejorar los métodos habituales de decisión, antes que venza el plazo disponible para ello, y sobre la base de las teorías y los datos disponibles u obtenibles en ese mismo plazo.

(Nótese que esto no es eliminar la investigación "pura", o sea no atada a problemas ya planteados. La decisión de hacer esas investigaciones corresponde a un problema de muy largo plazo: la posibilidad de que se presenten graves problemas inesperados, contra los cuales la mejor estrategia

—en el sentido de teoría de juegos— es hacer investigaciones casi al azar, pero a poco costo.)

3. — Para hacer eso necesitamos **buscar** si hay o no regularidades en el material pertinente seleccionarlo y categorizado según nuestros problemas. No encontrarlas es tan útil como encontrarlas. Las que aparezcan lo serán con respecto a "casos similares" o análogos —en el sentido de distinguir en ellos una estructura común, interna y externa, y no extender descuidadamente las regularidades a otras estructuras que no estaban en consideración—, y tendrán en principio carácter estadístico. Sus excepciones no las confirman —frase infeliz si las hay— pero tampoco las invalidan, ni más ni menos que la dispersión de una muestra no nos dice nada por su mera existencia, sino por su magnitud y otras características técnicas. Aquí la refutación es equivalente, como método, a la validación; las hipótesis se aceptan o rechazan admitiendo de antemano que habrá casos que las confirman y otros que no. Si se quiere que la ciencia sirva para la acción hay que acostumbrarse a manejar científicamente la incertidumbre, la inseguridad y el riesgo.

La costumbre "fisicista" de buscar leyes seguras o casi seguras no siempre ayuda a plantear los problemas bajo forma de decisiones, pues aquí sólo se requiere —en el planteo— conocer **posibilidades** y alguna idea de sus probabilidades respectivas. Descubrir una nueva posibilidad puede ser el paso crucial de una investigación.

Así, si enunciáramos como ley la conocida tendencia a la "concentración" —del desarrollo en polos, de la riqueza donde ya la había, del poder, conocimiento, etc., etc., etc.—, provocaríamos una discusión totalmente destructiva, ya que son muchísimos los casos en que no se cumple.

Pero a nosotros nos puede resultar muy útil como llamado de atención, para lo cual sólo necesitamos saber que "muchas veces" ocurre eso, y por lo tanto no hay que descuidarse (el ejemplo es importante porque varios de los objetivos del socialismo consisten justamente en "desconcentrar" poder, conocimiento, riqueza, etc.).

Las verdaderas leyes, con el sentido de causalidad ya mencionado en el Capítulo I, aparecen al diseñar estrategias para combatir esa tendencia —o apoyarla si nos conviene así—, pues entonces debemos tener alguna confianza en que nuestros actos producirán o favorecerán los efectos deseados. Pero nuevamente, la acción no requiere seguridad sino sólo una estimación de qué es lo menos malo, en términos de "costos y beneficios" generalizados.

Es una característica muy respetable de las ciencias físicas que aparezcan en ellas leyes que pretenden tener validez universal —sin que eso signifique que el universo esté obli-

gado a respetarlas— y que entonces quedan destruidas por una sola excepción o contraejemplo, dejando rengas a las teorías que las usaban (de ahí que algunos epistemólogos pongan más énfasis en la refutación que en la validación de leyes). Esto ocurre para leyes básicas, que se usan como los postulados de un sistema axiomático: para deducir consecuencias lógicas. Pero en cuanto la Física trata de ocuparse de sistemas del mismo orden de complejidad que los sociales, todo eso se tira por la borda y aparecen las regularidades "fenomenológicas" o "empíricas", que son las que funcionan al nivel de tomar decisiones prácticas: si los meteorólogos o sismólogos u oceanógrafos tuvieran que aceptar sólo regularidades de validez total no podrían ayudarnos ni siquiera lo poco que hoy pueden.

A esas regularidades estadísticas, típicas de todos los sistemas algo complicados —y que en ciencias sociales son las únicas que se manejan— las llamaremos también leyes, sin aceptar las pretensiones de ciertos epistemólogos que quieren restringir el uso de esa palabra al especialísimo caso de validez universal supuesta.

Pero aun con ese carácter estadístico se duda de la existencia de leyes históricas, sobre todo por la dificultad práctica de definir "casos similares"; pero esto es otra vez un defecto de aplicación y no de principio (el mismo Popper, en su "Pobreza del historicismo" (8), reconoce que su argumento de "caso único" falla en esquemas como el de civilizaciones comparadas); véase esto con más detalle en el Cap. 5 más abajo. Es verdad que muchos historiadores teóricos pretenden extraer "profecías" de sus regularidades, en vez de conformarse con predicciones estadísticas, pero tampoco sería justo juzgar a la Epistemología por lo que hacen los epistemólogos. En cuanto a la existencia misma de casos similares en cantidad suficiente, puesta en duda por muchos para el importantísimo caso de la evolución (y revolución) social, basta ver los ejemplos del Cap. 5 y el Apéndice. En resumen, no somos partidarios del historicismo absoluto: no hay un determinismo histórico dado por leyes sistemáticas de validez universal; si las hubiera no haría falta la militancia. Decir que "no se pueden dar, vuelta de un plumazo las fases de la Historia", por ejemplo, tiene para nosotros sólo valor heurístico o exhortativo: es un consejo de no creer que cualquier cosa es posible, y tiene el peligro de todos estos consejos, de caer en el extremo contrario. Para nosotros es una verdad relativa: depende de cuáles sean las fases, las condiciones exógenas, la fuerza del "plumazo", etc.; en otras palabras, tomada al pie de la letra es vacía. Justamente una de las principales cosas que queremos aprender de la Historia es cuáles son las fases más difíciles y más fáciles de cambiar —o si todas son iguales en ese aspecto, cosa que sería sumamente sor-

prendente—, cuáles son los plumazos que se han ensayado, en qué condiciones y con qué éxito, y cosas más básicas, como cuáles son esas "fases", cambiables o no. O sea, en qué situaciones el determinismo es débil y puede vencerse con la voluntad de un grupo político. Las regularidades existen, pero no nos impiden actuar, por el contrario, nos ayudan a ello, como el navegante aprovecha los vientos regulares, aunque sean contrarios.

4. —¿Existen regularidades útiles en la Historia? Hay muchísimas, pero la gran mayoría son tan conocidas que no es necesario expresarlas en forma "objetiva"; ya forman parte del sentido común más primitivo; son trivialidades —como decir que en toda sociedad hay normas, o que todo imperio necesita una administración o que toda sociedad sufre cambios apreciables.

Hay otras algo menos triviales —mucho gente las olvida— pero también muy conocidas; tanto que es común encontrarlas reflejadas en refranes populares ("al que madruga Dios lo ayuda" es un buen consejo táctico).

Por supuesto, como sucede para todo sistema abierto, la validez de estas regularidades depende no sólo del sistema sino también de su entorno, de las "condiciones" o "circunstancias", y éstas son difíciles de definir en forma completa (por eso cada refrán tiene su contrario: "no por mucho madrugar..."). Recién cuando se intenta hacerlo se está empezando a salir de la trivialidad.

Así: "en situaciones de peligro todo gobierno aumenta sus controles", es una afirmación trivial pero que muchos tenemos tendencia a no recordar a tiempo. Es además incierta, porque eso sólo ocurre cuando el peligro pasa de cierto "umbral" que vence la inercia del gobierno, y si no pasa de cierto "techo" en que el miedo lo desorganiza todo. Ya no es trivial buscar indicadores de ese umbral y ese techo, y analizar luego de qué manera dependen de la situación inicial, que a su vez es reflejo del pasado. Poder decir algo sobre las características de estas dos cosas, por poco que sea, aunque sea recordar su existencia, es útil.

Es verdad que al introducir estos "detalles", que pueden ser cruciales, el análisis se complica rápidamente, y recién ahora empieza a haber métodos para trabajar a ese nivel —véase (9)— pero preferir por eso la intuición, me parece sólo una confesión de impotencia.

Más útiles nos resultarán otras regularidades menos predictivas, que también ayudan a sistematizar un "cuadro de situación": identificar todo tipo de "factores limitantes", como los techos y umbrales ya mencionados; "factores desencadenantes", que actúan como catalizadores o gatillos en ciertos casos, rompiendo situaciones de equilibrio inestable; "factores desgastantes", "factores favorables" y "des-

favorables" y otros cuyos nombres son suficientemente ilustrativos, y de los cuales no se espera que cumplan siempre la función que los designa, pero ya es mucho saber que a veces pueden cumplirla. Igualmente instructivas son las regularidades negativas; el hecho que una variable nunca fue limitante o desencadenante, o que un método nunca produjo el resultado deseado, no demuestra que nunca lo será o producirá, pero si sugiere que debemos tomar precauciones especiales para que así ocurra, o creer que las "condiciones" son extraordinariamente favorables.

Todo esto es trivial, pero la experiencia enseña que ni los individuos ni las fuerzas políticas lo recuerdan cuando llega el momento de tomar decisiones; por eso resultan útiles las colecciones de estas "trivialidades" o sentido común —como en buena parte lo es el "librito rojo" de Mao— y mucho más si están ordenadas según algún esquema general de la sociedad.

Por ejemplo, todos conocen el valor del factor sorpresa —"hombre prevenido vale por dos"—, y no hay grupo militar, regular o guerrillero, que no lo utilice como recurso táctico. Pero en cuanto se pasa a nivel estratégico esta ley pasa al olvido, y vemos a cada momento repetir acciones de alto costo para las cuales el enemigo está perfectamente preparado (y que sólo sirven al final para mantenerlo despierto y entrenado).

El éxito aislado de un método, entonces, no sólo no da garantías sobre su bondad, sino que puede favorecer sus futuros fracasos y tanto más cuanto mayor y más visible haya sido ese éxito inicial (lo mismo, al revés, vale para los fracasos). Esto no significa que un método que tuvo éxito ya no puede volver a utilizarse (es triste tener que hacer estas aclaraciones), sino sólo que antes de volver a utilizarlo hay que analizar en qué medida influyó el factor sorpresa en ese éxito inicial y hacer lo necesario para compensar ahora su falta.

Siempre que hay actores racionales hay que recordar esta "ley de vacunación": hay ciertas acciones que tienen efectos acumulativos, de desgaste, pero otras inmunizan: sus efectos disminuyen con la repetición y pueden volverse en contra ("si no mata, engorda").

No nos proponemos aquí hacer un catálogo de este tipo de refranes, moralejas y buenos consejos —aunque los usaremos cuando parezca conveniente—, sino redescubrir y ordenar algunos lineamientos más generales, que faciliten a cada uno el uso algo más racional de esa experiencia tan difusa que está al alcance de todos.

Como se ve, no somos partidarios de las escuelas intuitivas, que intentan captar en una o dos palabras clave el "espíritu" de una nación, una institución o la humanidad entera,

pero es por razones prácticas, no teóricas. No nos negaremos a utilizar los resultados de esas "investigaciones" cuando nos parezcan útiles; lo que pasa es que hemos encontrado muy pocos casos de éstos, y eso nos hace pensar que el método es poco productivo. Por eso preferimos primero analizar, buscar variables que reflejen diferentes aspectos de la realidad, y luego tratar de integrarlas, llegando trabajosamente a resultados que tal vez algún genio de la intuición "vería" directamente (sin saber que, por su educación y su lenguaje, esa supuesta intuición no es más que una asociación rápida, tal vez inconsciente, de variables ya diferenciadas en su intelecto).

Tenemos mucho respeto por la gente que propone ideas, no importa por qué método las hayan engendrado; son demasiado pocos para despreciarlos, y eso aun si de esas ideas sólo un pequeño porcentaje son buenas. Aun sus errores, si son originales, enseñan a veces cosas útiles (como en un Goethe, que se equivocó en casi todas sus intuiciones y sin embargo tiene tanto que enseñar). Agradecemos a los que descubren o imaginan nuevos aspectos y posibilidades y las hacen visibles, aunque sea a través de novelas ciencia-ficción o un Don Quijote, con tal que permitan ejercer nuestro espíritu crítico y separar el poco grano de la mucha paja.

Por igual motivo aceptaremos, pero muy críticamente, las sugerencias del otro extremo del espectro metodológico, como por ejemplo la Historia Matemática, o el reduccionismo que sólo ofrece explicaciones psicologistas. Ambos métodos creemos que son prematuros porque requieren primero tener ideas más claras sobre la estructura de los procesos, pero eso sólo afecta en general a los investigadores comunes: siempre hay gente de talento capaz de obtener resultados interesantes con métodos confusos, embrionarios, incompletos, o sofisticados al máximo.

5. — Para realizar este análisis histórico, nuestra primera propuesta es tomar en serio lo que tantos historiadores mencionan: las grandes diferencias entre los estudios de largo y corto plazo. Creemos que esas diferencias son aún mayores que las señaladas usualmente: distintos problemas, categorías de análisis, métodos y resultados, que permiten ver defectos diferentes de la construcción del PN, cada uno en su marco adecuado, y luego relacionarlos de manera útil. Planteamos por eso este marco histórico en cuatro **escalas temporales** —como cuatro aumentos sucesivos o cuatro aproximaciones sucesivas en un microscopio— más otras dos que casi no pueden llamarse históricas, una por demasiado fina y otra por demasiado gruesa. Ellas son:

1) Escala **cósmica**: más filosófica que histórica, se trata por eso fuera de texto, en el Apéndice. Util para valoración

de objetivos y estrategias muy generales y para plantear ciertos problemas metodológicos.

- 2) Escala **antropológica** o **global**: historia de toda la población humana en bloque desde que comenzó su expansión mundial, con el consiguiente desprecio por los detalles locales, desfasajes y variantes. Util para el problema de la viabilidad física, para sugerir ciertas categorías y problemas básicos y para descubrir algunos invariantes de la actividad social.
- 3) Escala **macro-histórica** o de las **civilizaciones**: el foco es la evolución de los pueblos o civilizaciones en sus regiones de influencia. Da ideas sobre cómo se realizan los grandes cambios de estructura social y estilo de vida, pero todavía a nivel general y abstracto. Permite estimar la variedad de posibilidades para estructuras sociales y factores de cambio.
- 4) Escala **visible** o **biográfica**: la que corresponde a la vida de un individuo y le permite escoger su proyecto y analizar su viabilidad política y social en base a los hechos de su experiencia directa.
- 5) Escala **estratégica**: en que se plantean los problemas iniciales del cambio: poder, afianzamiento, medidas previamente preparadas.
- 6) Escala **coyuntural**, o de la táctica diaria: más periodismo que historia. No será tratada más que a través de ejemplos dispersos en el texto.

La breve descripción que haremos de las escalas 2 a 4 servirá sobre todo para motivar y ubicar los problemas que se tratarán en la "escala estratégica" (y en un volumen próximo donde se replanteará todo "en limpio", a la manera de los textos escolares). Por lo tanto no debe esperarse en esa aproximación un análisis completo ni mucho menos, ni tampoco una justificación histórica rigurosa de cada concepto introducido: para nuestro objetivo cualquier sugerencia de cierta plausibilidad es admisible, pues de todos modos volver a ser analizada en función de los problemas actuales de construcción del proyecto nacional. Todas las escalas incluyen algunas referencias hacia el futuro, pues allí está nuestro centro de interés. No se trata de hacer prospectiva sino sólo de descubrir las tendencias que puedan ayudar o dificultar más la construcción, para planear la estrategia más adecuada.

Sin otra pretensión que ubicar mejor en qué aproximación se trabaja en cada escala, podemos proponer para ellas ciertas unidades de tiempo. El criterio, totalmente arbitrario, es que lo esencial de cada escala, centrada en hoy, se cubra con unas diez unidades hacia atrás y una hacia el futuro. Resulta entonces bastante natural disminuir unas cinco veces el tamaño unitario al pasar a escalas más finas.

Escala global: unidad, 500 a 600 años, o medio milenio aproximadamente. Así se cubre con diez unidades todo lo que llamamos "edad histórica", y se perciben ciertos problemas fundamentales que deberá enfrentar toda nueva sociedad que llegue a afianzarse.

Escala de las civilizaciones: unidad, un siglo o algo más. Con diez unidades se cubre todo el periodo europeo que culminó con la sociedad industrial, y se definen las principales tareas económicas y sociales que darán o no viabilidad a los estilos hoy en pugna.

Escala visible: unidad, 20 a 30 años (digamos 25 para concretar). Se cubre la historia de la sociedad industrial, y hacia el futuro, el proyecto nacional que sirve de programa para el cambio de estilo.

Escala estratégica: unidad, más o menos 5 años. Adecuada para los problemas de cambio de hegemonía política.

Como colofón, todo esto sugiere clasificar los paradigmas de los estudios históricos en tres grandes tipos o estilos: analizar un presente desconectado de su pasado, que sirve como simple referencia comparativa; conectarlo evolutivamente con el pasado; conectarlo evolutivamente con el futuro. En Europa, el segundo método maduró recién en el siglo pasado, y el tercero no existe todavía, salvo como producto comercial o arma política en manos de un grupo que es el arquetipo del cientificismo: los "futurólogos".

6. — Así, nos interesa conocer los grandes cambios de estilo que hubo en las sociedades humanas, y los que se intentaron sin éxito; por qué unos triunfaron y otros no. Más en particular, los cambios relacionados con las variables sociales que más nos preocupan: participación, solidaridad, creatividad, nivel material de vida, etc. (nuestras 25 necesidades, que tendremos que resumir en media docena de grupos para que sean manejables), y la viabilidad física, social y política de sus metas.

Para tratar esas metas y su viabilidad nos parece suficiente en primera aproximación dividir los hechos históricos, en todas las escalas mencionadas, en seis grandes categorías o "zonas" de actividad, que presentan problemas diferentes de poder y tecnología, y por eso deben separarse sin perder de vista sus íntimas vinculaciones. Estas zonas son:

- Zona económica: producción, comercio, finanzas (para las 25 necesidades).
- Zona social: estilo de vida y trabajo, clases, relaciones sociales, expectativas.
- Zona militar: control de la fuerza física para defensa, represión o revolución.
- Zona ideológica: creación y difusión de doctrinas políticas y religiosas, estilos, etc.

- Zona organizativa: sistemas institucionales, gobierno, administración pública.
- Zona individual: carácter y motivaciones predominantes y otras características psicológicas que puedan variar históricamente.

(Pero no siempre es útil considerar a la última como "zona".) Esta descomposición zonal de la sociedad es tan útil en principio como descomponer en órganos o aparatos el cuerpo humano, y es un tipo de clasificación al que, con más o menos categorías, han llegado muchos autores. W. Mills da una similar, pero al detallar los contenidos aparecen diferencias grandes, que se deben como siempre a nuestro enfoque constructivo (por eso recalcamos en la zona organizativa no tanto el gobierno —que hace pensar en poder político—, como instituciones y administración, ligadas a la "socialización de las fuerzas productivas"). D. Ribeiro (7) necesita sólo tres "sistemas" —adaptativo, asociativo, ideológico— que son agregados de nuestros seis, similares a los que usa el marxismo con su superestructura, base económica y relaciones de producción. Para nuestros objetivos, tres zonas dan una clasificación demasiado gruesa, así como las 25 necesidades dan una demasiado refinada. Los Ministerios o Secretarías de un país dan claros ejemplos de la utilidad y peligros de estas clasificaciones por zonas.

Hemos dicho que cada zona tiene sus problemas de poder y de tecnología; podríamos definir con ambos dos nuevas zonas: una, "política" donde se da la lucha general por el poder, y otra, "tecnológica", donde se crean las armas y herramientas que cada zona utiliza. Pero por lo menos para la lucha por el poder, creemos que las cosas se ven más claras justamente mirándolas primero zona por zona, antes de integrarlas. Así no tendremos la tentación de decir que "se tomó el poder" cuando lo único que se ha tomado es la dirección de la administración pública. Eso tiene además la ventaja de diferenciar con naturalidad ciertas minorías dominantes o candidatas a ello, y que tienen su apoyo en una zona determinada (empresarios, altas burocracias de la administración pública, partidos políticos, sindicatos, militares, etc.). Esto ayuda a recordar que no existen estrategias de validez general para tomar el poder, sino que deben adecuarse a las relaciones de fuerza existentes entre esas zonas —y sub-zonas—, sus puntos débiles y fuertes, que varían de un país a otro.

El cambio de estructuras en una sociedad no comienza a la vez en todas las zonas, ni prosigue en todas a la misma velocidad. No siempre las zonas "líderes" del cambio son las mismas ni influyen sobre las otras en igual orden o con igual facilidad. Analizar estas posibilidades en estos términos parece ser útil (Marx propuso una ley general de este tipo

para sus tres zonas: que los cambios importantes empiezan en la base económica y terminan modificando la superestructura; permitiría planear estrategias de transición con menos errores que de costumbre.

Por el momento no hace falta dar más detalles sobre esta clasificación; al usarla para estudiar la Historia, esta misma sugerirá precisiones y aclaraciones, que incorporaremos más adelante, sobre todo al resumir nuestras conclusiones en forma sistemática en otro volumen. Este es el mismo método que seguiremos para introducir todos los conceptos, categorías y clasificaciones: al principio tendrán un carácter puramente tentativo, no riguroso; el análisis histórico servirá para ensayarlos en primera aproximación y como resultado se les dará, si hace falta, una definición más precisa.

Para un intento similar de conectar el largo y el corto plazo, véase la obra de Darcy Ribeiro (7), (10), (11), de la que tomé varios conceptos importantes. La primera de ellas, además, puede servir de excelente y breve referencia para quienes no tengan frescos sus conocimientos generales de Historia.

En vista de los muchos desacuerdos sobre hechos e interpretaciones que se observan entre los historiadores, y de nuestra incapacidad profesional para juzgarlos, creemos conveniente tomar una sola obra de referencia que cubra todo el campo de manera más o menos coherente, y con información no muy anticuada. Por su amplia difusión y su extensión razonable comparada con otras, elegimos para eso la *Historia Universal de la Fischer Verlag*, editada en castellano por Siglo XXI. Sólo nos apartaremos de ella en los pocos casos en que cierta familiaridad con una literatura abundante lo permite.

Así pues no estaremos refiriéndonos al pasado "real" —que nadie conoce— sino a la imagen o modelo del pasado descrito en esa obra, o sea, a un "pasado posible" (a la manera de los futuros posibles —o "futuribles", en la desagradable terminología francesa— descritos por cada uno de los modelos matemáticos hoy en boga). Esto no nos molesta mucho, porque, dado lo que hemos dicho sobre refutación y validación, nuestras conclusiones no se modificarían gran cosa si algunos de los hechos particulares que vamos a tomar como ejemplos resultaran falsos para otros autores. Trataremos pues que cada afirmación esté apoyada por varios casos pertinentes.

De la misma manera, cuando hablemos de un autor o una doctrina o teoría dejaremos de lado toda exégesis fina: no daremos real importancia a frases aisladas, dichas en tal carta o tal prólogo, sino a aquellas afirmaciones suficientemente repetidas y consistentes como para no ser rebatibles mediante otra cita del mismo tipo. Hoy, esta observación

tiene interés sobre todo con respecto al marxismo, tan redescubierto y "releído". Aquí nos referiremos también a un "Marx posible", representado esencialmente por el Manifiesto Comunista y el *Capital* y resumido con gran claridad y concisión en el Prefacio a la "Contribución a la crítica de la Economía Política".

Capítulo III

Escala Antropológica o Global — I

1. — En esta escala la unidad de estudio es la humanidad entera, en todo el planeta, enfocada en los últimos milenios —desde que hubo problemas políticos conocidos—, con una breve mención hacia más atrás y otra, más importante, hacia adelante, para detectar peligros gruesos, de carácter también global.

Es la escala en que pensaban Marx y Engels, o Gordon Childe, y en ella transcurre lo que D. Ribeiro (7) llama "evolución cultural". En ella no se diferencian pueblos ni tribus, salvo para ejemplos; se desprecia la mayoría de las variaciones locales o regionales y de los desfases en el tiempo; la precisión cronológica pierde toda importancia, y hablaremos en términos de "milenios", o como máximo, "siglos": su unidad de tiempo más cómoda, dijimos, es el medio milenio.

Puesto que se trabaja entonces con un material tan heterogéneo, todos los pueblos del mundo en todas las épocas, entre los cuales no hay dos idénticos, se debe adoptar una **actitud** de tipo estadístico, como si se estudiara por ejemplo el conjunto de todas las empresas de un país. Eso no significa adoptar las técnicas estadísticas, sino simplemente recordar que ninguna afirmación es válida para el 100 % de los casos, que se está hablando siempre de valores "centrales" o representativos de la mayoría, pero con respecto a los cuales se observa siempre una "dispersión": casos que se apartan en un sentido u otro.

Para referirnos a los grandes cambios que ha ido sufriendo la humanidad usaremos la palabra "evolución", pero sin darle otro significado que ese: sucesión de cambio. No supondremos que implica "progreso", o que tenga una "dirección" determinada, y tampoco la opondremos a "revolución": una evolución puede ser gradual o a golpes y saltos (como ocurre también en otros tipos de sistemas, ver Apéndice).

¿Qué cambios de estilo se observan en esa evolución, que sean de magnitud comparable con el pasaje deseado al socialismo? ¿Qué otros cambios de similar magnitud abortaron, dejando escasos rastros, y por qué no tuvieron éxito? ¿Qué estímulos o problemas provocaron, favorecieron o frenaron los cambios? ¿Qué peligros corrieron los triunfantes y cómo

los dominaron? En especial, ¿qué oposición encontraron entre los mismos afectados por el cambio? Sólo contestaremos muy parcialmente estas preguntas, pero ellas son nuestra guía.

Una primera observación es que hoy, aunque podemos distinguir en el mundo varios estilos ya existentes o en vías de formación, se puede hablar de una base común para todos ellos, de un "superestilo" consistente en el uso de la industria moderna, y que llamaremos por eso "edad industrial" o "sociedad industrial". No hay ninguna dificultad en seguir hacia atrás el hilo que llevó a esta edad industrial planetaria: no viene ni de China ni de India o América —aunque tiene aportes de todo el mundo—, sino de Europa, y más hacia atrás, de la región del "Medio Oriente", con centro en el actual Iraq.

La historia de esta rama evolutiva es la más familiar para nosotros, por suerte, y como además de conducir a la edad industrial presenta ejemplos de la mayoría de los estilos interesantes, la tomaremos como "rama principal" y punto de referencia central.

Rechazamos en esta escala toda cuestión de relativismo —de si el estilo o la cultura de un pueblo es o no igualmente "valioso" que el de los otros—; el hecho real, descarnado, es que a través de una serie de cambios se llegó a imponer en todo el planeta un sistema productivo que nació en Europa, y que aunque puede volver a dividirse en el futuro —por conflictos o por objetivos de diversidad cultural—, ha unificado en gran medida las actividades de todos los hombres y mejorado su conocimiento mutuo mediante una extraordinaria red de comunicaciones rápidas.

2. — Los grandes cambios que buscamos afectan a la humanidad entera, y podemos describirlos por sus efectos sobre la solución de los grandes problemas que la aquejan. Partir de un proyecto nacional nos permite ordenar esos problemas según la importancia que allí se les asigna, y que coincide con la importancia que la misma humanidad les ha dado a lo largo de su historia, como lo vemos a través de los sacrificios, esfuerzos, movilizaciones, provocados por el agravamiento de cada uno de ellos en el pasado (con las correspondientes implicaciones para el comportamiento futuro).

Vamos a agrupar estos problemas en tres niveles de urgencia decreciente:

- a) Nivel **subsistencia**: hambre, pestes, violencia física y el miedo a ellas (inseguridad).
- b) Nivel **opresión**: desigualdad social y la conciencia de ella. Puede darse en todas las zonas ya definidas: económica (explotación, desigualdad de ingresos), militar (violencia)

cia), ideológica (ignorancia, persecución religiosa), organizativa (diferentes derechos legales) y social (desigual integración, seguridad social, prestigio, etc.).

- c) **Nivel alienación** (ideológica): falta de participación en el conocimiento, su creación y uso. "Lavado de cerebro": valores o imagen del mundo impuestos por propaganda; falsa "conciencia de clase". Inmadurez; necesidad de protectores espirituales y paternalismos.

El primer nivel fue sentido como de prioridad total hasta hace muy poco tiempo, y es el principal en esta escala. Sólo cuando la sociedad industrial dio señales de poder resolverlo comenzó a tomarse conciencia —aún hoy muy incompleta— del segundo. El tercero es el menos percibido —tomar conocimiento de él es prácticamente resolverlo—, pero resulta esencial para proyectos "pueblotécnicos".

Por supuesto, individuos aislados y grupos minoritarios pueden presentar alteraciones a estas prioridades —siempre hay gente que se deja matar por sus ideas—, pero eso no ocurre para la inmensa mayoría, y cuando ocurre para un grupo tiene duración muy limitada (lo cual no le quita importancia práctica pues puede servir de factor desencadenante o catalizador).

Para muchos, la Historia consiste en la **emancipación** gradual del hombre con respecto a esos problemas: miseria, injusticia social, ignorancia, irracionalidad, "unidimensionalidad", que impiden la realización de un "hombre nuevo". Por supuesto, el sentido actual de "emancipación" y los demás términos está dado por el proyecto de sociedad que defiende cada uno. Además, cada doctrina ideológica percibe como importantes a diferentes métodos y fuerzas en ese camino emancipatorio: desde las fuerzas productivas marxistas a la solidaridad y cooperación de un T. de Chardín o de muchos anarquistas.

3. — El problema de la subsistencia corresponde a las zonas económica y militar principalmente. Interesa saber qué se hace y cómo (el estilo) en producción y defensa, quienes toman las decisiones sobre eso (el poder), quienes lo aprovechan o sufren, y de qué tecnología y otros recursos se dispone para ello (las fuerzas productivas).

La historia de este problema se analiza clásicamente a través de la evolución de la técnica o más en general las fuerzas productivas, que van mejorando la capacidad del hombre para alimentarse y defenderse. Hubo algunos cambios tan importantes que merecieron el nombre de revoluciones universales, o dieron origen a "edades"; ellos son:

- La **revolución agraria**: cultivo de la tierra, domesticación del ganado y fabricación de buenas herramientas de piedra pulida (edad neolítica), o sea el primer gran paso en

el control de la naturaleza, en vez de su simple aprovechamiento como cualquier animal cazando, pescando o recolectando. Iniciada hace más de 10 milenios.

- La **revolución urbana**: ciudades y otras grandes obras, organización de imperios, uso de herramientas de metal (edad del bronce y luego del hierro). Merecería también llamarse "edad estatal" porque está desde el comienzo dominada por esa forma de organización social, obligada por la vida urbana. Iniciada hace más de 5 milenios.
- La **revolución industrial**: iniciada hace un par de siglos y precedida por 4 ó 5 siglos de una edad mercantil, precursora directa.

Al período entre las revoluciones urbana e industrial lo llamaremos "edad histórica", y dentro de ella es usual distinguir una "edad del hierro" —iniciada hace más de 3 milenios—, a la que algunos asignan una importancia tan grande como a la revolución urbana.

Como indicador de la evolución de este problema de la subsistencia, muchos proponen tomar la eficiencia o productividad de estas sucesivas técnicas, herramientas, materiales, máquinas, medios de producción, en fin. Otros prefieren usar el gasto y tipo de energía no humana; otros el desarrollo y tipo de las comunicaciones, y evidentemente podemos sugerir muchos otros factores vinculados al problema, como organización administrativa, nivel de conocimientos, o incluso valores éticos o estéticos, como también se ha propuesto.

Conviene aclarar que no estamos hablando de **causas**, sino sólo de **indicadores** que muestran, o incluso definen si son muy importantes, cómo va ocurriendo la evolución. En efecto, según nuestro enfoque no tiene interés hablar de causalidad para el **largo plazo**, ya que todo sistema social tiene tantas interacciones que en cuanto ha pasado un tiempo apreciable es costosísimo ponerse a averiguar cuál es el factor que tiene más culpa de cierto resultado. Así no nos entretendamos en discutir si la tecnología es causa de la ideología o al revés. La tecnología para nosotros es sin ninguna duda un factor causal en el **corto plazo** (recuérdese el impacto de la bomba atómica), pues cada nuevo instrumento se puede usar. En el largo plazo la consideramos como **factor limitante**: indica cuales cosas son irrealizables, utópicas, porque superan la capacidad productiva de ese momento. Por eso, frases como "el molino de brazos da la sociedad feudal y el molino a vapor da el capitalismo industrial" deben entenderse como proponiendo indicadores y no **causas**.

Volviendo al problema de la subsistencia, para nosotros, defensores del "pueblotecnismo", el indicador más natural es

la población misma. Para saber cómo se las está arreglando para subsistir es poco lógico usar indicadores indirectos —aunque los necesitemos como auxiliares por razones de información—, cuando eso se ve directamente con ciertos datos demográficos elementales. ¿Cuántos hombres hubo en cada época? ¿Cuánto tiempo vivían? Después, al tratar el problema de la opresión, habrá que completar esto con datos sobre la distribución social de esta esperanza de vida, y agregar nuevas características.

La recolección de datos censales fue desde el comienzo un proyecto ambicioso y costoso, y la verdad es que en este terreno la revolución industrial ha producido menos milagros que en otros. El cobro de impuestos, tributos o servicios personales, y la redistribución de tierras exigían censos muy grandes y una burocracia bien entrenada para mejorarlos. En China se tenían datos sobre 60 millones de campesinos hace dos mil años. India y Roma no le iban a la zaga, y Egipto ya lo hacía dos mil años más atrás, aunque para una población mucho menor. Japón también debió hacerlo cuando se declaró toda la tierra propiedad del Emperador (siglo VII), pero no lo pudo mantener mucho tiempo. No sabemos cómo lo hacían los incas.

Hay pocos datos directos sobre población, y las estimaciones se hacen muchas veces en base a la tecnología disponible y su probable productividad, de modo que la base empírica de este indicador es más o menos la misma que para los otros, pero permite ir directamente al fondo de la cuestión.

Una primera ojeada en esta escala nos señala un fenómeno que nadie discute: hace cosa de dos siglos ocurrió en esta cuestión algo cualitativamente distinto de todo lo anterior: hasta entonces la población humana había aumentado muy lentamente —duplicándose más o menos cada mil años, por dar alguna cifra—; desde entonces se produjo una aceleración fenomenal, y estamos todavía en plena explosión, duplicando nuestro número cada 35 años, aproximadamente. Este hecho material, real, es básico para la comprensión del escenario político en que debemos actuar y de las dificultades que debemos enfrentar. Con respecto a las anteriores, la revolución industrial es de otro orden de magnitud, de otra calidad; es como una estrella que se vuelve supernova.

— Analicemos esto brevemente.

4. — Para enfrentar los problemas de subsistencia los hombres disponen de ciertos recursos, que evolucionaron con distintas velocidades, pero que en esta escala y sin ninguna duda fueron aumentando continuamente —con muy pocos retrocesos— su eficiencia y productividad; esa es la base material de la idea de progreso.

Estos recursos son los mismos que necesitamos para la viabilidad física de un proyecto nacional:

- Recursos humanos (de diferentes categorías)
- Recursos naturales accesibles
- Capacidad instalada de producción (infraestructura, organización, herramientas y equipos, instituciones, edificios, etc.)
- Recursos externos (obtenibles de otros hombres, por robo o intercambio): no los hay para el planeta en bloque.
- Recursos tecnológicos (formas conocidas de utilizar los otros recursos, organizándolos: métodos, técnicas físicas y sociales, estrategias).

A estos hay que agregar los "recursos políticos", o capacidad de poner realmente en funcionamiento los demás recursos para los fines que sea. Vinculado con esto hay que recalcar que los recursos humanos no sólo consisten en cantidad de población activa y su capacitación para las funciones y roles necesarios, sino también en la motivación adecuada para que los cumplan (sobre la interacción entre motivaciones y poder la Historia tiene mucho que enseñarnos). Sólo al conjunto de todos estos recursos vamos a llamarlo "fuerzas productivas", reconociendo el papel preponderante que tiene la tecnología, pero también que ésta no decide nada sin los demás, ni existiría sin hombres que la crearan e implementaran. Las actividades de todas las zonas crean y gastan estos recursos (y generan motivaciones específicas). El esquema de las relaciones recursos —subsistencia— población parece ser el siguiente:

Los recursos disponibles cambian lentamente, pero de tanto en tanto se produce en ellos alguna revolución (o cataclismo) en uno o más lugares del mundo, que si es útil para la subsistencia se difunde por todo el mundo, a una velocidad que también ha ido acelerándose a través de las épocas. Entre dos revoluciones, tenemos por definición en esencia el mismo estilo, o paradigma, o manera "normal" de hacer las cosas, que se perfecciona poco a poco en sus detalles, y de manera diferente en cada región (surge una nueva especie y luego aparecen sus variedades locales).

En cuanto a la población, tiende a aumentar hasta el máximo permitido por los recursos, lo cual nos está diciendo además que después de cada revolución productiva la tasa de crecimiento de la población se hace más alta, y continúa alta (por supuesto con fluctuaciones) hasta que el nuevo estilo se ha difundido por la mayor parte del mundo; luego vuelve a bajar la tasa, pero con un nivel de población ya más alto.

Este es el esquema básico, pero se le superponen muchas irregularidades, debidas a que ninguna revolución es instantánea ni consta de un único descubrimiento o suceso; su difusión no es regular salvo dentro de ciertas regiones bien

comunicadas; puede tropezar con barreras (no sólo físicas sino también ideológicas) para salir de ellas. Casos extremos de aislamiento: América, Australia, Oceanía. Hasta hace medio milenio el océano era la principal barrera física, y su dominio, un recurso precioso.

Como dijimos, la velocidad de difusión en estas grandes innovaciones ha ido aumentando, tanto por mejoramiento de los medios de comunicación como por el mismo aumento de población, que aumentaba la probabilidad de contactos fronterizos. Esta velocidad sufrió una "explosión" parecida a la demográfica: el cultivo de la tierra tardó 4 milenios en cubrir Europa a partir del Cercano y Medio Oriente; la expansión mundial de la revolución industrial europea puede medirse en décadas.

En principio, cuando se difunde una tecnología nueva, es necesario que en el lugar donde se adopta existan todos los recursos necesarios para implementarla en condiciones que la hagan preferible a la allí existente hasta entonces (si los suelos son más aptos para el pastoreo que para la agricultura, ésta es más difícil de imponer). Se produce un proceso no consciente de "selección de tecnologías", que toma en cuenta no sólo la productividad sino todos los factores económicos, sociales y políticos: una nueva técnica puede rechazarse por razones de estilo, ideológicas, o porque los interesados en promoverla carecen de poder político para ello (así fue como los latifundistas romanos y los chinos rechazaron el molino hidráulico, que tanta importancia tuvo después). La tradición —o sea la ideología— ha sido siempre una barrera más difícil de vencer que el mar o la montaña, y sigue siendo hoy uno de los principales obstáculos para la implementación de nuevos estilos tecnológicos, al cual no se le da en la práctica la importancia que la Historia nos muestra (véase ET). Pero también al revés, el atractivo de una nueva tecnología puede ser tan grande que el desec de copiarla se convierte prácticamente en una ideología: modernismo, desarrollismo. La existencia local de recursos materiales no es indispensable; puede ser sustituida por el recurso externo de importar lo que falta —materias primas, herramientas, expertos— y eso se ha hecho con cierta regularidad desde hace más de diez milenios, sufriendo sus propias revoluciones técnicas con bastante desfase sobre las productivas —caravanas, navegación, factorías comerciales (los asirios tenían enclaves transnacionales hace más de cuatro milenios), etc., hasta la revolución mercantil que precedió a la industrial—. También pueden importarse los recursos políticos —un conquistador que impone por la fuerza el cambio tecnológico—, y esa ha sido la manera usual de vencer las resistencias ideológicas, con pocas pero importantes excepciones (la revolución industrial, por ejemplo, en su nacimiento).

En esta cuestión, como dijimos, las fuerzas productivas no se interpretan a la manera de fuerzas físicas, causalmente, sino como "**factores limitantes**" —en este caso, de la población—, como barreras, nunca impenetrables, pero que requieren recursos fuera de lo común para ser vencidas. Sólo son causales directas en el momento de aparecer.

5. — Hace unos veinte milenios el principal recurso limitante de la población era el clima, y la población fue en buena parte controlada por él, a través de sus efectos sobre la fauna, la flora y el nivel de los hielos y las aguas, durante unos diez milenios más.

En el último período glacial la población total era seguramente inferior al millón, o incluso diez veces menor. No mucho menos que eso porque entonces las fluctuaciones accidentales la habrían hecho desaparecer con alta probabilidad, como saben los ecólogos. Eso es lo que ocurrió seguramente con las especies paralelas, como nuestros primos los hombres de Neanderthal.

Se produjo entonces —hace 15-20 milenios— un primer cataclismo revolucionario de las fuerzas productivas: la fusión de los hielos, que amplió enormemente las regiones disponibles para recolección y caza. Sin necesidad de cambiar mucho sus herramientas ni sus tradiciones vagabundas, los hombres aumentaron rápidamente en número por ocupación de nuevos territorios (pasando a América en la época en que el clima ya permitía llegar a la altura de las Aleutianas y el nivel del mar todavía no las había convertido en islas). Comparando la extensión de las tierras fértiles con la densidad de los pocos pueblos recolectores y cazadores de nivel "mesolítico" que se han podido conocer, podemos estimar que hace diez milenios la población mundial estaba hacia rato estabilizada alrededor de diez millones de personas, organizadas en tribus o clanes, cada una con un territorio más o menos fijo.

La escasez de territorio pasó a ser el nuevo factor limitante, bastante dinámico porque los cambios de clima desecaban regiones enteras (como el Sahara) o las inundaban (leyendas del Diluvio), obligando a los pueblos a migrar, o perecer, o crear nuevas fuerzas productivas. Este recurso escaso —el territorio— es explicativo a nivel de toda la población. Para cada tribu el factor limitante no era la falta de tierras fértiles sino su ocupación previa por otras tribus. El método de la migración sólo era posible mediante la guerra de conquista, que siempre existió pero que sólo con estos volúmenes de población adquirió importancia.

La fuerza militar no decide, en lo grueso, la población total, sino sólo cuáles pueblos van a crecer a expensas de otros, pero ese proceso es poco controlable y da origen a veces a fuertes fluctuaciones del total, similares a las producidas

por epidemias o cambios de clima. Esas fluctuaciones no fueron aumentando, y por el contrario hoy son de poca importancia a pesar de las guerras mundiales.

Hace unos diez milenios ya se había impuesto en nuestra rama principal (centrada en el Cercano Oriente) la revolución agraria, o sea el dominio sobre las plantas, los animales y las piedras: cultivo de cereales, domesticación de ganado (pero todavía no el caballo) y gran diversidad de herramientas de piedra pulida (período neolítico). Aparecieron la vida sedentaria, las aldeas más o menos fijas —hasta que disminuía la fertilidad del suelo— y la posibilidad de acumular excedentes de un año a otro en mayor cantidad que la necesaria para semilla. La humanidad se dividió en dos arquetipos principales: el agricultor y el pastor, con tecnologías y estilos de vida diferentes, aunque en la realidad había muchos casos intermedios, y supervivencia de los recolectores, cazadores y pescadores.

Esta nueva fuente de alimentos, que con sus perfeccionamientos sigue siendo casi la única hasta hoy, tiene que haber permitido llegar a una población estable del orden de cien millones en 4 ó 5 milenios, con una aceleración inicial grande pero limitada geográficamente. Se conocen centenares de sitios de aldeas neolíticas en Europa y Medio Oriente.

La agricultura no disminuyó los conflictos entre pueblos, al contrario. Por una parte la existencia de excedentes que podían robarse era una tentación permanente. Por otro, el fracaso de muy pocas cosechas obligaba a buscar nuevas tierras o víctimas. Esto ocurre también para los pastores aunque tal vez con menos frecuencia. Empezan a observarse entonces las migraciones masivas, siguiendo siempre el mismo esquema: la mayor productividad permite un aumento local de población, luego vienen años de "vacas flacas" y esa población, para no morir de hambre, busca otra zona más fértil. El fenómeno es viejo, pero ahora los volúmenes de gente en movimiento son mucho más importantes.

Todo esto contribuye a que la duración de la vida no aumente mucho. Aunque el crecimiento de la población se debe a una menor mortalidad —la natalidad no parece haber variado mucho—, el resultado es muy distinto si los que dejan de morir son jóvenes o viejos. En esta época debe haber disminuido mucho la mortalidad infantil, aún conservándose alta, pero no era fácil llegar a viejo; sólo los más inteligentes lo conseguían —por aprender mejor a cuidarse, con la experiencia propia y ajena—, y no era ilógico el respeto por los ancianos.

6. — La revolución urbana tampoco fue súbita, e incluyó muchos otros inventos de enorme importancia, además de la ciudad, de los cuales los más notables son de tecnología organizativa. Ciudades grandes, es decir donde los habitantes

no podían conocerse todos, existieron hace mucho más de cinco milenios en nuestra rama principal pero es en esa fecha donde ubicaremos el inicio de la revolución urbana, con una difusión que en lo esencial culminó mil años después. Para ese entonces todo el Medio Oriente, Creta, el norte de India y probablemente de China habían dado ese paso decisivo a la vida "civilizada", que en América, Asia SE, y Japón demoró otro par de milenios.

No vamos a discutir a qué debe llamarse "ciudad", aunque evidentemente el tamaño no puede ser el único criterio: hubo ciudades-campamento inmensas y muy estables, ciudades grandes especializadas como residencia palaciega y administrativa— Pekín, Kioto, Cnosos—, o como centros religiosos, sobre todo en México. Para nosotros una ciudad típica tiene: mucha gente —en el sentido antedicho de que nadie conoce a la mayoría de la población—, mucha infraestructura pesada —grandes edificios, murallas, alcantarillas— y mucha diversidad de oficios.

Más o menos para esa época se inicia también la edad de los metales: cobre y bronce. Pero no fue esto lo que más influyó sobre el problema de la subsistencia, sino un tipo totalmente nuevo de revolución tecnológica: el dominio sobre los hombres; la organización y manejo de grandes masas de mano de obra para efectuar trabajos ciclópeos de infraestructura: riego, prevención de inundaciones, estanques, desmontes, murallas, almacenes, caminos, fortalezas, y también pirámides, templos y palacios, y a la vez su administración y financiamiento. El primer paso para ello fue aprender a organizar eficientemente la recolección de excedentes alimenticios de los campesinos —y luego tributos—, con los cuales se pudo mantener esa mano de obra que se retiraba de las labores agrícolas. La administración de todo eso exigió el invento de la escritura y la burocracia. Su primer uso fue tal vez la infraestructura militar, pues la mayoría de las ciudades primeras deben haber surgido como método de defensa contra incursores extranjeros, mediante murallas, fortalezas y organización de una casta militar. Sabiendo hacer esto ya era fácil encarar obras como canales de riego y control de grandes ríos (Nilo, Indo, Amarillo, Eufrates-Tigris).

Todo esto permitió y exigió la aparición de clases minoritarias dominantes y diferencias cada vez mayores en nivel y duración de vida. Ahora sí, la ciudad facilitó el envejecimiento (en los grupos sociales privilegiados).

Los privilegiados, las clases sociales, aunque no eran desconocidas, alcanzaron su significado actual con la revolución urbana, y desde entonces nuestro segundo problema —la opresión— empieza a preocupar a algunos hombres y a movilizar a otros. De todos modos, la principal diferencia social era la establecida entre ciudad y campo —resumida como "civilización y barbarie"—: el estilo de vida ciudadano, al

favorecer la comunicación de ideas y la acumulación de conocimientos, produjo un tipo de hombre totalmente distinto en todo lo anterior, y para alimentarlo el campesino fue explotado como un animal más, con grave descenso de su nivel de vida material y social.

Como revolución social y cultural, la urbana fue de la misma o quizás mayor magnitud que la industrial, y sólo comparable a la futura implantación del socialismo. Nos interesa pues su manera de nacer, pero es algo demasiado lejano: queda para la escala siguiente lo poco que la escasa información nos permite deducir.

Durante el intervalo de 5 milenios entre las revoluciones urbana e industrial, al cual llamaremos "edad histórica", la población debe haberse multiplicado por diez, o tal vez menos. El crecimiento fue irregular, debido en parte a las guerras y genocidios, pero también a las hambrunas y epidemias, a pesar de los mayores recursos técnicos. Por primera vez aparecen pueblos que importan regularmente alimentos en cantidad. Sabemos que en 1750 la población mundial era de unos 800 millones —dentro del 30% de error—, y para comienzos de la era cristiana censos romanos, chinos y otros datos permiten estimar que era superior a los 200 millones. En todo momento, la población urbana creció más rápido que la rural.

El problema de la subsistencia, entonces, siguió mejorando más o menos al mismo ritmo que desde el comienzo de nuestra historia, pero los factores limitantes en la edad histórica parecen ser cada vez más ideológicos, políticos y militares. Tecnologías disponibles y probadas eran rechazadas por razones de tradición; los gobiernos eran incapaces de dar nuevos pasos organizativos para prevenir y paliar las épocas de desastre, y las guerras de exterminio eran frecuentes. En realidad, empezó aquí a notarse que el liderazgo en innovaciones tecnológicas estaba en la zona militar, desde el caballo hasta la pólvora.

Es usual distinguir en la edad histórica un hito intermedio, hace unos tres milenios, cuando se inició el uso del hierro en herramientas, y sobre todo en armamentos. Este nuevo material no parece haber tenido una importancia revolucionaria —ni lejanamente comparable con las etapas que hemos señalado—, pero es cierto que el período de 1000 a 500 A. C. presenció algunas novedades de peso. Ya hemos mencionado que el comercio exterior pasó en esa época a ser un regulador importante de la producción. Mejoraron las comunicaciones —en especial la navegación, pero también las postas a caballo— y con ellas el conocimiento de otros pueblos y de la Historia. Eso dio otro estilo a las minorías gobernantes que ya no podían creer seriamente que su propio pueblo era el centro del mundo, pero sobre todo podían buscar precedentes ajenos para orientarse frente a ciertos

problemas, en vez de guiarse sólo por la tradición local. En realidad en esta época se empieza a notar la separación entre pueblos tradicionalistas, por así decir, —como Egipto y Babilonia— y los que estaban creando nuevos estilos (algunos de ellos para caer también en el tradicionalismo más adelante, como India y China). Comienza también entonces la época de las grandes religiones y de la racionalidad griega y china.

Abusando algo, podemos llamar "edad clásica" a esta parte de la edad histórica; lo anterior sería entonces la "primera generación" civilizatoria.

Es interesante para nosotros que en la rama principal todas estas innovaciones culturales surgieron después de un largo período de desorden y caos, llamado por muchos "edad oscura", durante la cual formidables migraciones de pueblos arrasaron grandes civilizaciones anteriores como la minoica, hitita y otras de Turquía y Palestina-Siria (pueblos del mar), poniendo incluso en peligro a Egipto y llegando con sus coletazos hasta Babilonia (arameos y guteos). Ellos liquidaron la cultura micénica en Grecia (y de paso en Troya), y a partir de ese desorden es que se fue creando la civilización europea clásica. Por eso, más que edad "oscura" debería llamarse edad "pupal", recordando a esos insectos que desorganizan toda su estructura larval antes de pasar a adultos. En menor grado, algo similar debe haber ocurrido con la caída del imperio Shang, en China, al mismo tiempo. Pocos siglos antes los invasores arios habían destruido la civilización del Indo, los hurritas y kasitas se habían apoderado de casi toda la Mesopotamia, y los hicsos de Palestina y Egipto; todos nómadas con carros de guerra, que produjeron interregnos más o menos desordenados (el máximo desorden fue en la India, donde hubo que empezar todo de nuevo).

No es extraño que estos cataclismos que en 3 o 4 siglos disolvieron prácticamente las antiguas y rígidas civilizaciones de la rama principal, hayan facilitado la introducción de nuevas técnicas sociales y materiales, y nuevas concepciones del mundo como las que mencionamos.

La idea se refuerza cuando recordamos las invasiones de "bárbaros" a caballo, que difundieron la técnica del jinete con arco desde Europa hasta China produciendo un culto del caballero que casi podría llamarse "cultura ecuestre". Estas invasiones disolvieron el imperio romano, y después de otra edad oscura o pupal de varios siglos dieron a luz el feudalismo organizado, el Renacimiento, el mercantilismo y la revolución industrial.

En mucho menor escala, la primera época Chou, de anarquía política, permitió en China cambios paralelos y casi contemporáneos a los de Grecia clásica, que simbólicamente se hacen culminar en la figura de Confucio. India pasó su fase pupal un poco antes —con la invasión aria, como diji-

mos— y para el primer milenio A. C. ya había estabilizado nuevamente su cultura con el hinduismo primitivo del Rig Veda y la sociedad de castas, pero tal vez fue su división en muchos reinos y repúblicas —bastante desordenada, a juzgar por las leyendas—, lo que facilitó pocos siglos después algunas novedades ideológicas, que podemos personificar en Buda.

En Egipto hubo dos interregnos de desorden, pero en menor grado, y se volvió después de ambos esencialmente al estilo tradicional, con el Antiguo Imperio como modelo de perfección. Tal vez esto ocurrió por el carácter poco destructivo de los hicsos (invasores del segundo interregno), que prefirieron aprovechar en beneficio propio lo que había, y a la poca importancia de los invasores del primero (antes del 2000 a. C.), que no pasaron del Delta.

En Medio Oriente los pueblos invasores fueron innumerables y permanentes, y muchas veces se apoderaron de los grandes estados de la región, pero como los hicsos, prefirieron respetar y aprovechar la cultura local en vez de destruirla, y pocas veces produjeron desorganizaciones graves o duraderas. Las mismas guerras entre esos grandes estados —que aparecían, conquistaban y desaparecían constantemente a lo largo de los siglos— no produjeron cambios revolucionarios, tal vez porque todos compartían el gran legado cultural sumerio. Sólo cuando les tocó el turno de conquistadores a los persas —los más extranjeros de todos esos estados— hubo algunas novedades grandes, como la paz, el comercio, el zoroastrismo y la astrología (intento fallido de racionalidad), también contemporáneos de Grecia clásica.

En esa región la revolución mayor se había producido en la costa sirio-palestina, donde se asentaron varios de esos pueblos migrantes de hace tres milenios —desde el mar, Turquía y Arabia—, estimulando o dando origen entre otras cosas al alfabeto, el comercio de ultramar y el Antiguo Testamento.

Después del caso de Roma estas edades pupales no se repitieron, salvo en grado muchísimo menor. Los nuevos bárbaros no lo eran tanto como para desorganizar la administración y las ciudades, o las reemplazaban de inmediato por las suyas, como los españoles en América. Aun los que traían un “mensaje” —como los árabes con el Islamismo— resultaron bastante conservadores del sistema productivo y administrativo. Los mismos mongoles se civilizaron rápidamente en China, India y Persia (en Rusia no, porque no había nada a qué asimilarse), y sólo destruían ciudades y gente por cálculo, para apresurar la rendición de los demás. En resumen, una buena sacudida —invasiones, anarquía, violencia, desorden— ha resultado muchas veces en el parto de nuevos estilos, por dolorosa que fuera mientras duraba. Donde la tradición cultural-religiosa logró asentarse en alian-

za con un sistema burocrático eficiente, sólo esas sacudidas produjeron cambios importantes, y eso cuando fueron realmente destructoras, “pupales”. Cuando el armazón administrativo-ideológico subsistió, los invasores fueron absorbidos, la anarquía superada y se volvió, por un tiempo, a lo de antes en todo lo esencial.

Aun sin una buena organización administrativa, la tradición persiste en el campo, y es necesaria la mezcla o sustitución física de pueblos para cambiarla. Es en las ciudades y sobre todo en las clases superiores que se producen los cambios, y allí es donde se siente más la influencia de la burocracia. Eso es lógico pues la existencia misma de esas clases depende de la buena recolección de los excedentes del campo —del sistema impositivo—, pues hasta los últimos siglos tenían poco que ofrecer en trueque a los campesinos.

Para los pueblos invasores, con más razón, entre el mismo hecho de haber tomado la gravísima decisión de emigrar, y la comparación cotidiana de sus costumbres con las de los conquistados, se tiene un campo muy propicio para los cambios creativos o imitativos. La mayor parte de las veces son estos últimos los que se dan, o se produce una mezcla o sincretismo de ambas tradiciones.

Muy distinto parece ser el caso de los pueblos obligados a emigrar por la fuerza —en este siglo todavía se han dado varios casos, de los cuales los armenios son el más conocido—, y que muchas veces se aferran durante milenios a algunos aspectos de su vieja cultura para no perder su identidad: los judíos y parsis lo hicieron con su religión; los gitanos con buena parte de su organización social.

7. —La revolución industrial dio los medios para resolver el problema de la subsistencia para poblaciones incomparablemente mayores que las anteriores, y produjo la explosión demográfica que nos hizo llegar a ser cuatro mil millones en 1975.

Adelantándonos a la escala siguiente, esta explosión se produjo en dos fases u oleadas: la primera en Europa, en el siglo pasado, que se frenó gracias a una fuerte emigración y a un descenso de la tasa de natalidad (pero que está ahora volviendo a aumentar). La segunda, más fuerte, en este siglo, especialmente en los países del “tercer mundo”: ha bajado mucho la mortalidad, pero la natalidad no.

La esperanza de vida, con las actuales tasas de mortalidad promedio del planeta, es de unos 55 años. Para los países más ricos ya pasó de los 70. Para las clases más ricas es de unos 85 años. Hace apenas un milenio la esperanza de vida no llegaba a los 30; vivimos pues el doble de tiempo, somos más altos y fuertes y nuestras mujeres pueden tener hijos durante más años. Esas mismas diferencias se observan hoy comparando ricos y pobres, pero

todavía son mayores. Si toda la humanidad tuviera las tasas de mortalidad de los más ricos (del 10 % de mayores ingresos, digamos), morirían por año **30 millones menos** de personas: eso es el costo anual de vidas de la desigualdad social, ya que los recursos alcanzan para igualar hacia arriba. Las revoluciones sociales no han costado ni la centésima parte de esas vidas ("tiempo o sangre" es una falacia: el tiempo es sangre). Claro que eso empeoraría el problema de la explosión.

Si se mantuvieran las tasas actuales de crecimiento, en sólo un milenio toda la masa del planeta estaría convertida en carne humana, lo cual sólo demuestra que esa hipótesis es falsa: de alguna manera esa explosión se frenará, como todas, y los factores limitantes de largo plazo están bien a la vista; son otra vez los recursos naturales. El verdadero problema es en perjuicio de qué naciones o grupos se realizará este frenado; y la presión publicitaria por iniciarlo ahora indica el deseo de los países hoy dominantes de reservarse el control de este proceso en su propio beneficio.

Esto no debe permitirse, pero es irracional luchar contra ello negando la existencia del problema. Su urgencia no es tan tremenda como se nos dice: el mundo puede mantener una población cuatro veces mayor que la actual por lo menos —sin mayores adelantos técnicos—, lo que da varias décadas para buscar la solución más adecuada; no necesitamos ceder al pánico y tomar decisiones drásticas que pueden ser irreversibles, sin pensarlas bien, ni tampoco hacer girar todo nuestro proyecto nacional alrededor de ese problema, pero algo habrá que hacer.

En la práctica, por supuesto, el problema candente es si vamos a permitir que cierta nación o cierta minoría dominante decida quiénes tienen derecho a vivir y quiénes no, con una premeditación y una escala jamás vistas en la historia.

La mínima teoría racional de decisión indica que, dado el altísimo costo de una política de población equivocada, y dado que tenemos dos o tres décadas de gracia para estudiar el problema, el primer paso es de visibilidad: para seleccionar lo mejor hay que percibir cuáles son todas las soluciones posibles, y todas las consecuencias importantes de cada una. Qué estilo de organización social es capaz de resolver este problema y a qué costo.

Ese análisis no lo puede hacer un grupo de técnicos comunes de ninguno de los "tres mundos", incapacitados por su educación para percibir nuevas alternativas, y por eso es esencial ampliar al máximo posible la participación de todo el mundo en la discusión. Esa participación resulta aún más necesaria cuando se comprende que todas las soluciones de fondo, o sea en gran escala, implican grandes

cambios no sólo sociales, sino éticos: toda la actitud ante la muerte, y por lo tanto ante la vida, y no sólo hacia el nacimiento, tendrá que ser revisada. En un mundo cuya ética declarada es unánimemente el amor, y que practica con toda fuerza la protección a los individuos débiles —haciendo esfuerzos increíbles por salvar un niño o un viejo enfermos, o por criar incapacitados físicos o mentales— es muy difícil impedir la vida. Si la gente sobra ¿por qué hay que curar a los enfermos, o abolir la pena capital? Si la esperanza de vida es más del doble que hace un milenio, ¿debe seguirse tratando de aumentarla? Estas pequeñas dudas pueden ignorarse sólo a riesgo de perder la salud mental, y están lejos de ser teóricas, pues el genocidio es parte de posibles estilos futuros.

Es verdad que la situación tiene muchísimos precedentes: cuántos gobernantes han enviado a la muerte a cierta parte de sus gobernados con la justificación de salvar a la patria, mientras otra parte se mantenía fuera de todo riesgo. Aquí bastaría cambiar "patria" por "humanidad" y resignarse también a que algunos se sacrificen y otros no. Pero la escala es tan diferente que difícilmente vaya a tolerarse este planteo: por ejemplo porque no hay nadie que pueda hablar en nombre de la humanidad, cuya autoridad esté mundialmente legitimada hasta este punto.

Una conclusión negativa pero útil es que si se conservan las características actuales de la sociedad industrial —tecnologías derrochadoras y contaminadoras, consumismo, economía mundial no planificada, pésimo aprovechamiento de los recursos humanos, autoritarismo a medias, etc.—, la situación se volverá incontrolable en 50 años. Esto parece ser percibido claramente por las minorías dominantes de los principales países. Por lo tanto podemos estar seguros de que esta sociedad sufrirá un fuerte cambio de estilo en alguna dirección. Para los que tenemos una dirección preferida, los enemigos más fuertes no son los defensores del statu quo, sino los que quieren un cambio hacia un estilo autoritario que tolere el genocidio.

8. — Si queremos completar este análisis demográfico con su expresión en términos de fuerzas productivas, llegaremos a algunas conclusiones sencillas pero que son fundamentales para todo lo que sigue.

En primer lugar, esas fuerzas no son sólo del tipo tecnológico usual —material o físico—, sino que corresponden a varias zonas, como las que definimos en el capítulo anterior. En tecnología física el adelanto fue constante, con los tres saltos que hemos llamado revoluciones agraria, urbana e industrial. Hoy estamos en la etapa de la automatización —a la cual le faltan los sectores más difíciles—,

con la que culminan las fuerzas productivas introducidas por el capitalismo industrial.

Las tecnologías organizativas comenzaron muy temprano a ayudar a la producción permitiendo, como dijimos, construir grandes obras de infraestructura que de otro modo hubieran sido imposibles y manejar ejércitos numerosos. Pero a esta zona le está tocando ya una tarea más profunda y completa: planificar todas las actividades productivas, con lo cual debe remediar el desorden causado por la libre competencia individual. De eso se están encargando los estados nacionales y las grandes empresas transnacionales: es una etapa estatista, de consolidación.

Pero como la planificación por sí sola no va a resolver los problemas de la "explosión" que hemos señalado, se necesitarían nuevas fuerzas productivas. Pueden provenir de la zona militar —autoritarismo y genocidio—, o de la zona social —participación solidaria y creativa de toda la población en la solución de esos problemas—, pero en ambos casos se requerirá un gran cambio ideológico, para el cual también hay que desarrollar fuerzas productivas especiales.

9. — Si al problema de la subsistencia, que acabamos de tratar en términos demográficos y de fuerzas productivas, agregamos los otros dos grandes problemas, y en primer lugar la opresión, podemos resumir este pantallazo global de los últimos 5 ó 6 milenios, afirmando que en esta escala sólo pueden distinguirse allí dos "grandes estilos": el "histórico" y el "industrial", con multitud de variantes (que en las escalas siguientes merecerán llamarse estilos, a secas). El "gran estilo histórico" se caracteriza, desde este punto de vista social, por la explotación y alienación brutales, permanentes, insaciables, del campesinado, en beneficio de todas las clases urbanas, aun las más pobres. El campesino alimenta a todos, pero es considerado como un simple animal doméstico, sólo semihumano.

Las diferencias entre las muchas civilizaciones o estilos que conviven en esta época "histórica", se dan entre sus ciudades, y especialmente entre sus clases dirigentes, muy minoritarias. Todo lo que narra la Historia se refiere a esas clases urbanas altas —guerras, conflictos por el poder, creación intelectual—, cuyo papel se ve en esta escala como el de un subsistema regulador y motor de la sociedad. Ese papel se ha cumplido hasta ahora de manera muy ineficaz en sus aspectos creativos, pero con gran eficacia en cuanto a regulador, para conservar lo adquirido; con ese objeto se perfeccionó el aparato estatal, la zona organizativa.

El campo de todo el planeta tuvo en toda esta época una homogeneidad en su estilo de vida, en su cultura, incomparablemente mayor que las ciudades. De todos modos,

como ya hemos mencionado, no sería inútil dividir también este "gran estilo histórico" en una etapa de "primera generación" y otra "clásica", que para el campesinado no significan diferencias de opresión, pero si algunas otras no despreciables. En la segunda mejoró algo su alimentación y recibió consuelo por parte de las nuevas religiones, que lo trataban como a ser humano y le daban esperanzas para la otra vida.

En lo que podemos llamar "gran estilo industrial", común denominador de todos los estilos de estos dos últimos siglos —capitalistas o no—, lo característico socialmente es el crecimiento explosivo de las clases medias, libres del problema de la subsistencia y "a caballo" entre oprimidos y opresores.

En algunas partes del mundo se observa una lenta tendencia al mejoramiento de la condición campesina, iniciada en Europa. Allí los campesinos más pobres emigraron a la ciudad, donde constituyeron en buena parte la nueva clase social —el proletariado industrial—. No mejoraron mucho su situación con eso, pues es esta nueva clase la que al comienzo soportó la explotación más cruel, pero para irse emancipando poco a poco en las generaciones siguientes. Para Marx, este gran estilo industrial se resume en el antagonismo entre burguesía y proletariado, pero esa descripción no es convincente en este siglo, que contempla una lenta pero incesante incorporación de los obreros a esas clases medias que hemos tomado como característica principal (y a las cuales también se está incorporando el campesinado "moderno" de algunos países).

También inicialmente, este gran estilo se caracterizó por el debilitamiento de la intervención estatal en la economía, y su sustitución por la iniciativa privada. Pero esta situación históricamente excepcional está volviendo a la normalidad estatista, que a nuestro entender es su fase final.

De aquí deberíamos pasar al "gran estilo socialista", si sabemos vencer las fuerzas que se le oponen.

10. — Completaremos este análisis demográfico con un breve panorama de la evolución de las distintas zonas de actividad y poder, en esta escala amplia. Dichas zonas están claramente definidas, y aun institucionalizadas, desde la revolución urbana, pero las mismas personas ocupaban roles en varias de ellas; en particular muchas veces coincidían los dirigentes de las tres zonas más típicamente políticas —organizativa, ideológica y militar—, o dos de ellas contra la tercera. La zona económica adquirió un peso político de primera fila en la sociedad industrial y en muy pocas de las civilizaciones anteriores (minoica, fenicia y por supuesto la mercantil europea). Predominio político de la zona social —es decir, amplia participación popular—, sólo ha habido

en algunas tribus aisladas (y en breves fases de demagogia o populismo, pero en forma muy superficial); es uno de los mayores cambios que pretende introducir el socialismo.

Repitamos que para nosotros, la "zona política" no coincide con ninguna de las otras, sino que es parte de todas, aunque el Estado, como aparato, está en la organizativa. Por "política" entendemos la lucha por el control de cada una de estas zonas, y el Estado sólo tiene de especial que significa "legitimidad" para quien lo controle durante un tiempo suficiente, o cumpla ciertas normas aceptadas por todos. Vamos a distinguir en cada zona "fuerzas políticas" —grupos muy minoritarios donde se toman las grandes decisiones, y que son los que luchan directamente por el poder—: los jefes militares, los grandes terratenientes, el alto clero, etc. Una de estas fuerzas es el "Palacio" o la "Corte", y está formada por el jefe del Estado reconocido como tal por la zona organizativa al menos, más sus amigos, cortesanos ayudantes y altos servidores directos, que formaban la usual nobleza palaciega (que muchas veces no tiene nada que ver con la nobleza militar activa, aunque sus antepasados pro vengan de ella).

Puede ocurrir que el Palacio no tenga poder efectivo sobre la misma burocracia estatal, que obedece en la práctica a otras fuerzas políticas, o forma las suyas propias con dirigentes salidos de su seno (alta burocracia). Esto sucedió muchas veces, pero su mayor interés es que está sucediendo también ahora y con mayor intensidad que nunca: el "aparato" adquiere peso político propio.

En cada zona conviene analizar la evolución de sus objetivos o funciones, de su tecnología y demás recursos —en especial los humanos—, de sus problemas de decisión o poder político, de organización, y de las influencias mutuas con las otras zonas: por ejemplo, qué incompatibilidades hay entre la organización social, la jurídica y la económica (o entre el modo de producción y la superestructura, en términos marxistas).

En cuanto a organización, todas las zonas muestran una integración en "naciones" y una estructura formada por "instituciones". Naciones e instituciones, junto con grupos o clases sociales y fuerzas políticas —que también pueden estar institucionalizadas—, son las categorías que se nos muestran más constantes y decisivas y que adoptaremos como estructura social básica, desde la revolución urbana.

Re-ordemos que una ii (institución), a diferencia de un grupo social, no es un conjunto de personas con intereses comunes, sino más bien un conjunto de funciones o roles organizados para cumplir ciertos objetivos explícitamente definidos (y otros de contrabando). Esos roles son ocupados por el personal de la institución, y los objetivos sirven a usuarios que pueden a veces formar parte del personal o

ser miembros en el sentido de participar en sus decisiones. Desde la revolución urbana aparecen ciertas ii básicas, como la Corte o Palacio, el Templo o Iglesia, y el Ejército, junto a un número rápidamente creciente de "empresas" económicas. Cada familia, clan, etc., puede también considerarse una ii, pero en la zona social interesan más las asociaciones voluntarias, vecinales o gremiales, que empiezan a funcionar desde temprano como fuerzas políticas organizadas.

11. — Zona Económica

Distinguimos como subzonas, Producción, Comercio y Finanzas. La distribución del ingreso es un proceso más sociopolítico que económico.

En la producción ya hemos mencionado lo esencial de las grandes revoluciones. La domesticación de plantas y animales hace más de diez milenios, cuando ya se estaba estabilizando la aparición y desaparición de especies después del último periodo glacial (desde entonces es el hombre el principal creador y destructor de especies), completada por el uso del caballo, varios milenios después, y la difusión mundial del maíz, papa y demás alimentos americanos hace tan pocos siglos. El sucesivo mejoramiento de los materiales para herramientas y construcciones: de la piedra al acero (conocido ya hace tres milenios), a los materiales sintéticos de hoy. Las obras de infraestructura, en las cuales tampoco se adelantó mucho —incluso se retrocedió— desde la época de los viejos imperios hasta la revolución industrial. La navegación, uno de los campos en que el progreso ha sido más regular y sostenido, y que estimuló casi tantos inventos como la guerra. La energía, otro recurso de lenta evolución hasta nuestros días, que luego "explotó" más aceleradamente que la población misma (en el último siglo, el consumo de energía por persona se multiplicó por cinco). No hace falta hablar de los milagros técnicos de la sociedad industrial —aunque como veremos en la escala "visible" no hay que esperar progresos de la misma magnitud en el futuro próximo—: la ponen también en una categoría aparte, gracias a las máquinas, la química, la electricidad y demás adelantos científicos. Lo que interesa recalcar es que gracias a ellos tiene sentido por primera vez en la historia el voluntarismo al servicio de la justicia social: el utopismo socialista realizable. Las tecnologías de que disponemos hoy dan sentido al enfoque constructivo: la sociedad deseada es viable materialmente y a corto plazo, y es en el seno de ella que se resolverán los peligros que hoy parecen amenazarnos: la guerra, la explosión demográfica, la contaminación, la escasez de recursos.

En efecto, sin necesidad de nuevos inventos puede llevarse a cabo otra enorme revolución en el **estilo y la estrategia**

de la tecnología (véase "Estilos Tecnológicos" ET) mediante la difusión y el uso adecuado de los ya existentes —con modificaciones menores— en base a una información mejor sobre los recursos disponibles y a una organización más racional de la sociedad, que incluye la planificación de la producción, y el uso de la participación solidaria y creativa como nueva fuerza productiva.

En los últimos veinte años la producción de alimentos ha crecido más rápido que la población —pero se ha distribuido como siempre, dando más a los que tenían más—, y aun si ésta se duplica en los próximos 35 años hay capacidad potencial para alimentar a todos al nivel de los países más ricos de hoy. Puede duplicarse el área cultivada y también el rendimiento por hectárea, y si fuera necesario puede extraerse alimento proteico del petróleo, del cual **se quema hoy un tonelaje que es el doble de todo el alimento que consumen los hombres.** Los obstáculos para ello residen en la mala organización social, capaz de producir incluso una criminal crisis mundial de alimentos a corto plazo, por aferrarse interesadamente a tradiciones económicas que le impiden aprovechar eficazmente el trabajo de los hombres. Si estas crisis no se controlan se producirá un desastre de magnitud guerra nuclear, lo que sugiere grandes cambios sociales no lejanos.

Menor aún es el problema de los bienes durables de consumo —automóviles, heladeras, televisores—, cuya producción ha sido todavía más acelerada que la de alimentos y energía en las últimas décadas, como corresponde a una sociedad de consumo masivo individual. Sin mucho mayor esfuerzo puede surtirse razonablemente a toda la población mundial, con tal de eliminar exageraciones en la diversificación, cambio de modelos, terminación, lujo e **individualismo.** En resumen, toda la producción muestra en esta escala una evolución similar a la de la población, pero con una aceleración aún más acentuada en los dos últimos siglos y con un estilo tecnológico de derroche y contaminación de recursos naturales, uso exagerado del intercambio y pésima utilización de los recursos humanos. Esta tendencia, de persistir, conduciría a situaciones insostenibles mucho antes que el aumento de población, y por lo tanto, de alguna manera deberá desacelerarse y sufrir un gran cambio cualitativo. Existen ya en algunos países industrializados movimientos políticos pro "cero-crecimiento", pero eso no es ni necesario ni suficiente: el cambio de estilo parecería ser más importante, sólo que debe ser acompañado por una reorganización completa similar a la que proponemos, o completamente autoritaria y genocida.

La próxima revolución en tecnología física no parece que vaya a ocurrir en el campo de las máquinas o los materiales, ni es allí indispensable: más necesaria sería en ener-

gía (por el método de fusión de hidrógeno tan esperado), y en el campo biológico —ingeniería genética para asegurar la alimentación—, pero está lejana. Donde es indispensable y urgente es en el campo de las ciencias y técnicas sociales, y para ello el primer paso es mejorar nuestra capacidad de manejar y organizar la inmensa y confusa masa de datos y conocimientos sobre la sociedad de que disponemos, pero que utilizamos tan mal. Esta organización del conocimiento debe ser tal que permita la participación de todos en la discusión seria, racional, de los grandes problemas, cosa que hoy no es posible en ningún país por participante que sea o desee ser en otros aspectos.

12. — El comercio entre pueblos es otra antiquísima actividad económica de progreso sostenido, a pesar de estar limitada por los métodos de transporte, el conocimiento del mundo y las tradiciones, guerras, ideologías y otras variables políticas. En el último siglo aumentó al doble de velocidad que la población (la tercera parte es venta de petróleo).

Durante milenios se limitó esencialmente o artículos suntuarios y algunos minerales y metales, lo cual era lógico dada la escasa capacidad de transporte y sus riesgos (las caravanas más grandes llevaban cien toneladas útiles, y los barcos recién en la época romana podían cargar más de 20). Sólo Atenas, Roma y otras pocas excepciones dependían mucho de la importación de alimentos. El comercio masivo comenzó con la revolución mercantil: alimentos, esclavos, luego textiles, cueros, etc., y por último petróleo.

A través de toda la edad histórica, el principal nudo de comercio internacional fue el Cercano Oriente, tanto por el mar —el Mediterráneo, pero también el Rojo y el Indico— como por tierra: las rutas de la seda, la del norte de África, y mucho más antiguamente la del ámbar, hacia el Báltico. Ya en la era cristiana se agregó otro foco de comercio marítimo internacional en el sudeste de Asia, frecuentado primero por indios y chinos, y luego por árabes y europeos. Hoy, la región menos abierta a ese comercio es China; fuera de allí esa red de transacciones tiene sus polos en los países dominantes y cubre todo el globo sin mayores prejuicios, consumiendo una cantidad enorme de energía y otros recursos, que seguramente podrían reducirse a menos de la mitad sin afectar a los pueblos.

Al estimular el uso del dinero, el comercio favoreció la acumulación y el atesoramiento de riquezas, y proveyó artículos suntuarios en que gastar parte de ellas. Desde entonces la influencia política de los comerciantes y los grandes productores fue creciendo hasta culminar con el capitalismo, pero ya en Creta, Fenicia, Atenas tenían tanto poder como cualquier otra minoría. El ejemplo inverso más notable es

la casi desaparición del comercio en la temprana Edad Media europea. Igualmente importante es su influencia sobre el conocimiento y la ciencia, cuya etapa moderna se inició espectacularmente con el descubrimiento de América, por motivaciones puramente comerciales.

Fueron comerciales también las primeras empresas multi y transnacionales, desde la famosa Liga Hanseática y las Compañías de Indias, de Moscovia, África, la Bahía de Hudson, etc., sin contar antiguos antecedentes como la red de colonias-puertos comerciales de Fenicia, o las factorías acacias y asirias más viejas aún. La administración de estas redes comerciales hizo avanzar mucho la contabilidad y otros aspectos de las ciencias económicas. También estimuló por supuesto una doctrina conveniente para sus intereses y que aún hoy se mantiene a pesar de su evidente irracionalidad: la adoración de las exportaciones, el mito de que el comercio exterior produce la riqueza de las naciones (cosa sólo cierta para algunas naciones —las que tienen fuerza para imponer los términos del intercambio—, o mejor dicho para algunos grupos de algunas naciones). Todavía en la Edad Media había príncipes que se atrevían a prohibir las exportaciones de alimentos o paños necesarios para la población local, pero eso desapareció hace rato, y hoy el comercio internacional es el principal instrumento de colonialismo —aún más que la tecnología— sin que los movimientos de liberación parezcan advertirlo.

En cuanto al comercio interior de cada país, que sirve de simple intermediación para distribuir los productos entre los consumidores, tiene para nosotros un interés especial por el papel que puede desempeñar en la viabilidad política de un cambio profundo. En efecto, las experiencias de las últimas décadas —desde la revolución rusa hasta el gobierno de Allende en Chile— muestran que es mucho más fácil expropiar los medios de producción que la comercialización, y que ésta puede producir desabastecimientos de corto plazo, y mercado negro y otros tipos de corrupción permanentes, que son peligrosísimas armas políticas. En ese sentido es muy conveniente la tendencia actual a la desaparición del pequeño comerciante, si no en número, por lo menos en importancia. Por desgracia eso beneficia principalmente, por ahora, a las empresas transnacionales, lo que puede hacer preferible que este proceso se demore. Recordemos a este respecto que junto al comerciante privado hubo siempre participación estatal, a veces total —como en el imperio incaico, colectivista—, a veces controlando la importación de algún artículo esencial —como el trigo en Roma— o, más generalmente, monopolizando algunas ventas internas para tener una fuente firme de ingresos fiscales. China aplicó en varias épocas estos monopolios, y eso fomentó alianzas entre burócratas y comerciantes. Por último,

recordemos también que toda la teoría liberal se basa en el funcionamiento de un mercado, es decir, de transacciones comerciales, que orientan a la producción a través de la fijación de precios que reflejan la relación oferta/demanda. La fijación real de los precios no tiene nada que ver con este mito, y tampoco ya con su deformación monopólica: hoy debe admitirse que casi todos los precios se fijan políticamente en lo esencial, con una intervención decisiva del estado (ver capítulo I).

13. — En cuanto a la actividad financiera, dijimos que para nosotros incluye todo método de asignar a las personas o instituciones, derecho y autoridad para usar recursos, sea para consumo o inversión. Por lo tanto no se refiere sólo a dinero, créditos y otros medios financieros clásicos, sino también a la planificación y su implementación por otros medios, como por ejemplo el otorgamiento de órdenes de entrega de bienes y servicios específicos (como se hace dentro de una empresa grande).

Bancos, créditos, tasas de interés reguladas o usurarias, son tecnologías conocidas desde antiguo, ya bien desarrolladas en la Grecia clásica y aun antes en la India y China. Nada podía hacerse —ni siquiera lanzar una campaña militar para salvar a la patria— sin dinero o créditos, hasta que el capital financiero llegó a dominar todo el proceso económico y buena parte de los demás, empezando por el funcionamiento de la administración estatal y el ejército. La mejor demostración es que hoy nadie sabe pensar en los procesos económicos si no es en lenguaje monetario, lo cual impide adecuarse a la racionalidad socialista.

En las civilizaciones de primera generación este financiamiento era directo: el estado tenía graneros y otros almacenes para guardar el alimento que repartía a sus funcionarios en vez de sueldo (a los más altos les pagaba en tierras); en Egipto se llamaba a esos burócratas "alimentados". En países donde el transporte de esos bienes era difícil, por el terreno accidentado —como en Japón— eso ayudó a frenar la centralización del poder. Desde la edad clásica en cambio, el uso extendido del dinero facilitó las cosas, y más aún con el invento chino del papel moneda. Como contrapartida aparecieron los problemas de quién tenía derecho a acuñar o a emitir, y también desde el comienzo, la inflación (que en las monedas se hacía rebajando el porcentaje de metal precioso que contenían).

Los medios de pago se convirtieron en mercancías por sí mismos —con un precio medido por la tasa de interés— y su escasez o abundancia, la liquidez, llega aún a perturbar toda la economía mundial y su manejo requiere el concurso de personal altamente especializado, incluso teóricamente. El patrón oro, los eurodólares, petrodólares,

derechos especiales de giro, etc., son ejemplos de intentos para resolver esos complejos problemas, originados por la irracionalidad del sistema.

La aparición de grandes corporaciones capaces de autofinanciarse significó una verdadera revolución en este campo, y dio a ellas el poder de que hoy gozan.

Todo ese inmenso gasto de recursos en falsos problemas no es, para nosotros, enteramente inútil, pues esas técnicas pueden adaptarse para la organización de la actividad productiva socialista, como ya hemos explicado en otras obras (Proyectos Nacionales —PN—). Los sistemas de información desarrollados por las instituciones de crédito a consumidores y empresas constituyen una buena experiencia inicial para los problemas prácticos de distribución del producto.

14. — Zona organizativa

Estas actividades son las que menos cambios revolucionarios han sufrido en la edad histórica, desde la aparición de los primeros imperios; el principal está recién ahora en marcha: es la planificación central de economías muy diversificadas y complejas.

Las unidades políticas —tribus, reinos o lo que fueran— tuvieron siempre necesidad de un aparato para tomar y transmitir decisiones sobre los problemas que afectaban a todos; algún método de legitimar las decisiones tomadas, para que fueran obedecidas; algún sistema de autoridad delegable, para implementarlas; y alguna organización administrativa para recoger los recursos materiales y la información que todo lo anterior necesita, y para ordenar su funcionamiento, que rápidamente se complica.

Esto requiere la creación de instituciones ("ii" para nosotros), que a su vez crean conflictos entre ellas o aun con la unidad política (hoy existe un conflicto latente entre gobiernos nacionales y empresas transnacionales, por ejemplo), crecen, y muchas se fosilizan y dejan de cumplir con sus funciones, produciendo inconvenientes graves, a veces catastróficos.

Es que esta zona organizativa-administrativa es completamente indispensable para el funcionamiento de cualquier sociedad compleja, como lo son todas desde la revolución urbana. Es el "tejido de sostén" de la sociedad, sin el cual hasta la producción se paraliza (incluso en el campo si éste depende de obras de infraestructura mantenidas por el estado). Ni el ejército ni las iglesias pueden funcionar sin burócratas. Del buen funcionamiento de la administración estatal ha dependido en gran parte la estabilidad increíble de muchos imperios.

Lo que nos muestra la Historia en esta zona son vaivenes, más que tendencias definidas. Así hubo en todas partes alternancias en el grado de centralización administrativa; mayor o menor grado de autonomía provincial. Lo mismo para la participación del estado en la producción, que en muchísimas épocas fue muy alta. Grecia y Roma son más bien excepciones: en el resto del mundo se vio con mucha frecuencia la estatización —"socialización", si se prefiere— de los medios de producción: fábricas, esclavos, comercio, y sobre todo la tierra, fuente de toda riqueza entonces.

El control de esta administración, y de su personal, la burocracia estatal, resultó lógicamente uno de los objetivos principales en la lucha por el poder, y también vemos alternarse en él a diferentes grupos sociales, incluso militares y sacerdotes, que desalojaban de allí a su dueño natural: la corte del soberano.

Tampoco ha habido mucha inventiva en cuanto a métodos de reclutar, entrenar y controlar a los burócratas. El reclutamiento se hizo casi siempre dentro de las clases altas —hijos menores, familias venidas a menos—, y sólo en China y su zona de influencia cultural (como Vietnam) existió un examen previo más o menos objetivo (aunque con temas poco funcionales, y tales que sólo los ricos podían prepararse para los cargos altos), hasta nuestros días. En todos los imperios hubo escuelas para preparar a estos funcionarios: en Sumeria y Egipto hace casi 5 milenios; el pobre Carlomagno tuvo que instalarlas a toda prisa para poder administrar su imperio, y no fue suficiente. La estabilidad en el cargo y el escalafón por antigüedad son también conocidos desde hace mucho tiempo.

El gobierno tuvo que encargarse siempre de la defensa, obras públicas (infraestructura), bienestar —medidas preventivas contra escaseces, protección de los débiles, educación— justicia. Todo esto debía ser administrado y requería recursos que a su vez debían ser obtenidos por el mismo gobierno de alguna manera. Para esto último el invento del dinero fue una gran comodidad y los impuestos y tributos se multiplicaron y fueron desviados cada vez más a financiar un altísimo nivel de vida para las autoridades y sus aliados, pero requerían recaudadores, contadores, censistas y todo un sistema administrativo.

No parece haber muchas maneras de realizar estas funciones; la variedad histórica es poca, salvo en detalles, y las pautas se repiten y alternan con bastante monotonía. Por ejemplo:

— El soberano único dueño legal de la tierra, que la va cediendo por vida a los guerreros-nobles que lo apoyan; éstos la legan a sus hijos, con derecho o no, y surge así alguna forma de feudalismo.

- El imperio que crea una abundante burocracia y la institucionaliza —o incluso le da justificativos ideológicos, como el confucianismo—, y termina en manos de ésta, que adquiere el poder real con sus propios líderes, y lo maneja en beneficio propio y de algunos aliados.
- La dinastía que en busca de estabilidad se identifica demasiado con la religión —divinizando o convirtiendo en representantes de Dios a los reyes— y por eso debe abandonar las sucias tareas del poder a visires o shogunes y conformarse con un papel decorativo, fuente de seguridad y legitimación (método imitado hoy con el sistema Presidente-Primer Ministro).
- La democracia que se convierte en demagogia y los partidos políticos que se convierten en bandas a sueldo (como los famosos azules y verdes de Bizancio).
- Los guerreros que por estar más cerca del poder se convierten en cortesanos y son desplazados luego por los nuevos jefes militares.
- Los conquistadores que para gobernar el país se rodean de funcionarios locales y acaban dependiendo de éstos, y siendo absorbidos por la cultura nacional.

Y otros más que iremos viendo. Incluso se ensayaron métodos que hoy consideraríamos demasiado "adelantados", como la rotación de ciertos altos cargos entre todos los ciudadanos (Atenas).

Es evidente que en esta zona hay un gran retraso: los grandes cambios están en el futuro, y serán necesarios para evitar catástrofes o para el funcionamiento de una sociedad socialista. Ya hemos mencionado los problemas enormes de información —no sólo de procesamiento sino de obtención de datos, cosa que hoy se hace tan mal en todas partes que casi no hay estadísticas confiables—, para organizar la producción y sobre todo la distribución justa de lo producido, según los objetivos. Sólo los sistemas educativo y sanitario requerirán revoluciones institucionales completas, ya que los objetivos planteados en estos campos no son alcanzables con los recursos humanos totales, si se siguen organizando como hasta ahora. Todas estas innovaciones deben irse preparando a tiempo, por lo menos en sus líneas generales y en algunos ensayos piloto.

Ligado a esto tenemos otro aspecto en que se ha producido una explosión, si bien no tan fuerte como las de otras zonas: el grado de institucionalización de las actividades de todo tipo.

Los imperios siempre crearon nuevas instituciones, sobre todo de las que llamaremos de "nivel 2", es decir las que trabajan principalmente con información sobre otras instituciones y personas. Un notable efecto de esto, que a su vez realimentó a esa tendencia, fue el aumento en número y

poder de la burocracia, lento y con fluctuaciones a veces grandes, pero que también ha llegado en este siglo a su etapa explosiva. Un país mediano como Argentina tiene hoy más de mil instituciones de esa clase, con autonomía administrativa grande, que implementan normas del estado, coordinan, regulan, recogen información, etc., etc. Que todo habitante tenga documento de identidad es un pequeñísimo ejemplo de la burocratización explosiva en todas las actividades de la vida.

De todos modos, como hemos dicho, esta explosión no es suficiente para las necesidades actuales del mundo, y este retraso no podrá ser superado mediante reformas administrativas, o "racionalizaciones" menores. Esta red de instituciones en la que el mundo está aprisionado ha tenido tiempo de consolidar unas mallas con otras, y en buena parte ha reorientado sus funciones hacia la protección y obtención de privilegios para su personal, la burocracia. Cumple mal sus funciones y dificulta poner en práctica toda decisión importante que se salga de lo usual, lo cual significa toda decisión que sirva para resolver los peligros más graves.

La mejor señal de la importancia de la estructura administrativa para el funcionamiento de un país es la dificultad de cambiarla. Aun en revoluciones violentas, como la soviética de 1917, el nuevo gobierno debió servirse de la estructura zarista antigua —salvo para algunas unidades especiales como el ejército—, y son bien conocidos los problemas de corto y largo plazo que eso trajo. El cambio súbito parece imposible —este autor cree que es posible si se prepara con inteligencia—, y las dos únicas formas conocidas hasta ahora han sido:

Disolución de la estructura institucional por invasiones, "edades oscuras" y otros cataclismos, volviéndose a empezar desde casi cero. Creación de una estructura paralela, dejando que la antigua vegete o muera lentamente. Eso se hace por etapas, comenzando por las funciones más urgentes en el momento: este método se aplicó con éxito en Japón, hace mil años, al implantarse el feudalismo.

Hay poquísimos estudios teóricos sobre este proceso, pues la "sociología del cambio" nunca llega tan a fondo. El planteo general puede verse en C. Domingo (12).

15. — Tampoco hubo grandes novedades —las mismas empresas transnacionales son viejas— en la organización de los pueblos en unidades físico-políticas o sus equivalentes. Entendemos por esto que hay unidades de decisión política que tienden a proveer a sus miembros de seguridad (interna y externa), infraestructura y un mínimo de coordinación de sus actividades económicas, pudiendo agregarse a esto mu-

chísimos otros servicios (hasta llegarse al "estatismo" completo).

Una clasificación de estas unidades de decisión política que sirva al mismo tiempo para el pasado y el futuro a construir, debe tomar en cuenta en primer lugar el peso del sistema administrativo y el de la estructura física, y de esta última el mejor indicador es la urbanización. Esas unidades pueden a su vez asociarse en diferentes grados y formas. Tendremos entonces:

- a) Unidades políticas con escasa administración e infraestructura en pequeña escala:
- **Nómades:** tribus pastoriles semiaisladas, sin ciudades ni infraestructura (pero sí campamentos móviles). Su estilo de vida no resultó estable frente a las sociedades urbanas, a pesar que militarmente fueron muchas veces los más fuertes. Sus incursiones fueron tan sentidas y temidas por los pueblos como la opresión social interna, o más.
 - **Aldeanos:** pueblos esencialmente agrícolas, en que las ciudades tienen poca importancia económica —pueden existir como centros religiosos, o administrativos, o mercados periódicos, a veces con muchos habitantes, pero que no dirigen la vida rural—, y el centro de la vida es la aldea, junto con el castillo señorial cuando éste existe. La industria es rural doméstica. Crean y mantienen infraestructura "divisible", es decir, ejecutable por partes o en tamaños no muy grandes: caminos, canales de riego, desmonte y muchas veces castillos y fortalezas. El problema de defender a una población dispersa tiende a dar gran importancia a la casta militar.
 - **Ciudad-estado,** de gran actividad económica, con una zona rural totalmente subordinada y orientada hacia ella, en general no muy grande y sin otras ciudades. Tendencia al comercio exterior. Infraestructura: divisible, muchas veces puertos y flotas; murallas y otras defensas para la ciudad, obras de riego, etc. La burocracia ya no es despreciable, pero todavía es fácilmente controlable.
- b) Unidades políticas donde la administración es importante:
- **Estado-nación, o país:** más extenso que el anterior, con un sistema urbano que cubre parte importante del territorio, centralizado en una ciudad capital que no es la razón de ser de todo el resto (puede ser más pequeña que otras, e incluso móvil). Buena vinculación económica entre ciudades y campo; infraestructura mediana; burocracia abundante. No incluimos aquí a los países grandes.
 - **ETN, o Empresa transnacional** (incluye también instituciones no económicas, como Iglesias).

En general debe prestar acatamiento formal a las legislaciones de los países donde se instala físicamente (lo mismo para su personal), pero en la práctica, y a veces también legalmente, gozan de "extraterritorialidad", siendo en su ámbito tan soberanas como cualquier país. La Iglesia Católica es un buen ejemplo antiguo de esta unidad de decisión, lo mismo que muchas órdenes de caballería. Hoy, además de las ETN económicas debemos contar los organismos internacionales. Usan la infraestructura de los países —en ese sentido son como un virus dentro de una célula— y en especial tienen dificultad para mantener fuerzas militares propias, lo cual es su punto débil. Muchas veces las tuvieron, pero siempre terminaron siendo prohibidas por el estado. La burocracia es en ellas por lo menos tan fuerte como cualquier otro grupo (en las de tipo económico están también los obreros y los tecnócratas como factores de poder).

- c) Asociaciones de las unidades anteriores

— **Constelación:** asociados de unidades geográficamente vecinas (o económicamente, en el caso de las ETN), con una fuerte base cultural común, incluso a veces idioma y religión, pero que no comparten estructuras administrativas ni infraestructuras importantes. Pueden mantener violentos conflictos entre ellas, o unirse frente a enemigos comunes, pero siempre están en comunicación cultural y comercial.

Han sido importantísimas en la Historia las constelaciones de ciudades-estado —basta recordar a Sumeria, Grecia e Italia renacentista, y no son las únicas—, como fuentes o por lo menos "medios de cultivo" de nuevas ideas y sus desarrollos. Lo mismo puede decirse de las constelaciones de estados-nación no muy grandes, como en Europa moderna, China antes del imperio Han, India antes del imperio Maurya, México antes de los aztecas, los estados sirio-palestinos del primer milenio A. C., etc., etc. (este último ejemplo muestra como aún con idiomas, religiones y hasta etnias diferentes, la constelación puede funcionar).

Las constelaciones de unidades aldeanas corresponden a una forma muy descentralizada de feudalismo, que llamaremos "feudalismo primario", para no confundir con el caso de países mucho más urbanizados que usualmente también se llaman "feudales" por mantener ciertas formas de vasallaje y servidumbre. Este aspecto se analizará en la zona social; por ahora digamos que lo más notable, socialmente, del feudalismo primario, es la hegemonía total de la casta militar, y aun más, el papel de su líder como guerrero individual (con un armamento que era una verda-

dera inversión, fuera del alcance de la inmensa mayoría). La costumbre de hablar de feudalismo cada vez que un imperio se parte en pedazos —produciendo una constelación de estados o principados— parece poco útil, pero hay que respetarla por la extendida. Por la misma razón repetaremos el uso más moderno de ese término, para designar países poco urbanizados, donde los terratenientes son el grupo de mayor peso político, aun sin tener ninguna fuerza militar propia.

Fueron también muy frecuentes las constelaciones de tribus nómadas, y las grandes invasiones exigieron siempre que ellas se unieran en esa empresa común, unión que muchas veces llegó a ser duradera y a superar el nomadismo (casos bien conocidos son los celtas, germanos, turcos, árabes musulmanes y las doce tribus de Israel).

— **Imperio:** se forma por unión administrativa y política de una constelación, con o sin nuevos agregados. Todos los casos conocidos se deben a la conquista de esas unidades por alguna de ellas que creció más rápido en poderío económico militar, o más frecuentemente, por conquista de toda la constelación por algún pueblo extranjero. La unión por mutuo acuerdo nunca tuvo éxito. Incluimos bajo este nombre a países grandes que nunca se designaron de esa manera, y llamamos "Imperios Universales" a los más importantes entre ellos, que conquistaron numerosos territorios ajenos y vivieron en parte de la explotación de otros pueblos. De todos modos la diferencia es cuestión de grado; todos estos fueron "imperialistas", sea por conquista militar o económica.

Estos Imperios son capaces de realizar grandes obras de infraestructura o suntuarias (pirámides egipcias) y organizar grandes ejércitos. Para mantener esa unidad de decisión y recoger las enormes cantidades de excedentes agrícolas necesarias para realizar esas obras, es ahora indispensable una administración eficiente, y la burocracia resulta tan necesaria como la mano de obra productiva.

Todo Imperio tiende rápidamente a construir una o varias grandes ciudades, si no las había, pero no siempre tienen un sistema urbano completo. No hay Imperio sin metrópolis, pero el resto puede ser nómada o aldeano. Esto incluye también el caso moderno de pequeñas potencias europeas que conquistaron amplias regiones "atrasadas" de América, África y Asia, uniendo o dividiendo constelaciones de pueblos, y aun países, con toda arbitrariedad e impunidad.

— La existencia de un imperio obliga a clasificar a las demás naciones según sus relaciones con él, ya que es el factor de máximo poder para casi todas ellas. Las categorías principales son:

- a) **Competidores:** otros imperios de fuerza similar que pretenden usar las mismas fuentes de excedentes.
- b) **Dominados:** de varias categorías, desde **Satélites**, considerados casi como socios, hasta **Colonias** ocupadas militarmente. A todos estos se los explota, es decir, parte de su producto —mayor o menor según la categoría— es apropiado por el imperio dominante, sin compensación real. La forma más clara de esto era el tributo.
- c) **Autónomos:** naciones no competidoras que mantienen algunos vínculos con el Imperio —por ejemplo comerciales— conservando su independencia. También las hay totalmente desvinculadas.
- d) **Marginales:** naciones pobres, cercanas al Imperio, que éste no explota porque las dificultades de hacerlo no compensan los pocos excedentes que podría apropiarse, y que por el contrario tienen interés en integrarse al Imperio para participar aunque sea en pequeña parte de sus riquezas.

Esta clasificación, con pocas modificaciones, sirve también para otras categorías de sistemas, como clases sociales, instituciones, etc. Ella sirve para ordenar el escenario mundial en que debe construirse el proyecto nacional.

16. — Unidades sueltas, constelaciones, imperios y varias formas intermedias —confederaciones, ligas, bloques— se han sucedido en las mismas regiones, en procesos muy repetidos de centralización y descentralización política y administrativa que a veces cambian muy poco el resto de la estructura económica y social, y menos aún la ideología.

Un mecanismo muy frecuente en la antigüedad parece haber sido el siguiente: todo el aparato estatal de un imperio crece exageradamente, y los gastos suntuarios de la corte palaciega, el exceso de burocracia, y a veces el ejército, obligan a explotar tanto a los campesinos que éstos terminan por emigrar, morir o rebelarse. Esto produce el rompimiento del imperio en provincias feudales o "reinos sucesores"; constelación que luego vuelve a unirse con más facilidad que la primera vez porque la misma tradición y los restos de administración central más la frecuente necesidad de mantener una infraestructura común (en Egipto, por ejemplo) estimula a cada uno de los reyezuelos sucesores a intentar una nueva centralización, después de ese "interregno de reajuste".

Estos vaivenes de la centralización se repitieron muchas veces en India y China, y algo menos en Egipto y Japón; en América es difícil saberlo (aunque tal vez el imperio incaico fue la reunificación de la extendida cultura Huari). También se lo encuentra en Medio Oriente —centrado en Iraq; para concretar—, pero en forma atípica porque allí la unificación llegó casi siempre por obra de invasores extranjeros de ori-

genes muy diferentes: acadios, asirios, persas, griegos, romanos, árabes, mongoles, turcos.

La historia europea en cambio presenta estos vaivenes sólo en escala menor. La constelación de ciudades-estado griegas hizo algunos intentos de unificación que fracasaron, pero en Italia, Roma unificó a las ciudades vecinas, luego a las griegas y creó un imperio universal. Este imperio se rompió en multitud de países —reinos sucesores bárbaros—, cuyas ciudades fueron decayendo hasta que se convirtió en un feudalismo aldeano. De éste a su vez volvieron a surgir constelaciones de ciudades —las más brillantes en Italia y los Países Bajos— que terminaron en naciones-estado, con algunos intentos imperiales frustrados en el camino. Los nuevos imperios —español, inglés— se hicieron sobre la base de colonias en otras regiones, sin que Europa se volviera a unificar.

En resumen, la tendencia global en cuanto a centralización o unificación política no ha sido muy evidente hasta este siglo. En cada región bien comunicada las dos alternativas lógicas eran la constelación y el imperio, con unidades no muy heterogéneas debido a la difusión de técnicas y estilos que esa misma comunicación permitía. En este siglo del "nacionalismo" se observa una gran división en países soberanos políticamente —hay más de 150—, pero eso es sólo una parte de la realidad, y no la más importante.

Lo notable ha sido la aparición de instituciones internacionales de regulación y control en todas las zonas de actividad —la mayor, Naciones Unidas—, que aun sin tener poder formal sobre los países logran coordinarlos en medida jamás vista en la Historia y hacerles cumplir decisiones importantes, no siempre coincidentes con sus intereses. Los mencionados "bloques" de naciones, forman subsistemas que recién en los últimos años están adquiriendo importancia pero prometen aumentarla. La centralización pues, se está imponiendo. Eso no conviene mucho a las ETN, en parte porque obtienen muchas ganancias especulando con las diferencias de costos entre los países, pero sobre todo porque en la atomización del poder político-militar está su mayor garantía de no tener enemigos o competidores peligrosos. Así, ninguna ETN se ha opuesto mayormente a la independencia de las colonias, desde la guerra.

Hoy la división en regiones tiene menos importancia, dados los medios de comunicación, y un verdadero "imperio universal" tendría que dominar todo el planeta, y no sólo su región natural, como bastaba para merecer ese calificativo en la antigüedad. Tenemos países del tamaño de imperios, y tenemos varias constelaciones de naciones-estado —con distintos grados de autonomía—, que se llaman "bloques": Europa occidental, los países árabes, el ex-imperio británico, América Latina, África Negra.

Si hubiese verdadera libertad de comercio, la nación aislada y aun la ciudad-estado serían compatibles con la sociedad industrial (Hong Kong, Montecarlo, etc.). Las demás formas han desaparecido, pero algo similar al aldeanismo o a la constelación de ciudades podría reaparecer bajo el socialismo. La primera versión de las comunas chinas, 1958, tenía mucho de aldeanismo en su estructura física. La federación de ciudades facilita la descentralización y la creatividad. El nomadismo difícilmente se vuelva a ver, si no hay guerra. Aunque es peligroso generalizar, parecería que ni el aldeanismo, ni el nomadismo, ni los países aislados, ni los grandes imperios favorecieron la creatividad intelectual. La zona ideológica floreció sobre todo en las constelaciones de ciudades y países pequeños (aunque no en todas): Sumeria, Grecia clásica, Europa renacentista y otra vez el siglo pasado, China antes del imperio Han, India antes del imperio Maurya, Yucatán, etc. No resulta difícil creerlo, dado que estas constelaciones permiten aprender rápidamente de los demás sin obligación de aceptar todo, y estimulan la competencia. Los imperios en cambio favorecen la homogeneidad cultural y desalientan las innovaciones con la tradición impuesta por sus mismos éxitos, y mantenida por sus instituciones y burocratas.

Un imperio se mueve por inercia. Sus problemas son de tanta trascendencia que nadie se atreve a atacarlos por métodos no ensayados, hasta que llega una verdadera revolución. El voluntarismo es tanto más difícil de aplicar cuanto más grande es el país.

17. — Zona Militar

En la tecnología de la defensa, el ataque y la represión, la sociedad industrial ha sido espectacularmente creativa, sobre todo en su fase del siglo veinte, que no pudo ni soñarse en la edad clásica: bombas nucleares, guerra biológica y química, submarinos atómicos, misiles intercontinentales, comunicaciones perfectas, logística planeada matemáticamente, teorías del conflicto, la estrategia, la decisión, etc., etc., nos muestran que la industrialización tuvo siempre como cliente de primera fila a las fuerzas armadas. Estas a su vez influyeron poderosamente sobre las prioridades de producción e investigación.

No vale la pena detenerse en su historia anterior —los principios de organización y manejo de ejércitos regulares, la introducción del caballo y el carro de guerra, el jinete con arco, el hoplita, el legionario, el catafracto, el samurai, caballero feudal, ballestero, las armas de fuego; y los teóricos de la estrategia militar y naval— que fue una continua sucesión de revoluciones pequeñas y que se difundieron con mayor velocidad que cualquier otro tipo de tecnología por todo el mundo, por obvias razones.

Recordemos también, aunque nadie lo olvida, que la eficacia de la fuerza militar no reside sólo en su tecnología y organización —y su base económica—, sino en primer lugar en las motivaciones de los que luchan. La defensa del territorio nacional o de una ideología producen milagros militares, como en Vietnam hoy, o como en la increíble expansión árabe, siglos VII y VIII, que sin duda no se debió a ningún adelanto técnico (conocieron el estribo sólo al llegar a Persia). Esto se refiere tanto al entusiasmo de unos como al desinterés de sus contrarios. La falta de motivación de los soldados es la principal debilidad de un ejército, que clásicamente se ha tratado de compensar con la disciplina ciega y férrea.

Por eso mismo es interesante recordar que los métodos de reclutamiento fueron muchas veces tanto o más importantes que las armas, y tuvieron implicaciones políticas y sociales nada despreciables. En algunas épocas, los guerreros pudieron ser un cuerpo pequeño, de élite especializada y dotada de armamento individual que era una verdadera inversión: carro de guerra, caballo y armadura, etc., con los servidores correspondientes. Pero en general el peso de la lucha lo soportaban tropas numerosas, que peleaban por el botín, por un sueldo, por convicción o porque los obligaban.

Fue frecuente el uso de esclavos forzados como grupos de choque, pero eran poco confiables, a menos que se tuviera la paciencia de educarlos desde niños, como a los jenízaros otomanos. Los mercenarios resultaron muy eficaces, pero tenían a veces la costumbre de quedarse con el poder. El ejército nacional, reclutado entre todo el pueblo, se intentó muchas veces pero sólo tuvo pleno éxito en los últimos siglos (el caso definitivo fue la Revolución Francesa), o en las tribus nómades que prácticamente vivían del saqueo.

Roma provee muchos ejemplos interesantes, comenzando por la conocida influencia de los ejércitos en la elección de emperador. Se recuerda menos un hecho más importante: el reclutamiento de campesinos para el ejército romano en sus primeras campañas de conquista, antes del imperio, obligó a reemplazarlos en las tareas agrícolas con los mismos esclavos que iban capturando. Fue así que Roma comenzó a convertirse en uno de los pocos imperios en que la esclavitud tuvo importancia para la producción de alimentos (y desplazó a numerosos campesinos hacia la ciudad, donde sólo fueron marginales, sostenidos por el estado).

El mantenimiento de estos ejércitos fue la bancarrota material de más de un país, y las recompensas a sus jefes la de más de un sistema de gobierno. Los generales eran usualmente recompensados de dos maneras: regalándoles tierras o entregándoles la recaudación de impuestos de ciertas regiones. Lo primero era preferible, pero sólo se podía hacer sin inconvenientes con tierras conquistadas; donde no

las había —Japón, Francia medieval, etc.— el rey tenía que despojarse de sus propios dominios y terminaba teniendo menos poder que sus guerreros. La dificultad de abastecer o financiar centralmente a grandes ejércitos en las fronteras, obligó a veces a entregarles provincias enteras para que se mantuvieran por su cuenta con los impuestos o tributos de éstas. También en estos casos el resultado era que los generales se independizaban formando allí sus reinos particulares.

Como zona de poder, su influencia sobre las otras fue siempre muy grande, y en la mayoría de los pueblos las mismas personas dominaban con frecuencia el Ejército y el Palacio, y a veces también el Templo. Menos frecuente fue la participación militar intensa en la zona organizativa, pero hay por lo menos un caso importante: los samurais japoneses, que administraron el país durante siglos, sin abandonar por eso su actividad militar normal. A partir del shogunato Tokugawa, sobre todo, este sistema dio gran estabilidad al país, a costa de su estancamiento: pero fue también un grupo de samurais el que produjo la revolución modernizante del siglo pasado, mediante la cual Japón se puso a la par de Occidente como potencia.

Si se recuerda la abundancia actual de gobiernos militares, y su frecuente alianza con los empresarios —institucionalizada con la presencia de militares en los directorios—, se comprenderá que asignemos gran importancia a esos ejemplos históricos. Hay que observar a propósito de eso que dicha ingerencia militar nunca fue menor que durante el siglo pasado, lo cual explica tal vez el escaso papel que asignó Marx a esta actividad. Por el contrario parecería que tanto por sus funciones —que hoy incluyen la represión de movimientos revolucionarios— como por su peso político —que no siempre se ejerce en el mismo sentido, como vemos hoy en Perú, Portugal, Etiopía, etc.—, tienen que ser para nosotros un factor de primerísima importancia, sobre el cual todavía hay pocos estudios objetivos. La última novedad es su entendimiento cada vez mayor en los sindicatos obreros.

Su influencia sobre la zona ideológica no es nada despreciable; el culto a la fuerza siempre tuvo partidarios —se ha dicho incluso que la guerra es un buen método de selección natural (de países, no de hombres)—; la lucha armada —por revolución o por guerrillas —es un método muy difundido para intentar la toma del poder; el militarismo forma parte de casi todas las doctrinas nacionalistas, y se conocen en la Historia algunos casos extremos que no conviene olvidar porque pueden repetirse.

Esparta es el clásico ejemplo de un estilo completamente militarizado: toda la estructura social estaba organizada con miras a la eficiencia militar, que a la vez era un fin y un

medio de explotar a otros pueblos (mano de obra forzada ilota). Asiria es el otro caso famoso, pero no hubo imperio donde el ejército no tuviera un papel esencial.

Hasta en la supuestamente pacífica India, no sólo hubo guerreros individuales a la manera de los caballeros feudales —tanto en las leyendas del Mahabarata como en los reinos rajputi dos milenios después—, sino estados militarizados en alto grado, como Vijayanagar, hace 5 siglos, que por su buena organización se convirtió en una verdadera amenaza para el poder musulmán, hasta que fue destruido totalmente por una coalición de sultanatos. En la sociedad industrial el caso alemán, que comenzó antes de Bismarck y culminó en Hitler, es el más agudo y repudiado, y agregamos con satisfacción que el intento norteamericano en esa dirección parece haber perdido mucho impulso (pero es una de las pocas alternativas que tiene para no perder su imperio económico).

Hoy, además de ser el instrumento final de las luchas entre naciones, se ha vuelto indispensable para mantener el orden interno, y esa función será cada vez más importante en un mundo en "explosión", donde por ese motivo los accidentes pueden asumir proporciones gigantescas (un pálido ejemplo fue el apagón de Nueva York, 1967) y producir un caos súbito frente al cual la "subversión" política resulte una molestia insignificante.

Estas condiciones pueden fácilmente conducir al **Terror**, situación de predominio total de la violencia física por parte de las autoridades políticas del mismo país y ejercida casi siempre por la policía o cuerpos armados especiales, quedando el ejército como reserva. El Terror adquirió ese nombre en la revolución francesa, pero siempre existió y existe, como proceso agudo, eficiente, y en general de corta duración. Las experiencias contemporáneas —nazismo, guerra civil española, stalinismo y tantos otros— muestran efectos que recuerdan los de un electroshock: tranquilizan al pueblo durante bastante tiempo, dejándole sólo motivaciones "vegetativas". Pero la pasividad es sólo para cuestiones internas; una vez más, la conciencia de nación le gana, y vemos tanto al pueblo alemán como al ruso (como al francés bajo Napoleón) movilizarse por lemas patrióticos a pesar del Terror reciente.

Un tipo de terror que parece desaparecido es el de las incursiones o algaras de "bárbaros" o simples saqueadores en busca de botín. El miedo a los hunos, los vándalos, vikingos, "tártaros", españoles, etc., etc., no tiene análogo contemporáneo exacto, pero hay un grupo marginal muy viejo que se mantiene tan fuerte como siempre. Se trata de los piratas y las bandas de ladrones, hoy perpetuadas por las mafias y otras organizaciones ilegales que emplean el terror como arma de persuasión (incluimos aquí los aparatos "pa-

rapoliciales", prohibidos por ley pero amparados por instituciones legales).

Estos grupos, formados hoy por ciudadanos de la misma nación —y no por apátridas como los viejos piratas— están naturalmente vinculados a todo el aparato criminal o extralegal que es otra característica notable y peligrosa de la sociedad actual, pero que en su mayor parte no utiliza la violencia física para sus fines. La tendencia visible es sin embargo a que la violencia se difunda cada vez más, mientras no haya un fuerte cambio de estilo.

La necesidad de protegerse contra el terrorismo criminal y político genera nuevos cuerpos armados legales como guardaespaldas y vigilancia de empresas, que están creciendo a ojos vistas (en Argentina ya tienen su sindicato). Se reclutan teóricamente entre ex-policías, pero como éstos son pocos, hay que recurrir a marginales, y pueden terminar dominando a sus empleadores como los clásicos ejemplos de guardias pretorianas.

Este tipo de violencia en pequeños grupos, tanto en la ofensiva como en la defensa, no ha mostrado hasta ahora mayores novedades, pero sí se llega a inventar un arma más adecuada o a encontrar puntos más vulnerables de ataque. Este problema puede adquirir de pronto una magnitud descomunal.

En cuanto al terror desde abajo, contra los ricos o burgueses, se ha dado muchas veces pero es siempre de corta duración, salvo en alzamientos campesinos provocados por el hambre —como las "jacqueries" francesas en la Edad Media y los "turbantes amarillos" en China, donde hubo varios otros muy grandes—, que recorren amplias zonas y tardan en ser reducidos. Los levantamientos urbanos son cortos y no producen en absoluto pasividad en el bando contrario, a menos que triunfen y pasen a ejercer el terror desde arriba. En la escala "visible" volveremos sobre este tema —"bogotazos" y terrorismo político— dado que llegó a tener importancia para la lucha política en la década del 60 y puede llegar a tener mucha más.

No hablaremos de la técnica militar de las revoluciones modernas por ser uno de los temas con que todo el mundo parece estar más familiarizado.

1. — Zona Ideológica

Aquí incluimos lo que se refiere a la creación y difusión de valores y normas morales, problemas "esenciales", categorías básicas de percepción, explicación y decisión, justificación de la estructura social existente; en resumen, la concepción del mundo social: la ideología. Ella ha variado de una época a otra, de una región a otra, y de un grupo social a otro, pero siempre con dificultad y lentitud, y de lo que observamos en la Historia al respecto extraemos la conclusión de que éste es el punto más difícil —y el decisivo— para la construcción de la nueva sociedad.

Conviene distinguir varias subzonas, aunque no hagamos todavía su análisis por separado:

- Sistema jurídico-legal (su contenido, no su aplicación)
- Religión (su contenido, no su culto)
- Doctrinas políticas
- Doctrinas filosóficas y epistemológicas
- Educación y prédica
- Medios de difusión y propaganda

Las dos últimas son en realidad tecnologías de difusión de las cuatro primeras.

Ciencia y arte no se ubican en esta zona sino en la económica, pues en el aspecto ideológico sus diferencias con las demás actividades productivas son sólo de grado (pero ver HPCN y CPC).

Acceptamos que entre las necesidades emotivas o afectivas del hombre es básica, desde que aprende a separarse de la naturaleza, la de ubicarse frente al mundo, tener algún "modelo" de cómo funcionan las fuerzas externas que deciden su vida. El primer paso se refiere a las relaciones con los demás hombres, a la identificación con un grupo —o varios— cuya aprobación se busca como una necesidad vital: el hombre que no es aceptado por ningún grupo no es hombre. El mismo grupo de referencia provee el modelo del mundo que guiará a cada miembro, y en el cual es preciso creer absolutamente, no por compulsión —que en este terreno es imposible— sino porque sin un mínimo de "seguridad espiritual" sobre el funcionamiento y significado del

mundo se pierde la razón; sólo la expulsión del grupo sería un grado mayor de alienación, y por eso mismo la pérdida de "fe" implica en general el rechazo social.

No importa cuál sea el modelo, con tal que cumpla la condición de ser compartido por el grupo social de referencia, como garantía; por eso mismo es mejor cuanto más antiguo, o sea cuantos más grupos anteriores lo han usado y sobrevivido. Sólo individuos excepcionales pueden resistir esta presión ideológica, en las cuestiones de fondo.

Dado ese modelo, cosmovisión, religión o ideología, ponerlo en duda es una amenaza tan terrible como la de quitar el último pan. La primera defensa contra las dudas es ignorarlas, olvidarlas, o rechazarlas de plano, dogmáticamente, pero cuando se es obligado a percibir las con claridad, por intromisión exterior, el individuo o el grupo pueden dar la vida en defensa de su fe, aunque no se ataque todo el modelo sino alguno de sus dogmas (como la identidad de sus dioses). Todo esto vale hoy igual que ayer y puede impedir la viabilidad social de un cambio profundo.

Primitivamente esos modelos debían ser una simple acumulación de mitos y tabúes, respeto a la sabiduría de los ancianos, etc., sin mayor orden o consistencia. El paso a una mayor sistematización parece haberse dado en la época "clásica", con precursores en Sumeria y Egipto. Eso constituyó una gran revolución ideológica, encarnada en varias religiones y en sistemas filosóficos.

A partir de entonces surgió también un tipo especial de modelo, que nos interesa especialmente por su papel conservador, consolidante, que dificulta la prédica de todo cambio: son los "modelos cerrados" de pensamiento.

Todo modelo tiene 4 aspectos a destacar: a) **consistencia** interna entre sus diversas afirmaciones y recomendaciones; b) **completitud**, o capacidad de dar respuesta a todas las preguntas y problemas que se plantean; c) **fidelidad** al mundo real para no entrar en contradicciones evidentes con la experiencia cotidiana, y d) **arraigo** en un grupo humano: sus partidarios, feligreses o creyentes.

Estos cuatro aspectos se cumplen en grados muy diferentes, según el caso. En los modelos "cerrados" se ha logrado un altísimo grado de arraigo, que se describe con los términos "fe, sectarismo, dogmatismo, fanatismo", al cual contribuyen varios factores: éxitos iniciales alcanzados en nombre del modelo, aunque éste no haya sido usado "realmente" (ejemplo clásico: "con este signo vencerás"); tradición, o sea simple acumulación de arraigo por supervivencia del modelo; apoyo en elementos de prestigio (divinidad, ciencia); aparición de una institución "propietaria" del modelo, interesada por lo tanto en defenderlo por cualquier medio; introducción en el mismo modelo de cláusulas amenazantes contra los que "pierden la fe"; atribución de esa pérdida de fe a fac-

tores cuya inexistencia es imposible de demostrar (influencia del demonio o de resabios pequeño-burgueses).

Lo notable es que una vez logrado este arraigo profundo, los demás aspectos pierden importancia, y su contenido se maneja ritualmente, sin prestar atención a su significado. De racional, (al menos en parte) el modelo pasa a ser mágico.

Si hay inconsistencias, se disimulan; no se las ve por el simple procedimiento de vetar los caminos deductivos que las mostrarían. Si no hay respuestas para ciertas preguntas, no se las plantea: se resuelven por otros caminos que aparecen por la fuerza de las necesidades prácticas (modelos paralelos, no sistemáticos ni muy conscientes).

También dejan de percibirse las contradicciones del modelo con la realidad, mediante diversos mecanismos, desde no prestarles atención hasta negar esa realidad.

Este uso ritual del modelo llega al extremo de repetir ritualmente recomendaciones del mismo modelo contra su uso ritual (ocurre hoy a menudo con el marxismo), sin sentir la necesidad de llevarlas a la práctica, o practicándolas sólo ritualmente (como en la "autocrítica"). Contra este tipo de alienación, que conduce a posiciones políticas conservadoras —por temor a que un cambio ponga en duda al modelo— debemos luchar con tanta prioridad como contra otros tipos de opresión. Pero no es fácil, pues este hecho irracional obedece a una necesidad profunda de seguridad espiritual, que una vez alcanzada mediante uno de estos modelos es difícil abandonar. Justamente el gran atractivo de la fe es esa seguridad espiritual.

Los creadores y apóstoles de nuevos modelos o doctrinas son verdaderos héroes, rápidamente traicionados por sus seguidores, que los elevan a la categoría de dioses o personajes infalibles.

2. — De una manera permanente, los problemas esenciales de este campo han tenido tres actores: individuo-naturaleza- "mas allá", pero que seguramente no estuvieron siempre diferenciados, como no lo están en los niños pequeños. A partir de la revolución agrícola, sin embargo, el "yo" tuvo que separarse para negociar con el otro dúo en busca de lluvias y otros favores. Las cosas y los espíritus siguieron mezclados según diversos sistemas, de los cuales el animismo es el más evolucionado porque por lo menos distingue los dos conceptos, antes de reunirlos.

Simultáneamente las formas intuitivas de conocimiento empezaron a perder terreno frente a las mágicas y empíricas, de racionalidad creciente (en el sentido de basarse en algún modelo estable de causas y efectos y un ritual o método estable para tomar decisiones en base a ello).

Esta primera revolución ideológica ha tenido una estabilidad

increíble; todavía hoy la vida rural está impregnada de animismo, tabúes y magia, que tampoco han desaparecido de la vida urbana. Sin embargo este sencillo modelo del mundo se ha completado con una separación algo mayor entre la naturaleza y el más allá, con la aparición del concepto de dioses parecidos a los hombres, o voluntades sobrenaturales independientes de los hombres y las cosas. Esto no exigió mayores cambios epistemológicos: la magia y los rituales se intensificaron y sistematizaron y más tarde renació algo la intuición como medio de comunicación mística.

Tal vez la separación entre cosas y espíritus se completó en las ciudades, donde la artesanía en escala comercial obligaba a tratar los materiales de todo tipo con muy poco respeto.

En las civilizaciones de "primera generación" esto se reflejó en el culto al cielo y sus habitantes —sol, luna, Venus—, reflejado en el respeto a las montañas (por apuntar al cielo), y la imitación de éstas: construcción de pirámides, zigurats y túmulos de todas clases en todo el mundo, incluso América. Eso fue acompañado al comienzo por el desprecio a todos los hombres, salvo los que estaban en contacto con el cielo (clases dirigentes), que llegaba al extremo de enterrar a los servidores al morir sus amos.

Sólo algunos individuos aislados completaron la separación total entre hombre y "más allá"; para la inmensa mayoría se mantuvo un lazo a través de la religión y conceptos como el de "alma", pero ya en un terreno más específico, menos difuso y general. El proceso de separación o liberación del hombre prosiguió en el sentido de precisar mejor su ubicación frente a las otras dos esferas: desde el hombre centro de todo hasta la posición relativamente modesta que hoy le asignan muchos intelectuales.

Las cosas y los dioses tenían sentimientos y voluntad humanoides —los dioses también su aspecto físico y debilidades—, el universo se creó para morada del hombre, la Tierra es su centro, etc., etc. Poco a poco y con dificultad todo eso fue desapareciendo —siempre para minorías intelectuales— y hoy se habla en serio de la igualdad de las razas y del relativismo cultural, aunque la mayoría sigue manteniendo a su raza, su país o su religión como centro de referencia o modelo para todos los demás.

En todas partes el proceso ha seguido esas mismas líneas, pero en cada región, además de los desfases de siempre, aparecieron variantes y detalles a las cuales los hombres dieron una importancia muy grande y que afectaron todo su comportamiento social y político. Para algunas minorías, los conflictos ideológico-religiosos fueron de una intensidad y violencia superiores a las luchas por el poder o la riqueza, aunque muchas veces es difícil separarlos de éstas. Las mayorías soportaron con mucha paciencia los cambios de

religión o doctrina en las clases gobernantes, y tampoco resistieron mucho la introducción de nuevos dioses, siempre que no se los forzara a abandonar sus creencias tradicionales (se puede cambiar el nombre de un dios pero no sus atributos, o por lo menos no del todo). Muchos gobernantes tuvieron conciencia de eso y se conformaron con el acatamiento formal del pueblo a las nuevas ideas, confiando en su imposición gradual. Las conversiones en masa a una nueva ideología son fenómenos muy poco frecuentes; el caso más notable parece haber sido el islamismo. Hoy sucede algo parecido con el marxismo como doctrina teórica. De todos modos esas conversiones nunca tocaban al "modelo del mundo", básico, necesario para orientarse frente a ese mundo, y que sólo cambia muy gradualmente, salvo para individuos excepcionales.

3. — Los mayores conflictos aparecieron al identificarse ciertos dioses con ciertas naciones o tribus e intervenir en los problemas nacionales y sociales. Por eso los más afectados fueron los pueblos pequeños o las clases dominantes. Los primeros dioses que adquirieron nombre y personalidad tenían carácter puramente local, y se presentaban como protectores del pueblo o de algunas de sus actividades; cuando un pueblo conquistaba a otro también triunfaba su dios, sin que por eso desaparecieran los vencidos, y quedaba establecida así una jerarquía celestial. El conjunto de esos dioses —el panteón— se estructuró como grupo social, que por rara casualidad era bastante similar a las clases altas de la sociedad que los adoraba.

Resultó entonces natural usar a esos dioses para legitimar y justificar los privilegios de las clases altas. En muchos pueblos —es curioso que no en todos— el soberano reinaba por derecho divino, transmitido hereditariamente y cada cambio de dinastía traía entonces sus problemas. El emperador, o era directamente un dios —al morir o aún mientras vivo—, o era un representante de los dioses en la tierra para protección de sus súbditos, y esto no era una farsa china sino una creencia realmente arraigada (en Japón, la doctrina Shinto de que el emperador descendía del sol o la diosa Amaterasu sólo fue repudiada oficialmente al perder la última guerra, por exigencia norteamericana, y hasta entonces se mantenía muy viva en el pueblo, aparentemente). Gracias a este apoyo divino la tarea de gobernar se facilitó muchísimo y se pudieron pedir sacrificios de que otro modo tal vez no habrían sido aceptados. Este método resultó de aplicación universal, por intermedio del Templo y la religión organizada cuando no era divino el soberano directamente. No se encontró nunca otro método más eficaz de hacer que se respetaran las normas y estructuras sociales que parecían evidentemente arbitrarias a cualquiera que no se hu-

biese educado en ellas. Se llegó al extremo de sociedades "teocráticas", donde los sacerdotes tenían el poder político: mayas, israelitas, tibetanos, jesuitas en Paraguay y muchos otros.

Esto es consecuencia lógica del hecho que un modelo del mundo que incluye dioses y otras fuerzas bienhechoras del más allá es incompleto si no indica algún método de averiguar cuál es la voluntad de esos entes, con los cuales la gente común no tiene comunicación directa. Aparecen entonces los intermediarios e intérpretes, y es natural que estos pertenezcan normalmente a las clases "superiores", o pasen a formar parte de éstas rápidamente (Cristo es una verdadera excepción). Es muy distinto creer en un dios a creer en sus profetas; los primeros de éstos tienen que ser personalidades realmente excepcionales en cuanto a carisma: recuérdese que a veces son ellos los que crean la nueva religión. Pero una vez que los discípulos se organizan en casta o institución, y transcurren algunas generaciones, la tradición no sólo los mantiene durante mucho tiempo sino que sirve para eliminar posibles dudas sobre los dioses mismos. Algo muy análogo, dijimos, vale hoy para doctrinas ateas que dan un modelo del mundo completo.

En resumen estas instituciones sacerdotales no sólo exigían sacrificios —y después plegarias— en nombre de los dioses, sino también respeto por el orden constituido.

4. — A principios de la edad clásica empezó a aparecer la idea del Dios único, válido para todo el mundo —aunque hubiese infieles descreídos, o "pueblos elegidos"— y abstracto, cuyas dos principales funciones pasaron a ser la salvación y el consuelo, y sólo en segundo lugar la ayuda para problemas terrenales. El hombre podía esperar algún tipo de redención en el más allá —paraíso o nirvana— pero había que contribuir a ello con méritos espirituales personales, y no tanto con sacrificios. Esto fue una revolución fenomenal, que ayudó mucho a los oprimidos a soportar sus miserias: hasta entonces el cielo era un amo, despótico como todos los amos; desde entonces fue un amigo, o más.

Esta tendencia culminó explosivamente en la época que Jaspers llamó "tiempo eje" (alrededor del 500 A. C.), cuando aparecieron casi simultáneamente extraordinarios líderes ideológicos en todas partes del mundo clásico: Buda, Zoroastro, Lao-Tse, Confucio, Mahavira, Pitágoras y varios otros predicadores de filosofías o dioses más personales y racionales, cuyos objetivos para el hombre estaban claramente expuestos e incluían mayor dosis de caridad y amor que su precursor directo, el dios de Moisés (600 años antes) o el precursor de éste, el Osiris caritativo del "primer interregno". (2000 A. C.).

Entre ellos es interesante el caso de Pitágoras, como sím-

bolo de una nueva forma de pensar: el reemplazo de la religión usual por la filosofía, el razonamiento sistemático y otras características comunes a las ciencias griegas clásicas. Confucio y Lao-Tsé son casos algo similares de razonamiento filosófico, aunque más guiado por los problemas sociales y políticos que por la simple especulación. Confucio tiene interés especial por su uso para una ideología de la burocracia, con gran éxito.

Estas religiones superiores lo fueron también en el sentido que ninguna de ellas llegó realmente al pueblo, salvo después de muchos siglos y muchas modificaciones y trasplantes. Los pitagóricos eran una élite científica; las demás fueron aceptadas sobre todo por las clases medias, y toleradas por el pueblo cuando algún emperador las imponía.

El taoísmo adquirió arraigo cuando se puso ropaje religioso ritual; el budismo tuvo su mayor difusión en China, Asia Sudeste y Japón, pero nunca tuvo exclusividad, y en su India natal casi desapareció.

Hubo que esperar otros cinco siglos para que otra religión del mismo tipo —el cristianismo— fuera aceptada por las mayorías urbanas, y mezclada con el paganismo rural, aunque sus preceptos eran aplicados sólo por una minoría del pueblo y comprendidos por otra minoría de élite.

Este ciclo de religiones de salvación concluyó seis siglos más tarde con Mahoma, y con él se dio la primera de este tipo que después de imponerse por la fuerza parece haber desplazado realmente a sus competidoras en las masas populares del universo islámico.

5. — Otro salto ideológico, tan familiar que no hace falta detallarlo, es el que se mostró en el Renacimiento europeo, que ya es prólogo de la revolución industrial e introduce el racionalismo y la ciencia moderna, separándolos del razonamiento místico y los problemas religiosos. Aquí recibió su golpe más decisivo el antropocentrismo —al demostrarse que la Tierra no era el centro del universo— y su impulso decisivo la confianza del hombre en sus fuerzas, al darse la vuelta al mundo y descubrirse nuevos continentes.

Es difícil exagerar la importancia de estas novedades absolutas, de las que surgió un verdadero "hombre nuevo", si bien limitado a las clases altas. Los "antiguos" habían sido superados y quedaban atrás; la tradición perdía buena parte de su fuerza.

Así surgió un nuevo estilo de pensamiento, que puso en primer lugar el estudio práctico de la naturaleza, con el objetivo de dominarla; primero comprendiéndola —la "edad de la razón" y el "Siglo de las Luces"— y luego haciéndola trabajar para el hombre: la sociedad industrial.

Es preciso comparar esta actitud con la de todas las otras sociedades para comprender sus consecuencias. Hasta entonces,

ces, y como era lógico, los "intelectuales" se habían preocupado casi exclusivamente por las cosas realmente importantes: el hombre, la sociedad, los dioses.

Los descubrimientos científicos chinos estaban orientados por los problemas de organización social; lo más cerca de la ciencia natural que estuvieron fue a través de la acupuntura, la macrobiótica y otros temas de medicina práctica. Conocieron el principio de inercia mucho antes que Galileo, pero nunca se les ocurrió aplicarlo.

Los indios, preocupados por el problema del individuo y su relación con los ciclos cósmicos, no desarrollaron siquiera una ciencia social, pero sí el yoga y varias otras técnicas de perfeccionamiento individual, como el ascetismo, que requerían una gran penetración con la psicología práctica. Los egipcios desarrollaron técnicas matemáticas y mecánicas pero sólo hasta el punto en que ellas les permitieron hacer lo que realmente les interesaba: construir pirámides, distribuir tierras. Los babilonios estudiaban los astros pero sólo porque tenían una teoría —la primera astrológica— sobre su influencia sobre los hombres. Los mismos griegos clásicos ponían en primerísimo lugar los problemas sociales y llegaron a la Lógica buscando métodos para discutirlos con claridad.

El europeo moderno, en cambio, fue poniendo poco a poco en primer plano el estudio de la naturaleza por sí misma, y los problemas sociales quedaron relegados a segundo lugar, con la cómoda teoría de que la "mano invisible" se ocuparía de resolverlos automáticamente. Sin duda el cambio de actitud en la ciencia se exageró con los desagradables resultados que conocemos, pero tampoco hay duda de que sin eso no contaríamos con las herramientas que hoy podrían permitirnos volver a los grandes problemas de la sociedad y el hombre con muchas más probabilidades de llegar a algo útil.

Comienza así la concepción mecanicista del mundo, que, corregida y mejorada, sigue siendo la de la mayoría de los intelectuales, aun los más religiosos. Su paralelo religioso se dio en la Reforma, de la cual entre muchas otras cosas debemos destacar la actitud puritana ante la vida, que tanto facilitó el nacimiento del capitalismo industrial.

6. — La sociedad industrial produjo una nueva revolución ideológica, como era necesario para dar sentido a tan grandes cambios en las demás zonas y por esa misma razón es natural que las grandes ideologías surgidas el siglo pasado en Europa tengan todas en común la racionalidad y el respeto religioso a la ciencia, culminación de lo elaborado en los dos o tres siglos anteriores.

En esa racionalidad coinciden los dos mayores: el liberalismo —justificación ideológica del capitalismo inicial— y

el marxismo, contraideología en el sentido que su preocupación mayor era demostrar y combatir la maldad de este sistema.

Su diferencia esencial está en el plano de la moral práctica; de las motivaciones humanas propuestas como básicas.

El liberalismo propone la competencia entre individuos como gran fuerza motivadora y creativa (y la puso plenamente en práctica con los éxitos y fracasos que estamos viendo), y la riqueza monetaria como medida de éxito.

El marxismo retoma en cambio la solidaridad humana como motivación, y la aprobación social como éxito (pero anuncia una etapa autoritaria de transición: la "dictadura del proletariado"). Estos viejos anhelos de justicia social son presentados en forma de teoría científica de la sociedad —en todos sus aspectos, incluso una metodología: la dialéctica—, lo que hace de Marx el Galileo de las ciencias sociales.

Tampoco podemos decir que la competencia fuera una novedad —se la encuentra en toda época histórica—, pero nunca había sido puesta teóricamente por encima de la solidaridad o de la compulsión autoritaria. Nunca se habrían dejado de lado tan resueltamente la caridad, el altruismo, el amor a los débiles, predicados por las grandes religiones; dejándolas en un nivel de pura beneficencia marginal, para casos individuales: solidaridad individual y no solidaridad social.

Los grandes novelistas del siglo pasado describieron muy bien los hipócritas equilibrios que hubo que hacer entre esta moral práctica y los viejos principios cristianos a los cuales siempre se siguió prestando acatamiento verbal.

Como ya hemos dicho, que estas ideologías no presenten ideas completamente originales no es motivo, en esta escala global, para negar que son nuevas. Todos sus precedentes históricos son interesantes temas de estudio en escalas más finas; aquí el hecho decisivo es que ninguno de esos precedentes triunfó más que en regiones aisladas y por poco tiempo, mientras que el liberalismo conquistó el planeta hace un siglo y medio y el marxismo es la doctrina oficial de la mitad del mundo hoy. Elementos de ambas ideologías han prendido en amplias mayorías; casi todo el mundo acepta o desea el estilo de consumo publicitado por el capitalismo, y al mismo tiempo reconoce que la desigualdad social es injusta y que la competencia liberal no la disminuye.

Fue surgiendo así en este siglo una tercera ideología, que carece todavía de expresión teórica coherente porque tiene demasiados elementos irracionales. Es el populismo —también con antecedentes históricos, sobre todo los de Rusia a fines del siglo pasado, o las demagogias de Grecia, Roma y Bizancio—, que en este momento es aplicado en la práctica por la mayoría de los gobiernos, por encima de sus

doctrinas oficiales, y aceptado e internalizado, sentido, por la mayoría de la población mundial.

En esta escala sólo diremos del populismo que se basa en dos ideas muy desiguales. Una es el derecho de todos a gozar pronto de un mejor nivel de vida (sin proponer objetivos de largo plazo y aceptando como modelo a la clase media, típica del estilo actual). La otra es la "sabiduría popular": sólo el pueblo, libre de paternalismos intelectuales y de teorías abstractas, puede lograr el triunfo de sus derechos. Esta segunda idea es apoyada sobre todo por intelectuales amigos del pueblo, que paternalmente quieren vencer al pueblo que los intelectuales son sus enemigos (para lo cual disponen de abundante material verídico). Por ahora esa idea no disgusta a las mayorías, pero es difícil que resista a la realidad de los grandes problemas que se avecinan, y que no se resolverán con las teorías actuales, pero tampoco mediante intuiciones masivas. El sentido común, la sabiduría popular, funciona muy bien —mejor que la filosofía— cuando se trata de detectar quién ataca hoy el nivel de vida material del pueblo. No hay en cambio ningún motivo para creer que sea útil para problemas no inmediatos.

La "regla de oro" parecería ser que el pueblo muy pocas veces se equivoca al señalar a sus enemigos —como los estudiantes cuando dicen que un profesor no sabe—, pero comete muchos errores cuando se trata de identificar "quiénes son los amigos del pueblo".

Lo que sí puede decirse es que el actual liderazgo intelectual y político no parece ser más eficaz, y que el solo planteo de la participación esencial del pueblo en la discusión ideológica puede ser una sacudida de la que surja algo mejor. En la práctica, sin embargo, los gobiernos más populistas no permiten una participación popular efectiva —se la limita a ensayos de cogestión empresarial y se la canaliza a través de líderes sindicales y políticos—, y gobiernan tan paternalmente o autoritariamente como antes. Su única precaución es mejorar aunque sea infinitesimalmente la distribución del ingreso y del prestigio social, y mantener una buena imagen ante el pueblo mediante relaciones públicas basadas en aparecer a su entero servicio (lo que antiguamente se llamaba demagogia). En casos extremos, esto puede resumirse en la frase "limosna con cariño".

Este importante triunfo material se debe a los movimientos obreros desde hace más de un siglo, y al susto de las revoluciones rusa y china. Para los gobiernos, el populismo es evidentemente un retroceso estratégico —dar algo para no perder todo—, pero que no puede durar mucho porque el mundo está exigiendo graves medidas reorganizativas que sólo pueden realizarse mediante un autoritarismo brutal o verdadera participación, orientada por una teoría racional.

Estas corrientes de pensamiento se encuentran en todo el mundo, ya que la sociedad industrial es universal, pero también las etapas anteriores fueron recorridas por casi todos los pueblos, aunque a veces con retrasos y siempre con características locales que las hacen superficialmente diferentes. En esta escala podemos decir que la ideología sufrió una evolución bastante lineal.

Hacia el futuro hay que introducir por lo menos otras dos formas de expresar las viejas ideas —constructiva y destructiva—, descritas en el cap. I como socialismo y despotismo.

El socialismo requiere a su vez una nueva revolución ideológica, consistente no tanto en introducir conceptos nuevos —aunque los hay y los habrá— sino en lograr que esa supuesta sabiduría popular exista realmente y permita una participación profunda y racional —ni “cientificista” ni improvisada, sino seria y responsable—, de las grandes mayorías (conviene aclarar para evitar malentendidos, que no se trata de esperar esta revolución y luego dar participación, sino al revés, de hacerla a través de la participación inmediata con esas características: véase “militancia” en el capítulo 10).

7. — En cuanto al campesinado, hasta hace menos de un siglo las ideologías de la ciudad le llegaban con gran retraso y poca claridad, y se mostró siempre muy impermeable a todas ellas, aceptando muchas veces sólo sus aspectos rituales, que eran como nuevas recetas mágicas.

El animismo y el panteísmo siguieron reinando en el campo mucho después de la aceptación verbal de las nuevas religiones, y siempre se han escuchado quejas sobre el paganismo con que éstas se teñían allí (todavía hoy hay obispos católicos africanos que proponen aceptar esa realidad y adaptar la religión a las tradiciones locales).

La permanencia de las tradiciones, sobre todo en medios rurales, es un fenómeno de primera magnitud. Interrupciones de muchos siglos, acompañadas incluso de cambios étnicos y lingüísticos, no son suficientes para borrar actitudes, costumbres, mitos, fetiches, tabúes, cosmovisiones anteriores. Un caso increíble es la permanencia del sistema de castas en la India: se trata de un caso extremo de opresión ideológica, en que las injusticias y privilegios en este mundo se justifican como castigos o recompensas por el comportamiento en una vida anterior, de modo que es inmoral luchar por eliminarlos, y más aún, si no se obedece a las normas de comportamiento, en la próxima vida se estará peor (pero se da a cambio la seguridad de que durante esta vida no puede bajarse de casta). La teoría del pecado original resulta, por comparación, de una suavidad exquisita.

Fue inútil que esta concepción hinduista fuera derrotada políticamente durante seis siglos por el budismo y el jainismo, que rechazaban las castas. Estas nuevas ideas, tan favorables al pueblo, sólo prendieron de veras en las ciudades —y sobre todo en las clases medias—, y el hinduismo renació y siguió siendo hasta casi hoy la cosmovisión prevalente en la India. Este nuevo hinduismo predominó durante siglos en toda Asia Sudeste... donde no había castas, ni se lograron crear en grado apreciable.

Toynbee señala que tras mil años de interrupción por la cultura grecorromana, las tradiciones siríacas renacieron en cuanto los árabes les dieron la oportunidad. Darcy Ribeiro nos señala ahora cómo sus “pueblos testimonio” americanos conservan el sentido común propio de sus viejas civilizaciones, brutalmente interrumpidas por la conquista española.

Esta resistencia al cambio ideológico —y en particular esta cultura tradicional— no puede ignorarse al estudiar la viabilidad de un nuevo proyecto nacional. No es un obstáculo invencible: estamos viendo cómo el fenomenal desarrollo de los medios de difusión y las comunicaciones en general en los últimos 50 años están cambiando ese panorama, y en muchos países existe ya el “campesino urbanizado” como grupo rural mayoritario, que a través de la televisión, las revistas, etc., se está homogeneizando con la población de la ciudad.

De todos modos, urbanas, o rurales, las mayorías hasta ahora sólo aportan hechos, y a veces ideas sueltas: “materia prima” que usan las minorías para producir “bienes ideológicos terminados”.

Este fenómeno tan universal es parte del que hemos llamado Tercer gran problema humano, y que consiste en lograr la participación profunda y en alguna medida creativa de todos los hombres en el conocimiento acumulado, en la discusión de objetivos, en la construcción de modelos del mundo.

8. — Podemos decir también, junto con el materialismo histórico, que las doctrinas de algún éxito fueron rápidamente institucionalizadas, en las naciones grandes y medianas, y usadas para justificar, legitimar, el dominio de alguna minoría: el mismo Templo o la Corte, o la Empresa en el caso del liberalismo, y el Partido Obrero, en el caso del marxismo. Esto se hacía a través de normas de moral práctica aprobadas o por lo menos no rechazadas, aunque a veces contradecían otros postulados básicos: el ejemplo más claro es la esclavitud, que no fue rechazada ni por los filósofos griegos, ni por los apóstoles cristianos, ni por Mahoma (todavía en el siglo XIII Tomás de Aquino la toleraba y San Anselmo consideraba natural que el hijo de un esclavo fuera esclavo).

Esas normas fueron poco a poco adquiriendo en todas partes un carácter institucional separado: la Justicia y el cuerpo legislativo. Este desarrollo sólo es lineal a muy grandes rasgos, aun dentro de nuestra "línea principal": hace casi cuatro milenios se escribió en Babilonia el primer gran código —o colección de sentencias—, de Hammurabi, pero ese ejemplo no fue imitado durante muchos siglos.

El paso siguiente —si no contamos obras menores como las constituciones de las ciudades griegas— es el derecho romano, una gran revolución muy posterior, que también perdió vigencia. Hace mil años, burgueses y monjes tuvieron que dar una dura batalla para reimplantar el derecho formal y eliminar los juicios de Dios y ordalías de todo tipo, con las cuales no se podía tener ninguna seguridad en los negocios. En los últimos siglos se hizo casi universal el uso de un cuerpo legal escrito que contiene los derechos y deberes de todos los habitantes, y donde están establecidos de manera directa o indirecta los privilegios de algunos grupos.

Es costumbre resumir todas estas leyes en una Constitución, declaración de principios que en parte debería definir lo que aquí llamamos "estilo" o "proyecto nacional". Lo que la realidad nos dice es que estas constituciones son letra muerta en general; lo que vale en la práctica es la ley específica, el reglamento, el precedente, lo que manejan los tribunales de justicia, y aunque ellos sean a veces anticonstitucionales de toda evidencia, son los que siguen valiendo en los hechos hasta que eso se reconozca formalmente, lo que puede llevar largo tiempo.

En cuanto a las relaciones entre la zona ideológica y las demás, y dejando de lado que no hay causas primeras sino influencias mutuas, dialécticas, como en todo sistema dinámico, tenemos que deducir de la experiencia histórica que en el largo plazo todas las ideologías institucionalizadas han sido limitativas, conservadoras, podríamos decir "reaccionarias".

Toda ideología es la expresión de un estilo de vida, una concepción del mundo. Se va formando entonces a impulsos de los cambios más importantes que ocurren en las otras zonas, y mezclándose también con elementos tradicionales, de la ideología anterior. No hay duda de que, como lo afirma el materialismo histórico, los cambios que más se hacen sentir en este proceso son los que ocurren en la zona económica; las grandes revoluciones que ya hemos tratado.

Pero igualmente importante para el proceso es que, una vez que se han producido esos cambios ideológicos, y han tenido algún tiempo para madurar (basta una o dos generaciones), pasan a ser factores limitantes poderosos para toda posibilidad de cambio profundo en las otras zonas. Es como el zapato de las clásicas niñas chinas: primero representa la forma del pie y lo protege; luego le impide crecer.

Esta limitación no es total, el zapato puede ser roto si su resistencia es menor que la fuerza expansiva, pero todo se convierte en un problema de relación de fuerzas, y son muchísimos los casos históricos en que el zapato ganó... o fue roto desde afuera. India, China, Egipto, son casos típicos de pueblos inmovilizados por sus ideologías, y el problema de romper las ideologías actuales pasa a ser el decisivo estratégicamente —y tal vez tácticamente también— para la construcción de la nueva sociedad.

Para un socialista, este cambio ideológico tiene que ocurrir en el pueblo, pero no se puede esperar a que se genere espontáneamente, porque esa espontaneidad no existe: el pueblo está constantemente sometido a otras presiones ideológicas, y sería dejar el campo libre a éstas.

De ahí la vaciedad de las discusiones sobre "paternalismo": toda fuerza política tiene que predicar lo que propone. Puede hacerlo de manera paternalista, autoritaria o participante; si es realmente socialista aprenderá a hacerlo de esta última manera. Eso es difícil de hacer sin predicar también entre los intelectuales (no entre los viejos, que ya tienen un zapato de acero).

De ahí la importancia del populismo, dada su extensión mundial como ideología de la forma de vida que gozan o a que aspiran todos los pueblos en la práctica, y que puede expresarse en lenguaje capitalista o marxista —traicionando a ambos— en boca de los intelectuales.

El está sacudiendo a las masas sin ofrecerles nada permanente, serio, y es probable que en ese terreno sea más fácil sembrar.

Sobre la base común de esta forma de vida expresada por el populismo es que deben distinguirse las "tres culturas" de que más abajo hablamos y a ese nivel básico se ha producido de pronto una homogeneidad cultural sin paralelo, una explosión —a través de los medios de difusión— más acelerada aún que todas las que ya hemos mencionado para la sociedad industrial.

El peligro para la humanidad de esta homogeneidad cultural planetaria, perfectamente visible en esta escala, fue señalado hace cien años por Danilevsky (13) —con términos y analogías biológicas muy similares a las que he empleado en varias obras al referirme a este problema—, y lo usó para pedir que Rusia dejara de copiar a Occidente y buscara un desarrollo socioeconómico original.

Si existe en los hechos una sola ideología —aunque haya veinte doctrinas teóricas de élite— y ella dificulta la aparición de nuevos métodos o tecnologías para atacar los peligros que existen y los que pueden presentarse, el costo para la humanidad puede ser su desaparición o su estancamiento a un nivel de subsistencia y conocimientos muy inferior al actual. La **diversificación** es la clave del triunfo de la

vida —no la "lucha por la vida", errónea interpretación del darwinismo—: habiendo muchas especies, es más probable que alguna sobreviva a cualquier cataclismo: la que por casualidad tenga características más adecuadas a las nuevas condiciones. (Los ecólogos llaman a esto "estrategia-r" de una especie: "r", tasa de crecimiento.)

Lo mismo vale en principio para las ideologías y estilos, y esa es la justificación del nacionalismo, como hemos dicho muchas veces (siempre que se proponga una verdadera independencia cultural, no sólo folklórica, y que no se interprete como queriendo un país igual a los demás pero más fuerte, como lo sugiere por ejemplo el lema "Argentina potencia").

Esta "explosión cultural", que iguala a los hombres a través de las mismas películas, historietas, canciones, deportes y agencias noticiosas internacionales, es más peligrosa que la demográfica, energética o de contaminación, porque retarda la creación de instrumentos para vencer a éstas, como se está viendo ya con las crisis financiera y petrolera. Por desgracia se trata de otro tabú defendido tanto por el capitalismo como por el marxismo: la unidad mundial es deseable en todos los órdenes, el nacionalismo es un "parroquialismo" que sólo lleva a la guerra y fomenta los odios.

Eso es "botar el niño junto con el agua del baño": los graves pero bien conocidos defectos del nacionalismo que podríamos llamar "de derecha" por darle algún nombre, están bastante controlados; ya sabemos defendernos de ellos ideológicamente. Los peligros de la falta de nacionalismo no son en cambio percibidos con claridad, y por eso insistimos sobre ellos. Tal vez haya que cambiarle el nombre, además de definirlo con más cuidado —cosa que haremos en la escala "estratégica"—, pero es una componente esencial de nuestra ideología, que por algo se llama "socialismo nacional creativo".

Para nosotros, la diversificación de estilos es uno de los objetivos generales más valiosos, y una de las estrategias generales más importantes.

9. — Zona social

Aquí la "actividad" es la vida cotidiana, en el trabajo y fuera de él, en la vivienda, barrio, aldea, etc. Sus instituciones típicas son la familia y asociaciones voluntarias, hasta los partidos políticos y sindicatos, pasando por sociedades de fomento vecinal, cooperativas de consumo, clubes deportivos, etc., etc. Todo esto se estructura además por la situación social y las relaciones de trabajo y propiedad entre los hombres, lo que da origen a diversas categorías clasistas. La revolución urbana introdujo un cambio inmenso en el estilo de vida para los habitantes de las ciudades —vivienda, alimentos, manera de hablar y de pensar, entreteni-

mientos—, que no vamos a recalcar ni a describir. Sólo recordaremos que ese cambio se dio muy temprano, y que las descripciones de la vida cotidiana en Sumeria o Egipto hace 4 mil años ya muestran una cantidad de problemas que todavía hoy resurgen periódicamente y parecen novedosos (de la Babilonia de Hammurabi es la queja de que "la juventud de ahora no es como la de antes; ya no hay respeto por los maestros y los mayores").

El cambio producido en las ciudades por la revolución industrial es tan grande que debemos hablar también de revolución. Un ciudadano de Ur se sentiría maravillado en París del siglo XVII o XVIII, pero menos que un campesino de su tiempo llevado a Ur; en cambio una megalópolis actual estaría fuera de su comprensión: no creería que es obra humana.

Como en las ciudades o sus zonas de influencia directa vive ya bastante más de la mitad de la población, esa revolución puede decirse que se ha extendido a toda la humanidad, la que se está homogeneizando culturalmente (en el modo de vida) como nunca en la historia. Hace muchos siglos que la población urbana crece más rápido que el promedio, pero esa diferencia también "explotó" en los últimos dos.

Pero el cambio general en el estilo de vida sólo se produjo en la segunda fase industrial, es decir, en este siglo, junto con el surgimiento de EE. UU. como potencia hegemónica en lugar de Inglaterra. Se impuso entonces el estilo consumista, la comercialización abierta de todas las actividades —incluso las científicas y artísticas—, la penetración masiva de los medios de difusión antiguos y nuevos, la alfabetización, el triunfo del jazz y otros ritmos populares, la educación antiautoritaria, la liberación de la mujer y de los demás tabúes sexuales, el turismo popular y otros entretenimientos masivos. En resumen, es la civilización del automóvil y de la clase media. El obrero sindicalizado subió varios peldaños en la escala social de prestigio y seguridad, y también, aunque menos, en su nivel de ingresos relativos.

10. — El problema de la opresión —ya hemos hablado de la subsistencia en la Z. económica—, típicamente social, no ha cambiado sin embargo fundamentalmente en la edad clásica, y es hoy el de más actualidad y de mayor peso político. Para nosotros, "opresión" será el término general aplicable a toda diferencia social que da privilegios a unos a expensas de carencias e insatisfacción aguda de otros. Cada zona tiene sus tipos propios de opresión, y en la económica el más mentado se llama "explotación": consiste en que gracias al régimen de propiedad —legal o no— unos hombres trabajan en buena parte para otros, de modo que trabajan mucho más y se quedan con mucho menos de lo producido. Esta no es la única forma de opresión econó-

mica pues entran aquí también el mal trato en el trabajo, la alienación, etc.: todo el que gana mucho menos que el promedio está siendo oprimido, indirectamente.

Hay opresión por violencia física, por falta de participación y de otros derechos políticos. La opresión ideológica en parte es lo que hemos llamado "tercer problema" —falta de participación en los conocimientos y la creatividad—, pero también otra mucho más sentida a través de la historia: la prohibición de practicar ciertas creencias, religiones o costumbres culturales. En la zona social la opresión se manifiesta en la marginación o desprestigio de ciertas razas, sexos, castas, ocupaciones, costumbres sexuales o violación de otros tabúes y tradiciones, etc., y en desigualdades de todo tipo.

La opresión excesiva puede llamarse "crueldad". Esta no ha sido un rasgo permanente de la historia, pero retoña de tanto en tanto hasta la actualidad: la conquista española de América, la explotación infantil por el capitalismo inglés inicial, los campos de concentración contemporáneos, las torturas policiales, el uso del napalm en Vietnam muestran que los asirios tienen mucho que aprender de nosotros.

En general, parece que el temor al hambre y a estas situaciones excepcionales ha hecho que las mayorías tolerasen grados de opresión algo menores, con tal que las autoridades apareciesen a sus ojos como garantía de que no se llegaría a esos extremos. Es decir, la regla es que todos tienen casi siempre algo que perder, y son capaces de aguantar mucho a cambio de alguna seguridad de no perderlo. Esta ley trivial es ignorada en los hechos por muchos movimientos políticos actuales, y explica la dificultad de movilizar revolucionariamente a las masas aun cuando están bastante "concientizadas", es decir, cuando han percibido las injusticias sociales y su origen.

La percepción de las injusticias, por otra parte, debe ser muy clara, e ir acompañada de la correspondiente percepción de la viabilidad del método propuesto para curarlas, y del resultado final a obtener. Si no hay alguna seguridad —otra vez— de que el remedio será mejor que la enfermedad, es difícil movilizarse, sobre todo cuando los medios de difusión han hecho percibir muy claramente y exageradamente los costos de las revoluciones y los defectos de sus resultados cuando llegan a triunfar. El hecho es que la opresión, la desigualdad, la injusticia, pueden intentar resolverse por dos caminos opuestos: hacerlas desaparecer para todos, o convertirse en opresor, o sea, escapar individualmente a la opresión.

Cuando la subsistencia misma está amenazada y no hay confianza en las autoridades, es probable que las mayorías sigan el primer camino, incluso espontáneamente. En países no muy pobres eso no es fácil que ocurra y las minorías domi-

nantes fomentan de todas las maneras posibles el segundo (incluso dando oportunidades a través de juegos de azar), acompañado por el falseamiento de doctrinas prestigiosas. Esta tendencia puede dificultar la viabilidad social de un proyecto solidario, y exige combatirla desde antes de tomar el poder político.

El miedo a perder lo que se tiene, a quedar desprotegidos, a la merced de catástrofes conocidas o imaginadas o, peor aún, indefinidas, ha sido en general suficiente para aceptar muy bajos niveles de vida. De ahí la necesidad de los oprimidos de buscar protectores, tanto en la tierra como en el cielo, para calmar su inseguridad o temor, y de ahí también su cólera y rebeliones cuando esa protección falla demasiado (pero rebelión dirigida casi siempre sólo a cambiar de protector).

En la tierra esa protección la dieron a veces autoridades sumamente opresivas, como los señores feudales (cuyos castillos eran promesa de abrigo contra incursores y ayuda en épocas de hambre o epidemia). La palabra "sátrapa", que identificamos con "tirano", quiere decir "protector". En escala menor hay una institución todavía muy extendida y cuya extirpación por gobiernos izquierdistas (por ejemplo en Indonesia) produjo graves dificultades políticas: es el "padrinazgo", vieja institución campesina por la cual algún comerciante o caudillejo local asume el papel de representante de su aldea o grupo ante los poderes lejanos, misteriosos, de la ciudad. A pesar de los abusos a que eso da lugar, no se lo puede eliminar simplemente; hay que reemplazarlo por algo que cumpla esa función protectora.

La protección celeste fue un gran adelanto ideológico, representado por las grandes religiones, todas las cuales tienen alguna escatología o estado final de bienaventuranza eterna, por lo menos para los que no pecan demasiado. La pérdida de esta seguridad espiritual —que ha sido tan gran consuelo para los oprimidos— es tan temida que frena los movimientos reivindicatorios cuando son presentados como contrarios a esas reglas de salvación (o por lo menos de no perdición: ya hemos dado el ejemplo del hinduismo y las castas). De todos modos, como el cielo no habla, hacen falta intermediarios-intérpretes, y el sacerdocio, por ser humano, puede perder la confianza de sus feligreses. De otro modo las rebeliones masivas serían aún mucho más difíciles.

Es notable que también para las clases privilegiadas la inseguridad —de conservar sus privilegios— actúa como motivador de movilización política, y con más frecuencia que para los oprimidos. Así las clases medias aceptaron el fascismo cuando el liberalismo dejó de darles seguridad. Las épocas de libertad y relajamiento de la opresión son aquellas en que las clases dominantes se sienten seguras; esto es

sólo un caso de una ley social muy general: todo sistema "aprieta los tornillos" cuando se siente amenazado.

11. — Este problema de la opresión es el que nos servirá de guía para definir grupos sociales. En primer término usaremos la palabra "grupo" en su sentido más general posible, abarcando otros términos técnicos como clase, estamento, estrato, casta e incluso grupo en su sentido restringido (conjuntos pequeños). Grupos serán pues conjuntos de personas con intereses similares frente a la opresión —o a un tipo especial de opresión—: quieren defenderse de ella o ejercerla; conservar, conquistar o eliminar ciertos privilegios, y por eso podemos prever en cierta medida el grado de oposición o apoyo que darán a nuestro proyecto en cada circunstancia (entre las cuales se cuenta el trabajo de esclarecimiento y la neutralización de la inseguridad).

Para defender esos intereses, partes generalmente minoritarias de cada grupo se organizan en instituciones políticas o gremiales o vecinales que luego son las que actúan en nombre de él salvo en momentos excepcionales de gran movilización. Algunos grupos pequeños —militares, clero, terratenientes— son en su totalidad miembros de una institución, pero para los mayores eso no se cumple. Una cosa es un grupo social y otra las instituciones que pretenden representarlo, y que muchas veces compiten por esa representación. Y otra, los grupos que dirigen cada institución, toman las decisiones y hablan en nombre de ellas; minorías dentro de minorías.

Los grupos entran en conflicto más o menos abierto o lento con respecto a sus intereses, y cuando esos antagonismos son profundos y forzosos dadas las funciones que desempeñan esos grupos en el proceso económico (producción y distribución del producto en base a la propiedad de los medios de producción), los marxistas los llaman clases sociales. Una definición tan específica tiene el inconveniente de dificultar la previsión de alianzas de esas clases antagónicas frente a enemigos nacionales comunes, tan frecuentes en la historia antigua y actual (pero tiene el mérito de recordar que esos aliados no son muy confiables). Su mayor inconveniente práctico es que conduce a largas discusiones escolásticas cada vez que un nuevo grupo aspira al poder, para saber si es o no es una "verdadera" clase, y que da por descontado que las luchas entre grupos privilegiados no económicos no tienen mayor importancia: da lo mismo que el poder sea ejercido por una corte imperial, un ministerio burgués, un grupo teocrático, burocrático o militar. Esto no ayuda mucho a planear estrategias constructivas.

De todos modos el primer grupo a distinguir es la totalidad, la nación o pueblo entero. La opresión en este caso es la

ejercida por otro pueblo que conquista o coloniza, y se siente en todas las zonas pero con intensidad diferente según los casos. La más sentida es la ocupación militar con pérdida de soberanía territorial y asentamiento del vencedor en la propia patria, como ocurrió en gran escala por última vez a los pueblos americanos y africanos y en escala pequeña a los palestinos. Costó más percibir la pérdida de soberanía económica, y todavía no se percibe claramente el colonialismo cultural —ideológico y social—, que es el más profundo de todos y hoy es base de los demás.

Los conflictos entre naciones han sido en todas las épocas los que más han movilizado a las mayorías. Son las luchas nacionales, tanto o más que las clasistas, las que llenan la historia. Aunque entre las causas de la mayoría de las guerras —conquistas imperiales, rivalidades comerciales o políticas, aun invasiones bárbaras— encontramos los intereses económicos de algún grupo social privilegiado, eso no quita que la población entera sintiera la guerra como suya propia, no sólo porque le tocaba sufrir sus tremendas consecuencias: muerte, captura, devastación, hambre, peste, pérdida de seres queridos, sino por la necesidad humana de tener un grupo de referencia, base del patriotismo.

La realidad histórica muestra que las mayorías dominadas no tenían tanta conciencia de clase, como de nación o pueblo, o por lo menos de comunidad local. Por su parte en cambio, los grupos dominantes —que son los que más hablan de nacionalismo— tuvieron siempre en primer lugar clara conciencia de sus intereses y capacidad estratégica para defenderlos por cualquier medio, inclusive la traición a la patria o por lo menos la colaboración inmediata con el vencedor a cambio de no perder todos sus privilegios.

Es que para las mayorías, la "patria" es el máximo protector concreto. Este concepto de "patria", por supuesto es muy variable, y pocas veces coincidió con el que tenemos hoy, pero con ese nombre u otro siempre hubo un concepto que desempeñó una función similar. Para pueblos pequeños, como tribus o comunidades más o menos independientes, esa patria es todo el pueblo; el grupo de referencia. Para los grandes países esa idea estuvo siempre asociada a la región local y al sistema de autoridades que garantizaba protección, y en general se le personificaba en el soberano, o la dinastía, más que en el territorio total o sus habitantes, de cuya existencia apenas se estaba enterado y que podían ser de otra raza, lengua y religión.

Cuando esa autoridad legítima llamaba a luchar contra el extranjero era que se producían las guerras populares de defensa o liberación nacional. Si el llamamiento no llegaba, sea porque las clases altas preferían entenderse con el enemigo, o luchar con él sin movilizar al pueblo como en cualquier conflicto entre grupos privilegiados, entonces las

mayorías permanecían como espectadoras, mientras las dejaran, es decir, mientras el invasor no se metiera directamente con ellos.

En los países grandes, esos invasores eran generalmente una minoría minúscula comparada con la gran población campesina, y no eran competidores directos de ésta por el uso de la tierra, sino de los nobles y terratenientes por el derecho a cobrar los arrendamientos e impuestos. En esos casos los campesinos simplemente estaban cambiando de amo, y veían tan poco al nuevo como al anterior, de modo que no es raro que no se movilizaran sin un llamamiento explícito desde arriba. Mucho más cerca les tocaban, en general, las guerras entre príncipes rivales.

Así se explica que el campesino chino haya visto instalarse en el gobierno del imperio a una larguísima serie de invasores —tobas, kitanes, jurches, tangutos, mongoles, tibetanos, manchúes (que gobernaron hasta este siglo)— sin presentarles mayor resistencia, mientras que lucharon duramente contra los japoneses, y contra los hsiung-nu hace dos milenios. Los indios también contemplaron casi siempre con bastante impasividad las sucesivas oleadas invasoras desde fuera de la India —macedonios, bactrianos, sakas, partos, tocarios, hunos blancos, árabes, mongoles, ingleses— o del Norte imperialista hacia el Sud. Los conflictos entre los pequeños reinos tuvieron en cambio más repercusión popular. Por supuesto que el grado de pasividad depende también del terror que inspiren los invasores, de su superioridad bélica y de la capacidad de defensa. Esta última es sin duda mayor cuando se la organiza desde arriba.

Las desventuras de Juana de Arco son un ejemplo de este mismo tipo en Europa.

12. — Las guerras de conquista, con ocupación del territorio por el imperialismo vencedor, producen otros tipos de grupos sociales formados por los vencidos, muchas veces con diferencias étnicas y religiosas (véase más adelante, "maulas" y otros). Los colonizadores pueden ser mayoría o minoría, y estar o no en conflicto con los colonizados, pero en este siglo el conflicto violento por este motivo es nuestro pan de cada día.

Al respecto adoptaremos una clasificación de D. Ribeiro (11) que tiene importancia para el Tercer Mundo actual; la llama "configuraciones histórico-culturales" y caracteriza a los países conquistados sobre todo por la composición étnico-social, tanto en su estructura actual como en el proceso que condujo a esta.

a) **Pueblos testimonio:** descendientes de viejas civilizaciones aplastadas por la conquista, que logró suplantar sus principales rasgos culturales o estilo pero sólo parcialmente y sin

integrarlos social ni étnicamente. No muestran capacidad, por ahora, para movilizarse contra esa situación. En América, los descendientes de las civilizaciones de Perú y México (pero tal vez por poco tiempo).

b) **Pueblos nuevos:** fusión de la etnia indígena, el pueblo conquistador y otros introducidos en esa sociedad (como los esclavos). Sus tradiciones son débiles y parecen estar "buscando" un estilo propio; por desgracia lo están encontrando en la modernización refleja populista. Brasil, Colombia y algunos países del Caribe son típicos ejemplos americanos.

c) **Pueblos trasplantados:** en que la mayoría de la población está formada por descendientes de los conquistadores emigrantes, que mantuvieron continuidad cultural con ellos. Argentina y Uruguay, por ejemplo.

d) **Pueblos emergentes:** viejas sociedades que, después de haber estado colonizadas, pero sin mezcla étnica apreciable, retoman su propio camino en algún grado (pero en general adaptándose a la sociedad industrial). No hay ejemplos claros en América (Paraguay intentó serlo en el siglo pasado), pero muchos en el resto del Tercer Mundo, luchando por la liberación nacional generalmente con algunos rasgos socialistas.

Agregaremos una quinta categoría, poco numerosa pero significativa:

e) **Pueblos dispersos:** obligados por el conquistador a abandonar su territorio, o que prefirieron hacerlo mayoritariamente, y viven como minorías en varios otros países, conservando un vínculo cultural apreciable, religión lengua o costumbres. Es el caso de la diáspora judía, armenios, gitanos y parsis. En América no hay ejemplos importantes.

Los pueblos testimonio han perdido su antigua cultura o la han mezclado con proporciones mayoritarias de la de sus conquistadores, al mismo tiempo que étnicamente se distinguen muy claramente los dos tipos puros y un grupo mestizo, con ubicación social muy diferente.

Pero lo que hemos dicho sobre la permanencia de las tradiciones nos sugiere que es muy difícil asegurar que ellas no resurgirán, convirtiendo a estos pueblos en "emergentes" (como hace notar el mismo Ribeiro para los herederos de incas, mayas y aztecas).

Esta cuestión puede complicar bastante la definición misma, no sólo la viabilidad, de la sociedad a construir. ¿Qué es un proyecto "nacional" en estos casos? El carácter "multinacional" debe aparecer, como sabemos, entre las necesidades a satisfacer.*

* En el caso de Argentina, esto ayuda a definir objetivos y estrategias con respecto a los pueblos de sus tres "extremos" geográficos, y su mezcla en Buenos Aires.

13. — En cuanto a los grupos internos de una nación, podemos decir que la revolución urbana introdujo la sociedad clasista como estructura esencial de su funcionamiento —sin negar que la división en clases existiera también antes, tanto en sociedades sedentarias como nómades—, y desde entonces tenemos en primer plano la división entre dominantes y dominados, privilegiados y oprimidos, ricos y pobres o como quiera decirse.

Los dominantes han sido siempre una minoría con grandes privilegios defendidos por la fuerza y justificados por la ideología (y más tarde establecidos en la ley escrita). Por sus funciones empezaron muy pronto a dividirse en grupos, que corresponden a nuestras zonas: gobierno, ejército, iglesia, terratenientes y comerciantes, con toda la variedad posible de vinculaciones, alianzas, antagonismos, miembros comunes e influencias recíprocas. También de inmediato comenzó una lucha más o menos abierta entre ellos por el poder total —representado por el gobierno del estado—, sobre todo entre los tres primeros.

Si'n llegar al extremo de las cuatro castas principales hindúes, en casi todos los pueblos se estableció una jerarquía de prestigio social, no siempre en el mismo orden. El sacerdote no siempre precedía al guerrero, y —mucho más importante— el comerciante era a veces relegado casi al nivel del campesino medio, lo cual sin duda ayudó a frenar una posible vía propia hacia el capitalismo en Japón, India y China. Hay grupos dominados pero poco oprimidos económicamente, que podemos llamar, con D. Ribeiro, "subordinados": escribas y otros burócratas, artesanos y luego "técnicos" capaces, soldados profesionales, etc. La clasificación y descripción más detallada queda para después; aquí sólo queremos mencionar a los dominados que han tenido y pueden tener mayor importancia política.

La gran mayoría de los oprimidos estuvo siempre en el campo, produciendo el sustento para todos, increíblemente menospreciados, trabajando como animales y sin conocer del mundo otra cosa que su aldea, los recaudadores de impuestos o arriendos y los ejércitos de los conquistadores de turno.

Siempre hubo también algunos campesinos independientes, con un nivel de vida tolerable, pero ellos, como todos los pequeños empresarios de hoy, estaban a merced de cualquier fluctuación de las condiciones fiscales, financieras o climáticas, y si no alcanzaban la categoría de terratenientes, pronto volvían a la miseria. Esta clase media campesina se estabilizó recién en el siglo pasado, en Europa Occidental y EE.UU., y su desesperación por no perder lo poco ganado los hizo asumir posiciones políticas conservadoras (por fin tenían algo que conservar). En ese momento y en esos lugares, era explicable, al ver la explotación inicua y el espíritu

de lucha de la nueva clase obrera, creer que esta era la única que "sólo tenía sus cadenas que perder" y la única capaz de hacer una revolución emancipadora del hombre.

Hace un siglo todavía, el campesino, atado a sus tradiciones, alienado del resto del mundo, disperso en su trabajo —pero no en su aldea— no se diferenciaba mucho de sus antecesores babilónicos o chinos, y era difícil creer que de ellos pudiera surgir una sociedad nueva: la revolución china hubiera parecido utópica a los políticos de esa época, que esperaban todo progreso social de los países industriales. Pero aparte de su "potencial revolucionario", queremos insistir en que cualquier ojeada global a la Historia mostrará al campesinado como la clase explotada y tratada como menos que hombres. Ni los historiadores ni los escritores de la antigüedad se interesan por él; o lo ignoran del todo, como a las vacas, o los cubren de desprecio e insultos por su ignorancia, sumisión y otros defectos que sus opresores podían darse el lujo de tener en grado algo menor.

Su modo de vida cambió poco —dependía sobre todo del clima y la fertilidad del suelo, y eso a pesar de una cantidad de variantes en su situación jurídica: siervos, esclavos, colonos, o sudras, en ninguna parte del mundo eran otra cosa que objetos utilizables por las minorías privilegiadas, pero que a veces se levantaban masivamente, cuando ocurría algún acontecimiento desencadenante.

Este tradicionalismo es también resultado de una selección natural: los que no lo sentían formaban parte de la continua corriente migratoria hacia las ciudades, que se aceleró con los siglos. La mano de obra rural fue siempre escasa en la edad histórica y las pésimas condiciones de vida estimulaban al campesino a escapar hacia ciudades o tierras vírgenes. De ahí la importancia fundamental de las leyes que lo ataban a la tierra. Esta forma de opresión, que se acostumbra identificar con la servidumbre feudal, pero que alcanza también a esclavos y a colonos "libres", fue atacada en Europa y América por el capitalismo cuando la mano de obra empezaba a sobrar en el campo y a escasear en la ciudad. No ha desaparecido del todo sin embargo, y aun en los dos grandes países marxistas la libertad de movimiento del campesino está decididamente restringida.

Por eso no consideramos que este problema esté vinculado esencialmente a las diferencias entre sociedades feudales y esclavistas, y no les prestaremos mayor atención. Esa atención sólo se justifica cuando el centro del discurso es el capitalismo liberal, y se hace necesario explicar el nacimiento del obrero asalariado en Europa. Para nosotros es mucho más importante reconocer que los métodos usuales de "modernización" del campesino lo estimulan a abandonar el campo masivamente, y que para evitar el desastre económico que eso significaría, no se ha hallado nada mejor en

algunas partes que volver a los métodos compulsivos. Los países industrializados sufrieron hace rato esa emigración rural y resuelven hoy el problema contrario de manera típicamente imperialista, importando braceros de países más pobres cuando no logran retener a sus propios campesinos (para lo cual deben elevar a nivel urbano su estilo de vida, y no sólo modernizar las técnicas de cultivo).

14. — Esas vinculaciones teóricas entre fuerzas productivas y relaciones de producción, si se toman al pie de la letra pueden confundir más de lo que ayudan, y un caso típico de esto es la esclavitud.

Como forma de opresión social y política está claramente definida, y casi todos los esclavos la han sufrido por igual; pero para la explotación económica es un grupo heterogéneo e incompleto, de escasa utilidad interpretativa.

En primer lugar, no parece estar ligada a ningún nivel especial de fuerzas productivas. Siempre hubo esclavos, y su importancia económica tuvo muchas fluctuaciones: sus dos máximos se dieron en Roma —entre los siglos II, a. C. y d. C.—, y en EE.UU. en el siglo pasado, o mejor dicho en toda América entre los siglos XVII y XIX inclusive. En la Edad Media europea eran muy abundantes aunque no tanto como los siervos no esclavos —la misma palabra “esclavo” proviene de “eslavos” pues en esa época fueron esas tribus las principales proveedoras—, y aún entonces era común la esclavitud por deudas o los padres que vendían a sus hijos. Su situación era de lo más variada, y le quita todo sentido como grupo social. Había esclavos destinados al sacrificio religioso en grandes cantidades, tanto entre los aztecas como en la China Shang (y la leyenda del Minotauro indica que algo similar ocurría en Creta).

Un destino peor tenían los que eran enviados a las minas o a las galeras, o como masa de choque en los ejércitos: no vivían mucho más y en condiciones espantosas. Pero la gran masa esclava estaba destinada al servicio doméstico, y también a tareas administrativas y artesanales o aun industriales (los obreros de las tejedurías y tintorerías de Diocleciano eran esclavos, como casi todos los de las industrias griegas y también los de la antigua Sumeria). Estos gozaban de un nivel de vida razonable y era frecuente que fueran liberados.

Los esclavos del harem, eunucos, sufrían una mutilación que los marginaba socialmente, pero esa opresión social se compensaba por la influencia que adquirían en los palacios: ejemplos clásicos son el imperio otomano y varias dinastías chinas, como la Han —donde se dieron el lujo de ordenar matanzas de intelectuales—, pero los hubo en muchas otras sociedades (Narses, el general de Justiniano, era eunuco, así como el almirante chino que primero llegó a Arabia).

El extremo está dado por los “reyes esclavos” de Egipto

(esclavos del estado), siglos XIII a XVI, y del sultanato de Delhi (también el padre de Mahmud de Ghazna fue un rey esclavo).

Desde nuestro punto de vista, de todo este universo interesa separar como grupo lo que llamaremos mano de obra “forzada”, destinada a tareas pesadísimas, que nadie quiere ejecutar si no es a la fuerza, y que en general disminuyen mucho la esperanza de vida. En ese grupo incluiremos no sólo los legalmente esclavos, sino todo otro tipo de forzados. Para nosotros son como esclavos los niños obligados a trabajar desde los 5 años en las primeras industrias inglesas del siglo pasado y toda la mano de obra de los campos de concentración, que tuvo gran importancia económica en un país tan industrializado como la Alemania nazi y en otro doctrinariamente tan avanzado como la URSS. Más aún, este sistema de matar trabajando es una de las posibles maneras de efectuar el genocidio de la población sobrante, marginal, sacándole de paso algún provecho, de modo que puede llegar a tener máxima importancia política.

Esta categoría de trabajador **forzado** es un caso extremo de trabajo **compulsivo**, típico de los esclavos comunes y del sistema de castas y siervos, y que hoy perdura legalmente en el servicio militar (pocos recuerdan al soldado raso como uno de los grupos más oprimidos en todas las épocas).

Se le oponen el trabajo **contractual**, tal como fue impuesto por el capitalismo (pues también hubo mucha mano de obra forzada por contratos, que eran esclavitud por tiempo limitado, como en las plantaciones inglesas del Caribe), y el **solidario**, que se efectúa por responsabilidad social, y que pertenece al futuro y a algunas tribus pequeñas del pasado.

15. — Queda además el trabajador **marginal**, fuera de las otras categorías salvo ocasionalmente, y no integrado regularmente al proceso económico. Desempleado, campesino de subsistencia, changuista, “lumpen” ilegal, paria, etc., su característica es que la sociedad no lo necesita para funcionar, ni siquiera como “ejército de reserva” para aumentos súbitos de producción. Sus precedentes históricos son los proletarios romanos, sobre todo aquellos campesinos que quedaron sin tierra en la época ya mencionada en que se impuso el trabajo esclavo en el campo. También eran marginales los “bárbaros” asentados en las fronteras de los imperios, a la espera de una oportunidad para infiltrarse y gozar de su alto nivel de vida. Las similitudes con los marginales actuales son evidentes, y sugieren posibilidades nada agradables para el futuro.

Resultan un problema novedoso, pues, sólo por su importancia numérica creciente en casi todos los países, y el enorme problema social que presentan, tanto que la forma de tratarlos será una de las estrategias más difíciles para la tran-

sición al socialismo, y una de las características más definitorias de todo proyecto nacional. No hay que descartar sus posibilidades revolucionarias (Ribeiro, 10).

Tienen importancia política también los marginados sociales, como los extranjeros que desempeñan los trabajos más desagradables en los países ricos, y que a pesar de su utilidad manifiesta no son considerados parte del cuerpo social, sino que se los mira como una casta paria que en algún momento debe volver a su país de origen. Esta situación puede asignarles un papel político activo, más que si fueran marginados económicamente.

No haremos más que mencionar otros grupos que también tendrán un papel importante en la construcción de la nueva sociedad, pues volveremos a tratar en el capítulo 9.

En la primera fase del capitalismo pasaron a primer plano los dos grandes grupos sociales que estudió Marx: burguesía y proletariado industriales. La "alta burguesía" fue entonces y sigue siendo hegemónica, pero su poderío está en declinación: ha desaparecido de la mitad del mundo y en la parte capitalista debe compartir su poder con burocracias, sindicatos y fuerzas armadas.

Otro grupo que aspira al poder, y lo ha conseguido en algunas partes, es la alta burocracia, llamando así a los altos funcionarios estables de todo tipo de instituciones, pero especialmente —y a veces hay que separarlos— de los partidos políticos, de la administración estatal, de los sindicatos y otras asociaciones gremiales, y de las grandes empresas (grupo o estamento gerencial). Sus subordinados forman el grupo de los funcionarios y en general **trabajadores administrativos**. Ellos son los que tienen mayores antecedentes desde que se inició la edad histórica y el escriba se hizo indispensable. Ya nos hemos referido a ellos en la zona organizativa, y los volveremos a analizar.

Los intelectuales tienen poder en la zona ideológica; lo que hemos dicho sobre ésta define entonces su posible papel. Sufren en este momento una crisis de inseguridad, producida por su evidente incapacidad de proponer soluciones a los problemas sociales, y a ellas responden de tres maneras típicas: exagerando su especialización profesional —lo que en general los convierte en "científicistas" o su equivalente en las otras actividades intelectuales—, aferrándose dogmáticamente a algún sistema de ideas más o menos coherente y completo, como el marxismo, o "yendo a buscar la sabiduría al pueblo", es decir, renunciando a sus funciones.

Ninguno de los tres tipos sirve para la construcción del socialismo, pero muchos de ellos son recuperables por la práctica, y muchos otros surgirán del pueblo, en cuanto éste perciba que no todo es sentido común.

El obrero industrial, hoy personaje clave en la sociedad, apareció hace apenas dos siglos, y tiene características tan

especiales que no vale la pena buscarle precedentes históricos: los trabajadores de las manufacturas anteriores a la revolución industrial, esclavos o asalariados, tenían otros problemas y su importancia económica y numérica era mucho menor.

Nos limitamos aquí a señalar que constituyen el único caso de una clase social numerosa, aunque no mayoritaria, que luchó organizadamente contra una explotación inicial intensa logrando conquistas y expectativas apreciables, por lo menos suficientes para haber calmado mucho la violencia actual de esas luchas.

16. — Al estudiar los procesos de opresión y dominación entre grupos sociales, se percibe en seguida una variable importante: la movilidad entre grupos permitida por la ley o la tradición y la real. Cuando esa movilidad no existe, y cada uno pertenece a su grupo desde el nacimiento, se habla de "castas", pero usaremos este término de manera bastante más elástica, para indicar simplemente una dificultad grande para entrar o salir de un grupo social. La movilidad también aumentó explosivamente en la sociedad industrial; antes era la excepción.

En todas las sociedades ha habido castas —la nobleza, los esclavos—, pero técnicamente la palabra se refiere al sistema hindú, por ser allí donde funcionó de manera más completa y rígida (originado tal vez en diferencias étnicas, pues "casta" es sinónimo de "color"). Entre ese extremo y la movilidad completa permitida por ley, típica de hoy, ha habido muchos grados intermedios, como la obligación de ejercer el oficio paterno, tan extendida en la edad histórica. Falta todavía dar el salto a la desaparición de los privilegios de grupos y no sólo de la prohibición de ingresar a los grupos privilegiados, y por último la rotación organizada de todos los hombres, en el sentido que definiremos más adelante.

La influencia de esta variable sobre las movilizaciones revolucionarias es sin duda grande, pero no muy simple. La posibilidad legal o tradicional de ascender socialmente tranquiliza a los que tienen esa aspiración, pero cuando esa expectativa es frustrada en la práctica por influencias extralegales, o por un cambio de legislación, puede ser un factor concientizante de primera magnitud.

Por el contrario un sistema que impide la movilidad, y que por lo tanto debería despertar oposición, puede resultar muy tranquilizante, si es que está debidamente apoyado en una concepción del mundo adecuada, como ya hemos mencionado para el caso hindú. Como esto se ha repetido innumerables veces con el "derecho divino" de la realeza y la nobleza, podemos deducir que los hombres no tienen una fuerte tendencia innata contra los privilegios, y aceptan ser

oprimidos si la ideología de su grupo así lo exige. Otra vez, la seguridad espiritual es más importante que la pérdida de nebulosas oportunidades de mejoramiento, para la mayoría, hasta que se toma clara conciencia de esas posibilidades. Por otra parte, sentirse respaldado por Dios o por pertenecer a una raza genéticamente superior da mucha fuerza a los grupos privilegiados. Perder la confianza en esos argumentos es un grave síntoma de debilidad y augura la pronta pérdida de esos privilegios.

Todas estas posibilidades están muy presentes en el mundo actual, y pueden ser instrumentos tanto para la liberación del hombre como para largos siglos de esclavitud.

17. — Desde que aparecieron grupos sociales privilegiados, y ellos, para mantener o aumentar sus privilegios, exageraron la explotación y opresión de todo tipo sobre los dominados, se sucedieron las luchas sociales, de las que tenemos noticias casi desde los primeros momentos de la edad histórica. Revueltas campesinas y urbanas, de esclavos, siervos y trabajadores libres, hubo en casi todos los siglos y países en los últimos 5 mil años, pero es necesario calificarlas con cuidado.

Metafóricamente, diríamos que la temperatura social ha ido elevándose desde la revolución urbana, pero sólo ahora está muy cerca de la ebullición: hasta aquí sólo han aparecido burbujas sueltas, sin importancia en sí mismas, pero sí como síntomas de un calentamiento continuo que las produce cada vez en mayor cantidad y volumen, amenazando hoy la estabilidad de países enteros.

Todos los grupos sociales se han rebelado en más de una oportunidad. En cambio hay otro grupo oprimido que sólo en este último siglo ha mostrado tendencias rebeldes, no muy intensas ni extendidas: la mujer.

Su situación de inferioridad ha sido general, y en algunas civilizaciones —como la islámica— incluso santificada por la religión. Sin embargo la mujer ha soportado pasivamente este estado de cosas, por razones en las que casi todos están de acuerdo: ideológicas —porque así se la educaba con toda convicción desde que nacían— y organizativas —porque no tenían un lugar de trabajo común donde percibir en forma concentrada su opresión, y comentarla.

El relativo grado de emancipación de que hoy gozan fue adquirido en forma gradual.

En esta escala global, el resumen de las luchas por la **emancipación social** es que prácticamente no existieron hasta estos últimos 3 o 4 siglos. Antes hubo una inmensa cantidad de revueltas, y también muchos grandes movimientos masivos, a veces muy destructores, pero que no se proponían eliminar los privilegios sino sólo aliviar momentos extremos de opresión o sufrimiento.

Los campesinos se levantaban cuando el hambre era ya insostenible; cuando las inundaciones, la disminución de fertilidad del suelo o el exceso de impuestos (esto último con mucha frecuencia) les quitaban toda esperanza de sobrevivir. En general había una etapa previa en que la miseria les hacía vender o ceder sus tierras, y entonces ya nada se oponía a su movilización. Entonces migraban, si es que había adonde, o asaltaban tierras vecinas, como los nómades. Pocas veces pedían otra cosa que nuevas tierras y semilla.

Un caso excepcional es China, donde varias dinastías fueron derrocadas por movimientos campesinos. Eso era consecuencia de la misma doctrina confuciana, que exigía respeto por la autoridad pero también hacía responsable al emperador del bienestar de sus súbditos: si ocurrían catástrofes era señal de los dioses de que la dinastía ya no era digna servidora de ellos y era lícito combatirla. Esto era entonces aprovechado por quienes se ponían al frente de esas revueltas para hacerse coronar.

Así el campesino chino tiene una tradición de levantamientos inigualada en las demás partes del mundo: desde los Cejas Rojas y Turbantes Amarillos de la dinastía Han hasta los Taiping hace un siglo, pasando por los que ayudaron a derribar a las dinastías Tang y Ming y a los mismos mongoles; pero sólo en este siglo se propusieron cambiar la estructura social.

En Japón, India y Egipto, más respetuosos de la autoridad, se limitaban a emigrar o producían desórdenes sin objetivos claros, hasta que recibían alguna ayuda o morían de hambre. En la Europa medieval hubo revueltas campesinas famosas por su extensión y duración, como las causadas por la falta de defensa ante las invasiones escandinavas, o más tarde las "jacqueries" en Francia, pero también sin objetivos políticos. Estos empezaron a aparecer en las guerras religiosas y contra los príncipes en Alemania, o en las revueltas inglesas por el problema de los cercos, bien estudiadas por los marxistas (y también algunas de carácter "reaccionario", como la rebelión campesina de la Vendée contra la revolución francesa).

Las que sí tenían un carácter emancipatorio, por fuerza, eran las rebeliones de esclavos, que por lo menos aspiraban a la libertad y a veces a fundar una nación propia. Lo extraño es que hubo muy pocas de alguna importancia: menos de una docena en todo el mundo. Las más numerosas ocurrieron en Roma, cuando el sistema se estaba difundiendo rápidamente, y nuevos esclavos llegaban constantemente en grandes cantidades. Antes de la rebelión de Espartaco había habido una mayor aún en Sicilia, y ambas fueron combatidas sangrientamente. Tuvieron éxito sólo en casos excepcionales: una tribu africana —los zany— trasladada en bloque a Persia musulmana, que aprovechó su unidad "nacional"

para formar un estado rebelde que duró varias décadas, y el caso de Haití, favorecido por la revolución francesa y la homogeneidad "nacional" de los esclavos después de varias generaciones en la isla. También las revueltas de los mese-nios, esclavos-ilotas de Esparta, tuvieron el carácter de una guerra nacional.

Por lo general, cuando había deseos de emancipación se expresaban por medio de utopías "milenaristas" (por el fin del mundo anunciado en Europa para el año mil), dirigidas por líderes mesiánicos. Estos movimientos no buscaban cambiar la estructura social sino un rincón tranquilo donde poner en práctica sus ideas, como las comunidades hippies de hoy.

Has hubo de todas clases y colores, pero siempre pequeñas y de corta duración. La mayor parte de las veces no pueden llamarse rebeliones, pero la sociedad ejerció violencia para liquidarlas. Caso ilustrativo: la sociedad "comunista" —pero con esclavos— de la facción qarmata del Islam en Bahrein.

Revoluciones verdaderas, en que un grupo social quiere desplazar a otro del poder, hubo también muchas pero entre grupos privilegiados. Recién a partir de la revolución francesa —si damos suficiente importancia al grupo Babeuf— aparecen intentos conscientes de proletarios urbanos por terminar con la opresión de todo tipo. Es típico, y muy significativo, que este intento se planeó en una situación en que la autoridad tradicional, legítima, ya había sido derribada en un conflicto con otro grupo privilegiado: la burguesía. También la revolución soviética fue precedida por el derrocamiento del zar por la clase media y la revolución china por el derrocamiento del Imperio años antes.

Hoy la mayoría de las revoluciones siguen siendo hechas por grupos desprendidos de minorías privilegiadas, pero la novedad es que muchas veces las hacen "en nombre del pueblo", como en varios casos actuales de golpes militares (también hay precedentes para golpes militares populistas, como en Bizancio hace 12 siglos).

18. — Zona Individual

En última instancia es cada individuo el que decide si apoya o no un movimiento político, si participa o no en una movilización, si cree o no en las informaciones que recibe. Esas decisiones, así como todas sus actitudes y su estilo de pensamiento, sufren influencias fundamentales de la sociedad, desde el nacimiento mismo, y en una obra como ésta toda observación de tipo psicológico tiene que ser de psicología social. Pero aun en sociedades muy estables las diferencias entre individuos existen y son importantes para la acción, de modo que no podemos satisfacernos con diseñar estrategias de prédica o movilización pensando en un individuo tipo

para cada sociedad, o aun para cada grupo social de cada país.

Puede haber estrategias políticas que se dirijan en una primera etapa a individuos de ciertas características que no son las "normales" o promedio para la sociedad o grupo: esto ya ocurre automáticamente cuando los movimientos políticos resultan formados por "activistas", es decir por personas que son menos pasivas que la mayoría. No alcanza entonces con decir que los campesinos de cierto país son "sumisos" o sus estudiantes "rebeldes", sino que es importantísimo saber cuántos hay que no cumplen esa norma, o la cumplen en grado extremo, porque aunque sean una minoría pueden tener afectos multiplicadores o inhibidores tal vez decisivos.

Si esas minorías son insuficientes, puede intentarse ampliarlas por medio de la prédica y otras técnicas, pero para eso sería muy conveniente tener alguna idea sobre las posibilidades y límites de esos esfuerzos, que podrían dedicarse a otras cosas ¿Qué flexibilidad tiene el "carácter" o la "comprensión" o "conciencia" de una persona (en el sentido más familiar de estos términos)? Para esto hace falta una psicología social comparada muy amplia, que deberíamos llamar antropológica, o histórica, que nos indicara cuánto ha variado el carácter y el conocimiento de una época a otra, de un pueblo a otro —además de las variaciones dentro de un mismo país o grupo y de las que sufre cada individuo durante su vida—, para extraer de todo eso alguna estimación de lo que podría variar en el futuro, tanto en el corto como en el largo plazo, y de las condiciones e instrumentos más favorables para lograr los cambios deseados.

En parte esto se refiere a problemas fáciles, como si la "naturaleza humana" es egoísta, o agresiva o generosa, pero sobre todo interesan los problemas prácticos de viabilidad social y política del FN: con cuánta gente se puede contar para tales cosas si se hacen ciertos esfuerzos de reclutamiento. Cómo se deben formar y seleccionar los militantes de un movimiento. Con qué velocidad pueden cambiarse las actuales motivaciones materiales de los trabajadores para ir las transformando en motivaciones típicas del socialismo, evitando ciertas tristes experiencias de la historia reciente. Para cada individuo, frente a una situación política nos interesa: a) cómo la percibe, b) cómo se orienta ante sus alternativas visibles, c) cómo actúa o se moviliza.

Por ejemplo, puede percibir o no, siendo obrero, que el patrón lo explota. Si lo percibe, uniéndose ese conocimiento al resto de sus ideas sobre el mundo y a sus motivaciones personales, puede optar entre el socialismo, el reformismo, o hacerse patrón. En cada uno de estos casos, puede actuar con distinta intensidad y habilidad para lograrlo, desde arries-

gar la vida hasta esperar a que los demás saquen las castañas del fuego.

Lo mismo vale para situaciones que usualmente no se consideran políticas, sino sociales, especialmente el comportamiento dentro de una institución cualquiera. Un partido político es una institución, con sus objetivos, funciones o roles, estructura, normas, recursos; su personal son los militantes. ¿Cómo organizar ese partido si el militante debe tener ciertas características del hombre socialista que hay que estimular? ¿Cómo es esa relación militante-partido? También aquí tenemos problemas de comprensión, conocimiento o "conciencia", de motivaciones o expectativas, y de conducta frente a la acción, que es usual discutir con términos difíciles de aplicar, como "voluntad", "sentimientos", "emociones", "inteligencia", etc.

Lo poco que podemos decir sobre este tema, lo ordenaremos entonces según esas tres categorías bien diferenciadas: conocimiento, motivación y acción.

19. — El problema de la capacidad de conocer o comprender la realidad es en política el de "tomar conciencia". Para los marxistas es sobre todo conciencia de clase, con sus cuestiones de "conciencia posible", "falsa conciencia", métodos de "concientización", etc. Comenzaremos su análisis histórico recordando la evolución de los "recursos" de que dispone el hombre para conocer, y en primer lugar para ordenar y comunicar sus conocimientos.

El recurso básico es aquí el lenguaje, a partir del cual hay varias "revoluciones informáticas". La revolución agraria exigió y produjo un cambio esencial en el lenguaje mismo —que tal vez ya estaba en marcha desde antes—, haciéndole perder el carácter "panorámico" que todavía se conserva en algunos idiomas residuales, para en cambio ir diferenciando conceptos y funciones (como sustantivos de adjetivos). Esta línea evolutiva creó palabras de contenido cada vez más preciso, mejor definido, menos intuitivo y culminó con la formalización matemática y los lenguajes de computación. Antes, el lenguaje sólo debía comunicar situaciones, peligros, emociones, órdenes directas; podía ser ayudado y hasta reemplazado por gestos, dibujos y otras formas artísticas. Desde la revolución agraria debió comunicar instrucciones rigurosas para el trabajo de la tierra de los próximos días o meses y para el uso de los excedentes.

Como toda especialización, esta mayor precisión del lenguaje resolvió ciertos problemas a expensas de otros —por ejemplo la comprensión intuitiva o la comunicación rápida y fiel de conceptos complejos, como los ideológicos—, y será necesario desarrollar métodos mejores que la TV actual para eliminar las diferencias culturales que eso ha ayudado a im-

plantar (como el problema de las "tres culturas" que veremos más adelante).

La época histórica introdujo desde sus comienzos una segunda revolución informática: la escritura —o sus formas embrionarias como el "quipu" peruano—, que resultó necesaria primero para inventariar la acumulación de bienes, y luego para archivar toda clase de datos: rituales religiosos, series dinásticas, censos. Después de la edad oscura mediterránea (que concluyó hace tres milenios), y antes aún en Egipto y Babilonia, esa escritura ya era capaz de reproducir narrativas, ensayos y otras disquisiciones complejas, y se había empezado a convertir al alfabeto. Así se revolucionó la acumulación de conocimientos, que fueron seriamente sistematizados por primera vez pocos siglos después, en la Grecia clásica. Allí se inició la lógica, el método axiomático, la teoría abstracta, el racionalismo (cuyo único precedente fue la astrología).

Al lado de esa tercera revolución informática, la misma imprenta es un invento de segunda magnitud, y tenemos que esperar otra vez a la sociedad industrial para encontrar novedades similares. Esta profundizó y perfeccionó todas esas líneas gruesas, completando la técnica de la formalización matemática de teorías físicas e introduciendo —sobre todo en el siglo pasado— algunos conceptos ordenadores clave, como los de evolución y estadística, que permiten integrar tantos conocimientos.

La cuarta revolución informática está en su fase "maquinista": la difusión de las computadoras. Cuando aprendamos a manejarlas inteligentemente nos ayudará a salir de la etapa artesanal del conocimiento en que todavía estamos, si usamos un marco de referencia correcto.

20. — Cualquiera sea el lenguaje de que disponga, el hombre lo usa para expresar y mejorar su ideología o modelo del mundo, comprender, decidir. Es aquí que la "tecnología informática" adquiere importancia, para detectar errores que de otro modo quedarían disimulados.

No hablamos sólo del problema de la falsedad de ciertas creencias, de su falta de correspondencia con la realidad. Aquí interesa igualmente otro tipo de errores de comprensión más elementales y a veces de mayor importancia política. Se trata de las contradicciones que contienen casi todas las ideologías individuales, y que en general son un obstáculo para la concientización racional y facilitan la falsa conciencia, mediante el uso de "modelos cerrados" de pensamiento, que ya hemos descrito.

La situación es análoga a lo que se observa en todas las grandes doctrinas, salvo en el momento de nacer: discrepancias evidentes —pero silenciadas— entre los grandes principios y su supuesta aplicación práctica. Esta es una vieja

lección que tiene importancia para nuestros objetivos: los hombres tienen una capacidad increíble para no ver lo evidente: las contradicciones entre ideas, o entre la prédica y la práctica, no se perciben cuando los líderes y minorías dirigentes hacen como si no existieran, y los individuos que las señalan son rechazados, porque producen inseguridad. Pero esto ocurre mientras se mantiene un mínimo de confianza en todo el régimen en su conjunto; cuando es éste el que produce inseguridad —sea económica o de otro tipo—, lo evidente se ve, y la reacción puede ser violenta. En el campo religioso, el ejemplo mejor conocido de esto lo tenemos en la Reforma; en el campo político, en la Revolución Francesa.

Este fenómeno puede llamarse "falseamiento" y es un arma política de primer orden: permite matar en nombre de Cristo, oprimir en nombre de Marx, pedir protección estatal en nombre de la libre empresa.

¿Cómo se puede pensar sosteniendo contradicciones? El mecanismo es bien sencillo: nuestra mente —como nuestros sentidos— sólo es capaz de percibir lo que está enfocando en primer plano; lo demás es ruido de fondo, una nubosidad sin relieves que como máximo produce una irritación o intranquilidad difusa. Nuestro modelo del mundo puede contener ideas profundamente contradictorias, **mientras no las enfoquemos juntas**. Este enfoque está dirigido por la prioridad de los problemas, por el interés, las motivaciones, y estos intereses pueden ser orientados por la propaganda hasta extremos increíbles —como el de dar la vida—, sobre todo cuando se trata de alejar la mente de ciertos temas y no de incitar a ciertas acciones, lo que siempre cuesta más esfuerzos.

Si una parte de mi modelo del mundo dice "A es cierto", y otra parte dice "A es falso", el modelo es contradictorio, inconsistente, y de él puede deducirse cualquier cosa. Pero yo no tengo por qué ser consciente de esa contradicción, si cada vez que pienso que A es cierto logro olvidarme —por mecanismos que los psicólogos conocen— de su contrario; eso es especialmente fácil si A es un concepto no muy bien definido y que puede disfracarse con diferentes palabras. Está claro entonces por qué dijimos que una buena tecnología informática ayuda a no caer en estos errores.

Dada la presión inmensa de los medios de difusión actuales, la tarea de mostrar —y hacer internalizar— las contradicciones evidentes de la sociedad actual y sus peligros se hace muy difícil con las técnicas de prédica usuales. Es imprescindible desarrollar nuevos métodos.

21. — A este fenómeno de falseamiento se suma la escásima difusión real —cubrimiento— de las grandes ideas y principios. Los modelos del mundo no han evolucionado en

la misma forma o con la misma velocidad para las distintas clases sociales. Hay un fenómeno evidente de doble, o mejor dicho **triple cultura** en todo el planeta, desde la revolución urbana.

La gran mayoría de los cambios ideológicos nació en las ciudades, y dentro de éstas en minorías privilegiadas, que tenían condiciones materiales de vida que facilitaban la creatividad.

Esas condiciones sólo son aprovechadas por una pequeña minoría dentro de esas minorías privilegiadas, tanto para la creación como la comprensión real y profunda de las nuevas ideas. El resto las acepta en la medida en que en **alguno** de sus aspectos respondan a alguna necesidad real, y en ese aspecto la comprensión es profunda, aunque no siempre sea racional o aún consciente. Por eso mismo casi nunca se toma ese aspecto útil aislado, sino todo el nuevo esquema, cuyas demás partes son entonces asimiladas sólo superficialmente, y deformadas cada vez que así conviene. Poco a poco esa deformación puede alcanzar también a los principios que hicieron adoptar el sistema en bloque.

En la práctica, las mayorías urbanas aceptan con bastante velocidad el nuevo lenguaje, pero le asignan un contenido que es mezcla, sincretismo, de sus creencias anteriores con las escasas ideas nuevas que les conviene adoptar. El resto, incluso la nueva terminología, se usa como ritual, con intención mágica: son cosas que **hay** que decir, pero que no están en el mismo plano que la realidad cotidiana, donde la ideología que vale es el **sentido común**. En el campo, esto es aún más intenso. Es pues una falsa comprensión, que llamaremos **comprensión ritual**.

Esta falta de comprensión profunda no se refiere sólo a las mayorías: es un fenómeno extendido incluso a las capas intelectuales, sobre todo en los últimos tiempos. Así como tantos sacerdotes han predicado religiones sin comprenderlas —ni practicarlas, salvo en sus ritos formales—, y tantos maestros han enseñado lo que no eran capaces de aprender, tenemos hoy una gran masa de científicos, literatos y políticos que repiten teorías y doctrinas de cuyo significado global no tienen real idea —pero creen tenerla— y a las cuales traicionan a cada momento en su trabajo específico. Tienen sólo comprensión "operativa".

Así pues tenemos tres niveles de comprensión de una idea, doctrina o teoría (cuatro si agregamos la ignorancia total, que es pasajera): profunda, operativa y ritual, y eso nos da las tres culturas cuando lo aplicamos a la imagen del mundo.

El nivel operativo —que es por ejemplo el de los tecnócratas y burócratas— es el más peligroso. Es una comprensión superficial que permite usar las ideas mecánicamente y familiarizarse con ellas; es el mínimo para que la socie-

dad funcione y es suficiente para las situaciones rutinarias. El peligro está en que casi nunca es consciente de sus limitaciones y opera también en situaciones fuera de lo común, donde puede ser insuficiente.

El "hombre mediocre" es un caso extremo y peyorativo de este nivel de comprensión; en la mayoría de los casos los individuos no son nada mediocres **para ciertas cosas**, de las que tienen comprensión profunda, y son "operativos" o "rituales" en otras. El socialismo se propone desalienar también en el sentido de ampliar para todos el campo de comprensión profunda, sobre todo en el aspecto que nos trajo a este tema: la ideología o modelo del mundo.

Ya hemos dicho que el triple nivel aparece también en el terreno de las decisiones: las minorías "dominantes" gozan de privilegios, pero sólo una minoría dentro de ellas es la que realmente decide en todo lo importante. Lo mismo ocurre si en vez de minorías hablamos de instituciones, tanto políticas como productivas.

Es curioso que en un hormiguero el único de estos tres niveles, tanto de comprensión como de decisión, que existe es el intermedio, el operativo. Evidentemente es una estrategia muy buena para sobrevivir y difundirse, pero no muy creativa que digamos. Conviene tenerlo en cuenta porque hay algunos falseamientos del socialismo que pueden, sin querer, llevar a algo parecido.

Los hombres también han hecho algunos intentos de funcionar sólo operativamente; tal vez un buen ejemplo sea Esparta, o mejor dicho, la imagen usual que se tiene de ese estado. El arquetipo de despotismo que hemos definido en el Cap. I tiende a eso en muchos aspectos.

22. — Motivaciones

Motivaciones son todos aquellos factores que se toman en cuenta —a veces inconscientemente— al elegir un curso de acción, sin que ello signifique que la acción se "implemente" o realice sino sólo que se tiene tal intención, o inclinación. Cuando la acción se realiza, sus motivaciones la "explican"; es la más típica explicación finalista o teleológica. Clasificar motivaciones es una tarea pesada y compleja, en la que se ve con claridad cuánto influye el objetivo del clasificador.

Hay motivaciones diferentes según el tipo de acción que deben motivar: trabajar, militar políticamente, arriesgar la vida en acciones militares, estudiar y "portarse bien" (para niños y no tan niños), respetar normas, valores, costumbres sociales e institucionales, cambiar de ideología (tener alguna es automático).

De éstas nos interesan especialmente las que se refieren a militancia y trabajo.

Hay motivaciones diferentes según el tipo de problema que les da origen: subsistencia-opresión-alienación, o más en detalle, la satisfacción de la lista completa de necesidades humanas dadas en el capítulo I, u otra similar. Aquí hay que distinguir entre las metas **deseadas**, pero lejanas, y las **expectativas** realistas para el corto plazo.

Son muy populares las clasificaciones basadas en las "emociones", "instintos", "humores", "tipos psicológicos", "carácter", etc., que pueden coincidir en parte con las anteriores: agresividad, curiosidad, miedo, amor, odio, sexo, hambre, sumisión y muchísimas otras categorías, aparte de todas las usadas por los psicoanalistas.

La más usada de éstas en Historia es la **ambición**, sea de riquezas, prestigio social o puro poder sobre los demás, político o físico. Para nosotros esto consiste en tener metas muy altas para ciertas necesidades, pero limitadas a uno mismo o a un cierto grupo, mientras se asignan metas mucho más bajas a los demás. El socialismo supone que es posible reemplazarla por participación y creatividad, entre otras fuerzas. La ambición parece motivar seriamente a una proporción muy pequeña de individuos. A ésta se contraponen las motivaciones "defensivas": la meta es mantener un cierto nivel de satisfacción de necesidades ya alcanzado o a punto de serlo. Dicho nivel puede ser alto o bajo. Este miedo a perder lo que se tiene —poco o mucho—, motiva tal vez a la mayoría de los individuos.

Luego hay diversas clasificaciones dicotómicas: "premios/castigos", "materiales/no materiales", "inmediatas/mediatas", "individuales/compartibles", "vitales/secundarias". Entre las individuales hay que destacar una muy rara pero importante, que podemos llamar "vocación" —la iluminación mística es un ejemplo, pero todos los grandes genios y héroes también— y que orienta de manera extraordinaria (obsesiva podría decirse) las actividades de ciertos individuos, permitiéndoles cumplir hazañas materiales o espirituales que luego son recordadas por toda la humanidad. La vocación tiene un análogo compartible, también de gran importancia política y es el **carisma**, que motiva a la gente a seguir a líderes cuya vocación presente y quiere compartir.

23. — Aquí nos interesa distinguir las grandes motivaciones que han servido para mantener y para cambiar estilos, y de ellas, cuáles han sido "invariantes históricos" y cuáles pueden considerarse típicas de un estilo determinado. Por ejemplo, la misma definición de socialismo que se ha dado indica que en este estilo las principales motivaciones deben ser la solidaridad social, la responsabilidad (derivada de la anterior), el deseo de participar y la creatividad, además de las que son válidas en todas las épocas, basadas

en la necesidad de aprobación social por un grupo de referencia muy amplio: todo el pueblo.

Las motivaciones más generales en la historia son las originadas en los tres grandes problemas: subsistencia-opresión-alienación. Ya hemos dicho que la opresión sólo preocupaba a los opresores (ambiciosos) hasta hace pocos siglos, pues los oprimidos tenían bastante con asegurarse la subsistencia. La alienación era sólo motivadora de élites intelectuales y hacer extensiva el deseo de eliminarla es objeto típico del socialismo.

Pero además de éstas —algunas vitales y apremiantes, otras postergables— vamos a señalar con mucho énfasis otra gran fuerza motivadora que siempre ha actuado y debe tenerse en cuenta en toda estrategia política: es el deseo de **seguridad** (que figura como una de las necesidades humanas de nuestra lista), o sea de no tener miedo de perder lo que se posee, en última instancia.

Nos referimos tanto a seguridad material como espiritual, para el presente y para el futuro. Esta última muy rara vez se encuentra dentro de uno mismo, salvo para ciertos problemas especiales que uno tiene confianza en saber resolver por experiencia anterior. Existe en los casos de vocación que hemos mencionado, y en cierta medida en todos los ambiciosos. Existe también en los que comprenden, o creen comprender, el mundo mediante el conocimiento o la intuición.

Para la gran mayoría de la humanidad en cambio podemos admitir que la seguridad se obtiene mediante algún poder externo que actúa como **protector** y es evidente la analogía entre éste y el papel del padre para los niños. Madurez, confianza en sí mismo, liberación de la necesidad de protección paterna permiten muchas analogías útiles entre familia y sociedad.

En estos términos se ve que es correcto el deseo de los intelectuales socialistas de eliminar el paternalismo, pues equivale a desear la madurez, la posibilidad de participación profunda e igualitaria para todo el pueblo. Lo que en cambio es voluntarismo ingenuo y utópico es creer que para que el niño madure basta con que el padre desaparezca o renuncie a su función; madurará en algún sentido, si no se muere antes o se busca otro padre, pero quizás con un tipo de madurez que no es el que esos utopistas desean.

Ya hemos hablado de la protección: se la puede buscar en la solidaridad de un grupo, en la solidez de una institución (sindicato, empresa), en la autoridad y el orden, en líderes carismáticos —que inspiran confianza por la seguridad en sí mismos que su vocación les da—, o por lo menos en caudillos locales o “padrinos”.

La seguridad espiritual se obtiene depositando la fe en una religión determinada, o en algún otro tipo de esquema del

mundo —sobre todo en “modelos cerrados”—, como el marxismo y otras doctrinas ateas o agnósticas (pitagóricos, ciertos confucianos, esenios, estoicos).

Es notable cómo estas fuentes de seguridad se refuerzan cuando van acompañadas por rituales, por arbitrarios que sean. La magia y la superstición perduran porque sus fórmulas, recetas y ritos dan seguridad, o tal vez sea más correcto decir que romper cualquier tipo de rito, es decir de orden, quita seguridad.

El totem protege a la tribu; los emperadores “hijos del cielo”, los soberanos por derecho divino, dan más seguridad —mientras se puede creer en eso— que un gobierno elegido por votantes iguales a uno mismo, y por lo tanto inseguros. Pero en estos casos el gobernante es reemplazado por la ley, el orden institucional, apoyado en fuerzas bien seguras como la policía y el ejército.

Pero está claro que todos estos protectores gozan de confianza, dan seguridad a un individuo, sólo cuando el **grupo de referencia** de ese individuo los ha aceptado, legitimado. Las personas “sueeltas” no existen —mejor dicho, son casos patológicos o vocaciones excepcionales—, todos tenemos uno o varios grupos de referencia —familia, aldea, fábrica, club, logia, patria—, en cuyo seno hemos crecido, que han dado forma a nuestro modelo del mundo y en los cuales se apoyan todas las otras fuentes de seguridad. Si mi confianza en un protector no es compartida por mi grupo, la pierdo o cambio de grupo de referencia, lo cual no es nada fácil. Si el grupo que legitima es grande, y más aún si se extiende mucho hacia el pasado, la seguridad aumenta.

Anotemos que seguridad no significa necesariamente garantía absoluta y menos aún confianza en que el protector va a satisfacer nuestras necesidades sin esfuerzo nuestro. Es suficiente con que se garantice un **orden** que le permita a uno hacer sus cálculos racionalmente y tomar decisiones sin demasiados imprevistos. La ciencia da seguridad porque introduce un orden en la naturaleza; las instituciones, códigos, autoridades, dan orden a la sociedad; las ideologías ordenan el universo entero y en especial los valores, la moral. Si queremos buscar explicaciones “fisiológicas”, podemos pues atribuir la importancia de la seguridad a que el cerebro humano no funciona por reflejos, instintos o al azar, sino por cálculos de “costo/beneficio” (en un sentido muy general) racionales, que exigen una cierta estabilidad de las reglas de cálculo —científicas o no— aplicadas. Pero este tipo de explicaciones ayuda muy poco en la práctica; su función es, nuevamente, “ordenar”; ubicar un concepto suelto en un esquema más amplio; dar confianza.

24. — El populismo “ideal” o democracia, es decir el que no está dirigido por líderes o partidos que en realidad son

tan autoritarios como cualquier oligarquía, puede significar un paso hacia la madurez, pues por lo menos indica confianza del pueblo en sí mismo; buscar la seguridad en las propias fuerzas. Sin embargo, para que esto sea positivo, esa confianza debe estar justificada en la existencia real de esas fuerzas; si no —prosiguiendo con la analogía familiar— es como la pretendida madurez del adolescente que quiere hacer su propia vida pero busca el auxilio de sus padres en cuanto tiene algún problema serio. Esos regímenes populistas son inestables; pueden durar mientras las cosas funcionen razonablemente bien pero tienen tendencia a volver al autoritarismo, y entonces de manera más aguda.

De todos modos, así como a los niños muy pequeños ni se les ocurre independizarse, el solo hecho de hacer la prueba significa que los pueblos ya no son tan "niños". Insistamos por las dudas en que la madurez es condición necesaria para el socialismo pero de ningún modo suficiente: también Hitler tenía confianza en sus propias fuerzas; también puede haber bandas de ladrones organizadas democráticamente, con plena participación. Falta decir madurez para hacer qué, participación en qué actividades. Tanto la democracia como la estización pueden conducir a estilos muy desagradables.

Por supuesto, la democracia mal orientada es el menor de los peligros actuales. La gran amenaza es que el despotismo puede satisfacer perfectamente la necesidad de seguridad, garantizando un orden en que cada uno tiene su lugar, como en un hormiguero o una sociedad de castas.

El despotismo elimina el pluralismo político, la libertad de pensamiento, la posibilidad de cambiar de estilo, pero la libertad amplia es una necesidad sentida por muy pocos (vale la pena recordar el análisis del "miedo a la libertad" de E. Fromm [14]).

De todos modos en esa minoría que no necesita seguridad desde afuera sino justamente libertad para ejercitar sus propias fuerzas, es que está el punto débil del despotismo, y que nos hace asignarle una estabilidad menor que al socialismo. Esas minorías siempre existen —la estadística lo exige— y tarde o temprano se les presenta la oportunidad de influir decisivamente.

De todos modos, hasta hace uno o dos siglos la historia mostraba sólo individuos aislados seguros de sí mismos, y grandes mayorías —incluyendo a privilegiados también— que buscaban seguridad en protectores externos: religión o estado o líderes más o menos cercanos. La emancipación de ese paternalismo está en pleno proceso, y es lógico que produzca inseguridad e inestabilidad. Nuevamente, como en otros terrenos, es la gran oportunidad para un estilo creativo, pero también para otros, viables y probables.

El uso del deseo de seguridad como motivador y movilizador no debe exagerarse o se le puede quitar todo con-

tenido. Es fácil por ejemplo "explicar" la ambición de riquezas y poder como una búsqueda de seguridad, pero así llegamos a las vaciedades que han hecho inútiles a conceptos como hedonismo, libido, espíritu pequeño burgués o posesión por el demonio. Aquí nos referimos a la seguridad de no sufrir ciertos daños o "costos" bien definidos y visibles, como los que hemos mencionado (pero no hace falta dar su listado completo).

Vinculadas a la inseguridad hay varias emociones —miedo, ansiedad, angustia— que también se suelen dar como eternas motivaciones. No hace falta decir aquí nada sobre ellas. En cambio es importante ubicar el concepto de "amor", sobre el cual tanto se ha escrito y en el cual se deposita tanta confianza. En su sentido de **solidaridad social, responsabilidad ante todos**, premiada por la **aprobación de todos**, compartimos esa confianza en él como fuerza motivadora. Pero no usaremos la palabra "amor" porque cubre demasiadas cosas y se la ha comercializado hasta quemarla. Es preferible, creo, reservarla para un sentimiento que justamente **diferencia** al individuo amado entre todos los demás, y que es por otra parte su acepción más corriente. De todos modos, aun cuando se lo interpreta como amor a toda la humanidad se presta a confusiones; no es lo mismo hacer algo **por amor**, que construir una sociedad **para** el amor, como pretenden algunas comunidades hippies y sus abundantes antecesores históricos. La prédica del socialismo no debe confundir ambos aspectos.

Hay que admitir que la eficacia del amor o la solidaridad como fuerza motivadora se ha probado hasta hoy sólo en grupos pequeños, lo cual es sólo una superación insignificante del egoísmo individual, y está conduciendo en algunos países a sistemas "empresocéntricos" donde la solidaridad es grande dentro de cada empresa —cooperativa o autogestionaria— pero no hay escrúpulos en explotar a los de "afuera".

La verdad es que hasta ahora han sido más eficaces el odio, la venganza, el deseo de castigar al opresor, como motivadores y movilizadores. Muchas religiones aceptan la "cólera de Dios"; el marxismo propone la dictadura del proletariado y este autor no encuentra razones para rechazar estas fuerzas en bloque, pues pueden ser tan constructivas como el amor puede ser destructivo. Eso ocurre con todos los conceptos tan amplios; depende del contenido que se les dé. El populismo puede ser terreno fértil para experimentar los contenidos concretos que pueden tener todos estos conceptos.

25. — En cuanto a la evolución histórica de las motivaciones humanas, no tenemos más fuente que la literatura, y ella nos dice que ya Gilgamesh el sumerio, Sinuhé el egip-

cio, Paris el troyano, eran bastante parecidos al individuo actual, o por lo menos no nos producen ninguna sorpresa. Las leyendas hindúes antiguas presentan personajes algo menos comprensibles, pero es seguramente más culpa de los autores que de la realidad. Cervantes, Shakespeare, Molière, Voltaire y tantos otros nos identifican con el hombre anterior a la revolución industrial. Existieron sin embargo ciertos grupos sociales que por circunstancias especiales actuaban por motivos poco usuales entre nosotros, pero siempre es fácil explicarlo por influencia de una educación especial, sin necesidad de recurrir a ninguna patología de la "naturaleza humana".

Un ejemplo bien conocido por los sociólogos es el empresario puritano de los comienzos del capitalismo industrial, en la imagen que dio Weber. Su ideología calvinista lo motivaba a hacerse digno del Señor —y a darse pruebas de que había sido elegido para la salvación—, mediante el ascetismo y el trabajo; y como no podía practicarlos en un convento, como los monjes católicos, hacía prosperar una empresa. Entre su propio trabajo, la explotación despiadada de los obreros —"en su propio bien", ya que así también hacían méritos—, y la reinversión de todos los beneficios, ya que el gasto suntuario era pecaminoso, no es raro que hayan logrado dar a un país pequeño como Inglaterra un dinamismo y una acumulación inicial de capital como no se había visto en India ni en China —donde todo parecía dado muchos siglos antes para la aparición del capitalismo—, y que resultó suficiente para el "despegue" del nuevo sistema, según esta interpretación.

Este tipo humano desapareció rápidamente —y seguramente nunca fue mayoritario entre los empresarios—, pero ya entonces la sociedad industrial no necesitaba del ahorro individual para crecer. Por otra parte, éste sólo pudo ser suficiente en esa época temprana, cuando el costo del capital fijo era muy bajo, dadas las tecnologías disponibles (por eso es absurdo esperar que las "burguesías nacionales" actuales repitan ese camino cuando al mismo tiempo se les pide, en nombre de la "competitividad", que usen tecnología adelantada, cuyo costo es la suma de un siglo y medio de progresos, y que tampoco habrían estado al alcance de los burgueses ingleses si algún marciano se las hubiese ofrecido en venta).

Hubo también otros grupos con motivaciones especiales, que por las circunstancias desempeñaron papeles importantes en la historia, pero no haremos más que mencionar algunos:

- El caballero feudal y su código de honor.
- Diversos grupos monásticos.
- La aristocracia espartana y otros casos similares.
- Ciertos grupos anarquistas.

- Muchas comunidades milenaristas.
- Los terroristas "shishi" ("hombres decididos"), grupo de samurais que combinó una fuerte preparación técnica, experiencia administrativa y de mando, con el asesinato político, para lograr la restauración del Emperador, primer paso de la modernización japonesa, hace un siglo. Con menor eficacia, hubo muchos grupos similares en la historia de los cuales el más famoso es el que dio origen a la palabra "asesino".
- Los "segundones" de un grupo social privilegiado, pero que por superpoblación con respecto a sus recursos quedan marginados de éste ("segundones" por ser hijos menores sin herencia, o miembros de menos poder). Estos han desempeñado papeles muy creativos: véase en el capítulo VI el nacimiento del capitalismo mercantil e industrial. Ejemplos: segundones de la nobleza feudal (europea y japonesa), de los burgueses medievales (como los puritanos recién mencionados), etc. Hoy, los universitarios sin trabajo, y pronto tal vez los segundones de los "obreros protegidos".

Aquí sólo haremos algunas referencias a las características individuales que pueden tener que ver con dicha movilización para la acción.

En primer lugar no parece haber dudas de que hay grandes diferencias individuales en este aspecto. Hay gente más "decida" ("shishi"), "valiente", "activa", "arriesgada", "entusiasta" que el promedio, en cualquier grupo social. Esto a su vez debe especificarse con respecto al tipo de acciones de que se trata: una cosa es la osadía para arriesgar dinero y otra la vida.

Es sabido además que ese rasgo depende de las circunstancias, y la más típica de éstas es la influencia o contagio de un grupo. Por eso vamos a llamar a esta característica la "temperatura" de un grupo o individuo. Con raras excepciones todos nos calentamos al entrar a un grupo caliente. Las situaciones que provocan ciertas emociones especiales —cólera, indignación, desesperación— sirven también usualmente para elevar la temperatura. Otras, como el miedo, o el amor son más irregulares: pueden paralizar o activar. Damos todos estos casos a título puramente ilustrativo; si estos términos —nombres de emociones— estuvieran mejor definidos, sería tal vez más fácil detectar regularidades, pero no vale la pena detenerse en ello aquí.

El grupo de edad parece influir sobre esta temperatura: los jóvenes son más calientes, pero tal vez es sólo porque calculan mal los costos; es decir, son irresponsables.

Todas las diferencias históricas entre pueblos y grupos pueden explicarse también por diferencias de beneficios o costos, o por influencia de la temperatura grupal, lo cual

significaría que el porcentaje de valientes "congénitos" ha sido siempre el mismo, pero no es eso lo que interesa. El hecho es que la valentía o temperatura visible, efectiva, por nacimiento, por diferentes cálculos de beneficios o lo que sea, no es siempre la misma, puede variar, y eso nos estimula a buscar métodos para aumentarla o disminuirla según lo que nos convenga. No parecen ayudar gran cosa para eso las teorías sobre los instintos, la agresividad natural o la fuerza de voluntad.

De todas las variables psicológicas mencionadas en relación con la "temperatura" o propensión a actuar políticamente, a movilizarse, vamos a elegir una que parece suficientemente aclaratoria para un análisis en primera aproximación: es la **inseguridad**.

Hemos usado el **deseo** de seguridad, o lo que es lo mismo, el rechazo de la inseguridad, como motivador de decisiones. Ahora estamos hablando del grado de inseguridad —o seguridad— que se está experimentando, como factor movilizador, como propensión a actuar, no importa en qué dirección exactamente.

En lenguaje común se dice a veces, aparentemente al revés, que la seguridad de un grave peligro es lo que hace actuar. Mientras "peligro" signifique que el daño tiene alguna mínima probabilidad de no ocurrir, este caso está incluido en nuestra definición de inseguridad.*

Cuando el daño es totalmente inevitable, es más frecuente que inmovilice, que produzca resignación y no acción.

El grado máximo de inseguridad se llama desesperación, así como la esperanza equivale a seguridad apreciable. Todos estos grados dependen de la percepción o visibilidad de las alternativas que pueden darse, sus probabilidades y sus consecuencias, o "costos/beneficios".

De todos modos la inseguridad sola es un indicador incompleto; situaciones de inseguridad similar llevan a veces a la acción y otras no (en nuestra analogía física, la misma temperatura hace hervir a unos líquidos y no a otros, y aun para el mismo líquido, depende de la presión). No hemos adelantado, pues más que en terminología; seguimos sin saber de qué depende la "temperatura de ebullición" de cada persona, dada la presión ambiente. Esto, por desgra-

* Estamos usando "inseguridad" en un sentido muy simple, que puede ser incluso cuantificable. Se trata de una persona que percibe que puede ocurrirle alguna entre varias alternativas posibles, que tienen cada una diferente "costo" para él, en algún sentido. Si es capaz de hacer alguna estimación de esos costos, y de la probabilidad de cada alternativa (después de haber tomado él las medidas preventivas que haya podido), entonces puede darse un indicador numérico de esa inseguridad, que atiende sólo a esas dos variables: costos y probabilidades. Puede demostrarse que el más natural es la dispersión estadística del costo (con respecto a su valor medio, el "riesgo").

cia, no figura en los textos de psicología. Tampoco adelantamos nada hablando de "fuerza de voluntad", "agresividad" y otros conceptos ya mencionados. Por otra parte tampoco necesitamos una explicación teórica; por el momento bastaría con algún indicador que nos dijera cuán "volátil" es una persona sin necesidad de esperar a que lo demuestre en la acción misma.

Por lo menos parece un hecho innegable que esa "temperatura de ebullición" está desigualmente distribuida, y que el porcentaje de activos y sumisos ha tenido siempre importancia.

27. — Recursos internos

¿Cómo está equipado psicológicamente cada hombre para enfrentar los problemas políticos?

¿Cómo es su capacidad potencial de comprender, actuar, elegir valores, etc.?

Decimos capacidad "potencial" para diferenciarla de la actual, existente hoy, y esta diferencia tan sencilla parece ser difícil de aceptar para muchos. Así el socialismo se basa en creer que la gran mayoría de la gente tiene suficiente capacidad **potencial** de intelecto y de sentimientos como para que sea posible una sociedad de participación creativa y solidaria, igualitaria. De ninguna manera significa creer que las mayorías tienen hoy esa capacidad; no la han desarrollado ni siquiera los privilegiados que tenían tiempo y medios para hacerlo, cómo esperar que lo hicieran quienes han sido forzados a la ignorancia y a buscar metas totalmente opuestas, por la opresión y la propaganda. Tampoco hay que irse al otro extremo: esa capacidad no es nula, pero varía según los países, los grupos sociales, las edades, etc. En cada caso hay que estudiar cómo es la realidad, sin aplicar prejuicios ni burgueses ni proletarios. El que sienta que hacer ese tipo de estudios es colocarse "por encima" del pueblo —lo que es confundir igualdad moral con igualdad técnica— que no los haga.

El problema es al revés; sabemos que los hombres tienen hoy diferentes habilidades; puede ser que se deba a diferentes capacidades potenciales, pero creemos que más bien se debe a las diferentes oportunidades de desarrollarlas que han tenido. Constructivamente, lo que buscamos es que "todos" tengan esas oportunidades en el futuro, y empezando lo más pronto posible ("todos" entre comillas porque muchos han llegado tarde: todos los que han muerto ya, y los que están demasiado viejos para ciertas habilidades que tal vez tenían en potencia pero que se atrofiaron con la edad). Que luego resulten o no todos iguales es cosa que no tiene importancia ahora; ya se verá en los hechos, pero por las dudas nos esforzaremos al máximo, como si esa igualdad fuera alcanzable.

Para pensar en estos temas sin dejarse dominar por emociones y prejuicios, es aconsejable pensar en habilidades y capacidades más neutras y mejor conocidas —como por ejemplo, jugar al fútbol—, o especificar mejor las más complejas y cargadas de valores, como “inteligencia”, en la que se confunden memoria, rapidez para deducir, familiaridad con algún campo muy limitado de la ciencia, paciencia, capacidad de abstracción, etc., etc. Es difícil creer que todos los hombres tengan la misma capacidad potencial para jugar al ajedrez, tocar el violín, memorizar fechas o manejar símbolos algebraicos, ni falta que hace para el socialismo.

Basta con que los que tengan ganas de tocar el violín puedan desarrollar su capacidad para eso y no se sientan inferiores porque eligieron violín en vez de álgebra. Debo pedir disculpas por caer a este nivel de trivialidad, pero la realidad me ha mostrado que es necesario.

De todos modos nuestro interés constructivo en este tema es que queremos llegar al socialismo con la gente que existe hoy, y que la función —para no decir “puesto de combate”— de cada uno debe adaptarse lo mejor posible a las habilidades que tiene o que es capaz de adquirir en corto tiempo. Y es un hecho que no todos pueden adquirir las mismas habilidades en corto tiempo.

Para estos propósitos, si tuviéramos que hacer una tipología de las características de los hombres, resultaría más conveniente proceder al revés de lo usual: no por las que se tienen sino por las que es más difícil a cada uno adquirir: por **carencias**.

Nadie es capaz de hacer todo bien. Todos carecemos —aunque nunca del todo —de algunas capacidades como ser:

- Destrezas físicas diversas.
- Capacidad de abstracción y generalización.
- Capacidad de organizar.
- Capacidad de comunicar ideas.
- Memoria.
- Habilidades artísticas.
- Habilidad manual.
- Capacidad de seguir instrucciones y adaptarse a normas.
- Capacidad de percepción visual y plástica.
- Valentía física.
- Capacidad de comparar más de dos alternativas.
- Altruismo.
- Capacidad de manejarse en incertidumbre.
- Capacidad de hacer crítica objetiva.
- Capacidad de hacer cadenas deductivas.
- Capacidad de ver los aspectos dinámicos y dialécticos (sistemas) y la génesis histórica.
- Autonomía de pensamiento.
- Austeridad.

— Responsabilidad.

Como dijimos, no importa, por ahora, si estas carencias son defectos de nacimiento, orgánicos, y por lo tanto casi imposibles de remediar, o se deben a mala formación, pues aun éstos, si necesitan una reeducación larga, es como si fueran irremediables para las necesidades constructivas inmediatas. Pero tenemos derecho a creer que los defectos de nacimiento son pocos.

Una hormiga trae “programados” genéticamente 3 ó 4 roles posibles, de los cuales el hormiguero le hace desarrollar uno —obrera, soldado, etc.—, y allí terminó la variedad posible. Un hombre por el contrario está programado para aprender varios roles simultáneamente, entre una diversidad mucho mayor (pero limitada), aunque lo hace con menos precisión y sobre todo sin coordinación automática entre personas. En un hormiguero las fuerzas de producción están perfectamente “socializadas” y por un método que no parece requerir ninguna burocracia. Ese ejemplo puede estimular la imaginación para comprender cómo esas condiciones no conducen necesariamente a un estilo social agradable.

Al mismo tiempo esta diversidad de roles va aumentando con el tiempo histórico, lo mismo que la complejidad de las relaciones entre ellos, institucionales o espontáneas. Tal vez se deba a eso un fenómeno que sólo se ha empezado a percibir hace poco: la mayor lentitud de maduración de los jóvenes que están en contacto con esa complejidad, que son los de clases altas o medias (los pobres no tienen mucha oportunidad para ello). En muchas épocas históricas el niño ha debido asumir de pronto responsabilidades adultas, incluso militares, en las clases altas (la necesidad de trabajar hace adultos a los pobres a edad muy temprana). La adolescencia es un invento de sociedades o clases sin mayores problemas vitales.

En Europa la adolescencia apareció hace apenas 3 ó 4 siglos —todavía Romeo y Julieta no son adolescentes— y duraba poco. Hoy la norma para las clases medias parece ser que la inmadurez —por no decir adolescencia— dure hasta los 25 ó 30 años de edad, en aspectos esenciales como la responsabilidad (aunque eso no impide desarrollar habilidades extremas en campos especiales). Este hecho tiene también implicaciones políticas, que veremos.

28. — Resumen

La escala global muestra que la humanidad ha tenido un desarrollo lineal con fluctuaciones menores, hasta hace dos siglos, en que se inició una explosión espectacular —cuanti y cualitativa— que todavía dura y que puede tener efectos catastróficos en unos pocos siglos más, incluso la desaparición de la humanidad. En esta escala resultan ridículas las

declaraciones relativistas de los Spengler, Toynbee, etc., sin que eso implique negar las analogías estructurales entre civilizaciones (como veremos en la escala siguiente). Los hombres siempre han creído que su propia época era crucial para la humanidad, y por eso es fácil burlarse de quienes repiten hoy eso, pero los pocos datos que hemos recordado aquí lo prueban esta vez objetivamente.

La explosión ocurrió en todos los órdenes, pero sobre todo se percibe usualmente en las zonas económica y militar; en todo lo relativo a tecnología física, a dominio de la naturaleza. En las escalas siguientes exploraremos si estas revoluciones tecnológicas prometen seguir acelerándose o no. De todos modos, hemos visto que ese dominio de la naturaleza ya es suficiente para resolver a muy corto plazo los problemas de subsistencia, a un nivel de vida similar al de un país rico de hoy.

Los problemas de opresión material podrían pues resolverse, pero se está muy lejos de eso. Lo positivo en este siglo ha sido la independencia política de las colonias, y el ascenso a clase media de los asalariados agremiados: nacionalismo y populismo son sus expresiones ideológicas, que se han extendido explosivamente en todo el planeta.

Esta simultaneidad de oportunidades y peligros da realce por primera vez al voluntarismo, a la concepción del mundo basada en la voluntad de construir una sociedad claramente definida, a partir de la situación real actual y mediante una estrategia racionalmente seleccionada.

Para lograr eso, hemos dicho que alcanzan los recursos materiales, la tecnología física disponible. En cambio es evidente que los cambios ocurridos en las zonas organizativa, ideológica y social no son suficientes; hay en ellas un retraso notable y se está volviendo a repetir una situación muy frecuente en la historia: la ideología es el factor limitante que puede impedir el pasaje al socialismo. Es en este terreno pues que deben realizarse los esfuerzos mayores, que por desgracia en muchos aspectos van contra la manera de pensar que se ha extendido a todo el planeta.

Sin embargo, la organización y la ideología actuales son incapaces de resolver los grandes problemas de la explosión industrial, por lo tanto, cuando éstos se agudicen un poco más, habrá forzosamente un cambio profundo, una nueva revolución, pero no necesariamente en la dirección que deseamos. Por el momento parece más probable un cambio hacia un autoritarismo fascista, es decir genocida (aunque podrá conservar cualquiera de los nombres de las doctrinas actuales).

De todos modos, ese cambio es nuestra oportunidad. En la movilización que él produzca habrá regiones del mundo donde tendremos fuerza para imponer nuestra orientación. Para eso es necesario que esa orientación —ideología, objetivos,

estrategia general— haya sido previamente bien definida y haya tenido un mínimo de difusión como para que funcione la selección natural: si los que la aceptan no son suficientes como para formar un movimiento político, queda automáticamente descartada. Esa definición y difusión iniciales son tareas típicamente intelectuales, aunque quienes las desempeñen hayan nacido en familias obreras, campesinas o burguesas.

Esta escala no nos permite ir más allá. Simplificando al máximo, nos muestra un mundo que con su estilo actual marcha al desastre y tiene ante sí dos estrategias nuevas: una que pretende salvar sólo a una minoría, y que seguramente tampoco así evitará el desastre total, y otra basada en la participación profunda del pueblo, guiado por una concepción del mundo racional, solidaria y creativa. Esta segunda estrategia tiene la desventaja práctica de que para imponerse debe hacerlo por la persuasión.

En otro sentido, esta escala nos ha permitido fijar ciertas categorías básicas con las que trabajaremos en lo sucesivo: zonas de actividad, naciones, grupos sociales, instituciones (en particular fuerzas políticas), inseguridad.

Ha permitido también detectar el papel de la zona organizativa, tan básico como la producción misma para sociedades numerosas, y en especial imperios, desde el comienzo de la edad histórica. Eso nos hará ubicar mejor el papel actual de la burocracia y sus perspectivas futuras frente al socialismo y el despotismo. Algo análogo vale para la casta militar.

Ha traído al primer plano el eterno papel del campesino como sostén de toda la sociedad y su clase más oprimida y marginada socialmente, todavía hoy. El campesino moderno europeo y de algunos países americanos aparece como verdadera excepción, y es sólo en esas limitadas regiones y durante un período cortísimo —despreciable en esta escala, pero no en las otras—, que su situación fue mejor que la del obrero industrial.

Tal vez el énfasis en estos tres grupos sociales, y en las luchas nacionales junto a las sociales, sea lo que más diferencia —hasta aquí —este análisis de otros más clásicos.

—El avance lineal, o "progreso", característico de esta escala, es poco notable en toda la edad histórica (entre la revolución urbana y la industrial). Su base técnica mejoró sobre todo con ideas sencillas, más que con herramientas o materiales novedosos y en general pudieron haberse utilizado antes, salvo por factores ideológicos.

Arar la tierra aún sin mucha profundidad (incluso con arados de madera), usar los animales ya domesticados como fuerza de arrastre; mejorar la eficiencia del caballo mediante el estribo o la pechera; adoptar nuevas especies alimenticias, etc.,

etc., son ejemplos de innovaciones que aumentaron mucho la productividad, sin requerir elementos básicos difíciles de fabricar.

También desde el comienzo de esta edad, el sistema productivo adquirió una componente administrativa que pronto resultó indispensable, y cuyas modalidades no cambiaron mucho linealmente, sino que más bien se repitieron en diferentes épocas y lugares.

Casi siempre los burócratas estuvieron más cerca del poder político que los verdaderos productores (no contamos entre éstos a los dueños de la tierra, simples usufructuarios de una renta), e incluso que los comerciantes. También en este sentido la revolución industrial fue una excepción durante su primera etapa liberal.

Menos linealidad aún se ve en las formas de organización política y social: imperios, ciudades-estado, nomadismo, esclavitud, feudalismo, etc., etc., aparecen como un "sarampión" en el tiempo y el espacio: surgen, desaparecen, reaparecen. Hay por una parte una tendencia unificadora que construye imperios y los consolida, y otra que los disocia. Estos cambios no son aleatorios y tienen mucho que ver con el que nos preocupa; los analizaremos en la escala siguiente.

En cuanto al problema principal —la emancipación del hombre— los adelantos fueron lentos y con fluctuaciones, pero firmes. Los mismos campesinos se van modernizando, y en dos de los grandes países agrarios su situación cambió radicalmente (China y Rusia). Ya no se los trata como animales en casi ninguna parte. La Declaración de los Derechos Humanos, de las Naciones Unidas, es un indicador de que el problema de la opresión es reconocido por todos los gobiernos, para todos los hombres.

La desalienación, la madurez, sigue siendo en cambio un objetivo nada fácil, aun para los intelectuales. Sin ellas, sin embargo —que permiten la participación profunda, el socialismo— será imposible resolver los grandes problemas de la "explosión", que nos amenazan en el largo plazo.

En esta cuestión hemos propuesto distinguir tres "culturas" o niveles de comprensión y de participación intelectual de los grupos sociales. La comprensión ritual, típica de las clases cuyo principal problema es el primero: la subsistencia, llegando a tolerar altos grados de opresión a cambio de alguna seguridad en ese sentido (los campesinos, sobre todo). La comprensión operativa, típica de grandes estratos urbanos cuyo problema principal es el segundo: la opresión social. Y la comprensión profunda y creativa, reservada hasta ahora a minorías privilegiadas (y algunos individuos excepcionales de todas las clases); éstos son los únicos realmente preocupados por el tercer problema: la alienación.

En toda la edad histórica, esta correspondencia entre problemas y grupos sociales divididos en tres culturas, no varió; recién en este siglo se ven claras señales de grupos campesinos que se levantan contra la opresión, con grandes objetivos emancipadores. El tercer problema, en cambio, no ha sido todavía encarado siquiera por todos los intelectuales, y eso explica nuestro temor de que las ideologías establecidas deformen la percepción crítica de los verdaderos problemas de la transición al socialismo. La comprensión puramente operativa o ritual aun de doctrinas tan progresistas como el marxismo, puede permitir deformaciones gravísimas de sus objetivos.

Capítulo V

Escala Macrohistórica o de las Civilizaciones

I. — EL ESQUEMA CANONICO DE EVOLUCION DE ESTILOS

1. — Disminuimos ahora las unidades de tiempo y espacio para analizar las diferencias y los orígenes de los distintos estilos que han existido, variantes de los dos "grandes estilos" definidos en el Cap. III—, y siempre con referencia a la sociedad deseada que nos sirve de orientación. Se hablará aquí en términos de siglos y de regiones geográficas, familiares a través de los textos de historia de las naciones. Debemos pedir disculpas al lector por ilustrar nuestras tesis con alusiones demasiado breves a hechos históricos que no pueden estar en la memoria de cada uno, pero ubicarlos debidamente en su contexto ocuparía un número de páginas desproporcionado; no podemos hacer más que referir a las obras citadas en el capítulo II, o cualquier otra de análogo nivel. Por supuesto tampoco pretendemos hacer un análisis ni lejanamente completo de todos los casos interesantes.

Las grandes preguntas son: ¿cómo se ha pasado hasta ahora de un estilo a otro?; ¿en qué "zonas" comienza el cambio?; ¿cuáles de estas formas tienen posibilidad de repetirse?; ¿qué grupos sociales intervienen?; ¿hay actores históricos "privilegiados", y pueblos "elegidos"?; ¿qué problemas trae la coexistencia de estilos diferentes?; ¿cuáles son las diferencias que justifican hablar de "otro" estilo?; ¿cuáles características han mostrado ser más duraderas o persistentes?; ¿cuáles de ellas podrían repetirse en el futuro próximo?; ¿qué relaciones hay entre las distintas zonas de actividad en un estilo nuevo y en uno tradicional? Y muchas más que irán surgiendo, y que constituyen un programa de trabajo que sólo cumpliremos en pequeña parte.

El pasaje al socialismo sólo puede ser comparado en magnitud con las revoluciones urbana e industrial (de las épocas pre-urbanas ya no hablaremos por carecerse de datos a esta escala), pero de la génesis de la primera conocemos pocos detalles y las condiciones eran demasiado diferentes, de modo que sólo nos queda la segunda como verdaderos término de comparación.

Sin embargo, cuando se piensa en términos de construir el socialismo o cualquier otro estilo, no es suficiente hablar de

él en bloque ni aisladamente. En esta escala ya tenemos que distinguir diferentes aspectos parciales del estilo deseado, para los cuales podemos encontrar muchos precedentes útiles anteriores a la revolución industrial, y por otra parte existen otros estilos competidores del socialismo, cuyas posibilidades futuras no son despreciables en absoluto y que implican modificaciones de menor magnitud que también queremos analizar históricamente. Por todo eso no podemos ahora despreciar cambios de estilo que en la escala anterior no agregaban nada útil, y los dos grandes estilos —histórico e industrial— resultan categorías demasiado gruesas.

Se observa que con grados similares de desarrollo técnico y de explotación al campesino, hubo y hay naciones de estilos bastante diferentes en todos los demás aspectos zonales, y en particular en cuanto al tipo de minoría dominante. Así para nosotros, los muchos estilos detectables en lo que llamamos "edad clásica" —groseramente los tres milenios anteriores a la revolución industrial— corresponden a un mismo grado de desarrollo de las fuerzas productivas, en primera aproximación; revolución urbana, organización compleja, edad del hierro, experiencia histórica. La edad industrial es también compatible con varios estilos que se proclaman enemigos ideológicamente: la misma tecnología sirve hoy a países que se autoproclaman capitalistas, socialistas y "ni uno ni otro", aparte de importantes peculiaridades nacionales.

Se agregan entonces nuevas preguntas: ¿cuáles son los estilos compatibles con esta tecnología, o una tecnología cualquiera?; ¿es compatible la tecnología actual con un socialismo como el definido en el Cap. I? (en particular la segunda recibió respuesta negativa en ET).

La unidad macrohistórica de estudio será entonces lo que se ha llamado civilización, formación social, proceso civilizatorio, sociedad, cultura, supersistema, pueblo, nación o incluso país, con un estilo de vida propio, aunque no necesariamente muy original ni muy homogéneo (pueden coexistir dos o más estilos en una misma sociedad), ni muy estable.

El planeta queda dividido en las regiones de influencia directa de estas naciones, de las cuales no nos interesan los detalles de dinastías o de batallas, sino sólo las características gruesas de su desarrollo, desigual, combinado y discontinuo.

Desde este punto de vista han trabajado varios modernos "filósofos de la Historia", como Toynbee, Spengler, D. Ribeiro, Sorokin, Kroeber, Quigley, etc., que a pesar de enfoques bastante diferentes han llegado a algunas conclusiones comunes, que tomaremos en cuenta. Los aportes de Marx son básicos pero no llegó a sistematizarlos, tanto que todavía son motivo de interpretaciones polémicas entre los marxistas. Los análisis más completos son los de Toynbee (15)

y lo tomaremos como referencia principal a pesar de compartir muy pocos de sus puntos de vista concretos.

2. — En primer lugar, las regiones geográficas donde estas sociedades vivieron son bien identificables, no han variado mucho —pero muchas veces hay que considerar subregiones— y hasta hace pocos siglos las comunicaciones entre ellas no eran fáciles.

Las principales son, clásicamente:

Asia Occidental y Egipto, o sea el Cercano y Medio Oriente, o Asia Menor, Mesopotamia y Palestina. En términos de países actuales las sub-regiones serían: Turquía, Irán-Afganistán, Iraq, Siria-Líbano-Israel-Jordania, Egipto, Arabia con todos sus países, Etiopía.

Europa Occidental, Norte y Sud.

India Norte-Sud.

China Norte-Sud.

Asia Sudeste.

Europa Oriental, principalmente Rusia.

Africa Norte: el Magreb (Marruecos, Argelia, Túnez), Libia y otra vez Egipto.

México, incluyendo Guatemala.

Perú y países limítrofes andinos.

Japón.

Asia Central: desde China hasta el mar Caspio y los Urales; estepa.

Los demás —Africa Ecuatorial, resto de América, Australia, Siberia, Polinesia, etc., tienen menos interés para nosotros en esta escala, por haber llegado a la revolución urbana ya bajo influencia europea.

Los pueblos que convivían en alguna de estas regiones estaban comunicados fácilmente por el comercio y la guerra y tenían problemas económicos similares, lo que les hizo compartir casi todos los adelantos importantes en tecnología productiva y militar por lo menos, por encima de diferencias étnicas, lingüísticas, religiosas, administrativas y aun sociales. Los aportes culturales de un pueblo —una nueva religión por ejemplo— fueron a menudo rechazados por sus vecinos, pero los aportes técnicos, cuando se los ve funcionar en la casa de al lado o en las manos de un invasor, se copian sin mucha tardanza.

No nos interesa mucho la vieja discusión sobre si las técnicas se copian o se reinventan —“difusión” versus “convergencia”—, dado que hoy la cuestión ya no es esa: la velocidad de las comunicaciones hace hasta los secretos se

difundan. Sin duda cada una de esas regiones inventó muchas cosas y tuvo “polos de desarrollo” bastante estables en el tiempo. De todos modos, los procesos que se repiten en regiones separadas tienen mayor probabilidad, a priori, de obedecer a factores profundos, permanentes, que los que pueden explicarse por reflejo o copia de vecinos. A este respecto recordemos que la variedad de formas o estructuras básicas para todas las zonas de actividad es muy escasa (como ocurre en otros niveles, ver Apéndice). Sólo cuando se pasa a los detalles se tiene esa “infinita gama de posibilidades” que hace de la Historia un pasatiempo inagotable.

De las regiones que hemos mencionado, las dos primeras —que tienen un centro geográfico aproximadamente en Creta— tenían bastante comunicación entre ellas aún antes de la revolución urbana, y en ese ámbito se desarrolla lo que hemos llamado “rama principal” en la escala anterior, que ahora debemos romper porque justamente queremos comparar sus componentes y descubrir las distintas posibilidades y variedad que la escala más amplia escondía. India y China estuvieron relativamente aisladas, a pesar de un constante comercio —con intermediarios que servían de interfase—, de incursiones como la de Alejandro o, mucho más importante, de contagios ideológicos como el budismo mahayana de India a China: no olvidemos que nadie creyó en Venecia los relatos de Marco Polo sobre China (pero al revés, hay períodos de la India que sólo están documentados en escritos de viajeros chinos que querían conocer la tierra natal de Buda). En cuanto a América, no sólo estuvo totalmente aislada, sino que sus diferentes culturas parecen haber tenido muy poco contacto entre ellas; por lo menos incas y aztecas no tenían más que rumores unos de otros. Africa también se mantuvo aislada y con poca comunicación interna, al sud del Sahara, Nubia y Etiopía (que se comunicaba con Arabia del sud; por eso la hemos puesto en la región asiática).

Las comunicaciones por mar entre estas regiones —y la piratería— comenzaron muy temprano, casi con la revolución urbana, y en la edad clásica ya se tenían viejas experiencias de egipcios, cretenses, sumerios (probablemente hacia el Indo) y por último los fenicios; pero salvo en el Mediterráneo la navegación no fue realmente de peso hasta bien entrada la edad clásica, cuando indios, musulmanes y chinos empezaron a tomar parte activa.

Hasta Colón, las rutas terrestres eran los mayores enlaces, no siempre activos, entre estas regiones, y eso hizo que la Mesopotamia —Tigris-Eufrates— se convirtiera en centro de convergencia de comerciantes e invasores desde los tiempos más remotos.

Desde allí se podía ir a la India atravesando la meseta del

Irán y las cordilleras afganas, difíciles para el comercio pero que nunca detuvieron a ningún pueblo invasor. A China se iba por la ruta de la seda: Irán, Transoxania —ancho corredor entre el Aral y las montañas que protegían a la India, por donde pasaron tantos pueblos nómades—, y la cuenca del Tarim en Asia Central: A través de Turquía y el Cáucaso, y también a veces de Transoxania, se iba a Rusia, o mejor dicho venían de allí invasiones bárbaras. A Egipto se iba a través de Siria y Palestina, recorriendo la "media luna fértil" al borde del desierto árabe, también tan frecuentada por nómades conquistadores y pacíficos.

De Egipto arrancaba otra famosa ruta antigua a lo largo del norte de Africa, menos desértico entonces, hasta el Atlántico. A Nubia y Sudán se iba desde Egipto por el Nilo, pero a Etiopía por Arabia, directamente desde Mesopotamia o desde Palestina.

A Europa se iba por tierra atravesando los Dardanelos, si es que Troya, Bizancio y otros estados guardianes de ese paso a lo largo de los tiempos lo permitían. En Europa misma las comunicaciones eran muchas, y sólo mencionaremos la ruta del ámbar, que desde la prehistoria unía el Báltico y el mar Negro.

Asia Sudeste estaba relativamente aislada por tierra, debido a las montañas y la selva; incluso a los chinos les resultaba más fácil llegar por mar, salvo a Vietnam del Norte. En cambio siempre hubo comunicación entre sus subregiones, sobre todo entre Indochina y las islas indonesias, y con el sur de la India, por mar.

El máximo de aislamiento se da en América, tanto en bloque como entre sus dos grandes centros culturales, Perú y México. Los españoles se encargaron de terminar con eso.

3. — En cada una de esas regiones se desarrollaron numerosas sociedades, a veces imitadas a una parte de su región, a veces irrumpiendo en otras. Veamos una lista de algunas de las más importantes, que nos servirán para ejemplificar los análisis siguientes. Ellas son:

— **India:** desde hace mucho tiempo empobrecida, superpoblada, "conservadora" y que pocas veces pudo resistir a sus invasores. Los cambios se difundieron casi siempre de Norte a Sur; este último entró a la edad histórica mucho más tarde. En el Noroeste hubo una primera revolución urbana hace 4 o 5 milenios: la civilización del valle del Indo, destruida por invasores. La edad clásica empezó en el Noreste —valle del Ganges— y luego se expandió por todo el Norte, y más lentamente a todo el Sur, incluso Sri Lanka. Aunque estos tres milenios se pueden dividir en varios periodos de estilos diferentes, la verdad es que se conservó sin cambios muy profundos —pero con muchas peripecias y fluctuacio-

nes— hasta caer bajo el dominio inglés, primer conquistador que la dominó por completo y no se dejó absorber (tampoco se dejó absorber la religión musulmana, que terminó obligando a la separación de Pakistán, pero sí los pueblos que la introdujeron: árabes, turcos, afganos o "mogoles"). Por su parte nunca ejerció imperialismo militar ni económico, pero su cultura se extendió por Asia Sudeste, y una de sus religiones, el budismo, se extendió también por China y Japón.

Como Europa, estuvo siempre dividida en varias constelaciones de países medianos, que sólo estuvieron unidos bajo un gobierno imperial en muy pocas y breves ocasiones. Su lazo principal, también como en Europa, era su religión hinduista o brahmánica, y su organización eminentemente aldeana por todas partes y con costumbres similares, en especial el sistema de castas.

— **China:** También esta sociedad se fue expandiendo de Norte a Sud, empezando por el valle del Amarillo, seguramente hace más de cuatro milenios —tal vez antes del "imperio Shang"—, y llegando muy pronto hasta el Yang-tsé. Cuando esa fértil región norte quedó superpoblada, se colonizó el sud hasta el límite con Indochina, enviando allí el exceso de población en una política deliberada de colonización pacífica. En toda la edad clásica no encontramos cambios bruscos de estilo, pero sí graduales; el más interesante para nosotros es el aumento, con fluctuaciones, de la organización burocrática-imperial. Se mantuvo más aislada que India del resto del mundo —salvo Japón y Asia SE—, pero también sufrió innumerables invasiones de sus vecinos nómades de Asia Central. Pudo absorberlos a todos, incluso a los mongoles, hasta la llegada del imperialismo occidental el siglo pasado. Por su parte hizo también pocos intentos de conquista territorial, y su máxima extensión nunca fue mucho mayor que la actual. Su influencia cultural se ejerció sobre todo sobre Japón y Asia SE, pero más moderadamente también sobre Europa, desde lejos, a través de sus grandes inventos: papel, pólvora, brújula, dinero en billetes, etc. Siempre constituyó un pueblo unido culturalmente, y a diferencia de India, casi siempre unido también políticamente, después de un período inicial de partición en países casi independientes, y varios interregnos cortos en los últimos dos milenios. Su campesinado adoptó varias religiones —el budismo en especial tuvo mucho éxito—, durante varios siglos—, pero siempre combinadas con sus viejas tradiciones de culto a los antepasados y luego con las normas confucianas.

— **Japón:** Su etapa histórica empezó hace poco —dos milenios— y nunca fue conquistado militarmente, pero sí culturalmente. A esa capacidad para digerir culturas ajenas —chi-

na a partir del siglo VII y occidental en el XIX— se deben sus principales cambios de estilo. Los otros consisten en cambios organizativos: de centralización a feudalismo, con fluctuaciones, y sus efectos sobre las demás zonas. Es un buen ejemplo de desarrollo aislado, con influencias externas bien claras y en periodos bien conocidos. Tampoco tuvo pretensiones imperialistas hasta este siglo, salvo algunas incursiones en Corea. Interesa en especial el predominio casi permanente de su casta militar, a pesar de sus escasos problemas de defensa nacional.

— **Perú:** Edad histórica corta, algo más de dos mil años —desde Chavin, Tiahuanaco y Paracas—, terminada por intrusión española. Desarrollo en constelación de valles costeros y algunos pueblos montañoses, hasta el imperio incaico, que sólo tuvo un siglo de vida. No conocemos otro cambio de estilo que el impuesto por los incas por encima de las anteriores culturas, de las cuales la más extendida —casi un imperio— fue la huari, y en el norte la mochica, luego chimú y otras. Tal vez en Tiahuanaco se haya dado un estilo diferente, de tipo religioso como los mayas.

— **México:** También de edad histórica corta y con un imperio muy nuevo —azteca— cuando fue conquistado por los españoles. Se distingue claramente antes de eso un estilo maya, bastante original, en Yucatán, que tal vez sea caso único de una sociedad urbana que se “mudó” (desde Guatemala). Simultáneamente en el valle de México se desarrollaba otro estilo: una constelación con centros en Teotihuacán, Tollán, etc. (“toltecas”) conquistados por invasiones “bárbaras” (“chichimecas”) que terminaron en el imperio azteca de Tenochtitlán.

— **Egipto:** Se lo conoce como imperio organizado desde hace más de 5 milenios, y durante los 3 primeros mantuvo un estilo bastante estable, a pesar de que se los divide en tres Imperios —Antiguo, Medio y Nuevo— separados por dos interregnos de relativa desorganización y reajuste. Su fin fue llegando por conquista de otras civilizaciones —asirios, persas, griegos, romanos, y por último árabes, turcos e ingleses— y nunca volvió a tener un estilo independiente. Es otro caso de un pueblo encerrado en sí mismo, a pesar de sus continuas relaciones comerciales y algunos intentos imperialistas en Palestina (su principal expansión fue hacia el sud: Nubia y Sudán). Fue uno de los que menos sufrieron por invasión nómades, a pesar de hicsos, libios, nubios, “pueblos del mar”, etc.

— **Asia Occidental:** Antes de la constitución del imperio persa aqueménida —hace dos milenios y medio—, esta región era un complicado mosaico de países independientes y no muy similares, casi siempre en conflicto entre ellos o defendiéndose de numerosísimas invasiones nómades que podían venir

desde Transoxania, el Cáucaso o Arabia y que introdujeron lenguajes arios, semitas y turcos. La edad clásica se inició además con la famosa invasión de los “pueblos del mar”, que cambiaron el mapa político de la región y destruyeron entre otros al imperio hitita. Antes de esa edad pupal, el estilo más notable fue el sumerio-babilónico, que empezó hace más de 5 milenios por constelaciones de ciudades en la Mesopotamia, extendió su influencia cultural a toda la región e indirectamente a todo el mundo no americano.

En la edad clásica, el polo cultural de la región se trasladó hacia el mar, donde fenicios, filisteos y hebreos introdujeron nuevos estilos; pero también hacia el norte hay que anotar el estilo militarizado asirio, que durante tres siglos aterrizó a todos.

La relativa paz del imperio aqueménida fue rota por las conquistas de griegos y romanos, a partir de las cuales la región se divide políticamente en dos, este y oeste, y se mantiene así mil años hasta su dudosa reunificación bajo el Islam, que no va mucho más allá de una religión común (y aun dividida como la cristiana) hasta la formación actual del Mundo Árabe, tampoco muy firme ni homogéneo. De todos modos la conquista árabe impuso un nuevo estilo, del que existen distintas variantes, y que no está en absoluto limitado a esta región, pues se extendió desde el Atlántico hasta el Pacífico.

En resumen, esta región ha sido una de las más heterogéneas y creativas, por lo menos hasta que el gran imperio turco otomano la estabilizó a comienzos de la edad moderna; pero su mayor interés reside en esas interacciones de pueblos vecinos y estilos mezclados.

— **Occidente:** Agrupamos así por comodidad a otro conjunto de pueblos bien comunicados y que dan la línea evolutiva donde encontramos los mayores cambios de estilo. Comienza hace 4 milenios en Creta y el sur de Grecia —estilos minoico-micénico—, es interrumpida por la gran edad oscura o pupal que termina hace 3 milenios y se continúa con el estilo “helénico” en Grecia y luego Roma. Vuelve a ser interrumpida por otra edad pupal pero menos intensa que la anterior (y que no alcanzó a Bizancio y su zona de influencia), a partir de la cual reconocemos tres estilos: feudal, mercantil y gran estilo industrial (este último con sus variantes, de las cuales la primera fue el capitalismo liberal). El nacimiento de estos tres últimos estilos es el precedente más útil para nuestros fines, por estar cercanos en el tiempo —relativamente— de modo que las condiciones reinantes tienen menos diferencias con las actuales y por referirse a los pueblos que produjeron la gran explosión que conquistó el mundo: la sociedad industrial. Por otra parte es evidente que este libro se escribe para personas que no han sufrido

ninguna influencia de los viejos estilos indio o chino, de modo que las peripecias de éstos tienen aquí menos importancia que en esos mismos países. En todo caso deberíamos tener presente, como ya hemos señalado, la influencia actual, nada despreciable, de los estilos precolombinos en América Latina.

Occidente ha sido, y de lejos, la sociedad urbana que más veces, y con más éxito, salió a conquistar otras regiones.

— **Asia Sudeste:** Esta es otra constelación de pueblos o países en constante comercio y guerra desde antes de urbanizarse, hace apenas dos milenios. Fue un nudo comercial de primera magnitud, no sólo por sus especias, sino como lugar de encuentro de indios y chinos, y luego árabes y europeos. Su interés para nosotros, antes de sus guerras de liberación de este siglo, es la facilidad con que absorbieron estilos extranjeros y aceptaron una total dependencia cultural de India y China —con la debida heterogeneidad y fluctuaciones— a pesar de no haber sufrido grandes presiones militares de ellos (los chinos hicieron algunos intentos en Vietnam; los indios hicieron en Sumatra su única conquista militar: la captura del reino de Sri Vijaya por los choias de India sur). No les molestaba declararse vasallos chinos y adoptaron su sistema burocrático, pero su religión y arquitectura eran indias, mezcla increíble de hinduismo y budismo, a lo que se agregó después el Islam, hasta ser todo devorado por el imperialismo europeo.

4. — A esta altura es conveniente aclarar un poco más el concepto de "estilo", sobre todo para compararlo con el de sociedad o civilización, que acabamos de ejemplificar históricamente. Ambos son bastante arbitrarios, por supuesto, y sería poco constructivo intentar definiciones estrictas. Baste decir que cuando una sociedad dura "muchos" siglos, es muy probable que sufra cambios de estilo: así la llamada Sociedad Occidental —con bastante derecho pues mantiene desde hace milenios su identidad cultural— muestra estilos tan diferentes como el feudal y el capitalista. Otras sociedades, como la egipcia antigua, duran también milenios pero no muestran cambios ni lejanamente comparables a éstos. ¿En qué consisten estos cambios? Algunos filósofos de la Historia han clasificado los posibles estilos, según características que a cada uno parecieron importantes, tratando en general de resumir en un par de rasgos salientes el "espíritu" de la época. Spengler habla de culturas-civilizaciones apolíneas, mágicas y fáusticas; Sorokin las clasifica en sensoriales, idealistas e ideacionales; Schubart distingue cuatro prototipos: armonioso, heroico, ascético y mesiánico. Marx y Engels distinguen los "modos" esclavista, feudal, capitalista y asiático, más el socialismo-comunismo; Ribeiro reelabora

esto introduciendo formas o estilos más específicos, como el teocrático de regadío, mercantil "salvacionista", etc. Para Toynbee, lo que cambia de un estilo a otro es la concepción del mundo, para él representada por la religión, y se atreve a dar un mecanismo típico de cambio: la nueva religión, que generalmente es importada, "prende" primero en el "proletariado interno" (usa "proletario" en su significado original, que nosotros reemplazamos por "marginal"), disconforme con la marcha de las cosas, y en oposición a las minorías dominantes, y florece en la sociedad filial, sirviendo de cordón umbilical entre las dos. Más aún, el principal "objetivo" de estas civilizaciones sería gestar y transmitirse estas Iglesias Universales, tal como el papel de la relación padre-hijo en biología es transmitir el material genético. Esta teoría no es casual: para Toynbee la salvación de la humanidad se halla en la iglesia cristiana, de modo que no es raro verlo realizar el muy importante papel que ésta tuvo hasta convertirlo en el fin principal de la evolución histórica, como religión nacida del proletariado romano y convertida en columna vertebral de la sociedad occidental.

Un marxista diría que según ese mismo esquema, tocaría ahora el turno al marxismo, como ideología —atea— del proletariado industrial bajo el capitalismo, y columna vertebral de la sociedad socialista futura. Pero para Toynbee el caso no es el mismo: ni cree que el marxismo sea la ideología de los marginales (los obreros industriales no son marginales), ni cree que el capitalismo esté aún en la fase de declinación en que se hallaban los romanos, ni quiere que la sociedad futura sea socialista.

Para nosotros, los grandes estilos de vida son solo los tres que jalonan la escala temporal anterior: el agrario pre-urbano, el histórico (de la revolución urbana a la industrial), y el industrial. Son los únicos comparables con el socialismo en cuanto a la profundidad y extensión del cambio que implica éste en las estructuras y relaciones sociales, en las formas de trabajar, en el pensamiento y en las actitudes. Hubo sin embargo otros cambios importantes, sin llegar a la magnitud de éstos, que pueden dejarnos enseñanzas útiles, pero necesitamos entonces algún criterio objetivo para distinguir los importantes de los secundarios; los "cambios de estilo" de los "cambios de moda".

En principio el criterio es sencillo: hablaremos de "cambio de estilo social" cuando éste afecte a toda la población, y "variedad o moda" cuando afecte a las minorías dominantes, y muy poco a las mayorías dominadas. Este criterio lo aplicaremos a aquellos cambios considerados importantes por sus contemporáneos o por alguna escuela histórica, sin preocuparnos por descubrir otros hoy ignorados.

El mismo criterio sirve para diferenciar entre creatividad "profunda" y "acotada" o "decadente". La creatividad pro-

funda o revolucionaria beneficia a toda la población, o por lo menos a las mayorías, produciendo un cambio de estilo. La otra afecta principalmente a minorías y produce cambios de moda o ni siquiera eso.

Esto es sólo un caso particular de una regla más general que diferencia una creatividad **revolucionaria** o **aceleradora** de otra **reformista** o **acotada**. La creatividad es acotada cuando se limita a buscar variantes y nuevas combinaciones con elementos dados, respetando límites también dados, como un niño inventando modelos con un juego para armar; lo llamaríamos revolucionario si además inventara nuevas piezas, o mejor nuevos juegos.

Variedades de una especie, o de un estilo artístico; teoremas de un mismo sistema axiomático; desarrollos de un mismo paradigma científico; usos de una misma herramienta, son ejemplos de creatividad acotada, que de paso nos indican lo relativo del concepto (es el mismo caso de la definición de "jaula": si las paredes están muy lejos prácticamente no se diferencia del espacio libre).

En nuestro esquema explicativo, basado en factores limitantes, más que determinantes, la creatividad es revolucionaria cuando rompe esos límites: crea nuevas tecnologías o recursos o ideologías, o "relaciones de producción".

De todos modos no nos vamos a preocupar mucho por establecer límites precisos entre esos tipos de creatividad, o entre estilo y moda. El criterio será siempre de conveniencia para nuestros fines constructivos. Seguramente no nos conviene hablar de un "estilo occidental" para toda la sociedad europea desde la Edad Media, sino dividir por lo menos en las clásicas etapas feudal, mercantil y capitalista-industrial, con sus sucesores actuales. Toda la evolución de un pueblo puede considerarse como un estilo "esencial", o cultura de fondo, que sufre diversos cambios, cada uno de los cuales también puede llamarse estilo (y sufre a su vez una evolución propia). En resumen, téngase en cuenta que no hacemos en absoluto cuestiones de nomenclatura y usaremos el término que más apropiado parezca, siempre en su sentido más usual.

5. — Para concretar más, especifiquemos que los grandes cambios para la mayoría de la población son los que se refieren a sus tres problemas principales, tal como los enunciamos en la escala anterior: subsistencia-defensa-seguridad, opresión-explotación, y alienación ideológica-inmadurez, o aplastamiento de la creatividad popular y retraso con respecto a la concepción del mundo que conviene a sus intereses en cada época (incluyendo participación en el caudal de conocimientos acumulados por las minorías). Así las herramientas de hierro o la introducción de la papa fueron cambios importantes para la alimentación popular, y la desapa-

rición de las legiones romanas fue un cambio importante —negativo— en su defensa contra invasores, mal compensada por los ejércitos feudales. Para los pueblos del Medio Oriente, el paso del terror asirio a la paz aqueménida fue un cambio importante, como para los chinos la organización de su sistema administrativo.

En cuanto a la opresión, se trata de cambios sociales, como la aparición de las castas, o de nuevas clases dominadas que alivian la opresión de las anteriores (como proletariados urbanos y externos o coloniales), o variantes grandes en el trato, como la crueldad de los conquistadores o las condiciones de trabajo de obreros, siervos y esclavos.

Mucho menos sentida fue la opresión en otras zonas, como la falta de participación. No hubo muchos de estos cambios sociales, y los que hubo fueron casi siempre consecuencia de mejoras en la productividad, en la seguridad o en la ideología. El único frecuente e importante está relacionado con la defensa, y es la esclavización, deportación o genocidio en grandes masas debido a conquistadores militares y a luchas ideológicas. Esta amenaza pesó más que la explotación cotidiana sobre los pueblos de la antigüedad, y les hizo tolerar altos grados de opresión por parte de quienes prometían defenderlos contra los extranjeros invasores, o los herejes.

En el campo ideológico hubo muchos cambios interesantes entre las minorías, en la época clásica, pero sólo se extendieron entre las mayorías en pocos casos, y siempre bajo la forma de nuevas religiones. La idea de que la vida venturosa en el más allá no estaba reservada a los poderosos, sino al alcance de todos los creyentes, y que en el cielo tenemos un Padre, y sobre todo una Madre, significó sin duda un gran consuelo para los oprimidos, independientemente de que mezclaran estos conceptos con supersticiones, idolatrías y ritos tradicionales. Ni la ciencia griega, ni la mística india ni el tomismo tuvieron nada que ver con el pueblo.

Tampoco afectan a éste las formas de gobierno: monarquía, aristocracia, república e incluso democracia tipo Atenas, sólo inciden sobre él indirectamente. Sin embargo, aceptaremos como un **indicador** de la importancia de un cambio la magnitud de las modificaciones que obliga a hacer en las leyes e instituciones mayores.

Entiéndase: no es que la importancia del cambio **resida** en sus aspectos jurídicos, sino que éstos son un síntoma muy visible y práctico; no hay cambio importante que no se refleje en las leyes, y recíprocamente, cambios en las leyes principales —es decir, las que la misma sociedad considera principales— reflejan casi siempre grandes cambios reales (pero ya hemos dicho que eso vale para las leyes de uso judicial, y no para las declaraciones generales como las constituciones). Más aún, la discrepancia entre un cuerpo jurí-

dico y el funcionamiento real del sistema, es decir, el grado de ilegalidad reinante, es un buen síntoma de que la sociedad requiere un cambio.

Los indicadores "profundos" más difundidos son dos: el estado de las fuerzas productivas, propuesto por los "materialistas" y en especial los marxistas; y la cosmovisión o religión o filosofía dominante usado por los "idealistas" (que en general no aceptan este apelativo).

Como hemos dicho, en el largo plazo nosotros no consideramos útil buscar relaciones de causa efecto, sino más bien factores **limitantes**: una causa o fuerza favorable sólo aclara las cosas cuando es de duración limitada o aparición repentina. Lo que nos interesa en esta escala es identificar aquellos factores permanentes que más pueden obstruir un proceso de cambio y que no son evidentes en la acción política cotidiana: y por otra parte, cuáles son las "zonas" por donde es más fácil que se inicie un cambio de estilo.

Aceptaremos un principio de coherencia entre las zonas de actividad, según el cual todo cambio que se inicia en una zona encuentra una resistencia en las demás (y en ella misma) que puede anularlo, pero si esto no ocurre, el cambio se difunde a las demás zonas con diferentes retardos. "Difundirse" significa que en las otras zonas aparecen cambios coherentes, que eliminan esas resistencias al cambio originari, como hemos dicho.

El materialismo histórico afirma que los cambios importantes empiezan siempre en la zona económica, y de allí se difunden violentamente a la "superestructura" es decir, a las zonas ideológica y organizativa, pasando por las relaciones sociales. Esta ley parece ser más válida en la escala global que en ésta o en las posteriores.

En resumen, en una sociedad los cambios de estilo no se dan en todas las zonas simultáneamente ni con la misma intensidad, y es muy interesante ver por dónde comienzan y si los problemas de poder y transición son los mismos en todos los casos.

Cada zona entonces tendrá su estilo, y entre todas forma el estilo general. Se supone que en una sociedad con larga estabilidad, todas las zonas han ido ajustando sus estilos hasta lograr una coherencia apreciable entre ellas (e internamente en cada una de ellas) por mecanismos institucionales o no, que todavía no están bien estudiados: véase Domingo (12).

A veces es evidente que una zona toma la "iniciativa" e influye decisivamente sobre las demás. En otros casos igualmente importantes y claros, otras zonas frenan o inhiben la difusión de un cambio inicial —factores limitantes— y pueden anularlo en su misma zona de origen. En ambos casos se trata de un proceso que por sus aspectos políticos y

tecnológicos conviene conocer a fondo para no cometer errores gruesos en la transición a una sociedad nueva.

Estas condiciones de coherencia y la participación en ellas de fuerzas políticas y grupos sociales han tenido algunos intentos de formalización que están en pleno desarrollo, y aun algunas aplicaciones prácticas: véase Calcagno-Sainz-De Barbieri (16), Jacovkis-Sena-Varsavsky (17).

6. — Aceptamos pues que vale la pena distinguir ciertas "unidades macrohistóricas" —en concreto las que mencionamos en el párrafo 3 y las muchas otras que habría que agregar para completar la lista, junto con los centenares de "sociedades estancadas" que estudian los antropólogos—, que durante cierto tiempo mantuvieron uno o varios estilos de vida sucesivos en el sentido que damos aquí a eso, y que vale también la pena analizar cómo dichos estilos y sociedades aparecieron y cómo en algunos casos fueron reemplazados por otros.

Analizaremos su evolución, en primera aproximación, mediante un esquema que tiene la desventaja de ser muy general y casi tautológico, y la ventaja de aplicarse entonces a casi todos los sistemas abiertos que nos interesan: sociedades, estilos, procesos políticos, ideologías, países, instituciones (para otros casos, ver Apéndice). Lo llamaremos esquema de "evolución canónica" por esa misma generalidad casi vacía que tiene.

Por el solo hecho de hablar de "cambio de estilo" o de sociedad estamos admitiendo que hay algo que se termina —el estilo viejo— y algo que empieza y lo sustituye, y que probablemente en alguna época futura será a su vez sustituido por otro. Es natural entonces la tendencia a aplicar los términos "nacimiento" y "muerte" a todo estilo, cultura, civilización, país, o institución como sinónimo de "comienzo" y "final" sin necesidad de que eso implique extenderles otras propiedades del nacimiento y muerte de organismos biológicos.

Por supuesto, desde antiguo se cedió a la tentación de extender la analogía, e intercalar etapas como infancia, madurez, vejez, etc., a las que de inmediato se adjudicaban características correspondientes a las imaginadas para los hombres: frescura y misticismo, fuerza y aplomo, hedonismo y racionalismo, cuyo defecto principal no es que no se cumplan en la realidad, sino que aun cuando se cumplen, están asociadas tan fuertemente a otros conceptos psicológicos, que en vez de ayudar a pensar, confunden. Eso es lo que ocurre a la mayoría de los "intuitivos". Sin embargo, buscar etapas o fases para la "vida" de una sociedad es también natural, salvo que se crea que un estilo no sufre variaciones dignas de mención desde que nace hasta que muere, o que se decida llamar cambio de estilo a cada una

de esas variaciones. Además de natural será útil si esas etapas —esa “estructura dinámica”— se repiten en muchas sociedades, porque entonces, si logramos identificar en qué fase estamos, podremos decir algo sobre lo que nos espera: cuál es la fase siguiente, y cuáles no (y siempre en términos de probabilidades). Ni más ni menos, hasta aquí, que el saber la edad de un hombre nos dice algo sobre su futuro.

Eso es lo que quiso decir Spengler cuando con una fanfarronería poco común expuso su método para estudiar el pasado y el futuro —que por otra parte ya había sido expuesto por Danilevsky 50 años antes—, llevando esa idea de isomorfismo entre las estructuras dinámicas de los pueblos hasta tal grado de detalle que descubre correspondencias entre personajes históricos, como Alejandro y Napoleón, que por supuesto o son triviales o sólo son evidentes para él. El descubrimiento de que los historiadores europeos habían cometido el grave error de poner a Europa como el centro del mundo, y que los egipcios, chinos o mayas tenían derecho a relatar su propia historia sin referirla a sucesos europeos (como la clasificación en Edad Antigua, Media, Moderna), llevó a los filósofos tipo Spengler al otro extremo de afirmar la completa equivalencia histórica de todos los pueblos —lo cual es mucho más que la equivalencia ética de sus valores—, y como consecuencia a tratar a la sociedad actual como “un caso más” al cual se aplican las mismas leyes.

Nosotros corremos menos riesgo de caer en estas exageraciones, ya que el panorama obtenido en la escala global nos obliga a recordar que ésta es la única sociedad que “explotó” imponiendo su cultura a todo el planeta y amenazando a la humanidad entera con reales peligros de extinción o estancamiento. Esto no nos impide buscar analogías entre esta sociedad y otras, sino que da un criterio para descartar cierto tipo de similitudes que resultan de mínima importancia frente a nuestros objetivos y problemas. Así, no se nos ocurrirá buscar en la arquitectura o la música o el concepto de número el indicador de las fases de un estilo, o de las diferencias entre éstos (pero ya que otros se molestaron en buscarlo, no viene mal tener en cuenta las correspondencias más convincentes que ya hayan sido descubiertas).

Tampoco se nos ocurrirá buscar ciclos exactos al cabo de los cuales supuestamente se repiten ciertas características esenciales. De estos se han propuesto muchos y por motivos realmente extraños (como el ciclo de 11 años para fenómenos económicos, ligado a la aparición de manchas solares). Los más populares: 15 o 25 años para fenómenos políticos, un milenio para los históricos, y uno de aproximadamente 500 a 600 años en el que han aparecido la mayoría de los grandes reformadores doctrinarios, desde Moisés (— 1100) hasta Marx (1800), con un relativo vacío en el

1200, donde hubo una concentración de nuevos ideólogos —Abelardo, Bacon, Lulio, Tomás de Aquino—, pero sin el éxito de Lutero, tres siglos después.

Nos conformaremos pues con aceptar que todo pueblo, país o época que haya merecido un nombre, empezó su historia perceptible en algún momento y desarrolló ciertas características, originales o copiadas, que perduraron en lo esencial, pero sufriendo modificaciones, hasta que fueron reemplazadas por otras ya tan diferentes que se cambió el nombre al país o la época, o muchos proponen cambiarlo. Esto es una especie de ciclo: nacimiento, crecimiento, decadencia o declinación, y muerte con nacimiento de algo nuevo, pero con fluctuaciones, retrocesos y repeticiones en cualquiera de esas fases (que en resumen son dos: ascenso y declinación, o “cultura y civilización” en la terminología de Spengler).

No es un ciclo exacto, sino irregular en todo sentido: duración total o de sus fases; intensidad, aceleraciones, ciclos dentro del ciclo principal, etc., etc.

Podemos creer en esta “evolución canónica”, porque como lo demostraría cualquier análisis con sentido estadístico de la multitud de factores de que depende la marcha de una sociedad, lo extraño —extrañísimo— sería que ocurriera otra cosa, y por eso la vemos aparecer en todos los niveles de organización (Apéndice). En realidad este esquema es casi tautológico: no dice nada que no sea deducible para cualquier sistema abierto complicado.

A Marx no le preocupó el problema completo de la evolución social, sino sólo el momento de la muerte de un sistema modo de producción, y nacimiento del nuevo, para el cual propuso como ley general histórica la revolución de una clase en ascenso contra la que detentaba el poder de la sociedad agonizante. Habla sin embargo de fases algunas veces, sobre todo para señalar que no pueden cambiarse por simples deseos de apresurar el momento revolucionario, y que éste no llegará hasta que la sociedad anterior no haya “agotado todas sus posibilidades” en el desarrollo de las fuerzas productivas que le son típicas.

En realidad sólo analiza un caso histórico —el nacimiento de la sociedad capitalista— y predice un mecanismo para la llegada del socialismo. Antes del capitalismo distingue tres modos de producción: “asiático”, “germánico” (luego feudal), y “esclavista” que provienen de las tres formas básicas de propiedad de la tierra o el ganado: comunal-colectiva; individual o privada; y mixta, con una parte privada y otra comunal, administrada por alguna autoridad. Este no es un asunto totalmente aclarado entre los marxistas, por sus dificultades intrínsecas para dar definiciones que se adapten a todos los casos, y porque Engels construyó con esos tipos —dejando de lado el “asiático”— una teoría lineal del desarrollo humano, en la que el esclavismo era seguido por

el feudalismo y éste por el capitalismo, lo cual en el mejor de los casos sería cierto para Europa.

Pero independientemente del número de tipos, modos, épocas o estilos que convenga distinguir en la realidad histórica, es correcto lo que hay de sustantivo en las afirmaciones de Marx recién mencionadas: es difícil que una sociedad muera o ceda el paso a otra en cualquier fase de su desarrollo, como es anormal que un hombre muera antes de su vejez, o que una mujer tenga un hijo antes de cierta edad. Lo que eso implica, para el enfoque constructivo, es que entonces hay que estudiar mejor cuáles son esas fases de evolución social, para poder deducir en qué momento se están "agotando sus posibilidades" y poder planear así nuestra estrategia; si no, nuestro papel se reducirá a explicar, después de cada revolución frustrada, que el fracaso se debió a que todavía no se había llegado a la fase apropiada. Este papel pasivo del intelectual doctrinario —que el mismo Marx rechazó explícitamente— resulta un poco forzoso si no se avanza más allá de esas frases abstractas.

De ahí nuestro interés en analizar con más detalle la evolución de cada pueblo, sus modos de producción y estilos, cosa que por desgracia no podemos hacer más que muy embrionariamente en este libro.

7. — Sin entrar todavía a la estructura, es cómodo hablar en términos de "fuerzas" o "factores" favorables o desfavorables al crecimiento —expansivos, o limitantes, o destructivos, etc.—, y aunque decir que en la declinación "las fuerzas destructivas superan a las expansivas" o que éstas "se agotan" es otra vez pura tautología, sugiere por lo menos buscar empíricamente esas fuerzas y sus características y tiene la ventaja y el peligro de estimular las analogías con fuerzas o factores físicos, biológicos y psicológicos. Así ya no es tautológico —puede ser falso— decir que una ideología madura es un factor limitante del crecimiento, siempre que se diga cuándo es "madura" una ideología, y cuándo se ha "limitado" una tecnología.

En particular esta imagen causal induce a buscar efectos de "realimentación". El éxito facilita nuevos éxitos, y el proceso se acelera, hasta chocar con límites que no sabe superar (por ejemplo el agotamiento de recursos que consume en su expansión). A partir de allí lo más que puede pretenderse es conservar el nivel alcanzado, mientras no haya un cambio de estilo que venza esas limitaciones.

Una aplicación sencilla es la que hicimos sin decirlo en la escala global: el sistema es la humanidad, que crece extrayendo alimento al medio ambiente: su indicador es la población. Vimos que al principio había factores externos limitantes —el clima glacial—, y vimos cómo el crecimiento era más rápido en seguida de superarse esa traba; pero esa acele-

ración —realimentación positiva— terminaba siendo equilibrada por la aceleración más rápida de otro factor limitante, hasta que alguna "mutación" o revolución tecnológica —cambio de estilo— hacía reiniciar el ciclo. Hoy todavía ganan las fuerzas expansivas pero ya se está percibiendo que la escasez de recursos actuará como realimentación negativa, si es que no se le adelantan algunos probables conflictos sociales.

En este ejemplo la evolución canónica en su último ciclo es incompleta: sólo hemos experimentado hasta ahora su fase ascendente, pero tenemos la seguridad completa—por las leyes del mundo físico— de que esa fase terminará, y vendrá por lo menos un estancamiento. La declinación puede estar muy cerca o muy lejos, según sea el estilo que se imponga para efectuar el frenado. Es útil poner a este caso un nombre diferente —"evolución explosiva"—, definido por un largo y lento crecimiento inicial seguido por una súbita aceleración, muy fuerte pero corta.

Este ejemplo tiene ya algún contenido sustantivo, pero no debemos olvidar que el esquema general de evolución canónica es sólo un marco conveniente para empezar a decir algo. Su contenido propio es nulo, aunque no lo parece cuando se la expresa en términos de connotaciones místicas, como la "teoría" del yin-yang, las dos misteriosas fuerzas cósmicas que producen, oh milagro, una fase ascendente y otra descendente en la vida de cualquier cosa.

Así cuando vemos que un imperio se forma unificando una constelación de pequeños estados y más adelante vuelve a subdividirse y después a reunificarse, no es necesario perder tiempo maravillándose ante la presencia de esos ciclos —como hace Toynbee por ejemplo— sino que se debe pasar a describir características específicas, por ejemplo si fueron muchos —"modelo chino"— o uno solo esencialmente —"modelo helénico".

En especial parece importante saber si se trata del caso "explosivo" o no, cosa que puede cambiar toda estrategia y toda interpretación. Es curioso que este caso no haya sido considerado sistemáticamente por nadie, a pesar de su importancia práctica. Tal vez la explicación se encuentre en que la vida humana, que es el modelo confesado o no de todos los macro-historiadores, no parece presentar ese fenómeno, y para las estrellas se conoce hace relativamente poco. Sin embargo queremos hacer notar de pasada (ver Apéndice) que en realidad los hombres también "explotan", pero, como a las estrellas, sólo ocurre eso a una minoría. Dicha explosión es bien conocida por todos los historiadores "heroicistas": el genio, el héroe, o simplemente el hombre famoso ha tenido en un momento de su vida una actividad supernormal que ha sido percibida como algo extraordinario por los demás hombres de su época o de la posteridad. Decir

que Homero es una "supernova" es más que una metáfora; es una analogía de estructuras dinámicas. En cuanto a la utilidad de esto, se verá. Nótese que este concepto de explosión no incluye ningún juicio de valor, ni para hombres ni para estrellas, y tampoco implica ninguna fuerza misteriosa de las que tanto aman los filósofos de la historia. Por simple azar, es de esperar que entre tantos sistemas haya algunos con propiedades muy apartadas del valor central estadístico; lo extraño sería que eso no ocurriese y revelaría entonces algo sobre la estructura interna de ellos, así como la prohibición de superar la velocidad de la luz revela mucho sobre la estructura del universo. Cada anormalidad tiene su explicación específica; la existencia de anormalidades no requiere ninguna explicación general; su no existencia sí la exigiría.

8. — Con este esquema canónico como armadura lógica, vamos a analizar ahora la evolución de sistemas históricos, siempre en función de nuestro objetivo: buscar elementos que ayuden a lograr un cambio de estilo revolucionario en cierta dirección. Al mismo tiempo veremos hasta qué punto el mismo esquema es útil para analizar componentes de ese proceso de cambio, como por ejemplo partidos políticos o doctrinas, o sociedades más pequeñas, como los países actuales. La tarea se hace más difícil, como sabemos, porque la sociedad que queremos cambiar es la única que ha sido "explosiva", y este elemento es tan importante que quita validez a muchas comparaciones. Tendremos que ver entonces cuáles características siguen siendo válidas durante una explosión de este tipo.

El sistema es entonces un pueblo, nación, sociedad o civilización: inicialmente, gente que vive en una región y comparte un idioma, tradiciones, medios de producción y de intercambio y algún tipo de organización y autoridad "legítima" de las que hemos visto (habrá también "marginales", pero estos, por definición, no intervienen regularmente en los procesos).

Lo que cambia, "crece" o se desarrolla es ahora algo más complejo que el volumen de población, y puede referirse a todas o algunas de las zonas de actividad que hemos distinguido. Crecimiento económico; mayores recursos, incluso expansión territorial, mejor tecnología, etc. Crecimiento en potencia militar, pasaje de defensa a ataque, etc. Evolución ideológica: desarrollo de nuevos valores éticos, religiosos, concepción del mundo, etc. Evolución organizativa: constelación, imperio, nuevas leyes e instituciones, etc. Desarrollo social: aparición y reagrupamiento de clases y otros grupos sociales, nuevas relaciones de dominación y opresión entre ellas, nuevas formas de vida cotidiana y organización familiar, etc., etc. En resumen, la formación de un nuevo estilo

de vida (que cuando es original constituye una "aceleración evolutiva", en la terminología de D. Ribeiro).

Este nuevo estilo reemplaza a uno anterior que existía en esa misma región o que tenían los antepasados del pueblo que estudiamos, según sea el hilo que elijamos para definir continuidad (en general una mezcla de los dos, pero hay casos extremos de pueblos en diáspora, como los judíos, cuyos cambios de estilo no están fijados a ninguna región). En este sentido toda sociedad es "hija" de otra, y a veces esta filiación se mantiene a través de milenios, necesitando cataclismos para interrumpirla, o sea para producir un cambio total de estilo.

Demos entonces el esquema canónico de evolución de una sociedad, a partir de un cambio de estilo. Lo haremos primero a grandes rasgos, detallando luego las fases que más nos interesaban, y sobre todo la primera, el "nacimiento" o iniciación del cambio.

¿Por qué se produce un cambio de estilo? Para Toynbee, se trata de la "respuesta" a un "desafío" interno o externo que sufre la sociedad: los más frecuentes son de tipo físico (dominar a la naturaleza) o militar (invasiones por otros pueblos), pero los hay de todas clases. Es otro caso de una metáfora vacía —porque cualquier necesidad o problema puede describirse como un "desafío"— pero que muchos encuentran estimulante. El hecho real es que, tratándose de hombres, cada vez que los vemos esforzarse por cambiar algo, pensamos que hay un motivo para ello: la insatisfacción con el estado de cosas. Entre esos motivos descartamos el aburrimiento; por el contrario, aceptamos un principio de inercia, según el cual un estilo que hoy da satisfacción a todos los grupos sociales perdurará mientras no cambien esos grupos o las condiciones ambientales.

Este principio se apoya en el aparente estancamiento de muchísimas tribus pequeñas, sobre todo cuando están aisladas en un "nicho ecológico" donde han encontrado un equilibrio entre el alimento disponible con ciertas técnicas, y la población deseable. O viven a un nivel de subsistencia mínima, de modo que la cantidad de alimentos controla automáticamente la vida, o crean una ideología que les permite eliminar parte de la población pudiendo vivir los demás con más holgura. En cualquiera de los dos casos, una vez que la tradición ha incorporado esas ideas y expectativas, el estilo no tiene por qué cambiar mucho y la gente vive "feliz" durante milenios.

El "estado de cosas" que produjo esa insatisfacción y movilizó a los hombres para producir cambios, puede siempre llamarse "desafío", "estímulo" o de muchas otras maneras. Lo malo de esta terminología es que induce a pensar en un problema único, que surge de pronto, y ése no es ni de lejos el caso más común.

Marx expresa la misma idea pero dándole una especificidad mucho mayor: el problema no es cualquiera sino que "... las fuerzas materiales de producción entran en conflicto con las relaciones de producción existentes..." que en vez de ayudarlas a desarrollarse "se convierten en sus cadenas" (18); y la respuesta a ese desafío es la revolución social.

No cabe ninguna duda de que muchos cambios importantes de estilo (y para los marxistas los demás son poco importantes) pueden expresarse en esos términos, y así lo haremos también nosotros cada vez que el caso lo justifique. Ya veremos que el análisis del pasaje al socialismo hecho con esos conceptos nos conduce a recomendaciones estratégicas diferentes.

Por otra parte, este enunciado muestra que no todo problema debe interpretarse como un desafío activo, sino que hay importantes casos en que se trata de factores limitantes que ya existían y que por determinadas circunstancias (desarrollo continuo de las fuerzas productivas) se convierten en límites intolerables que pueden llevar a una solución violenta.

Esos desafíos cubren también el caso muy frecuente en que las limitaciones no son intolerables —como en las tribus estancadas recién mencionadas— pero se debilitan por algún motivo externo dando oportunidad para vencerlas con las mismas armas de que ya se disponía. Serían desafíos "de oportunidad", como la derrota por un enemigo exterior de una clase dominante que hasta entonces tenía fuerzas para impedir los cambios. (Así el fracaso del shogunato japonés en resolver la amenaza externa dio oportunidad al golpe "Meiji" que introdujo el capitalismo). Por supuesto, se hable en términos de desafíos, o problemas, o contradicciones entre fuerzas y relaciones de producción, u oportunidades, se trata sólo de sugerencias generales —"orientaciones heurísticas"— y el verdadero problema es aprender a estimar cuándo esos desafíos o contradicciones, etc., tienen la intensidad o la madurez o las condiciones que los hacen provocar cambios en vez de ser ignorados o desviados o contenidos. Esto no se aclara diciendo que el cambio —las nuevas relaciones de producción— nunca se da "antes que las condiciones materiales de su existencia hayan madurado en el seno de la vieja sociedad" (Marx, (18)). Sería importante poder decir algo más concreto para reconocer cuándo ha llegado esa "madurez" de las condiciones, pero casi nada se ha avanzado en el siglo largo desde que esas palabras fueron escritas.

Para el enfoque constructivo, hablar de problemas o desafíos es más estimulante porque reconoce que la voluntad humana tiene algo que ver en el asunto. La terminología marxista, por el contrario refleja la profunda y justificada desconfianza de su autor hacia el voluntarismo ingenuo (y reaccionario) que en esa época tenía importancia política: de ahí la dis-

yuntiva entre "socialismo utópico y socialismo científico". También refleja el desprecio general de la ciencia del siglo pasado hacia todo lo que oliese a finalismo, psicologismo, voluntad humana, que tanto habían frenado su desarrollo anteriormente. El constructivismo supone que ya han madurado nuevas fuerzas productivas intelectuales capaces de hablar en términos de decisiones humanas cada vez que sea conveniente, sin peligro de caer en esas viejas trampas.

9.— El estilo tradicional u ortodoxo puede ser roto por cualquier cambio grande no buscado —problema, estímulo, desafío o como quiera llamarse, que en sociedades pequeñas puede ser incluso el nacimiento de un individuo excepcional—, que afecta los intereses de algunos grupos sociales o todos y los motiva a movilizarse y ensayar soluciones: nuevas técnicas, nuevas hegemonías, nuevas formas organizativas, etc., lo que justifica decir que esta fase es creativa. Si las novedades son de suficiente importancia, se generará así un cambio de estilo; si no, se tratará sólo de una reforma del estilo tradicional; el límite entre ambas cosas no es muy preciso. Como dijimos el cambio puede iniciarse en una sola zona y de ahí difundirse a las otras o "ablandarlas".

No existe relación sencilla entre el "tamaño" del desafío y el de los cambios que induce. Peligros mortales para la sociedad pueden ser evitados por mecanismos del estilo tradicional, mientras que la frustración de un grupo minoritario puede desencadenar una serie de cambios que culminen en una revolución completa. El desafío no tiene por qué ser único —aunque muchas veces se encuentra uno "principal"— ni limitado en el tiempo, ni tiene por qué ser amenazante: puede ser una nueva oportunidad, por desaparición de un factor limitante (como el fin de la época glacial), o puede ser un viejo factor limitante agravado gradualmente —o aceleradamente, por realimentación positiva— para el cual se encuentra respuesta al cabo de mucho tiempo (como ocurrió probablemente con la sequía, solucionada por la introducción del riego, o el aprovechamiento del Nilo). Un caso frecuente de desafío gradual es el de los imperios que aumentan progresivamente los impuestos al campo, hasta que llega la respuesta de los perjudicados bajo la forma de partición en pequeños reinos (que vuelven a unificarse si el imperio cumplía alguna función indivisible, como el mantenimiento de ciertas infraestructuras, cuando la falta de éstas se hace sentir).

Hay un caso de desafío permanente que es hoy decisivo para los países del Tercer Mundo: es la "brecha" de nivel de vida, tecnología y cultura con los países dominantes. El esfuerzo por cerrar esa brecha —que es cada vez mayor— produce cambios incesantes que Ribeiro llama "modernización refleja".

Siempre que se aplique el esquema canónico a países menores, hay que buscar entre los más probables factores de cambio estos desafíos permanentes externos producidos por la existencia de sociedades mayores prestigiosas (que antiguamente ejercían esa influencia por la fuerza bruta).

La respuesta también puede ser gradual, múltiple o acumulativa, como en el caso de los soberanos que iban cediendo tierras a los jefes militares para mantenerlos tranquilos, hasta que se formaba de esta manera un sistema feudal.

Ya veremos cómo la capacidad de respuesta depende de la fase en que se encuentre la sociedad y del carácter del desafío.

Se dice que esta fase creativa inicial va acompañada de actitudes religiosas, ascéticas, idealistas, valores no materialistas, lo cual muchas veces es cierto, dado que evidentemente una actitud hedonista no se presta para la realización de grandes esfuerzos colectivos y los incentivos materiales deben ser complementados por llamamientos al deber o amenazas con castigos del cielo. Por supuesto no se trata de una regla general, y no siempre se cumple en un tipo de desafío que ya hemos mencionado repetidas veces: la presión de una población en exceso.

Este problema ha sido uno de los más frecuentes y fértiles en la historia de la humanidad, habiendo generado varios cambios importantes. Cuando obliga a la migración de un pueblo entero por hambre, es lógico que haya ascetismo, mientras no hay qué comer, pero en cuanto a idealismo y religiosidad podemos dudar, recordando algunos famosos pueblos "bárbaros" (aún cuando como los españoles, cometieran sus barbaridades **en nombre** de la religión).

Un ejemplo ilustrativo, mencionado por Toynbee, es el de las ciudades griegas alrededor del siglo VIII, A. C. (ciudades que existían en respuesta al problema de defender a los agricultores contra los incursores montañeses). Su éxito produjo un exceso de población, frente al cual ensayaron tres respuestas diferentes.

Esparta conquistó tierras a sus vecinos y para ello desarrolló un estilo "militarista" que muy pronto se estancó. La mayoría de las otras ciudades-estado recurrió a la emigración, colonizando Sicilia y el Sur de Italia, para lo cual tuvieron que mejorar las técnicas de navegación. Esta respuesta no era una solución de fondo sino sólo un alivio momentáneo, pero abrió nuevas posibilidades a través de las colonias.

Por su parte, Atenas recurrió al comercio exterior en gran escala, especializándose en aceite y vino, que cambiaba por trigo. Para eso debió crear una industria alfarera de recipientes, construcción de barcos y varias novedades políticas para facilitar estas actividades, todo lo cual produjo un nuevo estilo —el "helénico"—, que fue imitado y completado

por las demás ciudades (a su vez Atenas también recurrió a la emigración más tarde).

10. — Estos cambios no siempre son percibidos al comienzo por los mismos interesados, pero llega un momento en que algunos toman conciencia del proceso y se hacen entonces propuestas orgánicas para facilitar o combatirlo. Estas propuestas nunca han provenido, hasta ahora, del pueblo entero, sino de algún grupo minoritario. Sin embargo en los grandes cambios la participación de las mayorías es indispensable casi siempre, para ponerlos en práctica, y se ven así épocas de "unión nacional" que estamos acostumbrados a identificar hoy sólo con casos de guerra o cataclismos.

De todos modos, como todo cambio pone en peligro los privilegios existentes, lo usual es que algunos de los grupos dominantes se opongan a las novedades y defiendan el estilo tradicional: son los "conservadores". El nuevo estilo triunfa formalmente cuando esos grupos pierden el poder político.

En particular pierden, muchas veces por una revolución violenta, el gobierno o control administrativo de la sociedad, aunque en general conservan parte del poder en otras zonas. De todos modos, podemos dar por triunfante al nuevo estilo desde que se lo está aplicando en escala suficiente como para poder demostrar en los hechos que responde a las necesidades que lo generaron.

La toma del poder por los grupos defensores del nuevo estilo es un momento histórico decisivo, y muchas veces fácilmente identificable con una revolución social violenta. Es sin duda un salto o discontinuidad del proceso, un esfuerzo especial que si no triunfa puede significar la postergación indefinida del cambio; es un verdadero parto. Pero en la perspectiva de esta escala es sólo un episodio, indispensable pero menos definitorio que las demás fases que estamos viendo. Cuando las nuevas ideas y acciones empiezan a mostrar su valor, y los grupos conservadores —que ahora es natural llamar "reaccionarios"— pierden su hegemonía política, lo lógico sería que siguiera una fase de desarrollo completo de las nuevas posibilidades. Sin embargo lo usual es que se interponga o superponga aquí una fase de mucha importancia práctica, para la cual adoptaremos el nombre de "fase de conflictos definitorios" del estilo, que a veces coincide con los "tiempos revueltos" que usa Toynbee, aunque con otra interpretación.

Lo que nos interesa destacar no es, como a Toynbee, una época de angustias y colapso, sino un conflicto de facciones que luchan todas en nombre del nuevo estilo, para imponer su "verdadera" doctrina o interpretación.

Recuérdese que el nuevo estilo puede comenzar por una

zona, desde la cual se difunde a las demás. Pero esta difusión puede limitarse a un "ablandamiento" de esas zonas, que es aprovechado por otras ideas tal vez no muy coherentes con la inicial, para difundirse en ellas. Si la contradicción no es demasiado evidente, todas esas novedades pueden presentarse bajo el mismo nombre.

En efecto, las nuevas ideas de fondo nunca determinan con precisión, ni mucho menos, cuáles son los demás cambios que deben acompañarlas, y con respecto a eso puede haber muchas variantes, que pueden ser defendidas por grupos diferentes. (Ejemplo candente: la expropiación de la propiedad privada puede acompañarse con muy distintas propuestas de participación popular efectiva).

Hay grupos que salen perjudicados de cualquier manera que se haga el cambio —son los "reaccionarios", defensores del estilo anterior, que tal vez aún conservan parte del poder—; otros grupos están en favor, siempre que el cambio se haga de cierta manera, adecuada a sus intereses. Todos quisieran controlarlo, por el poder que eso da. Sería muy raro, pues, que el conflicto no apareciera, a veces desde el primer momento —aun antes de la toma del poder, del triunfo de la idea—, con frecuencia acompañado de violencia.

Corresponden a esta fase por ejemplo los períodos pos-revolucionarios, de recomodamiento de fuerzas entre los vencedores. Durante estas luchas de facciones o tendencias, que a veces han durado siglos, se termina de definir el nuevo estilo a la manera de la facción triunfante, incorporando también casi siempre parte del estilo anterior (éste puede seguir siendo practicado en "bolsones" o por minorías recalcitrantes). Por lo tanto esta fase sigue siendo creativa, sobre todo al comienzo, aprovechando el impulso de cambio para agregar nuevas ideas, aunque a veces tienen poco que ver con las intenciones originales.

No es raro que después de estos tiempos de conflictos la versión triunfante haya modificado, deformado o traicionado las ideas iniciales, y el cambio puede ser muy profundo si es que los problemas o desafíos que las generaron ya han desaparecido. Se mantienen algunos símbolos alusivos a la revolución original, y en nombre de ésta se propone cualquier otra cosa (método que hemos llamado "falseamiento"). El desafío inicial dio a la sociedad la "temperatura" necesaria para vencer su inercia, pero la dirección final de su movimiento puede variar mucho, a merced de grupos minoritarios.

Muchas veces se forman dos facciones fuertes que no pueden vencerse, y el sistema se parte en dos: Roma, imperio árabe omeya, iglesias cristiana y budista, mercantilismo "salvacionista" y "capitalista".

Cuando el conflicto definitivo se decide en favor de una de las facciones, ésta impone su propia versión del cambio, la

"oficializa", la institucionaliza, la incorpora al sistema jurídico y en definitiva la dogmatiza, convirtiéndola poco a poco en tradición; en una nueva ortodoxia. Cuando esto ocurre podemos decir que la fase realmente creativa ha terminado, y aunque esto no detiene la producción de cambios y nuevas ideas, los limita en profundidad, ya que deben atenerse a la doctrina oficial. Es lo que hemos llamado creatividad reformista, acostada o superficial.

Estos conflictos internos pueden debilitar mucho a la sociedad, y no es raro entonces que los tiempos revueltos terminen con el triunfo de algún conquistador extranjero, que interrumpe todo el proceso, para siempre o durante períodos larguísimos, imponiendo su propio estilo por la fuerza. Es el caso de los conquistadores españoles en México.

Otras veces el estilo extranjero es digerido por el local, y la fase definitiva termina con el triunfo de la variante apoyada por los conquistadores: es el caso de Roma frente a las ciudades-estado griegas en continuo conflicto. Otras, por fin, el extranjero aporta un elemento nuevo (relativamente, ver más adelante) que se injerta en el estilo local modificándolo profundamente: es el caso de los árabes que mezclaron su nueva religión con las tradiciones de los pueblos que conquistaban (estuvieran o no en esta fase).

Casi siempre que los tiempos revueltos consistieron en una lucha o competencia entre ciudades-estado o pequeños países, terminaron por intervención extranjera: en Sumeria por los acadios, en Grecia, como acabamos de señalar, por los romanos; en Italia renacentista por Francia y el Imperio Romano-Germánico, etc., etc.

Por otra parte quien aprovecha el río revuelto para imponerse a las facciones en lucha puede ser también otra fuerza política interna reciente o que se había mantenido hasta entonces al margen o a la expectativa, como vemos ocurrir todos los días.

Aclaremos que conflictos internos en una sociedad existen siempre, y hay también muchas épocas en que ellos recrudescen y se multiplican. A cualquiera de éstas podríamos llamarla "fase definitiva", pero vamos a reservar ese nombre para las que ocurren en la etapa inicial, todavía creativa, del nuevo estilo. Las otras serán más bien fases de reajuste, con interregnos de desorganización —parcial, momentánea o total— del estilo ya constituido y que ha pasado a ser el tradicional. Estos períodos son aún más vulnerables a los enemigos externos e internos, y pueden ser el prólogo a un nuevo cambio de estilo, ya que muchas veces son provocados por la incapacidad de un gobierno central para responder a ciertos problemas.

11. — El grupo que triunfa en esta fase definitiva, sólo o con aliados, pasa a encabezar las nuevas clases dominantes,

y su "tarea histórica" es ahora completar el desarrollo de las ya no tan nuevas ideas, en la versión adoptada, descartando y persiguiendo a las demás versiones como heréticas, y buscando la coherencia completa de todas las zonas.

Generalmente una de sus primeras tareas es unificar políticamente su región, casi siempre por la fuerza, y si tiene éxito sigue una etapa de expansión territorial y conquista de otros pueblos, formándose así un imperio "Universal", es decir, que cubre el mundo conocido o considerado digno de conocerse por esa sociedad. No es una fase obligatoria —un nuevo estilo puede unificar irradiando cultura o comercio—, y si en vez de naciones estamos hablando de instituciones u otros sistemas, menos aún, pero es de las más frecuentes, entre otras cosas porque un pueblo que no haya alcanzado una extensión territorial importante, no era notado por la historia antigua, o no se lo estudiaba con interés y entonces no sabemos nada de sus cambios de estilo. Por otra parte, el éxito inicial del nuevo estilo casi siempre se reflejaba en mayor fuerza económica y militar, y los grupos dominantes naturalmente la aprovechaban para obligar a otros pueblos a trabajar para ellos.

Teóricamente no todo imperio conduce al imperialismo, es decir a la explotación de un pueblo entero por otro, pues a veces las naciones conquistadas son incorporadas casi con igualdad de derechos; pero las diferencias son de grado, y la igualdad completa no se observa nunca (ni siquiera entre Roma y los estados de Italia que unificó). Lo normal es que en esta fase haya entonces dominio y explotación de "otros" pueblos. Nace el imperialismo.

A nivel de naciones, la explotación ha sido tan pesada y dura para los hombres como a nivel clasista, y ha despertado entre ellos mayor temor: genocidios totales, deportaciones de pueblos enteros, esclavitud, trato bestial a los prisioneros, saqueos, destrucción, no pueden eliminarse de la historia humana. La lucha contra el enemigo externo ha sido y sigue siendo tan vital para el hombre como la lucha contra la naturaleza y contra el enemigo de clase; está además ligada a estas dos últimas de mil maneras: desde el estímulo al desarrollo tecnológico hasta las alianzas clasistas internacionales.

Siempre hubo, desde la revolución urbana, naciones dominantes y explotadas, pero la zona de poder en que se ejerce ese dominio ha variado algo, por lo menos en sus formas aparentes.

Los imperios antiguos se basaban abiertamente en su poderío militar; explotaban por conquista y anexión, o exigiendo tributo. Se intentaba obtener coherencia con el poder político local, instalando gobernadores o príncipes locales leales, en general con malos resultados por la resistencia popular. Pero por supuesto la motivación básica de la conquista era

casi siempre económica (algunas veces fue preventiva, para asegurar fronteras): primero el simple saqueo y luego el tributo, captura de esclavos, emplazamiento de factorías o enclaves, sea para extraer recursos naturales —minerales, maderas, especias—, para comerciar, o más modernamente, para instalar ciertos servicios de infraestructura —ferrocarriles, electricidad— y por último fábricas.

Se llega así al neoimperialismo o neocolonialismo actual, a través de la dependencia financiera, industrial y tecnológica, pero sobre todo a través del comercio de bienes y servicios (incluso tecnología) a precios injustos; como se está viendo con toda claridad por las repercusiones que está teniendo hoy un solo cambio de precios impuesto por primera vez por los eternos colonizados: el del petróleo.

Si esta explotación no militar, bajo la apariencia de un intercambio entre países soberanos, es posible hoy, se debe a veces a la amenaza de intervención militar —caso COMECON), pero muchas otras a la forma más sutil y poderosa de imperialismo; la que se ejerce en la zona ideológica: el colonialismo cultural. A través de éste se nos convence de que no podemos vivir sin lo que los imperialistas producen, y debemos aceptar su superioridad técnica y estética. Si las modas y las máquinas deseables son las que vienen del Norte —y parecen serlo objetivamente, porque medimos la eficiencia de las máquinas con criterios que ellos mismos han sugerido, y el éxito de una moda por su aceptación promovida por la publicidad que ellos manejan— nunca vamos a romper la dependencia por el mismo motivo que el perro no se libera de su amo.

El imperialismo cultural no es por supuesto una novedad: Creta, Grecia, India y China son tal vez los pueblos que mejor uso comercial hicieron de su influencia cultural (pero en otros casos, casi siempre, el primer paso para imponerla fue la fuerza de las armas).

Esto nos recuerda que ha habido naciones que pueden llamarse "autónomas", porque ni eran colonias ni poseían imperios, salvo en sentido comercial o cultural: Creta, Fenicia, Palestina, Magna Grecia, etc., desempeñaron a veces papeles importantes como creadores o conservadores de cultura. No llamamos autónomas, sino marginales a las tribus aisladas y estancadas. Para los que deseamos la diversidad cultural, el concepto de nación o región autónoma, pero no aislada, debe revitalizarse, recalcando la autonomía cultural como fin en sí y como medio para la autonomía económica (cosa que se hace sólo superficialmente en los dudosos ejemplos actuales de autonomía: Perú, Cuba, Argelia, Libia, etc.).

12. — De todos modos, recalcar la fundación de un imperio confunde aspectos que nos interesa separar; el éxito de un nuevo estilo puede expresarse en otros terrenos fuera

de la conquista militar, y ésta tampoco es siempre prueba de ese éxito.

Así la expansión territorial árabe se produjo apenas muerto Mahoma, y como imperio militar unido nunca fue mayor que en su primer siglo, bajo el califato Omeya. Sin embargo, para los pueblos conquistados, el cambio de estilo recién comenzó después, con los aportes del Islam al derecho, arte, ciencia y costumbres sociales (además de su base religiosa), y los tiempos revueltos definitorios se prolongaron por siglos. Para los árabes mismos, enriquecidos por el botín y corrompidos en buena parte por el poder sobre tantos países, el cambio de estilo fue justamente al revés, apartándolos de los preceptos del Corán, salvo en los aspectos rituales.

Admitimos que hay una fase de expansión, territorial o no importa en qué otra zona, durante la cual se explotan ampliamente las posibilidades del nuevo estilo, ya bien definido: algunos la llaman "madurez" de la civilización, y adjudican a sus dirigentes una actitud menos espiritual, más utilitaria y materialista —pero también "armoniosa", "estético-teórica"— que en la fase inicial. Hay seguridad, confianza en el nuevo estilo.

Esa expansión se hace en beneficio de las minorías dominantes, pero en general las mayorías reciben también algo, a veces suficiente para disimular los aspectos más agudos de la explotación interna, por lo menos para los grupos urbanos (a fines de siglo, Engels atribuyó el "aburguesamiento" de los obreros ingleses y franceses a esas sobras del botín imperial que les tocaron). Los que menos gozan de este excedente son los soldados que mueren conquistándolo. Por eso en esta fase lo usual es que prosiga el apoyo popular al nuevo estilo, aunque sin participar como al comienzo. El sistema funciona bien y todos los problemas tienen solución, o parecen tenerla; por lo menos hay criterios claros para tomar decisiones, en los que se tiene amplia confianza.

Esta es pues la fase imperial o expansiva, a veces explosiva aunque nunca tanto como en nuestra sociedad industrial. Casi siempre dura poco —eso depende entre otras cosas de la velocidad de expansión—, porque las fuerzas o recursos de que se dispone no son ilimitados, y se presentan dificultades "logísticas" cada vez mayores, para hablar en términos militares.

En realidad cualquier gran campaña militar de conquista es ejemplo ilustrativo de estas fases. El éxito de una nueva estrategia, al estilo de Alejandro, Gengis Kan, Napoleón, permite conquistar grandes territorios, pero eso alarga las líneas de comunicaciones, exige más soldados para custodiar lo conquistado y obliga a enfrentar nuevas condiciones para las cuales la estrategia no se había preparado. En esos casos es

usual detener el avance por un tiempo y dedicarse a "consolidar" la región conquistada, "reorganizar" el ejército y su apoyo logístico, y mientras tanto imaginar una nueva estrategia que permita seguir adelante, o conformarse con lo ganado, o incluso replegarse en parte para eliminar puntos débiles, exageraciones, "extremismos".

A partir de este momento, o aun antes, cobra importancia una nueva actitud en los grupos dominantes: el deseo de asegurar, conservar lo que se ha ganado. Se entra así a una larga etapa que vamos a llamar "conservadora" porque esa es su principal función, aunque en ella se encuentran siempre algunas novedades y chispazos expansivos, entre fases de consolidación, retroceso, partición, declinación y otros interregnos de reajuste.

La etapa conservadora puede durar milenios (Egipto, Bizancio, China, India) pero siempre con alternativas típicas de reacondamamiento que merecen el nombre de fases por la frecuencia con que aparecen.

La primera es una "fase de consolidación" de lo ganado en la fase imperial; primer intento conservador del estilo. Esta nueva fase ocurre para muchísimos tipos de sistemas, y en especial sociedades y países, y veremos que tiene un interés práctico y teórico grande (en la escala "visible").

En la evolución canónica la fase expansiva culmina entonces con una fase de organización y consolidación, que según de qué sistema se trate podemos también llamar racionalización, institucionalización, normalización (en el sentido de "standarización"), burocratización, legalización, etc. En la actualidad conduce a una formación social que llamaremos "estatismo", nada nueva, por otra parte.

Todo imperio grande tiene dificultades para actuar coordinadamente; crea entonces formas organizativas, casi siempre centralizadas y jerárquicas, nuevas instituciones, nuevas tecnologías (así nació la escritura), incluso nuevos grupos sociales, como la burocracia. Todo se reglamenta, codifica, ritualiza. En las grandes religiones es el momento en que se escribe El Libro; en las revoluciones científicas es el momento en que se formaliza La Teoría.

Si esta reorganización es exitosa, puede servir de base para un nuevo impulso expansivo, en alguna zona considerada deseable (generalmente conquista imperial), pero ha sido más frecuente que actúe como desmovilizante en otras zonas, dando rigidez al sistema: consolidándolo pero al precio de frenar la expansión (esto ocurre aún con grandes empresas que se racionalizan con el expreso propósito de expandirse más, pero fosilizan su línea, como ocurrió al principio con las petroleras). Puede aparecer entonces una fase, a veces larga, de estancamiento. Esto depende pues en buena parte de los fines, de la ideología, que puede tener o no elementos consolidantes, o favorables al cambio, o a la disgregación

en una zona u otra, y de la eficiencia de las técnicas consolidantes, sobre todo las administrativas y jurídicas.

13. — Empieza así la fase decadente —declinación, disgregación, vejez—, a veces tan lenta que al comienzo no se distingue del estancamiento. El estilo ya ha dado casi todo su "jugo"; sus nuevos desarrollos son artificiales, sofisticados, "suntuarios", para entretenimiento de las minorías (se han hecho observaciones análogas para el arte de esta fase). Sus éxitos anteriores lo han mitificado y consolidado; cualquier modificación de fondo sería además una herejía; las novedades son juegos intelectuales, aventuras militares, golpes de estado, nuevas formas de entretenimiento. Un ejemplo típico es Bizancio: mil años de decadencia gradual hasta que los turcos, y antes los cruzados, le dieran el golpe de gracia.

Los nuevos problemas que se van presentando se atacan según las normas tradicionales, y si son realmente nuevos, se resuelven mal y pueden destruir esa sociedad, o al menos su forma imperial. En general obligan a introducir algunas reformas —variantes del estilo —sobre todo en la organización política.

En realidad, una vez alcanzada la máxima expansión de la sociedad —en la zona que sea— su historia siguiente parece sólo una sucesión de esfuerzos durante períodos larguísimo —a veces milenios— por conservar "lo esencial" del estilo frente a todos los golpes que va recibiendo desde dentro y fuera. Lo esencial resulta siempre ser la ideología, la concepción del mundo forjada por esa sociedad, y sus determinantes concretos más importantes, como la estructura social de dominación; en especial cuáles son las clases que deben sostener a toda la población. Los grupos privilegiados pueden en cambio ir alternándose en su hegemonía, y en realidad éste es uno de los métodos que frecuentemente se ensayan para remediar situaciones peligrosas: la clase hegemónica llama a colaborar a otras, o incluso les cede su puesto (en general de mala gana o por la fuerza).

Todo este período conservador es un tenaz esfuerzo por llegar a una consolidación estable, definitiva, del estilo tradicional; ése es su gran problema-desafío: cómo lograr mecanismos de "homeostasis", que como los del cuerpo humano respondan automáticamente a los cambios exteriores volviendo el cuerpo social a la "normalidad" (como propone la Cibernética).

Cada vez que uno de esos mecanismos ensayados fracasa, hay un período de "apertura" en busca de un reajuste; apertura que puede consistir en una descentralización política —generalmente llamada feudalismo—, mayor liberalidad hacia los comerciantes, o hacia clases urbanas más amplias

(populismo-demagogia, del que hay precedentes hace más de 5 milenios en Egipto y Sumeria).

Hasta ahora podemos decir que una ideología bien ritualizada y organizada como Iglesia o Partido es capaz de conservar muchos aspectos del estilo, pero no evita grandes fluctuaciones políticas y económicas. Por su parte un sistema administrativo eficiente es capaz de sobrevivir a grandes cambios en las demás zonas, y favorecer luego el regreso a la "normalidad" imperial. Eso ocurre aún en casos de largos interregnos de desorden político y social, o intrusiones de invasores extranjeros. La destrucción del aparato institucional en cambio lleva a esas "edades oscuras" o "pupales" que hemos mencionado varias veces, terreno fértil para cambios de estilo.

Es de temer que si se une una burocracia eficiente a una ideología fuerte, se llegue a ese "ideal" de consolidación definitiva, de estancamiento, que aunque ocurra a un nivel material alto es la negación del socialismo.

Estos vaivenes pueden repetirse numerosas veces antes que un nuevo estilo, o algún enemigo externo, aproveche esa debilidad para provocar un rompimiento irreversible, a partir del cual los distintos pedazos —reinos sucesores, sectas disidentes, etc.—, siguen cada uno su camino en forma más o menos independiente, aunque en general conservando lazos del tipo que hemos llamado "constelación".

Durante esta declinación, la actitud de las minorías dominantes conservadoras se hace más "sensorial", hedonista, cientificista, e insegura. Empiezan a desconfiar de su capacidad de dirección y de la infalibilidad del estilo, pero no les conviene abandonarlo; por el contrario, cierran filas en torno a él y hay tendencia a la formación de verdaderas castas y otras rigideces sociales. Entre estas rigideces tal vez la principal es la institucionalización o burocratización que ya hemos mencionado; este aparato actúa como un esqueleto con cuerda propia, capaz de sostener artificialmente al estilo tradicional por encima de dificultades que no sean muy grandes. Las mayorías se inquietan más, pues son las que más sufren por la mala solución de sus problemas (por ejemplo cuando se van perdiendo las colonias, y habiendo menos para repartir, pierden lo poco que les tocaba). Son más frecuentes en esta fase los levantamientos populares, a veces muy importantes en el campo, cuando las malas cosechas no son aliviadas por la decadente organización imperial y el hambre se extiende a grandes regiones (hay también una clásica descripción hecha por un sacerdote egipcio de una revuelta urbana hace más de 4 milenios).

Frente al descontento, las minorías ensayan medidas dictatoriales, que en esta fase no dan mucho resultado por la inseguridad de los mismos que las aplican, y terminan en general con demagogia, cesarismo, bonapartismo, populis-

mo. Esto produce una situación caótica en apariencia, pero que muchas veces ha perdurado durante siglos. La anarquía política —golpes, terrorismo, etc.—, no es menos estable que la dictadura, siempre que siga funcionando el aparato burocrático: instituciones y su personal.

De tanto en tanto se inventa, o aparece, algún problema que puede resolverse, o surge algún líder o grupo de capacidad fuera de lo normal y hay un período de recuperación, rehaciéndose lo perdido internamente (por ejemplo reunificando el imperio), o encontrando nuevas oportunidades afuera.

Es típica de esta fase la aparición de grupos muy polarizados con respecto a cuestiones generales o "esenciales": libertinos y puritanos, ateos y místicos, "brujos" y "científicos", extremistas de todo color. De estos grupos salen a veces los gérmenes de un nuevo estilo.

14. — Desde los primeros fracasos ante nuevos desafíos comienzan a escucharse las ideas que en toda época son producidas por individuos de todos los niveles, pero que antes eran aplastadas por la confianza en el estilo tradicional y no llegaban a difundirse. Las nuevas ideas son muchas, pero un poco por el azar de las circunstancias que no les permiten alcanzar un umbral de difusión y otro poco por falta de méritos, la mayoría desaparece, y las demás se van integrando en unos pocos "proyectos" —mezcla de cosas buenas y malas— sostenidos por grupos formados por miembros de ciertas clases sociales, dominantes y dominadas (en particular es notable la participación de intelectuales). Dichos proyectos en general no eran antes muy explícitos, y se expresaban en forma indirecta, por ejemplo como nuevos movimientos religiosos. Hoy aparecen frecuentemente como programas políticos.

Si los problemas o desafíos se hacen suficientemente peligrosos, y alguno de los proyectos propuestos —explícitamente o porque están en el "ambiente"— parece capaz de resolverlos, comienza la génesis de un nuevo estilo o cultura, "filial" del anterior. Sin embargo con frecuencia estos proyectos sólo parecen nuevos y sólo proponen en realidad volver a ciertas etapas previas del mismo estilo. La añoranza por las fases antiguas, creativas y expansivas, del estilo es por supuesto grande, y siempre hay proyectos que proponen recuperar los "verdaderos" valores tradicionales, en general sin éxito (Egipto es el clásico ejemplo de los que miran hacia atrás durante milenios, estimulados quizás por las monumentales obras de sus antepasados).

Por último recordemos que muchas veces estos proyectos ni alcanzan a gestarse, y la declinación termina violentamente y desaparecen los restos del imperio por la invasión de "bárbaros" que estaban ubicados en las fronteras como marginales (o "proletariado externo", como dice Toynbee), o que

vienen desde lejos en tren de conquista. Ellos desplazan por la fuerza a las minorías dominantes, pero conservándolas muchas veces como socios menores —procónsules, cipayos, o "maulas" (en la conquista árabe de Irán), y hoy el estamento gerencial extranjero—, que los ayudan a recoger el excedente, quedándose con parte de él.

A veces logran mantener la estructura imperial, e incluso darle un nuevo impulso, adoptando su estilo o forzando un cambio en ciertos de sus aspectos (como en las conquistas mongol y árabe respectivamente). Otras veces parten al imperio en reinos sucesores, incapaces de mantener en funcionamiento la organización y tecnología existentes, y éstos a su vez pueden "disolverse" y de allí surgir una etapa feudal aldeana, como ocurrió en el caso del imperio romano. Pero durante todo este interregno, cuando existe, se siguen manteniendo por un lado el estilo tradicional, y por otro los proyectos de nuevos estilos, hasta que los problemas de la realidad terminan por permitir que alguno florezca.

15. — Cuando hay un desafío permanente, como en el caso ya mencionado de la "modernización refleja", para países menores, el esquema canónico sigue valiendo, pero con algunas características especiales.

La fase creativa no puede ser muy profunda: es una simple copia, o en el mejor de los casos adaptación simple, del estilo del país líder.

Los conflictos definitorios son en general más suaves y cortos, pues está a la vista el ejemplo a seguir, y éste es casi siempre un imperialismo, que rápidamente ayuda al triunfo de una de las facciones: la que promete serle más fiel. Sólo hay conflicto importante cuando son varias las potencias que aspiran al liderazgo.

La fase expansiva es modesta, porque las mejores oportunidades ya han sido aprovechadas por el país líder, que no tolera competidores serios. Casos como el de Japón son excepciones (véase una explicación en el capítulo VIII: Japón).

La etapa conservadora es la más peculiar, pues los intentos de consolidación que hacen los grupos dominantes internos, chocan con las novedades que propone continuamente el país líder (que aunque son de menor cuantía para éste, resultan grandes para el país que copia). Eso obliga a realizar nuevos cambios, que incluso pueden significar el reemplazo de un grupo dominante por otro en la dirección política del proceso (por ejemplo, terratenientes sustituidos por industriales, "etapa agroexportadora" sustituida por "etapa de sustitución de importaciones", como se usa decir). Las fases de reacomodamiento son aquí entonces nuevos arranques de modernismo, después de fases cortas de consolidación o "descanso" en ese afán.

Estos reacomodamientos, que incluyen a veces también aperturas populistas, dan la impresión de un proceso dinámico, como la puede dar un corcho que baila a merced de las olas, pero no hay reales cambios de estilo sino variantes de moda y las estructuras sociales se mantienen cuidadosamente por encima de todo, recurriéndose a regímenes autoritarios en cuanto se las cree amenazadas. Es una etapa esencialmente conservadora.

16. — Este es, con un poco más de detalle, el esquema de evolución canónica de sociedades. No podemos dejar de señalar su analogía estructural con el esquema de las "revoluciones científicas" de T. Kuhn (19) —ya propuesto en sus líneas generales por Kroeber (20).

En ciencia, las ideas profundamente novedosas, los nuevos paradigmas, surgen también en respuesta a problemas-desafíos que la "ciencia normal" o tradicional, aceptada casi dogmáticamente por la gran mayoría de los científicos, no sabe resolver. Hay fases definitorias de feroces controversias contra los "fósiles" y entre los nuevos (basta recordar la historia de las teorías atómicas y de la evolución), y cuando por fin triunfa alguna forma de las nuevas ideas o teorías, ella se extiende explosivamente como nueva ciencia normal —equivalente del imperio universal. A partir de allí desarrolla todas sus implicaciones, que cada vez entonces presentan menos interés, hasta que aparecen nuevos problemas grandes que no sabe resolver, y que provocan otra revolución. Mientras eso no sucede, los problemas no muy grandes que la ciencia normal no sabe resolver son ignorados o disimulados, y ella adquiere el vicio de fabricar sus propios problemas para justificar, al resolverlos, su derecho a la vida; esta etapa coincide con la que llamamos "cientificismo" (CPC); etapa conservadora en que el grupo dominante de científicos se mantiene por el prestigio heredado, por institucionalización, y por apoyo mutuo (citas, premios, invitaciones, etc.). La historia de las ciencias físicas y biológicas está llena de ejemplos de este proceso, y lo mismo ocurre en arte, filosofía, religión, etc. Los estilos musicales, por ejemplo, tienen también una evolución canónica, pero aquí la declinación es más rápida porque existe un público que se aburre y exige alguna novedad (así aparecen las novedades por la novedad misma).

No debe extrañarnos entonces que el mismo esquema se presente en la historia de las doctrinas políticas y religiosas, y en realidad éstas dan ejemplos preciosos de evolución canónica. El surgimiento del cristianismo, sus conflictos en los viejos concilios sobre la naturaleza de la Trinidad y tantos otros temas considerados cruciales, hasta la polémica de los iconoclastas y la división de la Iglesia; la conquista del imperio romano por esa iglesia, y de los bárbaros después,

y luego su largo estancamiento y declinación, con repetidos ciclos de reverdecimiento y adecuación a las circunstancias, pero sin cambiar de estilo, hasta la aparición de las iglesias filiales de nuevo estilo, como los diversos protestantismos, son todas fases canónicas fácilmente reconocibles. La única diferencia notable es que la madre no murió de parto, como la gran mayoría de las civilizaciones (pero no todas: el feudalismo sobrevivió bastante al nacimiento de la sociedad mercantil y aun a la industrial) sino que ejerce todavía un poder respetable. Lo mismo se ve en el Budismo o el Islam.

La historia del marxismo, por desgracia, presenta fases similares pero que se han cumplido con mayor velocidad. Hace apenas un siglo desde su fase más creativa, y ya parecen estar terminando los tiempos definitorios, pues quedan sólo dos versiones poderosas —la rusa y la china—, que tal vez terminen coexistiendo como las iglesias Católica y Ortodoxa. En este momento en que se están proponiendo nuevas doctrinas, la enseñanza más útil en este esquema canónico es justamente la alta probabilidad de la lucha definitoria y de la dogmatización de la versión triunfante. Es posible que algunos de sus peligros puedan evitarse si en vista de tanta experiencia histórica, se toman algunas medidas de precaución.

17. — Es necesario aclarar que este esquema de evolución canónica no pretende representar la realidad fielmente, ni en todos los casos. En la realidad las fases nunca son consecutivas sino que se solapan, a veces apreciablemente. Algunas fases pueden faltar, otras repetirse, el proceso entero puede interrumpirse en cualquier fase.

Debe entenderse que el esquema se usa como arquetipo, o "tipo ideal", no como modelo. Un modelo debe ser lo más fiel posible a la realidad, pues su objeto es dar indicaciones prácticas —decisiones, predicciones, explicaciones—: en general, respuestas a preguntas. Un arquetipo en cambio tiene un uso principalmente heurístico: sugiere preguntas, más que respuestas. Al compararlo con un caso real y percibir diferencias, tenemos que preguntarnos a qué se deben: ¿Por qué falta una fase o se repite otra? Eso puede llevarnos a descubrir nuevos factores, o a cambiar ciertos modelos explicativos (análogamente, el valor medio de un conjunto de mediciones es un arquetipo: puede no coincidir con ninguna de ellas, pero señala cuáles se apartan más). Si hay más que un arquetipo, pueden servir como criterio clasificatorio de los casos reales, según a cuál de aquellos éstos se parezcan más.

Pero como toda definición, aunque un arquetipo no está sujeto a validación o refutación por cada ejemplo real, tiene que haber abstraído ciertos aspectos interesantes de la rea-

lidad, o no será útil. Repetimos, tiene que ser capaz de su-
gerir problemas orientadores.

En ese sentido el esquema canónico peca por exceso, pues
ya hemos dicho que en sus grandes rasgos es tan normal
—tan canónico— que puede aplicarse casi a cualquier sis-
tema, y aun de varias maneras diferentes, provocando dudas
sobre su utilidad.

Imaginemos las controversias que despertaría su aplicación
a un caso como Argentina:

Podríamos decir, siguiendo este esquema, que en respuesta
a los problemas económico-políticos que producía el dominio
español, se fue gestando la idea de la independencia, que
empezó a ponerse en práctica en 1810, y tuvo sus momen-
tos más creativos en algunas reformas sociales de los pri-
meros años y en las expediciones libertadoras que culminaron
con San Martín.

El cambio se inició pues en las zonas ideológica y econó-
mica, y desde ellas comenzó a propagarse a las otras.

Los conflictos definitorios empezaron casi al mismo tiempo
a dar diferentes interpretaciones de la independencia, en
todas las zonas. Se impuso por fin sobre Rosas el grupo
"modernista" anglófilo, que a cambio de olvidarse de la
independencia económica (la cultural nunca existió) logró
plenamente sus objetivos desarrollistas-liberales, tanto que a
principios de siglo podría hablarse de cierta hegemonía
—"imperio" resulta ridículo en este caso— argentina en
el subcontinente. Fue hasta entonces una modernización re-
fleja de éxito nada despreciable.

Del estancamiento y declinación posteriores —relativos al
resto del subcontinente— no hemos salido aún, y se han
producido en este período numerosas fluctuaciones —golpes
militares, conflictos sociales— sin llegarse a ninguna con-
solidación; tanto que en 1974 el anhelo político más gene-
ralizado era "estabilizar las instituciones", ideal de una etapa
conservadora. Esta puede analizarse algo más:

Sabemos, por lo dicho para países con estilo de moderniza-
ción releja, que dicha consolidación es muy difícil, por la
necesidad de seguir el tren a los países líderes. El único
tipo de estabilidad que no haría aumentar mucho las "bre-
chas" del subdesarrollo sería la entrega total a las empre-
sas transnacionales, pero la tradicional ideología nacionalista
se opone a ello, si no es en forma disimulada.

Así la oligarquía rural que había encabezado la expansión
económica y logrado cierta consolidación a principios de si-
glo, se mostró incapaz de continuar la modernización cuan-
do la Gran Depresión puso fin a la exportación agropecuaria
como "fuerza productiva". Al llegar la guerra, el país hasta
entonces líder —Inglaterra— había perdido fuerza y pres-
tigio, y su sucesor —los EE. UU.— no la había sustituido
todavía en Argentina.

En ese vacío político se produjo, en 1943, una aventura
militar en base al mal cálculo de que Alemania podía ganar
la guerra. Fracasada esa estrategia aumentó el vacío políti-
co, y el miedo a que el triunfo de la URSS estimulara el co-
munismo. Existía además abundante producción de alimentos
y un gran saldo en divisas, por la imposibilidad de importar
durante la guerra (que de paso demostró que la industria
argentina de esa época no se hundía por un aislamiento
prolongado).

En esas condiciones Perón ensayó su original estrategia po-
pulista. Repartiendo entre el pueblo los excedentes acumu-
lados logró una base de apoyo político (verificada el 17 de
octubre de 1945), desde la cual forzó a las clases altas a
tolerar una pequeña redistribución de los nuevos ingresos.
Perón no sólo dio ingresos mayores al pueblo, sino sobre
todo auto-respeto y confianza en sus fuerzas; perdieron el
tradicional miedo al patrón y se sintieron gente. La confianza
en Perón aumentaba por el visible odio que le tenían los
"ricos".

Esta apertura populista es un hecho irreversible, aunque no
llegó más lejos por haber sido cuidadosamente instituciona-
lizada y canalizada a través de burocracias políticas y sindi-
cales, y desmovilizada por el líder paternalista, que se hacía
responsable de la felicidad de su pueblo.

Pero la consolidación lograda en ese punto de equilibrio era
incapaz de retomar el desafío de modernización, que ahora
empezaba a ser planteado con renovada fuerza por las ETN
norteamericanas. La industria nacional era incapaz de co-
piarlas aunque hubiera estado motivada para ello por una
mayor libertad de maniobra frente al estado y los obreros.
El innecesario choque de Perón con la tradición católica
—fuerte prueba de que siempre actuó por cuenta propia,
y no como agente de una clase social— permitió vencer al
aparato burocrático creado en esos años, y se produjo otro
reacomodamiento de esta etapa, siempre conservadora en lo
esencial.

La modernización quedó ahora directamente a cargo de las
ETN —no sin conflictos con los viejos grupos dominantes—
y el desarrollismo pasó abiertamente a ser doctrina política.
Este régimen se ha impuesto en toda la línea, pero los
vaivenes políticos no cesaron por la existencia simultánea
de un desafío menor, pero muy sentido: el posible regreso
de Perón, y la nada despreciable agitación popular que eso
estaba produciendo. Los ensayos de autoritarismo fueron
débiles y no resolvieron nada, salvo desprestigiar momen-
táneamente a los militares.

La solución llegó mediante un pacto social, por el cual el
peronismo volvía a implantar un estatismo populista —pero
mucho más débil que la primera vez para no interferir con
las ETN—, a cambio de la desmovilización popular. Esto

se logró sin más accidentes —hasta ahora— que el corto período camporista-montonero, único instante en que en Argentina se respiró un leve aroma de cambio, desde 1810.

Salvo nuevos errores —como el lopezreguismo— no se ve por qué esta institucionalización en un estatismo cada vez menos populista no puede durar, hasta que las influencias externas impongan un nuevo cambio.

A pesar de algunos atractivos innegables de esta descripción, muchos objetarán que se ha forzado la realidad para someterla al esquema, y propondrán alternativas en las que el "verdadero" período creativo estará en Rosas, o en Sarmiento, o en las que Rosas será otro interregno dentro de un estilo que fue liberal-desarrollista desde el comienzo. Pero este defecto de ambigüedad propio de todos los esquemas amplios no los hace inútiles, siempre que no se los mitifique, pues se señalan peligros que tal vez de otro modo no veríamos: estancamiento, lucha de facciones, enemigos internos y externos, consolidación fosilizante, etc.

Plantea los problemas de una manera que facilita las comparaciones históricas: por ejemplo si las propuestas del peronismo prometen o permiten un cambio profundo, o si son similares a los reajustes usuales en los períodos de declinación, que ya hemos mencionado.

En especial, ayuda a distinguir entre esas dos formas de creatividad, progreso o desarrollo, que hoy tanto se confunden: por una parte las grandes ideas rectoras —como domesticar animales, dominar ríos, usar razonamientos lógicos sistemáticamente, difundir la fe en Alá, reemplazar el trabajo humano por máquinas, lograr la "liberación" o realizar un Proyecto Nacional—, y por otra parte el "relleno" del esqueleto dado por esas grandes ideas, con multitud de ideas pequeñas, entre las cuales empieza a hacerse difícil distinguir cuáles son necesarias —porque el esqueleto solo no alcanza—, cuáles inútiles, y cuáles monstruosidades que deforman el resultado y traicionan a ese esqueleto.

La fase expansiva o imperial de crecimiento es impresionante en su magnitud cuantitativa, pero sólo al comienzo completa con músculo al esqueleto; luego agrega sólo grasa, y por último, tumores. Ha "agotado sus posibilidades", frase tan repetida, pero tan vacía mientras no tengamos métodos para saber si el agotamiento ya llegó, o está aún lejos. El esquema canónico da algunos indicios para ubicar esa fase, en primera aproximación.

Pero aunque el esquema no nos diga en qué fase estamos, por lo menos señala la importancia de saberlo, y ordena nuestras ideas en ese sentido. No importa que diferentes grupos ideológicos puedan aplicarlo para justificar sus propias acciones (para lo cual algunos de ellos deberán forzar la realidad), si nos ayuda a planear las nuestras.

De todos modos es más difícil de usar mal que otros co-

nocidos esquemas amplios, como el de "tesis-antítesis-síntesis", el "yin-yang" o incluso el "modus ponens". Nos induce, por ejemplo, a contemplar las proezas monumentales de la sociedad actual —como llegar a la Luna—, con cierta desconfianza, y tratar de analizar mejor su significado, cosa que haremos en la escala siguiente.

Podemos dar por sentado que la fase expansiva no facilita los cambios de estilo; eso es natural porque la expansión es el aprovechamiento a fondo de una idea, y sería muy raro abandonarla en ese momento. El análisis de todas las explosiones imperiales de la edad clásica confirma eso plenamente. Terminada la expansión, en cambio, el imperio puede producir condiciones favorables al cambio, o consolidarse por mucho tiempo.

Esos imperios disponían de recursos muy grandes y su mayor rasgo de creatividad ha consistido en usarlos para ciertas obras monumentales que nos admiran, independientemente de su contenido social e ideológico, desde las pirámides egipcias hasta el viaje a la Luna.

Por el contrario, el hecho de haber dogmatizado su estilo, de tenerle confianza religiosa por sus éxitos —que permitieron la construcción del imperio—, y la enorme inercia que les da su gran volumen, sólidamente atado por instituciones de todas clases, hacen que las nuevas ideas sean rechazadas hasta que sucesivas derrotas —militares o económicas— debilitan toda la estructura imperial. Pero si en esos momentos de debilidad no existe un proyecto ideológicamente diferente, los resquebrajamientos vuelven a soldarse y el viejo estilo sigue dominando por un tiempo más (ese ciclo se repitió varias veces en China, Egipto y muchas otras sociedades). Por "ideológicamente diferente" queremos decir un proyecto que niegue algunas de las tradiciones, actitudes y modalidades importantes.

Es comprensible entonces que las fases creativas se hayan dado muchas veces en constelaciones de naciones o ciudades-estado. Esto ocurrió desde Sumeria hasta los pequeños y bien comunicados reinos donde se gestó el capitalismo, pasando por lo que podemos llamar Siria (Fenicia, Palestina, etc.), Grecia, tanto micénica como helénica, China en la época de Confucio, India en la de Buda, Europa del Renacimiento y tantos otros casos.

Si bien no puede decirse que los nuevos estilos hayan tenido su origen en estas constelaciones —muchas veces las ideas generadoras venían de fuera, o estaban latentes desde edades oscuras anteriores—, no hay duda de que el contacto con vecinos independientes y de cultura similar estimula la búsqueda de novedades, por razones de defensa y competencia, y facilita encontrarlas y difundirlas, dadas las buenas comunicaciones entre ellos.

Pero cuando la constelación se ha producido por ruptura re-

ciente de un imperio, como hemos dicho, el cambio es sólo de organización política, las tradiciones se mantienen y siguen oponiéndose a toda novedad: el proyecto más fuerte es la reunificación.

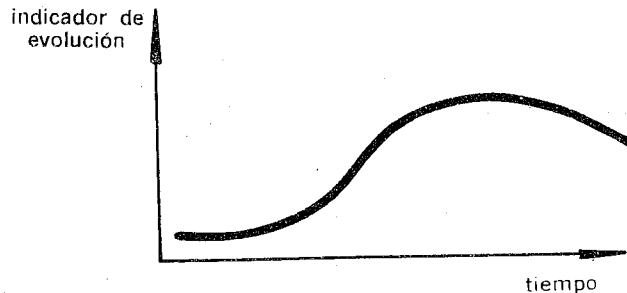
Esas tradiciones son más débiles cuando se ven vecinos que no las respetan sin ser por eso destruidos por la furia celestial. En cambio adquieren enorme capacidad estabilizadora de estilos cuando son o han sido patrimonio imperial. Esto parece ser tanto más cierto cuanto más ligadas están a los problemas del más allá mediante rituales o normas rígidas: evitando la contaminación en India, embalsamando cadáveres en Egipto, y en menor grado, apelando a los antepasados en China y a los santos en varios imperios católicos.

18. — Este concepto de las naciones como sistemas en evolución "canónica" (es decir, con las típicas fases descritas), y donde varias de ellas coexisten estando en fases distintas y con estilos distintos —incluso en cuanto a fuerzas productivas—, corresponde al enfoque "no lineal" de la Historia, que muchos contraponen al enfoque del progreso continuo lineal. Con el método de las diferentes escalas temporales tal contraposición no existe: la Historia es lineal en la escala global pues justamente allí hablamos de la humanidad en bloque y sólo nos interesan sus tendencias centrales. Sabemos que la humanidad es heterogénea y que cualquier variable que estudiemos en ella tendrá una dispersión —en el sentido estadístico— nada despreciable. El análisis de esa dispersión corresponde a una segunda aproximación, como la macrohistórica, y es natural que aquí la linealidad desaparezca.

Que la humanidad "progrese" en bloque con respecto a un sinnúmero de variables —infraestructura, conocimiento, libertad y tantas otras— no significa que algunas de sus partes no puedan retroceder, o tener ciclos, o que progresen todas las variables al mismo ritmo que el total. Es como confundir el análisis del desarrollo industrial de un país con el de sus empresas individuales: la suma de muchos desarrollos cíclicos pueden dar un total lineal; la muerte segura de cada individuo no implica que la especie no pueda crecer y evolucionar linealmente. Asimismo, que la población o la tecnología sean buenos "indicadores" de ese progreso global, no implica que lo sean también en el análisis más fino. La tecnología, como la ideología, es siempre un **factor limitante** —hay cosas que decididamente no se pueden hacer sin ciertos instrumentos— pero nunca **determinante**; indica sólo los límites del movimiento de otras variables, que a su vez también son limitantes en otras "dimensiones". No es raro que no haya una correlación exacta entre tecnología y desarrollo estético, por ejemplo; crearlo es infantilismo, y dedi-

carse a demostrar que no es cierto, sin pasar de allí, también lo es.

En resumen nuestro esquema canónico es una elaboración del universal proceso de crecimiento, madurez y declinación que todos han percibido desde antiguo, ya sea en dos etapas —yin-yang— o en tres —como la Trimurti hindú: Brahma-creador, Vishnú-conservador, Siva-destructor— o bajo su expresión geométrica en curvas "logísticas" como la siguiente:



En el Apéndice se dan varias aplicaciones de este esquema a niveles no sociales; pero sin salir de éstos podemos proponer al lector numerosos casos que pueden expresarse en esos términos sin ningún esfuerzo, como ejercicio:

- El esquema de desarrollo de Rostow (22)
- Las 6 etapas de evolución del sistema político latinoamericano, de Germani y Silvert (23)
- Las curvas de expansión de Taagepera (24)
- Las 4 fases de toda revolución, según C. Brinton (25)

A estos podemos agregar que cualquier proceso histórico o político, aun correspondiente a escalas temporales mucho menores, y que son parte de otros mayores, puede a su vez analizarse según este esquema, aunque no siempre resulte natural o útil hacerlo.

Escala Macrohistórica

II. GENERACION DE NUEVOS ESTILOS

1. — Lo que más nos interesa del esquema canónico es cómo aparecieron los nuevos estilos, ya que es ése el problema que nos motiva, y también por supuesto, por qué ciertos cambios de estilo que nos parecen ahora naturales y provechosos para ciertos pueblos, no ocurrieron.

Dijimos que sólo se saben cosas interesantes a partir de la revolución urbana, y aún así, todo lo que se diga sobre las civilizaciones de "primera generación" es hipotético.

Esos primeros imperios —Sumeria, Egipto, Indo, Creta, Centroamérica, Perú, China—, aparecieron gracias a una enorme creatividad; no había habido nunca sociedades grandes organizadas, con todos los problemas de la vida urbana, la infraestructura y la administración. Los contactos entre ellas eran muy escasos, pero sin duda permitieron transmitir algunas ideas.

De todos modos en estos casos parecería que el contorno físico tuvo un papel decisivo como estimulante —desafío— y como limitante. Ideas útiles para usar las aguas del Tigris o el Eufrates para riego no resolvían ningún problema de los presentados por las crecientes del Nilo, donde lo importante era retener los sedimentos fértiles que traía el río. En India y América Central el desafío principal era seguramente el bosque, pero en Creta era el mar. En Perú, los pueblos de la sierra y de la costa poco podían ayudarse a resolver sus problemas de cultivo.

Es probable que estos estilos se hayan generado de manera bastante espontánea y a lo largo de muchos siglos, y que cuando se dio el paso decisivo de centralizar ya estuvieran resueltos en principio los problemas del entorno físico. Y es lógico creer que esa centralización ocurrió como consecuencia de otro tipo de estímulo: los conflictos militares entre los pueblos que ocupaban una misma región y que trataban de saquear a sus vecinos periódicamente.

Así surgieron las aldeas amuralladas y de ellas las ciudades, para defender algo. La ciudad más antigua conocida —Jerico, hace 9 mil años— protegía una fuente surgente que en esa zona, ya semidesértica entonces, era la diferencia entre el hambre y la abundancia.

Todos ellos tuvieron entonces inicialmente dos grandes problemas comunes: la defensa militar y el agotamiento de la tierra (que hasta que no se resolvió impedía el asentamiento definitivo en un lugar) por mala labranza o falta de abono. Luego hubo muchos más.

Las ventajas económico-militares de la centralización tampoco se deben haber calculado de antemano, sino surgido a medida que ella ocurría, por "selección natural". Varias de esas sociedades fueron primero constelaciones de ciudades-estado durante varios siglos, antes de unirse o ser unidas desde afuera por la fuerza.

Podemos estar seguros de que ninguna de estas sociedades apareció como resultado de discusiones religiosas, conflictos sociales o problemas administrativos, pero todo esto se debe haber presentado de inmediato y hubo que darle soluciones coherentes con el estilo ya desarrollado en las zonas económica y militar. Todas usaron esclavos, pero en poca proporción, por la escasez de oferta; todas tuvieron religiones organizadas; todas inventaron la escritura, aunque fuera en la forma primitiva del Perú; todas construyeron impresionantes monumentos, muchas veces pirámides y otras montañitas artificiales, etc., etc.

Todas lograron superar viejos factores limitantes: inundaciones, sequías, falta de tierra laborable, selva, montaña.

Todas adoptaron el mismo "gran estilo", a expensas del campesinado.

A partir de esta primera generación se aprendió a vencer esos problemas del medio físico, que sólo vuelven a presentarse como amenaza hoy, a través de la escasez general de recursos de que hemos hablado, y que es el principal desafío para el futuro no inmediato. Ese tipo de problemas por lo tanto casi nunca volvió a generar nuevos estilos, y cuando se volvieron a presentar en regiones nuevas —por ejemplo en las primeras civilizaciones de Asia Sudeste, como Funan— no encontramos ya ninguna novedad importante en la forma de resolverlos (pero siempre hay variantes menores, por supuesto, como en este caso construir casas sobre pilotes).

Desde el comienzo de la edad clásica —en nuestra acepción, hace 3 ó 3 ½ milenios en el viejo continente— los desafíos económicos estuvieron dirigidos casi siempre a algún sector especial de la población y se mezclaban desde el comienzo con problemas sociales, como el ascenso de nuevas clases. Pero las fuentes de nuevos estilos se encuentran ahora en todas las zonas, y con mucha frecuencia en la militar, debido a las muchas invasiones externas que desorganizaban los viejos estilos y obligaban a reconstruirlos y modificarlos.

La defensa, tanto como la conquista, exigía nuevos tipos de organización social, también con grandes obras de infraestructura —como las murallas en China y las fortalezas desde

Troya hasta Cuzco—, nuevas armas y nuevas ideas creadoras en la táctica, la estrategia, la logística, la geografía y la planificación en general, que modificaban la vida de toda la población, sobre todo por el esfuerzo de mantener grandes ejércitos que se retiraban de las tareas agrícolas.

2. — Ya hemos dicho que no tiene sentido buscar causas puras para los procesos históricos, pero es correcto separarlas y asignarles diferentes ponderaciones, con vistas a la acción estratégica. En este sentido debemos recalcar la importancia de los factores ideológicos en los cambios de estilo, tanto para promoverlos como para inhibirlos. En realidad es en el papel de factor limitante de cambios que la ideología —de las clases dominantes— ha sido más notable, y si se le ha dado tiempo de prender en las masas y convertirse en tradición, resulta una fuerza más difícil de vencer que la violencia física. Es el principal factor para que resulte duradera la fase de consolidación de la expansión imperial, junto con una burocracia fuerte.

Es lógico que los grupos dominantes no quieran cambiar el estilo que los privilegia, y es natural también que las mayorías no puedan hacerlo, ni se les ocurra, mientras los proyectos igualitarios sean utópicos. Pero las clases medias, las que emergieron en Europa con las sociedades mercantil e industrial, tuvieron oportunidades no muy diferentes en otras partes del mundo y es difícil entender por qué no asumieron un proyecto propio —creando las fuerzas productivas necesarias, como estaba a su alcance— si no se destaca el papel frenador de las ideologías. Por lo menos India y Egipto —con su preocupación por la reencarnación y el culto a los muertos— son casos indiscutibles. India del Norte, ni siquiera salió a conquistar pueblos, ni se preocupó demasiado por anexas la parte sud de su región (el único que lo logró en la edad clásica fue Asoka, y se arrepintió de ello por motivos morales). Egipto tenía recursos y un mercado muy rico a sus puertas, aunque es verdad que durante muchos siglos hubo allí potencias demasiado fuertes. China es otro caso muy probable de estancamiento con fuertes raíces ideológicas, no sólo por el culto a los antepasados sino por las teorías oficiales sobre lo deseable para el estado y el respeto a la autoridad política.

¿Por qué China no emprendió nunca en serio la conquista del Pacífico? Le habría resultado más difícil que a Colón descubrir América desde el oeste, pero el asunto es que no lo intentó. Seguramente faltó el estímulo comercial, ya que el comercio exterior estaba monopolizado por el estado y se hacía en cantidades suficientes hacia el Océano Indico, pero aun así, poseyendo la experiencia de navegación y todos los medios técnicos necesarios, es incomprensible que un imperio con tantos recursos no haya explorado ese camino si

no es por razones ideológicas. Hubo pueblos africanos que lanzaron inmensas flotillas de piraguas al Atlántico para saber qué había más allá del horizonte.

Japón es un caso aún más claro, pues apenas cayó el shogunato Tokugawa con su ideología confuciana burocratizante, por el golpe Meiji, el capitalismo se desarrolló a una velocidad tal que no deja duda alguna de que todas las condiciones estaban dadas para esa transformación, que sólo estaba frenada por esos factores formales. No era el caso de una clase que defiende sus privilegios contra otra, pues ambos bandos formaban parte del mismo grupo social (los samurais), y tampoco había gérmenes capitalistas en grado apreciable, como en Europa antes de su triunfo político. Las semillas de la sociedad industrial existían sólo en la mente de los japoneses cultos, por lo que sabían a través de sus contactos holandeses, por las noticias que les llegaban de los triunfos imperialistas en China (guerra del Opio), y por último por la sensación de superioridad que daban los barcos de guerra extranjeros.

Un común denominador de todos estos casos que acabamos de mencionar, es que sus ideologías —conservadoras— asignaban poco prestigio al comerciante-industrial. Se lo limitaba en sus actividades; el estado interfería en ellas o aparecía como competidor; la burocracia se le asociaba como parásito. El estatismo, en resumen, frenó la iniciativa privada, como nos siguen recordando todavía hoy los liberales, con toda razón pero sin ningún "derecho histórico". La diferencia, por supuesto, es que entonces la iniciativa privada tenía por delante su tremendo poder creativo, explosivo; mientras que hoy no es más que una rémora conservadora, agotada y corrompida, que crea más problemas que los que resuelve. En la Europa medieval, la Iglesia sostenía concepciones parecidas con respecto al comercio —y sobre todo la usura—, pero al no constituirse esa región en Imperio sino en constelación de estados en competencia entre ellos —y con perpetuos problemas frente a las civilizaciones vecinas—, esa ideología y la Iglesia misma se debilitaron, y el afán de lucha tuvo menos frenos que en el resto del mundo.

El mundo árabe, donde el comercio era respetado y promovido, pudo haber sido una cuna alternativa del capitalismo mercantil-industrial, pero fue desorganizado prematuramente por las invasiones mongoles y turcas.

No todas las ideologías son consolidantes, por supuesto. En particular las doctrinas demagógicas resultan disgregantes y pueden ocasionar la declinación rápida de sociedades aparentemente fuertes, como lo había observado Platón en sus estudios sobre la decadencia de las ciudades-estado griegas. Para muchos, también el imperio romano se debilitó por no tener una doctrina más eficaz que "pan y circo". El cristianismo no resultó un remedio eficaz, pues a pesar de su

consejo de "dar al César lo que es del César" era una doctrina de salvación individual y amor al prójimo, lo cual no contribuye por cierto a mantener imperios. Sólo más adelante pudo desempeñar con algo mayor éxito ese papel, gracias al poder institucionalizador de la Iglesia, tanto Católica como Ortodoxa (no así la protestante).

El islamismo tuvo fuerza expansiva, pero no consolidante salvo a través de la estructura jurídica que inspiró: hoy es un vínculo para todo el mundo árabe, pero no una estructura institucional que lo unifique. Para Ibn Jaldún la idea consolidante era el "asabiyá", el espíritu tribal o de grupo, a cuya pérdida atribuía la decadencia del imperio árabe en África, en el siglo XIV.

Si todo eso es verdad, el populismo puede resultar una ideología disgregante, incompatible con los sistemas estatistas, con los cuales por ahora convive perfectamente.

Casi toda doctrina contiene aspectos consolidantes, otros disgregantes y aun otros netamente revolucionarios. Según cuáles de ellos se recalquen o disimulen, la misma doctrina puede ser utilizada pues para afianzar o debilitar un estilo, con pocas excepciones (el induismo es muy difícil de usar revolucionariamente, y la filosofía constructiva no se presta mucho, creemos, para actuar como consolidante).

Todo cambio profundo de estilo implica una nueva ideología, que ayuda a llevarlo a cabo, pero muchas veces ella existe al comienzo sólo en forma inorgánica y difusa, presentándose como doctrina sólo cuando el estilo ya se impuso, o nunca. En otras ocasiones es una nueva doctrina completa la primera expresión del nuevo estilo y su más poderosa estimulante (Mahoma y Marx dan dos ejemplos claros). Pero si bien hay ideologías revolucionarias, eso no quiere decir que haya revoluciones en respuesta a problemas ideológicos. Estos han producido muchos conflictos en los individuos, pero no cambios de estilo, salvo cuando están acompañados por desafíos más materiales. Ejemplo: el deseo de modernización. Más a menudo encontraremos "desafíos ideológicos" puros, en los intentos de cambiar desde arriba una religión popular. Eso produce resistencia activa en las bases, casi tan fuerte como en la defensa de la patria, pero es difícil que conduzca a un cambio de estilo, pues sólo se desea volver a la situación en que se estaba.

Mayores efectos sobre el estilo se producen en sentido contrario: cuando ciertas ideas religiosas o científicas ya vigentes en una sociedad son tomadas y adaptadas por otras, como en los ya mencionados casos de los japoneses, árabes, etc., etc. Un caso actual notable es la adopción del marxismo por los chinos, y es justo agregar que aunque se ciñen verbalmente a la doctrina original, han tratado varias veces de inducir creatividad popular en este terreno (sobre todo con la "revolución cultural"). La revolución rusa inició movi-

mientos análogos en sus primeros años, pero limitados a minorías intelectuales.

Si del campo de los valores pasamos al del conocimiento, donde el desafío perpetuo es comprender a la naturaleza y a los hombres, encontraremos el mejor generador de creatividad intelectual en toda la historia. Este jamás sirvió de freno para cambiar de estilo; por el contrario, muchos estilos frenaron su creatividad.

De todos modos, repetimos, no hay que caer en el error de buscar un único problema o un único factor que explique satisfactoriamente estas grandes tendencias y cambios. Buscar el enemigo principal, la causa principal, la contradicción principal, es correcto sólo en la escala temporal más fina: la táctica, cuando debemos decidir qué hacemos primero. En cuanto ampliamos la escala debemos volver a los principios "dialécticos" o sea sistémicos: en todo sistema social los factores importantes son muchos e interconectados; todos influyen sobre todos; no pueden estudiarse independientemente ni despreciarse todos menos uno.

Eso se ve con toda claridad si buscamos desafíos limitados a las zonas social, organizativa o militar; los ejemplos son muy pocos; siempre están mezclados con factores económicos o ideológicos.

3. — Ya hemos dicho que los tipos de sociedades que resultaron más creativos fueron las constelaciones de ciudades-estado y países pequeños, y que los imperios están más ocupados en consolidarse que en inventar cosas nuevas (salvo dentro del mismo estilo). ¿Qué papel han tenido los otros tipos? ¿Podrá repetirse en el futuro?

Comencemos por los pueblos nómades. En ellos encontramos estilos de vida similares y consolidados desde muy temprano, con tradiciones fuertes y suficientes para sus problemas normales. Las temidas invasiones bárbaras eran resultado de algún problema anormal, que generaba un proceso también canónico. Para los pueblos nómades —y también para los vikingos, probablemente—, el desafío era, otra vez, el exceso de población.

Alguna larga sequía, o al revés, un período de abundancia que permitía aumentar mucho la población, seguido de una vuelta a la normalidad, hacía que la región patria no pudiera alimentar a todos sus hijos.

La respuesta típica era la emigración armada, un "proyecto nacional" que implicaba un cambio de estilo más profundo que lo que parecía a primera vista, pues incluso se terminaba adoptando el de los conquistados (a veces ése era el proyecto explícito). Otras veces el cambio era pequeño, pues la emigración terminaba ocupando una región cercana más fértil en la cual podían volver al estilo tradicional de vida, pero entonces los pueblos desalojados de ésta por la fuerza

recurrían a la misma solución, y cambiaban ellos de estilo sin habérselo propuesto.

Cuando estos invasores chocaban con una civilización fuerte, a la que no podían vencer, tenían dos respuestas: tomar otro rumbo, a esperar la oportunidad. Esta última dio buen resultado muchas veces: los "bárbaros" se asentaban lo más cerca posible, y permanecían en esa situación marginal hasta ser absorbidos o hasta que una época de debilidad imperial les daba la oportunidad de lograr por fin la victoria (como ocurrió en el clásico ejemplo de Roma).

No hay que creer que los pueblos bárbaros no aportaban nada a las sociedades que invadían. Muchos elementos de su estilo tradicional se mezclaban con el nuevo: costumbres, formas de organización familiar, normas y métodos "jurídicos" (como las ordalías), incluso a veces formas de propiedad, mitos y dioses, arte. No faltaban tampoco algunos aportes técnicos: los más importantes, de lejos, se referían al uso del caballo, sobre todo en tecnología militar. El carro de guerra fue introducido por estos invasores, ya antes de la primera edad oscura.

En la segunda edad oscura, y aun antes, cuando empezaron las invasiones de godos, germanos, hunos, etc., a Europa —que podemos centrar más o menos en el siglo III—, y casi simultáneamente a Persia y China, los nuevos usos del caballo provocaron un cambio notable en las costumbres; tanto que casi podríamos hablar de un "estilo equestre", en que no se concebía un noble que no fuera diestro jinete y hasta los reyes pasaban a la posteridad representados siempre a caballo. En la base misma del sistema feudal está el jinete con armadura, desde el catafracto de los partos hasta el caballero europeo (y los chinos tenían que ir hasta Fergana a buscar una raza capaz de soportar el peso de la armadura). Un poco más tarde el dromedario desempeñó en Africa un papel similar.

Los pueblos nómades mostraron escasa capacidad de crear nuevos estilos, salvo seguramente cuando se formaron. Las tribus nómades árabes encabezaron la expansión militar del Islam, pero éste surgió en la Meca y Medina, ligadas por una parte a los imperios del norte —bizantino y sasánida—, pero también a la constelación de ciudades del sur de Arabia. Mahoma era hombre de ciudad pequeña. Tampoco es seguro que fueran nómades los judíos cuando inventaron ese nuevo tipo de religión. De todos modos es una discusión académica, pues no hay más nómades, ni los habrá en el futuro próximo. En todo caso habría que examinarlos en su fase de marginales ya sedentarios, instalados como proletariado externo junto a los imperios, ya que éstos sí tienen análogos contemporáneos, cada vez más importantes (para algunos, todo el Tercer Mundo es un campamento de marginados a la vera de los países ricos).

Tampoco entre los marginales urbanos encontramos fuerzas creativas de nuevos estilos. Su característica más promisorias es que están menos atados por la necesidad de seguridad, ya que renunciaron a ella al emigrar, y más moviizados que otros grupos, por esa misma emigración, y por las expectativas de participar en la sociedad imperial, tanto más rica que ellos. Pero sus métodos —presión constante, infiltración a través de empleos secundarios o peligrosos, y en especial como soldados— no pueden llamarse novedosos, y son más bien respuestas automáticas casi forzosas, de adhesión al estilo imperante.

4. — El feudalismo "aldeano" ha mostrado alguna creatividad, pero poca. En Europa respondió a la necesidad general de protección frente a los conquistadores árabes, escandinavos y húngaros, inventando una tecnología militar de cierta eficacia: armadura y castillos. Los señores resolvieron también algunos problemas periódicos de hambrunas guardando semillas en el castillo, y en general lograron dar seguridad a la población.

Es curioso cómo técnicas militares equivalentes —enorme eficiencia del guerrero individual profesional, por su armamento y entrenamiento— se dieron también en otros casos de feudalismo —Japón, Persia, India— sin un desafío tan apremiante como en Europa. Hasta los códigos de honor y la literatura de estas minorías guerreras se parecen de manera sorprendente.

La importancia de este grupo militar en el feudalismo aldeano es para nosotros lo característico del feudalismo a secas; en resumen: regiones emparentadas culturalmente, con escasa influencia urbana, y donde el campesino es dominado, explotado, pero también protegido por "padrinos" militares, a los cuales a veces puede recurrir directamente en busca de justicia o ayuda —y que de todos modos están mucho más cercanos que los emperadores o dirigentes ciudadanos—, y con los que está ligado por la prohibición de moverse de la zona. De segunda importancia nos parece que ese campesino sea esclavo o "siervo", que sea o no dueño de sus herramientas y de una parcela, que entregue excedentes a su señor bajo forma de dinero, productos u horas de trabajo, o que dicho señor sea a su vez vasallo de otro o de un monarca lejano. Este diferente énfasis se debe a que no estamos analizando el feudalismo por comparación con el capitalismo (lo que exige usar los conceptos importantes en éste) sino para detectar peligros en la construcción del socialismo. Ya que la hegemonía militar descentralizada es una posibilidad muy actual, nos interesa destacar este aspecto en la Historia.

En especial, sólo a disgusto llamamos "feudalismo" al predominio de los terratenientes en muchos países sudameri-

canos, en épocas todavía cercanas, pues salvo muy al comienzo no disponían de fuerza militar propia ni remotamente comparable con la del poder central. México en cambio responde más, a principios de siglo, a nuestra idea de feudalismo.

El feudalismo puede desempeñar papeles muy distintos en la evolución de una sociedad, y no podemos descartarlo entre las salidas que puede ensayar el capitalismo en un futuro próximo (hoy, cada empresa transnacional es un feudo en potencia). En el caso de Europa y otros, su creatividad sólo es apreciable en comparación con la destrucción que le da origen, ya que allí proviene de la ruptura de imperios y sus reinos sucesores, muchas veces con pérdida de tecnologías e instituciones hasta el punto que puede hablarse de una **disolución** de la sociedad precedente.

En imperios basados en el mantenimiento de grandes obras de infraestructura, como el riego, es lógico que una ruptura en muchos pedazos, con o sin ciudades o castas militares, destruya las bases mismas de la sociedad, y en esos casos surgen de inmediato fuertes tendencias a la reunificación para poder realizar esas tareas vitales que exigen una administración centralizada y eficaz. En Europa, la infraestructura creada por los romanos —instituciones, caminos, ejército— no era tan vital para la economía y su deterioro no producía catástrofes visibles a corto plazo; toda esa estructura social se fue disolviendo en una "edad oscura", a pesar de los esfuerzos de los Carlomagno y Otones, y el feudalismo fue una respuesta a esa falta de estructura a que se llegó.

Es preciso preguntarse si justamente este "estado pupal" —como diría un entomólogo —de escasa organización social con que se inició el feudalismo, no resultó favorable para la aparición de las nuevas instituciones e ideas que fueron precursoras de la revolución industrial. En un cambio revolucionario, la permanencia transitoria de las viejas estructuras tiene a veces utilidad, para que no se detenga la producción mientras se las va reemplazando por las nuevas —y eso se verificó en la implantación del capitalismo—, pero también dificulta ese reemplazo. Si las nuevas instituciones, normas y actividades, no están bien definidas, y ensayadas "a escala piloto" por lo menos, las viejas pueden influir negativamente sobre ellas, desvirtuando todo el proceso, como hemos visto repetidas veces en intentos contemporáneos de pasaje gradual al socialismo. Si es así, una etapa intermedia en que esas viejas estructuras pierden fuerza, se "disuelven", puede llegar a ser necesaria, a pesar de sus evidentes inconvenientes. Diremos que entonces reina un estilo "pupal", que sirve principalmente como caldo de cultivo para estilos nuevos.

El feudalismo organizado ya no es una forma de estado pupal,

ni ha sido siempre factor de disolución. La sociedad japonesa, a pesar de llamarse Imperio casi desde que inició —hace apenas 2 mil años— su vida civilizada, fue siempre feudal, en esencia (si bien más centralizada que en Europa). No puede decirse que el feudalismo japonés haya sido factor disolvente, entonces; fue más bien consolidante, o al menos un estancamiento, un interregno muy ordenado, entre dos períodos de hegemonía imperial centralizada.

Los dos "saltos" que dio Japón ocurrieron justamente antes y después de la época feudal: antes, la introducción de la cultura china; después, lo análogo con la industrial, para lo cual fue necesario terminar con el feudalismo tradicional y volver a levantar la figura del emperador.

A esta restauración del imperio no es costumbre llamarla "revolución", justamente porque no hubo un cambio de clase social hegemónica, pero digamos como curiosidad que lo es en el sentido original de esa palabra, que fue aplicada por primera vez a otra restauración (la de los Estuardos en Inglaterra, siglo XVII), justamente porque, análogamente a la revolución de un planeta alrededor del sol, se volvía al punto de partida.

5. — ¿Cuáles son en definitiva las formas en que un estilo social decae y es reemplazado por otro? Como en tantos otros casos nos encontramos con que las grandes posibilidades son pocas, aunque con infinitas variantes de detalle, y han sido casi todas probadas.

La forma más frecuente durante toda la edad clásica fue la ruptura por invasión extranjera, a veces por otros imperios pero casi siempre por "bárbaros" nómadas, en movimiento o asentados marginalmente, como dijimos. Cuando estos bárbaros conocían desde hacía tiempo la cultura que atacaban, en general no la destruían de golpe, sino que trataban de apropiársela; si tenían éxito eran absorbidos y el estilo no moría allí, pero otras veces sólo conseguían acelerar su decadencia y desintegración, como en el caso europeo.

Cuando los bárbaros venían de lejos eran más destructores, y a veces hicieron desaparecer todo rastro de la civilización, en vez de servir de cordón umbilical hacia una sucesora. Así desaparecieron la cultura del Indo bajo una invasión probablemente aria; la primera y dudosa civilización china (pero la segunda, Shang, cayó más a la manera romana, por los ex bárbaros Chou), la hitita y la micénica-minoica. Pero estos 3 ó 4 siglos justo antes de la Edad de Hierro (hace 3000 años), tan curiosos por esos cataclísmicos movimientos de pueblos que liquidaron tantas civilizaciones, fueron los últimos en los que realmente había bárbaros que venían de "muy lejos" (pero en América tal vez eran de este tipo los que destruyeron Teotihuacán). Ya después la gran mayoría de los invasores sabían muy bien lo que era una civilización

y no se proponían destruirla sino gozarla (incluso antes, cuando los hicsos conquistaron Egipto sin destruirlo, ya habían estado en contacto con varias civilizaciones de Mesopotamia y Siria). Los mismos mongoles destruían ciudades sólo cuando les resultaba necesario para atemorizar, pero luego adoptaban las culturas locales. Lo mismo pasó en México con los bárbaros chichimecas.

Conquistadores que hayan literalmente arrasado las civilizaciones vencidas fueron relativamente pocos. Arios, aqueos y españoles son los principales bárbaros (en su acepción actual) de la Historia; pero los dos primeros tienen al menos la disculpa de haber sido "parteros" de nuevos estilos: los mundos hindú y griego.

Los árabes del siglo VII, hemos dicho, no pueden calificarse de nómades; sólo su fuerza de choque lo era. Es más bien un caso de un estilo "sincrético" de sociedad que conquista a otras, imponiéndoles ciertos rasgos fundamentales y respetando muchos otros al comienzo.

Esta segunda manera de cambiar de estilo es siempre más brusca que la anterior, pues la sociedad conquistadora trae ya desarrolladas las nuevas ideas —nuevas para los vencidos— y tiene todo el poder necesario para imponerlas. El imperialismo cultural se superpone al imperialismo económico-político, como en los casos de "helenización" por conquistas griegas y romanas, y tantos otros que palidecen comparados con el caso actual de la conquista total del planeta por la sociedad industrial y su cultura.

Pero es importante recordar que también hubo casos en que la potencia conquistadora no quiso o no pudo imponer su forma de vida, y hasta hubo algunos en que los conquistadores fueron conquistados culturalmente (teniendo un estilo inicial no "bárbaro"), o al menos se llegó a una mezcla de estilos, como pasó en los imperios aqueménida, romano y otomano.

Ya hemos mencionado que en todos estos casos el cambio cultural afecta sobre todo a las ciudades, y en especial a las minorías dominantes, que en parte se convierten con gusto en agentes del invasor.

Este fenómeno que en Sudamérica se llama "cipayismo" es interesante socialmente y casi inevitable. El caso más claro históricamente es el de los "maulas", que secundaron a los conquistadores árabes, sobre todo en Persia-Iraq. Los nuevos amos no tenían ninguna experiencia en el manejo de imperios y no podían gobernar sin ayuda de "cuadros" locales; pero aunque hubiesen tenido capacidad técnica-administrativa habrían necesitado de todos modos un grupo transmisor y adaptador de su estilo a las costumbres locales: una interfase.

Era frecuente en esos casos —y así sucedió con los árabes— que cada hombre influyente entre los invasores se rodeara

de una "clientela" personal (en el sentido de los patricios romanos) de nativos de clases privilegiadas, muchas veces opositores al régimen derribado. Tanto en este caso del califato abasida, como muchas veces en China e India, estas clientelas maulas terminaron quedándose con el poder efectivo y relegando a los conquistadores el papel de una aristocracia ociosa y pasiva.

Las capas urbanas más bajas, y más aún los campesinos, absorben con mucha más dificultad el nuevo estilo, salvo en aspectos formales, rituales —inclusive cambios formales de religión—, y las raíces del viejo pueden perdurar muchos siglos, como ocurre hoy en América con algunas civilizaciones precolombinas.

Se plantea así hoy una carrera de velocidad entre el despertar del nacionalismo de estos pueblos y su "modernización refleja" a través de los medios de difusión y de diversas agrupaciones políticas que se proponen "liberarlos", pero incorporándolos definitivamente al esquema desarrollista, sea o no capitalista. En Perú, Bolivia, México, Paraguay y el sur chileno-argentino vamos a presenciar acontecimientos interesantes en las próximas décadas.

¿Qué fuerzas externas pueden amenazar hoy a la sociedad industrial? Dijimos que se habla mucho del Tercer Mundo como capaz de derrotar a los imperialismos, pero si lo llegara a hacer, no sería para imponer un nuevo estilo —por ahora— sino "solamente" para terminar con la dependencia económica (es ilustrativa para esto la actitud de nuevos ricos de muchos países petroleros). Nadie plantea todavía alternativas serias a la dependencia cultural, como lo propone el enfoque constructivo, aunque se habla de ello en forma superficial. Por el momento la sociedad industrial, el estilo desarrollista, no tiene enemigos, sino pretendientes, que sólo piden mayor participación.

El Tercer Mundo está pues en el caso típico de los ex bárbaros que viven en la periferia, como marginales, a la espera de una oportunidad para reemplazar a los privilegiados actuales. Cuenta con un posible aliado en los marginales internos de los países dominantes, que buscan participar de los encantos de la vida urbana. Estos marginales no son sólo campesinos y minorías raciales o religiosas, sino que en proporción nada despreciable son nacionales del Tercer Mundo que han inmigrado en busca de trabajo de las categorías más bajas y se han instalado más o menos permanentemente. Esto no sólo ocurre en Estados Unidos (los braceros mejicanos) y Europa (en Suiza se votó una propuesta de expulsarlos, pero ya son demasiado importantes), sino también en países intermedios, como Argentina, donde hay minorías fuertes de 4 países más pobres. Las perspectivas de cambio desde afuera son, pues, débiles; y de realizarse, podrían como otras veces introducir un inte-

regno de desorganización; una nueva "edad oscura", o estado pupal, que no hay que descartar.

6. — Pero si nos preguntamos cómo nació esta sociedad industrial, vemos que se trata de otro tipo de cambio, no producido directamente por fuerzas externas sino internas, como arquetipo de la "lucha de clases" marxista. Hay pocos ejemplos históricos de este tipo interno de revolución, si pedimos verdaderos cambios de "estilo" —que afectan a las masas—, y no simples cambios de "moda" —que afectan sólo a las minorías dominantes—, y ya hemos dicho que ninguno fue tan profundo como éste, que penetra todas las esferas de la vida y no necesita para ello el auxilio de ninguna nueva religión o filosofía (salvo para consumo de minorías intelectuales).

Japón, por su aislamiento, ofrece un buen "caso" para buscar cambios internos, y encontramos uno en la implantación desde arriba de fuertes elementos de la cultura china (alrededor del siglo VII), como la escritura y otras técnicas, y que llegó a las masas a través del budismo. Pero el campesinado siguió manteniendo muchos elementos de su religión anterior, y su organización aldeana.

En la larga historia del Egipto clásico —otro ejemplo de relativo aislamiento— no hubo nunca un cambio de estilo (aunque Toynbee dio importancia a la difusión de la religión de Osiris entre el pueblo) a pesar de algunas buenas oportunidades para ello, como los dos interregnos entre los imperios Antiguo-Medio-Nuevo (que sólo fueron reajustes).

India mantuvo incólume su degradante sistema de castas, en el cual el pueblo siguió creyendo a pesar de los esfuerzos del budismo y el jainismo. Estas religiones tuvieron apoyo entre los comerciantes, porque como daban menos importancia a la "impureza" no se oponían a los contactos con pueblos extranjeros. De todos modos es curioso que aun en sus épocas de mayor poderío, y teniendo factorías comerciales en el exterior (todo el sudeste de Asia), la India nunca salió a conquistar pueblos; sólo algunos de sus reinos más belicosos del sud incursionaron, como los cholas en Sumatra. Este es un caso en que la ideología conservadora triunfó sobre los intereses de una clase emergente. En India había, hace más de dos milenios, empresarios que ocupaban a diez mil obreros, y que tenían una sofisticación administrativa capaz de organizar "fundaciones" —para ayudar a la cultura y evadir impuestos— similares a la Ford. Pero esa clase social ni se impuso ni parece haber luchado mucho por la hegemonía, y no se produjo un verdadero cambio de estilo. Hubo, eso sí, muchas variantes en los distintos reinos que allí convivían, y que de Norte a Sud, adoptaron gradualmente esa cultura.

Lo mismo puede decirse que pasó en China desde la cons-

trucción de la Gran Muralla y los grandes canales, y la síntesis del culto a los antepasados con algunos conceptos confucianos (que todavía hoy se están tratando de extirpar). El budismo mahayánico, importado, tuvo cierto éxito entre el pueblo chino, durante pocos siglos y sus rasgos más exitosos fueron absorbidos por el taoísmo y el confucianismo. El primer cambio de estilo no fue interno sino traído por el imperialismo; recién hoy se está realizando un cambio profundo, que podemos llamar interno aunque su ideología formal sea importada de Europa, lo mismo que su ciencia y su tecnología urbana.

Por desgracia no hay muchos datos sobre la génesis del imperio colectivista (o de "bienestar" como dicen algunos) de los incas, pero no da la sensación de tratarse de un cambio interno, sino más bien de un sincretismo como en las conquistas árabes (con los cuales, y con los mongoles, comparte el record mundial de velocidad de expansión territorial). De todos modos resultó de eso un estilo bastante original.

También fue original el estilo azteca, por lo menos para los habitantes de las ciudades (en el campo parece que no eran ninguna novedad sus famosos sistemas de irrigación). Sin embargo todavía hay demasiadas controversias sobre el grado en que copiaron a los seguidores de Quetzalcoatl, como para poder asegurar que hubo un cambio profundo. De todos modos, sea cual sea la magnitud de ese cambio, no fue interno para las viejas poblaciones del valle de México, para las cuales los aztecas eran pueblos marginales, pero sí para los mismos aztecas.

Árabes, aztecas y tal vez incas son pues tres ejemplos de un método importante de creación de estilos: pueblos marginales semibárbaros que antes de irrumpir copian parte de la cultura que admiran, readaptan su vieja religión (la "pie-dra negra" de la Meca mezclada con el Viejo Testamento, Huitzilpochtli mezclado con Quetzalcoatl, y en Japón, caso que tiene muchas similitudes con éste, el shintoísmo mezclado con el budismo), y luego imponen ese estilo injertado o estimulado desde afuera a los mismos que sirvieron de estímulo.

Japón también desarrolló un estilo injertado, pero no salió de su isla (salvo limitadas incursiones a Corea) hasta este siglo.

Para cada uno de estos cambios podemos buscar los desafíos que les dieron origen, pero varios de ellos entran en una categoría general que no requiere mayores explicaciones: son los que corresponden a un cambio de fase canónica: conflictos definitorios, expansión imperial, consolidación, etc. Recordemos que cada fase de la evolución canónica —y cada zona dentro de cada fase, y también los grupos sociales e instituciones— tiene a su vez una evolución y del mismo tipo.

Así, a partir del momento en que en la sociedad que estamos estudiando surge la idea concreta de crear un estado imperial, porque los triunfos y expansiones previas lo justifican y algún problema político lo requiere, aparecen en pequeño todas las fases conocidas. La aceptación general de la idea de Imperio —en vez de la república, confederación o constelación anterior— es su fase expansiva, simultánea en general con el triunfo de una familia, clan, forma organizativa especial, etc., después de conflictos entre los distintos partidos o facciones. Luego vienen las largas vicisitudes por la consolidación dinástica y jurídica, que a veces no llega nunca. Cada partición de ese imperio tiene a su vez su génesis, expansión, etc., y ya sabemos que los problemas que la originan son casi siempre los mismos: algún tipo de descontento por abusos de la autoridad imperial; en especial impuestos exagerados a los agricultores, para costear empresas "monumentales", ejércitos, o simple lujo cortesano, acompañado de corrupción.

Muchas veces estas fases merecen ser llamadas nuevos estilos, porque sus cambios, aunque de tipo normal, son más intensos o tienen detalles originales (siempre que afecten a la mayoría de la población). Así todo el Egipto clásico constituye un solo gran estilo o cultura que podríamos llamar "superestilo" —"supersistema" dice Sorokin (21)—, pero cada una de sus tres épocas imperiales, y sobre todo el Imperio Antiguo, creador de la pirámide, podría ser propuesta como un estilo menor aparte. Lo mismo pasa en la historia china con la época que culminó con Confucio y Lao-Tsé, y que era sólo parte de la fase definitiva, de tiempos revueltos, que terminó con la instauración del primer imperio verdadero: el Tsin-Han.

Por eso, y sobre todo porque no culminaron en la fase expansiva-imperial del planeta entero en que estamos hoy, esos ejemplos de cambio interno de estilo despiertan menos interés, aunque su misma regularidad debería servirnos de enseñanza tanto como el caso único de la revolución industrial.

7. — En realidad, los únicos otros ejemplos claros y no demasiado lejanos de cambios internos de estilo los tenemos también en Europa occidental, y son el nacimiento del feudalismo y del mercantilismo pre-industrial. Hagamos una rápida interpretación de ambos, que como siempre no es más que una "historia posible", no más alejada de la realidad que otras.

Las tribus que se apoderaron del imperio romano buscaban nuevas tierras, y ese problema lo resolvieron, incluso sin necesidad de desalojar a muchos de los antiguos propietarios. De inmediato se les presentó el conflicto entre proseguir allí su estilo tradicional o copiar el romano. Fue

triunfando tribu por tribu el proyecto "romano" —que aquí llamaríamos "modernización refleja"—, uno de cuyos aspectos decisivos era el abandono del paganismo (con lo cual se presentó otro conflicto definitorio, entre las formas arriana y católica del cristianismo).

Pero el proyecto resultó inviable, y a pesar de que el modelo a imitar no cambiaba, la "brecha" iba aumentando siglo a siglo, a pesar de los esfuerzos de muchos jefes bárbaros y sobre todo de la Iglesia, cuyo papel y cuya estructura institucional le habían permitido soportar sin mayores problemas el derrumbe imperial. Durante 5 siglos la facción romanizante siguió haciendo intentos por esa vía: Carlomagno y luego Otón son los que tuvieron más éxito, pero sólo en el terreno militar y de reunificación territorial; pero la época no daba para centralizaciones imperiales: no había nada que conservar o consolidar (salvo la Iglesia misma).

En efecto, la realidad económica llevaba una tendencia contraria, hacia la disolución de la sociedad urbana, hacia una edad oscura, o al menos gris. La administración imperial había desaparecido por innecesaria al comienzo, pero eso no sólo significó la desaparición de los burócratas —e incluso de laicos que supieran escribir, como descubrió dolorosamente Carlomagno— sino algo más grave. La mayoría de las ciudades del imperio tenían un papel más administrativo que económico, y al desaparecer su función principal fueron declinando. Esto se acentuó cuando los árabes coparon el Mediterráneo impidiendo el comercio exterior, y las luchas tribales dificultaron el comercio interno. Hubo entonces un increíble despoblamiento urbano y se fueron perdiendo tradicionales tecnologías productivas, incluso agrícolas. La ciudad se limitó a ser sede de un obispo y de un pequeño mercado para transacciones locales.

El resultado fue una organización del tipo que hemos llamado "aldeano": principalmente rural y con población en permanente descenso. Frente a esta realidad, el proyecto "romano" tenía que fracasar, y el verdadero conflicto definitorio debía darse entre las posibles formas de satisfacer las necesidades de este aldeanismo. En esa edad oscura, el gran problema era asegurar a los campesinos indefensos cualquier orden estable que prometiera protección contra las calamidades clásicas: hambre, peste y depredaciones por jefes rivales o por invasores externos (árabes, ávaros, húngaros, y sobre todo los terribles escandinavos hasta que se les regaló Normandía).

El viejo tipo de terrateniente no podía responder a ese desafío, y fue reemplazado poco a poco por el señor feudal, el guerrero cuyo apoyo buscaban los reyes entregándoles tierras que nunca devolvían, y que luego reclamaron una autonomía cada vez mayor, hasta que toda Europa occidental cristiana se convirtió en una constelación aldeana de feudos

en varios niveles de vasallaje. Su clase dirigente era la nobleza militar. Su arquetipo era el guerrero a caballo, con armadura pesada que sólo los ricos podían costear, y un largo entrenamiento en espada y lanza. Esta terrible máquina de guerra, instalado en su castillo que servía de almacén y refugio, logró satisfacer en parte la necesidad de seguridad y protección, y por supuesto sus propios privilegios (hasta que los ballesteros ingleses y las armas de fuego lo vencieron militarmente). No había otro grupo social que pudiera disputarle la hegemonía, salvo la Iglesia, que colaboró con la nobleza dando protección espiritual y consuelo.

Esta Iglesia pasó también por un período de declinación de su poder central: una edad oscurísima a nivel de papas y obispos. Pero su estructura básica sufrió menos porque la población tenía una necesidad vital de consuelo religioso; fue una época de intensa fe, de evangelización de pueblos (por las buenas, sin guerras santas), sin herejías y creyendo que en el año mil se terminaría el mundo terrenal. La estructura institucional de la Iglesia empezó a renovarse desde abajo, con las primeras órdenes monásticas.

El estilo feudal se expandió por toda Europa occidental, y hasta tuvo su aventura externa en las primeras Cruzadas. Creó su propia ideología: el código de honor tan típico de las castas guerreras, unido al sectarismo religioso. Pero su poder real duró poco tiempo, ya que sus recursos económicos eran muy pobres, y sólo pudo consolidarse a nivel jurídico, y eso adaptándose a los cambios que venían gestándose. Su principal intento de institucionalización fueron las órdenes de caballería, surgidas sobre todo en las Cruzadas, con fines religiosos, que condujeron al método de la guerra santa y otros ejemplos instructivos de falseamiento de doctrinas: los caballeros teutónicos son tal vez los únicos rivales de los conquistadores españoles en cuanto a salvajismo y crueldad genocida, y los templarios terminaron siendo una empresa transnacional comercial y financiera.

Esa pobreza de recursos tampoco les permitió consolidarse como clase: sus privilegios les habían permitido crecer numéricamente hasta que superaron las posibilidades de dar un buen nivel de vida a todos, y comenzaron los problemas de "superpoblación" clasista. La solución que más guardaba estilo era salir como guerreros a conquistar nuevos feudos, y eso es lo que hicieron muchos: los normandos con sus increíbles conquistas de Inglaterra y Sicilia; los cruzados y los teutones y otros que expandieron la frontera oriental. Pero no había muchas tierras que ganar pues los pueblos fronterizos eran demasiado fuertes, y este método fracasó. Luego, la llegada del mercantilismo cambió por completo el estilo.

8. — El mercantilismo fue una respuesta a un desafío evidente y permanente que el feudalismo no sabía contestar: la necesidad de elevar el nivel de vida, demasiado pobre en comparación con las tradiciones romanas y el ejemplo de la sociedad islámica. El comercio en gran escala y la industria superior a la doméstica eran inevitables, y para eso debían resurgir las ciudades y permitirse esas actividades, que tanto el código de honor feudal como los ideales ascéticos de los monjes consideraban antisociales; fuera de estilo. No es raro por eso que según muchos autores el grupo social iniciador del cambio fuera marginal a esa sociedad: siervos y esclavos escapados, pero también los segundones descastados de la nobleza por esa "superpoblación" que mencionamos; toda gente que podía describirse como aventureros, vagabundos o directamente bandidos y piratas. Marginados por la sociedad, no se sentían atados por sus convenciones y tradiciones, y su vida errante no hacía aptos para el comercio entre puntos alejados. Los exitosos se instalaron en las ciudades y burgos, y junto a ellos se reunieron artesanos que ya producían para comerciar y no sólo para el consumo propio.

Todo el proceso fue muy rápido. La fase definitoria tenía allí un solo resultado posible en lo esencial: gran número de pequeños comerciantes —al comienzo—, transacciones libres y economía monetaria. El comercio no podía ser estatal porque no había estado fuerte y porque la nobleza lo despreciaba. No podían ser expoliadores del campo —como los "rusos"—suecos en Kiev un poco antes— porque no tenían fuerza para ello; y los grandes comerciantes sólo podían ir surgiendo poco a poco. Estas posibilidades volvieron a aparecer cuando el nuevo estilo ya hubo triunfado.

Es notable que en la zona ideológica se dio un proceso paralelo y casi simultáneo: de aquellos marginados del feudalismo que no se hicieron monjes o comerciantes, muchos se convirtieron en "intelectuales" errabundos —laicos o clérigos "suelos"—, como en Francia los famosos goliardos. Para el siglo XII ya estaban instalados en las ciudades, y sobre todo en las universidades que aparecían por todas partes para satisfacer las nuevas demandas. Y recibieron también por vía externa un desafío de "modernización" hacia atrás, hacia la ciencia griega y en especial Aristóteles, que los árabes les habían hecho conocer. Este desafío fue revolucionario, y no puede definirse mejor que con las palabras de San Anselmo: "la fe en busca de la inteligencia". El poderoso movimiento intelectual de los siglos XII y XIII resultó prematuro, y la escolástica, "consolidada" por Santo Tomás, fue esterilizada rápidamente por las autoridades de la Iglesia, así como las universidades.

Hacia el 1300 se había cumplido también lo esencial de la fase expansiva del mercantilismo medieval: Europa estaba

cubierta por una enorme constelación de ciudades-estado, en general pequeñas y rodeadas de latifundios señoriales. Sólo en Italia y Bélgica eran centros de poder político, pero en todas partes su economía monetaria se había filtrado al campo, a la nobleza, a los mismos monasterios (los cistercienses trabajaban para el mercado, y las órdenes que vivían de limosnas las recibían de los burgueses) y órdenes de caballería. Los efectos sociales generales del nuevo estilo ya se habían traducido en un rápido aumento de población tanto rural como urbana, nuevos hábitos de consumo para los ricos, nuevos métodos de administración municipal y el ya mencionado intento de unir fe, razón y experiencia, que floreció después, a partir del Renacimiento. No tuvo fuerzas, sin embargo, para tomar el poder y cambiar el régimen jurídico; su influencia política se ejerció a través de alianzas y de presiones financieras. En las numerosas luchas entre clases privilegiadas, los burgueses sólo tuvieron relativo éxito militar después, en Inglaterra y Holanda.

Esa época de pequeños empresarios ya había encontrado también un buen método de consolidación para esa fecha —1300—: fue la institucionalización corporativa dentro de cada ciudad, en oficios, gremios, guildas, hansas y otras asociaciones (primero voluntarias y luego obligatorias) que aseguraban el monopolio local y un nivel de vida decente a los burgueses, a costa de un estancamiento de la producción y la tecnología. Iglesia y universidades se rigidizaron de manera análoga, y la nueva clase de burgueses pareció satisfecha con haber alcanzado el puesto de "tercer estado". Habiendo ahora algo que conservar, recomenzaron con más seriedad los procesos de centralización política que terminarían formando los actuales estados-nación.

Este método corporativo de consolidación resultó poco eficaz económicamente; la población dejó de crecer y se vieron por primera vez grandes movimientos de protesta social, tanto en las ciudades —Gante, Florencia—, como en el campo —rebeliones campesinas en Inglaterra y Francia—, y acompañando incluso a movimientos de reforma religiosa, como los taboritas entre los partidarios de Hus. Es el siglo del gran cisma papal y de la guerra de los cien años.

Esta decadencia pudo haber sido la fase de reacomodamiento para una consolidación más firme y autoritaria —como ya lo anunciaba la Iglesia con la Inquisición—, pero se interpuso un suceso que sacudió todas las tradiciones y modelos de pensamiento, y a partir del cual ya no hubo estancamiento posible, hasta hoy: el descubrimiento de la redondez de la Tierra.

Cortada su eterna ruta a Oriente por el poderío militar turco, Europa se vio obligada a descubrir América, navegar alrededor del globo, crear una ciencia natural y física totalmente nuevas para analizar estas novedades totales, y reno-

var adecuadamente su tecnología. Con esto se dejaba atrás todo lo hecho y pensado por los admirados griegos; había que reubicarse ideológicamente, y los intelectuales respondieron a ese desafío con la Edad de la Razón, y también la Reforma. Los comerciantes debieron adaptarse a las nuevas posibilidades creando empresas gigantescas, sobre las cuales hubo de inmediato un conflicto definitorio con el estado: ¿privadas, estatales o mixtas?

Se produjo entonces una nueva fase expansiva que por iniciarse sin que se hubiera unificado Europa se llevó a cabo en violenta competencia entre varios países, creando cada uno su propio imperio. Esta fase de expansión imperial fue también de magnitud desusada, aunque nunca alcanzó a unificarse políticamente. Incluso debemos aceptar para esta fase dos modalidades, ya que no estilos, muy diferentes a pesar de tener la misma tecnología, y que siguiendo a D. Ribeiro llamaremos "salvacionistas" y "capitalistas". Obedecen al diferente resultado de esa lucha definitoria entre empresa y estado, según los países.

En los primeros —España, Portugal, Rusia— la conquista de pueblos se justificaba como victoria del cristianismo sobre el paganismo, para salvar almas, y en ellos el estado tuvo un papel dirigente desde el comienzo y un tono francamente autoritario. La Iglesia apareció como socio importante, y en el caso español —y algo menos en el ruso— el genocidio y el saqueo estuvieron a la orden del día.

En los segundos —Inglaterra, Holanda y en parte Francia—, la justificación ideológica era llevar los beneficios del comercio y el progreso a los pueblos atrasados ("atrasados" eran todos los que no podían competir militarmente con los conquistadores), pero no se hablaba mucho de eso. El estado actuaba como socio, pero la iniciativa estaba en manos de compañías privadas, las primeras empresas transnacionales de gran tamaño, que ya hemos mencionado. Basta comparar las Compañías de Indias inglesas con el Consejo de Indias español para ver la diferencia entre ambas modalidades.

Todavía estaba en su fase imperial expansiva esta sociedad mercantilista cuando nació en ella —como la segunda etapa de un cohete espacial— la sociedad industrial.

9. — El éxito del esquema "desafío-respuesta" no ha sido mayor porque el caso que más le cuesta interpretar es nada menos que nuestra sociedad industrial. En efecto, ésta tiene una fecha aproximada de nacimiento admitida por todos —hace unos dos siglos—, y aún un acontecimiento que para muchos sirve de "parto" oficial: la Revolución Francesa (pero la preñez tuvo lugar en el seno de Inglaterra), de modo que no hay que ir muy lejos a buscar sus causas. Esta revolución —símbolo de la muerte definitiva del "régimen

men feudal"— no fue más que una batalla para dar reconocimiento jurídico al nuevo estilo, junto con el poder político-organizativo correspondiente. Lo que más molestaba al industrialismo era la rigidez del sistema de gremios y corporaciones, y de la servidumbre que ataba al campesinado a su tierra cuando hacía falta mano de obra en la ciudad. En segundo término estaban los privilegios injustificados de la nobleza hereditaria, y la política económica a su servicio: estímulo de los reyes a las industrias suntuarias y militares. Pero todos estos son obstáculos, no causas. ¿Por qué fueron vencidos en Europa? También hay que explicar por qué el capitalismo nació ligado al trabajo asalariado de "libre" contratación en un mercado de trabajo, ya que eso puede cambiar en el futuro, donde llegue a vencer el fascismo.

Hay inconvenientes, pero no imposibilidad, para que la industria funcione con mano de obra esclava. Si se pudo utilizar con éxito durante varias décadas el trabajo infantil (hasta de 5 años de edad), no hay motivo para pensar que un esclavo adulto, aunque proviniese de una tribu africana, fuera menos capaz o "calificado". En rigor, y mediante distintos sistemas de "contratación", la mano de obra fue en gran parte "forzada" (en el sentido que le dimos en la escala anterior), y los mercados de trabajo se fueron liberando sólo gracias a la permanente movilización obrera del siglo pasado.

El principal argumento contra la esclavitud es financiero, no económico: la compra de un esclavo es un importante desembolso inicial de capital, a diferencia del salario que es un gasto "corriente", y en esa época el capital era escasisimo para la nueva industria. A eso se sumó un importante factor ideológico: los nuevos burgueses provenían del "siglo de las luces", y sus aliados eran los intelectuales racionalistas y dedicados a las ideas de libertad, igualdad, fraternidad, progreso. No se podía volver a la esclavitud como régimen legal —pero sí disimuladamente, como se intentó hacer— sin romper todo el esquema ideológico del liberalismo. De todos modos, el método del mercado de trabajo resultó un gran éxito.

Pero todos estos eran factores limitantes menores, pequeños desafíos que iban apareciendo en el camino de una revolución que ya estaba definida en lo esencial. Nuestro problema es saber cuál es el gran desafío inicial que le dio origen, y aquí no tenemos ningún estímulo físico ni de imitación de otras sociedades, y menos aún irrupciones externas, que expliquen el pasaje del mercantilismo al capitalismo industrial liberal.

Si el capitalismo no surgió en los imperios salvacionistas —España, Rusia, Portugal—, no fue por casualidad. Había en ellos instituciones muy poderosas porque acababan de tener éxitos fundamentales para sus países, en su liberación

y unificación (basta recordar la expulsión de árabes y mongoles, los "tiempos revueltos" rusos —que fue el caso donde se introdujo esa terminología— y la unificación de España). Ese fue el impulso que los lanzó a su carrera imperial, y es lógico que tanto monarquía como iglesia siguieran desarrollando ese paradigma hasta sus últimas consecuencias, frenando mientras pudieron toda novedad. Estaban en fases de consolidación, con alta probabilidad de seguir la "vía china" imperial. Eran estatistas.

El capitalismo se impuso en ellos tardíamente y desde afuera (por invasión económica y cultural), pero hay que recordar que el oro robado en América por los españoles produjo en Europa una liquidez financiera que ayudó indirectamente al desarrollo capitalista. Por otra parte conviene recordar, por su influencia sobre América Latina, que en estos países estatistas el capitalismo adoptó una forma "irracional", como dice M. Weber, o sea, nunca existió bajo su forma liberal competitiva. Estuvo orientado por monopolios estatales, política fiscal y explotación de recursos naturales en las colonias, y no creó en éstas una burguesía industrial sino de funcionarios e intermediarios (por eso se habla de burguesía "patrimonial" en vez de capitalista). Su moral declarada —y a veces cumplida, como en las misiones jesuíticas— era el social-cristianismo, la ayuda a los débiles (salvo cuando había que extraer oro o plata, como en Perú, donde en un siglo la población local se redujo casi a la décima parte).

Este poderoso factor limitante —fuerte estatismo e instituciones de consolidación— casi no existía en Inglaterra. Si queremos expresar el nacimiento del capitalismo liberal en Inglaterra en términos de desafíos, encontraremos uno muy importante en el crecimiento numérico de la clase media urbana y su choque con la falta de oportunidades de ascenso: otra vez, la superpoblación clasista.

El mercantilismo, dejando filtrar beneficios hacia abajo, permitió el crecimiento de una numerosa clase media, que en el siglo XVIII ya no encontraba oportunidades fáciles e interesantes en las colonias o las grandes compañías: los puestos importantes ya estaban ocupados. El sistema de guildas y corporaciones le cerraba también el paso a la industria tradicional, de manufactura a pedido y artesanal. Esas rigideces tipo sistema de castas fueron el factor limitante a los deseos de riqueza de estos hombres de capital escaso pero no despreziable, y cuyo carácter, modelado por el puritanismo —según ya hemos mencionado en la escala anterior— se inclinaba a la empresa individual, libre de la corrupción comercial, de reglamentos corporativistas o de autoridades estatales directas, donde cada uno pudiera mostrar su valía al Señor, y por lo tanto competitiva.

Con este estímulo ensayaron nuevas oportunidades, hasta encontrar la que ofrecía el gran mercado colonial: producir en masa para un mercado seguro pero anónimo, sin esperar que el cliente viniera a hacer su pedido. Esa respuesta resultó exitosa en cuanto pudo desarrollarse un poco, y no fue ahogada al nacer por ninguna oposición ideológica o política: la ideología reinante en Inglaterra era más bien favorable, y el estado hacía rato que no era autoritario. Había además excedentes disponibles, por buenas cosechas y por la explotación de la India.

Esta nueva idea de maximizar la producción, de centrar todo en la producción, —que nos hizo llamar a este estilo “empresocéntrico” o “ergastrocéntrico”—, resultó una tremenda revolución económica, porque exigió de inmediato mejorar la productividad, organizar mejor el trabajo, dividiéndolo en operaciones parciales sencillas y ensamblado final, introducir máquinas, y en general, estimuló el perfeccionamiento continuo de todo eso; era incompatible con la actitud estática de conformarse con cierto nivel de riqueza y sentarse a gozarla (lo cual era un pecado para el puritano). Se produjo así la realimentación positiva que condujo a la gran explosión de todos los órdenes, y al perfeccionamiento de las fuerzas productivas que él creó: máquinas y ciencia aplicada.

Esta explicación es por supuesto incompleta; hubo muchos otros factores, favorables y contrarios, cuyo juego contribuyó también a este nacimiento, y sería poco interesante para nosotros discutir cual tuvo más peso. Si destacamos uno en especial, es —aparte de que creemos en su importancia decisiva— por su relación con el problema que nos preocupa, ya que hoy vuelve a haber grupos superpoblados, de cierto poder económico no despreciable (obreros, burócratas, intelectuales, que pueden buscar su propio mejoramiento por caminos que no lleven al socialismo, es decir, al mejoramiento de todos.

10. — Una vez lanzada a través del capitalismo liberal, la sociedad industrial tuvo una evolución acorde con el esquema canónico, y con un precedente histórico con muchas analogías: la civilización greco-romana.

Los conflictos definitorios ocurrieron por supuesto en la feroz competencia inicial entre industria y finanzas, empresas y clases sociales, pero sobre todo a nivel nacional. Cada país se identificó con su industria y las luchas entre imperialismos se renovaron con saña, sobre todo cuando entró en escena un nuevo competidor: Alemania. El reparto del mundo se hizo completo a principios de este siglo, y la etapa “griega” terminó con la primera guerra mundial.

Mientras tanto había estado surgiendo la etapa “romana”,

liderada por los EE. UU. Este país no hizo en esencia más que perfeccionar y llevar a sus últimas consecuencias el estilo industrial, pero esos cambios cuantitativos produjeron un salto cualitativo de primera magnitud, cuando la masificación del consumo se hizo real en todo el mundo. Estados Unidos no inventó el automóvil, ni el cine, ni la radio, pero los puso al alcance de grandes números; su talento fue la comercialización masiva, y su única creación artística el ritmo popular por excelencia: el jazz (de origen africano).

Este siglo corresponde pues a una fase diferente del capitalismo, que entre otras cosas se expresa en la derrota del liberalismo competitivo a manos de los monopolios primero, de las empresas transnacionales después en una mitad del mundo, y del estado en la otra mitad, o mejor dicho en todo el planeta, aunque todavía de manera parcial en la mitad capitalista.

Simultáneamente evolucionó la situación social y el papel político de la clase obrera industrial. Ese proletariado existe también hace apenas dos siglos, con sus características de asalariado y ejecutores de operaciones aisladas en un proceso complejo dividido en muchas partes.

Comenzó sufriendo una explotación intensa y despiadada, pero luego de fuertes luchas gremiales y políticas, esa opresión disminuyó apreciablemente en este siglo. Es un grupo numéricamente grande pero lejos de ser mayoritario, y que en los países ya industrializados no muestra tendencia a crecer en proporción a los demás (sobre todo comparando con los trabajadores en servicios). Hoy no constituye una clase homogénea, y olvidar eso puede conducir a errores políticos. Más o menos la mitad de ellos forma un núcleo típico: el obrero “protegido”, que trabaja en empresas grandes o medianas —tanto en países ricos como pobres—, es responsable de $\frac{3}{4}$ de la producción industrial por lo menos, y está bien organizado sindicalmente.

Estos obreros protegidos de hoy tienen conciencia de clase, conciencia del ascenso social experimentado en la última generación y de sus posibilidades futuras en el reparto de los beneficios de la empresa, a través de su fuerza institucionalizada: los sindicatos. La realidad o las expectativas de bienestar —sistemas de salud, de turismo y recreación, estabilidad, seguridad social, planes de vivienda, etc., etc., —garantizadas por el poder sindical y la política populista cada vez más generalizada, hacen que hoy muy pocas veces planteen sus reivindicaciones en forma revolucionaria. Sus conflictos gremiales son una especie de guerra fría, no más intensa en promedio que las rivalidades entre empresas. Esta situación se ha hecho más evidente aún con el auge de la gestión y otros métodos de participación obrera en la ad-

ministración de la empresa, que les hace estar cada vez más interesados en el éxito de ésta.

Como grupo social ascendente, el obrero protegido sólo tiene precedentes históricos en las burguesías nacientes y algunos casos en que los burócratas adquirieron grandes privilegios, pero estos casos fueron siempre procesos más lentos y en los que en ningún momento hubo explotación intensa. De todos modos, al igual que muchos burgueses y burócratas —clases medias—, los obreros tienen fuerte preferencia por ideologías "democráticas" o populistas, o por lo menos anti-oligárquicas y anti-imperialistas.

Muy distinta es la situación del obrero poco organizado de empresas marginales, sobre todo en países pobres. Para él no se cumplen siquiera las leyes sociales oficiales, gana menos, sus condiciones de trabajo son peores y no tiene protección sindical eficaz. Sin embargo no constituyen una fuerza política importante porque su misma dispersión les dificulta organizarse y "concientizarse". Son a pesar de todo privilegiados cuando se los compara con los desempleados, subempleados, trabajadores extranjeros y otros marginales, pero que pocas veces trabajan en la industria.

Estos obreros —y muchos de sus patrones— carecen de toda seguridad económica, y eso los hace enemigos potenciales del estilo actual de nuestros países; pero para eso deben convencerse de que sus expectativas de integrarse a la sociedad de consumo son ilusorias. El obrero protegido, en cambio, no tiene ningún interés apremiante por cambiar de estilo, sino sólo por mejorar su posición dentro de éste. La automatización creciente limita la demanda de estos obreros protegidos, y así puede producirse en esa clase un fenómeno de superpoblación, y desafío a los que queden marginados. La existencia de movimientos "clasistas" entre los obreros mejor pagados no es más incompatible con esa tesis del obrero conservador que la existencia de marxistas entre los burgueses. Recalquemos además que el apelativo "clasista" no es garantía de socialismo, pues no elimina la posibilidad del simple reemplazo de una clase dominante por otra: los burgueses también son clasistas. Sería más claro si se llamaran "anticlasistas", que es el verdadero objetivo.

11. — La gran cuestión que el esquema canónico nos sugiere es ahora, ¿está en decadencia esta civilización? ¿o estamos en una nueva etapa creativa, o revuelta, o de consolidación? Para responder necesitamos otro "aumento" y por eso lo haremos en la escala siguiente, pero para eso debemos ahora describir las ideologías predominantes, como marco de referencia para los hechos concretos de este siglo, en el sentido de su contribución al cambio. ¿Ayudan a la consolidación, a la disgregación, a la revolución? ¿Son las adecuadas para los próximos grandes problemas-desafíos?

Sobre el liberalismo, la doctrina que acompañó el nacimiento del capitalismo, ya hemos dicho lo suficiente en la escala anterior. Basta repetir que no era una simple teoría para intelectuales, sino un estilo completo de acción, que se aprendía en la práctica de todas las actividades, sin necesidad de leer libros de filosofía —empirismo, positivismo, pragmatismo. En todo caso la literatura técnica mostraba los resultados de aplicar ese estilo: Hobbes en política, Adam Smith en economía, Darwin en biología y tantos otros utilizaron con toda naturalidad conceptos como la competencia de unos seres contra otros y las demás ideas básicas de esta doctrina. Las ciencias físicas comenzaron a vincularse estrechamente con la industria.

Como la libre empresa se opone a la centralización estatal, veremos en la escala siguiente que esta ideología resulta disgregante hoy.

Para dar seguridad espiritual, el liberalismo estimuló la mitificación y adoración de la ciencia, lo cual pronto se convirtió en una ideología independiente, para clases medias, y de carácter consolidante para el estilo industrial, en cualquiera de sus fases.

Desde mediados del siglo pasado la ciencia hizo grandes aportes para una nueva concepción del mundo, pero hasta ahora permanecen sin integrar, a pesar de los esfuerzos de los neopositivistas por hacer una "ciencia unificada" y una "reconstrucción racional del mundo". El empirismo lógico y otras formas de neopositivismo, que son los representantes oficiales del culto a la ciencia, derivaron demasiado hacia la lógica matemática y no pudieron integrar ideas sustantivas como las de evolución —unida a los nombres de Darwin, Marx, Laplace, Freud entre otros—, el relativismo, el manejo de la incertidumbre, de la complejidad y de conceptos extraños a nuestra experiencia cotidiana, que son inmensos pasos creativos dados el siglo pasado y comienzos de éste. A pesar de algunos trabajos que se hicieron en cada una de esas direcciones, el esfuerzo principal se puso en desarrollar los métodos de la Física teórica y tratar de aplicarlos en las ciencias biológicas y sociales (lo cual contribuyó a paralizar a estas últimas).

Esta tendencia, junto con el mito de la neutralidad, universalidad y fuerza todopoderosa de la ciencia, más su real comercialización y burocratización al servicio de las minorías dominantes hacen que llamemos a esta ideología "cientificismo" (ver CPC y HUCN).

La tercera doctrina surgió de la revolución industrial es el marxismo, que vuelve a tomar la defensa de la ética solidaria —como objetivo final, previa una etapa compulsiva de transición: la "dictadura del proletariado"— contra la competencia liberal y la explotación a que conduce.

Por primera vez se propone y predice la justicia social en lenguaje científico y político. Es una teoría e historia del capitalismo liberal del 1800, de las cuales se extraen amplias generalizaciones a la Historia y a los procesos sociales de todo tipo, con las cuales se construye un esquema integrado del mundo, mucho más completo que todo lo existente hasta entonces, y que hace de Marx uno de los padres de las ciencias sociales. El esquema recomienda no olvidar el carácter de complejidad dinámica de los sistemas sociales, pero por desgracia lo dice en el lenguaje oscuro e ineficaz de la dialéctica, muy difícil de entender y más aún de aplicar, salvo a trivialidades (aunque para Lenin es necesario conocer la lógica de Hegel para comprender los razonamientos de "El Capital"). Mucho más útil resultó otro concepto —que como todos los otros tiene predecesores, pero que sólo Marx recalcó y sistematizó—: el de la influencia de la zona económica sobre todas las demás, y la adaptación del sistema jurídico y otras "superestructuras" a los intereses de las minorías dominantes.

La realidad muestra que ha fallado su predicción más importante —que según algunos marxistas es la pieza clave de la doctrina—, a saber que como consecuencia de una explotación cada vez mayor de los obreros, obligada por una fatal disminución de la tasa de ganancia, se entablaría una violenta lucha de clases entre burgueses y obreros, en la que estos se impondrían y eliminarían todas las diferencias clasistas, creando un hombre nuevo, desalienado. A pesar de eso, en nombre del marxismo se hicieron dos inmensas revoluciones sociales —Rusia y China— como consecuencia de las cuales esa doctrina es hoy oficial en la mitad del mundo. No parece sin embargo haberse extendido a las masas mayoritarias de esos países —salvo nominalmente, como tantas religiones—, lo cual no es de extrañar dada la dificultad y poca aplicabilidad de sus conceptos, que no han sido actualizados ni renovados, sino mitificados y convertidos en dogma y ritual. Por eso puede ser usado como sistema cerrado de pensamiento, para consolidar regímenes estatistas, demorando mucho su transición al socialismo.

Repitamos por último que el marxismo no surgió como justificación de una práctica, de un estilo de vida ya existente, sino como una teoría intelectual basada en un aspecto parcial de la realidad: las luchas obreras de esa época, y los conflictos previos entre la burguesía industrial naciente y la aristocracia. La conexión forzosa entre ese antagonismo clasista y el socialismo fue sólo una predicción teórica, no confirmada por la realidad (ver cuadro de revoluciones en el capítulo IX).

Estas tres doctrinas tienen en común su respeto por la racionalidad, si bien el liberalismo la reduce a cálculos de costos y beneficios monetarios, el cientificismo la identifica con

el método hipotético-deductivo-experimental y sólo el marxismo pone en descubierto sus componentes ideológicas. Como reacción a las insuficiencias de estas doctrinas se produjo entonces en este siglo un fuerte movimiento irracionalista, disgregante para todas las formas de sociedad industrial, del que hablaremos en la escala visible —el existencialismo es uno de tantos ejemplos, entre intelectuales; el hippismo en las clases medias, y el renacimiento de brujos y astrólogos uno más, entre clases populares— y que puede resultar un instrumento poderoso en manos de los que buscan salidas autoritarias a la situación actual.

El populismo, hemos dicho, tiene también fuertes componentes irracionales y es el más eficaz de ellos, de lejos.

Por último surgen constantemente nuevos esquemas racionales —como el que se intenta construir en este libro—, pero que por ahora no se difunden más allá de círculos reducidos, a veces porque son muy poco satisfactorios, otras porque no están claramente expuestos, y en parte también porque al no comprometerse con ninguna de las corrientes poderosas (las cuatro anteriores) tienen muy escaso eco en los medios de difusión clásicos.

12. — ¿Es posible que se repita una vez más este proceso de generación gradual de una nueva sociedad en el seno de la antigua, hasta difundir entre todos su estilo triunfante? Según la teoría marxista, para eso hacen falta por lo menos dos elementos: una nueva fuerza productiva, y un grupo social capaz de utilizarla y que tenga interés en hacerlo por no gozar de suficientes privilegios (este nuevo grupo puede desear como "privilegio", para todos, que desaparezcan todos los privilegios, como dicha teoría supone que ocurre con el proletariado industrial).

Hay dos candidatos visibles para el papel de "nueva fuerza productiva" en su aspecto tecnológico: uno es la automatización y el otro la planificación, más las mezclas de ambos, como ya se está dando hoy. No es que no pueda haber otras, y con un poco de imaginación encontraremos varias nuevas posibilidades, pero ninguna parece que vaya a "madurar" antes de fin de siglo (la más fuerte sería una revolución en tecnología genética que permitiera resolver los problemas de alimentación y recursos). Tanto la automatización como la planificación requieren renovaciones importantes en los métodos de generar energía y manejar información, pero que por sí mismos no creemos que merezcan llamarse nuevas fuerzas productivas, o revoluciones tecnológicas.

Pero nosotros disponemos de un criterio útil para buscar y evaluar fuerzas productivas, que es empezar definiendo los problemas, necesidades o "desafíos" que esas tecnologías deben vencer. Hay que mostrar que no pueden ser vencidos

con las fuerzas disponibles, y sí con las nuevas fuerzas propuestas.

Acabamos de mencionar un desafío económico-espiritual; eliminar los privilegios y elevar el nivel de vida de todo el pueblo y en especial de los más explotados: los campesinos. Según el marxismo, este desafío será encarado y resuelto por la clase obrera cuando adquiera conciencia de clase "para sí y para la humanidad", lo que ocurrirá inevitablemente (de ahí ciertas acusaciones de "historicismo" que se le hacen) pero no espontáneamente. El caso de los campesinos crea un desafío especial y de la mayor importancia política a corto plazo.

Se menciona siempre un desafío militar: el peligro de destrucción de la humanidad por una guerra total, que si bien no es muy probable no puede olvidarse, dado su costo.

En la escala anterior hemos detectado otros desafíos materiales, consecuencias todos del carácter explosivo de esta sociedad y que sabemos que son muy graves, aunque no tan urgentes como se nos dice: población, contaminación, escasez de recursos.

Por último se percibe ya otro poderoso desafío espiritual: la necesidad y hábito cada vez mayor de opinar, comprender, decidir sobre problemas globales, que se viene despertando en las mayorías poco a poco, y que también puede hacer "explosión". Estamos hablando de lo que llamamos tercer problema humano: la alienación, la inmadurez, la incomprensión e ignorancia, que es extrema para el campesinado.

El liberalismo primero, los regímenes políticos pluralistas (llamarlos "democráticos" sería demasiado), y el populismo hoy, han venido avivando esa necesidad y ofreciéndole falsas soluciones —"falseamiento", mentiras, ocultamientos, distracciones y como común denominador, la hipocresía que es uno de los rasgos más desagradables de esta sociedad.

Esta necesidad de desalienación tendrá que frenarse o satisfacerse en las próximas décadas.

Privilegios, vida digna, guerra, explosión y desalienación son desafíos que deben ser resueltos de alguna manera, y si esta sociedad no es capaz de ello, será fatalmente suplantada por alguna otra. La solución requiere nuevas fuerzas productivas, o la eliminación de las demandas (es decir, fuerzas destructivas). Si no aparecen novedades grandes, la tendencia bien visible hoy señala un agravamiento pausado pero continuo de todos estos problemas.

Los tres primeros pueden encontrar remedios parciales, y seguir como enfermedades crónicas un par de generaciones más, sin pasar a la etapa aguda, salvo para el campesinado tal vez. Pero combinados con la explosión y la desalienación ya escapan de lejos a las posibilidades del estilo industrial (véase la escala siguiente).

¿Se resuelven con la automatización? De ninguna manera; ésta

no es suficiente por sí sola, aun en "buenas manos" y con firme poder político: la participación, la justicia social, e incluso la producción frente a escaseces que dependen de la producción misma, requieren técnicas organizativas y planificadoras que nada tienen que ver con la automatización. Por otra parte la vida digna puede lograrse con la tecnología actual (y aun con la de hace 20 años). Esta fuerza productiva mejora sin duda las posibilidades, pero no es necesaria ni suficiente.

Por los mismos motivos la otra fuerza productiva —organización y planificación— es indispensable, pero debe antes desarrollarse en un grado y con una modalidad a los que no puede llegarse con decisiones basadas en la prioridad de la empresa sobre la sociedad.

Tiene más sentido ahora preguntarse cuáles son los grupos sociales con mayor probabilidad de controlar ambas fuerzas, y especialmente la segunda. La automatización tiene dueño: son los grandes accionistas y directores de empresas privadas y del estado, con mayor o menor participación —no interesa discutir eso ahora— de la capa o estamento gerencial, es decir, de la alta burocracia empresarial. Donde hay cogestión, ese poder es compartido hasta cierto punto con la burocracia sindical, y en los países marxistas hay también participación de la burocracia política. Es importante agregar que la automatización reduce las necesidades de mano de obra en fábrica, aumentando las de técnicos y administrativos. Por otra parte, basta comparar empresas privadas y del estado para notar que las diferencias no son esenciales. Aun bajo gestión obrera total, como ya ocurre en las cooperativas de trabajadores, no se ven surgir allí gérmenes de ningún nuevo estilo similar al socialismo, sino más bien una burguesía ampliada.

Estos grupos —alta burguesía y altas burocracias, empresarial, estatal, sindical y política— son los que tienen más probabilidades de controlar la automatización, y en general la gran industria, incluyendo la producción rural. Los obreros participan a través de sus instituciones gremiales, y su poder ya no es objetado violentamente mientras se atengan al "empreso-centrismo" es decir, mientras no planteen que la empresa existe para servir al pueblo, y limiten sus luchas a un mejor reparto de su valor agregado entre todos los grupos mencionados.

El automatismo puede crecer gradualmente en el seno de la vieja sociedad (lo está haciendo), pero ¿implica eso socialismo?

Lo más cerca que una empresa aislada puede estar del socialismo es en las condiciones de trabajo y el reparto de los beneficios entre su personal. No hay manera de dar aisladamente el paso esencial de ubicar a la empresa en una organización global que atienda igualmente a las necesidades humanas. Por este camino no es posible un crecimiento

gradual del poder socialista, como lo fue para el poder feudal, mercantil y capitalista. Se trata ahora de todo o nada en esta hipótesis.

El único crecimiento gradual y pacífico producido por esta tecnología es el de las grandes empresas transnacionales (ETN) o incluso nacionales.

La automatización no siempre hace preferibles las escalas grandes de producción —hay bastantes excepciones— pero sí promueve la integración vertical y horizontal, automatizando también los insumos y la fabricación de coproductos y sub-productos.

Lo más que se obtiene por la vía empresocéntrica —aunque el gobierno se declare marxista—, es un estilo yugoeslavo o ruso, que ya se está difundiendo a otros países.

Cuando el gobierno ni siquiera es marxista, este sistema se presta a la explotación de todos los grupos sociales no integrados a la automatización pero que le prestan servicios auxiliares, no calificados (pues la automatización jamás alcanza a todas las etapas de un proceso productivo). El resultado de la automatización podría ser pues algo muy diferente del socialismo: un conjunto de grandes empresas que cubren el grueso de la producción industrial, en las que trabaja una minoría —por definición de automatización— y alrededor de las cuales se reúnen nubes de semi-marginales “clientes”, en el sentido romano, no de una familia sino de todos los empleados de la empresa (que entre ellos pueden ser igualitarios o estar sometidos a jerarquías o al despotismo de algunos jefes).

Si se piensa en lo que ocurre hoy con las grandes empresas en Japón, Estados Unidos, Yugoslavia (y hasta en las grandes cooperativas peruanas) se verá que este escenario no es tan irreal. Lo llamaremos “estilo ETN” y tiene tendencia a convertirse en despotismo, como lo definimos en el capítulo 1.

13. — Para la planificación vale lo mismo, y de manera aún más evidente. Los grupos que podrían controlar esta fuerza y con ella tomar el poder —donde no lo han hecho todavía—, son los partidos políticos fuertes y la alta burocracia estatal. Esto no es cosa que una clase oprimida pueda hacer de manera gradual (aunque más adelante veremos la importancia de los “ensayos piloto”, incluso cuando están destinados al fracaso).

La planificación y coordinación central de la producción han ido creciendo gradualmente en esta sociedad, bajo el control del estado, aun en países capitalistas: empresas del estado, oficinas de planificación, infraestructura, servicios públicos, protección aduanera, controles de precios, planes de desarrollo regional, impuestos y subsidios diferenciales para estimular ciertas industrias o regiones, etc., etc., etc. No hay un solo país donde no sean ya indispensables.

Pero como antes, no se ve que esta “socialización” de las

fuerzas productivas conduzca necesariamente al socialismo. Por ahora entonces llamaremos simplemente “estatismo” a esta intervención amplia del estado en todo el proceso económico.

Fuera del estado, no parece nada fácil crear “islas socialistas” en el seno de un país dominado por fuerzas anti-socialistas, si no es —una vez más— en las condiciones especialmente favorables creadas por una guerra de liberación nacional, como el período de Yenán en la revolución china. En tal caso, es más fácil que eso ocurra en regiones rurales que en las ciudades, fácilmente vigilables.

Y sin embargo, a escala mundial el mismo problema se planteó y se resolvió de manera formalmente favorable. Aparecieron “islas marxistas” en un mundo capitalista —y tanto Lenin como Trotsky pensaban que eso no era posible ni siquiera nominalmente—, combatidas con todas las fuerzas que se pudieran movilizar sin correr riesgos de extender la “epidemia”, y ésta se ha extendido ya a la mitad del mundo. En esta escala planetaria, pues, sí se ha dado la aparición gradual (mejor dicho, a saltos) de una nueva estructura jurídica y organizativa, donde es más notable el papel de la planificación que el del automatismo industrial.

Para los que aceptan esta interpretación, y creen que esos países se dirigen realmente hacia el socialismo-comunismo, la estrategia política es muy sencilla —aunque la táctica pueda traer fuertes dolores de cabeza—: se busca el apoyo de esos países y se sigue su ejemplo, en la versión rusa, china, albanesa o cualquier otra; como los nuevos empresarios, o mercaderes, o caballeros feudales, se apoyaban en la estructura que iban creando sus congéneres ya instalados (o como Japón copió a China, etc., etc.). Se trataría de lo que hemos llamado un injerto. Esto no implica necesariamente servilismo, cipayismo o colonialismo, aunque aumenta mucho el peligro de ello. Implica en cambio, por lo ya dicho sobre la fuerza de la conciencia nacional, que esos grupos pueden ser fácilmente acusados de “agentes extranjeros” por sus enemigos (que en general sí lo son), lo que les dificulta la toma del poder, y entonces sí pueden llegar a depender demasiado de la “ayuda” extranjera.

Para los que rechazamos la intervención extranjera, entre otras cosas por nuestros objetivos nacionalistas, en el sentido de diversificación cultural que hemos explicado, la estrategia es más difícil, y es el tema de fondo de todo este libro. De todos modos, esas islas-países no son muy útiles para la difusión de un estilo porque son poco “transparentes”: no sólo en el sentido que no podemos ver bien lo que ocurre en ellos, sino que no podemos aprender participando. Volveremos luego sobre esta condición de “transparencia”. Burocracias obreras, administrativas, políticas o estatales pueden crecer en el seno de este sistema porque no son

miradas como enemigos mortales por los otros grupos dominantes —aunque a veces lo sean—, sino como competidores en el reparto (quedando fuera las mayorías), y que deben ser tolerados porque desempeñan papeles necesarios en la sociedad. De esa misma manera fueron tolerados y pudieron crecer los grupos que triunfaron anteriormente: caballeros feudales tolerados por la nobleza real; burgueses tolerados por los feudales; empresarios modernos tolerados por los anteriores.

Por desgracia no se puede tener seguridad hoy en que ninguno de esos grupos —ni tampoco el campesinado— represente al total de la población; se parecen mucho, según veremos en la escala siguiente, a esos precedentes históricos que buscaban poder sólo para aumentar sus privilegios, sin preocuparse por los demás. Pero al decir “no se puede tener seguridad” no estamos insinuando que esos grupos van a estar con seguridad en contra del pasaje al socialismo, sino sólo que no hay que confiar en la espontaneidad o el determinismo y hay que tomar medidas especiales para que esto no ocurra. Este tipo de tendencias desfavorables sólo es peligroso cuando no se las advierte a tiempo; por eso una vez más nos negamos a ocultar lo que choca a nuestros deseos o prejuicios; lo constructivo no es la política del avestruz sino tomar las precauciones debidas y a tiempo.

En esta misma tónica hay que recordar a otro tipo de tecnocracia, cuyos éxitos políticos son notables: la casta militar, que gracias al control de la fuerza están adquiriendo en todas partes mucho más poder que el permitido por las leyes, a semejanza de sus antepasados feudales, pero a escala de países.

Veremos cómo se aclara este problema en la escala siguiente, al mostrar que esta sociedad está entrando en una fase de consolidación estatista y lo que esto significa. Eso será una de las aplicaciones más útiles del esquema canónico de evolución social.

14. — Si el socialismo no puede irse desarrollando gradualmente en el seno de esta sociedad, el método para imponerlo tendría que ser —según sostienen casi todos los grupos de activistas de izquierda—, similar al de las conquistas externas: “tomar el poder” y luego implantar el nuevo estilo “desde arriba”. La diferencia esencial es que esto se haría con el apoyo activo y participante de las mayorías, y no de alguna minoría maula como en el caso imperialista.

No discutamos por ahora el significado de una participación promovida desde arriba, y dejemos el análisis de esa “toma del poder” y sus variantes para las escalas siguientes. Aquí sólo interesa señalar que este cambio desde arriba sería en este caso una verdadera novedad histórica porque se trata de llegar a algo que sólo existe en la mente de los hombres;

que no es utópico porque los recursos, las fuerzas productivas, están disponibles, pero que no ha sido ensayado todavía en ninguna escala por los grupos que lo quieren imponer. Las experiencias de Rusia, China y Cuba son preciosas, pero sobre todo para evitar sus errores; ninguno de ellos pretende haber alcanzado los objetivos esenciales del socialismo-comunismo, y sus logros intermedios son puestos en duda recíprocamente. Hasta ahora, todos los nuevos estilos impuestos desde arriba eran nuevos sólo para los conquistados; los conquistadores los traían ya bien elaborados.

Las vicisitudes de estas transiciones al socialismo que el mundo está viviendo, su larga duración, sus errores, sus desviaciones, el alto costo social que todo esto implica, son en gran parte debidas a la falta de esa etapa “intrauterina” de desarrollo inicial, de que gozaron todas las revoluciones anteriores.* Es un desafío de primera magnitud, y ya disponemos de varias respuestas, no todas en condiciones de ser evaluadas todavía. De todos modos, los éxitos parciales de esos países “socialistas” son por el momento los únicos gérmenes del nuevo estilo que poseemos.

Si en cambio los gérmenes del socialismo pudieran desarrollarse en el seno de un país antisocialista, sin ser destruidos de inmediato, y lograran por ese camino la toma del poder, se trataría de un caso sin otros precedentes históricos que los golpes de estado por conspiraciones secretas, lo que no es el caso. Por poco probable que ese camino parezca, debe ser estudiado dado el alto costo social de los otros.

Intentos de constituir estos gérmenes encontramos en algunos grupos políticos que siguen la estrategia de la lucha armada inmediata por el poder. Ellos exigen a sus miembros normas de conducta que configuran un nuevo estilo de vida —solidario, disciplinado, mártir— que junto con su actividad militar los aparta de la sociedad, convirtiéndolos en “contrasociedades” de las que ya hemos mencionado (movimientos milenaristas, hippies, etc.). Por desgracia, muy pocas veces ese “estilo guerrillero”, por lo que se sabe de él, tiene suficientes características del socialismo como para que su eventual triunfo sea ninguna garantía. Sin duda es más fácil inspirarse en los aspectos heroicos del Che Guevara que en sus conceptos sobre la sociedad.

15. — En el mundo actual el estatismo sólo se ha impuesto por completo en el “bloque socialista”, y aun allí se encuentran resabios más o menos importantes de propiedad privada, casi siempre en forma de cooperativas (en la URSS los koljoses todavía son responsables por la mitad de la produc-

* No menospreciamos por eso las enormes dificultades provenientes de la hostilidad activa de los países anti-socialistas, temerosos de la expansión mundial del nuevo sistema, que es ecuménico por naturaleza, como toda doctrina de salvación de la humanidad.

ción agrícola). En los demás países compite con formas variadas de capitalismo, que vale la pena clasificar por su forma de gestión, ya que eso puede tener influencia en la posterior evolución del estatismo. En resumen, los arquetipos serían:

— Capitalismo liberal: típico de la fase creativa de la sociedad industrial. Si se lo define por la existencia de propietarios privados, todavía tiene cierto peso a través de la pequeña y mediana empresa (casi la mitad de la producción en países como Argentina). Si se lo define mediante la libre competencia, ya no existe pues el mercado está dirigido por el estado y las grandes empresas.

— Desarrollo o Capitalismo-ETN, es decir, controlado por las grandes empresas transnacionales, heredero actual del capitalismo monopólico predominante a principios de siglo. El estado es importante pero se subordina o sateliza a las ETN, y las apoya en sus negocios externos. El avance del estatismo puede fácilmente resultar aquí de tipo fascista.

— Estatismo populista, o cooperativismo, cogestión o "capitalismo obrero": los trabajadores de la empresa son sus dueños, o por lo menos tienen participación importante en sus decisiones. En los casos más estatizantes hay propiedad común de toda una rama industrial, como en la "propiedad social" peruana. Requiere un grado apreciable de estatismo como apoyo.

— Estatismo autoritario: propiedad estatal de la mayoría de las empresas, sin participación real de los trabajadores. Como proviene del capitalismo-ETN es llamado a veces "capitalismo de estado".

Casi sin excepción son formas empresocéntricas y con pretensiones consumistas: cada empresa busca ganar más o crecer, independientemente de los perjuicios que eso pueda ocasionar al resto del pueblo. La misma planificación se hace en base a tasas de crecimiento cuantitativo, suponiendo estilos tecnológicos y de consumo prefijados, con pocas variaciones.

Las mezclas de estos cuatro arquetipos son las que aparecen hoy en casi todos los países, y hemos dicho que la sociedad industrial evoluciona grosso modo desde el capitalismo liberal —fase creativa—, hasta el estatismo populista o autoritario, que ya hoy predomina en la mitad del mundo. Mezclas de estatismo y las otras dos formas capitalistas en diversos grados, se reparten la otra mitad, con predominio del capitalismo-ETN, sobre todo en los países centrales.

La mezcla estatismo-cogestión tiene buen porvenir en los regímenes más populistas, hasta que llegue el momento de elegir entre socialismo y despotismo.

Cada arquetipo implica la hegemonía de un cierto grupo so-

cial —respectivamente: burguesía en general; alta burguesía; burocracia empresarial-sindical; burocracia política-empresarial—, siempre con participación importante de la casta militar. En los casos reales se producen todo tipo de alianzas entre estos grupos. No existen todavía casos de predominio tecnocrático, salvo en la medida en que la alta burocracia y los militares lo son.

En cuanto a los trabajadores, observamos que los cuatro arquetipos son compatibles con dos posibilidades que pueden tener diferentes consecuencias para la evolución del estatismo: el asalariado "suelto" o "ligado" a la empresa. Esto no se refiere a la tendencia general evidente hacia la estabilidad en el empleo garantizada legalmente, sino a las formas que ésta adopta.

En las formas "ligadas", la estabilidad no sólo es garantizada por ley, sino deseada por la empresa. En el caso extremo, en que se trata prácticamente de servidumbre o mano de obra forzada, el trabajador no puede cambiar de empleo sin permiso especial; está atado a la empresa. En el caso más suave se trata de una especie de "padrinazgo" o pacto social por el cual la empresa asegura protección al trabajador y a su familia —en especial, empleo a sus hijos— más allá de lo exigido por la ley, a cambio de "lealtad", disminución de conflictos y conciliación.

Por estas características, las formas ligadas podrían llamarse "feudales". El caso más comentado es el de las grandes empresas japonesas, pero existen en todas partes (Olivetti es un intento no muy exitoso).

En las formas "seltas" los trabajadores —incluso los de alto nivel técnico— circulan frecuentemente entre las empresas, y éstas tienen derecho a despedirlos, con compensaciones fijadas legalmente. La rotación de tareas característica del socialismo creativo es por supuesto mucho más compatible con esta forma, si los cambios lo son también de roles.

16.— Debemos también prever —como otro estilo— la posibilidad de interregnos de desorden no muy cortos, como resultado de una política populista fracasada —o sea que no es capaz de satisfacer las expectativas que despierta en las mayorías— y ausencia de un poder militar fuerte. Puede ocurrir también por grandes movimientos sociales de otro origen, pero siempre que no alcancen el nivel de guerra civil, pues entonces, como ya dijo San Martín en la época de la anarquía argentina, "durante los dos años siguientes a una crisis fuerte es cuando es más fácil gobernar a un pueblo". Es un estilo de disolución, muy "inorgánico", de dureza intermedia y aplicada desde varios lados, más bien irracional e igualitario, y cuya organización económica puede volver a un capitalismo primitivo.

No debe confundirse con los "tiempos revueltos" definitorios,

en los cuales el desorden se debe a lucha de facciones pero dentro de un nuevo estilo en avance, que se está imponiendo. Se trata en todo caso de algo parecido a las "edades oscuras", en que un viejo estilo se disuelve sin que haya aparecido todavía un sucesor aceptable. Por eso lo llamamos estilo "oscuro" o "pupal".

Una situación que puede llevar al estilo oscuro es la "emergencia" (en el sentido de D. Ribeiro que ya hemos expuesto) de pueblos conquistados, de los cuales tenemos varios casos importantes en América, desde los araucanos en Chile hasta media docena de sucesores de las civilizaciones de México y Guatemala, que han demostrado ser capaces de resistir a las enfermedades y la explotación manteniéndose como minorías grandes y unidas culturalmente. Entre ambos extremos geográficos tenemos casos aún más importantes —como quechuas y aymarás—, y otros que no hay que olvidar, tanto en Colombia como en Venezuela. En Paraguay, por ser mayoría la población autóctona, ese interregno oscuro es menos probable. De todos modos, no es para el corto plazo. Repetimos que al estudiar país por país, lo que encontraremos serán formas mixtas de estas alternativas y estilos, y sólo de tanto en tanto algún caso extremo, en general de corta duración. Así, con respecto al irracionalismo como ideología de un gobierno, a pesar de que todos pecan por ese lado sólo conocemos 4 ó 5 casos extremos entre 150 países: Haití, Nepal y Uganda a comienzos del 75; Argentina en tren de salir de eso, y algunos países africanos con ganas de entrar (cosa que harán cuando terminen de perder el respeto a la educación "occidental").

17. — Todos los arquetipos mencionados son además compatibles con otras posibilidades dentro de cada zona: social, ideológica, militar, etc.

Cada uno puede ser más o menos igualitario en la distribución de ingresos y de otros privilegios sociales (aunque todos se declararán a favor de la justicia social, o populismo). El más propenso a la "oligarquía" es sin duda el capitalismo ETN, pero también hay casos de estatismo muy oligárquicos. También se pueden estimular o permitir grados muy diversos de irracionalidad en la imagen del mundo, aunque ninguno puede tolerarla en grado apreciable en el trabajo.

Todos son compatibles con diversas formas organizativas de gobierno, pluralismo político, burocratismo, descentralización, etc.

En la zona de violencia física conviene distinguir entre formas "duras" y "blandas" de represión a opositores o de compulsión en general, pero hay que destacar la posibilidad de un grado superlativo de dureza, más allá de las torturas policiales, los escuadrones de la muerte o el terrorismo político, y es el genocidio, la política de eliminación física de

gran número de habitantes. En los países de alta presión demográfica esto puede ocurrir antes de fin de siglo, para liquidar la amenaza de los marginales: es la "tecnología" despótica de resolver la escasez de recursos.

Estas alternativas formales tienen todavía que ser complementadas por indicadores de su real funcionamiento, medido sobre todo, como pedimos siempre, a través de sus efectos sobre los tres grandes niveles de problemas —subsistencia, opresión y alienación— y otras carencias menores o más específicas de cada región.

Por lo tanto al describir un estilo, o una forma organizativa de las que hemos dado para el estilo industrial, o un país concreto, debemos agregar algunos criterios como los siguientes:

- Eficiencia, en el uso de los medios de producción, las instituciones, etc., para lograr la productividad necesaria y posible.
- Conciencia social o de clase, con respecto a los problemas de opresión y alienación.
- Recursos disponibles a corto y mediano plazo (de todos los tipos) para resolver problemas de subsistencia y satisfacer otras expectativas despertadas en el pueblo.
- Hipocresía, "circo" y "falseamiento" (uso verbal de ideologías populares para cubrir acciones que las contradicen) como método habitual de gobierno.

18. — Como resumen, veamos lo que nos dice el esquema de evolución canónica para el futuro, que en esta escala no puede tomarse en unidades mucho menores que un siglo. Los orígenes "verdaderos" de la sociedad industrial pueden rastrearse hacia atrás todo lo que se quiera; para nosotros es suficiente tomar el período que termina hace un siglo como su fase creativa y de conflicto definitivo, superpuesta ya a una expansión poderosa, que se completó poco después en sus aspectos imperialistas. Para concretar, pensemos en la mitad capitalista del mundo, dejando para después ver en qué medida esto se aplica a la otra mitad.

La fase expansiva en todo lo que fuera tecnología, ciencia, estilo de consumo, organización de grandes instituciones —desde ETNs hasta sindicatos— y perfeccionamiento del aparato militar, prosiguió sin duda con toda fuerza hasta hace medio siglo. Después, cabe preguntarse si ha comenzado o no a desacelerarse, pero eso no lo podemos analizar en esta escala. Podemos sí decir que se ha iniciado la etapa conservadora, incluso para muchas ETN grandes.

Lo que todo parece indicar es que dicha desaceleración no puede tardar mucho, y que la fase más probable para el siglo que empieza hoy es el estancamiento-declinación. En otras palabras, los esfuerzos principales de la sociedad se

dedicarán a consolidar lo hecho, a estabilizar su régimen y asegurar que perdure como Bizancio, China o Egipto. Esa consolidación ya está haciendo ensayos en gran escala, a través de dos vías que no son incompatibles: el estatismo y las ETN.

En estos años vivimos un momento de apertura populista; reajuste debido al fracaso de intentos despóticos prematuros, como el nazismo, y de la centralización total del mundo intentada por Estados Unidos. Este no logró crear un Imperio realmente Universal de estilo clásico, y en su intento sólo consiguió romper los anteriores imperios coloniales de los europeos. El "empate" ruso-norteamericano y el temor a la guerra nuclear llevaron forzosamente a la búsqueda de aliados, y por lo tanto a disimular todo autoritarismo. La presencia de China refuerza esa actitud.

Este reajuste populista no puede durar, porque despierta expectativas masivas de nivel de vida, igualdad y participación que no son viables en este estilo. Esa inviabilidad material se demuestra fácilmente con métodos modelísticos. Para los países del Tercer Mundo es evidente ya en lo que resta de este siglo; los países dominantes, según cálculos hechos por ellos mismos, no podrían mantener las tendencias actuales más que unas pocas décadas más.

Hemos visto que en esta aproximación, los grandes desafíos que debe enfrentar esta sociedad en su actual fase evolutiva son la explosión y la desalienación. Los problemas de opresión social son aún más inmediatos, pero pueden resolverse a medias sin cambiar mucho de estilo, como lo está haciendo ya el estatismo populista, a pesar de su ineficiencia y errores. Evitar seriamente el derroche en el consumo y la producción, para remediar la pronosticada escasez de recursos durante el siglo próximo, requiere planificación y mejores máquinas, pero más aún requiere la colaboración inteligente y solidaria de todo el pueblo. Esto es una utopía en un régimen competitivo motivado por el lucro, donde la educación "superior" es sólo un modo de lograr un nuevo privilegio —el diploma "profesional"— y donde las conquistas en las condiciones de trabajo obreras conducen siempre a descensos de productividad (a menos que tengan justamente otras motivaciones, como en buena medida ocurre en China, en Cuba, y hasta en experiencias parciales realizadas en países capitalistas como Suecia).

Lograr la desalienación requiere por definición una participación profunda de las mayorías más utópica aún, en este sistema, y no alcanzada aún en ninguna parte.

Se llega así a la conclusión que el "hombre socialista" —capaz de esa participación profunda, solidaria y creativa— es de por sí una "fuerza productiva" capaz de enfrentar esos desafíos con probabilidad de éxito, además de ser para nosotros un objetivo en sí mismo. No hace falta, por su-

puesto, alcanzar ese objetivo en un 100 % ni mucho menos, para adelantar decisivamente en la solución de esos problemas antes de que sea demasiado tarde; como no hizo falta que todos los burgueses fueran empresarios schumpeterianos ideales para implantar el industrialismo. Pero este mismo ejemplo muestra los peligros de conformarse "por ahora" con mucho menos del ideal, ya que se llegó a una forma distorsionada, monstruosa, de los ideales románticos de la revolución francesa.

Si no es por este camino, la solución tendrá que buscarse por métodos limitativos: reducir la población, disciplinarla, jerarquizar la participación, imponer una austeridad desigual, etc. Todo esto requiere mano fuerte para destruir las expectativas de justicia social hoy fomentadas, y lleva entonces al estilo que llamamos Despotismo.

Dicho estilo es más fácil de imponer que un socialismo verdadero, ya que encaja perfectamente en la fase de consolidación que acabamos de diagnosticar para esta sociedad y podría aprovechar el inmenso aparato burocrático ya creado (que para el socialismo tendría que ser renovado por completo en sus actitudes, métodos, ideología). Estatismo y ETN son formas propicias para el despotismo, sea como fascismo clásico o disfrazado con rituales de tipo socialista o populista.

El populismo, salpicado incluso de algunas frases marxistas, puede servir de ideología para el "despotismo rico", apoyado en los militares y en las burocracias, con tal de cubrirse de un aspecto paternal, protector, cuyo autoritarismo aparece sólo como necesidad de orden y seguridad, para el bien de todo el pueblo. Hemos visto que esto lo pueden lograr con bastante facilidad los líderes carismáticos, y no hay motivos para dudar que a través del control de los medios de difusión masiva se logrará reemplazarlos, si no aparecen, por imitaciones prefabricadas.

Para el despotismo pobre, esos disfraces son más dudosos, ya que la necesidad de llegar al genocidio o algo similar es más difícil de explicar en términos paternalistas.

Estas alternativas —junto con la posibilidad no descartable de un interregno de desorganización total— se impondrán en el curso del próximo siglo, y tal vez muy pronto. Lo que seguramente se está decidiendo ahora es cuál ha de triunfar, aunque luego demore en extenderse.

Parecería esencial entonces no dejar pasar el tiempo sin desarrollar esa "fuerza productiva" que hemos llamado "hombre socialista", en calidad y cantidad adecuadas. Esto parece difícil de intentar siquiera, sin tener como guía el proyecto de sociedad a construir. Ya hemos visto demasiadas veces que los militantes socialistas pueden estar tan empapados, en la práctica, por el estilo de esta sociedad, que lo siguen utilizando aún después de tomar el poder, y entonces no

sólo cometen errores tácticos —imposibles de evitar— sino que son derrotados o desviados de sus objetivos finales. Hay que separar cuidadosamente al **militante** —desalienado— del **activista**, cuya comprensión del socialismo es apenas operativa, o aun ritual.

19. — En cuanto a los grupos sociales que pueden encabezar un cambio profundo de estilo, podemos extraer algunas enseñanzas de una sugestiva regularidad que nos mostró esta escala: Se trata del importante papel que han jugado en esos cambios los **marginales** de todo tipo: por una parte los externos: conquistadores que imponían su propio estilo, o bárbaros que trataban de asimilarse pero producían disolución y edad pupal, caldo de cultivo de nuevos estilos. Por otra los internos; pero no los marginales típicos, hasta ahora, sino los "segundones" o desheredados por superpoblación de capas altas, como en la génesis de los capitalismo europeos (también ocurrió con los samurais). Nada más lógico, pensándolo a posteriori: los más interesados en un cambio a fondo de la sociedad son los que no tienen en ella ningún papel. Los explotados —obreros, campesinos— son indispensables a la sociedad, y eso les da la posibilidad de obtener mejores condiciones por negociación o lucha, sin necesidad de una revolución estructural sino respetando el sistema. Eso no los descarta como **posibles** revolucionarios, pero refuta el mito de que la Historia les ha asignado por decreto ese papel y sólo a ellos. Constructivamente, eso estimula la búsqueda de otros candidatos, que en ciertos lugares del mundo puedan resultar **factores desencadenantes** de un cambio de estilo; para apoyarlo, en alianza con los explotados, si conduce al socialismo, y para frenarlo a tiempo si no. Esta búsqueda puede ser fructífera sobre todo en países ricos, donde el esquema marxista ha fallado más, y donde ya se ven algunos fenómenos de superpoblación de grupos altos: el más ruidoso, la juventud universitaria cuyos diplomas ya no significan privilegios.

Capítulo VII Escala Visible o Biográfica

I. LA FASE ACTUAL

1. — En las escalas anteriores casi todas las conclusiones fueron de tipo general y abstracto; queremos ahora pasar a cuestiones más concretas y que se refieran directamente a nuestro problema central: la construcción de una nueva sociedad a partir de la realidad actual. Pero antes de pasar a consideraciones estratégicas, debemos justamente interpretar y completar las conclusiones anteriores para armar el diagnóstico o marco histórico en el cual discutiremos esas estrategias. Por ejemplo, un punto importante es decidir en qué fase de la evolución de la sociedad industrial nos encontramos, y analizar sus tendencias en términos de las categorías que hemos ido introduciendo.

Para eso, la unidad de tiempo más adecuada nos parece el cuarto de siglo, aproximadamente, y aclaremos de inmediato que esto nada tiene que ver con las numerosas hipótesis sobre "ciclos" políticos o económicos que circulan por todas partes. En primer lugar, ya hemos elegido ese lapso de 25 años como el más adecuado para la formulación de un proyecto nacional: mucho más, es difícil por la creciente incertidumbre sobre las condiciones o contexto político, técnico, etc. Menos, es inútil porque no da tiempo a la maduración de objetivos básicos, como los referentes a educación, población, desarrollo regional, infraestructura, etc., ni permite analizar el período de transición, y por lo tanto tampoco calcular viabilidades. Este cálculo, hecho en primerísima aproximación, es otro problema que debe atacarse en esta escala.

Igualmente importante es que 25 años es un lapso que cualquier hombre maduro recuerda por su experiencia directa —de ahí el nombre de escala "visible" o "biográfica"—, y que puede extender hacia atrás otros 25 ó 50 años más sin mucha dificultad, a través de la experiencia de sus padres. Eso hace del marco histórico una cosa viva, sentida, que facilita la comprensión de los datos objetivos.

25 años es también, aproximadamente lo que biológicamente dura una "generación": a esa edad, el hombre está ya formado psicológicamente, teniendo sus primeros hijos, y sintiéndose capaz de reemplazar a la generación anterior en el manejo de la sociedad. Podemos imaginar sus reacciones

ante distintos sucesos, cosa que no podemos para los que están naciendo hoy. Un proyecto a 25 años es algo que le concierne naturalmente, y cuyo fin verá siendo aún joven. Pocas veces nos interesará, en cambio, estudiar a esta escala los acontecimientos más antiguos; nos sumergiríamos en un mar de detalle, cosa que evitamos con el uso de las escalas anteriores.

2. — Tratemos de averiguar en qué fase estamos de la sociedad industrial, de ese estilo que hemos llamado "empresocéntrico" porque su característica esencial, y generalizada a los "tres mundos" con pocas excepciones, es pensar en la sociedad y el mundo en función de los problemas de la empresa y la producción. Es con ese enfoque que los empresarios —burgueses o burócratas— defienden sus intereses de clase, y es en total oposición a ese enfoque —en estilo "pueblocéntrico"— que se ubica el socialismo.

Repitamos que este nuevo estilo consistió en la producción y consumo de bienes y servicios nuevos o remozados —tendiendo a que cualquier actividad, incluso la filosofía o el arte, sea un "servicio" comercializable—; en el uso y adoración de las máquinas como instrumentos de producción, y de la ciencia tanto por sus efectos prácticos como por sí misma, como prueba del triunfo de la razón sobre la naturaleza. Todo ello apoyado en la doctrina liberal: los individuos en competencia libre, usando sin trabas legales los medios de producción de su propiedad, con "racionalidad" (consistente en someter a estrictos cálculos la vieja motivación del lucro monetario), y usando a otros hombres como "recursos" —como cosas si es necesario—, por medio de la división del trabajo, son capaces de hacer todo lo anterior: producción, ciencia y de paso arte. Una "mano invisible" regulará los precios a través del mercado competitivo de tal modo que la producción llegará a todas las manos, y así habrá justicia social, y democracia política (electoral). La compulsión se considera irracional y reaccionaria —pero se puede hacer guerra cuando conviene a los negocios—, la solidaridad es irracional e imposible porque va contra la "naturaleza humana", que está basada en la lucha por la vida, y la única relación eficaz entonces es la contractual, por "libre" acuerdo entre las partes. La honestidad es buen negocio. Se predica la libertad para las relaciones entre las empresas, pero dentro de cada una de ellas rige el autoritarismo (exactamente lo contrario de la planificación socialista).

Todas estas características —y otras que otros autores consideran también importantes— estaban firmemente establecidas a mediados del siglo pasado, aunque algunas eran puras verbalizaciones que no se cumplían. Estaban además siendo aparentemente confirmadas y realimentadas por los hechos. De esa época podemos tomar como símbolos el ferrocarril,

la ciencia, la electricidad, y la confirmación como clase importante de los asalariados industriales, que Marx percibió mejor que nadie. La división del trabajo, la super-especialización tanto del obrero como del científico fueron efecto y causa del éxito. La clase media comenzó a predominar.

A partir de esa etapa indudablemente creativa, en la cual se decidió la "explosión" que ya venía insinuándose desde un siglo antes, se redobló la velocidad de crecimiento industrial, de aparición de nuevos bienes y de desarrollo científico (dejamos para más abajo las cuestiones políticas y sociales). Pero ya sabemos que la simple proliferación de novedades no es demostración de creatividad profunda, pues puede tratarse del crecimiento cuantitativo, más superficial, que según el esquema canónico se produce en la fase de expansión "imperial" y que es propenso a terminar en estancamiento y decadencia.

De esta fase expansiva —en este caso explosiva— ya hemos identificado dos períodos: inglés y norteamericano, similares a la sucesión Grecia-Roma, y eso nos hace precisar más la pregunta: ¿estamos al principio o al final de esa expansión? En términos más usuales: ¿están cerca o lejos de agotarse las posibilidades de la sociedad industrial? ¿Estamos entrando a una fase de consolidación y estancamiento?

Se requiere entonces un análisis cualitativo, de contenido, de los cambios en todos los terrenos. Si aceptamos los indicadores cuantitativos que esta misma sociedad nos propone, y que son típicos de su imagen del mundo —tasas de crecimiento del producto, de la esperanza de vida, de la alfabetización, del número de patentes o revistas científicas, etc., etc.—, sólo percibiremos un rápido progreso. La sociedad hace gran presión sobre sus intelectuales para que acepten estos criterios, y son muchos los científicos que caen en esta trampa tan anticientífica, de usar métodos que sólo permiten ver lo que se quería ver (ponerse anteojos verdes y deducir que todo es verdoso).

Es verdad que un análisis cualitativo es mucho más difícil, pues no hay recetas para hacerlo, la especialización no ayuda, y es indispensable un espíritu crítico casi iconoclasta, cosa muy peligrosa para conservar el "status". Intentaremos hacerlo en esta escala temporal, y para ello comenzaremos por el terreno en que esta sociedad se siente más segura de sus éxitos: la ciencia, la tecnología, la producción. Y repetimos: sin duda, la velocidad de expansión es alta todavía: lo que queremos saber es si ya empezó a desacelerarse.

Nuestro método será comparar los avances logrados en las tres últimas unidades (cuartos de siglo), que podemos considerar visibles por nosotros mismos o nuestros padres, y que cubren prácticamente todo el "período yanqui". Dividiremos pues lo que va del siglo en tres partes —1900/25; 25/50 y 50/75, aproximadamente— y les daremos una ojea-

da a vuelo de pájaro, pues en este tipo de obra no podemos pretender demostrar más que la plausibilidad de nuestras afirmaciones, y por lo tanto la conveniencia de ampliar, detallar y verificar el análisis.

3. — Para cualquier observador desprejuiciado tiene que ser evidente que los últimos 25 años han sido menos productivos en ideas científicas importantes que los dos primeros "cuartos".

En Física, arquetipo de la Ciencia con mayúscula para esta sociedad, el descenso es grave: el 900/25 vio aparecer la teoría de la relatividad y su generalización (una teoría de la gravitación que, aunque pobre, no ha sido superada), la teoría de los cuantos luminosos, del átomo de Bohr. El 25/50 fue dominado por la mecánica ondulatoria, las nuevas partículas elementales, la fisión nuclear, las teorías cuánticas de campos. Ningún desarrollo teórico de ese calibre se observa desde el 50 a esta fecha, aunque sí numerosos resultados parciales de indudable interés, como ciertos avances en el campo de los fenómenos irreversibles, la luz coherente, mejor comprensión de los semiconductores, y una nueva teoría de las partículas elementales cada par de años, que dura otro tanto.

Teorías gravitatorias hay tantas que se inventó un método especial para compararlas. Ninguna es satisfactoria.

Mejores parecen haber sido los resultados en cuanto a las aplicaciones de esos conocimientos teóricos a la tecnología. Asociamos las últimas décadas con la energía nuclear, el viaje a la Luna, las computadoras, la televisión; pero aquí también es necesario el análisis cualitativo aun si renunciamos a hablar del mal uso e ineficiente aprovechamiento de todos esos grandes inventos. La realidad es que todos ellos estaban muy adelantados, o terminados, antes del 50.

La bomba atómica estalló en el 45; casi todo lo demás consiste en aprovechar la miniaturización permitida por los transistores, que también tuvieron su fase creativa en los 40/50. En algunos casos lo único que se hizo desde entonces fue comercializarlos en todo el mundo (como la TV, que ya existía experimentalmente en el 38 y se empezó a vender en el 45, y sólo se le ha agregado el color); a otros se les hicieron perfeccionamientos importantes (como a las computadoras, que evolucionaron mucho desde los primeros modelos en venta en el 50), o se los puso a punto para nuevos usos (como los satélites, cuya parte esencial ya estaba resuelta en los cohetes alemanes que bombardearon Londres). Lo mismo pasa con otros inventos muy cómodos, como la afeitadora eléctrica, el grabador magnético, el laser, los isopos radioactivos, etc., etc. De todos modos, el 50/75 trajo un notable avance en los aparatos para manejar información, y los satélites nos espían con una precisión asombrosa.

Sin hablar del mediocre rendimiento de los enormes recursos destinados a estas tecnologías, hagamos otra observación aclaratoria: lo que se logró es muy poco comparado con lo que los mismos tecnólogos pensaban que se iba a lograr, al finalizar la guerra (con la única excepción de las computadoras, que en su construcción y difusión superaron todos los cálculos). El uso pacífico de la energía de fisión no ha llegado aún a una etapa satisfactoria; la de fusión debe esperar décadas. Se ha fracasado en la búsqueda de otras fuentes de energía, y está por verse si eso se va a resolver ahora que el problema pasó a primer plano mundial y que los EE. UU. cometen la herejía, para capitalistas, de proponer un precio mínimo para el petróleo a fin de estimular las inversiones en otros métodos. Sigue sin haber métodos baratos para hacer potable el agua de mar. Los aviones han aumentado de tamaño y velocidad a costa de otros inconvenientes, como el ruido, y sin resolver el problema principal: despegue y aterrizaje, y las pérdidas de tiempo periféricas. No existen aún acumuladores livianos que hagan universal el auto eléctrico, tan necesario por la contaminación y el tráfico. La automatización avanzó con la introducción de las computadoras, pero hace rato que no muestra más vitalidad: los que esperaban ver robots en este siglo quedarán defraudados. Ni siquiera se ha logrado una tecnología de construcción de viviendas que permita resolver ese tremendo problema.

Y si recordamos los grandes inventos de la primera mitad del siglo, veremos que ellos cambiaron nuestra vida incomparablemente más que los arriba mencionados. Seguimos estando en la "civilización del automóvil" desde la primera guerra o antes. La radio y el avión también se desarrollaron en el primer cuarto y se difundieron mundialmente en el segundo. Chaplin se burlaba de la automatización allá en el 35, con la tecnología del cine parlante (es notable cómo películas de hace 40 años muestran hoy tan pocos anacronismos, pero hubieran parecido de otro mundo otros 40 años más atrás). Todos los artículos del hogar que revolucionaron las tareas domésticas se inventaron antes de la guerra: heladeras, cocinas eléctricas y de gas, lavarropas, incluso acondicionadores de aire. Lo mismo pasa con los plásticos y detergentes, etc. Parecería pues que los inventos y tecnologías que más afectaron nuestra manera de vivir ya eran familiares a nuestros padres y abuelos en su juventud, y lo que tenemos hoy son refinamientos para obligar a cambiar de modelo. ¿Cuánto cambiaron los automóviles en 40 años?

4. — Para el resto de las actividades científicas y técnicas se observa una situación parecida. Hasta la Matemática pura y la Lógica, tan desconectadas de la realidad, sufrieron una brusca disminución de ideas a partir de la última guerra:

no hay nada comparable a lo que hicieron los von Neumann, Lebesgue, Godel-Church, Brower, Russell y tantos otros.

Durante la guerra y un poco antes hubo un florecimiento de la matemática aplicada y se inventó lo esencial de la Investigación Operativa, tan comercializada hoy. La Simulación y sus variantes —su rama más importante— nacieron durante la guerra, con el "método de Montecarlo". Teorías tan publicitadas hoy como la de Juegos, Cibernética, Informática, Automatas, Sistemas son todas anteriores al 50. La Estadística tomó su forma actual e incluso el concepto de "verosimilitud" de Fisher, en 900/25, y en el cuarto siguiente agregó algunos métodos importantes —como el análisis factorial— y se refinó el cálculo de probabilidades. La teoría de la decisión secunencial está en el límite del 50, y desde entonces no hay nada comparable. Y eso que la Estadística está pidiendo a gritos una revolución.

La mayoría de los temas todavía de moda en las ciencias humanas fueron iniciados y perfectamente definidos antes de esa fecha: casi todas las teorías psiquiátricas, la reflexología, el conductismo, la "gestalt", la psicología genética, los modelos de aprendizaje. También el funcionalismo y el estructuralismo (en lingüística y antropología), el empirismo sociológico y sus principales técnicas estadísticas, la sociología industrial, la antropología cultural, los principales aportes marxistas —Lenin, Luxemburgo, Gramsci, Lukacs, Mao—: Max Weber murió en 1920. Y si bien esto no es asunto de broma, podría decirse que desde el 50 lo más original que produjo la sociología son las leyes de Parkinson, si no fuera por un importante descubrimiento antisistema: la teoría de las revoluciones científicas, de Kuhn (19) (pero precedido por Kroeber [80]).

En economía ocurre lo mismo: son anteriores a la guerra la matriz de Leontiev) los modelos de crecimiento económico, Keynes, la planificación (sin hablar del marginalismo, la teoría del consumidor y otros temas de valor dudoso). Desde la guerra sólo podemos mencionar avances en contabilidad nacional: la mediocridad de los premios Nobel en esta ciencia es suficientemente demostrativa. Las teorías y técnicas sobre inflación, desarrollo y otros temas candentes no son para entusiasmar a nadie.

Mejor le fue a la Biología, que inició una nueva fase expansiva con su descubrimiento del código genético y sus mecanismos, hace 20 años (y otros avances anunciados con mucha seguridad por la escuela francesa, pero que no pueden evaluarse todavía): pero también había mostrado más creatividad en los otros dos cuartos de siglo, en la misma genética y al construir casi desde cero toda la bioquímica, creando entre otras cosas la enzimología y la teoría de Oparin sobre el origen de la vida. La fisiología y la medicina deben más a

esa época que a las nuevas técnicas para operar el corazón o a la terapia intensiva: los antibióticos y las sulfas no son de este cuarto (pero la "píldora" sí). Las ciencias biológicas están todavía en plena fase de expansión "imperial". Las nuevas variedades vegetales con que algunos pretenden resolver el problema del hambre, aparte de tener dificultades no calculadas, fueron logradas con métodos clásicos. La Ecología avanzó, por la presión del problema, pero no se ha hecho mucho más que aprender a trabajar "interdisciplinariamente", lo cual demuestra que el individualismo no siempre es lo mejor (¡todavía se discute si los residuos urbanos echados al mar lo ensucian o lo benefician!).

En Geología hubo una idea nueva: la teoría de las placas continentales, que completa la vieja teoría de las traslaciones continentales; pero lo principal es tal vez también aquí el trabajo en equipo, como el hecho en el Año Geofísico Internacional. Pero seguimos sin saber casi nada sobre el interior de nuestro planeta (en cambio mejoraron las técnicas de prospección). De todos modos, esta ciencia tampoco había hecho en los primeros 50 años avances muy revolucionarios, comparados con los del siglo pasado. Ella tendrá una gran responsabilidad en las próximas décadas, por la necesidad imperiosa de obtener nuevas fuentes de energía y recursos, y es la ciencia que más probabilidad tiene de avanzar ahora.

Siguen sin resolver problemas de interés directo para toda la humanidad como la revolución agraria, el cáncer, el resfío, la memoria (ni que hablar de la inteligencia, cuando se han perdido las esperanzas incluso de hacer buenas traducciones automáticas), y por supuesto todos los problemas económico-sociales, que no pueden ser ni planteados seriamente en el seno de esta sociedad.

Instrumentos preciosos para atacar estas cuestiones sociales —una vez resueltas las políticas—, como los métodos de organización y manejo de información, están hoy a cargo de las grandes empresas transnacionales y de las fuerzas armadas, que no publicitan sus descubrimientos —una excepción es el PERT y métodos similares de manejar operaciones muy complejas, inventados hace unos 20 años—, pero si hubiera algo importante ya lo sabríamos.

Esta descripción tan somera y grosera debería ser suficiente para indicar que la etapa expansiva de la ciencia de esta sociedad está terminando (y eso tanto en los países capitalistas como en los marxistas) y que los nuevos avances deben esperar a un estilo en que el trabajo en equipo resulte natural y armonioso. Pero para hacer más evidente esta relativa declinación, introduzcamos también el factor costos y recursos.

El número de científicos, de artículos publicados, de recursos financieros dedicados a la investigación, de instituciones

que la organizan, da cifras que han venido creciendo exponencialmente, a una tasa mucho mayor que la industria o la población, y hoy son miles de veces mayores que a principios de siglo. Este frenético aumento de actividad en ciencia y técnica medido por esos indicadores sólo hace mucho más notable el descenso de creatividad que hemos visto, pues ocurre en medio de esa abundancia nunca vista de recursos. Si nuestra comparación cualitativa podía ponerse en duda, por incompleta o subjetiva, no hay en cambio duda posible sobre el descenso de la productividad por cabeza o por dólar, del rendimiento, la eficiencia de los científicos en el último cuarto de siglo.

Se dirá que eso ocurre porque antes se hizo lo fácil —se recogió la nata de la leche— y ahora queda lo más difícil, pero eso es sólo otra forma de decir lo que queríamos demostrar: que el estilo actual, los paradigmas científicos actuales, han agotado ya sus grandes posibilidades y ahora dan muy poco jugo y con mucho esfuerzo; habrá que cambiar de estilo antes de tener una nueva explosión creativa (y los gérmenes de esa explosión, que ya se ven en algunas partes, ayudarán a cambiar el estilo). Y recalquemos que ese cambio de estilo no puede consistir sólo en eliminar la propiedad privada, pues la falta de creatividad que hemos descrito es tan notable en los países marxistas como en los capitalistas: todos creen a pies juntillas en el estilo científico creado por el capitalismo. Es la falta de un proyecto pueblotécnico de largo plazo lo que esteriliza a la ciencia y la ha convertido en cientificismo (su "fase consolidante"). Volviendo ahora al problema de la productividad económica, las mismas consideraciones nos vuelven a señalar, con más fuerza todavía, la necesidad del cambio de estilo.

En efecto, los costos reales de producción no sólo no disminuirán, sino que irán en aumento debido a la bien publicitada necesidad de ahorrar ciertos recursos naturales y disminuir la contaminación, la corrosión y otros subproductos nocivos hasta ahora despreciados, sumados a las exigencias gremiales por mejores condiciones de trabajo. El resultado neto es que harán falta más horas de trabajo para producir los mismos bienes de consumo: la productividad disminuirá, pues no se están inventando máquinas que compensen ese esfuerzo extra.

Este fenómeno tiene viejísimos antecedentes en el agotamiento de tierras, erosión, etc., pero hasta ahora siempre quedaba el recurso de irse a otra parte, y en eso se diferencia esta sociedad de las anteriores: ya no hay adónde ir (ni siquiera en términos de ciencia-ficción a otros planetas, pues se trata de movilizar volúmenes del orden de 80 millones de personas por año).

Tenemos pues aquí un gran desafío, que esta sociedad no puede vencer. Las ideas necesarias para ello (nada esoté-

ricas, ver ET para algunos ejemplos) corresponden a otro estilo, a nuevas fuerzas productivas.

5.— En la zona ideológica deberíamos encontrar intentos novedosos de formular doctrinas consolidantes de la fase expansiva, e intentos contrarios disgregantes o revolucionarios.

En cuanto a ideologías consolidantes es muy poco lo que se ha creado desde la guerra. Antes, se había dado un intento muy llamativo: el nazismo hitlerista, un monstruo de Frankenstein creado por el capitalismo para defenderse contra el comunismo, y que casi devora a su creador. En realidad, aunque derrotado en esa guerra por la alianza capitalista-soviética, el nazismo dio un golpe decisivo al capitalismo liberal, y junto con la Gran Depresión, mostró la necesidad y posibilidad del estatismo en los países occidentales.

El estatismo soviético buscó en cambio consolidarse "adaptando" la teoría marxista a sus necesidades, hecho que si no es creativo requirió por lo menos bastante habilidad. Hasta ahora el método ha dado bastante buen resultado, pero no ofrece muchas garantías de solidez, pues el marxismo contiene una ética socialista muy difícil de disimular por largo tiempo. La situación es similar al uso del cristianismo para consolidar el imperio romano, pero más inestable. El primer cuarto de siglo vio desarrollarse el neopositivismo en todas sus ramas —culminando en el empirismo lógico y el operacionalismo—, que es la expresión filosófica y epistemológica del concepto de ciencia en esta sociedad. En este sentido su papel es consolidante —aunque de mínima importancia por sus dificultades técnicas—, y es tal vez lo más creativo que se ha dado en este campo. Ha evolucionado muy poco en los últimos 40 años.

En general, la ciencia, gran arma de esta expansión industrial, no ha podido ser usada como núcleo de una doctrina consolidante, es decir, que fuera reverenciada por el pueblo o identificada profundamente con el estilo industrial reinante (por el contrario, véase un poco más abajo el irracionalismo). Lo más cercano a esto ha sido el uso ideológico del desarrollismo económico: creando la necesidad de "modernización" y la adoración de la tecnología que ellos producen, los países dominantes han logrado una cierta consolidación de su imperio. Por desgracia para ellos, eso se basa en fuertes promesas de consumo opulento que esa tecnología no puede cumplir, y la frustración de las expectativas creadas puede tener un efecto disgregante y aun revolucionario, en vez de consolidante.

Las grandes religiones, que tantas veces desempeñaron papeles consolidantes, también pasan por una fase de estancamiento. La iglesia Católica sufrió hace diez años una conmoción "anti-establishment" pero hoy es muy poco lo que

queda de eso, y en definitiva el cambio ha resultado menor que el producido por León XII hace cien años. Tampoco hay señales de transformación o rejuvenecimiento en el islamismo, que sin embargo está tan fuera de estilo en cuestiones prácticas importantes, como el tratamiento social de la mujer. Pero el islamismo por lo menos está tratando de usarse como instrumento de consolidación política en el mundo árabe, sin mucho éxito todavía, pero con más convicción que los llamamientos en pro de un mundo "occidental y cristiano" que escuchamos en nuestros países. Simultáneamente, y como doctrina de minorías raciales, el islamismo puede tener un papel disgregante en los Estados Unidos.

El confucianismo es tan exitoso como consolidante del estatismo —por lo menos en la sociedad antigua—, que debe ser combatido abiertamente en China. Sin duda desaparecerá como sistema orgánico, pero es difícil saber qué rastros ideológicos dejará en la próxima generación.

En cuanto a doctrinas disgregantes de la sociedad industrial, o por lo menos del capitalismo, hubo algunos intentos relativamente novedosos después de la guerra, pero de escaso éxito. El existencialismo estuvo de gran moda entre los intelectuales durante diez años. Los movimientos tipo "hippie" y "ecológicos" han disminuido un poco, pero seguramente tardarán más en desaparecer. Intentos de este tipo se multiplican en todas partes, como es natural dadas las dificultades de esta sociedad, pero carecen de profundidad ideológica; son rebeldías ciegas o contrasociedades.

El pragmatismo y demás doctrinas que pretendían consolidar al capitalismo liberal, están desempeñando un papel disgregante, de retaguardia, frente al estatismo, pero no puede hablarse allí de novedad alguna. El marxismo tampoco muestra creatividad teórica en los últimos 40 años, desde Gramsci, digamos (tal vez por influencia de éste es que encontramos hoy en Italia las únicas inquietudes no limitadas a releer el Capital y los Grundrisse, redescubrir al Joven Marx, o al "modo de producción asiático", o a desenterrar cartas del gran creador de la doctrina).

Como dijimos, se lo usa en la URSS como consolidante, pero en China se lo tomó como guía ideológica de la Revolución Cultural, que —aunque frustrada tal vez— es en esta zona lo más creativo que ha ocurrido desde la guerra (véanse los párrafos sobre China). Es demasiado pronto para juzgar ese gran ensayo de participación popular, pero el solo hecho de haberlo intentado es revolucionario. Lo que sí quedó ya demostrado es que frente al estatismo burocrático, esta manera de usar el marxismo no es siempre consolidante.

Tal vez el cambio ideológico más importante en este último cuarto haya sido el avance del irracionalismo de todo tipo entre los intelectuales. Todas las capas sociales muestran un recrudescimiento de las supersticiones, creencia en ma-

gias, astrología, espiritismo, seres extraterrenos, curanderismo, gurúes, demonología, etc., etc., pero eso puede explicarse por el efecto de los medios de difusión, que al hacerse eco de esas viejas creencias, que la gente no exteriorizaba por ser contrarias al "espíritu científico", las puso con toda fuerza sobre el tapete y les quitó ese carácter vergonzante. Lo que es nuevo es el éxito de ese irracionalismo entre los intelectuales, claro que no entre todos (y en formas no siempre tan groseras): los que están conformes con esta sociedad tienen la actitud opuesta ("cientificista") y se produce una polarización que es típica de tiempos de inseguridad.*

En escala lo que se percibe es que los intelectuales inconformistas de hoy desconfían del poder de la razón y la inteligencia. Sospechando que se ha hecho de la ciencia actual un mito, y que a pesar de las maravillas que muestra no es capaz de resolver los problemas sociales básicos —lo que es cierto—, la niegan en bloque, aunque sea sin confesárselo, y buscan la "sabiduría" en otras fuentes: el misticismo, el "pueblo", las drogas, la vuelta a la naturaleza, el dogmatismo o actitud religiosa ante ideas que en su origen fueron racionales, como el marxismo.

Es sin duda la solución más fácil a ese gravísimo problema de inseguridad espiritual provocado por el fracaso de las grandes ideologías y otros mitos de esta sociedad, pero aquí la calificaremos de "traición". Es traidor el intelectual que no cree en la inteligencia. Su obligación, mucho más difícil por cierto, es suponer que esos fracasos reales se deben a un mal uso de la razón, a que se piensa y se hace ciencia en un estilo muy especial condicionado por las necesidades de la sociedad industrial, y que entonces la solución es cambiar desde ahora ese estilo de ciencia y de racionalidad pero adaptándolo a la sociedad que se desea construir, no al pasado remoto.

Este programa es el que intentamos plantear —y desarrollar en mínima parte— en todas nuestras obras, cuya motivación principal es justamente creer que en esa traición está uno de los obstáculos grandes para la construcción del socialismo. Si los intelectuales se vuelcan al irracionalismo, directamente o a través del disfraz de aferrarse dogmáticamente, acríticamente, irracionalmente, a formas hoy insuficientes de racionalidad (entre ellas el cientificismo de cualquier color), abandonan su única arma y se entregan a las "fuerzas espontáneas" de la historia, o sea, a las fuerzas de los grupos

* Esta polarización está vinculada con la producción de "segundos" o desheredados (ver cap. IV) por superpoblación de ese grupo privilegiado. Los que se están marginando hacia el populismo asumirán tal vez en algún momento el papel creativo de sus antecesores históricos, que vimos en el capítulo anterior.

ideológicos que sí están dispuestos a poner la razón al servicio de sus objetivos.

Tal vez el problema práctico reside en que los intelectuales no sólo desconfían de la inteligencia en general, sino de su propia capacidad para superar esa situación. Esto ocurre con muchos de los que buscan "sumergirse en el pueblo", y están dispuestos a sacrificar comodidades materiales y aun la vida, a cambio de encontrar allí las normas de acción, la comprensión y la seguridad espiritual que su intelecto les niega.

No es este el lugar para hacer el análisis psicológico de esa actitud. Baste decir que creemos que ella no puede seguir estando de moda durante mucho tiempo, ya que el pueblo tampoco es una fuente satisfactoria de sabiduría; no comete los mismos errores que los intelectuales, pero comete otros, y librado a su espontaneidad no parece capaz de acercarse a ese tipo de sociedad que esos mismos intelectuales consideraban justa y deseable (como lo hizo notar Lenin: la conciencia de clase llega al pueblo desde afuera).

Pero entre tanto, esta traición de los intelectuales y este aumento general de la irracionalidad, es por lo menos un factor de disolución social; es contrario al estilo desarrollista, al tipo de racionalidad que la sociedad industrial necesita para funcionar bien. Junto con la ilegalidad, la irracionalidad podría provocar la paralización de esta sociedad; pero ese mismo peligro puede favorecer un cambio hacia el despotismo o fascismo, que tiene armas para terminar con esas actitudes en la medida que le sea útil.

6. — Conviene insistir un poco sobre las formas de esta irracionalidad intelectual, dado el papel que le asignamos. En primer lugar observamos que todo este tema, y sobre todo lo que sea dudar de la sabiduría actual del pueblo, despierta emociones agresivas, como todo ataque a cualquier dogma básico, aunque ésta no es aparentemente una cuestión de principios tan profundos. Hace recordar más bien a ciertos tabúes como los referentes al sexo en el siglo pasado. No se podía ni hablar de eso; no se podía dudar que las mujeres eran vírgenes hasta que se casaban, y parecía como si tampoco cumplieran otras funciones fisiológicas "sucias". Pero la realidad era diferente, y hoy esos tabúes se han vencido (sin ser reemplazados por normas racionales). Ha empezado en cambio el tabú populista, tan irreal como el otro, pero que necesitará cierto tiempo para disolverse. Esto se refuerza con interpretaciones superficiales de líderes, aun de los que son tan poco irracionales como Mao: así su recomendación a los intelectuales de una política "de las masas a las masas", o sea un ida y vuelta de ideas, propuestas, ensayos, rectificaciones, entre intelectuales y "masas", empezando por recoger las ideas dispersas en esas

masas, tiene una redacción que se presta a una interpretación populista, haya o no haya sido esa la intención de su autor.

A nuestro entender, lo que Mao aconseja es, como lo hace mil veces, ir a la realidad constantemente. Eso no es más que el método científico, o sea serio, de hacer las cosas. También al estudiar las piedras o los animales se empieza observando la realidad; luego se hacen hipótesis o se sugieren medidas de acción sobre ella; se ensayan en la realidad (o en lo más parecido a ella que se puede: planta piloto, laboratorio), se corrige, se vuelve a ensayar, y este proceso dialéctico no tiene fin; es una política "de la naturaleza a la naturaleza". Pero a nadie se le ocurrirá pretender que la naturaleza ofrezca directamente leyes, aun las más simples, ya expresadas en el lenguaje de la ciencia o la tecnología; la realidad inspira ideas al intelectual que sabe traducir lo que percibe; no están escritas en castellano, inglés o ruso (por eso es tan tentador para muchos buscar las ideas sólo en su propia imaginación).

Con la realidad social ocurre casi lo mismo; "casi" porque en todo grupo social hay gente que mira y piensa, y ésos sí tienen ideas directamente comunicables, cosa que en la naturaleza no encontraremos. Pero esa gente es muy poca, tanto entre los intelectuales como en las masas. Ya en grupos sociales de alto nivel de ingresos, donde todos los niños han tenido buena alimentación y educación pareja se notan enormes diferencias de inteligencia, sabiduría, creatividad, etc., y los capaces de "mirar y pensar" no son por cierto la mayoría (todos hemos tenido alguna experiencia sistemática de eso, a través de nuestros compañeros de escuela). Si a eso se agregan las desventajas de la desnutrición infantil, trabajo alienante y mala educación, llegaremos a la conclusión que sólo por un golpe de suerte encontraremos sabiduría explícita en las masas, y que las ideas que en ellas buscamos deberán por desgracia ser elaboradas con el mismo trabajo intelectual que cuando se estudia la naturaleza. Lo demás es seguidismo, populismo, y no conduce a lo que los mismos seguidistas creen que es mejor para las masas. Aclaremos que esto no afecta a la obligación ética y política que tiene todo socialista de participar realmente en los problemas y luchas populares.

Las alusiones a la "letra muerta de los libros", las exhortaciones a limitarse al papel de "portavoces" del pueblo, son demasiado peligrosas para el socialismo para ser pasadas por alto. Lo que tienen de correcto esas frases tan dolorosamente negativas de grandes líderes, es una advertencia contra el mal intelectual —engreído, autoritario, pretencioso, ignorante, científicista—, que tanto abunda. Pero no es cuestión de tirar el niño junto con el agua del baño.

Los intelectuales de hoy somos inmaduros, pero las masas

lo son más, por sus condiciones de vida (siempre salvo para el problema de la subsistencia). La solución socialista no es igualar hacia abajo el trabajo intelectual y el manual, sino hacia arriba, donde "arriba" es más alto que el nivel actual de ambos. Pero sólo los que han tenido oportunidad y tiempo para reflexionar sobre los problemas humanos a la luz de la realidad histórica, de otros intentos, tienen alguna chance de aclararnos qué es ese "arriba", en un plazo socialmente aceptable.

El populismo intelectual es una estrategia de disolución de las experiencias acumuladas por la humanidad (hasta ahora a través de sus clases dominantes), confiando en que de esa edad oscura el pueblo emergerá algún día con una propuesta mejor. No es imposible que eso ocurra —sobre todo si quedan algunas "esporas" latentes, como los monasterios medievales—, pero es resignarse a esperar siglos. Y repitamos, lo más probables es que los desafíos de la explosión favorezcan mientras tanto la rigidez milenaria del despotismo.

7. — La base ética y movilizador principal de ese populismo entre las masas es que el pueblo entero tiene derecho a un mejor nivel de vida material, pero sin que esto implique mayores esfuerzos, responsabilidades o planificación.

"La ciencia" se ocupará de producir lo que haga falta, como si fuera desde otro mundo, sin influir en los pensamientos de la gente, que en su vida cotidiana sigue en la etapa mágica. Las aspiraciones son consumistas con expectativas ambiciosas y a corto plazo, y las verdaderas iglesias son las agencias de publicidad. Hay una presión irresistible por lograr mayores ingresos monetarios y todos los gobiernos y partidos la toman seriamente en cuenta; fuera de eso y la defensa gremial, la pasividad política es la norma (salvo pequeñísimos grupos). Para el populismo, el "hombre nuevo" es un obrero con automóvil. Sin embargo, en los países donde el campesino sigue en su antiguo estado de opresión animal, el populismo puede ayudarlo a dar un paso decisivo para emanciparse de eso.

La gran mayoría de los gobiernos del mundo es hoy populista, de lo cual habría que alegrarse por la dosis de justicia social material que ello implica; pero es que además de ser esta redistribución de ingresos pequeña y sobre todo limitada, el populismo no tiende a la participación verdadera, desprecia la racionalidad —reemplaza al científicismo por la improvisación o "chantismo"— y no tiene estrategia ni objetivos de largo plazo. Además de no tener nada que ver con el socialismo —y de ser para los gobiernos un gran método para evitarlo, dando algo para no perder todo—, tiene el tremendo inconveniente de ser incapaz de sortear los peligros que amenazan el mundo.

Esta incapacidad empieza a ser intuida por muchos, y está

empezando a producir inseguridad espiritual por todas partes. Hay en el horizonte negras nubes de desconfianza a los poderes constituidos y a los líderes; la sospecha de que no dicen la verdad y que no saben dominar los peligros con que ellos mismos nos asustan: guerra, subversión, contaminación, inflación, escaseces, explosión demográfica, desempleo. Esta inseguridad posibilita la prédica de un estilo socialista, y es lo que permite creer que el populismo declinará, por lo menos en algunos países.

La cuestión es impedir que sea sustituido por un autoritarismo fascista, pero éste sólo podría llegar como reacción antipopulista: uno es consolidante, el otro disgregante.

Por otra parte, nuestros cálculos indican que el populismo es incapaz de satisfacer esas grandes expectativas de mejoramiento material que él mismo ha despertado en las masas, y eso debe notarse en un plazo no muy largo: tal vez en una década más, o dentro de ese orden de magnitud, según el país. Ese puede ser entonces el momento en que la clase obrera vuelva a asumir esa actitud de oposición a todo el sistema que la caracterizó en el siglo pasado, y emprenda incluso acciones revolucionarias debido a dicha frustración de expectativas.

Eso no es en absoluto seguro, debido a la gran fuerza frenadora de las instituciones —especialmente los sindicatos—, pero el peligro de que ocurra es también percibido por los grupos que dirigen estos procesos populistas, y nuevamente es el despotismo la salida que más les conviene.

Es otra vez una cuestión de tiempo: si la rebeldía llega antes o después de que estén preparadas las contramedidas. Una prédica adecuada podría ayudar mucho a ganar esa carrera.

8. — Problemas sociales y económicos que confirman el final de la fase expansiva.

En la zona social hubo grandes cambios este siglo, pero casi todos fueron **contra** aspectos esenciales del capitalismo liberal, de tal modo que esa fase —creativa— puede considerarse tan superada (y tan presente aún) como el feudalismo hace un siglo. Pero hasta hace un par de décadas esos cambios no ponían en duda lo esencial del estilo: el empresocentrismo y la existencia de los correspondientes grupos privilegiados, burgueses o burócratas.

En el primer cuarto, la revolución soviética liquidó a las clásicas minorías dominantes en Rusia (que en el segundo cuarto fueron reemplazadas de manera novedosa por la burocracia política-estatal-empresarial). Esta revolución tuvo una importancia realmente excepcional: demostró que era posible industrializar un país enorme y atrasado, sin necesidad de empresarios privados. Demostró que era posible tomar el poder en nombre del socialismo y mantenerse en

él resistiendo a una oposición interna y externa tremendas, lo cual dio aliento a todos los revolucionarios.

Mostró también, para muchos, que la eliminación de la propiedad privada no garantiza el socialismo ni nada que se le parezca (lo cual para muchos otros resulta muy difícil de aceptar).

Mostró a los capitalistas el peligro real que corrían, produciendo una gran reforma en sus actitudes y estrategias: aprendieron a negociar con los obreros institucionalmente, se arriesgaron a estimular el fascismo —mal negocio, que les costó caro—, y empezaron a perder seguridad en su futuro y en sus derechos a ser privilegiados.

Por último, la existencia de la Unión Soviética, produjo también un profundo cambio de estrategia y mentalidad en los marxistas, que terminaron mirando a Moscú como durante tantos siglos los católicos miraron a Roma.

El segundo gran golpe contra el capitalismo —y éste en realidad ya era contra todo el estilo industrial-empresocéntrico, aunque no se lo interpretó así—, fue la Gran Depresión que comenzó en el 29 y sólo terminó gracias al auge de la industria bélica y a la guerra misma.

Esta fue la mayor crisis mundial de **superproducción**, que mostraba cómo la libre empresa conduce a la miseria y la ruina en medio de la abundancia, y no sólo para los pobres, sino también para muchos burgueses. La necesidad ideológica de admitir solamente el salario como medio de distribuir ingresos —uno de los mayores defectos del capitalismo— dio origen entonces a la estrategia Keynesiana de crear "fuentes de trabajo", que todavía sigue siendo caballito de batalla de economistas y políticos, y cuyo significado antisocialista y aun antidesarrollista ya hemos explicado (en PN y ET, dando la solución "pueblocéntrica" del problema). Los intelectuales de izquierda no parecen comprender correctamente este problema, tal vez por la falta de entrenamiento para distinguir los problemas de largo plazo de los de corto plazo.

La superproducción mostró también a algunos la necesidad de planificar la producción en función de quienes van a consumir los productos, y no en función del crecimiento de la empresa; sólo en ese caso el desempleo puede eliminarse en estilo socialista: las horas de trabajo necesarias para producir lo planeado se distribuyen igualmente entre todos.

La segunda guerra favoreció el tercer golpe: el triunfo de la larga revolución china, y desde entonces los países capitalistas se muestran más reacios a iniciar guerras mundiales (25 años transcurrieron entre los comienzos de ambas guerras, y ya van desde entonces 36, y ninguna inminencia de otra). El régimen chino (véase más abajo) ya muestra bastantes indicios de apartarse de la sociedad industrial y no sólo del capitalismo.

Es extraordinariamente curioso que la existencia de China,

y el peso que ella va a tener antes de fin de siglo, no han producido ni la décima parte del impacto que produjo la revolución rusa. Se acabó la hegemonía capitalista y las esperanzas de recuperarla; se hacen tremendos experimentos sociales con la quinta parte de la población humana; se divide el campo marxista, y todo eso apenas produce algunas sacudidas en el pueblo, los intelectuales y los mismos capitalistas. Estos no reaccionaron con la decisión y violencia cuyo mejor ejemplo es el fascismo; sus ofensivas no pasaron de bravuconadas, dañinas pero de corta duración —Corea, Vietnam, el macartismo en EE. UU.—, y su defensa ideológica es aumentar las expectativas consumistas, y hacer como si China no existiera, a lo cual contribuyó la hostilidad rusa y la política de aislamiento de los mismos chinos.

En su estrategia socio-económica el capitalismo se ha adaptado resignadamente a la nueva situación, dando más pasos atrás: se intensifica la ya iniciada política de conciliación con la clase obrera; se admite la intervención creciente del estado en la economía, se tolera la soberanía política de las colonias, se toman grandes precauciones para disimular el imperialismo, se acepta la "coexistencia pacífica" y la única ofensiva sobre el mundo no capitalista es la penetración de empresas transnacionales en la Unión Soviética (véase más abajo el papel de las ETN en este contexto).

Nada de esto tiene la intensidad de las campañas para controlar la población y la contaminación ambiental y la que ya se está iniciando para no derrochar recursos escasos, como la energía.

Estas campañas tan publicitadas tienen una fuerte dosis de tremendismo, que como ya hemos señalado sirve para marear a la gente, hacerles olvidar los problemas sociales y entregar la dirección de estas cuestiones a quienes las están planteando. Pero repitamos que se basan en problemas reales y cruciales, aunque no de corto plazo. Estos, como hemos ya dicho, son los desafíos sociales ya planteados hace rato. Estamos viendo mes tras mes que la sociedad industrial, tal como está organizada actualmente, es incapaz de resolver ni uno solo de estos problemas, y ésa es la prueba definitiva de que sus posibilidades se han agotado y que se requiere un cambio de estilo.

No demuestra en cambio que el nuevo estilo tenga que ser necesariamente socialista, y en efecto hay otras posibilidades, tanto por el lado del autoritarismo como por el del caos, pero la sociedad centrada en la empresa se termina, y con ella todo un modo de vida.

Vamos ahora otros problemas que no pueden llamarse desafíos, sino defectos graves de funcionamiento del sistema: "contradicciones del capitalismo", muchos de los cuales perduran cuando el único paso que se da hacia el socialismo es la expropiación por el estado de los medios de producción.

9. — Un defecto bien antiguo pero que se acentuó notablemente en esta generación es la **ilegalidad**. Nos parece que su importancia no se destaca lo suficiente, y que es no sólo un síntoma sino un factor activo de disolución del estilo empresocéntrico.

No se trata sólo del incremento de los crímenes comunes, de la violencia individual de distintas clases, ni del "crimen organizado" tipo mafia, sino sobre todo de la actitud general de desprecio por leyes, reglamentaciones y el régimen contractual en general. Los mismos empresarios —lo hemos repetido muchas veces— dedican hoy gran parte de su tiempo y personal especializado a burlar el pago de impuestos, derivar créditos hacia operaciones no autorizadas pero más rentables, moverse en el mercado negro de bienes y capitales, manejar coimas, sobornos e influencias ilícitas de todas clases. Hasta en el campo científico han aumentado notablemente los tramposos, que por cierto no carecen de precedentes históricos.

La aceptación o por lo menos el poco repudio que tiene esta actitud ilegal (pobres Franklin y Schumpeter) muestran palpablemente que las leyes e instituciones actuales ya no se adecuan a las necesidades reales de la estructura económica, y que ya han adquirido demasiada rigidez para poder adaptarse a éstas mediante algunas reformas. Ciertas medidas fiscales, como el "blanqueo" de capitales dan aceptación legal a esas ilegalidades.

Es toda la filosofía del contrato como base de las relaciones sociales lo que está fracasando —si un contrato no se cumple, de qué sirve—, y sin ella no hay base ética para el capitalismo. Cualquier sistema sufre con la ilegalidad, por definición, pero el capitalismo es más vulnerable que otros por la dificultad de las medidas contra el rompimiento de contratos, normas y leyes.

Los otros dos arquetipos de relaciones sociales —fuerza y solidaridad— son más eficaces a este respecto, aunque no perfectos. El esclavo, el forzado, hace todas las trampas que puede, pero el temor al castigo físico lo limita mucho. Burlarse de las obligaciones solidarias, de la responsabilidad social, parece fácil, y no tenemos ejemplos de sociedades grandes donde el método haya funcionado; hasta que llegue el socialismo, sólo podemos juzgarlo en la práctica por sus resultados en tribus pequeñas y estabilizadas hace rato; pero por lo menos en esas condiciones parece que anda bien.

El rompimiento de contrato sólo es castigado a través del mecanismo judicial, lento y también propenso a las mismas triquiñuelas. Ya no sufre la repulsa moral y el boicot económico que hacían de la honestidad "el mejor negocio". Sólo los "contratos" con la mafia son escrupulosamente cumplidos, nos dicen los criminólogos.

No teniendo mecanismos propios para curar esta enferme-

dad, deberá producirse un cambio de estilo en este aspecto —sea tipo "amor sí, guerra no", o tipo "escuadrón de la muerte"—, pero es un aspecto que va muy hondo en nuestra forma de vivir.

Relacionado con esta ilegalidad está el problema de las ineficiencias y fallas técnicas debidas a incumplimiento de normas, capacitación inadecuada y falta de responsabilidad.* Todavía son muy pocos los edificios que se caen, los superpetroleros que se parten, los "apagones" como el de Nueva York, los accidentes evitables, etc., etc., pero la sensación general en todas las profesiones es que no se puede confiar en nada. Es muy difícil pronosticar si esto alcanzará la masa crítica —no muy alta— a partir de la cual el desastre explotará por realimentación positiva, pero es fácil asegurar que la sociedad actual no es capaz de disminuir este nivel de ineficiencia por incumplimiento de normas, que ya está afectando demasiado a la productividad económica e intelectual.

Los llamamientos a la responsabilidad que hacen las autoridades no surten efecto porque nadie cree en su sinceridad o realismo. Todo funcionario público es sospechoso de participar en negociados o coimas, y el continuo incumplimiento de promesas y pronósticos, y la falsa información que acostumbra suministrar, han creado la ya famosa "brecha de credibilidad" que sólo algunos gobernantes de gran carisma personal logran cerrar.

También vinculado a la ilegalidad y el chantismo hay otro factor disgregante que puede ser muy poderoso, y es la hipocresía general que pretende disimular esas lacras, falsa doctrinas, enseña en la escuela valores que ni en la misma escuela se respetan, y se extiende por todos los campos creando por reacción cinismo y anomia.

En particular, el abuso de la publicidad, la misma perfección de los avisos que corrompen símbolos apreciados e inflan personajes por motivos comerciales, deja la sensación de que esta sociedad no tiene derecho moral a pedir sacrificios o a sobrevivir un solo año más.

La percepción de esta hipocresía no es fácil todavía —los niñitos simpáticos, las escenas familiares y el "amor" sirven todavía de anzuelo para vender cualquier cosa—, pero a medida que los mismos medios de difusión se repiten en sus métodos, o dejan deslizar algunas informaciones reales que contradicen ese mundo irreal, la gente despierta. En temas inocuos como el deporte, la TV ha dado cierta capacidad técnica al espectador, y éste comienza a percibir en algunos casos —el boxeo es el más agudo— toda la suciedad con que por afán de lucro se manejan esas actividades que su-

* Designaremos a los improvisados e irresponsables, que se hacen cargo de tareas que son incapaces de cumplir, con el argentinismo "chantas".

puestamente forjan un carácter noble y desinteresado. El "circo" puede despertar rebeldías en vez de tranquilizarlas, si los leones son de papel.

10. — El crecimiento del desempleo, el subempleo y los grupos marginales en general —que contribuyen a la ola de ilegalidad— es otro rasgo que se acentuó en el 50/75, y no sólo en los países "nuevos", donde el crecimiento de las ciudades fue explosivo.

Ya sabemos por qué ello representa un peligro para el sistema imperante, que no logra integrarlos a sus actividades normales. Ellos no quieren destruir esta sociedad sino participar de sus beneficios; pero el capitalismo no tiene otro mecanismo para eso que el empleo, y el empleo no puede aumentar mucho porque la necesidad de competir requiere usar máquinas en vez de hombres. El conocido argumento de que dar empleo aumenta la demanda —los posibles clientes— y y por lo tanto conviene a los empresarios, no convence a ninguno de éstos para su caso particular, pues significa encarecer sus costos. No se está tomando en cuenta el tiempo de "maduración" de ese efecto: hasta que se esté en condiciones de producir más, habría que estar financiando esa expansión y el empleo extra. Esto sólo puede hacerlo el estado o una empresa enorme; al empresario común le conviene esperar a que los demás tengan esa generosidad.

Quando los marginales pierdan las esperanzas, lo que pasará en cuanto se establezcan —pues hasta ahora ese grupo tiene estabilidad "dinámica": sus miembros salen y entran continuamente; todavía hay alta movilidad social —es que tratarán de tomar por las malas lo que no consiguen por las buenas. Hasta ahora esta sociedad está usando remedios muy pobres y viejos para mantener esas esperanzas —juegos de azar, "pan y circo", beneficencia, "desarrollo de la comunidad" (lo más novedoso)—, pero como en realidad los marginales son innecesarios para su funcionamiento, y su existencia empeora el problema demográfico, es natural prever que cualquier refuerzo del autoritarismo conducirá a la eliminación física de estas molestas personas, sea mediante campos de concentración —con el pretexto de dar trabajo— sea por alguna nueva tecnología de genocidio que demostrará la "creatividad" del nuevo estilo.

Más propios de este período 50/75 son los movimientos juveniles que rechazan no sólo al capitalismo sino a toda la sociedad industrial —los más conocidos, los "hippies"—, y que a pesar de su insignificancia numérica han tenido serias repercusiones en el seno de las clases privilegiadas, a las cuales en general pertenecen. Sobre esto y la influencia de los nuevos estilos educativos y de apoyo psiquiátrico volveremos más adelante.

11. — Otro factor de disolución social ligado con el anterior es la inflación. Parece extraño, a primera vista, que los empresarios y sus personeros odien tanto a la inflación, cuando ella termina siempre beneficiándolos económicamente: mientras no llegue a niveles extraordinarios lo realmente producido crece tanto o más que en épocas de estabilidad de precios, y en el reparto de esa "torta" todos aceptan que los asalariados salen perdiendo con la inflación y los ahorristas y rentistas y el gobierno también; entonces esas diferencias no pueden ir a otra parte que a los empresarios (nacionales y extranjeros), sobre todo a los especuladores. Pero es que el dinero es el alma, el fetiche máximo del estilo capitalista; si no se puede tener más confianza en él desaparece toda seguridad. No se puede siquiera utilizar la mentada "racionalidad" del capitalismo, pues los cálculos de beneficio/costo para nuevas inversiones se hacen a varios años de plazo, y eso pierde todo sentido con la inflación. Cualquier error, cualquier retraso en los aumentos o en los cobros puede significar la ruina, la quiebra, y así, aunque la clase empresarial en su conjunto se beneficia, ningún empresario pequeño o mediano está seguro de que eso no será sobre su cadáver.

Para evitarlo debe especular y recurrir a toda clase de métodos turbios que le ocupan todo su tiempo, y refuerzan el clima de ilegalidad ya mencionado. La producción se resiente a este nivel de empresa, porque es poco interesante someterse a todas las dificultades de obtención de insumos y exigencias estatales y obreras, cuando la especulación produce ganancias tanto mayores.

Las grandes empresas, con financiamiento propio y control sensible sobre los precios, pueden pensar en términos "reales" —volumen de producción y ventas— y hacer sus planes con menos inseguridad, pero también sienten los efectos psicológicos de este fenómeno.

La inflación, en resumen, hace temblar al capitalismo porque socava sus motivaciones básicas y su seguridad en el futuro; incita a especular en vez de invertir, y obliga la intervención del estado en la fijación de precios. Con precios locos, se desmorona la "racionalidad" capitalista, fallan sus criterios de decisión, además de todas las otras dificultades conocidas. De esta manera la inflación, verdadero factor disolvente del capitalismo, obliga poco a poco a admitir que los precios deben fijarse en función de planes globales y de más largo plazo; deben ser resultado de un cálculo, pero con racionalidad "social", por no decir socialista, cálculo en que entran todos los objetivos y todos los recursos a lo largo de un período significativo (nunca menos de 15 años; nuestra propuesta es 25; véase PN y ET, cap 12 para "precios de escasez" y planteo general).

Esta necesidad se hace sentir primero en el campo de los

recursos naturales, donde las grandes empresas y los grandes países han aprendido ya que la verdadera escasez no se mide por la oferta/demanda cotidiana o anual, sino por las necesidades y disponibilidades previsibles a largo plazo.

Los cálculos tremendistas sobre agotamiento de recursos de toda clase han tenido la virtud por lo menos de estimular este cambio de racionalidad; pero esto tiene sus peligros pues es también utilizable por el fascismo más duro.

De todos modos, ya hemos dicho que la escasez de recursos es uno de los desafíos que con este estilo social actual no se pueden vencer, y sabemos que todo proceso de cambio da oportunidad a los que estén preparados.

Mucho menos profundos son los problemas financieros internacionales; ellos no son desafíos al capitalismo sino a las relaciones económicas entre potencias, que internamente pueden tener cualquier estructura. Su notoriedad se justifica porque son muy importantes en el corto plazo; tanto como una guerra (incluso en sus efectos sobre la posibilidad de salvar vidas o no), de la que no son más que otro aspecto o método.

Los problemas financieros son síntoma e instrumento del poderío de cada país —una explicación de este mecanismo se ha dado resumidamente en el Capítulo I—, y su importancia para el cambio social radica en los conflictos y sacudidas políticas desencadenantes que puede provocar.

Sin embargo este nivel es el que mejor manejan los técnicos del capitalismo, de modo que mientras se mantenga el actual clima poco bélico y las empresas transnacionales sigan siendo un vínculo fuerte entre los países podemos suponer que se irán encontrando remedios parciales pero suficientes para no provocar cataclismos. Mientras tanto vemos allí otro síntoma de la declinación norteamericana.

12. — Aunque no hay novedades favorables al capitalismo en la zona social, siguen actuando en ese sentido viejos factores, algunos con fuerza creciente. El principal, sin ninguna duda, es la clarísima percepción que hoy tiene casi todo el mundo de los aspectos agradables de la sociedad de consumo, gracias a la penetración universal de los medios de difusión y a la "creatividad" publicitaria (muchas veces desarrollada por intelectuales que dicen ser de "izquierda", pero que, junto con los torturadores policiales, son los agentes más repugnantes del imperialismo).

En segundo lugar, y en parte como consecuencia de lo anterior, los obreros "protegidos" —o sea organizados sindicalmente— han disminuido mucho su oposición al sistema en su conjunto, y están aceptando, por ahora, un papel de "oposición leal" dentro de él. A pesar del incremento de la actividad huelguística en los últimos 5 años, los conflictos con los patrones no tienen ahora ni más ni menos gravedad que

los conflictos entre grupos dominantes rivales (que, no olvidemos, pueden llevar incluso a la guerra, pero dentro del sistema).

A eso ha contribuido mucho el éxito de los sindicatos en la defensa gremial de sus afiliados; les ha dado sobre todo seguridad: jubilación y protección contra la inestabilidad. Esto fue logrado mediante duros combates de los movimientos obreros en el siglo pasado, y por el miedo al comunismo, pero se logró, y hoy ese poder lo manejan las burocracias sindicales.

Este nuevo papel social de la clase obrera se vio con claridad en el 900/25, tanto en su rechazo a los llamamientos de solidaridad proletaria internacional contra la guerra como, sobre todo, en el limitado apoyo real que dieron a la revolución soviética. En el 25/50 esa evidencia se reforzó con la escasa resistencia mostrada al fascismo, la colaboración con el capitalismo para resolver los problemas de la Gran Depresión, el reformismo populista, los Frentes Populares. Los obreros norteamericanos ni siquiera mantuvieron la ficción de un izquierdismo verbal.

En la actual generación los obreros tiene más poder económico que nunca en los países capitalistas, y además de las cooperativas, han logrado participar de diversos modos en la gestión de las empresas. Esta tendencia conducirá en muchas partes a una nueva forma de capitalismo, "sindicalista" o de "cogestión".

En términos de su evolución canónica, diríamos que la clase obrera tuvo su fase creativa a mediados del siglo pasado; hoy está consolidando su expansión, que aún continúa.

Vale la pena comparar estas afirmaciones generales con algunos datos sobre los movimientos revolucionarios ocurridos en ese siglo. Véase para eso el cuadro de la escala siguiente (pág. 326), que en resumen dice:

Salvo en Rusia, ninguno de los gobiernos que hoy se declaran partidarios del socialismo llegó al poder por un levantamiento obrero contra la explotación económica. Y aun en Rusia es difícil evaluar si la motivación principal fue clasista —aunque fuera sólo como reacción contra el hambre—, o patriótica: esos mismos obreros habían respondido con entusiasmo tres años antes al llamamiento del zar para deponer sus bien conocidas tendencias huelguísticas en pro de asegurar la victoria en la guerra, y la decisiva participación de los soldados (ex-campesinos) en la revolución sugiere que se trataba más de un levantamiento de todo el pueblo contra los sufrimientos de la guerra, la derrota, y el gobierno que no cumplía sus promesas de paz y pan, que contra la extracción de plusvalía.

Aparte del papel siempre importante del nacionalismo y los campesinos en las revoluciones populares, lo que más se destaca en este cuadro, desde nuestro punto de vista de la

construcción del socialismo en Argentina y países similares, es un aspecto negativo:

No se ha dado absolutamente ninguna revolución popular victoriosa en un **país industrializado**, en lo que va del siglo. Hubo algunos intentos sin éxito, muy pocos; el más importante potencialmente fue el de los obreros alemanes al terminar la primera guerra mundial (y por lo tanto también mezclado con el problema patriótico).

La mayor combatividad obrera se observó en dos países atrasados y de población aplastantemente campesina: Rusia y China, donde los sindicatos no eran todavía reconocidos más que a medias. En ambos casos esa combatividad duró muy pocos años (en China no alcanzó para lograr el triunfo, que quedó a cargo de una larguísima campaña campesina). Estos hechos no pueden ignorarse si verdaderamente se cree que la realidad enseña algo.

La resistencia a recordar estos hechos por parte de los intelectuales de izquierda no se debe sólo a que no confirman teorías que les son muy caras, sino a que su interpretación aparente es la imposibilidad de la toma revolucionaria del poder en los países modernos.

Esa interpretación es superficial; no tiene nada de científica: muchas cosas que no han sucedido nunca van a suceder mañana. La clase obrera, o una parte suficiente de ella, puede desempeñar mañana, junto a otros grupos, el papel que le asignaba Marx —y sin eso no hay posibilidad de construir al socialismo—, pero para ello no basta con desearlo: hay que analizar los factores que han impedido eso hasta ahora, y tratar de modificarlos o contrarrestarlos. Negarlos o ignorarlos sólo ayuda a los enemigos del cambio. Una tercera fuerza de sostén de esta sociedad es su alto grado de institucionalización. Como sabemos por todos los ejemplos históricos de fases imperiales, estas redes institucionales producen rigidez, al reglamentar casi todas las actividades de la población. Esta se sentiría perdida si las instituciones desaparecieran de pronto —ya vimos cómo la simple fragmentación política de un imperio genera de inmediato una necesidad de reunificación—, y por lo tanto es muy sensible a los pronósticos de caos y anarquía en caso de revolución. A todos les gusta el orden.

Así, el esqueleto o tejido conectivo institucional mantiene armada y funcionando a la sociedad mientras los problemas que la aquejen no sean catastróficos. Pero al mismo tiempo esa rigidez le impide encarar reformas —salvo las más superficiales— que pueden ser indispensables para que no se lleve a ese nivel catastrófico. Aun las instituciones que toman como objetivo la renovación permanente, la entienden siempre dentro de cánones o modelos tan estrechos que no puede hablarse de verdadera flexibilidad. Cuando el máximo pro-

greso comercial en diez años es sacar una calculadora electrónica de bolsillo, la rigidez institucional se confirma.

Pero no seamos injustos; todavía hay creatividad en la búsqueda de nuevos negocios, y así es como la contaminación promete ser una mina de oro para reemplazar a la casi agotada investigación espacial (que además, como la militar, tiene demasiadas restricciones de secreto). Pero las empresas que ganen dinero en este nuevo sector, lo harán a expensas de todas las demás, que se verán trabadas por las nuevas reglamentaciones y los costos consiguientes. Se trata de una típica acción social, nada empresocéntrica. Es una contradicción del industrialismo, y mientras predomine dicho estilo sólo podrá llevarse a cabo en medida limitada a los casos más notorios, imposibles ya de disimular.

Por último recalquemos que hay una fuerza que puede ser decisiva como consolidante, revolucionaria o contra-revolucionaria, según el caso, y es el campesinado.

Donde éste ha obtenido alguna seguridad o garantía de propiedad de un trozo de tierra fértil, constituye un factor consolidante y contra-revolucionario.

Ya lo era en Inglaterra y Francia en el siglo pasado —los campesinos de la Vendée tuvieron en jaque a la Revolución Francesa—, y eso explica que Marx les haya dado tan poca importancia como factor de progreso.

En cambio el campesino que sigue viviendo en gran medida en las condiciones extremas de opresión y alienación de sus antepasados, sólo tiene como máximo su lotecito o surco que perder, y es potencialmente revolucionario, aparte de constituir uno de los más urgentes necesitados de socialismo. Para esta masa, que aún es mayoritaria en algunos países, no hay otra solución definitiva fuera del socialismo, aunque varios tipos de populismo pueden hoy ayudarla a iniciar su camino a la emancipación (no olvidemos que los primeros movimientos populistas fueron agrarios, sobre todo en Rusia zarista). "Potencialmente" es una palabra a tomar en serio, e indica la necesidad de tener métodos un poco mejores que los actuales para alcanzar ese tercer nivel de comprensión ("ritual") que hemos asignado a los campesinos tradicionales. De otro modo, si se movilizan, no habrá tampoco ninguna garantía de que lo hagan en sentido correcto. Repitamos que la Historia muestra muchas insurrecciones campesinas, pero ninguna, hasta este siglo, proponía cambiar el sistema social, sino sólo resolver algún problema coyuntural agudo.

En países como Argentina, la mayor parte de la producción y la población rurales ha llegado a un alto nivel de modernización, y de familiaridad cultural con la vida urbana, a través de la televisión, los viajes o por lo menos las radios y revistas. Este campesinado moderno puede asimilarse po-

líticamente a esa masa heterogénea llamada "clase media" y tiene su misma inestabilidad.

13. — Zona Individual: efectos anti-consolidantes de la educación

Ya hemos mencionado que la revolución industrial permitió la aparición de grandes masas en la escena social y política activa, además de ser consumidores. Primero las clases medias bajas, y hacia fin de siglo los obreros, consiguieron, en los países industriales, ser reconocidos en la práctica como actores que había que tener en cuenta. Los intelectuales, y luego las clases dominantes, empezaron a desarrollar un poderoso "complejo de culpa" por su paternalismo, sus actividades explotadoras (sin abandonarlas) y su autoritarismo despiadado.

La crueldad del capitalismo primitivo fue tan grande que provocó como natural reacción —una vez que sus objetivos de acumulación inicial se lograron— una preocupación intelectual por "el pueblo" que no ha hecho más que acentuarse hasta hoy. El populismo es un componente obligatorio de cualquier partido político con aspiraciones electorales.

En este ambiente de culpabilidad social aceptada era lógico que tuvieran éxito doctrinas psicológicas como las de Freud: la neurosis y muchas otras enfermedades mentales se originan en la infancia y podrían ser evitadas si los padres y maestros trataran a los niños de una manera especial, sobre la cual había y hay muchas discusiones pero con un invariante: el respeto por el niño.

Poco a poco se admitió que el niño y no la sociedad es el centro, la pauta, el problema educativo; que los adultos y no el niño son los culpables de todo lo que éste puede manifestar luego como desadaptación, insatisfacción, anomia, etc.

Amás corrientes —populismo y psicoanálisis— confluyeron en la gran reforma educativa que comenzó a implementarse hace más de 50 años y que recibió grandes impulsos como reacción a las sangrientas guerras mundiales, fascismo, y demás casos de autoritarismo extremo. Por supuesto esto no hubiera sido posible en épocas de bajos ingresos, pero la sociedad industrial no tenía ese problema en sus países centrales: sabemos que lo define la clase media.

El resultado de esta nueva educación es difícil de evaluar con seguridad, pero la última década parece arrojar nuevos elementos de juicio, tal vez porque ya se trata de la tercera generación de educandos, no sólo con mayor volumen sino con contenidos más firmes y precisos, (¡el peronismo ha llegado a tomar como lema "los únicos privilegiados son los niños"!).

De esos resultados mencionaremos los dos más importantes

para nuestros objetivos. El primero, positivo: se logró —para ese grupo social— eliminar el autoritarismo en la infancia (reemplazado por privilegios especiales que no quieren perder cuando crecen).

Como resultado pudieron ver claramente las lacras de la sociedad industrial, su hipocresía, al seguir enseñando valores morales que no se cumplen; y ya no se podía forzar a los niños a no preguntar por qué y a olvidarlo. Hubo entonces producción masiva también de rebeldes (parecería que en mayor proporción que en otras épocas históricas de decadencia) y se descubrió la "brecha generacional" y la "contestación". Pacíficos o violentos, estos movimientos juveniles han sacudido a la "opinión pública" a pesar de sus escasos éxitos en cuanto a transformar la sociedad, y representan a un grupo social que no puede ignorarse.

El efecto negativo es un poco más sutil, pero innegable ya, y se refiere a la actitud irracional promovida por la nueva educación (aunque nunca estuvo entre sus objetivos explícitos). El rechazo al autoritarismo provocó por arrastre el rechazo a todo "paternalismo"; en parte por lógica desconfianza a las intenciones políticas de los nuevos amigos de la juventud, y en parte también porque era la salida más cómoda a la difícilísima tarea de pensar qué había que enseñar en vez del estilo capitalista o su alternativa marxista. El resultado fue la creación de nuevos mitos: la pura espontaneidad, la disolución del individuo en el grupo, la sabiduría popular y otra cantidad de exageraciones de ideas similares, que en principio no tenían nada de incorrectas, pero que es difícil llevar a la práctica sin que conduzcan al "chantismo".

Dejar sin guía a los niños, suplir la experiencia adulta sobre lo que es la realidad cotidiana reemplazando al padre o maestro por un conjunto de otros niños de la misma edad, igualmente ignorantes, tiene por fuerza que retrasar el desarrollo de la razón y el conocimiento objetivo, reemplazándolos por la emoción, la intuición y otras formas de irracionalidad y subjetivismo, o mejor dicho, intersubjetivismo, pues es el grupo el que da las pautas y sanciones.

Esto es esencialmente válido en la escuela primaria y pre-primaria. La enseñanza media y superior actual, aunque menos invadida por el nuevo estilo educativo populista, es incapaz de compensar esos efectos debido a sus enormes y viejas fallas de contenido, integración y método. Realmente es difícil decidir cuál de los dos estilos es más nocivo, pero lo cierto es que entre ambos están produciendo grandes masas de enemigos de esta sociedad pero incapaces de construir otra mejor, por falta de conocimientos y de los hábitos mentales y de trabajo necesarios para modificar la realidad. Su máximo papel histórico será entonces acelerar la disolución de esta sociedad y luego dificultar durante

quién sabe cuantos años su reemplazo por otra más parecida a sus propios sueños. Esa es la tragedia del izquierdista chanta.

Al respecto hay otra duda psico-pedagógica a aclarar, y es la influencia real de la violencia, cinismo y crudeza que con tanto éxito difunden los medios masivos. ¿Aumenta eso la probabilidad de un gran estallido de violencia o es una válvula de escape para ésta, agotándola?

14. — Esta visión retrospectiva de lo que va del siglo tiene que ser completada con una estimación de las principales **tendencias** para el próximo periodo —digamos, 75/2000—; tendencias que se cumplirán o no según la relación entre su intensidad y las fuerzas de los movimientos políticos que se opongan a ellas (sin contar cataclismos, y suponiendo que dicha estimación de tendencias no es muy equivocada). Reexaminando todas las observaciones que hemos hecho hasta aquí en forma dispersa llegamos rápidamente a una conclusión de la mayor importancia, y que se comprenderá mejor si la exponemos comparándola con lo que la teoría marxista dice sobre el futuro del capitalismo.

Para Marx, una nueva sociedad, el socialismo-comunismo, se originará inevitablemente en el seno del capitalismo, debido a la contradicción esencial entre el carácter privado de la propiedad y el carácter crecientemente "social" de la producción. El cambio será llevado a cabo por la nueva clase en ascenso, el proletariado industrial, cuando adquiera conciencia de "clase para sí" (o sea de que sus intereses verdaderos se satisfacen sólo en el socialismo-comunismo, y no en el capitalismo).

Hay en esto dos afirmaciones lógicamente independientes, y que nuestro análisis de las escalas anteriores y ésta, muestra que también son históricamente independientes. Sepáremoslas.

La primera es la contradicción entre las dos "lógicas" o características económico-sociales del capitalismo, y el haberla percibido hace más de un siglo con tanta claridad y énfasis es una de las pruebas del genio de Marx. Las fuerzas productivas se han ido "socializando" en muchos sentidos —incluso dentro de cada fábrica por la división del trabajo, pero esto no es lo esencial—, a partir de los primeros pasos del capitalismo; en lenguaje más actual, la intervención del estado ha ido creciendo aceleradamente, lo mismo que la necesidad de una infraestructura común (que también fue quedando a cargo del estado), como acabamos de señalar en los párrafos anteriores. Por más que el empresocentrismo siga siendo hasta hoy la actitud dominante, y que por lo tanto casi toda esa intervención estatal se haya orientado hacia los intereses de las empresas, lo cierto es que

esa misma "lógica" quita libertad de acción al empresario; es contraria al liberalismo.

Desde las primeras leyes de protección a los obreros —hace 150 años—, hasta los actuales controles de precios, protección arancelaria, reglas de higiene industrial para protección de la salud obrera y del ambiente, controles de calidad y prestación de servicios básicos de energía, agua, transporte, comunicaciones, etc., etc., todo muestra que la empresa individual, el sistema productivo basado casi exclusivamente en un mercado donde se encuentran sólo empresarios privados que hacen sus transacciones guiados por la racionalidad de la ganancia, son entes cada vez más difusos, que persisten sólo en pequeña medida y por inercia.

Si a esto se le superpone la necesidad de planificar centralmente en medida creciente, tan notable en el último periodo, se ve que la propiedad privada de las empresas —o medios de producción— es un estorbo para el funcionamiento eficiente de la economía (cuestión totalmente aparte son los posibles inconvenientes que la eliminación de dicho estorbo pudiera traer, análogamente a la pérdida momentánea de productividad que ocasiona cualquier cambio importante de maquinarias o procesos en una fábrica).

Esto que es hoy una realidad de todos los días era tan poco creíble hace un siglo que los economistas en general ni siquiera llegaron a comprender bien qué es lo que Marx quería decir con esa "contradicción" y se concentraron —marxistas incluidos— en otras hipótesis de Marx más comprensibles, y mucho más discutibles, como la de disminución de la tasa de ganancia, o el valor-trabajo.

Este intervencionismo llega a su fase definitiva cuando las empresas de propiedad estatal compiten con las privadas en la producción de bienes intermedios y de consumo. Cuando ellas llegan a controlar una parte importante de esa producción se llega al "capitalismo de estado", que según Marx, y sobre todo Lenin, es "la antesala del socialismo": los medios de producción han dejado de ser propiedad privada, en lo esencial, y ahora pueden ponerse al servicio de todo el pueblo, **representado por el estado**.

Hasta aquí todo es correcto, coherente con los hechos, y nos señala lo que buscábamos; la tendencia principal para el próximo periodo. Ella es el **estatismo** creciente; la centralización cada vez mayor de toda la política económica y tecnológica (en sus líneas definitorias; hay muchas variantes posibles de descentralización parcial para las decisiones menores). Contra esta tendencia es imposible luchar, como señaló Marx, pues su fuerza proviene de una necesidad básica y sólo puede ser vencida por cataclismos inesperados. Por suerte no es necesario luchar **contra** ella, pues también es cierto que del "estatismo" **puede** nacer el socialismo; más aún, no hay socialismo posible sin planificación econó-

mica central, y en este sentido alguna forma de estatismo es **necesaria**.

Donde la realidad empieza a apartarse de lo predicho por Marx es en que dicho estatismo no es una condición suficiente para llegar al socialismo; no es su antelata. Esto se ve claramente en los países donde ya reina el estatismo en alto grado sin que la clase obrera tenga su control y sin que el pueblo entero reciba sus beneficios en grado apreciable (en el bloque soviético, en el mundo árabe, India, África negra pueden encontrarse numerosos ejemplos).

Este punto es crucial para todo nuestro enfoque. El grupo social o clase que naturalmente, lógicamente, históricamente, pasa a controlar los sistemas centralizados, es la burocracia en alianza con algún otro grupo que le dé apoyo básico: militares, gobierno, empresarios, trabajadores. Si usamos la palabra "burocracia" en su sentido más amplio, incluyendo los altos funcionarios estables no sólo del gobierno sino también de los partidos políticos, de la administración empresarial y de las asociaciones gremiales (y las vecinales más importantes), ni siquiera es necesaria una verdadera alianza con aquellas fuerzas; basta con que no hagan oposición activa.

El fenómeno del estatismo se ha dado repetidas veces en la Historia: cada vez que una sociedad llegaba a la fase de Imperio bien organizado. Recordemos que incluso hemos propuesto como característica principal de la revolución urbana la capacidad de organizar centralmente las actividades de la población para tareas de infraestructura económica, y que el nacimiento de la escritura se debe muy probablemente a la necesidad de contabilizar los excedentes económicos cuyo control ejercía el poder central.

Sabemos también que desde esa época existen la propiedad estatal de la tierra, y los monopolios estatales del comercio —y hasta de la producción, como los barcos romanos— de ciertos bienes importantes, etc., etc. Y siempre fue la burocracia —desde los escribas egipcios— la que tenía el manejo directo de ese intervencionismo, pues ése es su papel en la sociedad. Incluso cuando influye poco en las grandes decisiones su implementación efectiva está en sus manos, y puede adoptarlas a sus conveniencias.

Así pues lo novedoso hubiese sido que la clase obrera pudiera reemplazar rápidamente a esa burocracia por su propia gente (que no necesariamente se convertirían en burócratas pues en el socialismo lo único necesario es el rol o función burocrático, que puede desempeñarse rotativamente). Lo más cercano a eso es que la clase obrera pudiese controlar muy firmemente —a través de la "dictadura del proletariado"— a la burocracia ya existente.

Esto es ya mucho más dudoso. Si la clase obrera no puede controlar firmemente ni siquiera a sus propios burócratas

sindicales, las circunstancias tienen que ser muy propicias para que se logre ese control más amplio y más delicado técnicamente. Se requieren para ello dos condiciones básicas: haber tomado el poder de manera categórica y total, como en una revolución violenta, y tener una comprensión bastante completa de lo que esa burocracia hace y las trampas en que se puede caer. Eso para tener **control obrero** del estatismo; si se habla de socialismo es necesario agregar una condición más, hoy puesta en duda por los hechos, y es que la parte organizada del proletariado, la que en la práctica ejercería ese control, haya realmente asumido la representación del pueblo entero, y no que su conciencia de clase para sí se limite a convertirse en una nueva minoría privilegiada (el obrero industrial es numéricamente minoritario en todo el mundo).

Este papel central de la burocracia, que Marx pasó por alto, nos permite sin embargo aclarar otra vieja polémica marxista, y es la de los "gérmenes de la nueva sociedad que surgen en el seno de la antigua", a la que ya hicimos referencia en la escala anterior.

El capitalismo triunfó después de haber acumulado fuerzas gradualmente: nuevas fuerzas productivas y una burguesía que las controlaba. Parece en cambio contradictorio hablar de acumulación gradual de fuerzas productivas socialistas, pues ellas se basan justamente en la planificación central, en la organización a nivel de todo el país de todas las fuerzas productivas existentes. ¿Cómo puede eso surgir gradualmente, sin ser ahogado desde el comienzo por las clases dominantes que viene a derribar? Parece entonces que la única posibilidad es la toma revolucionaria del poder, violenta si es necesario, que dé vuelta de golpe la tortilla.

Al aceptar que no pueden crearse "gérmenes de socialismo" en el seno del capitalismo, no sólo hay que admitir la necesidad de una gran revolución súbita, sino también, después de ella, un período de transición que muy poco tiene de socialismo —la dictadura del proletariado—, cuya misión es, ahora sí, desarrollar esos gérmenes.

La perspectiva de alejarse del socialismo en nombre del socialismo es francamente intolerable, ética y políticamente. No habría inconveniente en aceptar que el **capitalismo** es una etapa hacia el socialismo, aunque en nada se parezca a éste, pues es una etapa dirigida por enemigos políticos descubiertos, que no ocultan sus intenciones: se sabe que lucharán contra ese cambio final. Pero si los líderes capitalistas dijeran que actúan como gestores del futuro socialismo, y pretendieran por eso que los socialistas los apoyaran, tendríamos algunas dudas, ¿verdad?, aunque algo parecido a eso se ha visto ya muchas veces, como táctica política. Como estrategia de largo plazo, ese alejamiento,

supuestamente temporario, tiene peligros graves, y el caso URSS servirá a algunos como ejemplo.

Es increíble que grandes teóricos nos pidan correr ese riesgo, sin más motivo que el no haber ellos observado ni imaginado otras posibilidades. Es una gran estrategia decidida en abstracto, y que con la experiencia real de este último medio siglo no tenemos por qué aceptar como artículo de fe. Por suerte el problema tiene otra solución sin salirse de las categorías marxistas si no se desea hacerlo, y esa solución es admitir lo que la realidad nos está mostrando: una etapa pos-capitalista —tal como la teórica dictadura del proletariado— pero no necesariamente dirigida por amigos del socialismo, sino por nuevos grupos privilegiados contra los cuales también habrá que luchar, pero que darán aunque no siempre, posibilidades de desarrollar gérmenes de socialismo en el sentido que veremos. Que las haya o no, dependerá, entre otras cosas de quienes tengan el poder.

Al darle al estatismo una categoría histórica similar en ciertos aspectos al capitalismo —un nuevo “modo de producción”—, ese problema pues desaparece, resolviéndose de la forma que el mismo Marx había indicado, pero con otros actores. Los gérmenes del estatismo se han desarrollado gradualmente en el seno del capitalismo; es lo que hemos venido describiendo y que nadie puede negar.

Fueron tolerados por el mismo motivo que la aristocracia feudal toleró a los gérmenes del capitalismo; porque sus ventajas son mucho más visibles que sus lejanos peligros (denunciados todavía sin cansancio por los defensores del liberalismo). Esos gérmenes son de dos tipos: uno, el tan mentado intervencionismo estatal en la economía; pero otro no menos notable aunque más reciente es la **empresa transnacional (ETN)** o en general las corporaciones gigantes, integradas verticalmente (en el sentido de autonomía de insumos y financiación), y que si se miran como países son ejemplos casi perfectos de estatismo. Toda empresa en realidad lo es, pero sólo en estas de gran tamaño resalta a la vista la similitud total.

Junto con esta organización estatista creció la clase correspondiente: la burocracia (para las ETN es bien conocido que existe toda una teoría sobre la “clase gerencial” como verdadera dueña, mientras que los accionistas sólo tienen la propiedad formal). El paso del capitalismo al estatismo es pues en todo análogo al paradigma marxista de cambio “feudalismo-capitalismo”.

Pero frente a los burgueses en este cambio no están los obreros sino los burócratas, y el antagonismo entre esos rivales no es ni más ni menos profundo, homogéneo, o duro que entre burgueses y aristócratas.

Que Marx no haya prestado atención a la burocracia y su posible papel se justifica por la escasa importancia que

ella tenía en esa época; sin embargo, como dijimos, no faltaban los antecedentes históricos que podían dar suficientes indicios; pero es que al examinar la Historia desde el punto de vista de la propiedad de los medios de producción —enfoque sugerido por el capitalismo— esos antecedentes resultaban muy difíciles de percibir. El capitalismo liberal rechaza a la burocracia.

Parecería pues que en términos marxistas habría que hablar del estatismo como un modo de producción más, y no como una simple etapa de transición del capitalismo al socialismo. La diferencia no es sólo terminológica, pues por una parte ayuda a señalar la importancia de los problemas específicos de ese período, por otra a desconectar capitalismo y socialismo, y por último, lo más importante, a plantearse de manera más clara si efectivamente el socialismo es el único sucesor posible del estatismo, o hay otros candidatos. Aclaremos además que lo de “sucesor” no debe entenderse como que el estatismo es una fase imposible de saltar; se trata sólo del orden más probable, pero ya los casos de China y Cuba sugieren que estatismo y socialismo pueden llegar de la mano, y el caso de Alemania nazi muestra que lo mismo puede ocurrir con el estatismo y el fascismo.

De todos modos, la tendencia que se percibe como más probable es de un estatismo que al comienzo no es ni socialista ni fascista, sino desarrollista y populista en la mayoría de los casos.

Sigue siendo una fase de la sociedad industrial, empresocéntrica, y corresponde, como sabemos, al momento en que la fase imperial agota su poder expansivo y se dedica a consolidarse, a organizar institucionalmente lo conquistado (lo cual conduce en general al estancamiento). El populismo es, en él, sólo un interregno de reajuste.

Ese estatismo populista tiene corta esperanza de vida. Por una parte se enfrenta con los crecientes desafíos globales que ya hemos mencionado, derivados de la “explosión” de la sociedad industrial. Por otra tiene sus propias contradicciones internas, que se manifiestan por la marginalidad, poca productividad, incapacidad para satisfacer las expectativas que crea, inseguridad, corrupción.

En estas condiciones puede darse el paso al socialismo, que tiene respuesta a todos esos problemas en un estilo pueblocéntrico. Se vuelven entonces a plantear las mismas preguntas: ¿pueden aparecer gradualmente sus gérmenes en el seno del estatismo populista? ¿Qué clase social los controlaría?

Comenzando por la segunda: es muy peligroso confiar en que un grupo social que controle el poder y pueda gozar así de privilegios, renuncie a ellos en beneficio de todo el pueblo.

Por lo tanto es deseable que en esa liberación de toda la

humanidad que es el socialismo, participen miembros de todas las clases sociales, incluso las que hoy tienen privilegios materiales. Ni hay pueblos elegidos por Dios, ni hay clases elegidas por la Historia para salvar a los demás. El hombre nuevo no puede provenir de ninguna clase en especial ni formar una nueva, aunque nadie deberá sorprenderse de que aparezca con más abundancia en algunos grupos sociales más que en otros, al comienzo.

Esto no es sólo algo deseable, sino también, por suerte, casi forzoso. En efecto, los problemas o desafíos que enfrenta el estatismo afectan a todas las clases sociales, aunque no sea en igual medida, y la solución —pueblocéntrica— que propone el socialismo para ellos se basa en la COOPERACION Y PARTICIPACION DE TODOS, en la comprensión por todos del significado y mecanismos de esos problemas, lo cual prácticamente obliga a adquirir conciencia social y solidaria, y creatividad para buscar soluciones locales coherentes con la estrategia global, en todos los estratos de la población (véanse ejemplos y propuestas concretas en PN y ET y en los capítulos siguientes).

Así el estatismo populista, centrado en la empresa, puede tolerar y aun ver con buenos ojos la aparición de gérmenes pueblocéntricos, socialistas, porque le ayudarán a resolver problemas cada vez más apremiantes. Pero repitamos: esas soluciones de estilo pueblocéntrico no son las únicas. El estatismo puede enfrentar sus problemas por la vía despótica: miseria, represión, genocidio. Este método es también viable en ciertas condiciones iniciales de poder político-militar, cuyos gérmenes están ya presentes en toda empresa, porque selecciona a su "población" y la maneja autoritariamente, como un país fascista.

Para llevar a cabo este proceso no hace faltan ninguna clase en ascenso: lo hará la misma burocracia dirigente del estatismo, en alianza con el grupo militar.

La posibilidad y la necesidad del voluntarismo resultan especialmente claras ante esta disyuntiva. Que el estatismo resulte la antesala del socialismo o del fascismo depende de los esfuerzos conscientes que hagan los hombres, en función de la imagen del futuro que llevan en sus mentes. Y nada pueden ayudar en esta lucha, al contrario, las frases lapidarias con que Marx y sus sucesores niegan por decreto a todo el que no sea obrero el derecho a proponer tácticas, estrategias o teorías (como si el mismo Marx, o Engels, Lenin, Trotsky, Mao, Fidel o el Che hubieran sido obreros). Esa actitud es tan dañina como la opuesta: el voluntarismo ingenuo o el simple engreimiento de tantos intelectuales, que por haber leído algunos libros se sienten con derecho a dictar cátedra al pueblo (y que explican, pero no justifican, la reacción de Marx hacia el otro extremo).

15. — Resumiendo este análisis, resulta evidente que esta generación no puede estar orgullosa de su creatividad, por comparación con lo que produjo la de comienzos del siglo. Y es más evidente aún que el siglo pasado fue mucho más creativo (en el terreno de las grandes ideas basta mencionar a Darwin, Marx, Maxwell, Pasteur, Freud, y en el social, la historia de sus movimientos obreros).

El período creativo de la sociedad industrial pues, ya pasó. El estilo ya estaba definido a principios del siglo pasado, en que Adam Smith ya había hecho escuela para describir sus características. Sus mayores avances técnicos se hicieron a lo largo de ese siglo, y fue entonces que chocaron las dos grandes ideologías: liberalismo y marxismo. Terminaba la hegemonía total del capitalismo liberal, y todas las maravillas que produjo, y más aún las que prometió, comenzaron a ser reexaminadas y disputadas desde distintos puntos de vista.

Hacia la mitad de ese siglo los tiempos revueltos eran ya bien visibles. Lucha de clases, guerras imperialistas, nuevas formas de capitalismo como los monopolios, trusts, países autocráticos que se industrializaban, todos trataban de utilizar la industria a su manera y para sus propios fines. Esta lucha de tendencias culminó en la guerra más hipócritamente imperialista que conozcamos: la primera guerra mundial, y no terminó del todo aún, pero en lo esencial quedó definida entonces con el triunfo de la producción en masa, de la industria norteamericana.

La primera mitad de este siglo es la historia de la expansión mundial de esa facción: la "vía yanqui" de crecimiento o desarrollo. Aparecieron nuevas grandes potencias de signos políticos tan diferentes como la URSS y Japón, pero que en lo tecnológico seguían el liderazgo norteamericano. Ante el empuje de estos "bárbaros", Europa, cuna del estilo industrial, quedó rezagada y reducida a mantener tradiciones clásicas (como ocurrió con tantas otras "constelaciones" civilizadas que terminaron entregando la antorcha a un conquistador extranjero).

Esta fase expansiva norteamericana eliminó a los imperios de tipo clásico y los reemplazó por un nuevo tipo, más coherente con el desarrollismo: el imperialismo económico, que culminó con el auge mundial de las empresas transnacionales. Poco a poco todos los países y todas las clases sociales aceptaron y reclamaron la industrialización, y el globo terrestre quedó totalmente ligado por la red de comunicaciones, comercio y medios de difusión. A pesar de lo mucho que falta por hacer en ese sentido, puede decirse que a mediados de este siglo ya se veían claros los límites de la fase imperial.

Al mismo tiempo, la velocidad de esa expansión, los mismos éxitos del capitalismo desarrollista, fueron generando

problemas, contradicciones y desafíos que no era capaz de resolver.

El desarrollismo tuvo tanto éxito en aumentar la producción que produjo la gran crisis del 29 (de superproducción), y está hoy agotando recursos esenciales y contaminando el planeta con sus residuos.

Tuvo tanto éxito en traer al fascismo como arma contra el temido comunismo ruso, que tuvo que hacerle la guerra para que no se apoderase de su imperio; pero aunque lo aplastó en su versión alemana-italiana-japonesa el ejemplo de sus posibilidades quedó a la vista.

Tuvo tanto éxito en tomar la bandera de la libertad para ganar esa guerra al fascismo, que una vez ganada debió dar independencia política a todas las colonias y tolerar la revolución china.

Tuvo tanto éxito en crear al fascismo como arma contra el nialismo, que estos monstruos han liquidado al capitalismo liberal, y al burgués como empresario individualista.

El liderazgo norteamericanos se está debilitando: hoy los Estados Unidos deben tolerar la existencia de Cuba socialista en sus puertas, el triunfo del Viet-cong, la insolencia de los países petroleros, la pérdida de su monopolio monetario, la legislación anti-ETN de casi todos los países del Tercer Mundo. Cuando logran voltear gobiernos que no les gustan —como en Chile— deben disimular cuidadosamente su participación. Esa debilidad se muestra también internamente, y no sólo en sus conflictos sociales, por ahora minúsculos, sino justamente a nivel de liderazgo: tal vez podríamos tomar el asesinato de Kennedy como el punto de "no retorno", culminando por ahora con el escándalo nixoniano (sin que Johnson se haya quedado atrás).

Como dijimos, el remedio clásico para estos problemas del final de la expansión es la consolidación, centralización, institucionalización, estatismo, y esa fase es la que se está desarrollando ahora ante nuestros ojos. Tuvo un precursor anómalo —por anticapitalista— en la URSS, muy importante porque demostró la eficiencia del sistema, pero con o sin su ejemplo el estatismo tenía que imponerse, en sustitución o apoyo del capitalismo.

En definitiva, las fases de génesis, expansión y consolidación se han dado en la sociedad industrial bajo el signo del liberalismo, el desarrollismo y el estatismo nacional o de las ETN, respectivamente, y bajo la hegemonía europea, norteamericana y del "mundo socialista" (junto con las ETN) sucesivamente. Hemos dicho que el estatismo puede ser la antesala del socialismo pero también de un nuevo fascismo; eso está por verse. Lo que queríamos demostrar es que la sociedad industrial ha terminado sus fases de crecimiento y ha creado más problemas que los que sabe resolver; está madura para ser reemplazada por otro estilo que ofrezca res-

puestas a esos desafíos; el momento es propicio para que la voluntad humana pueda ejercer una influencia decisiva sobre los acontecimientos.

El examen que hemos hecho de estas fases de la sociedad industrial es demasiado global geográficamente, aun para esta escala de tiempo. Estos procesos no avanzan con la misma velocidad ni tienen las mismas características en todos los países o regiones, y para que pueda hablarse de intervención constructiva es necesario conocer esas diferencias, antes de planear las estrategias correspondientes a cada situación concreta. Por lo tanto, antes de pasar a la escala siguiente daremos un vistazo región por región a lo sucedido desde la última guerra y las perspectivas que se presentan.

Capítulo VIII Escala Visible o Biográfica

II. PANORAMA GEOPOLITICO

1. — Para estudiar viabilidades y estrategias, necesitamos hacer pronósticos de tendencias de la situación internacional en los próximos 25 años, basándonos en lo visto en las escalas anteriores, y en la historia visible, o sea de este siglo.

Nuestro método no nos exige adivinar el futuro; no tenemos que hacer un pronóstico, que si resulta equivocado inutiliza todos los estudios hechos sobre esa base; y ya sabemos que todo pronóstico es inseguro, pues es imposible tomar en cuenta todos los factores, aun los controlables.

Este indeterminismo histórico, la frecuencia con que los pensadores más inteligentes se equivocan en sus predicciones y no ven los elefantes que están a la vuelta de la esquina, ha conducido a muchos de esos intelectuales desilusionados, de que hablamos antes, a negar la utilidad de estos análisis de largo o mediano plazo y a aconsejar una estrategia que ellos llaman "realista": decidir en función de lo que va realmente ocurriendo, y no de lo que uno imagina que va a ocurrir. Esto tiene su parte de verdad: adaptarse a la realidad del momento no es oportunismo sino la base de toda táctica seria, y no guiarse por la imaginación pura es un buen consejo para niños o improvisados. Pero negar la posibilidad y la necesidad de elaborar estrategias de largo plazo, flexibles pero que den orientación a esas tácticas, es puro irracionalismo, chantismo, nueva traición al pensamiento serio. Negar que podemos usar nuestros conocimientos para extraer conclusiones útiles a más de uno o dos años de plazo es pre-juizar en contra de la razón —lo racional y constructivo es probar hasta dónde eso es posible y discutir luego la significatividad de las recomendaciones—, y se justifica sólo cuando se tiene fe en que a largo plazo todo está determinado, por Dios o por las fuerzas socio-económicas.

Nuestro método consistirá en considerar no una sino varias alternativas para las **tendencias** futuras: todas las que seamos capaces de ver, y que tengan a nuestro juicio probabilidad no despreciable de cumplirse (es lo que hacen los estados mayores militares y empresariales, con otros métodos y fines: lo llaman analizar "escenarios").

De este modo podemos prepararnos frente a todas esas eventualidades —pero por supuesto no contra las que no vimos, o calculamos mal—, y tener lista una estrategia para cada caso, y una Gran Estrategia con su común denominador. Si un estilo parece viable en todos o casi todos esos escenarios, podemos tenerle confianza; pero aun cuando haya escenarios desfavorables, el estudio es útil pues nos dice que debemos luchar para que no sean éstos los que se realicen. Comenzaremos por analizar muy brevemente a los principales actores de este escenario mundial, para deducir, de su historia cercana, sus tendencias más probables.

2. — **Unión Soviética.** Después de haber tomado el poder político —a nivel de gobierno— en noviembre de 1917, la revolución rusa se encontró con que en todas las demás zonas —económica, militar, social e ideológica— su poder era muy limitado. Donde más recursos tenía, en capital acumulado de ideas, era en la ideológica, y eso se hizo sentir pronto en la literatura, sobre todo periodística; en la educación, y en la participación activa de los obreros industriales, tanto en la gestión de sus empresas como en política. Desgraciadamente el poder militar, del cual dependen todos los demás en el corto plazo, tenía prioridad, y los tres años siguientes, en los cuales se definió la guerra civil, vieron el "comunismo de guerra". Requisas forzadas de alimentos —con lo que se perdió el apoyo campesino inicial—, pase de los mejores cuadros obreros al partido y al ejército, y en general la creación de un fuerte aparato de control del mismo ejército, de los viejos funcionarios, opuestos al nuevo régimen, y de la productividad industrial.

En esas épocas de hambre, ese grupo burocrático se otorgaba privilegios, que eran denunciados por los obreros, que debían entonces ser más controlados (así los sindicatos pasaron a ser instrumentos del partido y no de las bases como hasta entonces). Se iniciaban los "tiempos revueltos", en los que debía definirse cómo se iba a desarrollar esa idea creativa de la abolición de las clases y los privilegios en Rusia.

La oposición de las bases fue débil y terminó en 1921 con el aplastamiento de la rebelión de Kronstadt. Se volvió entonces al sistema liberal-mercantil en toda la pequeña producción, especialmente la agrícola (reservándose el estado la gran industria, la gran finanza y el comercio exterior), y en la época de alivio económico y social que esta Nueva Política Económica permitió, se llevó a cabo la lucha política contra los demás partidos y entre las fracciones del comunista.

La que triunfó, el stalinismo, fue acusada de querer volver al capitalismo, y en efecto, éste había resurgido con fuerza, y la clase obrera ya no tenía ni voz ni voto en las decisiones.

La derrota de la "dictadura del proletariado" significaba teóricamente la victoria de la burguesía, para los marxistas. Sin embargo, entre tanto había crecido mucho el grupo social que llamamos "burocracia", formado por los cuadros del partido, funcionarios públicos viejos y nuevos, técnicos y administradores de empresas y líderes sindicales (aliados a la oficialidad del nuevo ejército y las fuerzas de represión policial). Este grupo tenía poder político, ideológico, administrativo y militar, pero como siempre en la historia, carecía de base económica (salvo las industrias del estado, que dirigía). Se produjo entonces una novedad histórica: en lugar de aliarse con la burguesía, este grupo decidió usar su poder militar para aplastarla y sustituirla. (La hegemonía de una alianza burócrata-militar no era novedad, pero nunca pretendió sustituir a la burguesía, aunque en algunos casos —como en el Japón de los Shogunes— la relegó a un papel muy secundario.)

La sangrienta guerra civil, 28/29, por la colectivización agraria, terminó con los "kulaks" y todo el campesinado independiente; en las ciudades hubo muy poca resistencia. De ahí en adelante los campesinos quedaron fijos a sus koljoses o sovjoses, necesitando pasaportes y permisos especiales para viajar, y controlados en todas partes por la burocracia a través de la institución de las cooperativas. De este modo, la burocracia se convirtió en la real dueña de los medios de producción, contra la doctrina oficial y la Constitución (pero por supuesto las leyes específicas fueron reflejando poco a poco esta realidad), y los usó en su propio beneficio, como cualquier minoría dominante.

Como subproducto de esta lucha quedó una gran masa de prisioneros, que según la vieja tradición rusa fueron enviados a los campos de concentración siberianos, hasta entonces poblados por la cantidad normal de presos políticos. Se produjo entonces la otra "novedad" que ya hemos mencionado (bien conocida desde la antigüedad): se empezó a utilizar sistemáticamente a esta gente como mano de obra forzada, para el desarrollo de regiones inhóspitas, con alta mortalidad y pésimas condiciones de vida. El control de estos campos fue puesto por ley en manos de la policía, que adquirió así gran poder económico (podía incluso "alquilar" prisioneros a las empresas que necesitaban mano de obra barata).

Este modo de producción esclavista resolvió muchos problemas en la época en que la industrialización recién empezaba a tomar impulso. Fue por eso alimentado sin cesar, primero por los presos políticos en la época de las purgas (especialmente 1934/38), luego por prisioneros de guerra extranjeros y después de la guerra por prisioneros rusos que regresaban de Alemania y a los que no se tenía confianza (hoy se difunde información exagerada sobre esto, en las

obras de Solzhenitsin). A medida que avanzó la industrialización, esta mano de obra perdió su principal razón de ser, pero no parece haber desaparecido del todo.

A pesar de todo esto, la Unión Soviética soportó la invasión alemana en 1941 y ganó la guerra. Los campesinos y obreros no se levantaron contra el régimen sino que hicieron con devoción la guerra patriótica, soportando la propaganda alemana antisoviética y las terribles pérdidas iniciales, producidas por errores de conducción que aún hoy son causa de oposición política activa en la URSS.

Varios factores explican esto —además de la "conciencia nacional" que siempre tiene el papel principal—: el nivel de vida material de los que no eran forzados estaba mejorando; el gobierno era firme —daba sensación de seguridad, aunque no se estuviera de acuerdo con los métodos—, y sobre todo había aprovechado su poder ideológico para justificar el régimen como una desagradable necesidad —pero necesidad al fin— para preservar los siempre reclamados ideales socialistas contra los "enemigos del pueblo". Puesto que la doctrina leninista podía interpretarse como que el Partido era el único representante legítimo de las clases trabajadoras, era natural creer más al Partido que a sus opositores (que por otra parte estaban —incluso Trotsky— totalmente desorientados con respecto al análisis de fondo). Eso era especialmente válido para los que habían nacido desde la revolución —24 años antes de la guerra— y que habían entrado a las escuelas cuando ya éstas habían sido depuradas de todas las ideas "peligrosas" sobre participación de la primera época. Esta enorme influencia a mediano plazo de los factores ideológicos va mucho más allá de la que ya hicimos notar como factor limitante de cambios en las fuerzas productivas y relaciones sociales, a escala macrohistórica. Es otro ejemplo, además de la facilidad con que los intelectuales usan mecánicamente las ideas, sin comprenderlas a fondo. Actualmente la burocracia soviética, triunfante en toda la línea, ha creado un verdadero imperio estatista, a la altura de cualquiera de sus antecesores históricos. Su problema interno principal es si liberalizar o no, mejor dicho, con qué velocidad liberalizar el actual estilo de vida (campesinos fijos a la tierra, obreros fijos a la empresa, educación superior limitada, participación política popular inexistente, monolitismo ideológico), ya que el aumento general del nivel material de vida influye fuertemente en ese sentido. Ya logró consolidar su fase imperial, pero empiezan los tironeos populistas en favor de una fase de apertura clásica.

Simultáneamente aparecen las luchas usuales dentro de la clase dominante, y se distinguen ya dos grupos destinados a tener mayor poder que hoy: la casta militar y la tecnocracia. Esta última es la que hoy es vocera de la liberación,

a través de las bien difundidas protestas de científicos y artistas.

Por último están los intereses mundiales de la Unión Soviética, en continuo conflicto con Estados Unidos, China y sus propios satélites de Europa Oriental. ¿Qué seriedad tienen esos conflictos? ¿Pueden conducir a una guerra mundial? ¿Es la URSS un imperialismo?

La URSS tiene mucho interés en expandir su influencia sobre el mundo. No hay potencia que no lo tenga, aunque sea como garantía de seguridad, y sólo difieren en los riesgos que están dispuestos a correr y las formas de realizar esa influencia. Más específicamente, la URSS sabe que los EE. UU. crecieron rápidamente gracias a los excedentes extranjeros que extrajeron a otros pueblos, sobre todo en las épocas más abiertamente imperialistas, y que es difícil alcanzarlos sólo en el trabajo de su propia población y sus satélites actuales. Pero esto no significa que tenga que salir a la conquista de países; el imperialismo se hace hoy a través del comercio internacional, como bien lo saben, por sufrirlo, los países del COMECON —relación de precios, imposición de especificaciones y tecnología, fletes, financiamiento—, y en forma decreciente a través de otros beneficios de las ETN. La misma URSS sólo usa el comercio injusto, pero no las ETN, a pesar de que ha admitido varias de estas empresas, norteamericanas, japonesas e italianas, en su territorio (y las ETN de todo el mundo compiten por ese mercado, pero por su volumen, no porque ofrezca altas tasas de ganancia).

El comercio exterior de la URSS aumenta rápidamente —en buena parte a través de sus satélites— y debe ser protegido militarmente contra la competencia por los mercados fáciles de Asia y Africa.

Menor es el problema de los recursos naturales: La URSS parece no estar amenazada por ninguna escasez aguda. Sin embargo eso no significa que no siga luchando por su control en el resto del mundo, tanto por precaución, para proteger sus reservas, como para que no caigan en manos de sus competidores.

La influencia mundial es también necesaria a la URSS por problemas internos: hemos dicho que su clase dominante sigue enarbolando las banderas del socialismo futuro, y le sería hoy muy difícil abandonarlas; pero si aparecen otros países que lleven a la práctica hoy esas banderas participantes, será imposible seguir justificando los privilegios de su grupo dirigente. La burocracia se convierte así, en defensa propia, en enemiga del socialismo en los países que no controla. Por otra parte el carácter salvacionista del socialismo impulsa a extenderlo a toda la humanidad, y es preferible liderar esa tendencia y no dejarla en manos de competidores.

Hasta ahora el mecanismo ideado para evitar que se descu-

bran esas contradicciones ideológicas fue la internacionalización de ellas a través de los partidos comunistas nacionales. Esta asociación de partidos defiende a la URSS y su doctrina y frena y denuncia como "revisionistas" a otros movimientos socialistas, lo cual es hoy de primera importancia para el conflicto con China. (Es muy interesante, pero lo dejamos a cargo del lector, hacer una analogía entre estos métodos y los de la Iglesia Católica hace unos mil años.)

Estos partidos se han estancado en casi todos los países: donde eran grandes siguen siéndolo —en número de votos—, pero en los demás no crecen, y sólo crecerán en la medida en que la gente crea que la URSS dominará al mundo, y que por lo tanto en esos partidos estarán los nuevos privilegiados (sin embargo tienen todavía bastante éxito en el reclutamiento de adolescentes).

Una guerra contra EE. UU., por otra parte, sería demasiado costosa para la URSS, no sólo en términos de destrucción material sino porque sería muy difícil conservar el control político interno en el caos subsiguiente.

Una guerra con China presenta el mismo peligro pero muy atenuado. Además, la victoria significaría la eliminación de un posible ejemplo socialista, y una colonia fabulosa a su disposición. Podría así cumplir los planes de explotación que la resistencia china hizo fracasar hace 15 años. Sin embargo, ni esa victoria es fácil, ni garantiza que después de las inevitables pérdidas los otros enemigos no aprovechen la ocasión para liquidar al vencedor. Sólo en caso de creer que China se está preparando para la guerra, tendría sentido para la URSS adelantarse a esos preparativos. Por ahora ha conseguido neutralizar a Europa, y tiene en India un aliado importante. En resumen, con alta probabilidad a la URSS no le conviene la guerra en los próximos 10 ó 15 años; con menos posibilidad puede hacer la guerra a China, pero entonces lo antes posible, en cuanto logre alguna garantía que le proteja las espaldas. Los actuales esfuerzos chinos por malquistarla con EE. UU. tienden a evitar eso. Aparte de esto, su "vocación imperialista" seguirá siendo comercial e ideológica, mientras el azar no haga surgir otras posibilidades. El principal peligro que ella ofrece, desde nuestro punto de vista, es como ejemplo visible, exitoso económicamente, de un estilo autoritario, lo que estimulará las imitaciones por parte de los oportunistas y de los desengañados del capitalismo.

Dicho estilo, en términos de nuestras categorías, es un estatismo desarrollista, oligárquico (clases privilegiadas: burocracias de todo tipo de instituciones), racional, institucionalizado en gran medida, y bastante duro todavía, después de haber sido prácticamente genocida durante el stalinismo. De estas características, sólo la dureza muestra cierta tendencia a cambiar, disminuyendo, pero eso puede durar poco si es que

llega a dar origen a un movimiento opositor o simplemente muy populista. Es relativamente eficiente, hipócrita y alienante.

La influencia ideológica de China parece haberse contrarrestado eficazmente dentro de la URSS, para lo cual debe haber ayudado la extraña costumbre de los maoístas de seguir hablando bien de Stalin. Los contactos con Cuba pueden tener alguna influencia ideológica pero poca; más bien parece que, de haber oposición popular organizada no podrá hacerse en nombre del marxismo (aunque sí del socialismo, con este nombre u otro).

Sin embargo, una gran oposición popular es poco probable. Nuestro marco histórico muestra que una alianza burocrático-militar, con un sistema cerrado de pensamiento que pueda llamarse en su apoyo —aunque tenga que falsearse para ello— puede consolidar un estilo durante milenios, por encima de disturbios o interregnos pasajeros. Estos estancamientos consolidados se rompen sólo desde afuera.

De ahí que muchos, aun felicitándonos de que el régimen soviético haya sido capaz de solucionar el problema de la subsistencia y mejorar el de la opresión económica y social para ese campesinado ruso que tanto sufrió durante tantos siglos, seamos pesimistas en cuanto a pensar que es una vía hacia el socialismo, por lo menos por un par de siglos.

Para el Tercer Mundo, además, este régimen tiene el grave inconveniente de que nos usa simplemente como peones en sus conflictos con otras potencias. Ayer fue con EE.UU. y hoy con China, pero siempre apoyando a gobiernos o partidos en función de esos intereses geopolíticos.

La década próxima tiene que presenciar un aumento constante de la influencia rusa, a expensas de EE.UU. Después, su liderazgo será desafiado por China.

3. — **Estados Unidos.** Se trata de un Imperio todavía muy fuerte, pero que no encontró una forma organizativa consolidante y se encuentra entonces en una etapa de declinación apreciable, pero no irremediable: en reajuste.

Este imperio se formó a partir del gran enfrentamiento final de sus tiempos definitivos —la guerra de Secesión— en la cual triunfó el industrialismo estilo "yanqui", que no hace falta describir. A comienzos de este siglo ya estaba en plena madurez y siguió vigoroso y en expansión hasta el fin de la última guerra mundial. En ese momento hizo un débil intento de constituirse en imperio realmente universal, pero su estrategia burdamente agresiva, en Corea por ejemplo, y sus métodos histéricos para consolidarse internamente —el maccartismo— fracasaron totalmente.

Entonces comenzaron los síntomas de indecisión, descomposición y debilitamiento que se han ido intensificando gradualmente, y que corresponden a un interregno de reajuste.

En lo externo, no pudo ganar las guerras de Corea e Indochina, fracasó en la invasión a Cuba y no logra estabilizar su cabecera de puente en Medio Oriente: Israel. Su falta de decisión y de seguridad en sus fuerzas se ve en el cambio de carácter de su estilo imperial: desde la época del "gran garrote" sus intervenciones armadas abiertas en sus colonias han disminuido hasta casi desaparecer —la última, en Sto. Domingo, hace diez años— y han sido reemplazadas por actividades subterráneas tipo CIA, no siempre exitosas. Así, hoy nadie se asusta por sus amenazas de usar la fuerza contra los países petroleros (y sin embargo podría hacerlo, en esa desesperación típica de los frustrados, de la cual ya dio un ejemplo en el incidente por la nave que apresaron los camboyanos, en 1975).

Sus ETN ya no se sienten protegidas incondicionalmente, y deben aceptar tratos a que no estaban acostumbradas, por parte de países insignificantes individualmente, y que recién están empezando a hablar seriamente de organizarse para su defensa mutua.

Internamente ha debido tratar de justificar incluso con mentiras fáciles de descubrir —como el incidente del golfo de Tonkin— sus intervenciones militares, y la baja moral de sus soldados prueba que no lo consiguió.

Sus conflictos raciales, los movimientos juveniles contra la sociedad de consumo, los choques políticos entre el Ejecutivo y el Congreso, los choques de algunos medios de difusión con la CIA y el Pentágono, están todavía lejos de producir una situación de caos, y menos aún una edad oscura de la cual pudiera surgir una nueva sociedad, pero ya constituyen una acumulación de síntomas que no pueden desprenderse, y que seguramente no son ignorados por quienes buscan consolidar el estilo actual. Pero mientras esto no se defina, el imperio es débil. Recordando que todos los imperios, una vez terminada su expansión, sufren ciclos de relativa volatilización y disgregación, típicas del período "conservador", es fácil ubicar a EE.UU. en una de estas últimas. De aquí en adelante, sólo puede aspirar a conservar su imperio económico.

¿Por qué no logró consolidarse este imperio? Nuevamente el factor limitante parece ser ideológico. Los principios del liberalismo yanqui, desde los constitucionalistas hasta Lincoln, fueron una de las principales obras creativas de ese pueblo, y han resultado muy poco compatibles con una fuerte organización burocrática estatal, así como con la hegemonía de castas militares. El estilo liberal puro, por basarse en el empresario individual, es esencialmente anti-estatista, y por lo tanto desconfía de burócratas y militares.

Hasta hace un siglo, eso ayudó al desarrollo de ese modelo capitalista; desde la aparición de los monopolios es innecesario, y hoy está probando ser perjudicial para el sistema

(como todos los precedentes históricos permiten confirmar). Más aún, esos principios actúan también en una forma similar a la que ya señalamos para la URSS:

La concepción del mundo en nombre de la cual los gobiernos norteamericanos justificaron sus actos, estimularon a su población y la decidieron a participar en tres sangrientas guerras en menos de un siglo —aparte de otras menores— es el liberalismo, pero con un énfasis muy acentuado en la democracia, la libertad individual y de todos los pueblos, la honestidad, la verdad, la justicia. Entre estos objetivos declarados y la realidad de la política interna y exterior hay un abismo aún mayor que en la URSS, y ese abismo está siendo percibido por una parte importante de la población, aunque sea de manera todavía no muy clara o explícita. La idea de que "algo está podrido..." es confirmada por los conocidos escándalos de alto nivel, como el asesinato de Kennedy o la tragi-comedia de Nixon, y amenaza llevar en breve a un desprestigio total del gobierno, similar al del zar o el kuomin-tang. Quita seguridad a las clases dominantes.

A esos factores disgregantes se suman dificultades económicas nunca vistas desde la Gran Depresión. No sólo las que hemos señalado —pérdida del monopolio financiero, inflación, devaluación del dólar— sino algunas más básicas, como la antigüedad relativa de su infraestructura —como le sucedió a Inglaterra cuando perdió su hegemonía imperial a manos de los norteamericanos— y la pérdida de control sobre sus suministros de petróleo. Más todavía, la red de sus ETN, arma de explotación económica de otros pueblos, resulta ahora un punto débil, pues en caso de guerra pueden ser expropiadas sin problemas por los países donde se encuentran sus filiales. La estrategia de descentralizar la producción hacia el Tercer Mundo y reservarse el control por medio del monopolio tecnológico le puede así resultar fatal (salvo en el caso de las que requieren insumos muy especiales).

Tampoco es de despreciar el hecho que muchas ETN europeas y japonesas se hayan instalado en los EE.UU.; tanto que se han promulgado leyes para impedir que hagan allí lo que las ETN norteamericanas han hecho siempre en el exterior.

Desde la época de los acuerdos monetarios de Bretton Woods —1944, aún sin terminar la guerra— que EE.UU. impuso a sus aliados para poder penetrar en mercados antes cerrados a sus ETN, la situación ha cambiado totalmente. Hoy debe resignarse a aceptar directivas sobre sus finanzas (acuerdos de Tokio, 1973), y a que los países petroleros propongan no usar más el dólar como moneda de referencia. Y como colmo el hecho que los **bajos** salarios de algunos de sus estados atraen hoy capitales europeos.

Este país presenta pues, condiciones muy favorables para un cambio social importante. Lo curioso es que se da ahí el caso único de que la mayoría de la población es privilegiada en el sentido de gozar de un alto nivel de vida material (tanto que ya está de moda hablar de la "calidad" de la vida en vez de la cantidad de bienes consumidos).*

Entre esta mayoría se encuentran los obreros industriales, que desde hace rato han dado muchas pruebas de desear la estabilidad social y el éxito del sistema, y una parte apreciable del campesinado.

La existencia de tantos privilegiados no se debe sólo a la alta productividad de la economía, sino a que en todo el mundo se trabaja para ellos. El crónico déficit del balance comercial norteamericano significa, por definición, que están entrando más bienes y servicios que los que salen; esa diferencia tendrá el inconveniente financiero de reflejarse como deuda, pero materialmente eleva el nivel sin trabajar. No se trata de una parte muy grande del producto, pero el día que se acabe producirá una reacción en cadena de efectos mucho mayores.

El otro rasgo distintivo de ese país es la existencia de esas instituciones gigantescas que son las ETN y diversas ramas semiautónomas de la administración pública; en primer lugar, el Pentágono. Estas instituciones son hoy los cimientos de la sociedad norteamericana; su única garantía de estabilidad frente a posibles conmociones internas.

En realidad una alianza ETN-Pentágono, usando algún sustituto de partido político (por ejemplo las instituciones públicas que se ocupan del bienestar social), es el candidato más probable para terminar con la situación de inseguridad actual. Podría "garantizar el orden", dar golpes efectistas contra la corrupción política y administrativa, y mantener y aún incrementar la producción y el empleo. Sería un caso típico de "despotismo o fascismo rico".

Esta alianza tendría el apoyo de los funcionarios públicos y de los grandes sindicatos, pero la burocracia en bloque no tendría aquí un papel hegemónico como en la URSS; éste quedaría reservado para la casta militar y la "alta burguesía", en íntima sociedad con la tecnocracia (incluso genérica).

El desencadenante podría ser el Congreso, que por razones electoralistas debe defender esos principios liberales, con lo cual molesta mucho tanto a las ETN como a los militares. El amordazamiento o supresión del Congreso sería el indicador más seguro de ese viraje a la consolidación autoritaria que, repetimos, significaría en ese país el abandono de la ideología oficial.

* Esta riqueza, y la movilidad social, dificultan la aparición de "segundones".

Si se diera esta salida, puede preverse un endurecimiento no sólo interno sino externo, dados los intereses de las ETN y la predisposición del Pentágono a lavar sus derrotas. El riesgo de guerra aumentaría mucho. Una política decidida y agresiva daría muchos pequeños éxitos iniciales —como en el caso de Hitler—, que probablemente conducirían a una conflagración mayor, pero no es fácil prever cuál sería el enemigo.

La cuestión árabe y los intereses conflictivos en Europa Occidental podrían provocar un enfrentamiento con la URSS, pero éste tendrá siempre el inconveniente de las grandes pérdidas materiales (aunque a esta minoría dominante autoritaria eso le importaría menos que ahora). Un choque con China parece menos probable por la falta de conflictos materiales inmediatos, pero la necesidad de frenar la competencia japonesa y la probable alianza de éstos con los chinos, puede dar el motivo suficiente. Una alianza con la URSS para repartirse esa región del mundo no sería descabellada.

Si no ocurre el golpe militar, los EE.UU. seguirán en su lenta declinación, que de todos modos no les hará perder su liderazgo cultural-tecnológico hasta dentro de una década o más. Sus clásicos problemas sociales internos irán aumentando, también lentamente. Pero geopolíticamente, esa "debilidad" les hará perder su punto de apoyo en Medio Oriente, Israel, con la consiguiente pérdida de aliados en todas partes. En esas condiciones, un país desarrollista grande puede cometer cualquier acto irracional, por desesperación, pero más probable es que la situación interna conduzca a un nuevo período aislacionista (como después de la guerra del 14), con retracción de su esfera de influencia y sus ETN al resto de América, abandonando el mundo a los otros bloques (lo que dificultaría todo cambio en América Latina).

Si la fuerza limitante de la ideología es tan grande como creemos, el liberalismo hará que este escenario sea el más probable, a menos que se encuentre una manera más hábil que las actuales de usarlo, falseándolo, en defensa del golpe autoritario.

4. — **Europa Occidental.** Puede tratarse como un bloque, a pesar de sus desigualdades y de que por ahora sólo la mitad de sus países han institucionalizado sus relaciones económicas y prometido llegar a la unificación política. Este bloque es uno de esos intentos de consolidar, conservar mediante la centralización, tan típicos de las fases de estancamiento, como ocurre con el estilo industrial en Europa (muy diferentes a los intentos imperiales fracasados, como los de Carlos V o Napoleón). Europa está decididamente en su etapa conservadora, salvo débiles iniciativas de "sus" ETN. El efecto más importante de esa heterogeneidad es que le impide tomar iniciativas decisivas, y por lo tanto, lo más

probable es que siga actuando por inercia en las cuestiones internacionales. Por una década al menos no tiene otro proyecto que un modesto desarrollismo, con una oposición ingenua, basada en la protección de la naturaleza, que deberá evolucionar mucho antes de adquirir algún peso. Sus recursos económicos, salvo en Francia, se dedican poco al poder militar.

Es un aliado relativamente seguro de los EE.UU., pero el peso de los partidos comunistas quita a esa alianza mucho valor práctico, y eso marchará en paralelo con la declinación norteamericana (véanse las dificultades de la NATO, especialmente con el nuevo régimen portugués). El lazo más firme por ahora son las inversiones de ETN de cada uno en el otro, pero eso dependerá del status general de las ETN en el mundo en los próximos años. Si bien el Mercado Común Europeo facilitó la entrada de las ETN norteamericanas en la década del 60, estamos ya en una época de restricciones a esos capitales.

Económicamente, Europa crece, pero debe dedicar ese aumento a satisfacer las expectativas consumistas de su población, y por mucho tiempo no le quedarán sobrantes para desempeñar un papel líder en el mundo. Tampoco puede tener interés en participar como aliado en ninguna de las guerras posibles, pero puede ser obligada a ello (es el bloque más sensible a la escasez de recursos naturales, junto con Japón, y ese es su mayor desafío actual).

Socialmente Europa se ha estancado desde fines del siglo pasado. Tiene un factor de inestabilidad que puede parecer grande: la mezcla del problema de marginalidad con el de nacionalidades (ya que allí casi todos los marginales de los países ricos son nativos de los más pobres), pero creo que si no se agudiza la escasez de recursos naturales, esa sociedad puede dar suficientes esperanzas a todos como para que no pase nada grave. Eso requerirá un mayor estatismo, para evitar el desempleo. Dentro de una generación las cosas pueden cambiar y producirse algún renacimiento ideológico y social. Por ahora, el peso de la cultura europea de los últimos 7 siglos, con su inmenso prestigio, sofisticación y pedantería, aplasta cualquier intento de renovación.

Las clases altas están divididas entre el seguidismo a los EE.UU. o el seguidismo a su propia tradición (sea directamente o a través del marxismo, que ya forma parte de esa tradición). Puede haber "segundones" intelectuales: explosiones como mayo del 68 son aún prematuras políticamente, pero de gran importancia como alerta ideológica, aunque sean reflejo de la Revolución Cultural china.

La hegemonía política tiende a ser conservada por una alianza burguesía-burocracia, pero con menor participación del sindicalismo, que es sospechoso de estar controlado por el P. Comunista.

Las castas militares recién empiezan a despertar, y actúan por ahora en los países periféricos (Portugal, España, fracasó en Grecia, etc.), pero es altamente probable que su influencia vaya en continuo aumento.

La clase obrera europea, sobre todo en Francia e Italia y desde mayo 1968, ha evolucionado positivamente en cuanto al contenido de sus reivindicaciones gremiales. Ya no se lucha sólo por salarios, horarios o higiene industrial, sino también contra la línea de montaje y otros aspectos alienantes del trabajo, buscándose una mayor participación técnica (y administrativa). Han llegado pues a la etapa de "mejorar las relaciones entre el capital y el trabajo", en términos marxistas, lo cual es un gran adelanto con respecto a la época en que todo lo que no fuera salarios se dejaba para cuando el estado se apropiara de los medios de producción. En esa época se creía que bastaba poner "el estado al servicio del pueblo" para llegar al socialismo; hoy se sabe que esa frase es tan vacía como "democracia" o "libertad", y que el estado puede ser tan mal patrón como el burgués, y que las condiciones de trabajo no alienantes deben establecerse independientemente del problema de la propiedad, y sin esperar a ninguna revolución (por el contrario, contribuirán a ella).

Todo esto es muy alentador y coincide con nuestro planteo, pero debemos añadir que tampoco es suficiente con atacar desde ya las condiciones de trabajo —o más en general, el "estilo tecnológico", en nuestra terminología—, sino que el mismo criterio debe usarse fuera del trabajo, o sea para todo el estilo de vida. En este aspecto no son sólo los obreros industriales —minoría dentro del pueblo—, sino también los campesinos y las clases medias los interesados, y ahí reside la importancia política del planteo.

Además, si eso no se toma en cuenta, especialmente en sus aspectos de solidaridad social, lo más probable es que Europa termine organizada como estatismo populista, en que las actuales clases dominantes pierden el poder sin que la justicia social alcance a todo el pueblo, sin darle real participación y sin que desaparezca la alienación frente a la vida.

Hay que recordar que Europa, a pesar de haber sido la cuna de la sociedad industrial, cedió el liderazgo a EE.UU. antes de la fase de producción realmente masiva, y el pueblo europeo está llegando a la sociedad de consumo sin mucho adelanto sobre varios países del Tercer Mundo. Entre la emigración, las dos guerras y la gran depresión, hubo un estancamiento general en la primera mitad del siglo, y recién a partir de 1945 empiezan los "milagros" económicos, de modo que las mayorías europeas no se sienten defraudadas en cuanto a su nivel material de vida, comparando con lo que pueden recordar por experiencia personal.

En resumen, Europa es una especie de "colchón" pasivo, un

poco al costado de los acontecimientos mundiales —en la medida en que eso es posible— por una década o dos. Irá hacia donde la empujen; sólo desde afuera se la podrá arrancar de su estancamiento consumista. Factores desencadenantes pueden ser sus países periféricos: Portugal, España, Medio Oriente.

5. — **China.** La construcción de la nueva sociedad china, que adquirió en 1949 el control total del país, está sin duda alguna en su fase definitoria o de tiempos revueltos. Estos habían comenzado mucho antes —con las discusiones sobre la estrategia para tomar el poder, en que Mao eligió la "vía campesina", en 1928 —y como en el caso ruso, y también en la conquista árabe, el triunfo militar llegó antes que esos tiempos revueltos alcanzaran su máxima intensidad. La verdadera etapa de expansión imperial aún no ha llegado, y esperemos que se limite a la zona ideológica, y por vía de ejemplo.

Por tratarse del país menos parecido a la sociedad industrial que existe hoy, y por aplicar varios de los principios que sostenemos en este libro, debemos recordar con un poco más de detalle sus peripecias del último cuarto de siglo, suponiendo que todos conocen bien las etapas anteriores —organización de los "ejércitos de ruta", la Larga Marcha, el periodo de asentamiento en Yenán y la lucha contra los japoneses y el Kuomintang.

La increíble hazaña de haber manejado durante ya 25 años a casi 800 millones de chinos (el 80% campesinos muy atrasados), sin rebeliones, caos ni grandes hambrunas, como ocurría tradicionalmente, se debe a muchos factores, de los que destacaremos cuatro:

Primero, la muy larga lucha armada por el poder, controlando siempre alguna región geográfica, lo que permitió adquirir experiencia práctica de gobierno en condiciones de escasez —ensayo piloto o "germen"— y formar poco a poco todo un ejército de militantes-militares bien adoctrinados (e incluso analizar problemas teóricos, como durante la "gran rectificación" de Yenán, 1942).

Segundo, el haber realizado esa lucha con apoyo casi exclusivamente campesino, lo cual dio a los líderes gran comprensión de los problemas de éstos, y limpió varios prejuicios teóricos sobre el papel del proletariado urbano (esto último sólo en la práctica, pues en todas las declaraciones se siguió siempre recitando la posición marxista sobre el papel de vanguardia de dicho proletariado, a pesar de estarse viviendo una realidad totalmente distinta; pero esto es sólo un ejemplo del "estilo Mao", que a este respecto podemos resumir como "haz lo que yo hago y no lo que yo digo", al revés de lo habitual).

Tercero, la existencia de la URSS; no por la ayuda técnica

que prestó —cuyo volumen fue apreciable en los primeros 5 ó 6 años— ni por la posible ayuda militar, que no existió siquiera ni como amenaza para frenar al Kuomintang. Su valor fue, además de ejemplo histórico de la posibilidad de vencer al capitalismo, como experiencia similar que permitía evaluar ya muchas estrategias, aciertos y errores. Ambos países comenzaron después de una fuerte guerra civil, en condiciones análogas: enormes, desorganizados, rurales, con poca industria, y con todo el poder militar y político en manos del Partido Comunista.

El cuarto factor es la existencia de un líder excepcional, como Mao Tse-tung, cuya influencia personal sería difícil exagerar. Todo esto sirvió para que en los primeros 6 ó 7 años, China cometiera escasos errores, pues tenía su estrategia y sus cuadros bastante bien preparados, y pudo entonces avanzar enormemente —por comparación con la URSS— en la transición económica, logrando colectivizar el campo con aumento simultáneo de la producción agrícola, y liquidar prácticamente la industria privada, mientras debía luchar militarmente en Corea para frenar la ofensiva norteamericana. Esto tuvo sin duda su efecto sobre las relaciones China-URSS, nunca demasiado estrechas debido a la frecuencia con que Stalin, hasta el mismo fin de la guerra, puso en segundo plano a la revolución china frente a los intereses geopolíticos rusos. Esos triunfos dieron fuerza y seguridad a los chinos para enfrentarse a la política industrial propuesta por los rusos —que implicaba dependencia y más aún, sacrificio del campo en aras de la industria pesada—, y para criticarlos en el terreno ideológico por no avanzar ni interna ni externamente hacia el socialismo.

A pesar de todos los desaires recibidos de los rusos, los chinos habían seguido dócilmente la línea soviética, hasta 1957, en todo lo referente a industrialización, ejército y organización, pero dieron siempre un apoyo especial al campesinado y la agricultura.

Las actitudes "burguesas" de Kruschchev, su acercamiento a EE. UU., la denuncia al stalinismo en el XX Congreso (1956) y la intervención en Hungría y otros satélites (1956) convencieron a Mao del "revisionismo" ruso, y de la necesidad de cuidarse de la burocracia mediante sucesivos movimientos de masa, que avanzaran hacia el socialismo en las relaciones humanas sin esperar a tener una "base económica" de primera magnitud. Sobre esta interpretación parece haber pocas dudas, y coincide totalmente con nuestra posición.

Para esta gigantesca nueva fase se carecía de experiencia (en todo el mundo) y se sucedieron las dificultades y errores. El primer intento de movilización fue en el campo cultural, y se hizo a través de la política de las "cien flores", pero esto sólo tuvo como respuesta un refloreamiento del liberalis-

mo, y hubo que dar marcha atrás y poner el énfasis en la formación de "rojos y expertos".

El segundo golpe de timón hacia esta nueva línea fue el "gran salto adelante" 58/62, con la organización de grandes comunas casi autónomas (similares internamente a nuestro tipo "aldeano" pero con gran influencia de la metrópolis). Tenían su propia industria, artesanal o pequeña, su propia infraestructura y administración y hasta su milicia y policía. Esta estrategia trajo inconvenientes económicos, intensificados por la súbita salida de todos los técnicos soviéticos de las industrias grandes (60/61); bajó la producción industrial, y también la agrícola (por el tiempo que dedicaban los campesinos a sus nuevas tareas). Más grave que eso fue el poco éxito logrado en la conversión de las actitudes campesinas hacia el socialismo; se siguió notando el tradicionalismo y la influencia de los campesinos ricos y los miembros del partido, sin participación política de los demás.

Siguen varios intentos de movilizar a los campesinos en nombre de la lucha ininterrumpida: campaña de los "4 sa-neamientos", asociaciones de campesinos pobres, denuncia de las técnicas paternalistas del Partido.

Todo se hace con frases del marxismo ortodoxo, de interpretación muy vaga y que no facilitan a los campesinos comprender bien cuáles son las consecuencias finales del socialismo para ellos. Sin embargo podemos poner como ilustración clara al ciudadano modelo chino, Lei Fen, como contrapuesto al soviético Stajanov: un héroe de la solidaridad contra un héroe de la productividad.

Desde los años malos del 59/61, China no ha tenido ningún inconveniente serio en la zona económica, y logró modernizar su tecnología sin ayuda externa, siendo ahora su mayor problema la extensión de esos avances en cantidad, pues su industria es aún insuficiente.

En 1965, en la zona social la situación parecía ser ya bastante distinta que en la URSS. Campesinos y obreros tenían mayor participación en las decisiones a nivel local (se intentó incluso que las comunas reemplazaran por completo al estado, localmente), y los demás grupos sociales debían hacer su experiencia de trabajo manual para no perder contacto con los problemas de los niveles de ingreso inferiores. Eso hacía que la burocracia no tuviera tanto poder económico directo y que le resultara difícil acumular muchos privilegios materiales o ejercer su hegemonía con mucho autoritarismo. Sin embargo, conseguía hacerlo en cierta medida.

Otro factor que dificultaba la hegemonía absoluta de la burocracia del partido y funcionarios públicos era el papel del ejército, con una larga tradición de trabajo con las masas. Su politización fue hecha por Lin Piao en una línea muy izquierdista, llegándose a hacer que los oficiales sirvieran como soldados rasos durante algunos períodos, y reciproca-

mente ("doble participación"). Se volvieron a eliminar los grados, restablecidos en 1955 a sugerencia rusa.

De todos modos parece ser que la burocracia, alentada por el fracaso parcial del "gran salto" pretendió seguir la "vía rusa" y extender su poder político y económico.

6. — La Revolución Cultural parece haber sido el tercer intento de implantar un auténtico control por las bases y de impedir que el Partido chino siguiera el mismo camino que el soviético, constituyéndose en una nueva clase dominante (los chinos siguen hablando de "lucha contra la burguesía", por sus pruritos de pureza marxista, pero hay que interpretar "burguesía" por "privilegiados en el poder"), y en especial de romper cualquier tendencia pro-rusa que se hubiera formado en él.

Sus objetivos iniciales parecían ir mucho más lejos, tomándose como modelo la Comuna de París, con el poder directamente ejercido por las bases. El mismo Mao inició las acciones llamando a "hacer fuego sobre el Cuartel General" (agosto 1966). Los elegidos como vanguardia fueron los estudiantes universitarios, que ya se habían rebelado contra los métodos todavía autoritarios y elitistas de enseñanza, de estilo ruso. Los campesinos, como vimos, habían fracasado en esta misión. Los obreros urbanos se sumaron rápidamente al movimiento (sobre todo los aprendices, que trabajaban sin sueldo).

El movimiento tuvo muchos flujos y reflujos de izquierda y derecha, culminando con el "verano caliente" de 1967, que por un momento dio la impresión de poder degenerar en guerra civil. Las bases estaban divididas en dos o más líneas; las universidades no funcionaban, la producción industrial bajó mucho. La mayoría de los cuadros del Partido se fueron al campo, donde se reorganizaron en las escuelas "7 de mayo", y el aparato quedó casi destruido, pero un año después se había reconstituido prácticamente con la misma gente. El ejército fue llamado a intervenir para lograr una reconciliación, formando nuevos organismos triples (base, PC y ejército). Su actuación fue también fluctuante pero no perdió prestigio ni fuerza.

En el momento de máxima anarquía aparente, Mao llamó a la unión, recordando que "en el seno del pueblo no puede haber contradicciones profundas", y todo volvió a la calma con una velocidad increíble. Poco a poco el PC retomó el control político-administrativo en todos los órdenes, desapareciendo las organizaciones de base recién creadas. Los comités obreros que dirigían las fábricas cedieron su lugar otra vez a los técnicos y los sindicatos. Los guardias rojos, estudiantes, fueron enviados al campo y las universidades reabrieron con estudiantes nuevos y en poca cantidad.

Sin embargo, no puede decirse que todo volvió a fojas cero,

pues la sacudida fue enorme y las experiencias imborrables. Mao las resumió diciendo que todos los chinos habían tenido que pensar y discutir problemas políticos durante esos dos años, cosa que no se había conseguido nunca. En las ciudades hubo mucho más que discusiones, y el susto que se llevaron los cuadros del Partido los debe haber curado por un tiempo de sus tendencias burocráticas, o les habrá enseñado a defenderse mejor en adelante. En Shangai se llegó a establecer una Comuna, que murió de inmediato porque Mao no la quiso reconocer. Los rebeldes se apoderaron del Ministerio de Relaciones Exteriores y durante un tiempo manejaron toda la diplomacia china. Exigieron también que no se hicieran pronuntarios secretos a sus dirigentes, y para asegurarse asaltaron multitud de archivos policiales llevándose toneladas de "material negro" (el Comité Central del Partido ordenó a éste y al ejército destruir todos los antecedentes que pudieran luego ser usados contra los guardias rojos).

Las bases tuvieron pues una oportunidad momentánea de participar en el gobierno del país, pero en esas condiciones, —de movilización masiva sin ensayos piloto previos o "gérmenes"— como era natural, la espontaneidad se convirtió en puro desorden, con grupos (nada pequeños, por tratarse de China) que rivalizaban en "izquierdismo" y en la búsqueda de enemigos del pueblo, y terminaban acusándose mutuamente de desviaciones burguesas o pro-soviéticas.

Oficialmente, el resultado final de la Revolución Cultural, evaluada por el IX Congreso (1969) fue la "consolidación del Partido".

Durante este proceso fue expulsado el Presidente de China, Liu Shao shi, a quien se le cargaron todos los pecados de este mundo, y dos años después nada menos que Lin Piao, el sucesor de Mao designado estatutariamente por ese mismo IX Congreso, a pedido unánime de las bases (según una encuesta oficial hecha a fines del 67); compaginador del Libro Rojo de Mao e intérprete de su autor ante el pueblo chino. La mayoría de los acusados de derechismo por los guardias rojos, con aprobación del Comité Central, volvieron a sus altos cargos, incluso en el Comité Central. Ha concluido rotundamente una fase izquierdista, pero que puede repetirse más adelante, dado que los tiempos revueltos siguen vigentes.

A los aspectos positivos del balance de la Revolución Cultural: —politización de las bases y sacudida preventiva y admonitoria a los burócratas— debemos agregar otros, negativos o por lo menos dudosos.

Es evidente que no se previó la intensidad del proceso y la animosidad que existía contra los cuadros del Partido. En lugar de una movilización ordenada, que hubiera servido para reforzar la posición china en ese momento de tensión contra EE. UU. y la URSS, se desorganizó casi todo el aparato insti-

tucional. Pero el remedio elegido fue reponer a esos mismos cuadros burocráticos, mientras que los que acudieron al llamado de Mao a criticarlos fueron dejados de lado, y sin explicaciones. Formalmente se insiste en que no ha habido cambio alguno de línea y en que todos se comportaron patrióticamente; eso no puede haber contribuido a la educación política popular.

La llamada "simplificación" de la información que llega al pueblo chino parece ser en la práctica una deformación total o una ocultación de los hechos. Por buenas que sean las intenciones de los responsables de eso, no se ve cómo una discusión, por intensa y masiva que sea, puede elevar el grado de comprensión, politización, desalienación del pueblo cuando todo se explica por complots palaciegos, actitudes individuales, acusaciones increíbles y contradictorias a personajes que durante 30 ó 40 años fueron elogiados como fieles servidores del pueblo, mantenimiento de slogans que no se cumplen y borrado total de hechos recientes, que no pueden haber sido olvidados por nadie.

Esta verdadera alienación ideológica del pueblo se completa por el método tan peligroso de educarlo mediante el recitado de frases útiles para todo servicio, listadas en un catecismo oficial —el Libro Rojo—, y en las que se supone debe encontrarse la solución a todos los problemas (si el comportamiento de los grupitos maoístas de América Latina fuera un ejemplo válido de lo que puede obtenerse con este método, ya bastaría para rechazarlo). Es el intento más tremendo que se haya visto de homogeneizar ideológicamente a un pueblo entero, a un nivel muy bajo (pero menos bajo que antes) y que disminuye sus posibilidades de creatividad, en esta generación al menos.

Podríamos decir en resumen que de nuestros tres niveles de problemas —subsistencia, opresión y alienación— China avanzó mucho en los dos primeros pero nada en el tercero.

El increíble acatamiento a las órdenes de Mao por el pueblo entero, más que culto a la personalidad parece la adoración de un Mesías. Es un caso interesante para estudiar los fenómenos de liderazgo carismático y psicología de masas, pero contradice los objetivos socialistas, y sus consecuencias son de largo plazo: no es un retroceso momentáneo, por problemas de la transición.

Sólo resta confiar que la responsabilidad de esta política de endiosamiento haya sido solamente de Lin Piao (recopilador del Libro Rojo). Se ha notado menor énfasis en este tema, desde su defenestración, pero el pueblo sigue dependiendo de su líder, Mao.

Es de interés para toda la humanidad preguntarse cómo se llenará el vacío que dejará la muerte de este prócer, y como reaccionará el pueblo ante la pérdida de su padre espiritual.

¿Será suficiente, para guiarlo, el materialismo dialéctico y su traducción Libro Rojo? ¿O se entregará a otros líderes?

En 1974 se lanzó una nueva campaña de movilización ideológica masiva, esta vez sobre un tema aparentemente menos peligroso: las enseñanzas de Confucio. Sin embargo no dejaron de producirse los típicos conflictos y descensos de productividad de la anterior Revolución Cultural, lo cual parece estar causando en este momento un nuevo golpe de timón, esta vez "economicista". Este, a su vez, no puede menos que causar descontento obrero.

Es todavía muy pronto para comprender el significado de estas campañas, pero por lo menos está claro que en China no se le teme a las movilizaciones de masas, a pesar de todos sus inconvenientes.

El papel de los estudiantes en la Revolución Cultural, y en los movimientos similares que ayudó a desencadenar en el resto del mundo —empezando por París, 1968—, confirma algunas viejas opiniones sobre lo que puede esperarse de ese grupo social (y de obreros del mismo grupo de edad). Son muy eficaces y útiles para señalar errores y hacer críticas abiertas y originales. Los remedios que proponen deben someterse a estudios cuidadosos, pues además de no ser unánimes, son en general parciales e incompletos, cuando no peores que la enfermedad; sin embargo siempre producen alguna idea original y práctica, que hay que separar de las muchas otras. En cuanto a la acción, son totalmente irresponsables: su división en grupúsculos parece imposible de evitar, y las luchas entre éstos pueden tener resultados catastróficos. Pueden servir como fulminante, para movilizar a otros grupos de mayor inercia pero más serios en sus objetivos, o simplemente para sacudir el ambiente, pero no deben quedar sin control y mucho menos en la dirección o vanguardia de un movimiento de masas. Convertir a la juventud en un mito es otro entretenimiento intelectual en que no debemos caer. Para los argentinos, resultan notables algunas similitudes entre la Revolución Cultural y los primeros meses del gobierno peronista (1973).

7. — Los cambios en la política exterior china a partir de la Revolución Cultural no parecen ser simplemente tácticos sino producto de una nueva interpretación de la historia contemporánea. Hasta 1968/69 creían en una victoria cercana de la revolución mundial (Lin Piao, jefe de la línea dura, daba consejos al Tercer Mundo sobre cómo rodear las ciudades desde el campo, etc., con la misma irresponsabilidad con que los cubanos fomentaron el guerrillerismo), y es en ese marco optimista que iniciaron su "salto adelante" político. La invasión rusa a Checoslovaquia sin protestas, los incidentes fronterizos en el Usuri y la falta general de empuje en el Tercer Mundo (incluso la victoria israelí de 1967) más

el frenado de los movimientos contestatarios de Europa y EE. UU. le hicieron cambiar de opinión y buscar vías diplomáticas de coexistencia, aun al costo de pactar con los odiados imperialistas y abandonar a su suerte a varios movimientos rebeldes (Sri Lanka, Birmania, Bengala).

Una China socialista —o sea por definición antiautoritaria y no colonialista— no tendría interés por iniciar guerras para ampliar sus fronteras o su zona de influencia, ni siquiera para imponer por la fuerza el socialismo a otros países. Por desgracia, como no se puede negar el derecho a la guerra defensiva, y por lo tanto a la guerra preventiva bien justificada, y como estas justificaciones son siempre discutibles, no podemos contar a 100% con el pacifismo chino, aunque creamos en sus intenciones socialistas.

Su intervención en el Tíbet fue una imposición autoritaria del socialismo, sin mayor apoyo popular que la intervención rusa en Checoslovaquia, por ejemplo. Pero la época —1951, guerra de Corea, etapa histórica agresiva de EE. UU.— permitía justificarla, aunque fuera con reservas. Su microguerra con India, 1962, por cuestiones de límites, fue más justificable, sobre todo porque habiendo triunfado militarmente se retiró a sus fronteras. Nunca reivindicó el millón y medio de Km² que le fueron arrebatadas por la Rusia zarista. No envió tropas regulares a Vietnam durante la intervención norteamericana. Se flexibilizó diplomáticamente. No defendió al gobierno indonesio prochino contra el golpe militar que lo derribó. En resumen, puede decirse que hace veinte años que China observa "buena conducta" internacional, mientras copia los armamentos modernos a toda velocidad. De todos modos, socialista o no, China no tiene por el momento ninguna necesidad económica que justifique ante su pueblo una guerra ofensiva; ni siquiera el imperialismo tiene mucho sentido para un país de casi 800 millones, pues lo que se puede conseguir hoy de esa manera es una gota de agua en ese mar. Dentro de 20 ó 30 años en cambio, si esa población sigue creciendo, tendrá motivos muy claros para aspirar a una parte de Siberia o de Asia Central (o de cualquier región poco habitada, como la Patagonia). Para ese entonces, además, su actual inferioridad en armamentos frente a la URSS habrá desaparecido.

Si esto se suma a los motivos que hemos mencionado antes para provocar una iniciativa bélica por parte de la URSS, con o sin EE. UU., parece que la probabilidad de esta contienda está lejos de ser despreciable. La nueva política exterior china, y sobre todo sus mejores relaciones con EE. UU. y sus intentos de alejarlos de la URSS, hacen creer que piensan seriamente en la posibilidad de una guerra con los rusos. Sin embargo, sería necesario antes explicar por qué entonces, la guerra no estalló hace rato, cuando la inferioridad china era mucho mayor.

En realidad, en el sentido que menos nos conviene, esa guerra ha estallado ya, y así vemos a los grupos pro-chinos de nuestros países orientar toda su estrategia política por el objetivo de combatir al "enemigo principal": la influencia rusa. Así se los ve hoy en Sudamérica, apoyar a regímenes despóticos.

No habiendo guerra, la influencia china en todos los asuntos mundiales tiene que aumentar, y ese proceso será rápido, sobre todo si logra una alianza firme con Japón. A Latinoamérica sólo llegarán, en este siglo, los aspectos ideológicos de esa influencia, y en éstos no se vislumbran otras novedades que las descritas (que ya son bastantes). En toda Asia será sin duda el mandamás, y podría tratar de intervenir en los asuntos internos de la India, si éstos no mejoran pronto. Esa tarea, si la hace por solidaridad, puede tenerla ocupada varias décadas, pero implicaría un choque peligroso con la URSS.

En resumen, la revolución china parece haber sido una respuesta al desafío de vencer el hambre, los privilegios y la ignorancia para un pueblo inmenso, casi un mundo, cuya historia social había sido la misma desde hacía milenios. Esa respuesta comenzó a implementarse y está todavía en los tiempos definitivos, sin que se haya decidido definitivamente cuál es la versión que se estabilizará, ni en qué grado respetará las intenciones iniciales. Al comenzar 1975 parece haber cansancio y pesimismo; todo indica una tregua, un período de calma, pero no hay manera de prever su duración. Se ha vencido el hambre, y hasta ahora no se habían despertado expectativas consumistas en la población, pero la mayor apertura hacia el resto del mundo hace dudar que esto último se mantenga. Todo depende, al cabo de 25 años de ejercer todo el poder, de la concepción del mundo que se haya difundido en el pueblo (la mitad del cual nació después del triunfo revolucionario). Es una prueba crucial para el marxismo, que después de haber fracasado en Rusia por múltiples motivos, tiene aquí la gran oportunidad de demostrar si es realmente un instrumento adecuado para construir el socialismo-comunismo.

Todos los socialistas tenemos interés en que así sea, pero no puede descartarse de ningún modo la posibilidad de que China se desvíe apreciablemente hacia la "vía rusa" en las próximas décadas, con una burocracia dirigente similar, y que la participación popular real quede postergada. Pensar en esta alternativa puede resultar aplastante para algunos, o estimulante para otros (porque obligaría a pensar todo por cuenta propia), pero lo único que no puede hacerse con ella es ignorarla. Hay que temerla y tomar ciertas precauciones, como se saca un seguro contra accidentes. Por último, hay un cierto peligro de que su creciente influencia, unida a la del Japón, desencadenen una cruzada

contra el "peligro amarillo" como último recurso de las otras grandes potencias.

8. — **Japón.** Conviene recordar que hace apenas cien años, Japón salió de la fase conservadora de un estilo que venía durando desde que apareció en la Historia, para enfrentar el desafío militar de los europeos.

En grosera aproximación podemos decir que se procedió con "enfoque constructivo"; con un proyecto nacional claro. Se empezó definiendo el estilo deseado —los que definían eran segundones de la tradicional clase hegemónica de Japón, los samurais, que actuaron con pleno voluntarismo—, lo cual resultó sencillo pues era el de esa sociedad industrial tan poderosa: modernización refleja, pero con gran ímpetu.

Las posibles interpretaciones coincidían en modernizar a la europea las zonas económicas y militar, pero en las otras zonas diferían mucho y produjeron una fase definitoria corta. En ella se oponían desde los imitadores ciegos —que hasta proponían promover el cristianismo por creerlo parte inseparable del estilo industrial— hasta los tradicionalistas, más conservadores.

El triunfo fue para estos últimos: se conservó el shintoísmo, el carácter divino del emperador —se llegó a tomar como modelo el primer imperio japonés, un milenio atrás— la estructura y tradiciones clasistas, tratándose paternalmente a los obreros como antes a los campesinos, e incluso se conservó parte de la organización administrativa.

Comenzó entonces su fase de expansión, con un éxito sorprendente en todas las zonas, incluso en la social, donde desaparecieron los tumultos populares que pocas décadas antes habían debilitado al gobierno del Shogún.

Logró también, por primera vez en su historia, una gran expansión territorial, pero ese imperio se esfumó en la última guerra, teniendo que devolver sus valiosísimas conquistas en Asia SE (donde dejó sembradas semillas de rebelión anti-europea).

Se encuentra todavía en su fase expansiva, pero concentrada ahora en la zona económica.

Esta potencia tan publicitada en el mundo capitalista por su "milagro" económico, tiene un débil talón de Aquiles en ese sector: su escasez de recursos naturales propios (incluso tierra cultivable, que apenas es el 20 % de la superficie total del país y hace rato está completamente aprovechada). Esto quita todo significado a las extrapolaciones "científicas" según las cuales a fin de siglo sería la segunda potencia mundial por su producto bruto: si no puede importar petróleo, por ejemplo, Japón deja de crecer o decaer.

El innegable y sostenido avance desarrollista de Japón se debió en primer lugar a la existencia de una clase dirigente firme y con un proyecto nacional de largo plazo, sin conflictos

sociales internos graves y con la ventaja de haber perdido la última guerra, lo cual unificó aún más a la población, la estimuló con el bombardeo atómico, la obligó a renovar su industria destruida —con lo cual quedó más moderna que la norteamericana— y le permitió dedicar a eso todas sus inversiones, sin malgastar producción en armamentos que tenía prohibidos como perdedor (algo similar ocurrió en Alemania). Pero esas condiciones favorables han concluido —salvo que la industria bélica sigue siendo pequeña— y ahora la situación es normal y toda nueva expansión requiere fundamentalmente materias primas no japonesas.

Para lograrlas es necesario —pero no suficiente— que se cumpla una de dos alternativas: gran libertad de comercio mundial, o al menos con China y algún otro país de grandes recursos naturales, o nuevo intento de creación de un imperio japonés con satélites o colonias que le aseguren esos recursos.

Por ahora, Japón parece estar apostando a la primera, y copiando el método de las ETN para poner pie en otros países, y en primer lugar en el Sudeste de Asia. Pero su éxito sólo puede lograrse a expensas de EE. UU., y en menor escala, de Europa y la URSS; y además, para todos ellos, el imperialismo a través del comercio se hará cada día más difícil, dado el despertar del Tercer Mundo a los problemas de política económica. Aunque el comercio internacional siga aumentando, las ganancias de tipo imperialismo serán menores, y la competencia por ellas, más aguda.

Ante esas perspectivas, Japón no puede perder de vista la otra alternativa, aunque por el momento su fuerza militar sea muy pequeña (sus industrias y su estructura social le permitirían aumentarla muy rápidamente). A eso contribuye toda la tradición histórica japonesa, mantenida en vigencia por el hecho que no ha habido cambios de fondo en sus minorías dominantes: la alta burguesía está íntimamente emparentada con la casta militar, la corte del Emperador y los líderes políticos.

La clase obrera juega por ahora un papel subordinado —y lo mismo su burocracia sindical— por esa misma permanencia de la tradición feudal, que hace del patrón un "protector" de sus empleados, que les garantiza estabilidad y trabajo para sus hijos (esto no se puede cumplir, y creará "segundones" entre esos obreros protegidos. Los campesinos no tienen problemas agudos que los movilicen, y se están modernizando aceleradamente).

En la próxima década los más probables candidatos a descontentos están en las capas medias, cuyo papel económico está totalmente subordinado a la gran empresa.

Las posibilidades de expansión por vía bélica son poco promisorias para Japón. Podría aliarse con EE. UU. o la URSS contra China, para obtener de nuevo Manchuria o algo

equivalente. Podría aliarse —mucho más probable— con China contra los otros dos, para obtener parte de Siberia o Alaska (y vía libre comercial en el SE de Asia y en toda América); pero en ambos casos se hallaría en el centro de las hostilidades y podría terminar arrasada, en una reedición ampliada de 1945. Enfrentar a EE. UU. pero no a la URSS sería menos peligroso, si ese país sigue en la línea "débil", y permitiría vengar la derrota y el bombardeo atómico de la última guerra.

Más natural parece la actual infiltración pacífica en las grandes islas del Sud, hasta Indonesia, pero tendría que compartir esos mercados con China, sin esperanzas monopólicas para el futuro.

La otra posibilidad es asociarse a algún país grande pero con industria insuficiente, como India, Brasil o partes del bloque árabe; pero eso molestaría mucho a las grandes potencias que ya tienen su pie en ellos.

En resumen, creemos que Japón no tiene viabilidad como gran potencia, y que su política más probable es el oportunismo "serio": prepararse para todas las alternativas mencionadas y decidirse por una sola si las circunstancias se presentan favorables. Por ahora, esto sugiere un acercamiento gradual a China y al bloque árabe.

9. — **El Tercer Mundo.** El primer punto a destacar es que este Tercer Mundo es tan heterogéneo en sus problemas, en su población y sus recursos, que sólo se justifica tratarlo en conjunto para los fines de este capítulo, ya que su papel en el marco geopolítico de los últimos 25 años y de los próximos 10 ó 20 por lo menos, presenta bastante mayor homogeneidad (lejos de ser completa).

Son casi todos países pobres y con grandes diferencias internas de ingresos, disimuladas todavía muchas veces por la lucha común por la independencia política o económica. Los viejos problemas coloniales se han resuelto ya en 1975, o tienen solución inminente. En cambio surgen siempre nuevos problemas nacionales que se expresan ahora mediante el separatismo o partición: los casos mayores de los últimos años son Bangla Desh, Nigeria y Etiopía —éxito, fracaso e indeciso, respectivamente—, pero hay varios casos menores como el de Chipre (no incluimos a Israel en el Tercer Mundo).

Las etnias africanas han sido tan bestialmente divididas por los límites políticos impuestos por los imperialistas, que harán falta 5 ó 10 años para encontrar una solución que concilie esas necesidades con los nuevos intereses económicos y políticos. El problema de las minorías se complica más cuando una de ellas es blanca, como en Rhodesia o Sudáfrica. Habrá que ver qué éxito tiene el método sudafricano

cano de crear islas de autonomía tribal dentro de su territorio.

Por el momento el Tercer Mundo está unido por un débil antiyanquismo y un deseo mucho menos débil de imitar el modo de vida yanqui, todo con las excepciones debidas. Su solidaridad es ilusoria y se mueve al compás de los intereses económicos del momento y el lugar, pero tiene firmes y constantes expresiones verbales *, y un aparato institucional cada vez mayor, que por ahora sólo sirve para mantenerlo en comunicación constante.

En los problemas de política económica, el Tercer Mundo no ha dado aún la menor muestra de creatividad, y hasta en las instituciones especialmente creadas para defender sus intereses "frente al imperialismo", como la UNCTAD, sólo se oyen repetir los consejos dados por expertos nacidos o educados en los países imperialistas. De ahí la histeria exportadora, el pesimismo sobre la sustitución de importaciones, el reducir la política tecnológica a una cuestión de "términos de referencia" bien redactados y otras propuestas igualmente favorables en realidad a la dependencia y a las empresas transnacionales, como indicamos en el Cap. I. Sólo los países petroleros fueron capaces de un acto crucial contra esos consejos, al aumentar sus precios de exportación.

Lo que realmente une al Tercer Mundo por ahora es que está colonizado culturalmente, tecnológicamente, científicamente y en sus expectativas de consumo por los mismos países de cuyo dominio político formal se acaba de independizar.

Con respecto a las grandes potencias, el problema colonial ha sido reemplazado por el de elegir el mejor candidato a la hegemonía mundial. En efecto, por más que la mayoría de estos países se dicen "no alineados", es hoy evidente que les resulta cada vez más difícil no inclinarse hacia alguno de los tres grandes, EE. UU., URSS o China. Todo el Sudeste de Asia es hoy un buen ejemplo de ese juego de presiones por conseguir satélites (ya no más colonias: salen demasiado caras). El fin de la guerra vietnamita podría describirse como que "estalló la paz".

* Ejemplo típico: el gobierno de mi país, después de reclamar enérgica y hasta agresivamente solidaridad con los pueblos amenazados por el hambre —en la Conferencia Mundial de la Alimentación 1974— y denunciar al imperialismo, pidió no menos enérgicamente mejores precios para los productores de alimentos, como mi país. Ningún representante de los pueblos hambrientos le preguntó cómo compaginaba la solidaridad con el encarecimiento de los alimentos. Un espíritu simple creería que la solidaridad en este caso consiste en que Argentina regale o venda más barato a esos pueblos los excedentes de alimentos que produce o puede fácilmente producir, y que en todo caso pida mayores precios para las exportaciones de esos países necesitados, para que puedan comprar alimentos. Pero como los representantes diplomáticos y tecnocráticos del Tercer Mundo no son en general espíritus simples, el delegado de mi país fue felicitado y su discurso difundido elogiosamente por la prensa internacional.

Es indudable que las necesidades de la defensa nacional de sus países-matriz son las que siguen orientando a los principales partidos marxistas del Tercer Mundo, que actúan como otras tantas empresas transnacionales en cuanto a usar a nuestros países sin preocuparse de nuestros intereses. En una escala menor, la misma Cuba sigue esa estrategia de subsistencia política, y por respetables que sean sus avances internos contra la opresión, no podemos negar que en su política internacional ha sido un adherente más de la "Realpolitik"; la derrota de su estrategia guerrillera no puede ignorarse con un "pase a ganancias y pérdidas". Sin embargo, su tratamiento de gobiernos reaccionarios ha sido menos cínico que el de las grandes potencias (aunque los argentinos no podemos agradecer su tratamiento tan amable al gobierno lopezreguista).

Ideológicamente el Tercer Mundo es un revoltijo a la espera de que surja algo nuevo. Predomina el desarrollismo de las clases privilegiadas, pero sin mucha convicción, vistos los problemas que se presentan a las naciones más desarrolladas. Los rebeldes están todos orientados por ahora por alguna forma de marxismo, pero con excepción de Cuba e Indochina, éste no se ha impuesto o no ha resultado eficaz donde se impuso. En los últimos 25 años no se notan avances masivos del marxismo, aunque si la proliferación de pequeños grupos muy activos, a imitación de los cubanos. Tuvo en cambio derrotas graves, como en Indonesia y Chile, y enfrenta dificultades serias en Portugal.

Hasta hace muy pocos años podía decirse que el nacionalismo era la idea más capaz de movilizar a los pueblos. Superado formalmente ese problema con la independencia política de todas las colonias, se inicia un compás de espera que sin duda no será largo y que deberá tener fuertes componentes populistas. De inmediato, el populismo parece ser la solución de compromiso más viable para todos aquellos países donde hay algo que repartir. Los demás tendrán que sufrir una época de autoritarismo que imponga "austeridad". Pasada esta década de desorientación, este autor cree que algo parecido a la filosofía constructiva y al proyecto SNC comenzará a difundirse cada vez con más vigor.

Políticamente lo que nos muestran los últimos 15 años no es muy alentador (véanse los cuadros en el capítulo IX). Podemos resumirlo así:

Hegemonía casi total de las fuerzas militares, con una posición desde la extrema derecha hasta el centro-izquierda populista en lo interno, y débilmente nacionalista en lo externo. Hubo algunas golpes militares de izquierda fracasados (Venezuela), y otros que todavía se mantienen (Portugal). Dos gobiernos socialistas con apoyo electoral fueron derribados por golpes militares (Indonesia y Chile). Se dio también el caso de gobiernos militares que reconocieron

su incapacidad y entregaron el poder a movimientos conservadores (Argentina y Grecia). La mayoría de estos gobiernos militares son inestables, pero son reemplazados por otros similares. Los más duraderos hasta ahora: Paraguay, Haití, Brasil, Perú, España, Egipto, Birmania.

Los movimientos juveniles, armados o no, casi nunca han tenido éxito por sí mismos, pero a veces son aprovechados por otras fuerzas políticas como pretexto para sus propias maniobras. Sin duda ellos deben clasificarse en antes y después de la revolución cubana, arquetipo excepcional en todo sentido, en primer lugar por sus líderes y luego por la falta de antecedentes, que le permitió sorprender al enemigo. Desde entonces el más importante numéricamente fue el de Ceilán, aplastado por un gobierno "democrático" con ayuda de EE. UU., URSS, India y varios otros países. El mayor por sus efectos fue el golpe preventivo intentado por la izquierda indonesia, que dio pie a una increíble represión militar (más de medio millón de muertos).

Los gobiernos africanos de tendencias algo socialistas han ido cayendo poco a poco: Guinea, Ghana, Sudán, Congo (Lumumba), Argelia (Ben Bella), etc. En otros, como Angola, la lucha recién se inicia.

Se nota una tendencia a dialogar con Sudáfrica y Rhodesia, antes totalmente excomulgados, que es parte de la actual política del "pluralismo ideológico" mundial, buen síntoma de la falta de convicciones profundas en todos los campos. Desde aquí hasta fin de siglo, en resumen, el principal papel del Tercer Mundo es de caldo de cultivo de nuevas ideologías Económica, política y militarmente cuenta poco, con la salvedad de que el Mundo Árabe puede aparecer como factor desencadenante de acontecimientos mayores, debido tanto a su control momentáneo del petróleo como a su situación geopolítica especial en una importante región disputada por EE. UU. y URSS. Sólo un incremento súbito del hambre —por factores climáticos o desorganización— podría convertirlo en epicentro de terremotos geopolíticos.

En el sector social debe esperarse una modernización refleja, gradual e incompleta, de las mayorías, con formación de mayores masas de marginales urbanos y rurales. La TV pasará a ser el arma principal de integración conformista y educación-lavado cerebral. A este respecto una importante batalla, todavía no ganada del todo por el imperialismo, será la conexión del Tercer Mundo a la red de satélites de comunicaciones, que oficiará como censor ideológico con guantes de terciopelo.

Gran parte de lo que suceda dependerá de la dirección en que marchen las grandes masas campesinas, todavía mayoritarias en el Tercer Mundo, y que están despertando tanto a la emancipación como al desarrollismo. La prédica entre ellas pasa a ser fundamental para el futuro del socialismo.

10. — Por superficial que sea el análisis que hagamos en los próximos capítulos, necesitamos subdividir un poco este Tercer Mundo. Por sus vínculos geográficos, étnicos o culturales podemos distinguir en él ciertos grupos de países que probablemente tengan una evolución similar o al menos coordinada, aun dentro de la heterogeneidad que subsiste en cada uno, y que en varios casos ya están ligados por instituciones supranacionales, regionales. Una posible clasificación es:

América Latina (agrupados en la OEA junto con EE. UU.).
Mundo Árabe (de Marruecos a Pakistán, mejor llamado "mundo Islámico").

África Negra (agrupados en la OUA junto con varios países árabes africanos).

Mundo Hindú (India, Bangla Desh, Sri Lanka, Nepal, etc.).

Indochina (incluso Birmania).

Islas del Sudeste de Asia, o ISEA (Indonesia, Nueva Guinea, etc., hasta Filipinas).

Quedan algunos países relativamente pobres de Europa, que hemos incluido en ésta aunque se dicen tercermundistas (como Yugoslavia, uno de los fundadores de ese bloque).

Los países del ex Commonwealth británico —Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Sudáfrica— no deben incluirse en el Tercer Mundo, sino más bien asociarse a los EE. UU., lo mismo que Israel, hasta que las circunstancias los obliguen a cambiar de bloque.

Intentemos una brevísimas descripción en términos de lo que nos interesa.

Mundo Árabe Islámico. Está en pleno boom petrolero, que comenzó bastante antes de 1973 y puede durar 5 ó 10 años más, pero del cual no todos sus componentes participan por igual (así Egipto, con pretensiones de ser su líder político, no tiene petróleo). Por su ingreso medio ya no podrían considerarse subdesarrollados, sino más bien nuevos ricos. Si lo saben utilizar convenientemente lograrán un nivel de industrialización que los lanzará en plena vía desarrollista a pesar de lo poco adaptadas que todavía están a eso sus poblaciones. Su talón de Aquiles económico es la escasez de tierras cultivables, frente a su población creciente.

Tienen un vínculo evidente en la religión musulmana, pero no es muy fuerte debido entre otras cosas a los cismas históricos que ella sufrió, y que separan sobre todo a Irán, uno de sus miembros más poderosos y con mayores recursos no petroleros, además de petróleo. Irán tiene además un legado histórico glorioso no tan lejano como Iraq, Siria, Egipto o Libia, lo que facilita sus actitudes no siempre coincidentes con el resto del bloque. De todos modos han mostrado todos una solidaridad fuera de lo común con respecto al problema israelí, que disimula por ahora su heterogenei-

dad política: nacionalismo populista, autocracias, socialismo "Baath", amigos de Rusia, EE. UU. y hasta de China (Pakistán). Han tenido líderes notables y poco ortodoxos como Nasser, Ben Bella y el mismo Kadaffy, lo cual permitiría esperar cierta originalidad en el uso de sus nuevos recursos, pero todavía no se la ve.

Su característica social común es la gran diferencia de nivel de vida entre los privilegiados y las mayorías. No se ha resuelto siquiera el problema del hambre.

Su papel mundial es importante, a corto plazo, como posible detonante de alguna crisis mundial a través de su control apreciable del comercio petrolero y su conflicto con Israel. No parecen en cambio, ni por sus problemas a resolver, ni por sus características, destinados a ofrecer al mundo un nuevo estilo, ideología o modelo inspirador. En una edad oscura, sin embargo, su religión podría difundirse bastante más que otras, pues su moral práctica inspira más seguridad y confianza. No hay que olvidar que —junto al budismo— es lo que más éxito ha tenido al competir con otras religiones superiores.

En África tienen como desafío al desierto, y detrás de él a su viejo coto de caza de esclavos, tentación imperialista pero de alcance limitado.

África Negra. No tiene todavía política económica propia, su modernización es deforme y su producción será insuficiente durante mucho años. Tiene que resolver el problema de los límites políticos versus los étnicos, las minorías blancas de alto nivel, y la posible presión árabe desde el norte.

En la década del 50 sus líderes hablaban un lenguaje socialista, que no llevaron a la práctica. Desde la fácil derrota de Lumumba hay más preocupación por llegar a una sociedad de consumo, por lo menos para las clases urbanas. Este es un desafío para el cual África está mal preparada técnica y económicamente, y trabada por los problemas políticos. Pocos de sus países —Tanzania es una excepción tal vez— parecen siquiera percibir lo que está en juego.

Todas esas dificultades, junto con la flexibilidad de un medio rural que está recibiendo de golpe una mezcla de poderosas influencias ideológicas, hacen de África una fuente potencial de nuevos estilos o ideas importantes. Que eso cristalice o no, depende más que nada de la aparición de algún Mahoma o Marx de la selva. Salvo esta posibilidad, África no parece destinada a tener influencia importante sobre el resto del mundo antes de fin de siglo. Por ahora, su problema geopolítico es elegir entre URSS y China; esa elección no parece que vaya a ser muy pacífica en general.

Mundo Hindú. Los tres países principales —India, Bangla

Desh y Sri Lanka— tienen una historia con mucho en común, comenzando por sus religiones principales y terminando por el dominio inglés, que ha dado a sus clases dominantes una cultura homogénea. En los tres se habla mucho de socialismo (pero todos tienen oposición armada de izquierda), que se ha concretado sólo en un parcial capitalismo de estado en la India y un populismo general. Políticamente son todavía inestables, como se ha visto en 1975 en India y Bangla Desh.

Su principal desafío es el lastre de una enorme población hundida en la miseria, y la falta de nuevos recursos naturales que explotar. Las tierras de la India llevan muchos siglos alimentando a centenares de millones, y la tecnología moderna ha tenido allí pocos éxitos en restaurar su fertilidad, en parte por su costo y otros defectos intrínsecos, y en parte porque no es asimilada o aun aceptada por la población. India ha sido el gran experimento tecnocrático de posguerra, con ayuda desarrollista abundante y de todas partes del mundo, y los resultados son muy pobres. La modernización al estilo occidental ha mejorado algo las cosas pero no soporta la comparación con lo ocurrido en China, que comenzó aún en peores condiciones económicas. Bangla Desh no tiene ni siquiera eso, y el hambre masiva es allí permanente.

Todo el mundo está de acuerdo en que para responder a este desafío es imprescindible un cambio en la actitud del campesino y en las fuerzas productivas —es decir, un cambio de estilo—, pero por supuesto no hay acuerdo sobre el nuevo estilo ni sobre la manera de implantarlo. Si los grupos dirigentes no dan una respuesta pronto, el incremento de población y hambre producirán su propio cambio. El más probable parece el estilo "oscuro" a la espera de una respuesta definitiva; en efecto, ninguna de las fuerzas políticas usuales parece tener capacidad de movilizar organizadamente a esa inmensa e inerte población, y lo más efectivo que puede esperarse es una partición territorial y política que permita hacer diversos ensayos en regiones más limitadas y fáciles de manejar.

En resumen, esta región, la de mayor miseria de todas las que hemos definido, y que es importante para el mundo por su enorme población, ha servido hasta ahora para mostrar el fracaso del desarrollismo, y no promete de inmediato ninguna otra respuesta. La inercia de esta sociedad —de raíces claramente ideológicas— parece exigir primero alguna sacudida, desorden o edad oscura como caldo de cultivo para un nuevo estilo. No parece tampoco posible imponerle uno desde afuera, salvo en la limitada medida en que lo hizo el imperio británico. Por último, tampoco se les nota tendencia alguna a irrumpir como marginales pacíficos o belicosos en sociedades más ricas (a lo que contribuye su aisla-

miento geográfico). La próxima década tiene que mostrar algún movimiento en la tierra de Gandhi; puede que llegue a ser la "década india".

Mientras tanto, tiene que confirmar o cambiar con más énfasis su posición frente a China y URSS, para cuyo conflicto potencial es un factor de gran importancia.

En resumen, en todo respecto, es la región que más incertidumbre ofrece a corto plazo.

Indochina. Ha existido desde la Guerra Mundial en condiciones anormales, por el continuo estado de guerra civil o de independencia, pero la organización y claridad de objetivos logrados de esa manera hacen pensar que vencerán fácilmente sus problemas económicos en el futuro próximo, dado que no les faltan recursos naturales propios o en sus vecindades, y que sus recursos humanos, desde bases hasta líderes, han dado suficientes pruebas de su capacidad y voluntad.

Esta misma capacidad de respuestas o los desafíos allí visibles nos hace pensar que no deben esperarse grandes novedades: un socialismo no muy alejado del modelo chino es lo más probable —a pesar de la gran influencia soviética actual—, y dará resultados suficientemente satisfactorios como para no pensar en nuevos cambios y gozar de la paz después de tantos años de guerra. Por sus características más normales que China o Rusia en cuanto a tamaño y recursos, y menos satelizadas que los países de Europa Oriental, serán campos de experimentación del socialismo más útiles que los anteriores, para el resto del mundo, siempre que su fase actual de conflictos definitorios no se vuelva muy aguda.

El vuelco político debería reforzar el socialismo en Birmania, que a pesar de su aparente aislamiento siempre tuvo fuerte comunicación con Indochina.

Más dudoso es el futuro papel de Tailandia, que podría seguir siendo pro-EE.UU. por varios años, con la consiguiente aparición de una oposición interna armada.

ISEA. (Islas del SE de Asia), cuyo principal país es Indonesia, muestra en menor grado características similares al mundo hindú: gran población, gran miseria. Sus perspectivas desarrollistas son igualmente negras, salvo que se asocian a Japón en condiciones no coloniales, o al Mundo Árabe (si consiguen ofrecerle algo que les interese).

La salida "socialista" está descartada por un tiempo, debido al gran fracaso del gobierno Sukarno en Indonesia (una demostración más de que es más fácil tomar el poder que usarlo para construir el socialismo). Pero en esa región del mundo, donde la influencia china crece y la norteamericana disminuye, el antisocialismo tampoco es solución estable, y ya se notan acercamientos a China (como el de Filipinas).

Como también Nueva Guinea y Filipinas tienen problemas políticos-étnicos-religiosos serios, todo este grupo necesitará 5 ó 10 años para resolver conflictos poco fértiles antes de buscar respuesta al desafío de la subsistencia, y entonces Japón o China serán sus modelos más probables. Mucho dependerá del éxito que haya tenido mientras tanto el socialismo en Indochina. No se ven motivos para esperar que surja allí ningún estilo propio en este siglo, hasta que el campesinado se organice desde abajo.

La presencia de Australia, sociedad rica y tan cercana, presenta una posibilidad de infiltración marginal para los excedentes de población de estos países, que hasta ahora no se ha dado. En tal caso puede surgir allí una nueva fuente de conflictos bélicos. La posición de Australia y Nueva Zelanda es muy débil, mucho más que durante la última guerra, y tendrán que resignarse a perder muchos privilegios.

11. — **América Latina.** En resumen, nosotros los latinoamericanos tenemos pocas fuentes de inspiración en el resto del Tercer Mundo. Aparte de los grandes modelos —China, URSS, EE.UU.—, vamos a encontrar los ejemplos más estimulantes entre nosotros mismos.

En esta región —grande, no demasiado poblada y de suficientes recursos naturales, cuyos datos estadísticos el lector conoce de sobra— se ha dado una variedad de formas políticas y ensayos de reforma social bastante originales y dignos de estudio, tanto por sus éxitos como por sus fracasos. Cuba, Perú, Chile, Argentina y Brasil —y México hace 60 años— son los que más han llamado la atención, por diferentes motivos, pero en todos encontraremos importantes enseñanzas y cualquiera puede pasar al primer plano con nuevas propuestas en cualquier momento. Es la región de la tierra que da mayores señales de inquietud y voluntarismo, y si bien es posible que eso termine sólo en fuegos artificiales, tenemos derecho a ser más optimistas y confiar en que aparecerán mejores estrategias que las hasta ahora propuestas para alcanzar los grandes objetivos humanos.

A. L. tiene un ingreso medio nada despreciable; mal distribuido —tanto entre las naciones como dentro de ellas— pero no en el grado casi intolerable de otras regiones del Tercer Mundo.

Nuestras ciudades son modernas y la mitad de nuestra población vive en ellas. Varios países tienen ya amplia experiencia industrial. La televisión no es desconocida casi para nadie. Las diferencias nacionales son menores que en otras partes. Tienen fuertes vínculos históricos con pruebas de solidaridad poco comunes, como la gesta de Bolívar y San Martín (¡que no terminó violentamente!). Hay pocos conflictos, ninguno grave. La mayor sombra interna, antigua y actual, es Brasil, el más diferente por su tamaño, idioma, historia y

aspiraciones. Por suerte su capacidad militar ha sido tradicionalmente muy limitada —sus muchos triunfos han sido diplomáticos— y aunque todos sus vecinos sudamericanos le desconfían, nadie toma en serio todavía sus pretensiones hegemónicas. Ni como potencia autónoma ni como "gendarme del imperialismo" es probable que Brasil sea muy eficaz, en este siglo, dados sus problemas internos y sus antecedentes históricos.

Esta comunidad de historia e intereses no significa que sea probable —ni deseable— la unificación política o la integración económica. Los intentos hechos hasta ahora —ALALC, Pacto Andino— no han sido muy exitosos que digamos. Es muy dudoso que el año 2000 nos vaya a encontrar "unidos o dominados"; muchos pensamos que el peligro está en ser dominados a través de la unión, a menos que ésta no sea sólo política o aun económica. La unión de países con proyectos nacionales diferentes es imposible, salvo formalmente, y en este caso sólo lleva a la esterilidad pues no se puede tomar decisiones firmes sobre problemas importantes; peor aún, en estos casos se hace sentir con más facilidad la presión de nuestros enemigos externos. Una OEA sin EE.UU. no mejoraría nuestro poder de decisión. Además, la integración económica sin un firme proyecto común sólo puede servir para facilitar la penetración de las empresas transnacionales, directamente o a través de agentes nativos, dado que el mayor tamaño del mercado estimulará el uso de tecnologías que sólo ellas poseen.

La pregunta previa es "¿unirse para qué?", a contestar a un nivel mucho más concreto que el de "lograr la dignidad humana", o "el hombre nuevo" o "defendernos del imperialismo". Hasta que no se baje a ese nivel intermedio en que hemos propuesto definir un Proyecto Nacional, o algo similar, esa unión servirá para cualquier cosa; muy probablemente para lo que les sirve andar juntas a las sardinas: para que el tiburón las trague juntas.

La unión no hace la fuerza, salvo cuando primero se le han definido objetivos concretos: construir tal pirámide, ganar tal guerra, responder a tal desafío.

¿Cuáles son los desafíos que se plantean a nuestra región? Los de subsistencia no son graves y pueden resolverse a corto plazo. Nótese que aunque muchos de nuestros países importan alimentos —o deberían hacerlo si se elevara el nivel nutricional de la mayoría—, la región en conjunto exporta; tiene excedentes, y podría tener más sin mayores dificultades. Es una cuestión de distribución, más que de producción, y por lo tanto ideológica, política, más sujeta a la voluntad humana (a diferencia de lo que pasa en Bangia Desh o la India, por ejemplo).

No hay amenazas de invasión extranjera, aunque puede ha-

berla más adelante si nuestros grandes espacios vacíos tienen a los países superpoblados.

El mayor problema, para el conjunto de la región, es la opresión, la injusticia social, los privilegios exagerados de minorías dominantes, la necesidad de emergencia de las etnias dominadas brutalmente desde la conquista. A este respecto los esfuerzos que hacen los países son muy desparejos en intensidad y orientación: sólo Perú está tomando este problema con cierta seriedad (pero con poca eficiencia). El desafío ideológico, la alienación, no es más sentido por el pueblo americano que por otros, pero empieza a despertar interés entre sus intelectuales. Algunos discursos de Fidel Castro, documentos del Che Guevara, declaraciones de dirigentes peruanos sobre participación popular, la inquietud por dar un contenido concreto y actual a la idea de un Hombre Nuevo —que hasta ahora sólo tenía interpretación heroica, a través de la guerrilla— y otros síntomas pequeños pero positivos que se detectan recorriendo el subcontinente, permiten suponer que este problema será tenido más en cuenta en el futuro próximo, en función de su importancia para resolver los otros: sin participación popular profunda, sin militancia esclarecida y creativa, el camino al socialismo se hace muy costoso y dudoso, aun disponiendo de mayor poder que en Chile, por ejemplo.

De todos modos, ninguno de estos problemas es muy agudo o catastrófico, salvo en zonas muy limitadas y aisladas, como lo demuestran tanto el éxito de regímenes populistas como el fracaso de los focos guerrilleros y otros tipos de "detonantes" ensayados por numerosos grupos pequeños en todo tipo de lugares y condiciones. Especialmente instructivo es el poco eco de movimientos obreros "clásistas" muy bien organizados en Argentina (1970 y 1975).

Los partidos políticos mayoritarios de nuestros países han evolucionado muy lentamente desde la época en que identificaban democracia con EE.UU. —que tuvo su máximo durante la lucha antifascista— e ignoraban los problemas de política económica, pero algo se adelantó.

Así los dirigentes latinoamericanos tuvieron su último acto de ingenuidad colectiva cuando Kennedy propuso la Alianza para el Progreso (1962), creyendo de esa manera contrarrestar el encanto de la revolución cubana. El fracaso de esa estrategia produjo fuerte impresión en todos los partidos políticos, y desde entonces hasta los mejores aliados de los EE.UU. desconfían de la inteligencia y viabilidad de sus propuestas. Hemos pasado a la etapa en que todos están obligados a hablar de Liberación y antiyanquismo y hasta se dictan leyes contra los beneficios excesivos y otras formas de penetración de las ETN.

Estas muestras de independencia —la última, el descongelamiento de Cuba— aumentan a medida que se notan más

síntomas de la debilidad imperial. Vietnam y la baja del dólar han sido lecciones difíciles de olvidar.

La reorientación general de esos partidos mayoritarios no puede ser más que hacia el populismo, ya que los intereses de sus burócratas no son compatibles ni con el socialismo ni con el fascismo (que eliminaría los partidos clásicos). Su mayor preocupación es "mantener la institucionalidad", pues no tienen nada que ofrecer, fuera de candidatos electorales. La política populista tiene viabilidad por varios años en algunos países, dada la situación mundial que hemos descrito y las condiciones relativamente privilegiadas de A. L. por tener sólo problemas crónicos y sin señales de agudizarse súbitamente. El populismo puede sostenerse mientras haya algo material que repartir, aunque sea poco, mientras el pueblo sienta que disminuyen ciertas diferencias sociales —que ya no se lo trata como a una especie inferior y que los "oligarcas" protestan— y mientras no perciba la falsedad de las campañas de relaciones públicas —demagogia— que con grandes medios mantienen los nuevos grupos privilegiados.

No olvidemos que el populismo es compatible con una cantidad de medidas contra el viejo tipo de imperialismo (pero que no hieren fundamentalmente los intereses de las ETN, dada su nueva estrategia, que ya hemos explicado). La Liberación es una hermosa bandera de lucha que contribuirá a confundir a muchos que no han aprendido todavía que lo necesario no es siempre suficiente, y menos cuando en vez de hacerse a fondo queda a nivel de propaganda.

La aparición de problemas inesperados —como ocurrió hace pocos años con la rebeldía juvenil, y como podría ocurrir mañana con las tentativas de "emergencia" de ciertas etnias hundidas, o más probablemente como reflejo de sucesos de orden mundial —es lo que más puede molestar al populismo, dada su poca capacidad técnica y de maniobra.

Pero cuando no hay qué repartir, ni se vislumbra un aumento de recursos, o cuando se ha repartido ya todo lo compatible con el actual sistema social, el populismo fracasa y es reemplazado por autoritarismo. Este debe ser tanto más fuerte cuanto mayores eran las expectativas despertadas.

Los ejemplos de Uruguay, Argentina y Chile, países donde las clases trabajadoras fueron mejor tratadas que lo usual, indican una tendencia al fascismo bastante explicable. Lo mismo ocurrió en Brasil hace 11 años, simplemente por las expectativas despertadas, ya que allí jamás hubo redistribución de ingresos apreciable. Por esto mismo, en ese país es posible —aunque poco probable— un ensayo populista débil, basado en los aumentos de capacidad productiva logrados en este periodo autoritario. Paraguay deberá hacerlo en cuanto se debilite el gobierno actual por cualquier motivo.

El mapa político sudamericano actual parece desastroso para

el socialismo, pero no es necesariamente así, ya que contiene más fuerzas disgregantes que consolidantes. Por el contrario, puede haber grandes oportunidades en pocos años.

12. — Las empresas transnacionales (ETN)

Siendo estas empresas un enemigo claramente percibido por los amigos de la independencia económica y del socialismo, podemos ahorrarnos dar su descripción detallada y estadística, enviando a la abundante y valiosa literatura sobre el tema aparecida en los últimos años; es uno de los temas favoritos de la izquierda clásica y "nueva". Sin embargo, haremos una descripción general para ubicar a este actor en nuestro marco histórico.

Las ETN son empresas muy grandes, con ramas, filiales, socios o agentes en muchos países. Se ocupan de desarrollo, producción, comercialización, transporte y financiamiento de una gran variedad de bienes y servicios. Tienen una estructura de dirección y planeamiento centralizados, basados en un manejo muy completo y veloz de la información mundial; y gestión descentralizada a veces en grado apreciable, pero siempre jerárquica, autoritaria y controlada. Sus beneficios fluyen en su mayoría a un país determinado, donde se halla la dirección central, y con cuyo apoyo diplomático cuentan (pero pueden luego ser redistribuidos a otros países, a través de inversiones o del pago de dividendos a accionistas). Por último, tienen financiamiento propio.

Crecen por inversiones directas, aportando equipos y procesos propios, pero también por absorción de empresas locales ya existentes. Controlan a muchas otras asignándoles la tarea de producir piezas o partes aisladas, de las cuales son únicos compradores (se forma así un "colchón" de empresas subordinadas que cargan con buena parte de los problemas laborales y financieros).

Controlan a muchas otras mediante contratos de uso de marcas o de patentes. Controlan buena parte de la demanda por su gran capacidad publicitaria; ellos son los grandes clientes de los medios de difusión que viven de la publicidad, lo cual les da influencia sobre éstos. A través de sus abogados y otros representantes se infiltran en los sectores políticos y estatales, de una forma tal vez más eficaz que la presión económica directa, aunque siempre apoyada en ésta. Muchos Ministros de Economía de países importantes han estado, y están, ligados directamente a esas empresas, sin hablar de los casos de coimas o sobornos. Tienen un peso enorme también en las asociaciones gremiales, tanto de obreros como de patrones. Afieren tratar con sindicatos bien organizados y gobiernos fuertes.

De este arquetipo hay muchas variantes: ETN de campo limitado, como eran hasta hace poco las petroleras. Otras

que ponen cada vez menos énfasis en la producción, reservándose sólo el ensamblado final de piezas, producidas en países diferentes. El énfasis en comercialización y desarrollo tecnológico es una característica muy actual (lo que hace muy difícil introducirse en el mercado mundial si no es asociándose con ellas). Quedan pocas ETN especializadas en finanzas —bancos, seguros, etc.—; casi todas forman parte de otras mayores.

Las ETN soviéticas son muy pocas, pequeñas y atípicas, pero las diferencias tienden a disminuir. La producción local se hace sólo en el sector servicios —desde circos y ballet hasta asesores en instalación de fábricas o construcción de diques—, y no hay propiedad formal de fábricas de bienes en otros países, lo cual además sería muy difícil pues como dueño debería figurar el gobierno soviético. Todas las empresas soviéticas actúan en el exterior como una única ETN estatal (esto puede cambiar si sigue la tendencia a incorporar costumbres empresocéntricas del mercado capitalista), que sigue la moda que ya hemos señalado: concentrarse en comercialización y tecnología y delegar la producción en empresas que formalmente son propiedad de otros pero que están controladas a través de insumos, comercio, patentes, etc. Reciben sus beneficios a través de precios injustos en el comercio exterior.

Así funciona el neoimperialismo soviético en los países del COMECON, a los cuales no extrae excedentes vía beneficios de filiales —o sea vía propiedad del capital— sino vía comercio exterior y financiamiento de todo tipos. Esta actividad empieza recién a expandirse más allá del "mundo socialista", pero a una velocidad por ahora mucho menor que la inversa ya que la URSS está siendo invadida por ETN de varias nacionalidades, en todos los sectores de producción.

Las ETN no sólo cuentan con el apoyo diplomático —y militar si hace falta— de su país matriz, sino que han promovido o facilitado la creación de otro aparato que sirve a sus muchos intereses comunes. Son instituciones internacionales o multinacionales —IMN de diversos tipos, sin objetivos de lucro, sino por el contrario muchas veces de coordinación, o ayuda a países "subdesarrollados", científicos, etc., etc. Algunos ejemplos: Naciones Unidas, OEA, OECD, UNESCO, BID, Banco Mundial, FMI, OIT, Junta Interamericana de Defensa, Fundación Ford, etc., etc., etc.

Nominalmente son asociaciones igualitarias de gobiernos o sus organismos especializados y otras instituciones nacionales, o son privadas pero declaradas "de interés público", como las fundaciones científicas. Se supone que sirven para evitar la explotación de unos países por otros, pero en la realidad actúan atando las manos de los países débiles, quitándoles soberanía a través de los innumerables reglamentos que se comprometen a cumplir (pero que los grandes saben

eludir porque han sido preparados por sus propios expertos en los eternos "asesoramientos" que son la mejor prueba de nuestra inmadurez).

En esta pesada red de compromisos y presiones es muy difícil para un país tomar medidas drásticas contra las ETN, si no cuenta con el apoyo de la mayoría de los miembros, y esta, hasta ahora, siempre pudo ser manipulada por los países sede de ETN.

Por otra parte, en la mayoría de esas IMN, los países poderosos tienen influencia suficiente, a través de sus funcionarios y expertos, para que las decisiones sean siempre sesgadas en su favor. Y al convertir esas decisiones en problemas "técnicos" logran muchas veces sustraerlas a los debates políticos, públicos, y limitarlas al nivel de funcionarios.

Por supuesto no vamos a negar que estas IMN cumplen algunas funciones útiles para todos los países, pero en este momento histórico su papel principal es facilitar la acción de las ETN, y a través de ellas, de los países dominantes. Tradicionalmente se las ha considerado como instrumentos para mantener la paz y mejorar las relaciones entre los pueblos, obligando a todos a aceptar ciertas normas de convivencia, pero en los hechos estas normas sólo constriñen a los países dominados (no olvidemos cómo la ONU patrocinó la guerra contra Corea del Norte cuando le convino a EE.UU.). Podríamos incluso sospechar que el fracaso de la vieja Liga de las Naciones se debió a que en esa época las ETN era muy pocas, y la competencia imperialista se hacía directamente entre países y no a través de ellas.

Al nivel más alto de dirección estas ETN han dado origen a una aristocracia cerrada —lo cual se explica por la necesidad de poder tratar en confianza asuntos de trascendencia mundial—, vinculada por compartir acciones en varias ETN y por concentrarse en 3 o 4 grandes ciudades (únicas con facilidades suficientes de información).

Esta aristocracia no sólo tiene poder económico. Los políticos y hasta los gobiernos de nuestros países —y sin hablar de los que están directamente "vendidos"— están en inferioridad de condiciones frente a estas corporaciones gigantes y organismos internacionales. Como provincianos recién llegados a la ciudad, no sólo las ven más fuertes económicamente, sino que sólo allí encuentran concentrada la información, las conexiones, el poder. El presidente de un país de los nuestros está mucho menos informado que el de la General Motors acerca de lo que ocurre y lo que va a ocurrir en el mundo; es una superioridad intelectual que impone respeto, quita confianza en las propias fuerzas, estimula la subordinación. La influencia de los gerentes locales no es sólo debida a coimas y sobornos sino a que son como los embajadores de las grandes potencias: "están en la onda" de los destinos del mundo.

Este complejo de inferioridad ha disminuido últimamente, gracias a las muestras de debilidad que han dado las grandes potencias, pero sigue teniendo bastante validez. No hace falta tampoco detenerse mucho en los perjuicios que las ETN causan a los países donde se instalan. Los principales son:

- Dominan la economía y le imponen su tecnología, planes de producción, regionalización, etc.
- Dominan el mercado y le imponen un estilo de consumo dependiente de los países centrales, diversificado, orientado hacia los niveles de ingresos altos y medios; comunista, en fin.
- A través de su control del comercio internacional, precios y fletes; de las remesas de beneficios, y de la comercialización de bienes y de servicios especializados (venta de tecnología, marcas, experticia, etc.), extraen altos excedentes del país.
- Son las principales responsables de la creciente población marginada, a la que no necesitan ni como mercado. Ellas promueven también la actual campaña de terrorismo demográfico y de contaminación (mientras ubican en nuestros países sus industrias más contaminantes).
- Frenan los movimientos revolucionarios mediante una mezcla de desarrollismo y autoritarismo, y en caso de una revolución triunfante tienen no sólo medios directos (caso ITT en Chile), sino formidables presiones económicas de aislamiento. Para eso fomentan la distribución entre varios países de la población de piezas (industrias automotriz y electrónica), de modo que si uno de ellos se rebela, de nada le sirve expropiar esa empresa incompleta, y sufre la presión de los otros, a quienes está perjudicando, para portarse bien.
- En el largo plazo, el aspecto más negativo es su acción uniformizante: "venden" el mismo producto en todo el globo, y poco a poco eliminan así la diversidad cultural, salvo en sus aspectos más superficiales. No hay nacionalismo posible en un país dominado por estas instituciones.

Las ETN compiten entre ellas, sin duda, pero esta competencia no tiene hoy la ferocidad de los comerciantes aztecas o asirios, de los barones feudales, de los países imperialistas en la primera mitad de este siglo o de las viejas empresas comerciales e industriales. Nadie pretende ya monopolios, y las reglas del oligopolio se basan más en los acuerdos que en las guerras. Aun las empresas japonesas, las más recalcitrantes hasta ahora, han debido adaptarse por lo menos superficialmente a estas reglas de juego, y entran en asociaciones de todo tipo con las europeas, americanas y soviéticas. Esta fase de competencia puramente técnica y comercial ten-

drá sin embargo que endurecerse a medida que se acaban los nuevos mercados.

No hay ningún reparto riguroso del mundo, pero es evidente que en cada región hay un país o bloque preponderante. En América Latina todavía mandan las ETN norteamericanas, a pesar que EE. UU. mismo está invadido por empresas extranjeras. Japón se concentra más en las costas del Pacífico y en el SE de Asia; Alemania presta atención especial a África, etc., pero la facilidad de las comunicaciones modernas hace que ninguna de estas preferencias geográficas sea decisiva. Todo gran país tiene agentes en toda ciudad grande, que recogen constantemente informaciones sobre los mercados potenciales, y el que primero descubre una oportunidad la aprovecha, dondequiera que esté situada. Esa oportunidad no tiene por qué ser la instalación de una fábrica; hoy es más frecuente que la inserción comience por la formación de una sociedad mixta con un empresario local de buenas perspectivas, que se compromete a usar y producir sólo ciertas marcas y modelos.

13. — Algunos países pequeños han tratado de contrarrestar la acción de las ETN formando empresas pluri o multinacionales, es decir, con participación igualitaria de todos ellos, para integrar un capital de tamaño suficiente para producir en gran escala. El ejemplo del Pacto Andino muestra como estos remiendos están destinados al fracaso. En el mejor de los casos se logra constituir la empresa, pero como el mercado internacional sólo acepta tecnología de cierto tipo, está obligada a adquirirla, junto con los bienes de capital e intermedios que esa tecnología requiere. Queda así atada a algún grupo de ETN y nada ha cambiado.

Por otra parte, y como se ha hecho notar muchas veces, los empresarios locales no tienen nada que ganar resistiéndose a la penetración de las ETN. En estas épocas de inseguridad política en los pequeños países, asociarse de alguna manera a una ETN es una garantía difícil de rechazar, sobre todo cuando —aprovechando adecuadamente las devaluaciones— las ETN les pagan mucho más de lo que pueden esperar ganar en muchos años. Por el contrario los que logran interesar a las ETN son vistos con envidia, y los demás deben conformarse con subordinarse a ellas actuando como fabricantes de piezas, revendedores, etc., sometidos a todos los inconvenientes del monopolio. La empresa que no está ligada a ninguna ETN es marginal, y no tiene futuro.

A pesar de estas tendencias, no parece probable que las ETN lleguen a dominar el mundo. Es un sistema en su fase de expansión, pues puede decirse que empezaron a desarrollarse en serio, con sus características actuales, a partir del 50. Ya están agotando todas las posibilidades de ubicación en el mundo, y empiezan los problemas de fondo: lucha por los

pocos mercados restantes, de los cuales China es el único grande.

La otra manera de ampliar sus ventas sería dedicarse a producir bienes de consumo popular, pero para lograrlo en gran escala deberían resolver el problema de los bajos ingresos de las mayorías, cosa que el desarrollismo no es capaz de hacer, como hemos comentado varias veces.

Algunas ETN tienen como salida varios tipos de grandes gastos de infraestructura: armamentos, carrera espacial, saneamiento ambiental, reforma urbana, energía.

Si estas actividades adquirieran rápidamente un gran volumen en todos los países, darían empleo a mucha gente, que tendría entonces ingresos para comprar bienes de consumo y alimentar así a las otras ETN. La gran dificultad está en que esas obras infraestructurales requieren recursos que son muy escasos, y que no alcanzan para ellas y para las industrias de consumo. Este problema sólo puede resolverse por un cambio tecnológico de fondo —un cambio de estilo y de gran estrategia, en nuestra terminología— pero esto significa ni más ni menos que pasar a otro tipo de sociedad, más solidaria o más autoritaria.

Podemos esperar pues un aumento de los conflictos entre las ETN, que el Tercer Mundo podría aprovechar si estuviera preparado para ello.

En especial, la actual tendencia a dejar la producción en manos de empresas relativamente independientes y locales, para concentrarse en el desarrollo de nuevos bienes y tecnologías y el control de la comercialización, puede resultar favorable a nuestros países. En efecto, si apareciera una circunstancia internacional favorable y se pudiera tomar la decisión política, un corte total de relaciones con las ETN nos dejaría en posesión de los medios de producción de todos los bienes que necesitamos y mucho más; sólo perderíamos el derecho a los nuevos modelos, cosa que no debería preocupar a ningún pueblo no consumista. Habría sin duda problemas de abastecimiento de bienes intermedios especiales, repuestos, experticia, pero las dos guerras mundiales nos han mostrado que esas dificultades no son de vida o muerte, y en poco tiempo se las supera, aunque no sea a satisfacción de las clases de altos ingresos.

Recordemos también que las ETN presentan de manera aguda una contradicción típica del empresocentrismo, y es que empeoran el problema de los recursos naturales. En efecto, su motivación principal es crecer, producir cada vez más, y por lo tanto usar cada vez más recursos (el reciclaje de materiales, como la chatarra, sólo alcanza en un mundo estacionario).

Eliminar el consumo innecesario y dedicar esfuerzos a evitar el derroche de insumos y los subproductos nocivos es simplemente irracional para una economía de mercado. Sólo

adquierien racionalidad en un mundo organizado en base a objetivos de largo plazo (ver ET). La filosofía de las ETN tendrá pues que cambiar en las próximas dos o tres décadas, pero no necesariamente para mejorar, pues ese problema admite también una solución a la manera fascista (eliminación de la empresa marginal y del exceso de población). En rigor, y como hemos dicho varias veces, el futuro papel de las ETN puede ser estructurar una consolidación mundial fascista. Ellas son los mejores gérmenes de ese estilo que se conocen. Tienen todas sus características básicas: jerarquía autoritaria, planificación, escalafón y selección de su personal (mientras que un país debe aceptar como ciudadanos a todos los nativos). La gran empresa es la sociedad-hormiguero algo embellecida: esa es su principal amenaza a la humanidad.

14. — Resumen

— Estamos entrando en la etapa estatista, consolidante, de la sociedad industrial (con fluctuaciones). En la generación actual no hay que esperar nuevas maravillas tecnológicas en el sentido clásico; habrá mejoramientos graduales pero ese proceso se está desacelerando. La sociedad industrial ha perdido su creatividad revolucionaria y sólo es capaz de perfeccionar lo ya inventado. Eso vale también para su ciencia.

La nueva sociedad, para cumplir sus objetivos solidarios y creativos deberá producir revoluciones en la educación y la organización. Para eso son peligrosos los antecedentes ofrecidos por la sociedad actual: educación por aparatos y psicoanálisis; organización y planificación al estilo de las grandes instituciones autoritarias (ETN, fuerzas armadas). Basarse en ellos puede fácilmente traicionar los objetivos.

Se nota una fuerte tendencia en la juventud actual a confundir cientifismo con ciencia, y a despreciar ésta reemplazándola por métodos irracionales de decisión. A este extremismo, que podemos llamar "chantismo", debe oponerse el esfuerzo consciente por crear un nuevo estilo científico en función de los objetivos deseados, de la sociedad a construir.

— Al extenderse la institucionalización y la planificación por todo el mundo, resultan dos efectos de importancia. Por una parte una integración planetaria real —cultural y económica— que va quitando interés al nacionalismo en su forma actual (es sólo un criterio más para la distribución de ingresos, que se cruza con el criterio clasista y otros). Por otra, aumento de poder de burocracia y tecnocracia.* La clase obrera ha perdido por el momento su actitud revolucionaria, y asciende en la escala de privilegios liderada por

* Desde la difusión de las computadoras, la burocracia media tiende a tecnocratizarse.

sus propios burócratas. Es, además, una clase de crecimiento lento, que puede producir desheredados creativos.

Los marginales aumentan rápidamente en número y fuerza, y más aún en expectativas consumistas. No están en actitud revolucionaria pero podrían estarlo, en defensa propia.

Los campesinos están empezando a modernizarse y organizarse y su poder aumentará gracias a que controlan la producción de alimentos (pueden producir una "edad oscura" con sólo cortar sus envíos a las ciudades).

— La zona o sector militar —y el grupo social que predomina en ella— está extendiendo su poder a todas las demás zonas en todo el mundo, digamos en los últimos 50 años. El proceso es gradual pero continuo, y responde a una necesidad objetiva: un mundo tan complejo y poblado como el actual requiere un mayor acatamiento a las normas, y eso sólo puede lograrse por el peso de la autoridad o por la compresión del problema por toda la población.

Los únicos países cuyos gobiernos parecen creer en la posibilidad de la solución a través del pueblo —China y Cuba— también están obligados a aumentar el poder de sus fuerzas armadas, por motivos de defensa sin duda, pero participando así del panorama general. Esto no necesariamente conduce al autoritarismo, si es que previamente esas fuerzas armadas han sido limpiadas de sus tendencias autoritarias, pero por desgracia estas semillas retoñan como la mala yerba, en cuanto las circunstancias son propicias. De todos modos, durante un par de décadas por lo menos, ese grupo social, esa institución militar, no tiene capacidad suficiente para gobernar por sí sola.* Debe aliarse con algunos de los grupos o instituciones que tienen poder económico y administrativo, por lo menos. Candidatos lógicos, hemos dicho, son los sindicatos, las burocracias, la "alta burguesía" (dirigentes de las grandes empresas), y más adelante, tal vez la tecnocracia.

Un ejército en el poder sólo puede ser derribado desde "abajo" si se lo toma por sorpresa, si se divide, o si no se decide a usar las armas de que dispone, o es incapaz de hacerlo por corrupción de algún tipo. Si está alerta y decidido no hay manera de derrotarlo hasta que alguien invente alguna nueva arma de uso popular. Por lo tanto es esencial analizar los fenómenos que mantienen a un ejército alerta y decidido.

Por el contrario las operaciones militares se han limitado a guerras locales, desde hace 30 años y aunque hemos tenido algunos sustos —Corea, Cuba— el clima es totalmente

* Sin embargo es el grupo que más cambió desde la guerra; no solo su función —social, "antisubversiva", en vez de nacional—, sino su tecnología. Está movilizad, preparado para cualquier cosa.

distinto al de los primeros 50 años del siglo, en que se recurría a soluciones bélicas como cosa normal.

— Las perspectivas de guerra mundial para los próximos 25 años son pequeñas pero no despreciables. EE. UU. perdió la oportunidad de arrasar a la URSS y a China cuando tenía el monopolio atómico, y desde entonces su hegemonía militar ha ido disminuyendo en términos relativos hasta que hoy parece evidente que la guerra para ellos sería un acto de locura.

La URSS lleva 20 años de una política de descongelamiento externo e interno muy gradual pero perceptible. Su población no parece prepararse para la guerra sino para un mayor consumo. China, después de haber sido el máximo vocero de la revolución mundial hasta la desfenestración de Lin Piao, se ha volcado a la coexistencia pacífica, por lo menos con EE. UU. Japón no da señales visibles de revanchismo, y Alemania mucho menos.

Sin embargo el hecho que continúa la carrera armamentista y la polémica China-URSS, junto con el evidente temor a lo que puede ser China dentro de una generación, hacen necesario prever una guerra contra China como posibilidad permanente, aunque con probabilidad no mayor que un tercio, para dar algún orden de magnitud. Es el **escenario "bélico"**.

Para el caso de paz, el más probable, debemos distinguir dos escenarios, según como evolucionen internamente los EE. UU. Una renovación de su fase expansiva (después de un golpe autoritario), reavivada por mayor participación y competencia de Europa, URSS y Japón, o un retiro rápido de ese país a una esfera de influencia mucho más limitada: América, con actitudes similares de los demás "grandes".

La primera alternativa, que llamaremos **escenario "imperial"**, se caracteriza sobre todo por la intensificación del colonialismo cultural, y del económico a través de las ETN (de todas las nacionalidades), y el control de la marginalidad en los países más pobres por métodos fascistas. China seguiría siendo un mundo aparte, probablemente.

La segunda —**escenario "bloquista"**— daría una oportunidad para debilitar el colonialismo cultural, pero los intelectuales deberán hacer un esfuerzo consciente para ello. Las ETN deberán limitarse cada una a su bloque matriz, y estos bloques multinacionales aparecerán como actores de primer plano, a pesar de sus eternos conflictos internos (como los tienen hoy cada uno de los países). Políticamente la diversidad será también algo mayor. Habrá mejores oportunidades para ensayar Proyectos Nacionales no ortodoxos.

El escenario bélico significa para el Tercer Mundo la mejor oportunidad para un desarrollo propio si se la sabe aprovechar: la diversidad será obligatoria porque los países "modelo" estarán ocupados en otra cosa. Descartamos el escenario de destrucción total o casi total del mundo entero

porque por definición es innecesario estudiarlo, y porque es muy poco probable.

Como cuarto escenario, que llamamos "**oscuro**", se plantea una poco probable edad oscura por pérdida de estructuras institucionales y físicas, ocasionada por movimientos de rebeldía espontáneos, inorgánicos pero contagiosos, de grandes masas marginales o semimarginadas —entre ellas pueblos "emergentes"—, tanto campesinas como urbanas, o por catástrofes climáticas o de ineficiencia. Las regiones que hemos llamado Mundo Hindú y Africa Negra pueden ser sus puntos de partida, por hambre, pero también puede ocurrir donde el populismo despierte expectativas imposibles de satisfacer, y la juventud se levante sin superar el "chantismo".

Que este escenario oscuro se de o no depende de factores bastante aleatorios, pero por ahora de probabilidad creciente, como alguna gran epidemia, o cambio de clima, o desaparición no muy breve de algún recurso esencial o cualquier otro cataclismo para el cual no se hayan previsto contramedidas. En sus efectos es similar al escenario bélico. Una quinta posibilidad, la más deseable para los que no creen en la importancia de la diversidad, y de todos modos muy poco probable, es el **escenario "modelo"**. En éste, alguna gran región o país encuentra por fin lo que todos deseamos, y de una manera tan evidente que convence con su ejemplo a la inmensa mayoría de los hombres. Con las adaptaciones del caso, ese modelo se difunde entonces sin conflicto a todo el planeta. Este escenario no tiene mucho realismo, pero es en la práctica el que guía las actitudes políticas de casi toda la gente que quiere mejorar el mundo. Con mayor o menor ceguera para las imperfecciones, cada uno se orienta hacia el modelo chino, cubano, ruso, norteamericano o suizo con mucha más facilidad que hacia proyectos que existen por ahora sólo en el papel. El único problema es que ninguno de estos modelos brilla por ahora con una luz capaz de oscurecer a todos los otros, y sus respectivos partidarios tienen que sectarizarse mucho para adquirir esa fe, esa seguridad en las propias convicciones sin la cual es tan difícil luchar.

Todos estos escenarios, salvo el "oscuro", se dan bajo el signo del estatismo creciente, y en cada uno de ellos debe examinarse la viabilidad del socialismo, y de su rival el fascismo, como sucesores de una fase inicial populista, que ya se está dando en muchas partes.

El estatismo es una "socialización de los medios de producción", y es esencialmente anticapitalista, pero en general no está controlado por la clase obrera —ni por vía pacífica ni por dictadura del proletariado— ni es una novedad histórica; sino una clásica fase de consolidación. Para que de allí se pase al socialismo será necesario un gran esfuerzo de militancia.

Capítulo IX

Escala Estratégica o de Mediano Plazo

I. PLANTEO ESTRATEGICO

1. — En esta escala —cuya unidad de tiempo es más o menos 5 años— se plantea ya el problema de la acción estratégica para implantar o desarrollar el estilo deseado. Por lo tanto adquiere importancia especial el problema de la toma del poder —para los países que más nos interesan, ya que en otros esa fase ya se ha cumplido— en grado suficiente para poner en marcha las modificaciones esenciales. Sin embargo, nuestro análisis de fuerzas productivas socialistas hará dar igual peso a su etapa preparatoria.

“Toma del poder”, en la interpretación que hemos dado del desarrollo de la sociedad industrial, no significa necesariamente derrota de “la burguesía” por “la clase obrera”, sino algo mucho más amplio (sin excluir esa posibilidad). Es posible que el poder deba ser tomado frente a una burocracia que ya se haya desembarazado de los empresarios privados e implantado un estatismo total. Todavía peor, es posible que la lucha deba hacerse contra un despotismo ya instalado, y en ese caso la única posibilidad que muestra la Historia, hasta hoy, es esperar a que los fracasos o la corrupción debiliten a ese régimen. El despotismo en ascenso, en su fase expansiva, nunca ha sido vencido desde abajo (salvo como siempre en sociedades muy pequeñas, donde cualquier fluctuación estadística puede ser decisiva). En América Latina estas distinciones no son muy importantes, pues el estatismo se ha instalado sólo parcialmente, sin liquidar todavía a los empresarios privados, y haciendo suya —por absurdo que eso sea— la doctrina liberal. Eso impide incluso que los regímenes despóticos tengan toda su fuerza posible.

Por lo tanto por ahora da lo mismo hablar de lucha contra el capitalismo o el estatismo, pues para la mayoría de las cuestiones prácticas se confunden. En rigor, los primeros actos económicos después de la toma del poder servirán para llegar a un estatismo más completo, pero acompañado de medidas sociales que impidan sus desviaciones no socialistas.

La historia de las luchas de clases dice en resumen que antes de este siglo nunca hubo toma del poder estable por las

clases oprimidas, aunque varias veces ayudaron a cambiar las personas del grupo gobernante. Antes del siglo pasado no hubo siquiera entre ellas conciencia de que tal cosa fuera posible, tuviera algún significado práctico. Las jerarquías sociales no se discutían y el objetivo de las numerosísimas rebeliones era evitar extremos de opresión, condenados teóricamente por las mismas autoridades, tradiciones y religiones. Incluso las sociedades utópicas ideadas por algunos intelectuales —desde Platón— se basaban en alguna forma de explotación, y sólo algunos grupos de fanáticos mesiánicos se atrevían a ensayar otras formas más igualitarias de vida, en contrasociedades aisladas, de corta duración.

De todos modos, en esas luchas reivindicativas, y a medida que la productividad lo permitía, los oprimidos fueron consiguiendo condiciones más humanas de trabajo y de vida. Sus paulatinas conquistas —muchas veces graduales y pacíficas— se fueron consolidando en acontecimientos históricos de tipo ideológico, social y organizativo: religiones que les daban dignidad humana, derechos legales, abolición de castas hereditarias —llamada “igualdad de oportunidades”— y de la mano de obra forzada, esclava o servil, atada a la tierra o al oficio; participación política electoral —llamada “democracia”—; derecho de huelga, concepción socialista del mundo.

En este siglo el temor a la revolución comunista aceleró el proceso de reconocer en principio la igualdad social, el derecho a la participación de los trabajadores en diversos tipos de decisiones, y se llegó a la ideología que hemos llamado populismo como estrategia de gobierno, en períodos típicamente conservadores.

No por eso disminuyó la desigualdad entre dominantes y dominados, pues los aumentos de producción que permitieron esas mejoras también se repartieron desigualmente, favoreciendo a los grupos altos. Lo mismo sucede entre naciones y entre empresas (y en muchos otros fenómenos sociales y naturales) hasta el punto de poder creer en una ley general de concentración: “cuando no hay intervención humana voluntaria en contra, todo aumento general de riqueza favorece más a los que eran más ricos”. Eso ya lo vio claramente Marx para la concentración del capital en el liberalismo.*

De todos modos, esa concentración y aumento de riquezas favoreció el crecimiento de las clases medias, estimuló los sentimientos igualitarios, mostró a los pueblos las inmediatas posibilidades de mejoramiento material que la sociedad industrial creaba, y llevó a muchos grupos políticos a

* Esta ley de concentración no es un fenómeno estadístico “paretiano”, sino el efecto de una realimentación positiva, como otras que vimos. La distribución de Pareto sólo imita ese resultado.

proponerse como tarea práctica un reordenamiento de su distribución, para terminar con el problema de la opresión, por lo menos en sus aspectos económicos.

Así este siglo vio dos grandes levantamientos triunfantes de masas oprimidas: las revoluciones rusa y china. Triunfantes por lo menos en el sentido que despojaron de su poder a las eternas clases dominantes: capitalistas, terratenientes y sus aliados militares. Eso justifica en primera instancia el calificativo de "socialistas" que se dan (aunque aquí preferiremos seguir las llamando "marxistas").

Desde la primera de ellas —1917— las clases dominantes ya no pudieron descartar la posibilidad de ser vencidas, y comenzaron con toda energía a idear métodos, estrategias e instrumentos para detener los procesos revolucionarios, cometiendo numerosos y graves errores, por suerte (el más notorio de ellos fue el estímulo al fascismo belicista, que en definitiva facilitó la revolución china y consolidó internacionalmente a la URSS como hegemónica en Europa Oriental). Por su parte, muchos grupos "de vanguardia" de las clases oprimidas creyeron que el triunfo de 1917 mostraba el camino correcto para la emancipación, y que la URSS había ganado el derecho práctico —y el marxismo el teórico— de definir la estrategia socialista para todos los demás países. Se creó entonces una ETN ideológica, el Partido Comunista, que como sus análogas del campo económico cuidaba más los intereses de su casa matriz que los de las sucursales. Eso disminuyó además la urgencia por estudiar más a fondo los problemas de la revolución y buscar nuevos métodos de lucha, a pesar de la desilusión creciente con el liderazgo ruso, alimentada por la denuncia del régimen stalinista.

Por eso, cuando Cuba mostró un camino totalmente distinto de tomar el poder, y se declaró luego por el socialismo marxista, el proceso de confianza, imitación y liderazgo se repitió; por supuesto con las grandes diferencias que el nuevo método y el nuevo escenario mundial imponían.

Es el efecto usual del éxito sobre aquellos que se guían más por las emociones que por la reflexión: les parece que un triunfo demuestra su validez; que es el método correcto y volverá a imponerse en otras ocasiones.* Ya hemos comentado abundantemente que cuando hay tantos otros factores —muchos de ellos ni siquiera percibidos— que influyen sobre el resultado, ése es un elemental error de razonamiento; lo que se demuestra es sólo que **puede** tener éxito si las condiciones no cambian mucho; pero una condición que cambia inmediatamente es que el enemigo también queda prevenido y puede preparar contramedidas, como hemos visto todos.

* Así se "demuestra" la existencia de milagros, por la curación de ciertos enfermos.

Simultáneamente y con mayor intensidad vemos multiplicarse las luchas de los pueblos por la liberación nacional, es decir, contra la explotación entre naciones. Ellas han facilitado muchas veces la lucha por el socialismo, pero ésa también está muy lejos de ser una regla general: la liberación política puede dar el poder a oligarquías nativas, y hasta la liberación cultural puede tener efectos desagradables: no es lo mismo el Socialismo Nacional que el Nacional-Socialismo.

Para las instituciones, la lucha contra la opresión sabemos que tiene dos aspectos igualmente importantes para el socialismo: la eliminación de privilegios **dentro** de ellas y **entre** ellas. La autogestión puede llegar a resolver el primer aspecto —aunque pocas veces lo hace—; el estatismo puede resolver el segundo —nunca lo ha hecho todavía—; ninguno de los dos garantiza en absoluto la transición al socialismo.

Aclaraciones como ésta deberían ser innecesarias; sin embargo lo que más resalta en una ojeada panorámica desde 1917 es la falta de claridad en los que luchan por alguna forma de socialismo: la facilidad con que confunden medios y fines —si es que éstos están suficientemente definidos— la dificultad para distinguir cuales son los "verdaderos" caminos, ejemplificada por el conflicto ruso-chino y otros. La idea de que la teoría marxista era suficiente para esto debe ser superada, en la dirección que señalamos en los capítulos anteriores: las fuerzas productivas específicas del socialismo son la participación, solidaridad, creatividad y otras características del "Hombre Nuevo", usadas como instrumentos prácticos, y ayudadas por las máquinas del capitalismo y la planificación estatista. Mientras no se cumpla la "acumulación primitiva" de este capital humano; mientras no haya un fuerte núcleo inicial de estos hombres nuevos, la toma del poder en nombre del socialismo puede llevar a cualquier aberración, o al retorno del estilo anterior. Tendremos que ver cómo se forma ese grupo de hombres que no vea el mundo como los empresarios, los intelectuales o **incluso los obreros** de hoy, sino como el hombre socialista de mañana, pero ahora, **antes** de tomar el poder, en el seno de la vieja sociedad que se quiere superar.

2. — De todos modos sigue siendo cierto que todo análisis estratégico para imponer un Proyecto Nacional tiene como centro de gravedad la toma del poder. En función de eso se discute la preparación previa —organización, prédica, acciones preliminares; etc.—, y en último término las medidas, proyectos y programas a iniciar cuando se obtuvo el poder. Se trata de tomar decisiones estratégicas —alianzas duraderas, formas de lucha, programa, etc.— y para ello

debería ser útil el análisis histórico en las distintas escalas ya descritas, y el de los últimos lustros.

Este gran esquema debe especificarse y calificarse según nuestras categorías.

En primer lugar, hay que subdividir por zonas el problema del poder, si se quiere ser práctico. Conociendo las fuerzas que influyen en cada zona, y las vinculaciones entre éstas, es más fácil asignar de manera eficaz los limitados recursos de que dispone un movimiento político. Este análisis debe llevarse a nivel de las ii de cada zona —por lo menos para las más importantes—, pero de manera organizada y sistemática, para que sea aprovechable. No está probado que nuestro esquema de zonas, actores, etc., sea el mejor, pero es al menos un intento de lograr esa sistematización, única forma de convertir un montón de conocimientos sueltos y experiencias personales en algo parecido a una evaluación racional, científica.

Lo ocurrido a escala generacional en este siglo, nos indica ya que el problema de la toma del poder, con ser crucial —sin eso no existe ninguna otra etapa— no puede absorber todas las energías de un Movimiento. Se han dado muchos casos ya en que se logró un apreciable grado de poder y luego no se utilizó de manera adecuada, lo cual ayudó mucho a perder todo. No se podrá entender la motivación de esta obra si se pierde eso de vista. Tomar el poder es una condición necesaria, pero no un fin. Es tan importante como nacer, pero en función de lo que sigue. Ya no hace falta que los “hombres de acción” nos recuerden lo inútil que es hablar del futuro de un hijo que no nacerá; hoy hace falta, por el contrario, recordarles a ellos que echar hijos al mundo y a ver qué pasa es una barbaridad mayor. La analogía no va más lejos; porque para los hijos, entre la familia y la sociedad hay ciertas garantías de poder criarlo, educarlo y darle autonomía; nadie garantiza eso a un gobierno revolucionario, salvo que se ponga bajo la protección de otro país.

El problema de la utilización correcta del poder es aún mucho más importante cuando se acepta la principal conclusión de nuestra escala anterior: que si bien se está cumpliendo la predicción marxista sobre los medios de producción —su “socialización” o estatización por fracaso inevitable de la racionalidad capitalista—, no se cumple en cambio su complemento: que eso se haría bajo la dirección de la clase obrera y como fase de transición, también inevitable, al socialismo.

Para nosotros, el “carácter social” de las fuerzas productivas lleva, dijimos, a su centralización y planificación; a la derrota del liberalismo. Pero en primera instancia el grupo social que controla ese proceso y puede aprovecharlo en beneficio propio es la burocracia (como tantas otras veces en el curso

de la Historia), entre cuyos subgrupos figuran la burocracia sindical y de ciertos partidos, en supuesta representación de la clase obrera.

Esta nueva clase dominante —heterogénea y con tantos conflictos internos como las que la precedieron— tiene ahora que enfrentarse con los grandes desafíos que hemos descrito y que resumiremos más abajo. El proyecto en cuyo nombre está tomando el poder (proceso aún lejos de haber terminado) es el populismo-desarrollismo-consumismo, y podemos afirmar que es incapaz de hacer frente a esos problemas vitales. Se trata pues de un interregno, una fase de transición, pero con la característica de que parece tener dos salidas de estilo opuesto: socialismo y despotismo. Ambas parecen viables, material y socialmente, pero sólo una es la que admitimos; y estamos dispuestos a luchar para que no se realice la otra. Es de preguntarse entonces, en qué momento y con qué estrategia debe darse ese combate.

Para analizar eso, el elemento de lejos más importante es comprender que la estatización, la expropiación de los medios de producción, puede ser un paso a favor o en contra, según el grado de conciencia socialista (en nuestro sentido) que se haya alcanzado. El mismo problema se planteó con gran fuerza con respecto a la “etapa democrático-burguesa”, cuando había que decidir si ayudar o no a modernizar en sentido capitalista a los viejos regímenes autocráticos y a los países coloniales.

Entregar todo el poder económico a una burocracia no penetrada de los principios de solidaridad social y participación puede ser suicida para el socialismo por muchísimo tiempo. Por lo tanto la lucha contra los enemigos comunes —burguesía, imperialismo— no puede ser llevada con ingenuidad; no se lucha contra algo sino por algo bien definido; si no, el triunfo puede resultar desastroso.

Si algo nos puede haber enseñado hasta aquí el marco histórico, es que la tarea de construir el socialismo es realmente novedosa. Hasta ahora los grandes cambios fueron motivados por desafíos o problemas materiales, aunque de diferentes tipos, y el grupo que lideraba el cambio traía un proyecto de solución, que deseaba ensayar (dejando de lado los cambios espontáneos). Esos problemas no eran siquiera tan generales como los tres que planteamos en la escala Global —subsistencia, opresión, alienación—, para ordenar nuestros pensamientos. Eran amenazas externas, falta de algún recurso, aparición de alguna nueva oportunidad o técnica, “brecha de poder” (segundones con mucho poder potencial pero poco poder legal o privilegios). Ahora en cambio hablamos nada menos que de un “hombre nuevo”, en un acto de coraje voluntarista.

Pero entonces la respuesta proyectada tiene que ser en términos de ese objetivo general y ésa es la novedad histórica;

otro desafío, hasta ahora no muy bien percibido. Las revoluciones socialistas de este siglo llegaron al poder con objetivos mucho más limitados: "paz, pan y tierra" en Rusia; liberación nacional y lucha contra un gobierno corrupto y explotador, en China. En ambos casos el grupo dirigente de la revolución tenía como objetivo final el socialismo, pero con el agregado de una teoría que permitía también llevar ese amplio desafío a un terreno concreto: se admitía que bastaba con expropiar a los capitalistas; estatizar todos los medios de producción en nombre del pueblo, para que de ahí en adelante el camino al socialismo fuera fácil, y sobre todo bien visible. Pero esta ley resultó falsa —ya China tomó desde el comienzo medidas complementarias, no economicistas— y el desafío sigue en pie.

Nosotros queremos atacar ese problema racionalmente; definiendo objetivos, contando recursos y deduciendo de ambas cosas una estrategia, o la inviabilidad del proyecto (como se detalla en PN). Hemos aprendido que hay fases en la evolución de un pueblo en que la necesidad de cambio se siente menos, y las clases dominantes tienen casi un cheque en blanco para desarrollar sus proyectos, y otras en que se les pierde la confianza y reina la inseguridad. Hemos visto la importancia de la ideología tradicional para frenar o acelerar los cambios en esas fases, y el papel más frecuente o "natural" de ciertos grupos e instituciones. Hemos pesado "conciencia nacional" versus "conciencia de clase" y "conciencia de la alienación", y hemos visto que no basta con declamar el socialismo, aun desde el poder, para obtener el apoyo real de las mayorías.

Todas estas categorías —sociales, políticas, económicas, fases de evolución— deben ahora ser utilizadas para atacar este desafío, sin perder de vista el marco general: estamos en plena explosión global, pero los imperios líderes muestran muchos síntomas de entrar en la fase declinante.

El Tercer Mundo está colonizado culturalmente y no ofrece ninguna respuesta. China es la gran incógnita: no abrió las puertas al desarrollismo, pero parece cansada de sus experimentos sociales. Ochocientos millones, controlados centralmente, pueden decidir el destino del mundo.

3. — Disponer de un PN resuelve muchos de estos problemas, o es al menos un paso preliminar para resolverlos. Un PN escrito, o aun recitado sectariamente, no sirve para mucho. Se necesita el grupo de gente que lo haya comprendido profundamente y pueda discutir las acciones tácticas para llevarlo a cabo. Ese grupo no es pequeño; en el momento de tomar el poder político no debería estar muy por debajo del uno por mil de la población, para dar un orden de magnitud tentativo; depende de su calidad y del grado de conciencia del resto de la población.

Esto significa que desde el comienzo, la prédica y la organización tampoco pueden tener como único objetivo la toma del poder. De hacerse el esfuerzo extra de preparar los cuadros del sistema anterior, que están condicionados para defenderlo en cada una de las pequeñas acciones cotidianas que deciden en conjunto la marcha del país, y eso aunque intelectualmente estén de acuerdo con los objetivos del cambio. Es todo un modo de vivir lo que quiere cambiarse: un estilo.

Si no, hay que reemplazarlos por gente capaz de frenar el viejo sistema pero incapaz de reemplazarlo por el nuevo, porque no saben cómo se hace, a este nivel: cómo se traducen sus consignas y objetivos generales en términos de decisiones cotidianas, de actitudes "naturales".

En resumen, en esta escala "estratégica" analizamos el pasado cercano y el futuro en términos de las siguientes etapas de acción, que damos en el orden natural en que **empiezan** a ejecutarse para cada Movimiento político, pero sin que ninguna de ellas deba o pueda esperar a que se complete la anterior (lo que a veces no ocurre ni en escala visible). Esto debe hacerse también para fines comparativos, con cada revolución.

- Prédica general.
- Reclutamiento y prédica profunda.
- Organización y acumulación de recursos.
- Discusión y reelaboración permanente de las ideas, métodos, etc.
- Movilización.
- Toma del poder en grado suficiente para ensayar el cambio
- Afianzamiento del poder.
- Transición

El punto en apariencia más delicado es decidir en cuál etapa estamos; por ejemplo qué grado de poder se considera suficiente para plantear que a partir de ese momento **el país** empieza a construir la sociedad esquematizada en el PN. Se sabe hoy muy bien que no es suficiente el poder en la zona organizativa (poder político formal) como el que da ganar una elección presidencial; pero hay que avanzar mucho más en este análisis.

Por ejemplo es necesario no olvidar que el grado y clase de poder necesario dependen del tipo de medidas que se tengan contempladas en las etapas inmediatas. En general se actúa al revés; a partir del poder que se tiene se decide qué medidas se pueden poner en práctica, pero dándose la "señal de largada" por otras consideraciones.

Lo primero que haremos en esta escala es dar algún material de apoyo, resumiendo en primer lugar los mayores in-

tentos, exitosos o fracasados, de cambiar la estructura capitalista de la sociedad, en nombre del socialismo o por lo menos de la justicia social, contra la opresión y los privilegios exagerados. Esto se hace en realidad con una unidad de tiempo que corresponde a la escala anterior, pero lo ubicamos en este capítulo por comodidad de lectura.

Sigue otro resumen, o recordatorio, de las principales movilizaciones populares y cambios políticos de los últimos tres lustros, o mejor dicho, desde el triunfo de la revolución cubana. Este periodo corresponde a la escala que estamos usando y nos permitirá distinguir tendencias de mediano y corto plazo que forman el marco histórico local para elegir estrategias.

4. — Recordemos, en un breve cuadro, cuáles han sido los **principales** movimientos de cambio de grupos dominantes o "toma del poder" por fuerzas socialistas o por lo menos populistas, anticapitalistas o anti-imperialistas, durante el último siglo. Incluiremos también algunas revoluciones fracasadas y movimientos dirigidos desde el poder mismo.

A) Movimientos contra el **gobierno** y sus **fuerzas armadas**.

1) **Insurrecciones clasistas**, inicialmente **urbanas**:

— **Rusia 1917**. Después de un primer golpe multclasista que derrocó al zar, se produjo la rebelión armada de obreros y soldados (de origen campesino) y creación del primer estado socialista. Prédica y preparación de varias décadas, en ciudad y campo, con experiencia fuerte en 1905. Ambiente: guerra desastrosa, hambre y caos interno, gobierno incapaz y corrupto, con muchos años de desprestigio. Movilización: permanente, por guerra; y en la coyuntura por partidos políticos bien organizados, especialmente el Comunista. Organización gremial: siempre perseguida por el gobierno. Grandes líderes, todos marxistas. Ya no reinaba el Zar sino quienes lo habían derrocado meses antes.

— **Alemania 1918/23**. Fracasada. Al perderse la guerra, se le quita el poder al Kaiser. Dos meses después, motines de marineros en Kiel y de obreros en Berlín: comienzan a constituirse algunos soviets, aislados. Se aplacan por proclamación de república y firma de armisticio. Nuevos disturbios son reprimidos por terroristas de derecha: asesinato de Liebknecht y Luxemburgo y luego elecciones con mayoría centroizquierda: enero 1919. Pacificación definitiva por el ejército en 1923. Era la clase obrera más politizada de Europa, con varias décadas de práctica marxista y muchos triunfos gremiales. Sindicatos fuertes, legales, derrotaron golpes derechistas con huelgas, pero no quisieron revolución. Ambiente: guerra perdida, luego inflación; gobierno prestigioso hasta perder guerra. Líderes normales.

— **China 1925/30**. Fracasada. Conatos revolucionarios y anti-imperialistas obreros en varias ciudades (Cantón, Shanghai, Nanchang, Changsa, etc.). Dirección: comunistas, asesorados por soviéticos. Ambiente: guerra civil y anti-imperialista de larga duración; alianza comunistas-kuomintang (rota en 1927). Organización gremial reciente, ilegal. Líderes normales.

— **Francia 1871**. Fracasada. Comuna de París: rebelión de clases medias bajas y obreros. Controlaron París durante 2 meses. Iniciativa: guardia nacional, armada para combatir contra Alemania; tuvo conflictos con los líderes civiles. Ambiente: guerra perdida, caída de Napoleón III, sitio de París, desorganización. Reprimida sangrientamente por ejército. Terror por ambas partes. Mala organización, mezcla de ideologías. El único líder posible, Blanqui, estaba preso.

2) **Insurrecciones clasistas rurales**.

— **China 1928/49**. Gran revolución de campesinos y vanguardistas políticos urbanos; al final con adhesión de otras clases. Ambiente: muy larga guerra civil y de liberación nacional antijaponesa; gran miseria y opresión; gobierno corrupto y mentiroso. Prédica marxista previa inexistente en el campo. Organización gremial inexistente. Imperio ya derrocado en 1911. Lucha militar continua hasta conquistar todo el país, con ejército campesino. Un gran líder, marxista.

— **México 1913/18**. Fracasada. Alzamiento de Villa-Carranza-Obregón contra Huerta por fusilamiento de Madero. Al mismo tiempo revolución de indios en el sud, dirigidos por Zapata. En 1914 se va Huerta, pero sigue la guerra civil por conflicto entre vencedores, con triunfo gradual de Carranza. 1918: asesinato de Zapata. Termina con éxito puramente formal: Constitución de 1917, con promesas de reforma agraria, pero todos los alzamientos fueron liquidados. Ambiente: varias décadas de rebeliones armadas, despojo de tierras a los indios, miseria, derrocamiento de Madero (paternalista). No hubo apoyo urbano ni obrero apreciable.

3) Lucha armada por **Liberación nacional** iniciada por frentes **no clasistas** y luego derivada hacia lucha por socialismo.

— **Vietnam 1941/75**, con varias décadas anteriores de levantamientos anti-franceses. 1941: se organiza el Viet Minh, órgano político militar que organiza la guerrilla, antijaponesa primero, hasta tomar el poder en 1945. Luego guerra con franceses y viraje al socialismo. Triunfo en el Norte, 1954, y guerrilla en el Sud. Intervención norteamericana y triunfo definitivo en 1975. Amplia participación campesina. Amplia ayuda extranjera a ambos bandos, incluso fuerzas militares norteamericanas. Se convirtió en guerra entre Vietnam y Estados Unidos. Gran líder, marxista.

— **Yugoeslavia 1941/45.** Guerra patriótica contra Alemania. Conflicto entre dos movimientos guerrilleros; triunfo del socialista. Un gran líder.

— **Albania 1941/44.** Guerra patriótica contra Italia. Desde el comienzo predominó el movimiento guerrillero comunista, que luego triunfó en corta guerra civil.

— **Grecia 1942/49.** Guerra patriótica contra Italia y Alemania. Dos facciones guerrilleras. Al terminar la guerra queda en el poder la facción anti-comunista. Varios alzamientos violentos, localizados. Derrota definitiva del bando comunista.

— **Argelia 1945/62.** 1945, primer alzamiento espontáneo contra policía francesa. Luego organización del FLN, movimiento nacionalista unido. 56/57 batalla de Argel. Resistencia de los colonos franceses. 1960 alzamiento de la OAS (generales franceses derechistas). 1962 toma el poder Ben Bella y se declara socialista. Dura sólo tres años. Fue una guerra anticolonial muy vinculada a los conflictos políticos internos de Francia y con la característica única de existir una numerosa colonia de franceses instalados en el país.

4) Alzamientos armados guerrilleros, de clase media izquierdista.

— **Cuba 1956/59.** Con apoyo lentamente creciente de campesinos y por último clases urbanas. No tuvo oposición de Estados Unidos al comienzo. Se declaró socialista después de tomar el poder.

— **Sri Lanka (Ceilán) 1970.** Fracasada. Alzamiento de estudiantes y algunos campesinos. Derrotado con ayuda de todas las potencias, por su carácter trotskysta.

— **Países latinoamericanos:** a imitación de Cuba se hizo tenaz guerrilla rural, foquismo, guevarismo, etc., combinado a veces con guerrilla urbana, o terrorismo. Ninguno triunfante hasta ahora, pero algunos todavía se mantienen. Los más conocidos: Uruguay, Guatemala, Venezuela, Colombia, México, Argentina.

5) Socialismo impuesto o muy ayudado a imponerse por tropas extranjeras.

— **Toda Europa Oriental,** al terminar la guerra, por ejército URSS, que volvió a intervenir varias veces en defensa de gobiernos o facciones amigas.

— **Corea del Norte,** también por la URSS al terminar la guerra.

— **Mongolia 1921:** interviene ejército soviético en apoyo de coalición izquierdista. 1939, nueva intervención para defensa contra invasión japonesa.

— **Tibet 1950/65.** Intervención china y eliminación gradual del sistema teocrático de los lamas.

— **Camboya y Laos, 1975.** Como corolario del triunfo comunista en Vietnam se decidieron los viejos conflictos de guerra esporádica por ejércitos comunistas.

B) Toma del gobierno por victoria política, no militar.

— **España, 1931.** Los republicanos toman el poder al abdicar el rey y reciben apoyo electoral izquierdista. Gobierno legalista, con poco control sobre su ala izquierda, que inicia reformas formales. Termina por revolución militar franquista: 3 años de guerra civil sangrienta, durante la cual los comunistas toman el mando efectivo del lado republicano. Queda gobierno despótico estable.

— **Chile, 1971/73.** Gobierno de la Unidad Popular con metas socialistas a largo plazo, por triunfo electoral (no mayoritario). Gobierno legalista, con poco control sobre su ala izquierda. Derrocado por golpe militar, sin resistencia popular. Muere Allende; represión fuerte. Queda gobierno despótico, hasta hoy estable.

— **Hungría, 1919.** Bela Kun aprovecha el vacío político provocado por las invasiones de posguerra para imponer un gobierno dirigido por comunistas. Luego moviliza ejército, pero es derrotado por fuerzas internas y externas. Queda gobierno pro-fascista hasta la invasión soviética, 1945.

— **Bulgaria, 1920/23.** Gobierno de Stamboliski, líder agrario no socialista pero que tomó medidas fuertes de expropiación, etc. Por triunfo electoral. Derrocado por golpe militar y de nacionalistas macedonios, y asesinado. Queda gobierno pro-fascista, hasta la guerra.

— **Indonesia, 1945/66.** Toma el poder Sukarno, por vacío político provocado por la derrota japonesa. Se inclina al socialismo y es uno de los líderes del Tercer Mundo. No controla a su ala izquierda, que intenta un golpe en 1965, seguido por contragolpe militar sumamente sangriento. Queda gobierno despótico, aparentemente con estabilidad interna.

— Otros países donde movimientos semisocialistas llegaron al poder por vía electoral y lo mantienen o lo alternan pacíficamente por elecciones: Suecia, Sri Lanka, Birmania, Inglaterra, India, etc. Se caracterizan por no haber tomado ninguna medida irritativa, carecer de ala izquierda activa y no hacer declaraciones exageradas. Ninguno avanza hacia el socialismo.

— **Argentina, 1973.** El triunfo electoral peronista es aprovechado por su ala izquierda para tomar medidas irritativas en algunos sectores, declarándose a favor del "socialismo na-

cional". Perón y su ala derecha la ahogan en dos o tres rápidas etapas, comenzando por la renuncia de Cámpora.

C) Toma del gobierno por el **ejército**, con metas **nacionalistas, populistas** o **antiligárquicas** (aunque sin declararse **socialistas** necesariamente).

Son demasiados para citar siquiera una mayoría de ellos. El primero importante en este siglo fue el que derrotó al Imperio chino, en 1911.

Después de la segunda guerra, el clásico fue el de Nasser en Egipto, 1952 y 54.

Los últimos importantes: Portugal y Etiopía, 1974.

En Sudamérica podemos incluir —con algunos casos discutibles— los siguientes:

— Perú, 1968.

— Bolivia: varias veces. Toro, 1936. Bush, 37/39. Villarroel, 43/46. Paz Estensoro, 1952, con participación popular en el levantamiento; fue además el que tomó medidas más drásticas al principio. Torres, 1970, desbordado por su ala izquierda.

Debemos agregar además algunas fuertes movilizaciones de base promovidas desde el mismo gobierno, por renovación o autogolpe de izquierda, como la Revolución Cultural china; las asambleas populares pro-Torres en Bolivia; el golpe checoslovaco de 1948, el apoyo obrero a Perón en 1945, etc., etc.

También hay que mencionar los movimientos de desobediencia civil y resistencia pasiva, aunque en general se debieron más a problemas nacionales y raciales. Sus principales líderes: Gandhi en India y Sud Africa, L. King en Estados Unidos, Luthuli en Sud Africa.

En resumen, hubo tres grandes revoluciones en nombre del socialismo-comunismo-marxismo; Rusia, China y Cuba (esta última lo declaró después del triunfo). La participación decisiva en ellas la tuvieron: la clase obrera, y soldados-campesinos en Rusia; los campesinos en China y un grupo intelectual con ayuda campesina en Cuba.

Salvo el caso cubano, que es una excepción en todo sentido, los demás triunfos se obtuvieron en épocas de guerra, imperialista o de liberación, o con fuerte ayuda de los países marxistas ya instalados. De todos, Vietnam es el que más hizo por su propia liberación y su vía al socialismo: es un país predominantemente rural.

La clase obrera muy pocas veces intentó tomar el poder, aun después del triunfo en Rusia, y de la necesidad que ésta declaraba de una revolución mundial inmediata. Hizo

un muy débil esfuerzo en Alemania, extinguido rápidamente por la burocracia sindical y la represión. La conciencia de clase de los obreros se expresa hasta ahora por el apoyo electoral a los partidos clásicos y burocratizados de izquierda, sobre todo en Europa. En Estados Unidos ni siquiera eso. En varios países —Argentina es el caso más típico— se plegaron a líderes paternalistas. No es posible abrir juicio todavía sobre la India, donde cada estado es un mundo diferente. En España defendieron sacrificadamente al gobierno republicano en la guerra civil (que no provocaron ellos). Los campesinos, y también los militares y la juventud de clase media, han estado mucho más activos, y exitosos.

5. — El cuadro anterior corresponde en realidad a la escala visible. Sus conclusiones se confirman y refuerzan si pasamos a la escala Estratégica, como se ve en el cuadro siguiente, aunque muy incompleto, donde hemos tomado tres periodos de 5 años hacia atrás, y uno hacia adelante con las extrapolaciones más objetivas posibles (lo que como siempre indica sólo un escenario, que la voluntad humana puede cambiar: el de "si no ocurre nada raro", que para nosotros es el que llamamos "bloquista" en el capítulo anterior).

Antecedentes de corto plazo.

Tres periodos hacia atrás en forma de cuadro, como simple ayuda-memoria de los principales acontecimientos.

	1960/65	65/70	70/75
1) Clima político general (marco previo: guerra fría, incidente U-2, revolución cubana, 3er. Mundo y China exitosa).			
Distensión EU-URSS a partir del incidente cubano.	Revolución cultural china.	Distensión general. Declinación de EU.	
Conflicto China-URSS.	Rebeliones juveniles en EU y Europa.	Descenso izquierdas clásicas.	
Se institucionaliza 3er. Mundo.	Vietnam. Ultimas actitudes imperiales de EU.	Derrota movimientos guerrilleros.	
Juan XXIII-De Gaulle.		Apaciguamiento China-EU.	
		Final guerra Indochina.	
2) Clima político en América Latina			
Influencia cubana: ascenso inicial de	Giro a derecha en Brasil y Argentina	Experimentos Chile y Perú.	Peronismo

1960/65

65/70

70/75

izquierdas electorales y revolucionarias; contramedidas: Alianza Progreso; nuevo papel del ejército (antisubversión).

Sto. Domingo. Actividad rebelde. Planteo abierto del problema dependencia. Modelo brasileño en auge.

de izquierda. Graves derrotas de izquierdas legales e ilegales, sobre todo en el cono Sur. Ineficacia del modelo brasileño.

3) **Intervenciones militares en el gobierno** (D=anti-izquierda; I=anti-derecha; F=fracasado)

Argelia-D, Congo-D, Salvador-D, Argentina-D, Corea S.-D, Ecuador-D, Venezuela-I-F, Bolivia-D, Vietnam S.-D, S. Domingo-D-I, Brasil-D.

Indonesia-D, Ghana-D, Argentina-D, Camboya-D, Perú-I, Bolivia-I, Panamá-D, F, Libia-I, Grecia-D.

Bolivia-D, Chile-D, Uruguay-D, Honduras-D, Panamá-I, Ecuador-I, Uganda-D, Guinea-D, Marruecos-I-F, Sudán-I-F, Etiopía-I, Portugal-I, Bangla Desh-D.

4) **Alzamientos civiles** (G=ganó; F=fracasó; R=racial o religioso; L=objetivos limitados, GUE=guerrillas; U=bogotazos urbanos)

Venezuela-GUE-U-F Uruguay-GUE-F Uruguay-F
 Guatemala-GUE-F Brasil-GUE-F Brasil-F
 Colombia-GUE-F Argentina-GUE-U Argentina, G y
 Perú-GUE-F México-U-F luego F
 Bolivia-GUE-F Perú-GUE-F Colombia-F
 Nicaragua-GUE-F EEUU-U.L.R.F. Venezuela-F
 Panamá-U-L-G Francia-U-F Ceilán-GUE-I-F
 Turquía-U-L-G-I Indonesia-U-I-F España-R-F
 Bengala-R-L-G Birmania-GUE-I
 Irlanda-R-F Omán-GUE-I
 Irlanda-R-F

5) **Cambios fuertes por vía pacífica** (PO=populismo; AU=autoritarismo)

Brasil-PO-F Yemen S.-I Argentina-PO-AU
 Chile-I Grecia-I
 Bengala-PO

1960/65

65/70

70/75

6) **Guerra interna** (LN=liberación nacional; ET=conflictos étnicos; CS=conflictos socio políticos)

Vietnam-LN Vietnam-LN Bengala ET
 Laos-CS Camboya-CS Vietnam-LN
 Argelia-LN Biafra-ET Camboya-CS
 Túnez-LN Iraq-ET Chipre-ET
 Cuba (invasión) Israel-LN Israel-LN
 Iraq-ET Iraq (kurdos)-ET
 Chipre-ET Etiopía-ET
 Congo-ET Líbano-R

7) **Guerras o choques armados entre naciones**

EU-Vietnam EU-Vietnam Israel-Arabes
 India-Pakistán URSS- Mali-Alto Volta
 Checoslovaquia Chipre-Turquía
 URSS-China Bengala-Pakistán-
 Israel-Egipto India.
 Honduras-Salvador

8) **Clima socio-económico; problemas:**

Desarrollismo Dependencia Contaminación:
 Tercer Mundo Explosión Ecología.
 Marginales demográfica. Recursos naturales:
 Neocolonialismo Rebelión juvenil: Petróleo.
 Nacionalismo Hippies. Devaluación dólar.
 Revolución cultural: Populismo.
 París-68. Inflación
 Desempleo generalizada.

9) **Avances del estatismo sobre el liberalismo**

Gran expansión de Adopción general Foros
 ETN de la computadora internacionales.
 CEE y la planificación Satélites de
 OIT central. comunicaciones.
 Racionalización
 administrativa en el
 Tercer Mundo.

1975/80; Escenario más probable (los números se refieren a los mismos rubros de arriba).

1) Esfuerzos de EE.UU. para reconquistar prestigio. Fortalecimiento de URSS hasta llegar a su máximo de influencia mundial. Crecimiento de China.

Acercamiento ETNs-gobiernos populistas. Límite del auge populista. Solución del problema petrolero por negociaciones, con ascenso del grupo OPEP.

Consolidación general de todos los regímenes —salvo quizás EE.UU. e India— pero sin mayor distensión.

Congelación momentánea conflicto China-URSS, pero ambos se enfrentan en todos los países a través de sus grupos satélites (como PC y PCR en Sudamérica).

2) Máxima del autoritarismo en Sudamérica, en especial su Cono Sur.

Retroceso del activismo juvenil de izquierda; aumento del terrorismo de derecha.

Mayor influencia brasileña. Aislamiento de Perú, con peligro para su régimen, cuyo gobierno pierde impulso.

Se inicia el período de reflexión y maduración de las izquierdas.

3) Mayor participación militar en todos los gobiernos del mundo.

Posibilidad de golpe militar en EE.UU., contra el Congreso.

4) Menos frecuentes.

Algunos golpes derechistas, con apoyo militar disimulado o no.

Reajustes en Indochina e India (en esta última pueden ser graves).

5) Poco probables.

6 y 7) Continúan los conflictos ya clásicos, limitados: Israel, Irlanda, Chipre, etc. Se agrega Portugal.

Presión Chile-Argentina contra Perú, que puede ser muy conflictiva.

8) Auge desarrollista en URSS. Economicismo en China, con mayor industrialización.

Límites de la expansión de las ETN.

Aumento de catástrofes por mala organización mundial o nacional, ineficiencias, etc.

9) Mejoramientos técnicos en los controles estatales.

Mayor acercamiento militar-industrial-sindical.

Resumen del escenario 1975/80

Consolidación general del estatismo, todavía populista.

Avances del estilo AUTO; estancamiento de DES y comienzos de gestación de CREA.

No puede descartarse algún manotazo norteamericano en sus intentos de recuperar el prestigio perdido económica y mili-

tarmente. Posibles puntos de crisis que podrían dar lugar a conflictos mayores (poco probables): Portugal, España, Israel, India, Colombia, Argentina, Perú.

6— Como vemos, en casi todos los casos, el mecanismo por el cual los grupos dominantes perdieron su poder o lo vieron limitado seriamente, ocurrió en la zona física, militar; sea por levantamientos populares —o de grupos que gozaban de simpatía popular—, o por golpes o intervención militar; sea aprovechando estados de guerra, movimientos de liberación nacional o desprestigio general del gobierno.

La zona ideológica estuvo siempre dividida; los medios de difusión apoyando al régimen y grupos minoritarios de intelectuales a la revolución —entre éstos, en primer lugar, los militantes de las organizaciones revolucionarias. Ambos tuvieron una importancia grande en los enfrentamientos, y a veces fueron decisivos.

En todos hubo una base económica común: el capitalismo explotador de clases y naciones; pero las condiciones económicas de los países donde se triunfó son tan variadas, que debemos admitir que su influencia es de un orden muy general, y poco útil para sacar conclusiones prácticas.

La única regla que se cumple en todos los casos es que **no ha habido cambio revolucionario en ninguna nación exitosa desde el punto de vista económico clásico**, aun cuando internamente tuviera fuertes conflictos sociales. Todo ocurrió en países dependientes y poco industrializados, o si no, fue impuesto por un ejército extranjero. Argentina está más industrializada que todos estos países, y su dependencia es grande en lo económico y cultural pero no tan visible como en una colonia o en un país invadido.

Por otra parte, repetimos que la experiencia histórica, aun tan cercana, sólo sirve para **no repetir errores**, y no **repetir** tampoco métodos exitosos pero que ya son conocidos por el enemigo.

En efecto, todo sistema social responde al mecanismo estímulo-respuesta cuando se trata de su supervivencia, de manera similar a otros mecanismos de defensa como la inmunidad o el aprendizaje. Si es atacado con fuerzas insuficientes para voltearlo, en general no se debilita sino que se refuerza **contra ese mismo tipo** de ataque; aun si el ataque triunfó en algún sector, los demás aprenden de esa derrota: una sucesión de golpes débiles o derrotas parciales aisladas le sirve sólo de entrenamiento o gimnasia, y queda mejor preparado para responder luego a un golpe más fuerte.

Así el triunfo ruso de 1917 perjudicó a los intentos alemán y húngaro, y el triunfo cubano de 1958 perjudicó a los demás intentos latinoamericanos. Así se ha visto en todo el mundo que después de la sorpresa cubana los focos guerrilleros y el terrorismo ya no sirven como métodos para

tomar el poder por la fuerza; por el contrario, fortifican al militarismo oficialista en todos los niveles de poder. Sirven en cambio como agentes de concientización popular al despertar la atención general y forzar la discusión sobre sus objetivos, y para que los gobiernos débiles sean reemplazados por otros más fuertes. (militarmente o políticamente, como se intentó con Perón, 1973).

Así también empiezan a aparecer ejércitos que toman a su cargo la lucha por la liberación económica —con sinceridad o no— para evitar una movilización popular que surja con ese objetivo pero termine implantando el socialismo.

Por eso parece decisiva la capacidad de los movimientos revolucionarios de completar sus análisis ideológicos desarrollando su propia ciencia o tecnología táctica en un grado mucho mayor que hasta ahora, en vez de limitarse a copiar métodos que tuvieron éxito cuando tomaron por sorpresa al enemigo, o apoyarse en creencias válidas sólo en el largo plazo: "el pueblo se levantará", "la clase obrera tomará la vanguardia", etc.

7 — Recapitulemos ahora cuáles son las fuerzas que están exigiendo un cambio de estilo; cuáles las que ayudan y las que dificultan ese cambio, y qué variantes presentan para los distintos tipos de sociedad industrial que hemos señalado y sus posibles sucesores.

Los grandes desafíos, necesidades históricas de largo plazo, relacionadas con los tres niveles de problemas básicos, han surgido en el análisis de las escalas más amplias —global y macro-histórica— y en casi todas las zonas de actividad humana. Las otras, que llamaremos fuerzas disgregantes y fuerzas de apoyo de esta sociedad, se refieren a su funcionamiento actual y de corto plazo; casi siempre son consecuencia de las primeras y presentan mucha diversidad local. Estas fuerzas y desafíos deben analizarse con respecto a los cuatro estilos en pugna, y sus conflictos y posibles alianzas: desarrollismo, estatismo, despotismo y socialismo. Esto debe hacerse como tendencia general y por países o bloques.

El estatismo desarrollista-populista es una fase inestable, dijimos; un interregno mientras se alinean las fuerzas en pro de las únicas soluciones viables en el largo plazo: el autoritarismo extremo o fascismo, y el socialismo solidario, participante, creativo, diversificado.

Por supuesto, casi no existen fuerzas que favorezcan incondicionalmente una solución o la otra: depende de "las circunstancias", el estado del sistema y de las fuerzas exógenas. Así los factores que producen inseguridad en los grupos dominantes favorecen en general las soluciones autoritarias, pero no si se está en un momento de alta conciencia y movilización de los oprimidos. De todos modos, siempre podremos señalar aquellas fuerzas más peligrosas,

es decir, que más probabilidad tienen de ser usadas contra el socialismo, sea desde regímenes capitalistas clásicos o ya estatizados en grado apreciable.

A) Problemas o desafíos básicos:

1) Derivados del carácter "explosivo" de la sociedad industrial; se presentan para todas sus formas actuales y resultan del aumento de población y de sus expectativas de consumo material:

- Escasez de recursos naturales y de tecnologías para sustituirlos.
- Problemas de desgaste físico: contaminación del ambiente y otros problemas ecológicos; erosión y agotamiento del suelo; corrosión y otros factores de desgaste del capital fijo.
- Amenazas biológicas: epidemias, plagas (insectos, hongos, virus, etc.).
- Cambios de clima.
- Problemas organizativos: imposibilidad de planificación correcta, implementación eficiente; instituciones adecuadas, personal idóneo. Posibilidad de accidentes "explosivos".
- Problemas sociales: imposibilidad de dar a todos un nivel de vida muy alto, lo que implica frustración de expectativas y gran dificultad para eliminar diferencias sociales y privilegios. Diversas "brechas éticas" entre valores morales declarados y exigencias de la explosión (ejemplo: exceso de población versus ética cristiana). Exigencia de terminar con la opresión. Caso especial del campesinado. Marginalidad.
- Problemas individuales: psicosis generalizada por gregarismo forzoso y competitivo. Exigencia de terminar con la alienación (todavía sin llegar a nivel social).

2) Derivados del carácter "empresocéntrico" especialmente en su versión capitalista, de la sociedad industrial.

- Dificultad extra para resolver todos los problemas anteriores, por oponer la empresa a la sociedad. Se fomenta la desorganización, los privilegios, el derroche, las actividades "socialmente innecesarias", como la industria bélica o la publicidad, la marginalidad. Superconsumo, consumo suntuario, obsolescencia artificial apresurada, diversificación innecesaria, individualismo que impide economías de escala.
- "Contradicciones del capitalismo": desempleo, crisis financieras, pauperización de la empresa pequeña, inflación, crecimiento de las burocracias y de las exigencias obreras y campesinas (algunas pueden incluirse bajo el nombre genérico marxista de "contradicciones entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propie-

- dad"). Excluimos la disminución de la tasa de ganancia.
- "Contradicciones del estatismo": absorción esperada de marginales; insuficiencia de motivaciones para el trabajo eficiente; corrupción, anomia, angustias y otras manifestaciones del vacío ideológico, compensadas sólo en parte por mayor consumo. Contradicción entre populismo y necesidad de trabajo disciplinado y eficiente. Conflictos con la clase media inferior.
- B) Fuerzas disgregantes: problemas actuales que desorganizan o quitan eficiencia a la sociedad industrial. Casi todos tienen más importancia en el capitalismo que en el estatismo.
- Fuertes resabios de liberalismo, en lucha contra el estatismo creciente.
 - Altas expectativas de mejoramiento material, inviábiles, de toda la población.
 - Ilegalidad general; anomia; inoperancia de la justicia ordinaria.
 - Desprestigio del imperialismo, el capitalismo, el burocratismo, aun entre sus privilegiados.
 - Huelgas y otras movilizaciones; trabajo a desgano y pérdida de la productividad general.
 - Proliferación de grupos violentos anti-sistema: guerrilleros, terroristas.
 - Populismo de los intelectuales. "Chantismo".
 - Brecha de credibilidad y respeto a los políticos y partidos tradicionales.
 - Marginalidad, desocupación, aumento de barrios "de emergencia" y otras formas de vida marginales. Falta de una política clara al respecto, tanto capitalista como estatista.
 - Crisis financieras y de comercio internacional.
 - Movimientos juveniles de extremismo político o social.
 - Hipocresía de los medios de difusión, cada vez más visible, que produce desorientación.
 - Clima de tremendismos: guerra, población, contaminación, etc., que produce inseguridad entre los privilegiados. Falta de una política clara al respecto.
 - Irracionalismo, por desilusión con respecto a las ideologías racionales clásicas (positivismo, marxismo, cientifismo) y a la ciencia.
 - Interés creciente por el ocio no creativo: juego, espectáculos, sexo, drogas, superstición.
 - Desprestigio de la educación sistemática y del oficio docente, sin reemplazantes.
 - Conflicto permanente entre y dentro de los grupos privilegiados por el reparto del producto; concentración de la riqueza en grandes empresas e instituciones burocráticas, a expensas de privilegiados menores.

- Violencia policial y militar, torturas, desprecio por derechos humanos proclamados mundialmente, percibidos por todos.
 - En cada país, esperanzas en sistemas vigentes en otros países.
 - Interpretación general de la actividad económica como producción de dinero, lo que estimula la especulación y el interés por los aspectos redistributivos, en vez de los productivos.
 - Insatisfacción de los mismos privilegiados con su estilo actual de vida; superpoblación de algunos de esos grupos, produciendo "segundones" desheredados.
 - Proliferación de grupos armados parapoliciales, creados para defender a partidarios del sistema, pero que son poco controlables.
 - Dificultades técnicas del estatismo, fuera del alcance de burócratas comunes (la principal: correcto encaje de la política de corto plazo con los objetivos de largo plazo y los recursos).
 - Conflicto entre el estatismo nacional y el de las ETN.
- C) Fuerzas que sostienen el sistema:
- Burocratización de los movimientos gremiales, en especial de los obreros industriales.
 - Rigidez organizativa, institucional y burocrática, que hace muy difícil cambiar de estilo, aun disponiendo de una alta cuota de poder. "Comunidad organizada". Estatismo.
 - Clara visibilidad del peligro de perder privilegios, que obliga a ciertos grupos dominantes a mantenerse alerta y diseñar constantemente contramedidas. Ejemplos de las revoluciones rusa, china, cubana, guerrilleros, movimientos obreros "salvajes" (no organizados).
 - Necesidad constante de estar preparados contra movimientos de liberación, guerras, conflictos económicos y sociales.
 - Adopción de una política general de negociación y concesiones económicas entre países.
 - Aumento del poder militar-policial, cuando se usa para superar situaciones de desorden político. Aumento de su eficiencia combativa basada sobre todo en su conocimiento de las probables acciones "subversivas", por infiltración y por repetición de tácticas de éstas.
 - Confusionismo ideológico. Planteo de falsas disyuntivas, como EE. UU.-URSS, o liberalismo-marxismo (o en el mejor de los casos, una superación de ambas definida sólo por la negativa: "ni capitalismo ni comunismo"). Incomprensión o ignorancia de lo que es el socialismo.
 - Mejoramiento apreciable y rápido del nivel de vida material de la población, que beneficia al 50 %, salvo en los

- países más pobres, y elimina uno de los motivos más candentes para el cambio de estilo. En especial los obreros organizados tienen ahora muchas expectativas de seguir mejorando bajo este sistema.
- Tradición de subordinación; temor al cambio ("miedo a la libertad", decía Fromm) y a su costo social. Ambos bandos contribuyen a eso hoy, diciendo que el proceso de cambio no tiene "vía pacífica" (fracaso del experimento chileno) y que costará vidas y una etapa de transición con grandes penurias económicas. Temor a la represión violenta.
 - Falta de ideologías y liderazgos capaces de mostrar claramente por qué la nueva sociedad es mejor que la actual para todos. Fossilización y falta de penetración popular de las ideologías revolucionarias clásicas, que contribuyen a luchar contra intentos de renovación.
 - Prédica general por todos los partidos mayoritarios de conceptos desmovilizadores, como orden, unión, tiempo versus sangre, institucionalidad.
 - Publicidad a métodos rápidos y al alcance de todos de ascenso individual, como los juegos de azar, y a entretenimientos: deportistas, artistas de TV y otras celebridades populares.
 - Dependencia cultural, científicismo, miedo a apartarse de esquemas clásicos de pensamiento. Auge de modelos cerrados.
 - Institucionalización de todos los métodos de expresión y representación popular: sindicatos, partidos, asociaciones vecinales, etc., dándoles una estructura vertical que facilita el control jerárquico, por corrupción, amenazas o "desclasamiento". Profesionalización de los intelectuales.
 - Participación política formal a través de elecciones, sin otorgar poder político a las bases y estimulando las burocracias partidistas. Las necesidades de financiamiento restringen esta lucha electoral a los grandes partidos, que pueden mantener una amplia estructura.
 - Tolerancia popular a la represión cuando ésta es dirigida contra grupos aislados, como los "subversivos", ante los cuales se sitúa sólo como espectador.
 - Utilización de los movimientos de Liberación Nacional para postergar cambios estructurales.

8. — Estrategia general.

A partir de aquí nos ubicamos en Sudamérica, con particular énfasis en sus países menos atrasados, y sobre todo en Argentina, donde el campesino sabe qué es la sociedad de consumo.

En la mayoría de estos países, los movimientos socialistas están preocupados fundamentalmente por el problema de la

toma del poder; actitud cuyos peligros —cuando se exagera— ya hemos señalado. Este problema es sin duda candente en el Cono Sur, debido a los regímenes autoritarios allí instalados, y al fracaso de las vías chilena y guerrillera.

La situación más frecuente es pues un estatismo cada vez mayor, en algunos casos con tintes populistas, pero que están cediendo rápidamente paso al autoritarismo. La influencia de las ETN sigue siendo de la mayor importancia económica en todos, y casi siempre conservan su peso político. Todo esto en un escenario mundial probablemente bloquista, o tal vez bélico-imperial; pero ambos tienen efectos equivalentes en Sudamérica, para el mediano plazo, ya que en ambos casos la potencia hegemónica seguiría siendo EE. UU. No analizaremos el caso del estilo oscuro, pero la estrategia que proponemos parece muy válida también en ese caso.

Conviene comentar algo, sin embargo, sobre aquellos países donde las condiciones no son tan negativas: Perú, Ecuador, Colombia (aunque sean muy heterogéneos). No vamos a referirnos a casos particulares, que deben ser desarrollados por los militantes de cada país. Haremos sólo un par de observaciones generales, referidas a un arquetipo cuyas principales características serían:

- Estatismo poco autoritario, en convivencia con amplios sectores privados y ETNs.
- Objetivos de justicia social y nacionalismo declarados oficialmente.
- Capacidad económica apreciable.
- Campesinado con problemas de subsistencia.

Para países similares a éste, nuestras afirmaciones sobre la generación del socialismo conducen naturalmente a una Gran Estrategia muy fácil de enunciar (debe completarse con lo dicho más adelante para los otros casos):

- La tarea prioritaria es siempre desarrollar las fuerzas productivas del socialismo; es decir, el hombre nuevo, el hombre socialista, el militante, sin buscarlo en ninguna clase social especial, pero dando atención especial al campesinado.
- Esto se hace en la máxima medida que el sistema permita. Si los gobiernos son sinceros en sus declaraciones de justicia social, participación, liberación, etc., se podrá hacer bastante. Si no lo son o su interpretación de esos términos es muy restrictiva, se llegará rápidamente al límite de lo posible, y de allí en adelante se tiene una situación como la de países autoritarios, que veremos de inmediato, y donde el problema de la toma del poder vuelve a ser prioritario. En otras palabras mientras los factores limitantes no actúan o son débiles, hay que tratar de romperlos adquiriendo poder en las zonas me-

- nos controladas (probablemente el campo sea una de ellas).
- Deben apoyarse las luchas obreras, pero combatirse los sindicatos grandes. Dar ayuda efectiva a nivel de empresas pequeñas, sirviendo de enlace.
 - Las formas de desarrollar esas fuerzas productivas son muchas, y los mismos militantes crearán las mejores, adaptadas a las circunstancias. Aquí sólo mencionamos una de carácter general: la creación de "gérmenes", en el sentido que se explicará en el capítulo siguiente. Todas se basan en la prédica del estilo socialista de vida.
 - Un caso especialmente favorable se presenta cuando el gobierno sostiene públicamente ideales de participación. Es frecuente que entonces la lucha ideológica (los tiempos revueltos) pueda concretarse en torno a la interpretación real de esa palabra. Hemos dicho que una participación "verdadera" —es decir profunda, igualitaria, solidaria, creativa y no sólo en el producto sino en el trabajo y la toma de decisiones— es lo que más caracteriza, tal vez, al hombre socialista. Por lo tanto en estos casos la estrategia política es tratar de difundir al máximo esa interpretación, y no tanto mediante discusiones intelectuales como a través de su desarrollo concreto, de su aplicación práctica en todo tipo de gérmenes.

A este respecto debemos insistir, y nunca será suficiente, en que el problema del socialismo, o de la participación verdadera para concretar, tiene dos aspectos. Uno es ganar el derecho a participar (que casi siempre significa alcanzar un alto grado de poder, mediante algún tipo de lucha). El otro es tener capacidad para participar, sin lo cual ese derecho, aun ganado con sacrificios, es puramente formal, y es ejercido en la práctica por nuevas minorías "en nombre del pueblo" (y recordemos que la burguesía industrial tomó el poder también en nombre de la humanidad, la libertad, igualdad y fraternidad).

Esa "capacidad" no es sólo técnica, por supuesto; requiere una comprensión de todo el problema de la construcción de la nueva sociedad, para aprender a "guardar estilo" en todas las acciones, en vez de creer que todo se reduce a controlar cargos directivos estatales, y expropiar.

Tampoco es puramente un problema de comprensión, como hemos aprendido en algunas dolorosas experiencias concretas: hay mucha gente que comprende intelectualmente la situación, y la apoya en teoría, pero que se niega a ejercer ese derecho a la participación una vez que tiene la oportunidad.

Esto puede deberse a falta de seguridad en sus propias capacidades, pero también a falta de motivación correcta (o existencia de otras motivaciones competidoras, como la nece-

sidad de ganar dinero), y por supuesto a que el nivel de comprensión es más operativo que profundo. En menos palabras, esta gente no es militante; no se han desarrollado en ellas las características fundamentales del hombre socialista.

Sin duda esas características pueden desarrollarse con mayor facilidad y velocidad si se dispone de todo el poder, y si se dispone de esa capacidad inicial de militantes (acumulación primitiva de estas fuerzas) necesaria para difundir y educar, sin peligro de deformaciones. Es la preparación de ese "capital inicial" humano lo que debe completarse antes de "tomar el poder".

En los casos de China y Cuba esos cuadros fueron preparados durante el período de lucha (en Cuba hacían menos falta porque los objetivos iniciales de la revolución eran limitados, y para ellos no era necesaria una reeducación especial, como la de Yenán). Ese tipo de cuadros faltó en Chile.

9. — Dejemos ahora este caso propicio, y pasemos a los países más autoritarios y declaradamente antisocialistas, donde entonces es necesario ganar poder en alguna zona o región, como tarea de alta prioridad, aunque siempre simultánea con la preparación de ese capital inicial de militantes (cuyas características se verán en el capítulo siguiente).

En estas condiciones tenemos que recordar ahora algunos viejos y nuevos principios generales sobre la estrategia a seguir por un supuesto Movimiento que aceptara en primerísima aproximación la definición de socialismo y la interpretación de la historia expuestas en este libro. Damos por superadas las discusiones previas sobre el valor que puedan tener estas "disquisiciones de astronautas", la "letra muerta de los libros" y en general el papel de los intelectuales en la creación teórica: la actitud constructiva es ver qué hay de útil en lo que aquí se diga y no hacer caso a lo demás; el costo de leer un libro es tan pequeño frente a lo que puede ganarse si hay en él una sola sugerencia valiosa que esa parece ser la única actitud racional.

Esa estrategia tiene que referirse a todo el proceso de cambio de estilo; desde hoy hasta la etapa de afianzamiento, en que después de la "toma del poder" —frase sentido debemos aclarar más— se superan todos los conflictos graves: políticos, sociales y económicos, y puede considerarse que el proceso es ya irreversible, a menos de cataclismos, aunque pueda demorar o costar algo más que el óptimo. Insistamos en que la toma del poder, en su sentido habitual en política, es sólo una discontinuidad en el proceso completo de cambio. La necesidad de aprovechar para ello la primera coyuntura favorable hace que su forma concreta y sus grupos dirigentes dependan mucho de las "circunstan-

cias": guerra, catástrofes, conflictos entre grupos dominantes, movimientos de liberación, etc.

Es casi forzoso que inmediatamente después ocurra ese reacomodamiento de fuerzas entre los diversos grupos participantes, que hemos llamado "conflictos definitorios" en el esquema canónico. Parte importante de las actividades de afianzamiento es decidir qué versión del proyecto revolucionario triunfará y cuál es el grupo que decidirá la estrategia para realizarla. Es importante comprender que estas dos tareas cruciales —estrategia para tomar el poder y estrategia para el afianzamiento y etapas sucesivas— son de naturaleza muy distinta, y que históricamente los métodos y personas que resultaron valiosos para una no siempre lo fueron para la otra.

Eso hace más necesario disponer de una Gran Estrategia que integre ambas etapas, y también, por supuesto, la previa a ambas, o preparatoria.

Los actores de esta estrategia son grupos sociales, fuerzas políticas y otras, y los grupitos dirigentes de éstas ("altas burocracias"). En especial nos interesa una que llamaremos "nuestro" Movimiento, a secas.

El triunfo de ese Movimiento no es un fin en sí mismo sino sólo un medio para construir el Proyecto que él defiende (o que fue creado para defender). La peor derrota es que un Movimiento logre el poder y lo use traicionando o deformando ese Proyecto. En especial hay que recordar la tendencia que tiene toda él al "egoísmo": a dedicarse a acumular privilegios para su personal descuidando a sus usuarios, o los fines para los cuales fue creada.

Todo esto deberá tenerse en cuenta para la estrategia de Reclutamiento y Organización del Movimiento, así como para sus acciones externas (las internas están en Organización). A estas las agruparemos por comodidad en Prédica (concientización, difusión), Movilización, Acumulación (de recursos de todos los tipos que se estimen necesarios: desde alianzas políticas hasta dinero o armas).

Culminan en la Toma del Poder y el Afianzamiento; ambas a estudiar en sus implicaciones para cada zona de actividad. En consecuencia, vamos a sintetizar en las frases siguientes, con esos criterios, lo que podemos extraer de nuestro marco histórico (sólo en parte expuesto en este volumen), como principios estratégicos generales.

10. — El Proyecto a construir debe influir en todos los aspectos políticos ya mencionados: el Movimiento debe reflejar lo más posible los ideales, fuerzas productivas y objetivos de la sociedad nueva (esto ya lo expresó con toda claridad Gramsci); sus militantes deben empezar por comprender profundamente qué es el socialismo, y practicar sus principios en lo posible en toda táctica y en toda relación hu-

mana. En otras palabras, el Movimiento, legal o clandestino, debe ser uno de los famosos "gérmenes" de la nueva sociedad, aparte de sus fines específicos. La Prédica también debe usar contenidos y métodos admisibles: así llamaremos de aquí en adelante a los que guarden estilo, es decir, coherentes con el proyecto (por ejemplo, el Movimiento debe ser participante, por principio y por eficacia, pero en serio, por comprensión profunda y rotación).

— Existen viejas instituciones, aparte de los partidos políticos, que han debido enfrentar continuamente problemas comunes con los nuestros, derivados de un conflicto entre intereses contrarios, en el que hay que triunfar con diferentes armas. De ellas —ejército, iglesias, grandes empresas— hay que extraer todas las enseñanzas prácticas que a lo largo de siglos han mostrado sus posibilidades; tanto en organización, como en cuanto a principios estratégicos y tácticos. "Extraer" no significa adoptar automáticamente, pues antes deben someterse a la prueba del párrafo anterior: sólo si son coherentes con los principios del Proyecto, o pueden reformarse para que lo sean, se podrán utilizar (así la necesidad de un Estado Mayor técnico es inmediatamente visible, pero sólo puede adoptarse luego de eliminar sus características autoritarias usuales, que no son esenciales para su funcionamiento). Varios de los principios siguientes son viejos conocidos de la estrategia militar.

— El Movimiento no puede rechazar de entrada ningún método de ir tomando el poder a menos que sea inadmisibles (siempre en el sentido de no ser coherente con el estilo ni poder reformarse en ese sentido). Violentos (revoluciones populares, golpes militares, etc.), o pacíficos (elecciones, toma gradual por zonas, vía gérmenes, etc.), todos deben ser tomados en cuenta, y en cada momento histórico se dará mayor peso al que resulte objetivamente preferible, sin abandonar nunca del todo las otras alternativas. Inadmisibles —salvo en condiciones inauditamente excepcionales— sería por ejemplo la intervención militar de un país extranjero, o los grupos guerrilleros sectarios y fanatizados.

— No limitar la prédica ni la acción —es decir, las esperanzas— a ningún grupo social particular (siempre a excepción de los que no guardan estilo, como las fuerzas esencialmente represivas). Eso no significa que todos sean igualmente concientizables o movilizables o fuentes de militantes (tres características que no están totalmente correlacionadas), sino que, como en el párrafo anterior, en cada momento histórico se dedicarán mayores esfuerzos a aquellos grupos que más convenga, sin abandonar nunca del todo a los demás.

Así pues no compartimos la estrategia de tantos autores que sólo piensan en la clase obrera, ni tampoco los consejos

tipo W. Mills, de dirigirse al "público", en general (para concientizarlo en el sentido de enseñarles a ligar sus problemas individuales con el problema social, lo cual es correcto). En Sudamérica misma hay grandes diferencias por países: en algunos, los más receptivos y potencialmente revolucionarios son ciertos grupos obreros; en otros, ciertos campesinos y en otros ciertos marginales. Por ahora en todos, la mayor fuente de cuadros y aun de militantes activos se encuentra en las clases medias. Cuando el populismo muestre su ineficacia, es probable que la clase obrera ocupe ese primer puesto. En países como Bolivia, o aun Perú, puede ser el campesinado.

Los estudiantes, o la juventud, podrán tener un gran papel o ninguno, y ese papel no tiene por qué ser el mismo que el de otros grupos, ni cumplirse al mismo tiempo. Son muy positivos para romper fases conservadoras y actitudes de sumisión popular. Pueden ser muy negativos cuando el Movimiento está en marcha.

— Toda táctica y toda medida organizativa que mejore la eficiencia de un Movimiento puede ser utilizada por las fuerzas opuestas. Evitar eso es sólo un aspecto del principio más general que dice que debilitar al enemigo —o impedirle que se refuerce— es tan eficaz como reforzarse uno. Guerra psicológica, apartamiento de aliados, desgaste de sus recursos y su organización son medidas aplicadas de antiguo en todo estado de guerra y en muchos otros conflictos. Dada la complejidad institucional de hoy, existen muchísimas nuevas posibilidades de estas ofensivas indirectas, y en general no violentas.

— La sorpresa es factor fundamental no sólo en la táctica política sino en la estrategia de mediano plazo. Aparte de la necesidad vital de tener información abundante sobre la situación y las demás fuerzas —y de impedir a éstas que la obtengan—, esto se refiere a decisiones más difíciles, como repetir o no métodos que resultaron exitosos cuando fueron aplicados por primera vez. Hay que calcular si el "enemigo" ha tenido capacidad y tiempo para preparar "anticuerpos", para decirlo en el lenguaje de los procesos de inmunización biológica, tan similares. Recíprocamente, aunque no podemos repetir errores (y a nivel estratégico eso se sigue haciendo constantemente), tampoco podemos despreciar el hecho que el enemigo no espera que los repitamos, y eso puede ser muy exitoso si pueden remediarse las principales causas del fracaso anterior. La "gimnasia revolucionaria" entrena tanto al enemigo como a uno, y puede dar oportunidad a fuerzas despóticas, como contragolpe.

— Para poder llevar a la práctica estos "buenos consejos" hay que ir un paso más allá de las discusiones habituales,

que sólo llevarían a la confusión. Aunque no hay una teoría cuantificable (la "teoría de los juegos" supone resuelto el problema más difícil: definir todas las alternativas y sus costos y beneficios), existen muchas herramientas técnicas que pueden prestar ayuda y que no requieren computadoras ni hacen perder tiempo, siempre que uno no se vuelva esclavo de ellas. El simple hábito de escribir cada propuesta con todos los requerimientos, efectos y peligros que los hombres de experiencia le ven, y hacer un grosero cronograma y una comparación de los recursos necesarios con los disponibles para ése y otros objetivos, ahorra tiempo de discusiones (en especial evita repetir argumentos), impide que los factores emocionales tengan demasiado peso, y muchas veces muestra defectos grandes producidos por acumulación de defectos menores, y que por eso no eran visibles.

— En la acción es indispensable la unidad del mando y la obediencia inmediata: en ese momento el conjunto debe funcionar "como una máquina". Pero ésos son momentos muy cortos y separados en el tiempo y no tienen por qué implicar autoritarismo. La participación durante el resto del tiempo puede ser muy alta y debe ser decidida en su forma y grado entre todos. Pero también se logra participación en la acción mediante la máxima rotación de mandos compatibles con la eficacia, y estableciendo que ningún mando sea permanente. En resumen, la rígida disciplina militar debe sentirse como una necesidad molesta; como una armadura medieval que el caballero endosaba sólo para el combate y que no veía el momento de sacarse de encima (y que podía ser usada por otros caballeros de la misma estatura).

— "No pretender enseñar a las masas formas de lucha caviladas por sistematizadores de gabinete", decía Lenin, en otra de esas generalizaciones que hemos venido señalando, tan peligrosas por lo negativas. Es verdad que los que participan de acción práctica son los que tienen más probabilidades de descubrir respuestas adecuadas —y de no equivocarse—, pero al intelectual corresponde como mínimo la trasmisión de esa experiencia a otros —en primer lugar a los militantes— y tampoco se le puede negar por decreto la posibilidad de proponer variantes, al ser el único que tiene la oportunidad de comparar e integrar diversas experiencias. Para esto, debe conocer la realidad y no aceptar modelos cerrados de pensamiento. Lo que es cierto es que sólo una minoría de intelectuales es capaz de hacer eso.

11. — Otros principios de estrategia militar bien conocidos —como mantener la ofensiva, concentrar las fuerzas, lograr facilidad de maniobra, asegurar siempre una retaguardia y línea de retirada, conservar la "moral" de las tropas, etc.,

etc., etc., (Napoleón tenía 115 máximas de éstas) —no son aplicables a todo conflicto ni a toda situación, pero conviene tenerlos en cuenta y leer las obras de algunos estrategos modernos.

Los principios que se refieren a la organización interna de estas instituciones cuyo objetivo es ganar conflictos, son tratados un poco más abajo. Aquí sólo anotamos que se va viendo la necesidad de tener una especie de Estado Mayor que pueda dar apoyo técnico del tipo mencionado repetidas veces.

— Preferir aquellas acciones que tengan algunos efectos irreversibles, aunque sean pequeños. Esto es válido en todas las etapas del proceso de cambio; preparación, toma del poder, afianzamiento. Por suerte ya se ha hecho evidente, por ejemplo, que cuando se tiene parte del poder es inútil utilizarlo para introducir modificaciones formales, que pueden ser revocadas de un plumazo si ese poder se pierde, sin que quede ninguna huella de ellas.

For supuesto lo de "irreversible" es sólo relativo; lo que debe conseguirse es que la reversión tenga un costo muy alto, político o en otros recursos.

— Evitar discusiones metafísicas —como definir "revisionismo", "voluntarismo", etc., —y usar la teoría constructivamente, como la debe usar un estado mayor: para tomar decisiones prácticas, dejando para los académicos la explicación de lo sucedido o la polémica a esos niveles tan abstractos en que cualquier razonamiento es defendible indefinidamente.

Análogamente, no dejarse engañar por terminologías de aspecto técnico pero que en el mejor de los casos sólo sirven para llamar la atención sobre algo, sin contribuir por eso a comprenderlo mejor a menos que el usuario agregue contenido sustantivo. Un ejemplo es el concepto de "masa crítica", o momento en que se dan las condiciones favorables para lanzarse a la toma del poder total. Darle un nombre especial sólo sirve para recordar que no cualquier momento es favorable; lo útil sería darle un contenido aplicable a la práctica. ¿Cuáles son esas condiciones y cómo se sabe si son suficientemente favorables? Si no, pasa a la categoría de frases como "ni un minuto antes ni un minuto después". Incluso cuando se intenta decir algo más concreto sobre esas condiciones es fácil recaer en el mismo defecto sin notararlo. Seguramente este libro no está libre de ese pecado, pero en buena compañía. Así Mao no nos ayuda mucho cuando exige, para verificar que ha llegado ese momento crucial, basarse en "hechos que existen objetivamente" y no en nuestros deseos subjetivos, pues la dificultad práctica estriba justamente en saber separar esos dos niveles, cuando los "hechos" son tan poco medibles como el "grado de

conciencia y de combatividad de las masas populares", o la "crisis del régimen" que menciona por ejemplo Ander Egg —ver (26), un libro que por otra parte está lleno de útiles sugerencias—, culminando su lista definitoria de "masa crítica" con la condición de que "la correlación de fuerzas permita presumir el triunfo revolucionario". ¡Si supiéramos hacer eso objetivamente!

Cuando se quiere escapar a este defecto puede caerse en recetas o recomendaciones que cuanto más sirven en ciertos casos muy específicos; y si se quiere ser más amplio en ese sentido se puede terminar pidiendo condiciones tan restrictivas, para asegurar el triunfo, que equivalen a no intentar nunca la revolución. Así Lenin —(27), citado por A. Egg (26)—: "Para hacer una revolución es necesario que la mayoría de los obreros conscientes y pensantes... esté lista a arriesgar su vida por ella; es indispensable que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental gracias a la cual las masas, aun las mas retardatarias, tomen parte en la vida política...".

Esta frase de Lenin no puede tomarse a la ligera, pues está plenamente confirmada por todo el análisis histórico que hemos hecho: sólo hubo revoluciones populares triunfantes cuando algún cataclismo, como la guerra, movilizó previamente a las grandes masas. Estas nunca pudieron ser llevadas por la simple prédica hasta la "temperatura" (combatividad, conciencia) revolucionaria. Pero si Fidel Castro la hubiese aceptado, no se habría ganado Cuba.

De todas estas aparentes contradicciones y confusiones, sacamos una conclusión constructiva: más que recetas o fórmulas de acción, los movimientos revolucionarios necesitan asesoramiento metodológico y buena información sobre situaciones similares que ocurran o hayan ocurrido en otras partes (se supone que sobre la situación local están mejor informados que nadie). Esas son tareas para intelectuales.

Por ejemplo, hemos visto repetidas veces que el funcionamiento político de países o sociedades depende mucho de su tamaño. En países como China, Rusia, India, EE. UU., las fluctuaciones casuales que se producen constantemente en las correlaciones de fuerzas, situación económica, etc., son insignificantes frente a la gran masa a mover. Esas mismas fluctuaciones en un país pequeño como Cuba, pueden ser oportunidades magníficas que derrumben un equilibrio aparentemente sólido.

Es necesario entonces entrar en cada caso a consideraciones mucho más concretas y específicas, y el problema es aprender a hacerlas —es decir, aprender metodología— y no tratar de encontrarlas hechas a la medida. Que esto último es imposible ha sido suficientemente recalado por todos los teóricos y prácticos de la revolución de cualquier tipo: cada

caso es diferente de todos los demás; no hay posibilidad de tenerlos estudiados a todos ni de dar recetas universales.

Pero ante esto tampoco hay que desarmarse teóricamente. También al médico se le dice "no hay enfermedades sino enfermos", exactamente en el mismo sentido, pero no por eso se le deja de enseñar todos los tipos de enfermedades conocidos y todos los remedios ensayados, ni se deja de estar perpetuamente a la búsqueda de principios generales de patología.

— Recordar que aunque todas las condiciones para un cambio estén dadas, el equilibrio puede seguir sin romperse durante mucho tiempo si faltan factores desencadenantes que destruyan la inercia anterior. Lo mismo sucede en Física con los equilibrios inestables, como una solución sobresaturada que puede no precipitar hasta que ocurre alguna perturbación.

— La represión fuerte logra la sumisión popular durante muchos años, si logra vencer la poco frecuente resistencia inicial (Franco, Hitler, Stalin, bomba atómica en Japón, Pinochet, etc.).

— La vía gradual al socialismo, si es anunciada, tiene grandes probabilidades de fracasar porque los grupos amenazados en sus privilegios controlan al comienzo el poder en zonas importantes, aunque se tenga el gobierno y se neutralice la fuerza militar (Chile, Portugal).

— Los movimientos revolucionarios más serios en América fueron también campesinos: México, Bolivia, Perú (en Perú los campesinos industrializados —azúcar— son los menos revolucionarios). Cuba es, como siempre, la excepción.

— El papel de los líderes es crucial.

— Hay épocas de flujo y reflujo revolucionario, fáciles de detectar. Cuando sube un nuevo gobierno, o ha tenido algún éxito, o hay elecciones no demasiado falsas, hay un período de expectativa que no puede romperse artificialmente, sobre todo con acciones que sólo los muy politizados son capaces de interpretar, y que los medios de difusión pueden entonces presentar de manera muy deformada.

— Buscar métodos para llegar a los trabajadores de empresas pequeñas, muy descuidados por la burocracia sindical.

12. — En cuanto al contenido de esa Gran Estrategia, vamos a resumir aquí los puntos sugeridos por el análisis histórico.

— En la etapa preparatoria hay que pensar no sólo en la toma del poder sino en sus afianzamiento y en la estrategia de transición ya delineada en el Proyecto Nacional, para irlo poniendo al día constantemente.

— La preparación para el socialismo incluye crear "gérmenes" de ese estilo en la sociedad actual. Esto debe entenderse bien, y será vuelto a tratar más adelante. Digamos aquí sólo que no se trata de una estrategia para tomar el poder en forma gradual, como la burguesía industrial lo hizo en Inglaterra. Esa posibilidad no debe descartarse, pero en la mayoría de los países demoraría demasiado tiempo y el fascismo llegaría antes.

Los objetivos son varios: en la medida en que puedan crearse constituyen una fuente de poder parcial siempre útil, y una buena base para iniciar la transición una vez tomado el poder. Sirven como "ensayos piloto" de socialismo para los participantes, que tienen así tiempo de corregir los principales errores de implementación antes de proponer esas estructuras en gran escala. Son además la mejor manera de enseñar el contenido real de la palabra "socialismo" y sus ventajas prácticas, a toda la sociedad, y especialmente a los militantes, y para reclutar partidarios. En este sentido no tiene mayor importancia que esos gérmenes terminen siendo destruidos, siempre que hayan durado lo suficiente para hacer el ensayo, y no sacrifiquen militantes.

— Aprovechar toda oportunidad para poner en práctica los principios de participación, solidaridad y creatividad y su uso como fuerzas productivas, dentro de instituciones ya creadas u organizando otras nuevas en paralelo.

— Favorecer todas las fuerzas disolutivas o disgregantes que enunciarnos en párrafos anteriores y combatir todas las que refuerzan al estilo actual, también ya enunciadas. En particular hay que tratar que los gérmenes que se crean no sean estructuras que refuerzan a esta sociedad; por ejemplo, si se alcanza el control de una institución, no puede ser de ninguna manera para demostrar que los militantes socialistas pueden hacerla funcionar "mejor" —en el sentido de esta sociedad—, sino para mostrar las diferencias que aparecerían en el nuevo estilo, y la racionalidad que éstas tendrían en ese caso.

Asimismo la simple denuncia de defectos aislados de esta sociedad puede ser contraproducente, pues muchas veces un defecto puede corregirse sin cambiar de estilo, concentrando en él suficientes esfuerzos (que se retiran de otros sectores). Si se ha hecho mucho hincapié en ese problema, su solución aparece como prueba de que las cosas pueden arreglarse sin necesidad de cambio profundo.

Esto por supuesto no significa abandonar todo intento de mejorar las cosas hasta que llegue "la revolución", lo cual no sería muy solidario hacia los que están hoy viviendo muy mal. Se refiere sólo a cuestiones aisladas. Las estrategias reformistas pueden ser también muy eficaces si se diseñan como verdadera estrategia, es decir, como una serie de

acciones integradas tendiendo a un gran objetivo general. Eso ocurre con la idea de la "escalada de reformas" propuesta bajo diversos nombres por socialistas europeos: para cada reivindicación obrera o vecinal que se plantea, tener lista otra de igual o mayor profundidad y en lo posible vinculada a la anterior, para ser presentada en cuanto la primera es conquistada (y tácticas de movilización creciente si no se la conquista en seguida).

El peligro es que esta supuesta avalancha se detenga sola, por falta de motivación de las bases una vez que sus expectativas iniciales, casi siempre limitadas, fueron alcanzadas. Para que eso no ocurra, la conciencia de los objetivos finales debe estar clara en muchos de los participantes desde el comienzo. Pero es verdad que aunque la escalada se detenga, el saldo puede ser positivo si se ha logrado que algunas de esas reformas sean del tipo "germen" de las nuevas fuerzas productivas. Eso puede ocurrir en las que se refieren a las condiciones alienantes de trabajo, que pueden llevar a la rotación y otras medidas que sólo pueden generalizarse en el socialismo, y a las oportunidades de explicar cómo funcionaría una economía socialista (ver Cap. I).

— Cuando se estudia la toma del poder, es necesario dar las prioridades correctas a las distintas zonas, y acerca de esto hay dos observaciones válidas casi sin excepción. En primer lugar no se discute que no hay estabilidad posible ni poder verdadero mientras no se controla —por conquista o conversión— la fuerza militar. En el corto plazo todo lo decide la fuerza o la amenaza de emplearla; ella es la última razón en cada momento. Que a través del poder económico o político esa fuerza pueda ser reorientada es otra cuestión; a lo que nos referimos es a que si en determinado momento un grupo tiene clara superioridad en su capacidad de ejercer violencia física, puede hacer lo que se le antoje por un tiempo a veces bastante largo: derrocar gobiernos, exterminar enemigos políticos, robar, hacerse obedecer por el pueblo. Su proyecto tiene durante ese período viabilidad política y social completa; sólo está limitado por las leyes de la naturaleza.

Pero el motor principal de todo Movimiento socialista es ideológico. Si es prematuro, será incapaz de vencer los factores limitantes económicos, sociales o militares, pero sin Proyecto no hay Movimiento. Toda fuerza política tiene objetivos, programas; la conciencia de clase está formada por ideas; los militantes se reclutan en función de una imagen de futuro, y es en función de estos militantes que puede llegar a disputarse el poder económico o militar del régimen. Pero aun admitiendo que la ideología es correcta, el proyecto es viable, la etapa histórica lo exige, etc., etc., no quedan automáticamente resueltos los problemas prácticos de su

elaboración hasta el grado de detalle necesario para actuar; su difusión, su enseñanza, sus aplicaciones, su perfeccionamiento y correcciones a medida que se contrasta con la realidad. Los ejemplos históricos de la difusión de las grandes doctrinas religiosas y políticas nos muestran con qué distintos grados de eficiencia y fidelidad puede hacerse eso, y en la historia de las que fracasaron encontramos muchos casos en que ese fracaso no se debió a defectos intrínsecos de la doctrina sino a la poca eficacia práctica del movimiento que se propuso difundirla: al escaso poder alcanzado en la zona ideológica, en nuestros términos (basta comparar la distinta eficacia de distintos órdenes misioneros).

La prédica de ideas, esencial para formar y fortalecer el Movimiento y lograr que llegue al poder, tiene en nuestro caso una característica novedosa, y es que no se limita a servir de **motivadora** para los militantes sino que debe **enseñarles a actuar** después de la toma del poder: los entrena en el uso de los principios socialistas como **fuerzas productivas**. No se trata de demostrar que nosotros somos "los buenos" y los demás "los malos", sino de ir formando ya el famoso Hombre Nuevo, por lo menos en la medida suficiente para iniciar los cambios sociales que a su vez completarán paso a paso su formación.

El militante es la pieza clave de toda la estrategia: tiene que alcanzar un nivel mejor que el de sus más preclaros predecesores: los misioneros religiosos. No sólo porque su doctrina es buena sino porque su comprensión de ella no es ritual ni operativa, sino profunda, vivida (como aquéllos). Esto no se logra sólo con buena voluntad; es toda una reeducación y requiere sus métodos propios, adaptados a los objetivos y a las limitaciones impuestas por el hecho que los medios usuales de difusión y otras actividades ideológicas están controlados de entrada por enemigos de las nuevas ideas. Luego volveremos sobre este tema, que mencionamos aquí sólo para indicar que es un componente esencial de toda estrategia.

E insistimos una vez más: el Hombre Nuevo no lo es sólo por su preferencia por los principios de solidaridad, participación, creatividad, sino por su capacidad de usarlos en la práctica como fuerzas productivas, incluso en el sentido más tecnológico de este término.

Sea o no cierto el papel decisivo que se adjudica al empresario puritano en el nacimiento del capitalismo industrial, puede servirnos de ilustración para lo que decimos: hombres que viven de acuerdo con sus ideales doctrinarios, pero logrando que ese estilo de vida sirva para cambiar a la sociedad. No nos sirve de ejemplo, en cambio, un San Francisco de Asís, aunque sea más simpático, pues su estilo de vida no respondía a ningún proyecto viable; como tampoco el de los hippies y otras contrasociedades utópicas.

Este es, al mismo tiempo, uno de los "productos" más importantes que el socialismo puede ofrecer a toda la sociedad —incluso a sus clases dominantes— desde antes de tomar el poder.

En efecto, así como la aristocracia toleraba a los burgueses que la iban a derrocar porque producían objetos que les interesaban, también incluso los privilegiados de hoy, que por algo dependen tanto de sus psicoanalistas, se sentirán interesados por estos ensayos de vida desalienada, que como estamos viendo es ya para mucho más deseable que el consumo opulento. Pero más importante es el aporte que puede hacerse en el campo económico mediante gérmenes, en ciertas condiciones políticas (estatismo populista).

Con sólo difundir un estilo de consumo menos individualista, la terminación a cargo del usuario, y otras características como las que hemos enunciado en PN (cap. 5), se logra disminuir la presión sobre el aparato productivo, cosa que conviene al estado a **corto plazo**, aunque la difusión de ese nuevo estilo de consumo ayuda a la larga al triunfo del socialismo (si se acompaña por su prédica completa).

Por último, hay otro factor individual totalmente opuesto, que puede ayudar en cierta etapa a los movimientos socialistas pero que es deformante a la larga: se debe a la perspectiva cada vez más clara de que el dominio del mundo entero pase a manos del bloque marxista.

Como es normal en tales casos, eso refuerza la oposición de ciertos grupos muy comprometidos o sectarizados, pero hace cambiar de bando a muchos otros, sea porque el éxito los convence, o porque se preparan para ejercer el papel de clientes "maulas" que ya hemos señalado. El alto número de simpatizantes de la URSS entre industriales, funcionarios y otros miembros de clases medias sería difícil de explicar de otra manera.

13. — Hemos dicho que no creemos en el "destino histórico" de ninguna clase o grupo social en especial como responsables de dirigir la construcción del socialismo, pero eso no significa que todos los grupos en que habitualmente clasificamos a la población vayan a participar en igual proporción, ni que ésta sea independiente del tipo de país de que se trata ni de la etapa en cuestión —preparatoria, toma del poder, afianzamiento—, ni del tipo de participación: concientización, movilización, militancia, lucha armada, trabajo constructivo.

En cuanto a países, nos hemos autolimitado a los similares a Argentina: medianos en tamaño y nivel de ingresos, urbanizados, industrializados en grado no despreciable, con abundante clase media y varias generaciones de soberanía política; dependientes, pero no totalmente. Muy distinto sería

el diagnóstico en países muy pobres, donde el campesinado es una amplia mayoría miserable.

Hemos señalado además que en los países pequeños —hasta 5 millones de habitantes, digamos, y con menor frecuencia a medida que se sobrepasa ese límite—, cualquier hecho fortuito, que en un país grande sería absorbido por el "promedio" como simple fluctuación estadística, puede tener influencia decisiva durante un tiempo largo, y lo mismo vale para cualquier fuerza bien organizada y decidida a imponer su voluntad. El voluntarismo, los grupitos armados, los líderes hábiles (aun sin tener mucho carisma), y por supuesto el ejército pueden hacer allí su agosto, pero eso también lo saben las grandes potencias, que con poco gasto pueden poner a su servicio a grupos de influencia decisiva.

Los países muy grandes —más de 80 millones, digamos— muestran en cambio mayor "inercia", tanto para iniciar cambios como para volver a estabilizarse. En ellos, ya hemos dicho, sólo hay un agente capaz de lograr movilizaciones e iniciar otros procesos dinámicos con rapidez: el gobierno. Los demás tienen que esperar a que el mismo gobierno —o una combinación muy favorable de circunstancias— haya puesto a la población en estado de alerta.

En Sudamérica, los países que sólo por casualidad responderían a nuestro análisis son: Paraguay, Bolivia y las Guayanas. Brasil es una suma de dos países; la parte sur es similar a nuestro arquetipo. Ecuador por su rápido enriquecimiento actual y Uruguay por su estancamiento son menos imprevisibles que lo que corresponde a su pequeñísimo tamaño.

La población de un país puede clasificarse según muy diferentes criterios, que teóricamente deberían deducirse de los objetivos del estudio. En la práctica hay ya ciertas categorías tan familiares, establecidas y aceptadas por los mismos interesados, que deben tomarse como referencia obligatoria y luego a partir de ellas hacer las modificaciones y consideraciones que resulten necesarias. Un grupo social de éstos —los obreros, los estudiantes— ya es algo más que un concepto abstracto, pues sus miembros saben que lo son, lo usan para definir ciertos tipos de solidaridad interna, y sobre todo, existen instituciones específicas que lo atienden y organizan en parte. Muy distinto es el caso de ciertas categorías sociales que sólo existen en la mente de su inventor, o son simples agregados estadísticos (como las estratificaciones por nivel de ingresos).

Como además no corresponde a este tomo hacer una teoría de la estructura social, nos conformaremos con mencionar brevemente los grupos más familiares e importantes para este análisis, sin preocuparnos ni de que se superpongan en parte o respondan a criterios distintos (empleo, edad, étnia)

ni de que cubran el 100% de la población; enunciando lo que nos gustaría saber sobre cada uno de ellos.

Para su posible participación en la toma del poder y la construcción del socialismo nos interesarían especialmente las siguientes variables de cada grupo:

— Capacidad potencial de aumentar su poder en alguna zona, si el grupo estuviera movilizado y organizado adecuadamente. Los obreros tienen alta capacidad en la zona económica, pues pueden paralizar la producción por un lado, y han sido capaces de alcanzar altos grados de gestión, por otro. Esa capacidad es menor en las zonas organizativa e ideológica, etc.

Siempre hay que distinguir la capacidad de hacer funcionar de la de paralizar el funcionamiento, que tienen importancias muy diferentes antes y después de la toma del poder. Para eso también es necesario distinguir dentro de cada zona cuáles son los sectores cuya paralización tiene efectos rápidos e importantes sobre toda la sociedad. Así en la zona económica resultan ser más críticos políticamente los sectores de comercio y transporte de mercancías que su misma producción (aunque para el plazo largo es al revés), pues ellos controlan el abastecimiento de la población. Resulta entonces, como se vio por ejemplo en Chile de Allende, que grupos sociales no obreros, si se movilizan, pueden producir una coyuntura política decisiva impidiendo por ejemplo la llegada de alimentos a la capital, con lo cual desencadenan fuerzas hasta ese momento indecisas.

La toma del poder político, que es una discontinuidad del proceso, depende casi siempre de hechos coyunturales, capaces de producir un gran aumento de temperatura durante un período muy corto pero que puede ser bien aprovechado. En esas situaciones, la influencia de los procesos lentos es sólo un telón de fondo constante —“estructural”, se dice— que define sin duda ciertos límites a lo que puede ocurrir, pero no muy estrechos. Son factores limitantes, frente a los otros, desencadenantes.

En la zona ideológica, por ejemplo, las doctrinas, los libros, la educación, son los factores de largo plazo, limitantes. Pero las coyunturas son mucho más influidas por los diarios, que con una campaña intensa y bien organizada pueden desencadenar a otras fuerzas y voltear a un gobierno. Se ve aquí aún más claro que si el intento no tiene éxito inmediato puede ser fácilmente controlado, y fracasa dejando pocos rastros de fondo. Para el gobierno, ganar es sólo ganar un round; perder es perderlo todo (en términos de poder político).

— Grado de institucionalización del grupo: afiliación a sindicatos, partidos, asociaciones vecinales, etc., que pueden influir sobre la concientización y la movilización, y carácter

de esas instituciones. Este es un factor que ha resultado decisivo muchas veces.

En particular los sindicatos tuvieron a fines del siglo pasado, en Europa y EE.UU. un papel movilizador de la clase obrera de importancia histórica muy grande. Poco después, sin embargo, esas mismas instituciones frenaron movimientos revolucionarios (como en Alemania, 1919, que pudo haber sovietaizado a Europa entera). Citemos a uno de los líderes que mejor comprendía la dinámica de la clase trabajadora, Juan Perón: “Queremos gremios unidos y bien dirigidos porque las masas inorgánicas son siempre más peligrosas para el Estado y para sí mismas. Una masa inorgánica... es un fácil caldo de cultivo para las más extrañas concepciones políticas e ideológicas” (Citado por las “62 Organizaciones”, solicitada del 27.8.74).

Así, buena parte de la lucha política de corto plazo se da entre instituciones movilizadoras y desmovilizadoras, y es tan importante reforzar unas como debilitar las otras. Por eso una de las principales dificultades en la gestación del socialismo es que no se puede debilitar a los sindicatos sin perjudicar los intereses materiales inmediatos de los trabajadores, ni se los puede “copar” porque el poder interno está totalmente en manos de un grupo que no tiene interés en el socialismo: los burócratas. Tomar el poder en un sindicato grande puede ser más difícil que hacer la revolución. Una solución es oponerse a los sindicatos únicos o muy grandes, y a su centralización nacional.

Esta situación de manos atadas se presentó muchas veces en la historia; por ejemplo en los casos en que la Iglesia, intocable por los rebeldes del momento —nobles, burgueses, patriotas de la independencia— actuaba como desmovilizadora y estabilizadora del régimen.

— Expectativas y aspiraciones (las primeras son para el corto plazo y las segundas para un futuro más vago). Sobre todo las primeras, que pesan más en la acción política y son más decisivas que la ideología declarada o incluso que la afiliación a un partido político. Lo que una persona siente que arriesga cuando se agrega a una movilización fuerte, no es sólo lo que tiene, sino lo que esperaba tener pronto, aunque no fuera muy seguro.

— Movilizaciones de los últimos meses, para medir la “temperatura” actual del grupo, lo cual define en buena parte cuáles son los métodos de concientización posibles.

— Facilidad de comunicación entre los miembros del grupo: directa y personal, en lugares donde se reúnen naturalmente y frecuentemente (fábrica, escuela, cuartel, aldea), o indirecta, vía boletines y otros medios institucionales, o los usuales de difusión. Los marginales y los trabajadores de

empresas pequeñas carecen de intercomunicación, y es importante ayudarlos en ese aspecto, si se lo liga a la prédica.

— Persistencia de ideologías quietistas rígidas, inculcadas desde la niñez durante varias generaciones y que han llegado a conformar un "carácter" respetuoso de la autoridad.

— Haremos ahora una rapidísima revisión de los grupos que hemos hallado más significativos a lo largo del libro, y que necesitan ser redefinidos con un poco más de precisión.

— **Obreros.** Trabajadores manuales de la industria y actividades productivas similares (construcción, servicios básicos, minería, pesquería), con tareas duras (pesadas, peligrosas o alienantes) y que no requieren entrenamiento teórico. Pueden ser asalariados o cooperativistas o participar de alguna otra manera de los beneficios de la empresa y aun de su dirección.

En nuestros países tienen las siguientes características:

— Protegidos en su mayoría por sindicatos bien organizados.

— Entre ellos el ingreso está desigualmente distribuido. La cuarta parte (siempre en muy grosera aproximación) tiene un ingreso familiar real del orden del promedio para todo el país (o sea de estratos medios). Existe un salario mínimo legal, y una "aristocracia" obrera.

— Constituyen un 20 % de la población activa, como máximo.

— Tienen experiencia electoral, sindical y política. Reciben abundante material concientizante de diversos partidos desde hace muchas décadas.

— La mitad por lo menos son de "primera generación": provienen de familias campesinas o son inmigrantes extranjeros (estos tienen las tareas más pesadas y peor pagadas). No hay fuertes problemas raciales, religiosos o culturales. Todos hablan el mismo idioma y la gran mayoría sabe leer.

— Su mayor carencia material es la vivienda digna. Poseen bienes de consumo durables. Entretenimientos masivos, juegos de azar masivos. Los hijos son enviados a la escuela, con frecuencia secundaria o técnica. En todo esto se comportan como "clase media" inferior.

— Han experimentado en algún grado la sensación de que las clases dominantes los temen. Eso les está dando seguridad y eliminando los "complejos de inferioridad".

— Sus expectativas son altas, y tienen fresco el recuerdo de un pasado peor.

— Son muy sensibles a los liderazgos paternalistas.

— Tienen capacidad para paralizar la producción por huelga. Saben también ocupar fábricas y hacerlas funcionar durante un tiempo sin mayor ayuda técnica.

— Muy pocas movilizaciones políticas masivas, y casi todas respondiendo a llamamientos de un gobierno paternalista o de centrales sindicales.

— Hay siempre un porcentaje minoritario con ideología "clasi-sista" revolucionaria, en general concentrados en algunas industrias grandes, donde ha habido buen trabajo político, pero las muy pocas veces que se movilizaron en ese sentido fueron vencidos con facilidad (Chile: defensa de Allende; Argentina: Córdoba, Villa Constitución; Uruguay: sindicatos comunistas).

— Constituyen una típica clase en ascenso. Comparados con los campesinos —6 mil años de explotación inicua que aún prosigue— su historia es corta y alentadora. Nacieron hace dos siglos y sus primeras décadas —cuando eran en buena parte campesinos recién llegados a la ciudad— fueron de explotación cruel. Lucharon valientemente contra eso (fue la época en que Marx los consideró el prototipo de "hombre nuevo"), y desde entonces su situación mejora gradualmente, siendo muy superior a la del campesino. Considerados como sistema en evolución canónica, están en una fase de consolidación, conservadora.

— En varios países muestran apreciables tendencias al racismo, chauvinismo y otras características típicas de clases medias en ascenso.

— **Como clase,** su papel es probablemente más decisivo en la transición al socialismo que en la militancia y toma del poder.

— La tecnología moderna no les permite una gran expansión numérica. Por eso, en países ricos, sus hijos pueden quedar fuera de esa clase protegida, y convertirse en "segundones", más revolucionarios.

— **Intelectuales.** Son los que desempeñan tareas de alto contenido ideológico: militantes políticos, educadores, periodistas, novelistas, militantes religiosos, publicitarios. Por tradición hay que incluir entre ellos a científicos, poetas, "artistas" y otros cuyo trabajo requiere una fuerte preparación técnica y una información especializada al día, aunque hasta ahora no saben armonizar su trabajo con sus convicciones políticas, y transmiten a través de él la ideología dominante, como cualquier otro engranaje del sistema. Los llamaremos "tecnócratas", aunque se ofendan los pintores, músicos, etc.; incluyen a los profesionales universitarios: médicos, ingenieros, sociólogos, etc.

A los verdaderos intelectuales —según nuestra definición— vamos a llamarlos tentativamente "ideólogos". En el texto, siempre que nos hemos referido a los intelectuales era en este sentido.

Estos ideólogos predicán entre diversos públicos, general o especializados. Entre éstos hay algunos prácticamente "cautivos" durante un tiempo, como los estudiantes o los conscriptos, que resultan por fuerza más receptivos y entre los cuales es fácil reclutar nuevos ideólogos. Están también los públicos de actividades "culturales": conferencias, conciertos, exposiciones, lectores de libros no puramente escapistas. Su

actividad política se limita a dar dinero y firmar petitorios, pero tienen un papel social más importante, como contrapeso en el seno de la familia a la influencia de los medios masivos, siempre muy controlados por los gobiernos. Son portadores de la pequeña cuota de diversidad cultural que admite el sistema.

Las características de los ideólogos son:

— La gran mayoría trabaja a favor de la estabilidad, el orden, el conformismo (salvo en expectativas de consumo), irracionalismo, mediocridad o "chantismo", homogeneidad cultural, colonialismo cultural.

— Muchos de esos ideólogos tienen una doble personalidad o esquizofrenia en este aspecto, pues sus convicciones políticas son anti-sistema, y fuera de su trabajo regular hacen prédica de otras ideologías. Este desdoblamiento los lleva a ser irracionales y sectarios, para que esa contradicción no estalle. Muchos necesitan ayuda psiquiátrica.

— Su estilo de trabajo es individualista y competitivo, es decir, profundamente antisocialista. En sus escasos lugares y ocasiones de reunión (asambleas gremiales o políticas) es rara la actitud constructiva de aprovechar la experiencia ajena; el intercambio usual es más bien la polémica teórica o la defensa de una línea táctica previamente establecida. La comunicación entre ellos es pues intensa pero poco profunda, incluso cuando pertenecen al mismo grupito político. Hay poco contacto entre sus sectores: educación, publicidad, etc.

— Están muy organizados gremial y políticamente, en cada uno de sus sectores.

— Salvo los educadores, su peso numérico es insignificante. Las únicas movilizaciones de cierta importancia son las de maestros, que justamente son los menos conscientes —salvo una minoría— de su papel de ideólogos.

— Su capacidad potencial es inmensa y justifica que se hagan los mayores esfuerzos para eliminar aunque sea en parte los defectos enunciados, ninguno de los cuales es invencible. En esta época bajo el nombre de socialismo sólo se predica la lucha contra cierta minoría (los empresarios privados), el apoyo a ciertos países contra otros (chinos, rusos, norteamericanos, etc.) y el alivio a los sufrimientos materiales inmediatos del pueblo según las preferencias manifestadas por el mismo pueblo (populismo).

Esto significa que el poder ideológico está en manos que no llevan al socialismo y que por lo tanto llevarán al estatismo fascista, directamente o previa una etapa populista, a menos que se dé una batalla ideológica a un nivel más profundo y previo a toda alianza política.

— **Burócratas.** Son los funcionarios altos y medios de la administración pública, administración de empresas grandes, diri-

gentes gremiales (obreros y empresariales), dirigentes políticos y alta oficialidad de las fuerzas armadas y policiales. Tenemos pues 5 ramas o sectores, que tienen en común el formar el nivel de "altos cuadros" de las instituciones grandes y bien organizadas, que entre ellas controlan todas las zonas de actividad (salvo la vida social) en un altísimo porcentaje.

Con carácter secundario incluye también a dirigentes del clero, sociedades científicas, asociaciones y clubes vecinales, etc.

Estos sectores tienen intereses que pueden entrar en conflicto, a veces agudo, y forman y deshacen alianzas entre ellos con bastante facilidad.

Incluyen a elementos de las viejas clases dominantes, pero sólo en tanto que actúen en nombre de grandes instituciones. Como grupos sociales clásicos, los capitalistas, terratenientes, aristócratas, etc., quedan afuera (sin que eso impida que formen también alianzas con ellos a veces).

— La capacidad de los burócratas reside en su función de hacer cumplir, concretar e implementar las grandes decisiones, quedando a su cargo elaborarlas en forma de decisiones intermedias, y controlar su cumplimiento.

Cuando además formulan también esas grandes decisiones, se han convertido en clase dominante, pero aun como subordinados a otras su poder real es enorme, y lo utilizan a fondo.

— Numéricamente son insignificantes: alrededor del dos por mil de la población total. Eso y los recursos que controlan les permiten mantener un nivel de intercomunicación que hace innecesaria una organización institucional especial (aunque éstas no faltan, como las logías y otros grupos de presión similares).

— Están permanentemente movilizados.

— Sus principales expectativas se centran alrededor de aumentar su grado de poder, y a través de él, su riqueza material. Una importante minoría tiene como primera prioridad el ejercicio del poder por sí mismo (que puede aplicar al servicio del pueblo o de una minoría), al cual dedica todas sus energías. Esta actividad parece ser de las más sanas para el hombre, tanto psíquica como corporalmente, como se ve por la avanzada edad que alcanzan sin interrumpir su vida activa.

— **Marginales urbanos.** Principalmente los desempleados y subempleados crónicos, buhoneros, "changuistas", mendigos, criminales, prostitutas, etc., etc. Son los que aparentemente no tienen hoy nada que perder, ni siquiera sus cadenas, pues nadie se preocupa de ellos ni para explotarlos. En muchos países de América son más numerosos que los obreros in-

dustriales. No están representados por instituciones fuertes, lo cual les quita poder de regateo, en condiciones normales, pero les quita frenos en momentos de gran movilización. En gran parte provienen del campo, y heredan en la ciudad el mal trato y el desprecio que clásicamente sufrieron sus antepasados. Todo eso hace que algunos pensadores —por ejemplo Ribeiro (10)— crean que en ellos puede haber un potencial revolucionario tanto o más fuerte que entre los obreros.

No hay duda que ese potencial es muy grande en países más pobres que Argentina. Aquí es grande también pero no hay que sobrestimarlo, pues están sometidos al diario "lavado de cerebro" de la radio y la televisión, que les muestran —idealizadas— las maravillas que esta sociedad ofrece a los que tienen dinero. Esta falsa conciencia de la realidad produce en ellos expectativas y actitudes en buena parte orientadas hacia la integración a esta sociedad, no a su reemplazo por otra en la que —según les dicen esos mismos medios de difusión— no tendrían ni la esperanza de alcanzar esos preciados bienes de consumo. En tales condiciones, parte de ellos podría llegar a ser movilizada contra una revolución socialista.

La prédica de izquierda entre estos marginales se ha hecho hasta ahora "a desgano". Es activo allí el tercermundismo cristiano y algunos grupos armados que reparten viveres "expropiados". Por lo demás el terreno queda libre para toda clase de sectas y creencias supersticiosas, que pueden o no tener componentes de rebeldía contra la sociedad. El marxismo no penetra mucho porque nunca les asignó un papel importante en la lucha de clases. En tiempos de Marx eran pocos porque la tecnología no era tan ahorrativa de mano de obra, y los sobrantes emigraban a América o eran "consumidos" en las guerras. Sólo quedaba una pequeña proporción de desempleados —el "ejército de reserva"— y de malvivientes —el "lumpen-proletariado", usado como apoyo popular por la derecha—. Terminadas las posibilidades de emigración, y automatizándose cada vez más la industria y los servicios, el sistema social actual sólo puede librarse de los marginales mediante algún tipo de genocidio, para el cual nos están preparando las campañas sobre explosión demográfica. Este peligro para su misma existencia debería formar una conciencia revolucionaria, si se predicara adecuadamente. Esa prédica tiene que ser completa: no sólo de denuncia, sino de cómo puede y debe transformarse la sociedad, pues si no se corre el peligro, ya citado, de una toma del poder al estilo de los pueblos marginales de la antigüedad, es decir, de una destrucción exagerada de la organización y capacidad productiva actuales sin tener listo nada mejor para reemplazarlas.

— **Clase media.** Terminamos esta breve descripción de algunos grupos con la clase media, porque ya hemos elegido su expansión explosiva como la característica social más típica del gran estilo industrial. Es igualmente típica de este estilo por su modo de vida.

Su carácter mayoritario y esa representatividad la convierten en la columna vertebral de esta sociedad, en los países industrializados. Todo cambio de fondo en éstos es inestable mientras no alcance a este grupo.

Sin duda no es una clase social, y para muchos ni vale la pena considerarla en conjunto, dada su gran heterogeneidad: contiene partes de todos los grupos sociales —salvo marginales—: empresarios y obreros, profesionales, intelectuales, burócratas y otros empleados, rentistas, jubilados, campesinos urbanizados, etc.

Pero nótese que esa heterogeneidad se refiere a su papel en el proceso productivo y a su forma de obtener ingresos, con respecto a la cual contiene grupos de intereses muy conflictivos. Es en cambio bastante homogénea en su estilo o expectativas de consumo, y ese modo de vida es el que defienden de manera similar. Es entonces una categoría que tiene perfecto sentido para analizar la **zona social**, así como las anteriores se adaptaban a las otras zonas.

La menor coherencia gremial, la falta de instituciones que los cubran a todos, se compensa por una mayor coherencia **familiar**: toda la familia a la vez es de clase media, mientras que la mujer o el hijo de un burócrata no tiene por que serlo. Esa coherencia se extiende muchas veces a la vecindad (como también ocurre con los marginales). Es significativo que muchos de sus miembros se identifican de esa manera, y pertenecer a la clase media es una esperanza muy común, así verbalizada, entre los que tienen menor nivel de vida. Es para todos un símbolo de ubicación social exitosa.

Sus hijos estudian en vez de trabajar; son consumistas típicos y se dejan orientar en grado apreciable por los medios masivos de difusión, en todo lo que no sea sus intereses o convicciones más profundas.

Resueltos en buena parte para ellos los problemas de subsistencia y opresión, empieza a pasar a primer plano —sin mayor conciencia de ello— la inseguridad espiritual, la inmadurez, la alienación. Ante eso reaccionan de manera muy activa, sea acentuando sus características de irracionalidad (ver cap. VII), adoptando modelos cerrados de pensamiento (cap. IV) o recurriendo, cada vez con mayor frecuencia, a la ayuda psiquiátrica. Proporciona además la mayoría de los activistas para movimientos políticos de todos los colores.

Su juventud tiene problemas especiales de ubicación frente al mundo, que no vamos a repetir. Nótese que casi por

definición todos los universitarios pertenecen a la clase media.

La mayoría es "silenciosa", dispuesta a mostrar cualquier grado de sumisión política ante quienes garanticen su modo de vida. A ese estilo consumista lo sienten en peligro por el "comunismo", el "desorden" y cualquier cambio de fondo. Es así que apoyaron al fascismo y al nazismo, hasta que éstos los condujeron a una guerra fracasada.

Disponen de eficaces medidas de resistencia contra gobiernos renovadores; sobre todo el desabastecimiento, que controlan por su peso en el comercio, transporte y producción de muchos alimentos. La oposición decidida del campesinado medio puede dejar sin comer a las ciudades.

Por todo eso, el trabajo político entre esta masa de población, pensada como lo estamos planteando —en función de su estilo de vida y no de las usuales categorías clasistas— adquiere una importancia especial, sobre todo en la fase de afianzamiento de una revolución. Es muy difícil volcarla rápidamente hacia el socialismo, pero deben por lo menos neutralizarse sus peligrosas tendencias opuestas y ganarse a sus activistas.

Sin duda, el peso de esta clase media tiene que haber influido mucho en esa inmunidad a las revoluciones socialistas de que han gozado hasta ahora los países industrializados, según dedujimos del cuadro que figura en este capítulo.

Sólo los nuevos desafíos que hemos mencionado tantas veces, y que hacen inviable al desarrollismo, y la prédica militante del estilo socialista de vida podrán cambiar esa condición. Cuando esos problemas obliguen a expulsar de esta clase privilegiada a sus segundones —como ya se percibe entre los universitarios—, se tendrá un buen material para militancia.

Capítulo X Escala Estratégica

II: RECOMENDACIONES

1. — Militancia

Habiendo visto en la Historia que los pueblos sólo participan masivamente en un cambio de estilo cuando se los moviliza desde el poder ya conquistado; que antes de eso pueden apoyar en algún grado, pero activar sólo en pequeña parte, y que la misma conquista de ese poder es siempre obra de una minoría, salvo cuando el cambio incluye la expulsión de un conquistador extranjero, es fácil llegar a la conclusión que el instrumento esencial para estos cambios revolucionarios internos es el militante.

La etapa preparatoria es en primer lugar preparadora de militantes, y a través de ellos, difusora de ideas en el mayor ámbito posible. Por cierto que preparar militantes quiere decir entre otras cosas organizarlos para la toma del poder, el afianzamiento, la transición, pero todo esto tiene sentido sólo sobre la base de la formación intelectual y de carácter. El militante tiene que llegar no sólo a comprender sino a sentir y trabajar como el hombre de la sociedad por la cual lucha; si no todo es falso, artificial, y puede desviarse fácilmente en cualquier otra dirección.

Esto no es una ingenuidad sentimental. Antes de que se haya impuesto el estatismo los burócratas actúan con toda naturalidad como burócratas; no tienen dudas sobre lo que es correcto, en función de sus intereses, y cuando logran el poder total no tienen necesidad de modificar mayormente su estilo de acción. Lo mismo pasó con los burgueses y con los señores feudales. Eran "auténticos"; venían a implantar el estilo que ellos ya vivían.

Es cierto que en todos estos casos el nuevo estilo los favorecía desde antes; les daba privilegios que el poder sólo afirmaba y legitimaba. ¿Pero acaso no sucede lo mismo en nuestro caso? Si vivir a la manera socialista no es preferible a lo actual para el militante; si su única motivación es mejorar la situación de otros, y para ello debe hacer renunciamentos y sacrificios constantes, ese militante es muy poco confiable: es típico candidato a burócrata autoritario, con las contadísimas excepciones de algunos santos varones, tan fuera de lo normal que sólo sirven para confundir a los demás.

El socialismo es un modo de vida mejor para todos; incluso para mí, incluso para los privilegiados de hoy, que por algo están recurriendo en masa a la "ayuda psiquiátrica". Pero además, la comprensión de la fase histórica que se vive, sus problemas, y la consecuencia que tendrá para todos resolverlos por métodos que no sean socialistas, también añade un legítimo interés personal a la lucha. Esta se parece entonces a las guerras de defensa nacional, en que abundan los soldados voluntarios porque está muy claro para ellos que aun desde el punto de vista más egoísta, ganar es mucho mejor que perder, por costoso que sea. Las dos caras de la moneda deben ser "internalizadas": las bellezas de vivir en una sociedad justa y creativa, y el apocalipsis que nos espera a todos si dejamos triunfar a cualquiera de sus alternativas visibles.

De todos modos, el ejemplo del soldado nos indica que del militante se espera algo más que de los otros hombres: que por solidaridad, responsabilidad o vergüenza acepte correr riesgos grandes y hacer esfuerzos especiales, sin esperar ni exigir que todos los que van a ser favorecidos por el cambio los compartan. Toda revolución triunfante ha sido hasta ahora oportunidad para una nueva injusticia: muchos "espectadores" resultan beneficiados (es de desear que este privilegio injusto les toque a los que hasta ese momento sufrían injusticias); muchos militantes mueren o sufren otros perjuicios injustos; y otros alcanzan a formar un grupo dirigente, acumulando recompensas por encima de lo justo.

Eliminar las dos primeras injusticias exigiría un previo cambio de sociedad, pero por suerte no son cruciales para el proceso. La tercera en cambio debe evitarse a toda costa, pues puede hacer inútiles todos los demás sacrificios. La vanguardia militante, organizada como Movimiento, partido, ejército o lo que sea, no debe sentir ningún interés por convertirse en una nueva clase dominante, ni dejarse arrastrar a ello "sin quererlo", por fuerza de las circunstancias. Cuando esto ocurre, la única esperanza es que haya líderes carismáticos que tengan muy clara la vía a seguir y guíen por ella a los demás. No sabemos todavía si en Cuba o China esta esperanza se realizará.

En resumen, el militante tiene que saber qué es el socialismo que está ayudando a construir, y tiene que practicarlo. No entramos en otras condiciones evidentes: honestidad, capacidad, y algo muy vago que podríamos llamar "amor a la humanidad".

Ese amor a la humanidad se expresa a través de la solidaridad —y de la compasión— que es parte obligada del carácter del militante socialista. Este aspecto sin embargo está hoy siendo priorizado de una manera que nos parece exagerada. En parte como reacción a la burguesía de "izquierda", a los teóricos de gabinete y al paternalismo; en

parte como eco de la figura romántica del Che y otros, y en general como aspecto de la tendencia populista que ya hemos discutido, se repiten hoy, pero con más intensidad, fenómenos de fusión con el pueblo que se dieron en muchas épocas anteriores de desorientación. Jóvenes de clase media que deciden trabajar y vivir como obreros, luchando valientemente por ser aceptados en esa clase social; otros que viven en los barrios marginales o en el campo haciendo duras tareas de ayuda o beneficencia. Esto forma incluso parte de la estrategia de algunos grupitos políticos, que buscan ganar así la confianza y el cariño del pueblo, y encontrar un público más receptivo para sus programas y propuestas tácticas. Conviene repasar la historia de los "narodniki" en Rusia del siglo pasado.

Ese tipo de militancia —así como el guerrillerismo— es un frente de lucha legítimo, pero sólo puede ser provechoso cuando es realizado por militantes maduros, sólidamente formados. Cuando lo realizan los jóvenes, movidos por emociones correctas y doctrinas abstractas, lo más que muestra es sinceridad en el deseo de terminar con las injusticias, y un espíritu de sacrificio que puede llegar al heroísmo en aras de la salvación del pueblo. Es legítimo sólo para quienes creen en la caridad como remedio de los males sociales. Es artificial y peligroso políticamente.

Compartir los sufrimientos del pueblo es una manera espiritualmente fácil de resolver ese problema de la juventud burguesa —la conciencia de tener privilegios inmerecidos, y que además ya no tienen tanto prestigio—, pero se parece demasiado a los maridos que en ciertas tribus simulan dolores de parto (a veces se lastiman para sentirlos en serio) para que no sea sólo la mujer la que sufre. Son actitudes que sólo se disculpan cuando no hay otra posibilidad más eficaz de colaborar. En el caso de estos jóvenes, que por disponer de ese recurso tan precioso que es el tiempo libre podrían prepararse mucho más integralmente para militar que teniendo una jornada completa de trabajo pesado, esa huida hacia el pueblo es un despilfarro. Al pueblo se debe ir, pero sólo cuando se está maduro, preparado para ello.

Por supuesto no parece así cuando un joven se lo plantea como elección entre concurrir a la Universidad o a una fábrica; entre un abogado y un obrero no se ve por qué es preferible que un militante socialista sea lo primero; al contrario. Pero cuando se empieza a vislumbrar todo el espectro de conocimientos que exige la militancia —y que por supuesto no se encuentran sistematizados en la Universidad— queda claro que el que tiene la oportunidad de adquirirlos tiene la obligación de hacerlo. Si esto no está claro todavía es por la vieja superstición de que los únicos

conocimientos que se necesitan son los que posee el pueblo y algunas páginas de teoría marxista.

Los conocimientos de marxismo que absorbe hoy el militante típico de izquierda —chino, soviético o trotskista— sirven sólo como ritual religioso. Están totalmente desconectados de la realidad actual; pertenecen a otro siglo. Sólo queda en concreto que los obreros son explotados; cosa aceptada por todo el mundo y que el marxismo complica innecesariamente con el concepto científicista de plusvalía, que ha pasado a ser una palabra mágica que no se puede manejar bien (el análisis completo de la ganancia y los precios en base a la plusvalía y al valor trabajo es muy complicado e insatisfactorio). Para colmo todo se basa en la explotación por el burgués, y entonces el capitalismo de estado —el estatismo en general— resulta difícil de explicar en esos términos, cuando es tan claro para todos en el idioma corriente (los chinos resolvieron este problema llamando "burgueses" a los malos burócratas, pero eso no ayuda a comprender la realidad; es otro uso ritual de la doctrina).

En cambio es muy cierta la necesidad de conocer cómo vive y cómo piensa el pueblo oprimido, como parte importante de la realidad. Pero aparte de no ser esa toda la realidad que es necesario conocer —es toda la sociedad, amigos y enemigos, en sus zonas económicas, militar, etc., más el escenario mundial— tampoco es necesario dedicar la vida entera para conocerla. Un período muy corto de contacto íntimo seguido de continuos contactos periódicos es suficiente para conocer esa realidad tanto más simple, uniforme, repetida, cuanto mayor es la miseria.

Lo que es mucho más difícil de captar es la diferencia de fondo: la inseguridad del oprimido, la amenaza constante de un futuro negro pero indefinido; la falta de trabajo. Pero justamente eso no lo puede experimentar nunca nuestro joven obrerista, que en su subconsciente sabe muy bien que cuenta con el apoyo de mamá y papá si las cosas se ponen muy feas.

Proponemos por todo esto como tarea primera y permanente de la militancia la formación, capacitación, reeducación, en el mismo sentido constructivo con que escribimos aquí: qué es el socialismo como proyecto, como estilo de vida; cómo es realmente el mundo hoy, incluidas sus tendencias históricas, y qué instrumentos y estrategias existen para construir ese proyecto, luchando contra esas tendencias si es que se oponen.

Esto se logra por aproximaciones sucesivas y por "interacción dialéctica" con la realidad, es decir, por los intentos cotidianos de aplicar esas estrategias y sus bases teóricas. Huelga decir que creemos que este libro es un ejemplo —entre otros— del tipo de cuestiones que hay que com-

prender, aparte de que se esté o no de acuerdo con las respuestas que se proponen.

De todas las características que debe adquirir el militante, una de las peor percibidas hoy es la seriedad, la responsabilidad, el sentido crítico para saber en qué medida está un preparado para atacar un problema, y cómo mejoraría esa preparación si tuviera tiempo.

Para mí, que hace tantos años vengo combatiendo el cientificismo, el falso uso de la terminología difícil y los esquemas inadecuados, a problemas falsos, es una obligación especial denunciar el pecado opuesto, que tanto se está difundiendo: el "chantismo", la improvisación irresponsable, la ignorancia disfrazada de sentido común, la falta de seriedad. Queda ridículo decir que todo militante tiene que ser un científico, aunque esto sólo significa una cierta manera, seria, de trabajar aprovechando toda la información disponible. Vamos a decirlo entonces de una manera más ridícula aún, pero que se presta menos a confusiones: todo militante tiene que ser sabio. Tiene que saber dar prioridades a los problemas, tiene que saber conseguir rápidamente la información pertinente; tiene que conocer ciertas técnicas que ayudan a usar bien esa información, a pensar mejor. Y tiene que tener espíritu crítico para evaluar luego lo que ha hecho.

Es utópico pedir esto sin calificaciones a hombres aislados, pero ese ideal es perfectamente alcanzable si se lo piensa como un proceso gradual de maduramiento, paso a paso, y llevado a cabo en el seno de un equipo de trabajo. El trabajo aislado se descarta, salvo excepciones: está fuera de estilo. Se supone que es la interacción con el grupo lo que permite que cada individuo desarrolle al máximo sus potencialidades, y más aún si ese grupo no se limita a discusiones teóricas sino que debe aplicarlas a una tarea útil. En un equipo especial, en un germen o donde sea, el militante está continuamente aprendiendo de los demás y enseñando a los demás. Eso es parte de la prédica que recibe y difunde (este sistema de trabajo lo hemos propuesto para las universidades-gérmes).

El militante debe aprender a observar objetivamente la realidad, sin ver en ella sólo lo que le agradaría.

Esa realidad no puede limitarse a un lugar fijo: hay que tratar de conocer lo más posible de todas las zonas, en todos sus aspectos. En la empresa, la condición obrera y los problemas técnicos, económicos y financieros; en el campo, el modo de vida campesino y lo que pasa con su producción hasta llegar al consumidor; tiene que conocer desde adentro a la burocracia estatal, las formas en que ella puede sabotear a un nuevo gobierno, las causas de su ineficiencia; tiene que comprender las posibles deformaciones de la mente intelectual, etc., etc.

Como no alcanza la vida para experimentar personalmente todas estas situaciones, muchas de ellas se conocerán sólo en forma vicaria, mediante la experiencia de amigos íntimos, de los otros miembros del equipo de trabajo, de novelas serias y de ensayos científicos.

Para ordenar estos conocimientos, y para aprender objetividad, parece siempre útil un método muy sencillo: ir anotando en forma de diario las observaciones, y las conclusiones y predicciones inmediatas a que uno llega. La lectura de esas notas (no muy frecuente porque entonces influyen sobre las nuevas experiencias), enseñará con qué facilidad se equivoca uno al juzgar la realidad, y sólo de esa experiencia puede surgir el espíritu crítico, es decir, científico. El que no encuentre errores en lo que escribió hace un año o dos, o es un genio o se ha estancado y dogmatizado. Como se ve, todo este concepto de militancia nada tiene que ver con el "activismo", que es estar a las órdenes de un grupo político para realizar las acciones tácticas decididas por la dirección. Aunque siempre se trata de conservar alguna apariencia de participación formal, en la realidad el activista se limita a aceptar la "línea", que "baja" mediante algún documento que a veces no es siquiera leído para evitar frustraciones.

2. — Gérmenes.

Hemos hablado repetidas veces de "gérmenes", en el sentido de instituciones, regiones geográficas, grupos limitados, etc., cuyas actividades se desarrollan según las principales pautas de un nuevo estilo, aun cuando el resto de la sociedad funciona bajo las normas de un estilo ya tradicional, a ser suplantado más adelante por el otro, gradual o violentamente.

Vimos que en la historia europea, a partir de la caída del imperio romano, todos los estilos surgieron mediante el desarrollo de gérmenes en el seno de la sociedad anterior, hasta tal punto que cuando hubo toma violenta del poder eso sucedió sólo como culminación natural de un proceso en que por lo menos el poder económico y el ideológico ya habían sido conquistados gradualmente por el nuevo estilo.

Eso sucedió con el feudalismo, el mercantilismo, el capitalismo industrial, y según nuestra interpretación, con el estatismo, fase final anticapitalista de la sociedad industrial. A escala mundial, y si creemos que hay países en franca transición al socialismo, ellos serían gérmenes de ese estilo sumergidos en el estilo anterior, pero son gérmenes no muy útiles por su poca "transparencia": no nos transmiten con claridad lo que pasa, ni nos permiten participar.

Se ha dudado siempre, en cambio, de la posibilidad de crear gérmenes socialistas dentro de un país capitalista,

pues se supone que serían inmediatamente combatidos y exterminados, a menos que permanecieran secretos, en cuyo caso estarían aislados del resto de la sociedad y su influencia nunca podría ser notable: les faltaría también "transparencia".

Nosotros no somos tan pesimistas, ya que al no limitarnos a analizar el socialismo en términos de una lucha de burgueses contra obreros, percibimos nuevas posibilidades "ambientales" y nuevos usos estratégicos de esos gérmenes. Todas las formas de populismo, y en mayor grado cuanto mayor sea su componente de estatismo (no despótico), dan una cierta libertad de maniobra en ese sentido, mientras no se sea innecesariamente provocador. El tipo de problemas que les toca enfrentar les hará ser tolerantes, o al menos no muy hostiles, con esos gérmenes.

Por cierto que no vale nada de eso en el estatismo autoritario, en transición al fascismo o despotismo, donde la clandestinidad parece ser orzosa.

Pero sobre todo podemos plantear nuevos objetivos para los gérmenes, que ya no hacen necesaria su duración indefinida. Su existencia puede ser útil aunque sea efímera (tampoco fueron muchas las que no "quebraron" entre las primeras empresas industriales).

Los gérmenes tienen que actuar en una sociedad que está en transición del capitalismo al estatismo. Deben apoyar el triunfo de este último, pero haciendo todo lo posible para que no adopte la forma despótica y desarrollando en cambio las características principales del socialismo; a través de las tecnologías sociales basadas en la participación, solidaridad, etc.

Ya sabemos cuáles son las fuerzas históricas —económicas y sociales— de las cuales puede surgir el poder político-militar para el socialismo, porque demuestran la necesidad de éste y la inadecuación de los otros estilos. Una es la necesidad de planificar **correctamente**, o sea de tener una buena política económica. Planificar, dijimos, es la fuerza productiva que da poder a los burócratas, pero éstos ya han demostrado su incapacidad para ir más allá de un nivel mediocre de manejo de esa fuerza: su ideología es tecnocrática, científicista y sin creatividad; usan los esquemas generales que aprendieron de la sociedad industrial, hoy obsoletos.

La burocracia entonces cometerá errores de política económica, cada vez mayores a medida que se agranden los problemas de la explosión. Los gérmenes deben mostrar con claridad esos errores a indicar cómo se resuelven en estilo socialista. Es una tarea delicada pues aquí es donde se compete con el fascismo o despotismo en general, que propone su propio estilo para corregir esos mismos defectos. El despotismo dirige su prédica a las fuerzas armadas y a

la misma burocracia. El socialismo, sin abandonarle esos campos, se dirige sobre todo al grueso del pueblo, y transforma esa prédica en acción mediante los gérmenes.

Otra fuerza, productiva incluso de bienes materiales, es la solidaridad social. Es también utilizada por el estatismo, en sus modalidades populistas, pero de la misma manera insatisfactoria e ineficaz que la planificación. No va más allá de cierta beneficencia muy paternalista, en escala limitada, y su éxito se basa en ese paternalismo, que hace sentir al pueblo que se le otorga al menos "dignidad" de hijo legítimo, lo cual no es poco.

Pero la solidaridad social en acción —particularmente, responsable, creativa—, que va tanto más lejos que declamar "amor al prójimo" o "protección a los grasitas", es más eficaz y más satisfactoria que ese paternalismo. Si no es así, el socialismo es una utopía contradictoria. Y es evidente que muchísimas formas de esa solidaridad pueden ponerse en práctica en lugares y periodos limitados, sin esperar a que un gobierno socialista dé permiso y apoyo para ello. El solo hecho de saber plantear ese criterio en cada discusión de una asociación vecinal, una cooperativa, etc.; explicar cómo ciertas decisiones que favorecen al grupo pueden perjudicar a otros grupos, y cómo pueden obtenerse beneficios "de escala" en la cooperación general de los grupos, más allá de la cooperación interna (que es tan compatible con el despotismo como con el socialismo, si no se supera), ya es un paso, pequeño pero irreversible. Enseñar formas de participación verdadera en todos sus aspectos —administrativo, técnico, distributivo— es otro hecho difícilmente reversible, si no se ha hecho de manera puramente formal (como limitarse a elegir representantes en cuerpos directivos). En particular, todo ensayo más o menos exitoso de **rotación de tareas y responsabilidades con el apoyo solidario** de un **equipo** es de un valor incalculable, como prédica y como experiencia. Es fácil fracasar, si no se tiene flexibilidad, sentido común y conocimiento de la gente que participa del ensayo, pero **es la solución socialista al problema de la división del trabajo** —manual e intelectual, liviano y pesado, interesante y alienante—, y si es cierto que hay algo en la naturaleza humana que se opone a ella, es mejor que lo sepamos cuanto antes.

El mismo estilo de consumo socialista —lo contrario del consumismo individualista, suntuario, de modas cambiantes— resulta ser equivalente a una fuerza productiva importante por el derroche que evita.

Pero tal vez la más eficaz de las fuerzas necesarias para vencer los desafíos actuales, y que sólo puede aprovecharse en estilo socialista, es la capacidad creativa del hombre. Ella también, por suerte, puede empezar a desarrollarse localmente, en gérmenes, y creemos que sus resultados, em-

pezarán a notarse muy pronto: no en el sentido de que se hagan grandes descubrimientos del tipo favorito de esta sociedad, por supuesto, sino de acumular medidas que mejoren la situación del germen frente a todos los problemas que hemos mencionado.

Nada más fácil y barato que ridiculizar esta propuesta: basta recordar los falansterios de Fourier, las cooperativas obreras de Blanc, los campamentos hippies y un millón de intentos milenaristas ruidosamente fracasados. Tendrían razón si se la presentara como la gran solución, el método único, pero no hay nada de eso. Se trata sólo de un instrumento más, cuyo poco costo y altísimos beneficios si se logra afirmar bien, hacen que nadie que tenga espíritu constructivo pueda rechazar su ensayo, jamás hecho antes de ahora en condiciones tan favorables.

Entre el gran germen que pudo ensayar Mao en Yenán, y el apoyo de ciertos partidos a cooperativas financieras hay muchas posibilidades intermedias interesantes.

Algunos ejemplos:

— El primer y principal germen es el Movimiento Político que se propone encabezar la lucha por el socialismo. Que sus militantes y cuadros tengan un estilo correcto es además esencial, para disminuir el riesgo de deformaciones graves si el poder se alcanza después de una lucha dura y los "generales" se acostumbran al autoritarismo y otras modalidades de la acción (en especial ensayar el desenganche inmediato de la dirección militar en cuanto cesa la lucha, aunque se trate sólo de una tregua, como se desengancha el sistema hormonal de urgencia en cuanto pasa la crisis).

— Comunidades rurales. Ideales para ensayar todos los aspectos del nuevo estilo simultáneamente: trabajo, vivienda, núcleo social, educación. Puesto que la vida rural ha sido la más abandonada en la sociedad actual —por razones de estilo— es allí donde se pueden encontrar probablemente los éxitos más fáciles del estilo nuevo.

— Cooperativas de vivienda y servicios hogareños (núcleo social básico embrionario): organización de la vida barrial, aclarando en qué difieren las nuevas propuestas de las clásicas actividades de desarrollo comunitario: en especial **modificación del estilo de consumo**, aproximándolo al socialista, menos individualista, más participación del usuario, etc. (PN, cap. 5).

— Universidad Socialista, donde la norma es que todos estudian, enseñan y trabajan, para aprender, y el nuevo estilo se refleja no sólo en los métodos de aprendizaje sino en el contenido y la metodología (véase el cap. 1, y una propuesta más detallada en ET, cap. 13).

— En toda institución, incluso estatal, o en aquellos de sus departamentos donde se tenga poder por circunstancias coyunturales, se pueden ensayar muchos aspectos. Para ello basta seleccionar aquellos slogans del gobierno que son compatibles con nuestros principios, y desarrollarlos en nuestro estilo. Como este tipo de germen está condenado a la destrucción, hay que empezar con cuestiones visibles e irreversibles, y tener una **concentración de fuerzas suficiente** para no fracasar en la implementación. Sobre esto hay abundante experiencia de éxitos y fracasos, que ya permite establecer algunos criterios generales (que no es éste el lugar para exponer).

— Centros de Salud y Rehabilitación.

— Participación de jubilados, retirados y otros miembros potencialmente activos de la población "no activa".

— La fábrica-germen. ¿Puede haber empresas privadas que funcionen de manera socialista? Muchos empresarios bien inspirados han tratado de mejorar drásticamente las condiciones de trabajo y dar alguna participación en la conducción de la fábrica. Todos han sufrido desilusiones. Los obreros aprovechan lo que se les da, y no ofrecen ninguna reciprocidad cuando llega alguna circunstancia que lo haría deseable (incluso peligro de quiebra).

Eso es lógico, pues dada la sociedad en que vive, el obrero no tiene ninguna seguridad de que ese estado de cosas pueda prolongarse, y sólo tiene la sensación de que sus patrones son "raros", o locos o tontos. Aprovechan entonces mientras dura.

La misma actitud aparece cuando gobiernos no autoritarios les otorgan beneficios inesperados: los aprovechan, pero rara vez salen a defenderlos cuando esos gobiernos están amenazados; ni siquiera responden a llamamientos a aumentar la producción. El obrero sólo "responderá" cuando se sienta directamente identificado con quien se lo pide, y eso, previa una buena prédica. En empresas privadas esto podría ocurrir si entre el personal hay muchos amigos del patrón-benefactor. A nivel de país, esa identificación sólo podrá conseguirse a través de buenos militantes. Ya hemos visto que tampoco cuando forman cooperativas o reciben derecho legal a la cogestión se acerca la empresa a un estilo socialista: o persiste la actitud anterior, o se convierten todos en empresarios, dispuestos a explotar a otros si tienen la oportunidad.

A pesar de todo esto, creemos posible crear un cierto tipo de germen en fábricas. El objetivo principal sería lograr la comprensión profunda del socialismo, comparándolo con el estilo actual. El papel de un empresario con ideología socialista es justamente mostrar las dificultades que acabamos de señalar para crear allí un germen verdadero, con ejem-

plos reales, vividos, y analizando a fondo **entre todos** las causas de esos problemas, y la forma de superarlos en cuanto se tenga una cuota suficiente de poder. Hacer entender simplemente el funcionamiento de la economía actual, las falacias con que se disculpan los gobiernos, y la solución propuesta por el socialismo, con referencia a los problemas cotidianos, reales, de los obreros, y sus actitudes políticas, ya justificaría hablar de "germen", si el ambiente de la fábrica permite realizar esa prédica sin oponer dificultades.

3. — Movilización

Aunque adquirir conciencia de un problema es el paso inicial indispensable para resolverlo, la solución no se realiza o implementa hasta que la gente necesaria se moviliza y actúa en ese sentido. Para el problema del cambio de sociedad nos interesan las movilizaciones de muchas personas —formen o no un grupo social reconocido—, y nos interesa distinguir las legales de las ilegales, y sus vinculaciones.

"Legales" se refiere aquí no tanto a la ley como a la autoridad. Las movilizaciones legales son las promovidas, consentidas, apoyadas o toleradas benévola y por los grupos dominantes; pueden ser incluso manifestaciones políticas de algún partido opositor pero "leal", es decir, cuya oposición se realiza dentro de ciertas reglas de juego pluralistas que no ponen en peligro al estilo vigente, sino que constituyen una válvula de escape para pequeños conflictos, antes que pasen a mayores.

Nuestro gran problema es, cómo se logra movilizar a la gente en pos de objetivos de cambio político, centrados alrededor de la toma del poder, su preparación y su afianzamiento posterior (que incluye ya medidas económicas y de transformación social). Una primera lección de la historia antigua y contemporánea es que la gente necesita fuertes **motivaciones** para movilizarse, pese a todo lo que se hable de instintos de "agresividad"; si éstos existen no son muy fuertes y más bien podría decirse lo contrario, que cierto tipo de movilizaciones estimula la agresividad. Completemos, a este respecto, lo dicho en el cap. IV.

El estado natural —"no excitado", diría un físico— presenta un mínimo de movilización, y de tipo tan rutinario que casi no merece ese nombre: ir al trabajo, a la escuela, a los entretenimientos masivos (fútbol, carreras, cine) y a los centros de consumo, con interrupciones también rutinarias: feriados, vacaciones, etc. Es la ruptura de este movimiento estacionario, de esta rutina, lo que cuesta esfuerzos grandes; este es el "principio de inercia" a que hemos aludido repetidas veces. Si queremos ser un poco más precisos, para no caer en el pecado de tautología, podemos enunciarlo así:

— En cada momento, los individuos de una población tienen

distintos grados de movilización: hay siempre un grupo muy movilizado —los “activistas”— y otro muy inerte o apático; ambos en general muy pequeños. La gran mayoría permanece lo más cerca posible de la movilización rutinaria, entendiéndolo por “lo más cerca posible” que en cada alejamiento de esa rutina es posible detectar algún factor, agente, fuerza o como se llame (y que puede ser múltiple) al cual se le puede achacar la “culpa” de ese aumento de movilización.

Esto sigue sonando a tautológico, pues sugiere que cuando pasa algo fuera de la rutina normal, inventaremos si es necesario alguna causa especial para ello. Es cierto, pero se trata de un procedimiento usual en la ciencia. También en Física el principio de inercia sólo dice que cuando se altera el movimiento uniforme hay que buscar alguna fuerza para echarle la culpa, y si todas las fuerzas conocidas tienen “coartada”, se inventa una fuerza nueva: así se descubrieron las fuerzas electromagnéticas. El procedimiento es tautológico si se hace sin seriedad, inventando en cada caso lo que resulta más cómodo, sin compatibilizar con todos los casos similares que se conocen. En el fondo este procedimiento indica que la mente humana prefiere pensar en términos de una “situación normal”, definida tal vez con poca precisión pero con gran convicción, y los alejamientos o rupturas de ella.

Es imposible evitar la analogía con los fenómenos térmicos, y la usaremos aunque sea sólo como metáfora. En todo cuerpo, y con más claridad en todo gas, hay moléculas que se mueven mucho más rápido que el promedio, y otras mucho más lentamente —pero aclaremos que no son siempre las mismas, pues los choques las frenan o aceleran, mientras que algunos activistas y apáticos son muy difíciles de frenar o acelerar—; la gran mayoría están cerca del promedio, y ese grado de movilización, o energía cinética, se representa mediante la temperatura del gas. Por frío que esté un gas, contiene moléculas muy activas; por caliente que esté, las hay muy lentas. Si hemos elegido una velocidad típica por encima de la cual hablamos de “activas”, entonces las moléculas activas aumentan cuando aumenta la temperatura global, y las apáticas disminuyen. Pero esa temperatura global también tiene inercia: no aumenta por sí sola. Cuando aumenta es porque hay alguna fuerza, factor o agente de calentamiento (que puede ser interno, como una reacción química dentro del mismo gas).

Es conveniente dar una “explicación” a este principio de inercia, en el sentido de reducirlo a variables individuales. Ya hemos interpretado muchos fenómenos históricos en términos de la necesidad de seguridad, la resistencia a arriesgar lo que se tiene, por poco que eso sea. La gente parece

dispuesta a pagar altísimos costos, con tal que sea a plazos, por cuotas ya conocidas, como seguro contra lo inesperado. La movilización siempre implica riesgos; la rutina es en cambio la seguridad, por definición. Mientras hay “orden” se sabe lo que va a pasar; en el desorden que es producto inescapable de toda movilización hay en cambio grandes riesgos, que producen angustia o temor (aquí también pues, orden equivale a enfriamiento), porque hay nuevas posibilidades, tal vez amenazantes.

Esta fuerza permanente hacia la quietud o apatía o enfriamiento puede ser vencida por muchas otras que llamaremos “motivaciones” o factores movilizantes, de los que algo se dijo en el capítulo IV. Los más claros están ligados a la misma necesidad de seguridad: se dan cuando alguna circunstancia externa produce una evidente amenaza contra el orden establecido. Cuando la gente adquiere clara conciencia de esa amenaza y de su urgencia y costo, se moviliza casi espontáneamente (caso típico, los refugiados que huyen de un enemigo victorioso). Salvo la presencia de un enemigo externo, hay muy pocos factores capaces de producir un “shock” capaz de movilizar tan velozmente y totalmente a una población entera. Aquí todos son activistas; todos corren a salvarse. En esta categoría incluimos factores externos físicos, como terremotos y otras catástrofes en gran escala. En todos estos casos un miedo específico y concreto arrasa con cualquier tendencia a la inercia y el orden (pero aún en estos casos tan extremos es muy poca la gente que se engeuece y se deja llevar “por el proceso”; casi todos hacen un mínimo cálculo en el que junto al deseo de salvarse interviene también el de no separarse de la familia, y otros). Estas movilizaciones producidas por factores de vida o muerte no nos interesan, salvo como casos extremos, para comparación. Nos concentraremos en aquellas motivaciones que no requieren una respuesta instantánea, que dejan tiempo para pensar y discutir, y que son menos visibles: hay una etapa previa de toma de conciencia, antes de que se plantee la acción como alternativa concreta a decidir.

4. — Para analizar esas motivaciones, la historia nos sugiere distinguir en ellas por lo menos dos aspectos: el contenido y la “fuente” (fuerza política que llama a movilizarse). El contenido se refiere a cuál es la necesidad humana que está en juego, y cuya carencia o insatisfacción podría servir de agente movilizador. Podemos usar para ello nuestras 25 categorías iniciales, o resumirlas en las 6 zonas de actividad, o aun en los tres problemas básicos: subsistencia, opresión, alienación. Se les opone la necesidad de seguridad, enfríadora. En cuanto a la fuente, distinguiremos cuatro casos de primera importancia: autoridad legítima; autoridad “de facto”;

oposición legal (o "contrapunto") y oposición ilegal. Dejamos de lado por ahora una quinta fuente, que es la misma persona motivada, cuando se moviliza espontáneamente en defensa de sus intereses, sin que nadie lo llame a hacerlo (ver más abajo, movilizadores "defensivos").

Estas fuentes son las que llaman a la gente a movilizarse en nombre de ciertos problemas o contenidos. Son siempre fuerzas políticas, instituciones especializadas en concientización y movilización, o que asumen esas funciones por un tiempo.

Que fuente y contenido influyen por separado se ve por ejemplo en el distinto efecto movilizador que tiene un grupo revolucionario antes y después de la toma del poder, sin cambiar el contenido de su llamamiento. En el otro sentido esa independencia es evidente: la misma fuente va a tener muy distinto éxito en movilizar según cuál sea el problema que plantee como motivador.

La diferencia movilizadora de las fuentes está también ligada, entre otras cosas, a la necesidad de seguridad. Cuanto más aceptada, más vinculada al orden existente, más legítima, es la fuente, tanto mayor seguridad inspira de que no trata de romper ese orden sino de defenderlo mediante reformas o medidas de precaución, y de que si pide a la gente que corra los riesgos de movilizarse es porque los riesgos de no movilizarse son mayores. El llamamiento de un gobierno legítimo es a la vez una especie de concientización indirecta, pasiva, no participante: "si lo pide el gobierno es que la situación debe ser grave".

Esta afirmación debe condicionarse a otro factor bien conocido, que es la confianza o "credibilidad" en la capacidad e intenciones de la fuente. Por legítima que sea una autoridad, si ha fracasado o mentido muchas veces sus llamamientos tendrán menos eficacia. Gobiernos corruptos, caos económico —una alta tasa de inflación, por ejemplo—, fracasos militares externos e internos (en controlar al terrorismo, por ejemplo), fraude electoral abierto, medios de difusión masivos fuertemente opositores, etc., elevan en cierta medida la temperatura de las mayorías, aunque nada de esto es suficiente si falta el factor desencadenante que produzca el acto de la movilización.

Muchas veces ese factor desencadenante es el llamamiento o el ejemplo de una autoridad "carismática", cuya atracción es tal que inspira el máximo de confianza y credibilidad. Puede ser un individuo, aislado o líder de un partido político, o una institución: el Trono en ciertos imperios, la Iglesia, y a veces el ejército.

Estos son verdaderos catalizadores, cuya presencia en una coyuntura propicia acelera todas las reacciones de las masas y puede ser decisiva para movilizar; la gente siente que el

líder no los va a engañar, y por lo tanto lo siguen cada vez que él lo pide.

Esto además les evita difíciles decisiones políticas, una participación para la cual no basta una concientización usual; el método de decisión en esos casos es el principio de autoridad, y eso a todos los niveles. No la autoridad científica, sino política, ganada por personas o partidos a lo largo de años de actuación, o por su talento carismático, o por doctrinas convertidas en dogmas o rituales, con sus sacerdotes reconocidos. Un matemático no necesita saber quién demostró un teorema para convencerse de su verdad o falsedad; un lego en el tema, sí; y en el terreno político todos somos legos o aprendices. Ninguna afirmación política suelta se toma en serio; ningún libro político se lee siquiera, si su autor no está identificado con alguna "línea". Hay desconfianza, y es natural, porque las posibilidades de hacer trampa son muy grandes, y vemos que las discusiones sobre si se ha hecho trampa o no duran siglos. La gente prefiere entonces dejarse guiar por otros a quienes ha otorgado confianza, credibilidad, y ése no es un método irracional; la irracionalidad está en general en la forma y criterios que se usan para elegir esas autoridades, y en la tenacidad con que se sigue creyendo en ellas en los muchos casos en que dan luego pruebas más que suficientes de su falsedad. Este segundo factor —la credibilidad— tiene pues un máximo en el carisma, y tiene un mínimo, sin nombre técnico, para los que repelen, son activamente repudiados, y creídos por muy poca gente.

5. — Trataremos de arreglarnos con sólo estas dos variables —legitimidad y confianza— para analizar las fuentes de movilización. Es claro que no están correlacionadas: todas sus combinaciones son posibles. La máxima eficacia, cuando el contenido es el mismo, corresponde a un gobierno legítimo y carismático; la mínima a una fuerza opositora ilegal y repudiable; pero fuera de eso no hay un orden fijo: el carisma muchas veces vence a la legitimidad, pero no siempre; para analizar eso deberíamos introducir más variables para las fuentes, y todas las que definen la situación. Esas dos bastan para enunciar una de las leyes históricas con menos excepciones:

— La única fuente interna capaz de lograr movilizaciones masivas rápidas favorables, a partir de la normalidad, es la autoridad legítima, y eso siempre que no sea repudiable.

Las autoridades de facto tienen también mucho éxito en movilizar, pero cuando su ascenso al poder ya había elevado previamente la temperatura. Un golpe de palacio sin participación popular tiene poca fuerza movilizadora; depende para eso de su posible carisma.

El carisma solo tampoco parece tener gran eficacia para movilizar rápidamente a partir de cero, pero puede hacer aumentar gradualmente la temperatura hasta un punto a partir del cual todo se acelera.

Esa ley, según la cual sólo la autoridad legítima tiene energía o recursos suficientes para calentar a grupos grandes, debe complementarse por otra menos precisa:

— Una vez que la movilización ha comenzado, se hace más fácil para otras fuerzas acelerarla y cambiarle el contenido; el factor decisivo (con respecto a la fuente) pasa ahora a ser la confianza.

Un ejemplo típico y que ha tenido importancia excepcional es cuando un gobierno moviliza a la población para la guerra, y luego pierde su confianza por derrotas u otros fracasos. Hay una tercera regularidad histórica que complementa a las anteriores:

— Aprovechar una movilización popular para derribar revolucionariamente al gobierno es tanto más difícil —a igualdad de otros factores— cuanto mayor es la diferencia de legitimidad entre la fuerza orientadora de la revolución y el gobierno.

Esto es confirmado por el hecho que casi todas las caídas de gobiernos de larga tradición fueron llevadas a cabo por opositores legales o semilegales, y las fuerzas verdaderamente revolucionarias actuaron en una segunda etapa, contra éstos: en Rusia el intervalo fue muy corto: de febrero a noviembre de 1917. En China cayó el Imperio Manchú en 1911 y luego se hizo la revolución comunista contra su sucesor el Kuomintang. La clásica revolución francesa sigue el mismo esquema: los burgueses derrocan al rey, y luego llegan los jacobinos (y luego un intento fracasado aún más revolucionario: Babeuf, que no carece de análogos en Rusia y China por cierto). El cambio de sistema en India, aunque no puede llamarse revolucionario, se dio según el mismo esquema: la autoridad imperial tradicional fue derrocada por los ingleses, y entonces se pudo aspirar a una república; pero es claro que el caso en que el gobierno de factor intermedio es extranjero ya no sirve de ejemplo pues trae un factor extra.

En los países donde el régimen legal es de pluralismo político y los gobernantes cambian por elecciones, el papel de autoridad de facto intermedia lo hace generalmente algún dictador militar (como Batista en Cuba y tantos otros casos).

6. — Así pues, como se ve en el cuadro del capítulo anterior, casi todos los actos revolucionarios se producen en un ambiente que ya estaba movilizado por otras causas. Las movilizaciones habían sido producidas, estimuladas o por lo

menos vistas con buenos ojos por las clases dominantes o prestigiosas. El gobierno pone en movimiento a las masas, vence su inercia, y luego éstas se dirigen hacia donde su conciencia les indica; a veces, hacia la revolución.

El caso más típico es el de la guerra, en que el gobierno decreta la "movilización general"; arranca a los soldados de sus hogares, pide colaboración a los obreros, crea situaciones excepcionales que obligan a la gente a tomar conciencia real para poder subsistir; produce así condiciones ideales para la prédica. Al comienzo, la prédica que surte efecto es la del mismo gobierno, que crea fácilmente una falsa conciencia de los deberes patrióticos y de los beneficios de la victoria, y llega a dar entusiasmo, fervor, incluso mística, por un tiempo.

Cuando la realidad de las derrotas, la muerte, el hambre, demuestran otra cosa, se produce inseguridad, esa prédica pierde credibilidad, y las masas movilizadas están listas para aceptar otras, más de acuerdo con sus verdaderos intereses. Las dos guerras mundiales terminaron así con grandes triunfos socialistas. Aun en los casos en que el poder fue tomado por el ejército soviético, hasta ayer enemigo, el apoyo popular fue activo. En el caso chino la movilización era muy anterior a la guerra mundial, y hubiera sido un milagro que en ningún lugar de tan poblado y extenso país se dieran las condiciones para la formación de una fuerza combatiente como la que organizó Mao en el sur. Todo el país estuvo en movimiento durante largos años, hasta perder toda confianza en las autoridades legales.

Desde entonces las potencias imperialistas se cuidan mucho de iniciar nuevas guerras generales, y usan la fuerza militar para tratar de liquidar movilizaciones ya en marcha. La guerra nuclear es usada como argumento para frenar revoluciones, y la coexistencia pacífica es un anti-movilizador efectivo.

Como las guerras de liberación nacional producen los mismos efectos de calentamiento, la tendencia es a dar soberanía política formal, lo que desmoviliza de inmediato cuando hay un movimiento nacional unificado capaz de hacerse cargo del gobierno sólidamente. Por esto la política colonial portuguesa no era bien vista por las grandes potencias y las ETN. Si hay querellas entre líderes internos, su enfrentamiento puede hacer proseguir la movilización.

El dominio extranjero produce un estado de tensión constante, o premovilización, en el cual cualquier coyuntura favorable puede ser aprovechada para un levantamiento de masas populares, que se sienten apoyadas por sus propias clases dominantes.

Aun en situaciones no bélicas, el gobierno sigue siendo muchas veces el desencadenante de la movilización, a propósito o no.

En Cuba, Portugal y Chile la movilización popular se hizo desde el gobierno, después de la toma del poder. Lo mismo puede decirse del primer peronismo en Argentina (incluido el 17 de octubre). Lo mismo parece que intenta hacer el gobierno peruano, con muchas precauciones.

La revolución mexicana se inició por las medidas del gobierno que dislocaban la estructura agraria tradicional, única defensa del campesinado pobre. Por otra parte no podría decirse que allí las movilizaciones campesinas fueran ninguna novedad: la temperatura era crónicamente alta.

Muchas veces la "burguesía" movilizó a las masas populares como fuerza de choque contra la nobleza —los ejemplos más citados son las revoluciones francesas de 1789, 1830 y 1848—, frenándolas luego sangrientamente (muy sangrientamente) cuando no se conformaban con una propina de recompensa. Pero ese juego es hoy demasiado peligroso, y la voz de orden es desmovilizar, tranquilizar.

Esta prédica pacificadora podría alcanzar éxito si los movimientos que prometen liquidar la explotación sin ruptura del sistema legal —populismo— cumplieran su promesa. Eso hasta ahora no ha ocurrido.

Por el contrario vemos hasta la saciedad que cuando el gobierno es apoyado —o ejercido— por las fuerzas armadas y está dispuesto a reprimir con energía, las movilizaciones populares no se producen o son de tipo "relámpago" —como en los cordobazos, bogotazos, etc.— aunque haya algunos núcleos que las promuevan, como focos guerrilleros o grupos campesinos hambrientos dispuestos al saqueo. Esta eficiencia represiva es mayor a medida que se organiza el aprendizaje de la lucha antisubversiva en las fuerzas armadas, facilitada por la lenta evolución de los métodos revolucionarios.

La movilización desde abajo parece pues ser difícil * —aunque a veces muy violenta— aunque existan notables carencias materiales. No existe idea clara de cómo evitar la opresión, y la prédica es dificultada, en casos de miseria extrema, por problemas de comunicación. Los "predicadores" son vistos como extraños y mal comprendidos. Incluso las movilizaciones fascistas se hicieron con el apoyo, aunque fuera tácito, de las autoridades.

La clase obrera se movilizaba con bastante facilidad en el siglo pasado y a comienzos de éste. En Argentina y países de similar inmigración europea, el cambio de patria ya había obligado a vencer la inercia del "más vale malo conocido que bueno por conocer", y los anarquistas y socialistas mantenían una rebelión constante y muchas veces sangrienta contra el poder. La aceptación oficial de los sindicatos ins-

* Recuérdese lo visto sobre rebeliones campesinas a lo largo de esta obra.

titucionalizó las luchas gremiales y facilitó la burocratización de los dirigentes. El aumento de nivel de vida así conseguido (y a veces otorgado paternalmente, sin lucha, como bajo el peronismo) fue suficiente entonces para acabar por largos años con las movilizaciones.

El efecto de una burocracia sindical integrada al régimen parece ser grande. En la abortada revolución alemana de 1919, en condiciones teóricamente ideales para el triunfo, parecen haber sido capaces de inutilizar una gran movilización obrera ya iniciada. Tal vez el reciente ejemplo de la revolución soviética, que daba ánimos a los obreros, mostró a los burócratas los sacrificios que les esperaban.

8. — Al analizar la fuente de movilización debemos considerar también sus recursos materiales y organizativos, dimensión que separamos de las otras por ser común a todo tipo de proceso, y sobre todo por su carácter de instrumento directo.

Hay instituciones muy bien organizadas para lograr ciertas movilizaciones, y que cuentan con todos los recursos materiales necesarios para ello. El caso extremo es el ejército, con una técnica muy eficiente para incorporar a sus filas a todos los ciudadanos que necesita, y más aún, que consigue movilizarlos en la batalla a riesgo de sus vidas, mediante técnicas de concientización "patriótica" basadas en una prédica y ejercitación constante de obediencia, subordinación, resignación ante el enorme riesgo previsible, que llega a vencer la necesidad básica de subsistir. Como estos métodos se basan en la cosificación y alienación del hombre, en convertirlo en engranaje de una máquina y evitar que piense por cuenta propia (salvo en la tarea específica que se le ha ordenado) son inadmisibles para un movimiento socialista, pero justamente confirman la viabilidad de estilos autoritarios para cumplir tareas en que el liberalismo fallaría.

Por otra parte, es cierto que en el momento mismo de la acción todo individuo funciona como pieza de un grupo, en tanto mayor grado cuanto más rápida es esa acción. Aceptar esto y prepararse adecuadamente es la única actitud racional, a menos que el Proyecto sea de tipo místico-mártir. Es en esa preparación donde se diferencian los estilos, pues para el socialismo ella se realiza de manera participante, como cualquier otro tipo de educación (ya hemos hablado del sistema de urgencia —"hormonal"— y cómo debe desconectarse de inmediato).

El ejército logra ese resultado tan notable porque apela a la conciencia nacional —motivación tan básica como la subsistencia—, porque tiene máxima legitimidad dentro del régimen (subsiste a todo cambio de gobierno dentro del mismo estilo) y porque ofrece muchas garantías contra el gran

riesgo que pide asumir: todo el apoyo de los demás soldados, del armamento y la habilidad de los líderes militares. Aquí juega entonces la dimensión confianza: si los soldados dejan de creer en esas garantías pueden desertar en masa frente al enemigo.

Muchas fuerzas políticas, sin legitimidad ni recursos, logran una eficacia similar para movilizar a sus afiliados, pero eso no es raro porque se trata de activistas voluntarios. Cuando se trata de movilizar a simpatizantes para actos de cierto riesgo —manifestaciones callejeras que pueden llevar a enfrentamientos con la policía— su eficacia disminuye mucho. Sólo en los últimos años hemos visto aplicar técnicas que dan ciertas garantías, como hace el ejército (por ejemplo el simple control de asistentes, antes y después de un acto para evitar desapariciones por secuestro).

Las Iglesias parecen tener hoy menos eficacia que los partidos políticos para movilizar a sus fieles, salvo en poblaciones pequeñas. Se debe posiblemente a que no han tenido necesidad de hacerlo en defensa propia desde hace siglos.

9. — Vamos a distinguir sólo cuatro “temperaturas” o grados de movilización, según la proporción de apáticos o activistas: “apatía” y “activismo” cuando esos dos extremos predominan, respectivamente, y dos grados intermedios: “inquietud” y “turbulencia”.

No tiene sentido definir sus fronteras con precisión, cuando ni siquiera hemos definido qué es exactamente un “activista”; cada uno usará por ahora su interpretación subjetiva de esos términos, ilustrándolos con ejemplos. Hay “inquietud” cuando la gente toma conciencia de que hay problemas políticos serios y los comenta y hace circular rumores. En la “turbulencia” hay pequeñas movilizaciones ilegales, de corta duración: manifestaciones callejeras, actos de terrorismo, etc. (ninguno de éstos puede tomarse como indicador fijo, porque si se repiten durante periodos largos sin aumentar de frecuencia o intensidad, se “rutinizan” o se convierten en movimientos artificiales, desconectados del resto de la población).

Turbulenta fue la época del Cordobazo, Mendozazo y otros “azos”, junto con actividad de grupitos armados ilegales, en Argentina, 1969/72. Activismo, aunque débil, hubo desde la ascensión de Cámpora a la Presidencia hasta la masacre de Ezeiza. Luego la temperatura descendió a turbulencia hasta la muerte de Perón, bajó a apatía durante unos pocos meses, y desde entonces permanece entre inquietud y turbulencia, pudiendo aumentar por motivos económicos.

La existencia de organizaciones terroristas profesionales no mide la temperatura; son más bien fuerzas que tienden a aumentarla, con mayor o menor éxito.

Toda elección presidencial produce al menos inquietud, y

muchas veces turbulencia. Son temperaturas que pueden ser aprovechadas para prédica y concientización, pero hasta ahora nunca revolucionariamente: la gente siempre está dispuesta a entrar en ese juego y toda la actividad viene de grupitos muy politizados, a veces con fuerza propia para dar un golpe si sospechan que los resultados les serán desfavorables (típico: golpe militar que suspende la elección).

10. — Digamos algunas palabras sobre las motivaciones que históricamente han sido más movilizadoras, y su compatibilidad con un estilo socialista.

En primer lugar, este objetivo disminuye nuestro interés por las motivaciones individuales, que son las más mencionadas: ambición de poder, de riqueza, de prestigio de diversos tipos. Estas son sin duda grandes motivaciones para individuos aislados, que persiguen sus propios fines, y que para cumplirlos organizan a veces movilizaciones masivas pero declarando otros propósitos menos egoístas.

Como dijimos en el capítulo IV, no damos ninguna importancia a “instintos” como la agresividad, sexo, muerte, curiosidad, etc., etc. Cuanto más, son componentes de la famosa “naturaleza humana” y determinan los límites de todas las acciones, tanto como la resistencia muscular o la memoria. Si el hombre estuviera totalmente desprovisto de agresividad, hay cosas que evidentemente no haría, pero hace. Eso no significa que la agresividad sea un factor causal (mejor dicho, que resulte útil considerarlo así); funciona más bien como factor limitante: el que es poco agresivo tiene dificultad para realizar ciertas acciones sociales (dijimos que no nos interesan los hechos individuales).

En realidad, para la movilización social no nos interesa ningún estímulo en el momento mismo de concretarse, en que exige una respuesta inmediata del individuo afectado: huir, golpear, segregar ciertas hormonas, gritar, hacer algo, en fin. Lo social aparece no por el estímulo en sí, sino por su amenaza, por la previsión de su ocurrencia, que hace buscar aliados (y da tiempo para ello) y movilizarse en grupo para prevenirla.

Por eso cuando los estímulos son internos no pueden llegar a movilizar grupos a menos que sean “socializables”, compartibles por muchos. La ambición de poder o de prestigio no se puede socializar, como ningún gran triunfo personal. La ambición de riqueza, si es limitada, admite aliados, y de ahí las bandas de ladrones, piratas y conquistadores que se movilizan en grupo.

El desarrollismo es el intento máximo de movilizar pueblos enteros en busca de un nivel de vida muy superior al de subsistencia —es decir, riqueza—, y lo que nos muestra este siglo es que no resulta eficaz, salvo cuando la temperatura ya era elevada por otra motivación coherente con

ésta. Así los "milagros" japonés y alemán consistieron en una movilización inicial para reconstruir lo perdido en la guerra —mezcla de orgullo nacional y necesidad de subsistencia— y después ya no fue difícil mantener esa movilización en sentido desarrollista. Ni Brasil ni la India consiguieron movilizaciones similares.

Estas observaciones sugieren distinguir dos grandes clases de motivos: defensivos y ofensivos, negativos y positivos o como se los quiera llamar. Unos son reacción a amenazas que ponen en peligro lo que se posee, y otros responden al deseo de mejorar o poseer más. Se trata otra vez de arquetipos; en muy pocos casos concretos se los encuentra en forma pura y el límite entre ambos, en la práctica, es impreciso, pero a pesar de eso creemos que ayudan a elegir estrategias.

Las motivaciones positivas nos interesan especialmente, ya que estamos dando a una de ellas un peso muy grande: la prédica del Proyecto Nacional, la visión y comprensión clara del estilo socialista como algo que es mejor para todos, y especialmente para los oprimidos.

Hasta ahora este tipo de motivación sólo ha movilizó a clases altas y medias, con pocas excepciones. Tal vez la primera Cruzada y la conquista árabe fueron los casos más amplios: grandes masas salieron a conquistar el Paraíso —y de paso algunas riquezas terrenales— arriesgando la vida (pero aquí en el peligro mismo estaba la recompensa). Es probable, sin embargo, que el impulso movilizador más fuerte proviniera de una miseria creciente en la época de la primera Cruzada las tribus árabes vivían permanentemente movilizadas, como buenos nómades).

Casi todas las revoluciones y movilizaciones burguesas están en buena parte motivadas de esta manera. La independencia de todos nuestros países, y en primer término la revolución norteamericana de 1776, fue motivada por deseo de mejoramiento de los burgueses criollos, para lo cual tuvieron que movilizarse violentamente contra las trabas coloniales.

También los movimientos "milenaristas" y mesiánicos, tan abundantes en Europa en los últimos 10 a 12 siglos, movilizaron gente de casi todas las capas sociales para construir una sociedad aparte (una "contra-sociedad"), pero siempre tuvieron un alcance muy limitado.

11. — Los objetivos que, integrados, componen un Proyecto Nacional, no tienen todos seguramente el mismo poder movilizador aislados que juntos, y en el primer caso unos son más eficaces que otros. Aunque esto depende del contexto, y de las características de los grupos sociales, podemos hacer algunas observaciones generales.

Para el proyecto socialista no creemos que los objetivos de mejoramiento del nivel material de vida sean los más mo-

vilizadores. No porque no sean fuertes, sino que, justamente porque lo son, han sido declarados también como objetivos por todos los grupos populistas, de modo que sólo sirven para movilizaciones amplias contra las fuerzas opresoras, hoy en retirada. Por sí solos no discriminan al socialismo entre sus demás promotores. La tarea de lograr adhesiones para el socialismo, cuando todo se basa en esta motivación, recae entonces en lo que hemos llamado "confianza" en la fuente, es decir, en demostrar al pueblo que los grupos socialistas son los más sinceros en la defensa de esos objetivos: fieles, perseverantes, heroicos.

Esa estrategia puede dar buenos resultados todavía en los países más pobres, donde los oprimidos están más alertas a las traiciones y fracasos, y donde las tentaciones corruptoras son difíciles de resistir para los falsos "amigos del pueblo" que también están apenas saliendo de la miseria. En países modernizados como Argentina y salvo para los marginales, esta motivación puede resultar muy confusa políticamente, y favorecer más al desarrollismo o al fascismo mismo.

Con el nacionalismo ocurre algo similar: ya ha sido falsamente usado tantas veces por distintos grupos, que su poder movilizador actual sólo se hará notar cuando ocurran hechos muy concretos y visibles que lo justifiquen. Por otra parte, interpretado a nuestra manera, como tendencia a la diversidad cultural, sólo puede ser movilizador para grupitos intelectuales, y eso, acompañado por el otro gran objetivo: la creatividad.

No son pues los objetivos de nivel subsistencia ni alienación los que pueden resultar más eficaces en estos países, sino los del nivel opresión. Nuestra máxima esperanza está en los objetivos de participación y de igualdad, basados tanto en el deseo de "realizarse" como en la solidaridad social.

Desde mucho antes de Cristo se habla del amor como la fuerza que mueve al mundo. No vemos nada en la historia que justifique esa creencia, y hoy mismo esa palabra ha sido apropiada por los medios de difusión, novelistas y poetas, para simbolizar una relación de pareja basada esencialmente en el sexo. Sólo los sacerdotes pueden seguir usándola en su sentido "cristiano" sin caer en el ridículo, pero al mismo tiempo sin el más mínimo eco.

Así pues "amor" es un término "quemado" —como democracia, libertad, patria y tantos otros que de otro modo estaríamos usando en este libro—, y lo reemplazamos por "solidaridad social" que es mucho más específico y adecuado, y se basa en una necesidad de la que nadie está libre: la de merecer aprobación social, por lo menos por parte de un grupo de referencia.

Solidaridad o amor es algo difícil de pedir a los oprimidos; mucho más eficaz ha sido hasta ahora el odio hacia los

culpables de esa opresión (o los chivos emisarios, como judíos y tantas otras minorías tradicionalmente perseguidas). Sin embargo es curioso que con muy pocas excepciones, el odio no se usa como motivador explícito para los grandes movimientos políticos.

Aun para Hitler, el odio a los judíos era un instrumento práctico pero secundario; su teoría se basaba en la superioridad racial alemana, no en el odio a otras razas. De la misma manera, el actual uso del odio al comunismo, a la "subversión", a la "sinarquía", etc., se introdujo como elemento táctico —pero que puede llevar al fascismo— y no figura en ningún programa político.

Esto puede ser simple tradición religiosa o cultural, pero creemos que responde a una verdadera potencialidad movilizadora de la solidaridad, que por ahora sólo se demuestra, y muy débilmente, en caso de terremotos y otras catástrofes. Lo que es evidente es que para que esa potencialidad se realice es necesario desarrollarla y entrenarla en la práctica, sea por medio de los gérmenes que hemos propuesto o por otros métodos.

Lo que parece claro es que la solidaridad social sólo puede desarrollarse y aprenderse en la convivencia de grupos no muy pequeños ni muy cerrados. Ella se basa en la necesidad de aprobación por el grupo de reerencia, y si éste se reduce a la familia y otros similares lo que se obtiene es una solidaridad muy limitada, que no sirve para la construcción del socialismo. Cooperativas, autogestión, etc., tampoco son situaciones favorables: debe haber transparencia hacia el exterior. Todo esto debe tenerse en cuenta al organizar los gérmenes.

No hay que olvidar que además de su papel motivador de movilización política, la solidaridad debe servir como fuerza productiva, integrada a las demás características del hombre socialista. En parte eso ocurre a través de su capacidad motivadora para el trabajo, y en especial para el trabajo en equipo, la rotación, etc. Sin embargo creemos que no se agotan allí sus posibilidades.

12. — Sin ninguna duda, los movilizadores "defensivos" han sido hasta ahora los más frecuentes y eficaces. Toda amenaza a la situación considerada "normal", independientemente de que ella sea buena o mala juzgada desde afuera, produce rápidamente inquietud, turbulencia y activismo, que pueden ser encausados por las autoridades legítimas o en contra de ellas.

Históricamente esa "normalidad" se definía por el nivel de vida tradicional y los riesgos usuales para la salud y la vida, con la organización familiar y social tradicionales. Hoy, en plena explosión, con cambios evidentes y publicitados exageradamente, lo "normal" no debe medirse sólo por lo real

sino también por las expectativas de cada grupo. Para el trabajador que espera poder comprarse un automóvil dentro de pocos años, puede resultar poco grato un proyecto que en nombre de la igualdad o el colectivismo le niegue esa ilusión, y esto sigue usándose con bastante éxito como propaganda contra el comunismo.

Ya Lenin decía que abandonados a sí mismos, los obreros tienden a adoptar la ideología burguesa, cosa que Marx también había dicho aunque con menos énfasis. Pero es cierto que todo este problema gira en torno a la existencia de una "falsa conciencia" en el pueblo, y que ella consiste en parte en expectativas o necesidades creadas por el consumismo, imposibles de satisfacer al pie de la letra salvo para una minoría. Esta falsa conciencia deja en inferioridad de condiciones a las ideologías que parten de esa real inviabilidad, con respecto a las que se apoyan en falsas promesas. En todos los niveles, el que recibe una paliza o la negativa a un capricho no acepta fácilmente la explicación "lo hago por tu bien"; sólo el carisma o la legitimidad pueden hacer tolerables esas desilusiones.

La defensa contra el enemigo externo, contra el hambre, el cercenamiento de derechos ya adquiridos, la conversión forzosa a nuevas religiones y la inseguridad en general ha sido ya mencionada repetidas veces en este libro como causante de movilizaciones masivas y violentas, en todas las épocas y todos los pueblos, en la ciudad y el campo, entre grupos, clases, instituciones o todos juntos contra el enemigo externo.

En los países modernos estas motivaciones se siguen presentando, siendo hoy las más probables la defensa de derechos y privilegios, económicos y políticos, y la inseguridad. En los pueblos más pobres y recién descolonizados se dan también las otras. En el grado siguiente —turbulencia— pueden encontrarse toda clase de motivaciones, encausadas casi sin excepción por grupos políticos. Las reivindicaciones gremiales también llegan a ese grado con frecuencia.

13. — Prédica.

No hay duda alguna de que para que haya cambios, revoluciones, movilizaciones, éstos tienen que tener agentes o actores, y que los hombres nunca actúan por reflejos o bajo hipnosis total, sino que tienen conciencia de lo que hacen: se fijan objetivos y eligen las acciones que les parecen más adecuadas para lograrlas, dados los recursos de que disponen.

¿Cuántos hombres dispuestos a actuar hay? ¿Cómo eligen sus objetivos y las estrategias correspondientes? ¿Qué hacer si las respuestas muestran que la situación actual no favorece la construcción del socialismo? La gente puede tener

una falsa ideología, percepción o **conciencia** de sus intereses y de las vías posibles para satisfacerlos, o sea la conciencia puede ser poco clara y conducir a la duda y la inactividad. Así puede ocurrir que haya pocos activistas, o que militen en contra del socialismo, o que crean hacerlo a favor sin que esa sea la realidad, por equivocar la vía. La respuesta no puede ser otra que esclarecer las ideas, adquirir conciencia verdadera de los **objetivos** y la **viabilidad** del socialismo, para compararlos con los intereses más profundos de cada uno.

El problema es, cómo se llega a esa "concientización", y quiénes son más propensos a ella. Dentro del mismo marxismo esta cuestión no está totalmente clara y ha dado lugar a viejas y agrias polémicas, que no han disminuido de intensidad, al contrario.

Hay acuerdo entre ellos en que "la clase obrera" es la depositaria natural, histórica y deseable de esa conciencia, aunque luego hay dudas sobre el contenido exacto de esa clase. Hay mucho menos acuerdo sobre los intelectuales: se admite que son capaces de concientizarse, pero sólo superficialmente en la mayoría de los casos (no puede afirmarse eso de todos sin descartar a todos los grandes líderes del marxismo): ellos adquieren la terminología, hablan de revolución, pero siguen siendo en el fondo "pequeños burgueses", orientados hacia el socialismo por motivos individualistas: oportunismo, romanticismo, reacción ante frustraciones, etc., etc.

Se admite ahora —desde la revolución china— que los campesinos también pueden adquirir una conciencia correcta, aunque Lenin decía, ya ante las realidades de la transición (1921), que hacían falta una o dos generaciones para cambiar la psicología del campesino ruso.

De los demás grupos sociales habría poco que esperar; su toma de conciencia los inclinaría más bien a ser enemigos del socialismo.

En cuanto al cómo de esa concientización, hay dos posiciones extremas opuestas: ella llegará espontáneamente a la clase obrera, a medida que las crecientes contradicciones internas del capitalismo y las luchas gremiales pongan cada vez más en claro cómo son las cosas; o si no, ella llegará desde afuera a los obreros, por obra de la prédica de una vanguardia revolucionaria.

Es posible esgrimir citas de los grandes marxistas en apoyo de ambas posiciones. Las de Marx mismo parecen inclinarse más a la primera; para él, la emancipación de la clase obrera debe ser obra de ella misma, y a medida que progresa, los intelectuales deben limitarse a ser sus portavoces, y abandonar su papel de teóricos utopistas. Sin embargo reconoce con claridad que los obreros están sometidos a una constante presión del ambiente para adoptar la ideo-

logía dominante, burguesa. Ellos pueden adquirir "conciencia de clase en sí", es decir, de formar un grupo social con intereses comunes y en conflicto con sus patrones, pero esa conciencia puede ser falsa, orientada hacia un reformismo limitado, y no llegar a ser conciencia de "clase para sí", es decir cuyos intereses de largo plazo son totalmente antagónicos con los grupos dominantes.

Lenin era aún más enfático en cuanto a esta posibilidad, y afirmaba que la tendencia espontánea de los obreros era hacia la ideología burguesa. Por eso fue el paladín —junto con muchos otros— no sólo de la prédica desde afuera sino de la dirección de las movilizaciones y la revolución mediante un partido "profesional", vanguardia del movimiento proletario, en el cual se admitía a los intelectuales. Mao ha dicho cosas similares en muchas ocasiones; por ejemplo que el cambio revolucionario no se hará hasta que "por efecto de nuestro trabajo" la mayor parte del pueblo "haya adquirido conciencia de la necesidad de ese cambio y tenga el deseo y la decisión de hacerlo" (28); frase que suscribimos totalmente. Por desgracia en otras oportunidades se ha expresado con menos claridad al respecto. En cuanto a los líderes cubanos, su misma estrategia de lucha demuestra que no creen que haya que esperar a ninguna generación espontánea de conciencia, sino que hay que estimularla mediante la acción armada de grupos pequeños (acompañada de una prédica más pacífica).

La posición constructiva es, por supuesto, no cometer el pecado de rechazar por razones teóricas ningún grupo social ni método de esclarecimiento, a menos que sus costos sean inmensos, o que la teoría que los rechaza sea infalible. No dándose ninguna de ambas cosas, nuestra actitud es: desear ardientemente que la clase obrera y todos los demás grupos sociales tomen conciencia de las ventajas y la posibilidad práctica del socialismo, en la mayor proporción posible de sus miembros.

Si esa conciencia se adquiere espontáneamente, tanto mejor, pero mientras ese proceso espontáneo ocurre, lo ayudaremos mediante una prédica hecha por **militantes** (en el sentido que hemos dado a esta palabra en este capítulo). Las polémicas anteriores nos servirán para percibir los peligros que esa prédica "desde afuera" puede tener, y tomar todas las precauciones posibles para que no se concreten, así como para que no ocurra ese "aburguesamiento" obrero tan temido y tan real; o mejor dicho, que ocurra lo menos posible.

Es claro que para nosotros la polémica en sí no tiene mucho sentido, porque al dudar del papel de **únicos** revolucionarios legítimos que asigna el marxismo a los obreros —sin negar su gran importancia en el proceso— desaparece todo el interés en diferenciar entre "afuera" y "aden-

tro". Todos estamos adentro, porque todos estamos igualmente interesados en el socialismo, aunque muy pocos, obreros o no, tengamos plena conciencia de ello.

Huelga aclarar que esto no es "policlasismo", como un Frente Popular, sino "anticlasismo", o sea puro socialismo, pero empezando ahora, para los que creen en él. No creemos en clases privilegiadas ni como objetivo ni como instrumento del socialismo.

En este aspecto, hemos dicho, la realidad histórica no confirma las abstracciones científicas de la teoría marxista, y nos impide confiar el porvenir de la humanidad a la generosidad de ninguna clase social que tome el poder por sí, porque siempre ha ocurrido que se queda con el poder para sí. Los burgueses no tuvieron esa generosidad, a pesar de que su doctrina liberal no se cansa de repetir "libertad, igualdad, fraternidad". Los burócratas tampoco la tienen a pesar de todos sus retintines sobre la "justicia social". ¿Qué argumentos históricos, sociales o psicológicos existen para esperar que los obreros sean diferentes? Tal vez dentro de cien años, pero hemos fijado nuestro horizonte mucho más cerca, y en él actúan obreros de carne y hueso, formados por esta sociedad, entre los cuales podemos encontrar sin duda santos, héroes y genios, pero en escasa proporción. La realidad objetiva, que vemos todos los días a través de los servicios sindicales, es que Marx tenía razón en un sentido: la clase obrera se está emancipando por sí sola, pero esa emancipación es del mismo tipo que la de los burgueses en su época de ascenso: se emancipan ellos solos de ciertas necesidades materiales y se muestran mucho más interesados en mantener, aumentar y gozar de esos modestos privilegios de clase media baja, que en extenderlos al pueblo no organizado, que es la mayoría.

No hay que amargarse o desilusionarse de la humanidad por eso; era lo natural; lo utópico era esperar otra cosa. A nosotros no nos quita el optimismo: pensamos que si entre los burgueses han aparecido tantos partidarios del socialismo, entre estos obreros tienen que aparecer muchos más (y en el resto del pueblo muchos más todavía). Pero no serán todos, ni espontáneamente.

Nótese que no estamos hablando de la vieja "aristocracia obrera", formada por dirigentes sindicales, capataces y obreros de ciertas industrias de altísima productividad (como la petroquímica). Ahora se trata de casi todos los obreros sindicalizados —en los países modernos—, y les viene mejor el nombre de "clase media obrera". En Argentina incluyen al 75 % de los obreros industriales urbanos (que constituyen el 15 % de la población activa). Tampoco estamos diciendo que ya no sean explotados: se les sigue "extrañando plusvalía" y sus condiciones de trabajo son malas,

pero ya están en condiciones de sobrellevar todo eso con un espíritu similar al de los clásicos pequeños burgueses, que también trabajan 14 horas detrás del mostrador, y también son exprimidos por intermediarios y otros parásitos, y también viven frugalmente; pero...

14. — La necesidad de prédica para acelerar la toma de conciencia de todo el pueblo, en el sentido antedicho, parece entonces irrefutable. Es claro que, dadas las consideraciones anteriores, ya no puede hablarse de prédica revolucionaria en abstracto, pues por ejemplo en cuestiones de contenido aparecerá una diferencia crucial con lo que predicaban los grupos marxistas: nosotros queremos que el pueblo tome conciencia, no del "papel histórico de la clase obrera", sino de la necesidad de entender y practicar el estilo socialista y de imponerlo rápidamente porque los problemas de la sociedad lo exigen —y porque si no se impondrá el fascismo—, por la fuerza si es necesario y posible, a través de la clase obrera en los países en que ella se preste a ese papel de vanguardia y ofrezca garantías, o por cualquier otro camino que parezca más seguro —después de un análisis serio—, incluso si eso significa mayor participación de intelectuales, militares o burócratas que lo que indica la ortodoxia. Estamos diciendo que para hacer ese "análisis serio", no alcanza con el "análisis clasista" usual; hemos tratado de señalar en este libro algunos otros criterios posibles, que sometemos a la discusión de todos los interesados en el socialismo, y en primer lugar de los marxistas.

La prédica constructiva, pues, no identifica socialismo con marxismo ni con ninguna otra teoría de la sociedad. Sus objetivos no son producto de ninguna teoría, sino de nuestra concepción del bien o del mal. Las teorías influyen en la elección de estrategias para llegar a esos objetivos, son instrumentos para equivocarse lo menos posible en la acción, y por ser instrumentos forjados por seres humanos, algunos sirven más, otros menos, otros quedan anticuados y deben ser perfeccionados, ninguno es perfecto. Marx decía que él no era marxista. Todo el mundo acepta esto, verbalmente, como tantas otras frases mágicas que hay que repetir, pero en la realidad la fe es más fuerte que la razón, para muchos. "El Papa no es infalible: ¡cómo podría serlo!" ("pero nunca se equivoca"). "El marxismo es superable, por supuesto" ("pero vamos, hombre, quién lo va a superar"). "Perón es mortal, quién lo duda" ("pero no se va a morir nunca").

Los proyectos de largo plazo, la actitud constructiva basada en ellos, tienen por lo menos la ventaja de hacer más difícil ese tipo de irracionalismo, porque ninguna ley ni teoría se examina entonces por sí misma, como sistema cerrado, sino en función de los consejos que da para la acción prác-

tica, comparados con los que dan otras leyes y teorías. No es garantía absoluta, por supuesto; todos sabemos buscar excusas para rechazar todo lo que nuestros prejuicios no admiten, pero es más difícil hacerlo cuando estamos trabajando, modificando la realidad, con el deseo de construir algo bien definido.

Debemos sin embargo tratar de comprender a qué se deben esos comportamientos irracionales, que probablemente terminarán con acusaciones de "traición" o cosas peores, impidiendo toda discusión constructiva.

Ya hemos mencionado que todas las fuerzas que intentan movilizar a grupos sociales, son escuchadas en función de su legitimidad y su confianza. Todas las fuerzas revolucionarias son igualmente ilegítimas y la confianza pasa a ser el factor principal (junto con la eficacia técnica). Pero no hay métodos fáciles, rápidos y seguros para estudiar las garantías de fuerzas de historia muy breve, casi recién llegadas; el criterio de ortodoxia o adhesión a una teoría ya tradicional es por lo menos fácil y rápido, si no seguro, y es lógico que hasta los mejor intencionados tiendan a usarlo. ¿Qué activista común tiene tiempo para analizar las pretensiones de cualquier nueva teoría "revisionista" o totalmente heterodoxa? El marxismo usual es sostenido por los gobiernos de la mitad del planeta; ese éxito es un indicio poderoso. Mientras no se pierda toda esperanza de que esos países marchan hacia el socialismo, no hay para qué buscar novedades —"lo mejor es enemigo de lo bueno"—; pero por desgracia es también natural que el temor subconsciente a esas implicaciones contra la doctrina, ayuden a no ver la realidad como es.

15. — ¿Qué tipo de conciencia debe despertar y esclarecer la prédica? ¿Qué viabilidad puede tener?

Evidentemente no hace falta preocuparse por la conciencia de los intereses inmediatos o de corto plazo, mientras no haya un marco ideológico común en función del cual hacer una crítica. La gente tiene muy claro lo que quiere para su futuro inmediato, y si sus aspiraciones y expectativas de consumo son muy anti-socialistas (opulencia, individualismo exagerado, suntuosidad) es imposible que lo comprenda si antes no ha adquirido algún grado de conciencia de lo que es el socialismo y pueda analizar entonces las contradicciones entre su estilo de consumo y esos objetivos de largo plazo. No interesa predicar una vida austera, o bucólica o sacrificada por sí mismas sino en función de toda una manera de vivir solidaria, participante, creativa.

Lo mismo ocurre con otros tipos de conciencia de problemas más generales, que son percibidos por todos pero con múltiples deformaciones (con respecto al socialismo).

Así la conciencia nacionalista está suficientemente extendida,

tanto como para ser todavía hoy el mayor movilizador de masas, pero sufre demasiadas distorsiones "derechistas" que la orientan hacia una interpretación irracional, fácil de utilizar luego políticamente en cualquier dirección (así los llamamientos a no permitir que "nuestra bandera sea reemplazada por un trapo rojo"). Hay conciencia clara y casi unánime para defender el territorio nacional contra invasores. Hay ya bastante conciencia de la dependencia económica, gracias a la prédica constante de intelectuales izquierdistas, que es un buen ejemplo de voluntarismo realista. En un par de décadas se ha arrojado abundante luz sobre el problema del neocolonialismo, las empresas transnacionales, etc., y se ha conseguido incluso influir sobre la legislación al respecto.

Sobre la independencia cultural en cambio no hay todavía conciencia clara entre los mismos profesionales de la cultura, y se la identifica con el estímulo al arte folklórico o a los autores nacionales, aunque hagan lo mismo que los extranjeros (lo cual tiene un efecto anti-nacional fuerte, porque es claro que al juego de ellos es difícil ganarles, y lo que el público nota entonces es la superioridad de la producción extranjera en esos terrenos).

Culturalmente estamos todavía en la etapa de aceptar la colonización como un bien, y de estar orgullosos cuando desde el Norte nos aplauden por nuestros "progresos" en esa vía seguidista. Ya hemos examinado ese problema en los campos de la ciencia y la tecnología y no insistiremos aquí (CPC, HPCN). Por supuesto, tampoco hay conciencia del problema de la homogeneidad cultural planetaria, y del nacionalismo entendido como una necesidad de diversificación cultural, para lo cual la soberanía política podría ser un medio (como lo es para la defensa del país contra la explotación económica imperial).

Es importante destacar que la fuerza real de esta conciencia nacional, y su importancia geopolítica para los países marxistas, es tan grande, que es el único tema en que la ortodoxia marxista cedió terreno y ha tratado de adaptarse teóricamente en alguna medida. Se habla ya muy poco de "internacionalismo proletario"; las luchas nacionales se alientan aunque no estén dirigidas por obreros o campesinos, y cuando cierto peronismo habla de "socialismo nacional" se intenta interpretarlo comprensivamente. Esto muestra que las realidades terminan por ser más fuertes que toda ortodoxia o dogmatismo, salvo para individuos o grupitos aislados, y nos da confianza en el triunfo de otras realidades aún no percibidas claramente.

La conciencia de "clase en sí" —es decir de pertenecer a un grupo social con intereses comunes y opuestos a los de otros— tampoco requiere ya ninguna prédica. Los marxistas tienen un siglo de lucha y prédica por convertirla para los obreros en conciencia de "clase para sí", interesada en

tomar el poder y usarlo para llegar al socialismo y luego al comunismo (desde las revoluciones china y cubana intentan también concientizar a los campesinos).

Ha habido pues amplio lapso para evaluar el éxito de esa **prédica**, y hemos visto que ha sido muy variable. En EE. UU. casi nulo; en los demás países industriales —sobre todo en Alemania, Italia y Francia— se difundió rápidamente hasta estabilizarse y consolidarse en cierto límite, alto pero no suficiente para tomar el poder. Esa estabilidad no es absoluta: en Alemania fue destruida por el nazismo, y en Argentina hemos tenido un ejemplo muy claro en la facilidad con que el paternalismo de Perón disolvió esa conciencia de clase y encerró al marxismo en la clase media. La influencia rusa y china es ahora un factor exógeno importantísimo para el éxito y la estabilidad de esta prédica; en Europa por lo menos eso está asegurado; pero ese tipo de éxito no demuestra nada, salvo la vieja tendencia humana de seguir al triunfador.

Nuestra prédica en cambio introduce aquí el anticlasismo, pero en dosis muy limitadas y sólo cuando hay oportunidad de explicar claramente su significado. Hacer una campaña anticlasista superficial sólo añadiría confusión, pues se la tomaría como otra manera de inducir al "pacto social", "unión nacional" y otros inventos de las clases dominantes para disminuir las luchas gremiales. La lucha gremial es clasista, aunque los sindicalistas traten de ocultarlo, pero para que tenga un contenido socialista lo esencial, en nuestra opinión, no es que aspire al poder total, sino que aspire a la desaparición de las clases, y empiece ya a funcionar de esa manera (así por ejemplo los servicios de salud restringidos a miembros de cada sindicato son conquistas clasistas pero antisocialistas; muchos tipos de reforma agraria tienen el mismo defecto).

Tomar profunda conciencia de esto no es nada fácil, y no puede hacerse mediante una prédica primitiva, con ingenuo recitado de frases bonitas sobre la solidaridad. Muchos creen que esta dificultad revela que ese concepto es prematuro, que se está forzando el paso. Nuestro constructivismo nos hace preguntar más bien si ese problema está ya estorbando la construcción del socialismo, y la respuesta de la realidad es que sí. Los métodos de autogestión de empresas, por ejemplo, se están extendiendo por todo el Tercer Mundo, y ya se ve cómo enriquecen a sectores obreros sin que el resto, mayoritario, de la población reciba ningún beneficio (en muchos casos los trabajadores-dueños explotan a su vez a los no socios, dándoles trabajo temporario, pesado y mal pago). La solidaridad entre todo el pueblo debe empezar a manifestarse desde ahora en todos los casos en que eso tenga sentido, que son muchos; ése es el significado de la prédica

"anticlasista" que proponemos y que es tan fácil interpretar torcidamente.

De todos modos la misma dificultad de esa prédica significa, constructivamente, que debe comenzarse cuanto antes, sólo que con las precauciones debidas: cuanto más larga es una obra, tanto más apura comenzarla, pero cuidando que los cimientos sean sólidos. Esta cuestión es de las que más exigen debate y "ensayos piloto" en gérmenes adecuados, y por supuesto una compenetración total por los militantes.

16. — En cuanto a los problemas de tercer nivel —alienación intelectual y espiritual—, entramos en terreno aún más difícil. Las tres cuestiones principales en este nivel parecen ser: creatividad, racionalidad, responsabilidad. Predicar la creatividad, de palabra, es ridículo. Todos están de acuerdo; sería como predicar las vacaciones. ¿A quién no le gustaría ser "creativo"? ¿Pero en qué campos, qué contenido tiene esa creatividad, y cómo se la logra? "Creativos" tienen todas las agencias de publicidad, pero no es eso lo que interesa; ésa es una creatividad que se parece a la de los inventores del napalm o la picana eléctrica. Pero la respuesta es fácil: se requiere creatividad para hacer bien todas las cosas que aquí se están planteando; por ejemplo, buscar nuevos métodos o técnicas para predicar el socialismo y que al mismo tiempo no sean igualmente utilizables para predicar el fascismo. Nuevas ideas para lograr los objetivos socialistas, incluyendo por supuesto la necesaria toma del poder y la posibilidad de lucha violenta. Espíritu crítico para evaluar las técnicas existentes (por ejemplo: ¿la creatividad de los autores de canciones de protesta, sirve para algo?, ¿cómo podría adecuarse mejor a sus objetivos?). Todo lo que hemos llamado "ciencia rebelde" en CPC exige este tipo de creatividad, pero por supuesto la ciencia es sólo una parte de todas las necesidades. Para lograr creatividad hay muchas viejas recetas —que podemos resumir en que la inspiración viene a través de la transpiración, o sea del trabajo duro y paciente sobre el problema—, pero el socialismo agrega una nueva: el trabajo en equipo solidario, participante. No es cuestión de encerrarse y apretarse la cabeza para ver si sale alguna idea (aunque también eso es necesario a veces), sino de combinar los conocimientos, actitudes, voluntades y recursos especiales de todos los miembros de un grupo, con una división del trabajo no rígida (toda la rotación posible entre roles) y abundantes asambleas de discusión, explicación, difusión de conocimientos, con participación de todos. Aun a través de experiencias tan parciales y deformes como la "dinámica de grupos", "think-tanks" y ciertos equipos de investigación científica, se percibe con claridad un aumento de la capacidad creativa e implementadora, que promete grandes cosas

para cuando pueda hacerse en gran escala y aplicando todo el estilo socialista. En realidad allí está uno de los principales factores con que cuenta el socialismo para vencer los desafíos de la explosión.

Predicar racionalidad es también algo que sólo tiene sentido en función de tareas prácticas, poniendo en evidencia que nada se resuelve con supersticiones. La prédica puramente verbal tiene sin embargo hoy una función importante, y es poner en ridículo al irracionalismo que se está difundiendo tanto y que es un aliado fiel del fascismo.

No es fácil desacreditar a brujos, curanderos, astrólogos, espiritistas, ovnis, y a los "chantas" en general. Están satisfaciendo una necesidad actual que hay que analizar con cuidado antes de proponer contramedidas y sustitutos apresurados, igualmente irracionales o chantas.

Predicar responsabilidad tiene las mismas dificultades que predicar la bondad y la justicia; se la acepta pero no se la asume. También a esto, por suerte, responde la estrategia de los gérmenes y el trabajo en grupo, pues es allí, a través de la aprobación o desaprobación social, que puede predicarse en los hechos de qué responsabilidad se trata y cómo se vive mejor practicándola.

17. — En cuanto a la efectividad que pueda tener la prédica de todos estos temas —y los costos correspondientes— no nos parece un problema digno de hacer perder mucho tiempo. Los costos nunca son demasiado altos porque la prédica no se realiza como actividad independiente, sino combinada con todas las actividades prácticas: organización de gérmenes, movilizaciones, etc. Habrá necesidad de evaluaciones más finas si alguien propone una técnica que requiera equipos muy complejos u otros gastos de capital, pero eso se sabe manejar (por ej., ver ET). Los resultados esperados tampoco traen dudas esenciales. Por supuesto, creer que la sola prédica puede volcar a todo el pueblo hacia el socialismo en pocos años es utopía pura. Pero ¿se atreve alguien a negar que hay un 5 % al menos de personas susceptibles de comprender y aceptar las ideas socialistas en ese mismo lapso? Si se llega a ellas mediante una adecuada técnica de prédica, se tendrán 100 veces más militantes que hoy, lo cual puede ser la diferencia entre el triunfo y la derrota.

Así pues, aunque es cierto que en cada fase histórica hay límites para lo que la gente puede concientizar —hay una "conciencia posible" muy distinta según la fase, el problema y el grupo social—, no necesitamos conocer dónde se encuentra exactamente ese límite: basta con tener cierta seguridad de que no es una imposibilidad total. La decisión racional se toma, como siempre, midiendo el costo de equivocarse: si hacemos esta prédica y resulta inútil, no se pierde

mucho porque es algo que hacemos junto con otras tareas. Si no la hacemos y era posible, podemos perder el futuro. Las técnicas de prédica, hemos dicho, requieren creatividad por parte de los militantes; es claro que no se podrá hacer a través de la televisión y otros medios masivos, por lo menos de manera directa (pero muchas actitudes correctas pueden prestigiarse a través de los medios usuales). De todos modos, el estilo socialista de difusión no puede descansar mucho en esa prédica "enlatada", uniforme. Su arma principal es el contacto humano, el intercambio de experiencias y la comprensión de cada caso particular.

Esta transmisión de boca en boca de la "buena nueva" no tiene por qué ser menos eficaz que la propaganda usual; al contrario, salvo que midamos la eficacia por el cubrimiento diario, el "rating" y otros conceptos desarrollistas. En primer lugar, el efecto multiplicador logra también un cubrimiento importante: si cada uno explica a diez personas, y al cabo de dos meses cada una de éstas, sin abandonar su propia reeducación, comienza a explicar a otras diez, en un año se está llegando a un millón de personas.

Pero estos cálculos son simples juegos con números. Lo esencial es que para lograr una verdadera comprensión de problemas de este tipo por medio de la propaganda usual, se requiere un tiempo enorme, sin garantías de éxito, debido a su misma uniformidad. Ese estilo de prédica es bueno para enseñar a repetir frases, slogans, lemas, y los nombres de los amigos y los enemigos. Para que estos procedimientos enlatados sirvan para algo, los oyentes deben tener un fuerte marco de referencia común, como lo es hoy el desarrollismo. Para discutir el marco mismo, o conceptos de similar generalidad, su eficacia es baja.

Por supuesto la prédica verbal no está libre de estos defectos, en principio, si es dogmática y rutinaria. Donde se necesita creatividad es justamente en la búsqueda de formas claras y breves de expresión coloquial de las ideas, frente a distintos oyentes, y en primer lugar frente a uno mismo. Este autor está seguro de no haber sido creativo en ese sentido, y ha debido recurrir a métodos molestos para el lector, como las repeticiones aparentemente innecesarias de muchos conceptos.

Por su parte esta sociedad hace su contra-prédica permanente, directa e indirecta; denunciando a la "subversión" que atenta contra el orden, y pintando el futuro de color rosa. Las instituciones tienen grandes facilidades para hacer prédica interna aprovechando su "verticalidad" o canales de difusión y poder. Eso dificulta la prédica opuesta hecha desde afuera, pues genera de inmediato una contra-prédica con muchos más recursos (piénsese en las tentativas de hacer propaganda política entre los soldados de un ejército bien organizado).

Para evitar esta concientización, las clases dominantes introducen confusión ideológica —a través del poder que tienen en esa zona— de varios tipos:

— Tremendismo ideológico: amplia publicidad con carácter de urgencia a amenazas que afectan a todas las clases sociales —a veces graves, pero de fácil solución bajo el socialismo—, para provocar sentimientos de unidad: guerras patrióticas (no de liberación), caos económico, “anarquía”, tiranías, etc. A nivel internacional: peligro de guerra nuclear, de explosión demográfica, de contaminación general, como si fuesen urgentísimos.

— Efecto demostración: dar falsas esperanzas de ascenso social mostrando el estilo de consumo que se puede conseguir teniendo suerte o paciencia. Difusión de ideas reformistas y orientación de la rebeldía por canales gremiales institucionalizados.

— Falsificación de la realidad: planteo de los problemas económicos y sociales en falsos términos: inflación, exportaciones, inversiones, unión nacional, subversión, empleo, paz; defensa de falsos amigos del pueblo; difusión de falsedades sobre el socialismo, etc., etc. En esta falsa visión de la realidad se llega a extremos que causarán estupor en generaciones venideras, como a nosotros nos asombran las supersticiones infantiles del pasado. Eso vale también para los que agregan el adjetivo “científico” a sus afirmaciones socio-económicas.

— Fatalismo: siempre hubo y habrá opresión; hay que resignarse y pagar nuestros pecados.

18. — Organización del Movimiento Político.

La cantidad de tareas, prácticas y teóricas, de todo nivel y calibre, que hemos ido mencionando, y que deben analizarse y realizarse cada una en su momento y plazos pero todas integradas en un marco de referencia, hace evidente la necesidad de una institución “bien” organizada para esos objetivos y que no llegue jamás a desvirtuarlos. La llamaremos el Movimiento.

Su “personal” está formado por los militantes, cuyas características ya hemos descrito. Dados esos objetivos y ese personal, debemos pensar un poco en la estructura y modo de funcionamiento que den más garantías de éxito. Para eso debemos aprender de los grandes aciertos y errores de instituciones similares —partidos políticos, sobre todo los de izquierda, iglesias, sindicatos, asociaciones voluntarias, etc., etc.— y de los pequeños y medianos aciertos y errores técnicos de todo tipo de empresa grande, desde las ETN hasta la administración pública.

Esto también es parte del programa de trabajo del mismo Movimiento, que no nace plenamente desarrollado, sino que va estudiado y cambiando sus formas organizativas a medida que crece, lo cual nos está diciendo que su **organización embrionaria debe facilitar esos cambios.**

Eso es lo mismo que pedimos al país entero cuando empiece a vivir según el nuevo estilo, cuyo Proyecto es también en gran parte sólo un programa de estudios, evaluaciones y corrección de las decisiones ya tomadas. Ya hemos dicho que la similitud debe ir más lejos, y que, como ya muchos han comprendido (p. ej., Gramsci, A. Egg, Magri (31), (26), (29), respectivamente), debe funcionar en el mismo estilo que está proponiendo a la sociedad.

A eso podríamos llamarlo el **principio fundamental de organización del Movimiento.**

Por suerte, gracias al método constructivo, tenemos una visión bastante concreta de lo que es un estilo socialista, y eso nos permitirá dar algunas indicaciones, por groséras que sean, para encauzar en la práctica ese principio tan general. Muchas de ellas sirven también para la organización de otros “gérmenes” de la nueva sociedad, de los cuales el Movimiento es el primero y principal (y en realidad abarca a todos los demás en muchos aspectos).

¿Existen Movimientos de esas características? Sin duda, pues cada país es un universo en ese sentido, y hay 150. Sus mejores predecesores históricos deben buscarse en el partido bolchevique ruso entre 1905 y 1917, el partido comunista chino, sobre todo en la época en que se estableció en Yenan, después de la Larga Marcha y construyó allí un verdadero ensayo piloto de país socialista pobre; diversas órdenes misioneras cristianas y budistas.

Por supuesto en toda empresa capitalista encontramos mucha coherencia entre su estilo interno y el de la sociedad en que actúa: autoritarismo, competitividad, motivaciones monetarias, suntuosidad, hipocresía, “relaciones públicas”, publicidad en vez de prédica.

Esa misma coherencia quisiéramos obtener entre el Movimiento y la sociedad que por ahora sólo existe en nuestras mentes, pero de la cual ya tenemos mucho material adelantado gracias a las grandes y pequeñas revoluciones de este siglo —exitosas o fracasadas— y a toda la literatura buena y mala de varios siglos, de la cual mucho será “letra muerta”, sin duda, pero el que quiere oro ya sabe que tiene que lavar mucha arena.

No hay reglas para el “nacimiento” de un Movimiento como éste: depende del encuentro de un grupito inicial de personas maduras, que ya están “de vuelta” de otras experiencias similares y que por supuesto comparten los principios básicos. Deben tener ciertas condiciones de carácter fuera de lo común: voluntad, capacidad de trabajo y una dosis aun-

que sea mínima de carisma o simpatía. (además de las características que exige el estilo); pero no vale la pena detenerse en ellas, porque aquí obra rápidamente la selección natural para decidir si el grupo se disuelve de inmediato o no, y de todos modos aunque se pudiera dar una receta exacta de las condiciones requeridas, no hay nadie para prepararla. Hay por supuesto "catalizadores" de esos grupos: lugares donde la gente de esas características tiene más probabilidades de encontrarse. Así, una forma típica de "parto" es a través de un grupito de militantes de otro movimiento, disconformes con sus objetivos o su organización, que consiguieren tomar el poder dentro de él y transformarlo según estas líneas, o son expulsados y crean otro movimiento.

La otra forma frecuente es la fusión de grupitos que de manera espontánea estaban cumpliendo algunas de las tareas del Movimiento, y que al ponerse en contacto por cualquier motivo se dan cuenta de la ventaja y la necesidad de integrarse.

No hay que descartar partos enteramente voluntaristas: por ejemplo gente que sabe que está de acuerdo ideológicamente por haber leído o escuchado mutuamente sus opiniones, y que se reúne con el propósito deliberado de iniciar un Movimiento.

Mucho depende también de los recursos iniciales: posibilidad de reclutar los primeros militantes firmes, hasta llegar a un número que permita encarar diversas tareas prácticas además de la prédica y reclutamiento que son lo esencial de este período de gestación ("acumulación inicial" de recursos humanos para esta etapa, análoga a la de capital).

19. — En cuanto hay una docena de militantes firmes es necesario institucionalizar a la manera socialista, pues de lo contrario aparece una institucionalización espontánea que introduce siempre elementos deformantes, y eso obliga posteriormente a largos conflictos internos (tiempos definitivos) sin garantía de que triunfen las intenciones originales. No olvidemos que toda institución tiende a tener una evolución de tipo canónico, y es mejor que la fase definitoria se dé cuando todavía no hay mucho que perder.

Quedan entonces definidas —pero no rigidamente, pues eso no sería de estilo— las características principales del Movimiento: su Proyecto y programa inmediato, su organización y normas de funcionamiento, todo sujeto a revisión constante. Un movimiento de éstos tiene que atender muchos frentes de lucha: prédica para reclutamiento; difusión, esclarecimiento, polémicas; preparación para crear gérmenes y para eventuales necesidades de tipo militar; participación en actividades políticas comunes (tal vez incluso elecciones). En realidad, como si fuera un país en miniatura, el Movimiento tiene sus zonas de actividad usuales: ideológica, organizativa, econó-

mica, militar, social, individual. Esto requiere una división del trabajo, y aquí ya es indispensable hacerlo en estilo socialista: no se pueden crear compartimientos estancos, responsabilidades individuales permanentes, funcionarios rutinarios, jerarquías.

Ya sabemos que la forma que por el momento parece más adecuada para lograr participación e impedir el autoritarismo y el burocratismo es la rotación de roles o funciones.

Cada tarea está encargada a un equipo. Ese equipo es por una parte "transparente": todos los demás militantes están enterados de lo que hace y en buena parte capacitados para opinar. Eso se consigue por una doble rotación: entre equipos, y dentro de cada uno. No hay problema en intercambiar miembros, porque el recién llegado no está solo, y es rápidamente puesto al día por sus compañeros, comenzando su colaboración en las funciones que menos compenetración exigen con las tareas específicas del equipo (siempre hay tareas rutinarias, comunes a todos los equipos). Luego lo ideal sería rotar por todas las funciones del equipo, pero no hay que pretender tanto; basta con que se cumplan razonablemente los objetivos de la rotación: que todos estén familiarizados con todas las tareas, aunque no las hayan llegado a practicar, y que ninguno se sienta "dueño" de alguna especialidad o jerarquía.

La misma rotación debe cumplirse para las funciones generales de organización interna del Movimiento. Sin duda debe haber funciones directivas, pero tienen que ser rotativas entre todos los militantes, salvo imposibilidad evidente de alguno. Esto implica que esa dirección debe ser compartida, para que los recién llegados puedan aprender de los otros. Es muy deseable además que una vez pasado un período en esa dirección no se pueda volver más a ella.

Esto no significa necesariamente perder el aporte de la gente que tiene habilidades directivas especiales (y que constituyen justamente el peligro burocrático) pues puede conseguirse que estén a mano para asesorar. El que muestre mala gana en abandonar puestos de autoridad debe re-examinar sus convicciones para ver si realmente es partidario del socialismo. El argumento de que así se pierde eficacia es inadmisibles: la eficacia para llegar a otro estilo no interesa.

¿Qué se hace con los militantes de habilidades muy especiales y valiosas? Por ejemplo, qué se hace con las personas carismáticas, irremplazables en la tarea de atraer grandes números de personas, y que pueden así apresurar y facilitar la toma del poder.

Cuando son muy excepcionales no hay regla posible: ellos son cataclismos; fenómenos naturales que arrasan con todo; a un hipnotizador perfecto nadie lo puede custodiar. Pero mientras se trate de casos intermedios se puede tomar

precauciones especiales y no desperdiciar sus cualidades. Por de pronto, los militantes de este Movimiento tienen características que los hacen menos susceptibles a aceptar liderazgos internos, y cuando están disconformes tienen muchas vías para expresarlo.

En PN, cap. V, hemos expuesto un posible diagrama de funcionamiento que puede ser adaptado a una institución de este tipo, garantizando la participación general sin perjudicar por eso la calidad de las decisiones.

20.— Todo esto se refiere al funcionamiento "normal", cuando las decisiones importantes no son urgentes, y es preferible arriesgar errores en las pequeñas antes que dar autoridad permanente a los que tienen más experiencia (lo que implica fatalmente que al cabo de un tiempo estas autoridades están desadaptadas frente a la realidad cambiante, pero no hay quién las reemplace). Por el mismo motivo, en estado normal es posible y conveniente descentralizar mucho las decisiones cotidianas y discutir con toda amplitud las de más largo plazo.

Pero en la actividad política la normalidad es frecuentemente interrumpida por situaciones de urgencia, en que no hay tiempo para discutir mucho y es fundamental que cada tarea sea desempeñada de la mejor manera posible para que la acción tenga la máxima eficacia. La estructura que hemos descrito no sirve en absoluto para esto, como se ha visto infinidad de veces en ocasiones históricas similares.

La solución también es vieja: muchos estados griegos designaban un dictador durante el período de urgencia (una guerra, generalmente), que debía dejar su cargo al terminar éste. Muchos autores que analizaron la organización de los partidos políticos han propuesto también mecanismos diferentes para las emergencias (por ejemplo Magri (29), "momento centralista" y "momento democrático"). El hombre y los animales superiores, con su doble sistema "racional" y "hormonal" nos dan otro ejemplo de cómo resolver este problema. El ejército regular, la conscripción y entrenamiento militar en tiempo de paz es otro ejemplo de una estructura preparada para entrar en acción disciplinaria y autoritaria en ciertos períodos, sin intervenir —teóricamente— en las épocas de normalidad. Estos mismos ejemplos nos muestran también los defectos de esta doble organización: el principal, que el aparato de emergencia siempre ha encontrado la manera de no devolver sus poderes extraordinarios cuando pasa la emergencia, y usarlos para obtener privilegios. Hasta con las hormonas pasa algo así.

Hay muchas medidas que pueden disminuir ese peligro, pero la más coherente con el estilo es procurar que los responsables del aparato de emergencia practiquen constantemen-

te, durante la normalidad, los principios que más podrían olvidar: participación, solidaridad, antiautoritarismo.

21.— El estudio de estos mismos problemas organizativos debe ser tarea de un equipo especial, capacitado para llegar si es necesario a formulaciones teóricas abstractas, y que en todo momento actúe con espíritu científico: ni chanta ni científicista. Hemos mencionado repetidas veces la necesidad de un "Estado Mayor" técnico, al cual derivar el estudio detenido y profundo de los problemas difíciles, para que vayan proponiendo soluciones razonables, es decir, que estén listas a tiempo, que aprovechen toda la experiencia existente (en los hombres y los libros) completada con ensayos baratos y en plazo, y que pueda ser mejorada a medida que se utiliza, aprovechando los nuevos elementos de juicio que da su misma aplicación.

Los problemas técnicos y teóricos constituyen pues un "frente de lucha" que requiere un equipo especial, pero de las mismas características de funcionamiento que los demás. También el "largo plazo" es un frente de lucha actual, es decir, que en ningún momento puede ser descuidado, pues tiene que estar permanentemente elaborando, corrigiendo y poniendo al día sus conclusiones. La situación es similar a la de los "gabinetes-sombra" que mantienen los grandes partidos políticos de oposición, para estar preparados para entrar inmediatamente en funciones cuando les llega el turno de gobernar. Similar pero no idéntico, pues ni los problemas ni el grado de detalle necesario son los mismos, y eso hace variar bastante su organización.

Todas estas actividades requieren un buen sistema de apoyo para obtener, elaborar y difundir información, tanto de actualidad como básica. Aquí hay que tener cuidado con los consejos de los "analistas de sistemas", que pueden conducir a exageraciones tecnocráticas. El manejo de la información es tan vital como el manejo de las armas, y por eso mismo no puede quedar a cargo de grupitos especializados permanentes; éste es otro de los terrenos en que la participación debe tomarse en serio, no como un rito a cumplir formalmente.

22.— Hemos hecho estas recomendaciones generales de una manera tan resumida y enfática que pueden parecer un recetario más, de los que son tan frecuentes entre los estrategas de escritorio.

No es esa la intención: estos "sanos consejos" son fruto de la experiencia de mucha gente, y deberían formar parte del sentido común de todos; por desgracia no es así la realidad, y por eso resulta necesario recordarlos, como si este párrafo fuera un texto elemental sobre principios de organización. Por eso mismo no nos sentimos autorizados a

entrar en detalles sobre casos particulares en que tenemos opinión formada, pero que requerirían una especificación demasiado larga de las condiciones y circunstancias en que la creemos válida. Es mucho mejor —y más de estilo— dejar esas elaboraciones a cargo de los actores directos. El punto crucial al discutir estas cuestiones ya fue mencionado varias veces: es su eficacia, dudosa para muchos. Todo el que ha tenido experiencia personal en la dirección de instituciones conoce las enormes dificultades de otorgar un mínimo de participación verdadera al personal; comenzando por su falta de interés por ello. Los esfuerzos dedicados a lograr esa participación, en general sólo consiguen disminuir la productividad de las demás actividades: las asambleas consumen tiempo.

Estas propuestas de rotación, y este temor a las desviaciones autoritarias, parecen entonces destinadas a disminuir las esperanzas de llegar al poder. Para casi todo el mundo parece preferible llegar al poder —con un mínimo de precauciones— y luego desde allí construir el socialismo o el estilo de que se trate.

Para nosotros es fundamental insistir en que eso es válido sólo para estilos autoritarios. Que éstos puedan luego —como la supuesta "dictadura del proletariado"— transformarse en socialismo no es imposible, y no lo negamos; incluso hay razones para no ser pesimistas en los casos chino y cubano. Pero el riesgo —probabilidad por costo— es demasiado grande.

Más aún, para que ocurra alguna vez el pasaje de la fase autoritaria a la socialista, es necesario que el hombre socialista se empiece a formar, y cuanto antes mejor; de su existencia depende que ese cambio ocurra o no, y no hay por qué postergar su formación.

Por último, y volviendo así al comienzo de este libro, observamos en la realidad que esos partidos supuestamente eficaces, no lo han sido en absoluto, salvo cuando tuvieron líderes excepcionales —Fidel y el Che, Mao, Lenin y Trotsky— y cuando éstos desaparecieron o no existieron **todo se derrumbó o deformó**. ¿Se desea seguir jugando a esa carta? Porque son justamente los líderes y militantes normales, que no tienen una intuición genial que guíe cada uno de sus pasos en el momento de darlos, los que corren gran peligro de equivocarse con las mejores intenciones y tomar medidas irreversibles en dirección opuesta al socialismo. Para ellos es que podrían ser válidas algunas de estas reflexiones, ya que será mucho más difícil que cambien una vez que la acción a través de varios años los haya moldeado en otro estilo.

Apéndice:

Esquema evolutivo en doble cadena

Niveles

Columna 1: SISTEMAS
Filiación diferenciante y evolución "canónica".

Columna 2: COMPONENTES Y MENSAJES
Filiación integrante, evolución "química" y representación simbólica o dual.

Físicos:

0. Cosmogónico	Protogalaxia inicial	Nucleones etc.	y sus aspectos ondulatorios, campos, fuerzas de intercambio bio.
1. Galáctico.	Estrellas	Átomos etc.	y sus espectros (radiaciones cortas).
2. Solar	Planetas	Moléculas etc.	y sus espectros (radiaciones largas) y estructura química.
Biológicos:			
3. Biosfera	Grupos filogenéticos,	Biomoléculas, genes, enzimas etc.	Información codificada duplicable, con instrucciones para fabricación de componentes y ejecución de uniones.
4. Habitat	Sistemas ecológicos.	Aparatos metabólicos y sensoriales.	Reconocimiento de alimentos y enemigos: percepción.

Sociales:

5. Subsistencia.	Comunidades primitivas, animales sociales, etc.	Miembros o trabajadores (ejecutantes de roles).	Lenguaje: comunicación de datos, normas, instrucciones, definición de funciones y roles.
6. Histórico.	Civilizaciones o sociedades muy organizadas.	Instituciones y su personal. Grupos sociales.	Estatutos, códigos, planes, fines, organigramas. Tecnología. Historia. Archivos. Documentación.
7. Voluntarista.	Movimientos políticos y doctrinarios. Instituciones normativas.	"Estilos", ideologías, filosofías. Fines y medios.	Proyecto Nacional; plan y estrategia de largo plazo. Interpretación teórica de la Historia y la naturaleza. Metodología.
Psicológico:			
W. Trascendente.	Individuo militante.	Realidad total percibida.	Modelo del Mundo (reconstrucción racional de la realidad).

- De arriba a abajo: sucesivos niveles de organización, cada uno proveniente del anterior, en ambas columnas. De izquierda a derecha: relación sistema/componente en cada nivel, con su forma típica de simbolizar esa información (3ª columna).

Descripción del cuadro

1) En cada nivel de la columna 1 aparece un cierto tipo de sistema: estrella, planeta, sociedad, etc. De cada uno hay muchos ejemplares, con diferencias cuantitativas grandes (pero ese número parece disminuir hacia abajo). Cada sistema sufre una evolución, y ésta presenta fases similares en todos los niveles, que de la manera más grosera podemos reducir a una fase de crecimiento rápido y en parte "creativo", y otra de estancamiento o declinación, con fases intermedias, posibles repeticiones de fases y discontinuidades "violentas": explosiones, mutaciones, revoluciones. Llamaremos "evolución canónica" a este tipo de proceso tan difundido. Astros, especies y sociedades sufren pues una evolución canónica, pero ni dos estrellas ni dos civilizaciones la sufren de manera idéntica: presentan variantes cuanti y cualitativas.

2) Los sistemas de cada nivel aparecen como partes o subsistemas del nivel anterior, en algún momento de la evolución canónica de éstos —generalmente en la fase creativa—: los planetas se diferencian dentro de los sistemas estelares; la vida aparece en un planeta, las comunidades en cierta etapa de la evolución biológica, etc. La fertilidad es escasa: pocos sistemas de un nivel producen descendencia de este tipo para el nivel siguiente.

La complejidad de los sistemas aumenta hacia abajo. Todos mantienen vinculaciones con sus "ascendientes", entre ellas la de recibir energía, recursos o sostén.

A este tipo de gran proceso evolutivo por niveles lo llamaremos "evolución por **"filiación"**, y en este caso agregaremos el calificativo "diferenciante", ya que se hace por diferenciación de una parte del sistema paterno.

2) En cada nivel de la columna 2 se encuentran también ciertos tipos de sistemas: átomo, molécula, institución, que son componentes para el mismo nivel de la columna 1. De cada uno hay muchos ejemplares (que también disminuyen hacia abajo) pero con importantes diferencias **cualitativas** entre ellos, que obligan a clasificarlos en distintas categorías: hay átomos de hidrógeno y de uranio; moléculas de agua y de caroteno; amebas y eucaliptus; clubs de barrio y ministerios, "proletarios y burgueses".

Toda clasificación se hace en función del uso que se le dará; para nuestro enfoque constructivo no hace falta distinguir el máximo de variedades animales, institucionales, moleculares y ni siquiera atómicas. Es curioso que **muy pocas categorías** en cada nivel alcanzan para analizar los temas que nos interesan, y sólo los especialistas necesitan más precisiones. De todos modos el número de estructuras

diferentes estables es limitado en cada nivel (pero crece hacia abajo), como ya se ve con los átomos.

No todos los tipos de átomos surgieron simultáneamente; su formación fue un proceso de tipo evolutivo, por reacciones nucleares, similar a las reacciones químicas que dan origen a nuevas moléculas. Este proceso no es una secuencia lineal sino por ramas (o redes), no todas de la misma "longitud": muchas terminan en elementos inertes, incapaces de seguir reaccionando y producir otros nuevos. Aparecen también catalizadores, inhibidores y varios otros conceptos químicos aplicables en todos los niveles. Los oficios, las instituciones, también van apareciendo por un proceso similar de reacomodamiento de componentes que llamaremos evolución tipo "**químico**" (pero por ser a la vez sistemas complejos, sufren también, individualmente, evolución canónica). Es de la mayor importancia que en los primeros niveles esta evolución "química" aparece casi agotada: los pocos nuevos tipos de átomos, moléculas o animales que surgen son artificiales, producidos por el hombre. En este sentido la evolución química es también canónica, pensada como proceso global, y en esos niveles llegó a la fase de estancamiento por agotamiento de posibilidades.

Esperemos que en los niveles superiores estemos todavía en la fase de crecimiento (cuyo indicador es la **diversidad** de estructuras creadas).

4) Los elementos de la columna 2 aparecen en cada nivel como asociación o **integración** de elementos del nivel anterior: una institución está formada por miembros, éstos por bio-elementos (aparatos, genes, etc.), éstos por moléculas, etc., como lo recalca el reduccionismo. Con la palabra "**fuerza**" se intenta explicar esas asociaciones, y así tenemos fuerzas nucleares, químicas, moleculares en los niveles inferiores, y algún tipo de "**fuerzas sociales**" que mantienen a los individuos en sus puestos, en las instituciones.

Se trata de otro proceso de "evolución por filiación", pero éste de carácter "**integrante**". Se caracteriza además por ser el más fácilmente reversible de todos: cualquiera de estas asociaciones puede descomponerse en sus elementos sin que éstos cambien demasiado en todo el proceso.

5) En la columna 2 incluimos también aspectos informáticos o simbólicos de los niveles biológicos y sociales, que dan información sobre las dos columnas, pero son producidos por los componentes, con los que están en una especie de dualidad materia/mensaje en varios de los niveles.

Esto puede extenderse, si se desea, a los niveles físicos: así los fotones emitidos por átomos y moléculas dan muy buena información sobre su estructura mediante el análisis espec-

troscópico; pero a estos niveles la palabra "mensaje" no aclara mucho.

A nivel biológico en cambio aparecen mensajes simbólicos, con la codificación genética bien conocida mediante los ácidos nucleicos, y luego la percepción.

En las comunidades primitivas o de subsistencia, lo esencial es la aparición de algún tipo de lenguaje (y la evolución de éstos refleja la de aquellas). Como elementos de un lenguaje, no parece que aquí los conceptos sintácticos sean los más útiles, sino otros como definición-descripción, instrucciones, expresiones emotivas, etc., con las cuales se representan y comunican normas, funciones, roles, situaciones, problemas (Pragmática).

En las sociedades organizadas, el componente típico es la institución, que está representada por instrumentos legales de creación y funcionamiento (estatutos, etc.). Las ideologías se expresan por su parte mediante teorías científicas y objetivos coherentes y viables (Proyecto Nacional). No hay muchas formas o técnicas posibles para representar y comunicar estrategias, códigos y archivos, y aquí sí podemos decir que a menos que esos métodos mejoren mucho, será difícil seguir evolucionando socialmente.

Para mensajes podríamos también hablar de una filiación integrante, ya que un Modelo del Mundo incluye todo lo anterior; un Proyecto Nacional incluye planes, estatutos, tecnología, etc., y todos estos son asociaciones de funciones, instrucciones, normas y roles. Esta vinculación podría extenderse a los niveles precedentes, pero de manera algo artificial. Es mejor por el contrario recalcar que los tres universos —físico, biológico y psico-social— usan mensajes de tipos cualitativamente distintos.

6) En cada nivel horizontal la relación entre las columnas 1 y 2 es la de sistema/componente (o sistema y sus sostenes materiales), aunque en general hay otros componentes además de los aquí mencionados. En especial en cada nivel pueden encontrarse formas primitivas de lo que serán componentes normales del nivel siguiente: desde ciertas moléculas o radicales en las estrellas hasta ciertas instituciones entre las comunidades de subsistencia.

Las dos cadenas evolutivas están pues enlazadas eslabón por eslabón, y cada enlace es el que permite la evolución dentro de cada nivel. Es en el seno de las estrellas que se forman los distintos átomos, pero no en todas las estrellas se forman todos los tipos de átomos; en muchas de ellas sólo se exploran algunas ramas de ese árbol evolutivo "químico". Sólo gracias a que hay tal diversidad de estrellas es que se ha llegado a crear todos los átomos teóricamente estables.

La evolución de los planetas y las moléculas está vinculada

de la misma manera; éstas aparecen en el seno de aquellos, sobre todo en la fase "creativa" de la evolución planetaria. Tampoco aquí cualquier planeta es capaz de realizar muchas posibilidades de creación de moléculas: Júpiter no ha llegado mucho más allá del agua, amoníaco y metano. Sólo la diversidad de planetas garantiza que se avanzará bastante en la evolución molecular, y conocemos pocos.

A nivel biológico el esquema se repite: los sistemas son las grandes ramas filogenéticas, o formas de vida —conviene separar un subnivel de sistemas ecológicos—, de las cuales muchos intentos deben haber fracasado tempranamente. No están separados por espacios vacíos, como planetas y estrellas, sino por distancias genéticas grandes: plantas y animales, esqueleto adentro o afuera. Los componentes pueden clasificarse en varios subniveles: desde las macromoléculas típicas de la vida —proteínas, ácidos nucleicos, lípidos, etc.— hasta órganos y aparatos para realizar distintas funciones vitales. Estos aparatos para aprovechar energía y percibir son los verdaderos componentes de los sistemas ecológicos (no las especies).

Estos componentes se formaron, en lo esencial, en la primera fase de la evolución de las actuales especies, y ambos procesos evolutivos parecen haberse estancado, sin por ello haber agotado todas las posibilidades, aunque no sean tantas como las que imaginan los escritores de ciencia-ficción. Es evidente que la diversidad inicial, restringida por las características de un solo planeta, fue escasa, y hoy la vida es tan homogénea, a pesar de diversidad de detalles, que muchos fenómenos —como la desaparición de la capa de ozono de la atmósfera— podrían hacerla desaparecer en bloque. La única esperanza —además de otros planetas— está en la capacidad creadora del hombre, que no sólo es hoy el principal fabricante de nuevas variedades y moléculas "clásicas", sino que a través de las máquinas, por ejemplo, está iniciando una nueva forma de "vida", no basada en el carbono, a la cual justamente la falta de ozono afectaría muy poco.

En el nivel siguiente los sistemas son sociedades primarias de seres vivos, cuya preocupación fundamental es la subsistencia; incluye también sociedades de animales como los hormigueros. El ejemplo típico es la comunidad humana anterior a la revolución agrícola, y sus formas más evolucionadas son las tribus que hoy nos prohíben llamar "primitivas", y el "campesinado de subsistencia".

Sus componentes son individuos, o mejor dicho actores o "personas", pues lo que interesa son las actividades, roles u oficios que desempeñan como miembros de estas comunidades. Digamos, **trabajadores**.

Esas funciones, oficios o roles se desarrollaron en el seno de las comunidades y caben en pocas categorías, como

siempre, pero ahora es discutible que el proceso se haya agotado. Lo que sin duda se agotó es el camino elegido por los insectos: por exitosos que hayan sido hasta ahora en sobrevivir, están a merced de cualquier novedad, como las que podemos inventar nosotros.

Una computadora es un sistema de este nivel, análogo a un hormiguero.

En el nivel siguiente, los sistemas son las sociedades altamente organizadas que llamamos civilizaciones. Sus componentes son, por una parte, las clases y otros grupos sociales, pero más típicamente las instituciones que definen la organización social y la hacen funcionar.

Son conjuntos de roles organizados para lograr ciertos fines, y ocupados por el "personal", que es su soporte humano. Se repiten los problemas de diversidad, estancamiento, creatividad, etc., que se discuten en el texto.

Como es natural, el nivel siguiente —voluntarista— es el central para nosotros. Allí estudiamos los movimientos políticos como subsistemas de las sociedades muy civilizadas; en realidad sólo interesan a partir de la sociedad industrial. Pensado como sistema material, sus componentes son seres humanos, como en todos los niveles sociales (5, 6 y 7) pero eso no nos enseña nada. Es muy preferible considerar como componentes de un movimiento doctrinario a sus elementos ideológicos o filosóficos, a los distintos aspectos del "estilo" que propone. Estos componentes pueden considerarse a su vez como asociaciones de instituciones y grupos sociales (componentes del nivel anterior) en el sentido que una ideología o estilo se describe en la práctica a través de cómo define y organiza esas instituciones y grupos.

Esto se ve más claro en el dual simbólico: un Proyecto Nacional —expresión formal de una ideología— propone justamente objetivos y estrategias para esos componentes del nivel 6.

A este nivel hemos visto que hay pocas posibilidades esencialmente distintas, y la búsqueda de variantes viables es una tarea urgente y que requiere nuevas metodologías. La novedad aquí es que los elementos más importantes se refieren al futuro, y no al pronosticado sino al deseado; por eso hablamos de nivel voluntarista, o utopista (pero siempre de viabilidad muy probable).

Para el último nivel —psicológico— los sistemas son individuos con preocupaciones de tipo político. No nos interesan como componentes sus brazos o piernas sino su conocimiento de la realidad total, que es por supuesto una integración de todos los componentes de niveles anteriores. Su expresión formal, en la medida en que existe, es un Modelo del Mundo.

7) La evolución canónica de los sistemas de cada nivel pre-

senta ciertos detalles que se conservan de un nivel a otro, mostrando grandes analogías dinámicas. Por ejemplo:

— Aunque sea metafóricamente, siempre podemos atribuir las etapas evolutivas de un sistema al efecto de "fuerzas expansivas" contra "fuerzas limitantes". La gravedad, los alimentos y otros recursos naturales, la (escasez de) información, la capacidad cerebral, etc., son ejemplos típicos de factores limitantes.

— Contra esas limitaciones cada sistema ensaya sucesivamente diferentes fuerzas expansivas o productivas, que se suceden a modo de revoluciones tecnológicas, y pudiendo coexistir luego.

Las estrellas luchan contra la gravedad que las contrae, mediante fuerzas mecánicas (centrífuga por impulso angular), luego térmicas (choques por compresión), luego de fusión (hidrógeno en helio y varias otras reacciones nucleares posteriormente).

Los primeros organismos eran saprófagos (absorbían directamente moléculas alimenticias, sin modificarlas); luego, cuando escasearon esas moléculas, se inventaron los vegetales (fotosíntesis), y por último los animales, que metabolizan a otros organismos.

Es difícil saber qué pasó con las comunidades de subsistencia, pero podemos adivinar que después de la simple manada (o sistemas ecológicos simples), la gran revolución fue la división del trabajo, que en los insectos sociales se hizo mediante la tecnología de fijar a cada individuo un oficio o rol desde el nacimiento, entre 3 ó 4 posibilidades dadas genéticamente. En los hombres esto se revolucionó con el lenguaje, que permitió ir aprendiendo nuevos roles, y eligiéndolos.

Para las sociedades complejas, ya sabemos que las tres grandes revoluciones técnicas fueron la agrícola, la urbana y la industrial.

A nivel voluntarista, los principales tipos de movimientos políticos se basaron en la violencia física, en la esperanza de salvación ultraterrena y otras componentes de la fe religiosa, y en el planteo de objetivos para este mundo, racionalmente alcanzables.

En cuanto al individuo, los cambios en la forma de adquirir y organizar sus conocimientos desde que nace, están todavía en plena discusión por la psicología genética.

— Cambios "tecnológicos" de este tipo pueden distinguirse también en la columna de Componentes, por lo menos en los más complejos, que como buenos sistemas (asociación de componentes del nivel anterior) tienen también evolución canónica, además de la química. Pero esta última, dijimos, también es una evolución con fases canónicas si tomamos

como indicador de crecimiento la diversidad alcanzada, en vez de la masa o volumen. En este sentido entendemos por sistema "atómico" aquel cuyos componentes son los distintos tipos de átomos, sin fijarnos en la cantidad de cada uno de ellos. Este sistema "creció" desde un origen en que sólo había hidrógeno, digamos, hasta la situación actual en que hay más de cien átomos diferentes, sin contar sus isótopos. Es sabido que la forma en que aparecieron estos átomos no fue siempre la misma (fusión, absorción de neutrones, fisión, etc.), y podemos agregar como última revolución la creación artificial de nuevos átomos por el hombre (que actuaría como simple "catalizador" en esta nueva tecnología).

De la misma manera hubo un crecimiento del número de especies, o grupos o genes, que se estancó en unos 5 millones hace ya mucho tiempo. También aquí la producción artificial mediante ingeniería genética es la "tecnología de punta" para la creación de nuevas especies. Dejamos a cargo del lector completar estas analogías. La última aplicación de esta técnica vía hombre es la fabricación de universos posibles mediante los distintos modelos del mundo.

— Cuando hay muchos sistemas similares, es de esperar que algunos presenten características extraordinarias; para la fase de expansión, lo más notable en este sentido es la "explosión" o altísima velocidad y magnitud del crecimiento. Supernovas o novas entre las estrellas, conquista de los continentes por las plantas y por las hormigas, explosión demográfica humana (y junto con ella explosión en varias zonas de actividad, como hemos visto). Entre los individuos, la aparición de personajes extraordinarios, que "explotan" de tal manera que sus ideas o hechos se difunden por toda la humanidad y perduran a través de la historia.

De estas explosiones no hay ejemplos claros en los planetas, lo cual no es de extrañar pues conocemos muy pocos. Tal vez la Tierra esté explotando, en el sentido de estar enviando materiales suyos al espacio: los satélites artificiales. Tal vez los asteroides signifiquen algo en este sentido.

— Cuando crecen y sobre todo explotan, los sistemas envían frecuentemente material a otros sistemas similares, en una especie de fecundación o comercio exterior. Las estrellas se envían partículas y átomos; los organismos intercambian genes; los sistemas ecológicos, especies; las civilizaciones, cultura y artefactos; y los hombres, ideas.

— Por último, siempre pueden encontrarse relaciones de dominación y subordinación, satelismo y marginalidad entre sistemas de casi todos los tipos.

8. — Las dos grandes líneas evolutivas —columnas 1 y 2—

son de organización creciente hacia abajo, o sea hacia la actualidad y el futuro; dicho de otro modo, son anti-entrópicas (aunque de la segunda podríamos decir que tiene en todos los niveles entropía nula, si consideramos que las estructuras están perfectamente definidas).

Tendencias a la degradación pueden verse dentro de cada nivel, como en la fase de declinación de la evolución de tipo químico.

Cómo se pasa de ese estado inicial de máxima homogeneidad-entropía que es la protogalaxia donde se formaron las estrellas y otros objetos de ese nivel, hasta la heterogeneidad actual en la que nosotros somos capaces de tener en nuestras mentes modelos del mundo bastante complejos, no es cosa que nos concierne aquí, pero sugiere que la formulación usual del segundo principio de la termodinámica no es satisfactoria (a menos de considerar que todo este proceso evolutivo es una simple fluctuación estadística). Por supuesto esto se arregla siempre cargando el saldo entrópico al "resto del mundo", pero aquí ya no queda ese recurso porque estamos considerando la totalidad (sin embargo se ha usado el argumento que el campo gravitatorio sería un agente externo responsable de la primera etapa: formación de estrellas).

Notamos otra vez el carácter tautológico y sin embargo útil —por heurístico— de estas leyes generales. En nuestra terminología podríamos decir que el segundo principio afirma que "la homogeneidad tiende a imponerse, siempre que no haya razones para lo contrario".

9. — Recomendaciones sugeridas por el esquema.

— Sólo la diversidad —y por lo tanto la creatividad— da cierta garantía contra el estancamiento, y en especial contra la extinción. Por lo tanto deberíamos defender la pluralidad de proyectos y modelos del mundo. Una estrategia promisoría para ello es usar el nacionalismo como arma contra la fuerte tendencia actual a la homogeneidad cultural. A su vez, la defensa del desarrollo cultural autónomo debería ser el arma principal del nacionalismo.

— Surge como plan de trabajo general la exploración, sobre todo en los niveles sociales, de las posibilidades estructurales que la evolución "química" no agotó. Se sugiere también como método rutinario-sistemático de trabajo la combinatoria de componentes (o métodos equivalentes, como la tabla de Mendeléiev). Nuevas instituciones para la nueva sociedad, nuevos métodos de educación para militantes, o sea nuevas maneras de comunicar mensajes complejos.

— Los distintos niveles sociales son compatibles con nuestra clasificación de actividades por zonas: en las comunida-

des, la supervivencia da prioridad a las zonas económicas y de defensa contra enemigos; las civilizaciones destacan los problemas de las zonas social y político-administrativa, y los últimos niveles son parte de las zonas ideológica e individual.

—A veces resulta útil la posibilidad de separar categorías que según nuestro cuadro tienen funciones diferentes. Un ejemplo al caso es la propuesta de Popper —en “Pobreza del historicismo” (8)— de despreocuparse por las leyes de evolución de una sociedad, que de todos modos según él no existen, y concentrarse en la “ingeniería social”, o sea en esencia en la reforma de instituciones.

Según nuestro esquema —aparte de que provee suficiente número de casos como para dar amplio significado a regularidades o leyes de evolución—, se trata de dos procesos complementarios y de ninguna manera sustitutivos. Las sociedades evolucionan, y esa evolución produce y requiere la creación de nuevas instituciones (como en las situaciones análogas estrellas-átomos o vida-genes). No puede hablarse racionalmente de “mejorar” instituciones si no es con respecto a criterios más amplios, que se refieren por fuerza a la fase actual y futura de la evolución social, del sistema en su conjunto.

Hay varios otros casos en que la polémica “reforma o revolución” puede encararse más claramente desde este punto de vista.

—Pensando en la educación, prédica, difusión de ideas, parecería útil comprender mejor ese proceso de “fecundación” que se da en todos los niveles, cuyos sistemas intercambian materiales o por lo menos mensajes. La teoría de los “polos de desarrollo” es una interpretación optimista de este proceso, y la tendencia a la concentración que ya hemos señalado es un aspecto pesimista. Parecería sin embargo que en general lo que se concentra en esos polos no es lo mismo que ellos difunden.

Bibliografía

—Obras del autor, citadas en el texto por su sigla:

CPC = “Ciencia, política y cientificismo”, Centro Editor A. L., 1969.

ET = “Estilos tecnológicos”, Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista. Periferia, 1974.

HPCN = “Hacia una política científica nacional”, Periferia, 1972.

PN = “Proyectos Nacionales”, Periferia, 1971.

—Obras citadas por número:

- 1) CENDES, Grupo de Modelos Matemáticos, “Estilos de Desarrollo”, publicación interna 1968 y Trimestre Económico Nº 144, 517/76, México, 1969.
- 2) CEPAL, “Un modelo para comparar estilos de desarrollo”, O. Varsavsky, Documento de información para el XIV período de sesiones, 1971.
“Diferentes modelos o estilos de desarrollo”, Ch. Rollins y M. La Fuente, ECLA/IDE/CPE/DRAFT/73.
- 3) C. Marx: Carta a Niewenhuys, 1861, citada en: L. Basso, “Acerca de la transición al socialismo”, Periferia, 1974.
- 4) Club de Roma, D. Meadows et al., “Los límites del desarrollo”, Mondadori, 1972.
- 5) C. W. Churchman, “The theory of Experimental Inference”, N. Y., 1948.
- 6) L. Von Bertalanffy: “General System Theory”, Penguin, 1971.
- 7) D. Ribeiro: “El proceso civilizatorio”, Centro Editor A. L.
- 8) K. Popper: “The Poverty of Historicism”, Routledge & Kegan, 1957.
- 9) E. Calcagno y O. Varsavsky (edit.) et al.: “América Latina: Modelos Matemáticos”, Edit. Universitaria de Chile, 1970.
- 10) D. Ribeiro: “El dilema de América Latina”, Centro Editor A. L.
- 11) D. Ribeiro: “Las Américas y la civilización”, 3 vols., Centro Editor de A. L., 1969.
- 12) C. Domingo: “El cambio estructural”, mimeo Depto. Computación UCV, 1973.
“Notes on structural change”, en “Numerical Experiments with National System Models” (con M. Sananes

- y F. Bonilla), Institute of Political Studies, Stanford U., 1971.
- 13) N. Danilevsky: "Rusia y Europa", 1871 (en ruso), citado por Sorokin (21).
- 14) E. Fromm: "El miedo a la libertad", Paidós, 1943.
- 15) A. Toynbee: "Estudio de la Historia", 15 vols. Emecé, Buenos Aires.
- 16) E. Calcagno, P. Sainz y J. De Barbieri: "Estilos políticos latinoamericanos". Flacso, Stgo. de Chile y Buenos Aires, 1972.
- 17) P. Jacovkis, C. de Senna, O. Varsavsky: "Modelo de indicadores políticos", Informe Interno, Centro de Estudios de Participación Popular, Lima, 1975.
- 18) C. Marx: "Prefacio a las Contribuciones a la Crítica de la Economía Política". Diversas ediciones.
- 19) T. Kuhn: "La estructura de las revoluciones científicas", Fondo Cult. Econ., México, 1971.
- 20) A. L. Kroeber: "Configurations of Culture Growth", 1944; citado en Sorokin (21).
- 21) P. Sorokin: "Modern Historical & Social Philosophies", Dover, 1963.
- 22) W. Rostow: "El proceso del crecimiento económico", Alianza, Madrid, 1967.
- 23) G. Germani y K. Silvert: "Social structure, Politics & military interventions in L. A.", Arch Européens de sociol., vol. II, Nº 2, 1961.
- 24) R. Taagepera: "Growth curves of Empires", Gral. Systems, 13, 171/75, 1968.
- 25) C. Brinton: "Anatomy of revolution", N. Y., 1952.
- 26) A. Egg: "Hacia la revolución socialista en A. L.", Centro de Estudios Políticos, Córdoba, 1969.
- 27) V. Lenin: "Obras completas", tomo 1. Moscú.
- 28) Mao Tse-tung: "Citas del Presidente Mao", Pekín, 1960.
- 29) L. Magri: "Problemas de la teoría marxista del partido político", en "Teoría marxista del partido político", Pasado y Presente, Córdoba, 1969.
- 30) W. Mills y H. Gerth: "Carácter y estructura social", Paidós, 1963.
- 31) A. Gramsci: "La formación de los intelectuales", Grijalbo, 1967.
- 32) W. F. Wertheim: "Evolution & Revolution", Penguin, 1974.

Índice

Prólogo	9
Capítulo 1: Ideas Preliminares	14
Capítulo 2: Marco Histórico	47
Capítulo 3: Escala Antropológica o Global - 1	62
Capítulo 4: Escala Global - 2.	100
Capítulo 5: Escala Macrohistórica o de las Civilizaciones - 1. El esquema canónico de evolución de estilos	152
Capítulo 6: Escala Macrohistórica - 2. Generación de nuevos estilos	194
Capítulo 7: Escala Visible o Biográfica - 1. La fase actual	235
Capítulo 8: Escala Visible o Biográfica - 2. Panorama geopolítico	272
Capítulo 9: Escala Estratégica o de Mediano Plazo - 1. Planteo estratégico	318
Capítulo 10: Escala Estratégica - 2. Recomendaciones	365



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad (CPS). Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano, que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar